
La herejía de Horus
Graham McNeill
LOS MIL HIJOS
Todo son cenizas
BAJAEPUB

Censurados en el Concilio de Nikaea por su uso de la hechicería, Magnus el Rojo y su Legión de los Mil Hijos se retiran a su mundo natal de Prospero para continuar con sus artes arcanas en secreto. Pero cuando su desgraciado Primarca prevé la traición del Señor de la Guerra Horus y avisa al Emperador con los poderes que les ha prohibido utilizar, el Señor de la Humanidad envía a su hermano Primarca Leman Russ a atacar Prospero. Pero Magnus ha visto más allá de la traición de Horus, y las revelaciones presenciadas cambiarán el destino de la Legión de los Mil Hijos y de su Primarca para siempre.



Graham McNeill

Los mil hijos

Todo son cenizas

Warhammer 40000. Herejía de Horus 12

ePUB r1.5
epublector 12.06.13

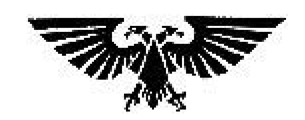

WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *A Thousand Sons*
Graham McNeill, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

Todo acaba en cenizas

Graham McNeill



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una

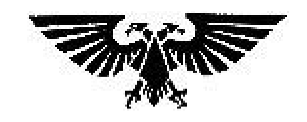
victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus.

Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



Dramatis Personae

Los Mil Hijos

Magnus El Rojo	Primarca de la legión de los Mil Hijos

Los Corvidae

Ahzek Ahriman	Bibliotecario Jefe de los Mil Hijos
Ankhu Anen	Guardián de la Gran Biblioteca
Amon	Capitán de la Novena Hermandad, senescal del primarca

Los Pyrae

Khalophis	Capitán de la Sexta Hermandad
Auramagma	Capitán de la Octava Hermandad

Los Pavoni

Hathor Maat	Capitán de la Tercera Hermandad

Los Athanaeans

Baleq Uthizaar	Capitán de la Quinta Hermandad

Los Raptora

Phosis T'kar	Capitán de la Segunda Hermandad
Phael Toron	Capitán de la Séptima Hermandad

Los primarcas

Leman Russ	Primarca de los Lobos Espaciales
Lorgar	Primarca de los Portadores de la Palabra
Mortarion	Primarca de la Guardia de la Muerte
Sanguinius	Primarca de los Ángeles Sangrientos
Fulgrim	Primarca de los Hijos del Emperador

Los Lobos Espaciales

Amlodhi Skarssen Skarssensson	Señor de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales
Ohthere Wyrdmake	Sacerdote rúnico de la Quinta

	Compañía de los Lobos Espaciales

Los Custodios

CONSTANTIN VALDOR	Jefe Custodio
AMON	Guardia Custodio

Otros personajes

MALCADOR	El Sigilita de Terra
KALLISTA ERIS	Historiógrafa
MAHAVASTU KALLIMAKUS	Escribano superior de Magnus el Rojo
CAMILLE SHIVANI	Arqueohistoriadora arquitectónica
LEMUEL GAUMON	Conductivista social

La búsqueda del grial por parte de los antiguos caballeros, la de la piedra filosofal por parte de los alquimistas, eran parte de la Gran Obra y, por tanto, perpetuas. El éxito en la búsqueda abre nuevas vías de posibilidades magníficas. Una tarea semejante es eterna y la alegría que proporciona no conoce límites, ya que todo el universo y todas sus maravillas, ¿qué son más que el patio de juegos infinito del Niño Conquistador y Coronado, de los herederos de la galaxia y de la eternidad, insaciables, inocentes, siempre felices, y que se llaman humanidad?

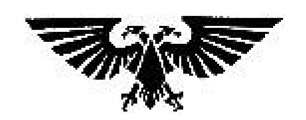
El Libro de Magnus

El único bien es el conocimiento, y la única maldad la ignorancia.

Ahzek Ahriman

Las torres coronadas por nubes, los palacios maravillosos, los templos solemnes, el gran mundo en sí: sabed que todo lo que heredaréis se disolverá, al igual que se desvaneció esta farsa insustancial, sin dejar rastro.

La profecía de Amon



TODO ACABA EN CENIZAS...

Qué proféticas me parecen esas palabras ahora

Esta máxima la pronunció un sabio de la antigua Terra, o unas palabras muy parecidas. Me pregunto si tendría el mismo don que yo. Digo que es un don, pero a cada día que pasa más me parece que mis poderes son una maldición.

Contemplo desde lo alto de mi torre un paisaje de locuras y tormentas de energía imposibles, y recuerdo haber leído esas palabras en un viejo libro casi despedazado de Terra. He leído a lo largo de los siglos todos y cada uno de los textos procedentes de las eras olvidadas que albergaban las grandes bibliotecas de Prospero, pero creo que no lo he entendido realmente hasta hoy.

Puedo sentir que se acerca en cada aliento, en cada latido de mi cuerpo.

Precisamente ahora, que todavía respire y conserve el corazón me parece un milagro.

Viene a matarme, por supuesto. Siento su furia, su orgullo herido, su enorme arrepentimiento. El poder que ahora posee no lo buscaba, no lo

quería, era antinatural. Algunos dicen que el poder es pasajero, pero no es así con este poder.

Una vez adquirido, no se puede devolver.

Es un poder como el que jamás ha tenido humano alguno. Podría matarme desde el otro lado de la galaxia, pero no lo hará. Tiene que mirarme a los ojos mientras me destruye. Es su punto débil, uno de ellos, al menos: tiene una personalidad honorable.

Se comporta con los demás como espera que se comporten con él.

Eso fue su perdición.

Sé lo que cree que he hecho. Cree que lo he traicionado, pero no lo he hecho. De veras que no. Ningún miembro de nuestra cábala lo hizo. Hicimos todo lo posible por salvar a nuestros hermanos.

Al final ha acabado así, en un padre dispuesto a matar a su hijo preferido.

Ésa es la mayor tragedia de los Mil Hijos. Nos llamarán traidores, pero esa ironía quedará sin ser documentada, ni siquiera en los libros perdidos de Kallimakus. Seguimos siendo leales, como siempre lo hemos sido.

Nadie lo creerá, ni el Emperador, ni nuestros hermanos, y sobre todo, ni los lobos que no son lobos.

La historia contará que desencadenaron a los Lobos de Russ para lanzarlos contra nosotros, pero la historia se equivocará. Desencadenaron algo mucho peor.

Lo oigo subir los peldaños de mi torre.

Cree que lo he hecho por lo de Ohrmuzd, y de algún modo, es cierto. Pero es mucho más que eso.

He destruido a mi legión, a la legión que amaba, a la legión que me salvó. He destruido a la legión que él mismo intentó salvar, y cuando me mate, tendrá todo el derecho a hacerlo.

No me merezco menos, y quizá sí mucho más.

Pero antes de que me destruya, debo contaros nuestro destino aciago.

Pero ¿por dónde empezar?

No hay comienzos ni finales, sobre todo en los mundos del Gran Océano. El pasado, el presente y el futuro son una sola cosa, y el tiempo no tiene sentido.

Así que debo ser arbitrario con el lugar donde comienzo.

Comenzaré con una montaña.

La montaña que devora personas.



LIBRO PRIMERO

EN EL REINO DE LOS CIEGOS



UNO
MONTAÑA QUE DEVORA PERSONAS
CAPITANES OBSERVADORES

La Montaña existía desde hacía decenas de miles de años. Era una masa de roca que había sido creada por fuerzas mayores de las que ningún habitante de Aghoru podía llegar a imaginarse. Aunque aquella gente no poseía conocimiento alguno sobre geología, o las fuerzas titánicas del movimiento orogénico, las energías compresivas o la presión elevadora isostática, sabían lo bastante como para darse cuenta de que la Montaña era demasiado inmensa, demasiado ciclópea, para ser una formación de origen natural.

Se encontraba en el corazón de una llanura ondulante de sal. Los antiguos aghoru proclamaban que esa planicie fue antaño el fondo de un océano. La Montaña se alzaba hasta una altura de casi treinta kilómetros, lo que la convertía en un pico más elevado que el propio Mons Olympus, la gran forja del Fabricador de Marte.

Dominaba por completo el cielo marrón y resplandeciente. Era una cumbre elegante y gigantesca, con una forma que se asemejaba a una

tumba tallada para algún rey antiguo, de una escala fabulosa e increíble. No se veían líneas regulares ni se notaba la mano del hombre en sus laderas agrestes, pero una mirada a la Montaña bastaba para convencer incluso al escéptico más obcecado de que la habían creado fuerzas antinaturales.

En su superficie no crecía nada, ni siquiera las plantas más humildes, como unos matojos o las hierbas propias de las llanuras. La tierra que rodeaba a la Montaña se veía borrosa bajo el calor abrasador del sol del planeta, que ya flotaba bajo sobre el horizonte como una fruta demasiado madura.

A pesar del intenso calor, las rocas de la Montaña estaban frescas al tacto, y eran suaves y resbaladizas como si acabaran de surgir de las profundidades de un océano negro. La luz del sol aborrecía sus laderas. Sus valles sombríos, sus cárcavas profundas y sus desfiladeros hendidos permanecían oscuros y fríos, como si la hubieran construido sobre una especie de géiser helado que transmitiese su frialdad gélida a la roca mediante alguna clase de extraña ósmosis geológica.

Las laderas escarpadas de la Montaña estaban rodeadas por una serie de dispersos menhires, cada uno de una altura superior a tres humanos, que se reunían en círculos irregulares. Unos monumentos semejantes habrían sido unos logros magníficos, una hazaña hercúlea para una cultura sin acceso a ninguna clase de equipo mecánico de transporte, a sistemas suspensores de reducción de masa o a los enormes ingenios del Mechanicum. Sin embargo, ante el origen artificial de la Montaña, no eran más que una ocurrencia primitiva, unas simples motas recortadas contra la sombría y amenazante imposibilidad de su existencia. En un mundo como aquél, ¿qué clase de fuerza era capaz de crear una montaña?

Nadie de entre las muchas gentes que se reunían en Aghoru había podido responder a aquella pregunta, aunque algunos de sus intelectos más inquisitivos y brillantes estaban dedicados plenamente a esa tarea.

Para los aghoru, la Montaña era el *axis mundi* de su planeta, un lugar de peregrinaje.

Para los guerreros eruditos de los Mil Hijos, la Montaña y su gente eran una curiosidad, un rompecabezas por resolver y, potencialmente, la solución a un enigma que su glorioso líder había intentado desentrañar durante casi dos siglos.

Había algo en lo que ambas culturas coincidían por completo.

La Montaña era un lugar para los muertos.

—¿Puedes verlo? —le preguntó la voz, lejana y con cierto tono onírico.

—No.

—Ya debería haber vuelto a estas alturas —insistió la voz, con más firmeza en esta ocasión—. ¿Por qué no ha regresado ya?

Ahriman descendió a través de las Enumeraciones mientras sentía la presencia psíquica de los tres astartes que estaban reunidos bajo el dosel escarlata de su pabellón a través de los sentidos más allá de los rudimentarios que la naturaleza le había concedido. Sus mentes poderosas recorrían sus cuerpos terrenales igual que un trueno encadenado a la carne. La de Phosis T'kar era tensa y colérica, mientras que la de Hathor Maat era lúgubre y estaba sometida a un control muy rígido.

El campo etéreo de Sobek era una pequeña vela comparado con el de los soles ardientes que albergaban sus compañeros.

Ahriman sintió cómo su cuerpo astral se conectaba de nuevo a su forma física y abrió los ojos. Interrumpió el enlace con su tutelar y levantó la vista para mirar a Phosis T'kar. El sol ya estaba bajo en el horizonte, pero seguía brillando con fuerza, así que tuvo que entrecerrar los ojos para protegerlos del reflejo en la superficie de la llanura de sal.

—¿Y bien? —quiso saber Phosis T'kar.

—No lo sé —admitió Ahriman—. Aaetpio no logra ver más allá de las piedras muertas.

—Tampoco puede Utipa —reconoció a su vez Phosis T'kar, que se sentó en el suelo al mismo tiempo que levantaba nubecillas de polvo de sal con sus pensamientos irritados. Ahriman sintió cada uno de ellos como un

chispazo eléctrico en su mente—. ¿Por qué no pueden los tutelares ver más allá de ellas?

—¿Quién sabe? —respondió Ahriman, que estaba más preocupado de lo que quería admitir.

—Pensé que tú serías capaz de ver más lejos. Después de todo, eres un corvidae.

—Eso no sirve de mucha ayuda aquí —le contestó Ahriman al mismo tiempo que se ponía en pie con un movimiento fluido desde la posición con la rodillas cruzadas en la que se encontraba.

Se sacudió los relucientes cristales de sal que cubrían las placas carmesíes decoradas con escritura grabada que formaban su armadura. Sintió el cuerpo envarado y su memoria muscular tardó un momento en recuperar el control de las extremidades tras su paso por el éter.

—De todas maneras —añadió—, no creo que fuera muy recomendable intentarlo en este mundo. Los muros que nos separan del Gran Océano son muy delgados aquí, y en este lugar existe mucha energía sin canalizar.

—Seguramente tienes razón —admitió Phosis T'kar. El sudor le bajaba del cuero cabelludo rapado a lo largo de una cicatriz elíptica que iba desde la coronilla hasta la nuca—. ¿Crees que ése es el motivo por el que nos quedamos tanto tiempo en este planeta?

—Es más que posible —respondió Ahriman—. El poder se palpa en este lugar, pero los aghoru han vivido en equilibrio desde hace siglos sin haber sufrido apenas efectos secundarios malignos o mutaciones. Merece la pena investigar algo así.

—Sí, sí que merece la pena —asintió Hathor Maat, que no parecía sentirse afectado por el tremendo calor—. En esta roca reseca apenas hay algo que pueda ser de interés. Además, no me fío de los aghoru. Creo que nos ocultan algo. ¿Cómo es posible que alguien logre vivir en este sitio durante tanto tiempo y no muestre señal alguna de mutación?

Ahriman notó el asco con el que su camarada capitán prácticamente escupía la última palabra. A diferencia de Ahriman o de Phosis T'kar, la piel de Hathor Maat era pálida, del tono del mármol pulido, y su cabello dorado recordaba al que se reproducía en los mosaicos de los héroes del

Athenaeum. En su rostro esculpido no se veía ni una sola gota de sudor que mancillara sus rasgos.

—No me importa saber cómo lo han conseguido —declaró Phosis T'kar—. Este lugar me hastía. Ya han pasado seis meses, y deberíamos estar combatiendo en el cúmulo de la Franja Arca. Lorgar y la Cuadragésimo Séptima nos están esperando, lo mismo que Russ. Y fíate de lo que te digo: no es bueno hacer esperar a los Lobos más allá del tiempo necesario.

—El primarca ha dicho que nos quedamos, así que nos quedamos —replicó Ahriman.

Sobek, su diligente practicus, dio un paso hacia él y le ofreció una copa metálica llena de agua. Ahriman se bebió el líquido fresco de un solo trago. Hizo un movimiento negativo con la cabeza cuando Sobek le acercó una vasija de bronce para servirle más agua.

—No, llévasela a la rememoradora Eris —le ordenó—. Está en las piedras muertas, y la necesita más que yo.

Sobek asintió y salió de la sombra del dosel sin decir una sola palabra. La servoarmadura de Ahriman le refrescaba el cuerpo, ya que reciclaba la humedad y eliminaba la mayor parte del calor asfixiante. Los rememoradores que habían bajado a la superficie del planeta no tenían tanta suerte con el equipo del que disponían, y ya habían tenido que llevar de regreso a la zona médica del *Photep* a decenas de ellos debido a la deshidratación y a los golpes de calor.

—Estás mimando a esa mujer. No hace tanto calor —le dijo Hathor Maat.

—Para ti es fácil decirlo —le replicó Phosis T'kar mientras se secaba el sudor del cráneo con una toalla—. No todos podemos ser un pavoni. Algunos tenemos que enfrentarnos a este calor con lo que tenemos.

—Con un poco más de estudio, de meditación y de disciplina mental, puede que algún día consigas un dominio como el mío —le replicó Maat, y aunque el tono de la respuesta fue jovial, Ahriman sabía que lo decía en serio—. Los raptora sois muy beligerantes, pero al final acabaréis por dominar las Enumeraciones necesarias.

Phosis T'kar soltó un bufido, y un denso puñado de cristales de sal salió despedido del suelo junto a él en dirección a la cabeza de Hathor Maat. Sin embargo, antes de que alcanzara suun rayo y lo atrapó.

Maat aplastó en el puño la masa de cristales y luego dejó que el polvo cayera al suelo de forma inofensiva.

—Seguro que puedes conseguir hacer algo mejor que eso.

—Ya basta —les advirtió Ahriman—. Mantened controlados vuestros poderes, os lo digo a los dos. No son para que los utilicéis en demostraciones públicas vulgares, sobre todo cuando hay simples mortales cerca.

—¿Y para qué los tenemos cerca? —inquirió Maat—. Mándala de vuelta con los demás.

—No hago más que repetirle eso mismo —terció Phosis T'kar—. Si está tan interesada en aprender cosas sobre la cruzada, que la envíen a una legión a la que la preocupe quedar inmortalizada. A los Ultramarines o a los Portadores de la Palabra. No debería estar con nosotros.

Era un sentimiento muy común, y Ahriman ya se lo había oído decir un centenar de veces a sus camaradas capitanes. T'kar no era el que más protestaba al respecto. Ese honor pertenecía a Khalophis, de la Sexta Hermandad. Fuera cual fuera la opinión de Phosis T'kar, Khalophis expresaba la misma, pero con mayor fervor.

—¿Es que nosotros no debemos ser recordados? —lo rebatió Ahriman —. Los escritos de Kallista Eris se encuentran entre los más perspicaces que he leído de entre todos los miembros de la Orden de Rememoradores. ¿Por qué deberíamos quedarnos fuera de los anales de la Gran Cruzada?

—Sabes muy bien el motivo —le replicó irritado Phosis T'kar—. La mitad del Imperio nos quería ver muertos no hace mucho. Nos tienen miedo.

—Temen lo que no son capaces de entender. El primarca nos ha enseñado que ese miedo procede de la ignorancia. El conocimiento será la luz con la que eliminaremos ese temor.

Phosis T'kar soltó un gruñido y trazó unas cuantas espirales en la sal con sus pensamientos.

—Cuanto más sepan, más nos temerán. Acuérdate bien de lo que te digo —insistió Phosis T'kar.

Ahriman no le contestó y salió de la protección que ofrecía el dosel. La sensación provocada por el viaje que había realizado con su cuerpo astral ya había desaparecido, y los estímulos habituales del mundo material lo asaltaron de nuevo: el calor abrasador que le había vuelto la piel de un color caoba intenso en menos de una hora desde que la Stormbird aterrizara en el planeta; el sudor aceitoso que le cubría la piel dura como el hierro; el olor acre del aire, una mezcla de sal quemada y especias.

Todo ello acompañado por los vientos etéreos que soplaban sobre la superficie de aquel planeta.

Ahriman sintió cómo aquella energía le recorría el cuerpo. Eran rastros de poder psíquico que ansiaban ser transformados en algo tangible. Más de un siglo de entrenamiento mantenía fluida esa corriente, que le cruzaba el cuerpo de un modo semejante a una marea suave e impedía que toda esa energía etérea se acumulara hasta alcanzar un nivel peligroso. No le costaría nada ceder a ese impulso y darle rienda suelta, pero Ahriman conocía muy bien el peligro que eso representaba. Se llevó la mano izquierda a la hoja de roble plateada que llevaba grabada en la hombrera derecha y calmó su campo etéreo con una inspiración profunda y el recitado en voz baja de las Enumeraciones.

Alzó la vista hacia aquella montaña gigantesca. Se maravilló del inmenso poder de sus creadores y se preguntó qué estaría haciendo su primarca en el interior.

No se había dado cuenta de lo ciego que estaba hasta que le habían quitado el poder de la clarividencia.

—¿Dónde está? —se preguntó Phosis T'kar con un siseo, haciéndose eco de sus pensamientos.

Ya habían pasado cuatro horas desde que Magnus el Rojo siguiera a Yatiri y a su tribu hacia la Montaña, y la tensión les había carcomido los nervios desde aquel momento.

—Estáis preocupados por él, ¿verdad? —preguntó Hathor Maat.

—¿Desde cuándo dominas los poderes de los athanaean? —le replicó Ahriman.

—No necesito hacerlo. Veo claramente que los dos estáis preocupados —le contestó Maat—. Es algo obvio.

—¿Tú no lo estás? —quiso saber Phosis T'kar.

—Magnus es más que capaz de cuidar de sí mismo. Nos dijo que lo esperáramos.

El primarca de los Mil Hijos les había dicho exactamente eso, que lo esperaran hasta que regresara, pero Ahriman tenía la inquietante sensación de que algo iba terriblemente mal.

—¿Has visto algo? —le preguntó Phosis T'kar al percatarse de la expresión de Ahriman—. Cuando cruzaste el Gran Océano viste algo, ¿verdad? Dímelo.

—No vi nada —le respondió Ahriman con acritud.

Luego dio media vuelta y regresó a su pabellón, donde sacó sus armas de un largo arcón de madera de acacia y de jade. Se enfundó la pistola, que era una muestra sublime de la exquisita habilidad artesana propia de los armeros de los Salamandras de Vulkan. Los lados llevaban estampadas unas alas de halcón doradas, con los extremos hacia atrás, y la empuñadura estaba cubierta de cuero taraceado.

Además de la pistola, también sacó un largo báculo heqa de marfil con una afilada hoja en forma de gancho en uno de los extremos. Estaba decorado con placas de oro en toda su longitud, además de reforzado con bandas de cobre azul.

—¿Qué haces? —le preguntó Hathor Maat cuando lo vio salir preparado para el combate.

—Me llevo a los Sekhmet a esa montaña —le contestó Ahriman—. ¿Venís?

Lemuel Gaumon se reclinó contra una de las piedras muertas que se alzaban al pie de la gigantesca montaña e intentó mantenerse dentro de la sombra que proyectaba al mismo tiempo que deseaba no ser tan

corpulento. Se había criado en las colmenas nómadas de los enclaves de Nordáfrika central, por lo que estaba acostumbrado al calor, pero la asfixia que sentía en aquel planeta era superior a cualquier otra que recordara.

Llevaba puesta una túnica ligera de lino que tenía dibujos decorativos entremezclados: rayos, toros, espirales y otros símbolos menos identificables. Los había bordado un sastre ciego de uno de los subsectores comerciales de Sangha, y Gaumon había tomado todos aquellos detalles decorativos de los pergaminos que había coleccionado y que tenía guardados en la biblioteca secreta de su villa en Mobayi. Tenía la piel oscura y el cráneo afeitado, y sus ojos, engastados en unas cuencas oculares profundas, no dejaban de observar con atención el campamento de los Mil Hijos, aunque de vez en cuando tomaba notas en un cuaderno que apoyaba en el muslo.

La llanura de sal estaba cubierta por unos mil pabellones de color escarlata, y cada uno de ellos albergaba un grupo de guerreros de los Mil Hijos. Ya había anotado las hermandades que estaban presentes: la del Escarabajo Oculto de Ahriman, la Cuarta de Ankhu Anen, la Sexta de Khalophis, la Tercera de Hathor Maat y la Segunda de Phosis T'kar.

Delante de la montaña había acampada una fuerza de combate de astartes de un tamaño considerable. El ambiente estaba curiosamente tenso, aunque Lemuel no era capaz de ver motivo alguno para ello. Era evidente que no esperaban entrar en combate, pero también estaba muy claro que algo los preocupaba.

Lemuel cerró los ojos y dejó que su conciencia flotara sobre las corrientes de energía invisibles que se desplazaban ondulando el aire como si fuera la calima provocada por el calor. Aunque tenía los ojos cerrados, era capaz de sentir la energía de aquel mundo como si fuera un cuadro de colores vívidos, más radiante que cualquiera de las obras de Serena d'Angelus o de Kelan Roget. Al otro lado de las piedras muertas, la montaña era una pared negra de vacío, un risco de la oscuridad más absoluta, tan sólida e impenetrable como el adamantium.

Pero más allá, en la llanura de sal, el mundo estaba repleto de colores.

El campamento los Mil Hijos era un torbellino ardiente y cegador de múltiples colores y luces, semejante a una explosión atómica que hubiese quedado congelada en el tiempo en el mismo instante de la detonación. Incluso en mitad de aquel despliegue de brillo cegador, algunos destellos relucían más que otros, y tres mentes de ese calibre se habían reunido donde Lemuel sabía que el capitán Ahriman tenía plantado su pabellón. Algo inquietaba a aquellas mentes, y Lemuel deseó tener la fuerza suficiente como para acercarse más. Normalmente, una mente reluciente, una supernova comparada con la luz de unas velas, brillaba en el centro del campamento. No era así ese día.

Quizá ése era el motivo de la tensión existente entre los Mil Hijos.

Su gran líder se encontraba *in absentia*.

Lemuel se sintió frustrado, y dejó que su mente se apartara flotando de los Mil Hijos y se aproximara a las moradas subterráneas de los aghoru. Estaban excavadas en la tierra seca, y eran tan oscuras y carentes de vida como llenas de luz y vitales eran las de los Mil Hijos. Los aghoru eran tan yermos como la llanura de sal, sin la más mínima chispa de emociones en su interior.

Abrió los ojos y exhaló al mismo tiempo que recitaba el Mantra de la Sangoma para calmar su corazón casi desbocado. Lemuel tomó un sorbo de agua de la cantimplora envuelta en tela. El líquido estaba tibio y tenía un poco de arena, pero fue una sensación deliciosa. Tenía otras tres cantimploras dentro de la mochila que había a su lado, pero sólo le durarían el resto de la tarde. Para cuando cayera la noche tendría que llenarlas de nuevo, porque el calor implacable únicamente disminuía un poco durante las horas de oscuridad.

—¿Cómo puede vivir nadie con este calor? —se preguntó en voz alta por centésima vez.

—No lo hacen —le respondió una voz femenina a su espalda, y sonrió al oírla—. Viven la mayor parte del tiempo en los fértiles deltas del río que se extienden hacia el norte, o en la costa occidental.

—Eso dices tú, mi querida Camille, pero viajar de forma voluntaria desde esos lugares hasta este sitio desolado desafía toda lógica.

Camille se dejó ver y Lemuel tuvo que entrecerrar los ojos bajo el brillo del sol para mirar a la joven, que vestía una camiseta ceñida, unos pantalones cortos de tela ligera y unas sandalias polvorientas. Alrededor del cuello llevaba colgada una combinación de grabador de voz y de pictógrafo, y al hombro acarreaba una mochila de tela llena de cuadernos de anotaciones y de bocetos.

Camille Shivani tenía una figura impresionante, con la piel bronceada por el intenso sol y el largo cabello oscuro recogido en una cola bajo el turbante de seda con el que se cubría la cabeza. Los ojos se los protegía con unas gafas antibrillo también oscuras. Su tez mostraba en ese momento una cierta tonalidad rojiza. Tenía un carácter directo, y a Lemuel le gustaba enormemente. Ella le sonrió, y él le respondió con su mejor sonrisa. Sabía que era un esfuerzo inútil, ya que los apetitos de Camille no incluían a individuos como él, pero nunca estaba de más ser agradable.

—Lemuel, ya sabes que cuando se trata de la humanidad, incluso de ramas perdidas como ésta, la lógica tiene muy poco que ver con el modo en el que nos comportamos —le respondió Camille mientras se frotaba las manos para limpiarse el polvo que le cubría los guantes finos que siempre llevaba puestos.

—Eso es cierto. ¿Por qué si no íbamos a quedarnos aquí cuando no hay nada que merezca la pena rememorar?

—¿Que no hay nada que merezca la pena rememorar? Tonterías. Aquí hay mucho de lo que aprender.

—Para un arqueohistoriador quizá.

—He pasado una semana viviendo con los aghoru, y me he dedicado a explorar las ruinas sobre las que han construido sus poblados. Es algo fascinante. Deberías venir la próxima vez que haga un viaje.

—¿Yo? ¿Y qué iba a aprender en unos sitios como ésos? Yo estudio cómo se forman las sociedades después de quedar sometidas al Imperio, no las ruinas de las que ya están muertas.

—Sí, pero lo que ya existía antes tiene un impacto en lo que se crea a continuación. Sabes tan bien como yo que no se puede plantar

simplemente una civilización encima de otra sin que se tenga en cuenta la historia de la cultura previa.

—Es verdad, pero me parece que los aghoru no tienen mucha historia que sustituir —comentó con cierta tristeza—. No creo que la que tienen sobreviva mucho tiempo a la llegada del Imperio.

—Puede que tengas razón, pero precisamente eso es lo que hace que sea tan importante estudiarlos mientras podamos.

Lemuel se puso trabajosamente en pie, y el esfuerzo lo hizo sudar de un modo profuso.

—No es un buen clima para un gordo —dijo resollando.

—No estás gordo. Tan sólo eres de proporciones generosas —le respondió Camille.

—Y tú eres muy amable, pero sé lo que soy —replicó Lemuel mientras se sacudía la túnica para librarse de los cristales de sal. Miró a su alrededor en el círculo de enormes piedras—. ¿Dónde están tus compañeros?

—Ankhu Anen regresó hace una hora al *Photep* para consultar sus pergaminos de Rosetta.

—¿Y la señorita Eris?

Camille sonrió.

—Kalli está regresando ahora mismo de calcar sobre papel unas copias al carboncillo de las piedras muertas que se encuentran en la ladera oriental de la montaña. No tardará mucho.

Kallista Eris, Camille y Ankhu Anen habían pasado cientos de horas perdidas en su intento de traducir las runas elegantes y fluidas dibujadas sobre las piedras muertas. No habían tenido mucho éxito hasta ese momento, pero si había alguien capaz de descifrar su significado, eran los miembros de aquel triunvirato.

—¿Habéis hecho algún avance en la traducción de la escritura de las piedras? —inquirió Lemuel señalando con un vago gesto de la mano los antiguos menhires.

—Nos estamos acercando —respondió Camille mientras dejaba caer la mochila a su lado y se quitaba el pictógrafo del cuello—. Kalli cree que es

una forma de protoeldar, escrita en un dialecto que es antiguo incluso para ellos, lo que hará que sea imposible obtener un significado exacto, pero Ankhu Anen conoce algunas obras en Prospero que quizá nos ayuden a descifrar las runas.

—¿En Prospero? —preguntó Lemuel con un repentino aumento de interés.

—Sí, en el Athenaeum, una de las grandes bibliotecas que los Mil Hijos tienen en su mundo natal.

—¿Comentó algo sobre esa biblioteca? —inquirió Lemuel.

Camille se encogió de hombros antes de quitarse las gafas antibrillo y frotarse los ojos.

—No, creo que no. ¿Por qué?

—Por nada —le contestó Lemuel, quien sonrió al ver que Kallista Eris se acercaba hacia el círculo de piedras muertas donde ellos se encontraban. Se sintió agradecido por aquella distracción.

Kallista llevaba puesta una chilaba blanca que ondulaba a cada paso que daba. Era una joven hermosa de piel olivácea que, si hubiera querido, habría podido escoger como pareja a cualquiera de los rememoradores asignados a la 28.ª Flota Expedicionaria. Tampoco había demasiados rememoradores en general, ya que los Mil Hijos eran implacablemente selectivos a la hora de elegir aquellos que podrían acompañarlos en sus campañas para registrar sus hazañas.

A pesar de lo anterior, Kallista había declinado todas las invitaciones que le habían hecho para tener compañía y había preferido pasar la mayor parte del tiempo con Lemuel y Camille. Él no tenía interés alguno en tener una relación estable con ninguna de ellas, y se contentaba con compartir unos buenos ratos con dos compañeras también estudiantes de lo desconocido.

—Bienvenida de nuevo, querida —la saludó.

Pasó al lado de Camille para tomarle la mano a Kallista. La tenía caliente, y los dedos manchados de carboncillo. Llevaba una bolsa echada al hombro, y del cuello medio cerrado de la bolsa sobresalían varias hojas de calcar enrolladas.

Kallista Eris era una estudiante de historia cuya especialidad era el modo en que se obtenía y se transmitía el conocimiento del pasado. Una vez, en la biblioteca que había a bordo del *Photep*, le había mostrado a Lemuel varios holopictogramas de un volumen casi destruido conocido como «Shiji», un registro de los antiguos emperadores de una cultura ya desaparecida en Terra. Kallista le explicó que debía dudarse mucho de la exactitud de los datos que ofrecía el documento debido a que la intención del autor parecía ser vilipendiar al emperador anterior al que él servía en ese momento. Insistió en que la veracidad de todo texto histórico sólo podía interpretarse si se comprendía cuál era la intención del escritor, de su estilo y de su parcialidad.

—Lemuel, Camille, ¿alguno de vosotros tiene agua? —les pidió—. No traje la suficiente.

Lemuel soltó una breve risa.

—Sólo a ti se te olvidaría llevar agua suficiente en un planeta como éste.

Kallista asintió mientras se pasaba una mano por el cabello castaño. La piel se le había enrojecido incluso por debajo de las quemaduras que ya había sufrido por el sol. En sus ojos verdes centelleó una divertida mirada de vergüenza, y Lemuel se dio cuenta de por qué tantos la deseaban. Mostraba una vulnerabilidad que provocaba en los hombres dos deseos de forma alternativa: el de protegerla y el de desflorarla. Curiosamente, ella parecía ajena a aquella respuesta ambivalente.

Lemuel se arrodilló al lado de su mochila para sacar una cantimplora, pero Camille le dio un par de golpecitos en el hombro.

—Déjalo, no te preocupes. Me parece que nos traen más.

Lemuel se dio la vuelta y se puso una mano a modo de visera sobre los ojos para protegérselos del sol. Vio que se trataba de uno de los astartes, que se dirigía hacia ellos con una jarra de bronce de forma ovalada en las manos que sostenía por delante de él. Llevaba la cabeza al descubierto y estaba rapada en su mayor parte, a excepción de una cola de cabello negro que le llegaba a los hombros. Su rostro de color dorado parecía

curiosamente plano, con unos ojos oscuros y hundidos, como los de una cobra.

Lemuel se estremeció a pesar del calor al captar el halo de energía helada que rodeaba la silueta del guerrero.

—Sobek —musitó Lemuel.

—¿Lo conoces? —le preguntó Camille.

—Sólo de oídas. Es uno de los miembros del Escarabajo Oculto, los veteranos de la legión. También es el practicus del capitán Ahriman. —Al ver la mirada de incomprensión de Kallista, se lo explicó—: Creo que es algo parecido a un rango de destreza o habilidad, como si fuera un aprendiz muy avanzado, o algo así.

—Ah.

El guerrero astartes se detuvo y permaneció delante de ellos como si fuera una losa sólida de ceramita. La superficie de su armadura de combate estaba cubierta por una filigrana tremendamente intrincada. Las placas carmesíes mostraban infinidad de formas y símbolos geométricos, y Lemuel se dio cuenta de que eran similares a los de su propia túnica. En la hombrera derecha llevaba estampado un escarabajo dorado, mientras que en la izquierda se veía el emblema de la estrella serpentina de los Mil Hijos.

En el centro de la estrella se veía la cabeza de un cuervo negro, de menor tamaño que el escarabajo, pero que destacaba sutilmente gracias a estar colocada en el interior del símbolo de la legión. Era el emblema de los corvidae, uno de los cultos de los Mil Hijos, aunque apenas había conseguido enterarse durante su estancia en la 28.ª Expedición de qué principios la regían.

—Lord Ahriman envía esta jarra de agua —declaró Sobek.

Su voz era resonante, casi excesiva, como si se originara en un pozo profundo situado en mitad de su pecho. Lemuel supuso que aquel tono de voz tan peculiar de los astartes se debía al enorme volumen de implantes biológicos que albergaban en sus cuerpos.

—Es muy amable de su parte —contestó Camille al mismo tiempo que alargaba las manos para tomar la jarra.

—Lord Ahriman me ordenó que le entregara el agua a la rememoradora Eris —dijo Sobek.

Camille frunció el entrecejo.

—Ah, vale. Bueno. Aquí está.

Kallista aceptó con una sonrisa de agradecimiento la jarra que le ofrecía.

—Por favor, hágale llegar mi agradecimiento a lord Ahriman —le dijo tras colocar la pesada jarra en el suelo—. Ha sido muy amable por su parte pensar en mí.

—Le transmitiré su mensaje en cuanto regrese.

—¿En cuanto regrese? ¿Adónde ha ido? —le preguntó Lemuel.

Sobek lo miró fijamente un momento desde su gran altura antes de dar media vuelta para regresar al campamento. El astartes no le había contestado, pero Lemuel había captado la mirada fugaz que los ojos de Sobek habían lanzado en dirección a la montaña.

—Un tipo amistoso, ¿no? —comentó Camille—. De esos que hacen que te preguntes para qué nos molestamos en venir.

—Sé a lo que te refieres. No es que nos hayan dado la bienvenida precisamente, ¿verdad? —coincidió Lemuel.

—Algunos sí —les recordó Kallista mientras pasaba el agua de la jarra a una cantimplora. Derramó más líquido del que logró meter—. Ankhu Anen nos ha ayudado, ¿o no? Y el capitán Ahriman es bastante comunicativo con sus rememoradores. He aprendido mucho de él respecto a la Gran Cruzada.

—Déjame ayudarte —le dijo Lemuel al mismo tiempo que se arrodillaba a su lado para sostener la jarra.

Al igual que ocurría con la mayoría de los objetos diseñados para o por los astartes, tenía un tamaño y un peso excesivos en manos de los mortales, y la jarra, además, estaba llena de agua.

—Me encantaría leer todo lo que llevas escrito hasta el momento —le dijo.

—Claro que sí, Lemuel —le contestó Kallista con una sonrisa, y él sintió que se le henchía el alma.

—¿Adónde crees que ha ido Ahriman? —quiso saber Camille.

—Creo que sé adónde ha ido. ¿Queréis echar un vistazo? —les preguntó con una sonrisa de conspirador.

Los Sekhmet, el Escarabajo Oculto, los Veteranos de Magnus. Fuese cual fuese el nombre que utilizasen, estaba lleno de un orgullo y de una devoción feroces. Ninguno tenía un grado inferior a philosophus, el último rango del culto que podía alcanzar un guerrero antes de enfrentarse al Dominus Liminus. Aquellos veteranos eran los mejores y más brillantes de los astartes de la legión. Habían trascendido sus apetencias físicas, habían desafiado su propia mortalidad y habían dejado a un lado la idea del propio ser. Aquellos guerreros luchaban desde un estado de calma perfecta.

El Khan los llamaba autómatas, Russ despreciaba su espíritu de lucha, y Ferrus Manus los había comparado con robots. Sin embargo, Ahriman había oído a su primarca contarles los logros del señor de los Manos de Hierro, por lo que sospechaba que ese comentario era más bien un cumplido.

Los Sekhmet cruzaron la llanura de sal protegidos por sus enormes armaduras de exterminador de color carmesí bruñido y comenzaron a ascender por las laderas inferiores de la Montaña. Ahriman sintió la presencia de su tutelar por encima, y notó cómo aumentaba su inquietud a medida que se acercaban al vacío psíquico que se extendía al otro lado de las piedras muertas.

Phosis T'kar y Hathor Maat caminaban a su lado con paso firme y decidido. Las formas centelleantes de los tutelares cruzaban el aire con rapidez igual que un banco de peces nerviosos por la presencia de depredadores. Al igual que Aaetpio, los tutelares de los camaradas capitanes y los guerreros temían el vacío de la Montaña.

Los tutelares eran invisibles para aquellos que carecían de visión etérea, pero para los guerreros de los Mil Hijos que poseían ese poder, eran unas visiones luminosas de una belleza exquisita. Aaetpio había

servido fielmente a Ahriman durante casi un siglo. Su forma siempre había sido cambiante pero hermosa, un conjunto de ojos y de espirales luminosas permanentemente en movimiento. Utipa era una entidad agresiva sin forma alguna, tan belicosa como el propio Phosis T'kar, mientras que Paeoc se asemejaba a una águila formada por un millón de soles dorados, tan vana y orgullosa como el propio Hathor Maat.

Ahriman los había considerado ángeles al principio, pero se trataba de una palabra muy antigua, una palabra que los estudiosos del éter habían rechazado por considerarla demasiado emotiva, demasiado cargada de connotaciones divinas. Los tutelares no eran más que fragmentos del Creador Primordial a los que daban forma y propósito aquellos con el poder de someterlos a su voluntad.

Conectó de forma momentánea sus pensamientos con los de Aaetpio. Si Magnus estaba metido en alguna clase de problema, tendrían que descubrirlo sin la ayuda o la visión de sus tutelares respectivos.

Aunque no había captado nada definitivo en sus ritos adivinatorios, la intuición de Ahriman le indicaba que algo iba mal. Magnus era el magister templi de todos los cultos de Prospero, y enseñaba que la intuición era una herramienta tan importante como la visión directa para filtrar los significados que se captaban en las corrientes del Gran Océano.

Ahriman temía que hubiese problemas, pero tanto Phosis T'kar como Hathor Maat los deseaban.

La 28.ª Expedición había llegado a Aghoru tres meses antes. Su nombre oficial en el Registro del Consejo de Guerra era Veintiocho Dieciséis, aunque nadie de la XV Legión llamaba así al planeta. Tras el sometimiento de Veintiocho Quince, las sesenta y tres naves de la 28.ª Expedición efectuaron la traslación desde el Gran Océano y se encontraron con un sistema planetario lleno de mundos muertos, carentes de toda vida y desolados.

Las lecturas indicaban que antaño había habido vida allí, pero ya había desaparecido. No fue posible determinar qué había causado un cataclismo

semejante a escala interplanetaria, pero mientras la flota se dirigía hacia la estrella del sistema, descubrieron que quedaba un rastro de vida que había conseguido sobrevivir de algún modo al desastre en el quinto planeta.

Era un misterio cómo era posible que Magnus supiese que aquel rincón insignificante de la galaxia albergaba un planeta habitado por una rama perdida de la humanidad, ya que no existían residuos electromagnéticos ni se captaron transmisiones antiguas que sugirieran que nada semejante viviese allí.

Los miembros del Rehahti habían urgido a Magnus para que continuara el avance de la flota, ya que la cruzada se encontraba en un punto culminante y los Mil Hijos todavía tenían su parte de gloria que ganarse. Habían pasado casi dos siglos desde que la Gran Cruzada comenzase entre cánticos de gloria y fanfarrias. Habían sido dos siglos de exploraciones y de guerras que habían visto cómo un mundo tras otro se sumaban al conjunto del resurgente Imperio de la Humanidad.

De esos dos siglos, los Mil Hijos habían combatido menos de cien años.

En los primeros años de la cruzada, antes de la llegada de Magnus, los astartes de los Mil Hijos habían demostrado ser especialmente susceptibles a unos genes muy inestables, lo que dio como resultado un rechazo espontáneo de tejidos, un potencial psíquico tremendamente incrementado y otras numerosas variaciones respecto a la norma. Los Mil Hijos recibieron calificativos como «mutantes» y «monstruos», y durante un tiempo pareció que quedarían relegados de un modo innoble a no ser más que una nota a pie de página en la historia de la Gran Cruzada.

Pero la flota del Emperador descubrió a Magnus el Rojo en un planeta perdido de la galaxia, en el mundo remoto de Prospero, y todo cambió.

—Del mismo modo que yo soy hijo vuestro, ellos lo serán míos —le dijo Magnus al Emperador, y esas palabras cambiaron para siempre el destino de los Mil Hijos.

Una vez reunido con la legión que llevaba su legado genético, Magnus volcó hasta la más ínfima parte de su portentoso intelecto en reparar el daño que habían provocado aquellos genes aberrantes.

Lo consiguió.

Magnus salvó a su legión, pero la cruzada avanzó mucho durante el tiempo que tardó en lograrlo, y sus guerreros estaban impacientes por compartir la gloria que sus hermanos se iban ganando con cada día que pasaba.

Las flotas expedicionarias de las diferentes legiones siguieron expandiéndose a partir del planeta natal de la humanidad para reunificar todos los territorios que pertenecían al Emperador. Al igual que otros hermanos que competían entre sí, todos y cada uno de los primarcas se esforzaban por conseguir un lugar al lado de su padre, pero sólo uno de ellos fue lo suficientemente bueno como para luchar al lado del salvador de la humanidad: Horus Lupercal, primarca de los Lobos Lunares y amado hijo del Emperador.

El Emperador se encontraba al mando de los Lobos Lunares y de los Ultramarines de Guilliman, y estaba ya preparado para desencadenar su terrible poder contra los pielesverdes de Ullanor en una guerra que prometía ser durísima y atroz. ¿Quién mejor que el hijo favorito del Emperador para estar a su lado cuando se dispusieran a arrancarle la vida a aquel enemigo tan bárbaro?

Ullanor debía ser la guerra que acabara con todas las guerras, pero había una lucha más cercana que exigía la atención de los Mil Hijos. Los Portadores de la Palabra de Lorgar y los Lobos Espaciales de Leman Russ luchaban en esos momentos en el cúmulo estelar de la Franja Arca, un grupo de estrellas binarias que albergaban una serie de imperios planetarios belicosos que habían rechazado la oferta del Imperio: formar parte de algo más grande.

El Rey Lobo había enviado numerosos mensajes reclamando la presencia de la XV Legión en los combates, pero Magnus hizo caso omiso de todos ellos.

Había encontrado algo mucho más importante en Aghoru. Había encontrado la Montaña.



DOS
TAMBORES DE LA MONTAÑA
EL TEMPLO DE LOS SYRBOTAE
UN LUGAR DE LOS MUERTOS

Sólo llevaban veinte minutos ascendiendo, pero Lemuel ya se estaba arrepintiendo de haber tomado la decisión apresurada de seguir a los Mil Hijos. Había descubierto los peldaños ocultos entre las rocas en uno de los frecuentes paseos solitarios que daba por las laderas inferiores de aquella cima titánica. Se encontraban en una grieta escondida de un modo muy inteligente, situada a unos cien metros de las piedras muertas. Los peldaños subían serpenteando por la roca de la Montaña y trazaban una ruta mucho más directa, aunque también más empinada, que la que estaban siguiendo los astartes.

Quizá era más directa, pero de ningún modo era más sencilla. Tenía la túnica empapada de sudor, y supuso que no debía de oler demasiado bien. El latido del corazón le sonaba igual que los timbales ensordecedores de una banda triunfal que estuviese tocando una bienvenida al mismísimo Emperador.

—¿Falta mucho? —le preguntó Camille.

Estaba disfrutando de aquella oportunidad de adentrarse en la Montaña, aunque Kallista no parecía estar tan entusiasmada con la idea. Los astartes la asombraban y la atemorizaban, pero cuando le habían propuesto espiarlos, sintió un escalofrío delicioso que le recorrió todo el cuerpo. Lemuel no le podía leer el aura, pero la expresión de Kallista indicaba a las claras que se arrepentía de haberse decidido a seguirlos.

Lemuel se detuvo un momento y alzó la mirada hacia el color amarillo metálico del cielo mientras recuperaba el aliento e intentaba ralentizar el palpitar de su corazón.

—Otros diez minutos, más o menos —contestó entre jadeos.

—¿Estás seguro de que aguantarás tanto? —le preguntó Camille, pero sólo bromeaba a medias.

—Estoy bien —la tranquilizó Lemuel antes de tomar otro trago de agua de la cantimplora—. Ya he subido por aquí antes. No queda mucho. Creo.

—Tú procura no desmayarte encima de mí. No quiero tener que bajarte a cuestas.

—Siempre puedes hacerme bajar rodando —le replicó Lemuel en un intento por bromear.

—En serio, ¿eres capaz de subir todo esto? —insistió Camille.

—Estoy bien —insistió él a su vez, con más convicción de la que sentía—. Confía en mí. Tanto esfuerzo merecerá la pena.

A los tres les había parecido una idea genial allí abajo, entre las piedras muertas, pero el abotargamiento de los sentidos que sufría era semejante a que le taparan los oídos con tapones y a que le cosieran los párpados para mantenerle cerrados los ojos. Desde abajo, la Montaña era poco más que una pared negra a la nada, pero al trepar ladera arriba, Lemuel tuvo la sensación de que aquella misma nada se lo estuviese tragando por entero.

Les pasó la cantimplora, agradecido de que tanto Kallista como Camille no se hubiesen negado a su deseo de pararse para descansar unos momentos. Ya era última hora de la tarde, pero el calor del día no había disminuido lo más mínimo. Al menos, allí disponían de un poco de

sombra. Podían permitirse aquel breve respiro, ya que la otra única ruta tardaba en recorrerse como mínimo una hora, incluso siendo un astartes.

Lemuel se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se enjugó el sudor de la cara. Cuando terminó, la tela estaba empapada, así que la estrujó con un gesto de desagrado. Camille miró hacia arriba, siguiendo los peldaños, y alargó un poco el cuello para intentar ver el extremo superior.

—¿Y adónde lleva esto exactamente? —quiso saber.

—A una pequeña meseta un poco más arriba. Es como una plataforma de observación.

—¿Una plataforma de observación? ¿Para qué? —inquirió Kallista.

—La meseta da a un valle amplio al que yo llamo el templo de los syrbotae.

—¿Los syrbotae? ¿Qué son? —le preguntó Camille.

—Una leyenda muy antigua de mi tierra natal —le aclaró Lemuel—. Los syrbotae eran una raza de gigantes del reino aetiopiano de Meroe.

—¿Por qué lo llamas así? Me refiero a lo del templo —preguntó Kallista, horrorizada por la palabra.

—Ya lo entenderás cuando lleguemos allí.

—Ese modo tuyo de escoger palabras acabará metiéndote en algún problema —le advirtió Camille.

—En absoluto, querida. Los Mil Hijos son unos rebeldes en el fondo. Creo que ellos apreciarían la ironía.

—¿Unos rebeldes? ¿Qué quieres decir con eso? —replicó Kallista con un tono de voz airado.

—Nada —se apresuró a contestar Lemuel al darse cuenta de que había hablado de más. Al quedar despojado de su capacidad para leer auras, se había vuelto descuidado—. No era más que un mal chiste.

Le sonrió para demostrarle que había sido una broma, y ella le sonrió a su vez.

—Vamos, deberíamos continuar. Quiero enseñaros algo espectacular.

Tardaron otros diez minutos en llegar a la meseta, y para entonces Lemuel ya se había jurado que no volvería a trepar por una montaña, por muy espectacular que fuera la vista o lo que le prometieran por hacerlo. Le parecía que el tamborileo de los latidos de su corazón resonaba con mayor fuerza que nunca, y también se prometió que perdería peso antes de que la obesidad lo matara.

El cielo tenía una tonalidad marrón amarillenta. La luz no acabaría de desvanecerse en ningún momento, así que no estaba preocupado sobre cómo efectuar el descenso.

—Esto es increíble —exclamó Kallista mientras bajaba la vista para mirar el sendero por el que habían subido—. Tenías toda la razón, Lemuel.

—Cierto. No está nada mal —confirmó Camille mientras sacaba su pictógrafo.

Lemuel hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, no miréis la llanura de sal. Mirad por allí.

Señaló hacia una fila de rocas puntiagudas que parecían estalagmitas delgadas colocadas en el borde de la pequeña meseta. Si alguna vez habían dudado de la naturaleza artificial de la Montaña, la vista de aquellas estalagmitas, que a todas luces eran los restos de una balaustrada, habría despejado cualquier incertidumbre.

—Por allí. Mirad por allí —insistió entre jadeos.

Camille y Kallista se acercaron a las estalagmitas y él captó el asombro que sintieron en su lenguaje corporal. Sonrió, satisfecho de no haberlas defraudado con sus expectativas de un paisaje espectacular. Se puso en pie y estiró la espalda. Ya casi respiraba con normalidad, pero el tamborileo en los oídos no había disminuido en absoluto.

—No te equivocaste al llamarlo templo —reconoció Camilla mientras contemplaba el valle.

—Sí, es todo un espectáculo, ¿verdad? —dijo Lemuel mientras recupera un poco la compostura.

—Sí, lo es, pero no me refería a eso.

—¿Ah, no? —preguntó, y en ese momento se dio cuenta de que el tamborileo que oía no procedía de su corazón. Llegaba del valle, y era un ritmo redoblante hipnótico y amenazante al mismo tiempo. El golpeteo pulsante de las decenas de tambores se entremezclaba con una falta de armonía brutal que azotaba los nervios de Lemuel y le provocaba temblores de inquietud a lo largo de la espina dorsal.

Se esforzó por avanzar un poco más con las piernas casi rígidas por el cansancio y se acercó, intrigado, al borde de la plataforma rocosa para reunirse con las dos mujeres.

Apoyó una mano en el hombro de Camille y bajó la mirada al valle. Abrió los ojos de par en par y la boca se le quedó igualmente abierta por la sorpresa.

—¡Por el Trono de Terra! —exclamó.

Ahriman oyó los tambores y reconoció el ritmo disonante que le llegaba como un eco. Se trataba de algo que había sido declarado prohibido en una época antigua. Aquel sonido sólo podía significar algo malo, y Ahriman tuvo la certeza de que en el interior de ese valle se estaba maquinando algo antinatural. Los miembros del Sekhmet le siguieron el ritmo cuando aceleró el paso. Las pesadas armaduras se vieron impelidas por su fuerza y su voluntad inquebrantable.

—Esto no augura nada bueno —declaró Phosis T'kar a medida que los tambores sonaban con más fuerza—. No me gusta este sitio, maldita sea. Aquí estoy ciego.

—Todos lo estamos —le confirmó Hathor Maat mientras miraba hacia las laderas superiores del valle.

Ahriman compartía el odio que Phosis T'kar sentía hacia aquella ceguera. Era uno de los adeptus exemptus de la legión, y había conseguido los grados máximos de maestría: el vuelo etéreo, la conexión con un tutelar y los ritos de evocación e invocación. Los miembros del Sekhmet eran guerreros-magos muy poderosos, y podían utilizar habilidades que las personas normales ni siquiera sabían que existían. Cada uno de aquellos

guerreros era capaz por sí solo de someter un mundo, pero en aquel lugar, con sus poderes anulados, no eran más que simples astartes.

«Simples astartes», pensó Ahriman con una sonrisa. Qué arrogante sonaba aquello.

Ahriman empezó a pergeñar la base de un nuevo tratado sobre su grimorio mientras estudiaba con atención el valle que se extendía ante ellos. En él disertaría sobre los peligros de la dependencia y del orgullo desmedido.

—Aquí podemos aprender una lección —les dijo a sus camaradas—. Nos vendrá bien enfrentarnos a esto sin nuestros poderes. Nos hemos olvidado un poco de cómo se libraban las guerras antaño.

—Siempre haciendo de maestro, ¿eh? —apuntó Phosis T'kar.

—Siempre —aceptó Ahriman—. Y siempre de estudiante. Cada experiencia nueva es otra oportunidad de aprender.

—¿Y qué lección íbamos a aprender hoy aquí? —exigió saber Hathor Maat.

De todos ellos, Maat era el que temía más quedarse sin poderes, y aquella caminata hacia la Montaña había puesto a prueba su valor de un modo al que jamás se había tenido que enfrentar antes.

—Dependemos de nuestras habilidades para definirnos —les dijo Ahriman mientras sentía la vibración retumbante de los tambores a través de la suela de las botas de la armadura—. Debemos aprender a combatir de nuevo como astartes.

—¿Y por qué? —preguntó el propio Hathor Maat—. Tenemos el don de nuestro poder. El poder del Creador Primordial se encuentra en el interior de todos y cada uno de nosotros, así que, ¿por qué no deberíamos utilizarlo?

Ahriman negó con la cabeza. Al igual que él, Hathor Maat se había enfrentado al Dominus Liminus, pero su dominio de las Enumeraciones era el de un adepto mayor. Había logrado la autoconfianza, pero todavía tenía que conseguir la unidad de conciencia y la extinción del ego necesarias para alcanzar las Enumeraciones superiores. Pocos pavoni lo lograban, y Ahriman sospechaba que ése sería el caso de Hathor Maat.

—Ya podrías enviarnos a luchar desarmados y decir que debemos luchar con las manos desnudas —añadió Hathor Maat.

—Es posible que algún día tengáis que hacer precisamente eso —le replicó Ahriman.

El suelo, que había estado empinándose poco a poco a lo largo de la hora anterior, empezó a aumentar de inclinación de forma abrupta y el sonido de los tambores sonó con más fuerza, como si las gigantescas paredes del valle lo amplificaran. Como siempre le ocurría, Ahriman sintió que su mirada se veía atraída por la increíble altura que alcanzaba la cumbre. La cima estaba oculta por la imponente masa de la propia Montaña, y sus laderas interminables llegaban hasta el cielo amarillento y sin nubes, que ya se estaba oscureciendo para adquirir un tono naranja tostado.

Parecía inconcebible que aquella cima gigantesca fuese obra de fuerzas naturales. Sus proporciones eran demasiado perfectas, su forma demasiado agradable a la vista, y sus curvas y líneas fluían con una elegancia que no era natural en absoluto. Ahriman ya había visto una perfección semejante.

En Prospero.

Las pirámides vitruvianas y los templos de Tizca habían sido construidos utilizando proporciones áureas y las series numéricas del *Liber Abaci*. Aquellas obras habían sido sublimadas y refinadas por Magnus el Rojo para que se asemejaran a la Ciudad de la Luz con tanta belleza, que todos aquellos que las contemplaban se quedaban sin habla por el asombro.

Allá donde Ahriman mirara, veía señales de perfección geométrica, como si el creador de la Montaña hubiese estudiado las proporciones divinas de los antiguos y hubiese formado su masa a partir de sus diseños. Las pautas espirales del suelo formaban curvas perfectas, los pilares de roca estaban espaciados en intervalos regulares y cada uno de los ángulos de cada risco y hendidura estaba dispuesto artísticamente con una exactitud matemática. Ahriman se preguntó qué causa podría ser tan

importante como para que fueran necesarias aquellas proezas fabulosas de esculpido geomorfológico.

La entrada del valle embocaba el sonido de los tambores hacia ellos. El ritmo subía y bajaba en lo que parecía ser, en un principio, una cadencia irregular, pero el proceso cognitivo potenciado de la mente de Ahriman no tardó en descubrir que no se trataba de un ritmo al azar.

—Preparad las armas —ordenó.

Cincuenta armas chasquearon al unísono en una mezcla de bólters de asalto, lanzallamas y los cañones giratorios que acababan de entregarles y que eran capaces de disparar varios miles de proyectiles por minuto. Su designación oficial era «cañón de asalto», pero un nombre tan poco elegante no poseía el poder de la antigua denominación con lo que la habían bautizado, y el estudio numerológico había llevado a los Mil Hijos a mantener su nombre original: «Cañón segador».

El Mechanicum no poseía ni la comprensión ni el conocimiento necesarios para reconocer el poder de los nombres o la maestría y el miedo que uno bien elegido podía provocar. El valor asignado a aquellas siete letras, cuatro consonantes y tres vocales, equivalía al número nueve. Dado que la organización de los Mil Hijos se dividía en una *pesedjet* de nueve hermandades, era la elección natural, y el nombre se mantuvo.

Ahriman recitó los mantras necesarios para elevar su mente a las Enumeraciones inferiores y calmar su fisiología sobredesarrollada, lo que le permitió procesar mejor la información que recibía y reaccionar sin miedo en un entorno hostil. Normalmente, aquel proceso incrementaría su percepción del entorno, y la naturaleza esencial del mundo que lo rodeaba quedaría completamente al descubierto ante sus sentidos, pero en aquella montaña el paisaje se le aparecía muerto, carente de toda vida.

Vio el leve resplandor de unas antorchas y de unas fogatas por delante de ellos. La vibración del suelo parecía el latir del corazón de la montaña. ¿Acaso no sería él una hormiga que trepaba por el cuerpo de un organismo muy superior, un ser insignificante al que se podía apartar de un simple manotazo?

—Zagaya —dijo Ahriman.

Los miembros del Sekhmet adoptaron de inmediato una formación en punta de flecha, con él en la posición más adelantada. Otras legiones denominaban a aquella formación «punta de lanza», y aunque Ahriman reconocía la naturaleza robusta y vigorosa del término, él prefería el viejo nombre que el Emperador de Terra le había enseñado en la isla fortaleza de Diemenslandt.

Phosis T'kar se colocó a su lado, y Ahriman notó el ansia de violencia que llenaba a su camarada capitán. Se preguntó en aquel estado distante e imparcial por qué siempre llamaba a Phosis T'kar su «camarada», y nunca su «amigo».

—¿Cuáles son las órdenes? —le preguntó Hathor Maat, con la voz cargada de tensión.

—Nada de violencia a menos que yo lo ordene —le contestó Ahriman abriendo la comunicación a todos los miembros del Sekhmet—. Esto es una operación de investigación, no de combate.

—Pero estad preparados para ello por si acaba en combate —añadió Phosis T'kar con cierto entusiasmo.

—Sekhmet, alinead vuestros humores —ordenó Ahriman al mismo tiempo que utilizaba su dominio de las Enumeraciones para alterar el equilibrio químico interno de su cuerpo—. Templad el colérico con el flemático y resaltad el sanguíneo.

Ahriman oyó cómo murmuraba Hathor Maat. Lo normal era que un pavoni fuese capaz de equilibrar sus humores simplemente con el pensamiento, pero al carecer de acceso al éter, Hathor Maat tuvo que hacerlo como el resto de ellos: con disciplina, concentración y fuerza de voluntad.

El valle se ensanchó, y Ahriman vio una hueste de figuras que estaban de pie en la cresta de la ladera, al igual que los legendarios guerreros de Leónidas, que lucharon y murieron en las Termópilas. Ahriman no sentía nada respecto a ellos, ni odio ni miedo. Al encontrarse en las Enumeraciones inferiores, estaba más allá de esas consideraciones.

Los guerreros aghoru, con sus túnicas de color atardecer, placas pectorales de cuero desgastado y largas faláricas, eran la viva imagen de

las tribus bárbaras de la antigua Terra. Los guerreros no estaban de frente, preparados para repeler a cualquier atacante, sino que parecían concentrados en algo que se encontraba en el interior del valle, más allá de su vista.

Ahriman flexionó los dedos alrededor de la empuñadura cubierta de cuero de su bólter. Los guerreros se volvieron al oír los pasos de los miembros del Sekhmet, y Ahriman vio que todos ellos llevaban puestas unas máscaras de vidrio pulido. No mostraban expresión ni tenían vida alguna, por lo que se parecían a las máscaras mortuorias de hoja de oro que se colocaban en los rostros de los cadáveres de los antiguos reyes micénicos para ocultar la descomposición de sus rasgos.

En el último cónclave de los Rehahti, Magnus había invitado a Yatiri, el líder de las tribus aghoru reunidas bajo la Montaña, para que hablara con ellos. El orgulloso cacique se había quedado de pie en el centro del austero pabellón de Magnus, vestido únicamente con una túnica de color azafrán y con la cara tapada por la máscara espejo ceremonial propia de su gente. También llevaba una falárica de hoja negra y un báculo heqa, no muy distinto al de los capitanes de los Mil Hijos. Aunque los siglos de aislamiento habían separado a aquella gente del Imperio, el regio Yatiri habló con claridad y fluidez cuando les pidió que no entraran en el valle, para luego explicarles que se trataba de un lugar sagrado para ellos.

Sagrado. Ésa fue la palabra que utilizó.

Una palabra tan provocadora le habría puesto los pelos de punta a más de una de las legiones astartes, pero los Mil Hijos comprendían cuál era el significado original, sin ofensas, sensato, saludable, y dejaron a un lado las connotaciones de divinidad para reconocer lo que verdaderamente significaba: un lugar libre de imperfecciones. La petición de Yatiri había provocado algunas sospechas en el seno de la legión, pero Magnus le había prometido que los Mil Hijos respetarían su deseo.

Esa petición se había respetado hasta ese mismo momento.

Los aghoru dejaron abierto un hueco en sus filas cuando los miembros del Sekhmet se acercaron a la cresta del valle. Las hojas afiladas de sus faláricas brillaban bajo la luz de las hogueras. Ahriman no sentía temor

alguno de aquellas armas, pero no deseaba iniciar un combate que en realidad no necesitaba.

Ahriman siguió caminando hacia los aghoru manteniendo un paso firme y con la mirada en alto y llena de asombro cuando los gigantescos guardianes del valle quedaron a la vista.

En Prospero, el templo de los pyrae era una enorme pirámide de cristal plateado con un florón siempre llameante en su cúspide. Otros templos de Tizca utilizaban ídolos dorados como símbolos de su culto delante de las puertas, pero el templo de los pyrae podía vanagloriarse de tener una máquina de combate de las legiones de titanes.

Los adoradores de los piromantes cruzaban un paseo procesional de mármol rojo iluminado por braseros de bronce en dirección a un poderoso titán de la clase Warlord. Tenía el orgulloso nombre de *Canis Vertex*, y aquella máquina había caminado antaño bajo los estandartes de la Legio Astorum. En su caparazón blindado todavía se veía el emblema gastado de un disco negro rodeado de una corona azul llameante.

Su princeps había muerto, y su moderati había quedado aplastado cuando la máquina cayó derribada durante la sangrienta campaña de exterminación que se libró en la época media de la Gran Cruzada contra los pielesverdes bárbaros de la Troika Kamenka. El Emperador había emitido un edicto de guerra en el que ordenaba a los Mil Hijos, a la Legio Astorum y a la Hueste Vital de los Eugenianos de PanPac para que expulsaran a aquella raza alienígena salvaje de los tres planetas satélites de Kamenka Ulizarna, un planeta reclamado por el Mechanicum de Marte.

Ahriman recordaba muy bien la ferocidad de aquella guerra, las matanzas y el desgaste incesante y terrible en soldados que había dejado decenas de miles de muertos. Las fuerzas imperiales habían salido victoriosas tras dos años de lucha y se habían ganado una serie de honores de combate que añadir a sus estandartes de guerra.

Se había conseguido la victoria, pero el coste había sido muy elevado. Habían muerto ochocientos setenta y tres guerreros de los Mil Hijos, lo

que había obligado a Magnus a reducir su legión de diez hermandades a la *Pesedjet*, las nueve hermandades de la antigüedad.

Lo que Ahriman lamentó más fue la muerte de Apkophis, el capitán de la Quinta Hermandad y su amigo más antiguo. Sólo tras la muerte de Aphophis pudo Ahriman utilizar esa palabra para referirse a él.

Canis Vertex había caído en el campo de batalla de Coriovallum, en los últimos días de la guerra. El enemigo que acabó con él fue una gigantesca máquina de combate de los pielesverdes, construida de un modo primitivo a imagen y semejanza de sus dioses guerreros. La derrota parecía inevitable hasta que Magnus se interpuso en el camino del coloso enemigo blandiendo el poder del éter como un antiguo dios de la guerra.

Dos gigantes, uno mecánico y otro de carne y hueso, progenie del Emperador, se enfrentaron en mitad de las ruinas ardientes, y el resultado de aquella batalla no podía haber sido más claro.

Magnus alzó los brazos, y su capa emplumada revoloteó en el aire empujada por unos vientos invisibles. La furia rugiente del éter despedazó a la máquina de guerra enemiga con un huracán de fuego inmaterial que desgarró el tejido de la realidad y estremeció el mundo hasta sus cimientos más profundos.

Todos los que contemplaron al primarca combatir aquel día se llevarían a la tumba la imagen de su lucha contra aquella máquina desproporcionada y odiosa. El poder y la majestuosidad del primarca quedarían grabados en su memoria como una cicatriz. Diez mil guerreros hicieron una reverencia a su salvador mientras éste regresaba hacia ellos cruzando el campo de batalla lleno de muertos.

El contingente de la Legio Astorum quedó destruido, y Khalophis, de la Sexta Hermandad, había querido «honrar» su sacrificio y había transportado a *Canis Vertex* hasta Prospero cuando regresaron. Una vez en su planeta natal, lo había instalado delante del templo de los pyrae como un guardián silencioso. La colocación de un centinela tan colosal era una prueba más del talento típico de los pyrae para conseguir un efecto espectacular, pero lo que sin duda no se podía negar era el impacto que

provocaba la visión de la máquina sin vida iluminada por el brillo anaranjado de los fuegos del templo.

Ahriman conocía muy bien el tamaño increíble de las máquinas de guerra del Mechanicum, pero jamás había visto algo que se pudiera comparar con los guardianes del valle.

Los colosos idénticos entre sí que se encontraban en el extremo del valle eran de mayor tamaño que el *Canis Vertex*, y al igual que la montaña en la que habitaban, su altura iba más allá de lo imaginable. Aquellas construcciones bípedas se alzaban, elegantes y amenazadoras, con una forma semejante a la humana, pero esbelta hasta lo imposible. Parecían estar fabricadas a partir de un material semejante a la porcelana o a la cerámica, del mismo color que el hueso, y también que las hubieran creado a partir de un único bloque de esa materia.

Las cabezas se asemejaban a cascos sinuosos tachonados de gemas centelleantes, y de sus hombros sobresalían unas púas gráciles, como si fueran alas de un ángel. Aquellos guardianes estaban preparados para entrar en combate. Uno de sus brazos estaba rematado por un puño enorme, y el otro acababa en una arma alargada semejante a una lanza. Del estrecho y grácil cañón de cada una colgaban estandartes ya desvaídos.

—¡Dulce Madre del Abismo! —musitó Phosis T'kar al verlos.

Ahriman notó que la calma que había conseguido establecer en su interior se desmoronaba al verse frente a aquellos poderosos iconos de combate. Como si fueran dioses de la guerra, aquellas creaciones gigantescas restaban importancia a cualquier otra cosa que se encontrara en el valle. Vio que aquellos guardianes mostraban la misma elegancia y belleza estética que había captado en las formaciones del valle. Quienquiera que hubiese creado la Montaña también era responsable de la existencia de los guardianes que la protegían.

—¿Qué son? —preguntó Hathor Maat en voz alta.

—No lo sé. ¿Titanes alienígenas? —respondió Ahriman.

—Tienen un cierto aspecto eldar —apuntó Phosis T'kar.

Ahriman asintió mostrándose de acuerdo. Dos decenios antes, los Mil Hijos habían detectado la presencia de una flota eldar en el límite de la Anomalía Perdus. El encuentro había sido cordial, y ambas fuerzas continuaron sus respectivos rumbos sin que estallara la violencia, pero Ahriman jamás olvidó la elegancia de las naves eldars y la facilidad fluida con la que cruzaban el espacio estelar.

—Deben de ser máquinas de guerra. Khalophis mataría por estar aquí —comentó Hathor Maat.

Sin duda era cierto. Khalophis era un pyrae, y un afanoso estudiante de la guerra en sus aspectos más brutales. Si había que aniquilar a un enemigo en el campo de batalla con una potencia de fuego abrumadora, los Mil Hijos recurrían a Khalophis.

—Seguro que sí —le confirmó Ahriman al mismo tiempo que conseguía apartar la mirada de las titánicas máquinas de guerra.

El valle estaba abarrotado de miembros de la tribu aghoru. Todos llevaban una antorcha o se dedicaban a batir los tambores tribales hasta que les sangraban las palmas de las manos.

Phosis T'kar tenía pegada al costado la pistola bólter que empuñaba, pero Ahriman se dio cuenta de que el impulso de utilizarla que sentía era muy fuerte. Hathor Maat empuñaba el báculo heqa como si estuviese preparado para utilizarlo en cualquier momento. Los guerreros que se habían enfrentado al Dominus Liminus y lograban el rango de adeptos eran capaces de lanzar unas descargas devastadoras de energía etérea mediante esos báculos, pero allí eran poco más que un símbolo de rango.

—Manteneos firmes con las Enumeraciones —susurró—. No habrá muertos a menos que yo lo ordene.

Había unos mil hombres y mujeres aproximadamente en el valle, todos vestidos con túnicas y capas con capucha y las máscaras reflectantes. Rodeaban un gran altar de basalto que se alzaba delante de la entrada de una cueva abierta en la ladera y situada entre los dos guardianes.

Ahriman se dio cuenta de inmediato de que aquella abertura no era una entrada excavada de un modo deliberado. Un terremoto había provocado la

aparición de una grieta, y la negrura que se vislumbraba al otro lado parecía más oscura que la propia profundidad del espacio.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó Phosis T'kar.

—No lo sé —le contestó Ahriman.

Siguió avanzando con cautela entre los aghoru, vio cómo las placas carmesíes de las armaduras de los miembros del Sekhmet se reflejaban en las máscaras. El cántico cesó, y el batir de los tambores se fue apagando poco a poco hasta que todo el valle quedó completamente en silencio.

—¿Por qué nos miran así? ¿Por qué no se mueven? —preguntó Hathor Maat con un susurro.

—Están esperando a ver qué hacemos —le aclaró Ahriman.

Era imposible captar la expresión de los rostros de los aghoru, cubiertos por las máscaras, pero no creía que tuvieran intenciones hostiles. Los miembros de la tribu se quedaron simplemente mirando cómo Ahriman conducía al Sekhmet a través de la multitud en dirección al altar de basalto. Su superficie negra y pulida brillaba bajo los últimos rayos del día, al igual que las aguas tranquilas de un estanque en calma.

Sobre la superficie del altar habían esparcido diversas ofrendas: brazaletes, pendientes, muñecas de juncos entretejidos y collares de cuentas. Eran los efectos personales de decenas de personas. Ahriman vio unas huellas en el polvo que iban desde el altar hasta el desgarrón negro de la ladera de la Montaña. Quienquiera que las hubiese dejado, había realizado muchos viajes de un punto a otro.

Se arrodilló junto al rastro mientras Phosis T'kar y Hathor Maat se acercaban al altar.

—¿Qué será todo esto? —se preguntó Phosis T'kar.

—¿Ofrendas? —sugirió Hathor Maat al mismo tiempo que tomaba en la mano un torque de cobre y ónice. Examinó la calidad artística y torció el gesto en una mueca de desdén.

—¿Para qué o quién? No leí nada en mis prácticas que indicara que los aghoru hacían algo semejante —apuntó Phosis T'kar.

—Yo tampoco, pero si no es eso, ¿cómo lo explicas?

—Yatiri nos dijo que la Montaña era el lugar de los muertos —añadió Ahriman mientras recorría con el dedo el perfil de una pisada que sin duda alguna pertenecía a alguien de mayor tamaño que cualquier humano o que cualquier astartes normal.

—Quizá se trata de un rito conmemorativo —sugirió Phosis T'kar a su vez.

—Es posible —admitió Hathor Maat—. Pero ¿dónde están los muertos?

—Están en la Montaña —intervino Ahriman, quien se apartó de la boca de la cueva cuando los tambores empezaron a sonar de nuevo. Se reunió con sus guerreros y plantó el extremo del báculo en el suelo polvoriento.

Todos los aghoru se volvieron como uno solo con sus máscaras reflectantes hacia el extremo del valle. Empezaron a cantar al unísono y a avanzar con pequeños pasos arrastrando los pies mientras golpeaban el suelo con el extremo de las faláricas al ritmo de los tambores.

—Mandala —ordenó Ahriman, y el Sekhmet formó una circunferencia alrededor del altar. Los cargadores automáticos chasquearon al iniciarse y los puños de combate zumbaron al activarse sus campos de energía.

—¡Permiso para abrir fuego! —solicitó Hathor Maat al mismo tiempo que apuntaba con la pistola bólter a la máscara del aghoru más cercano.

—No —respondió Ahriman, y se volvió para mirar a la oscuridad de la boca de la cueva cuando el polvo empujado por el viento salió de las profundidades de la Montaña—. Esto no es por nosotros.

El viento estaba impregnado por una desesperación desoladora, cargado como iba con el polvo y el recuerdo de miles de millones de cadáveres convertidos en poco más que cenizas y olvidados en las profundidades carentes de toda luz de aquel planeta.

Una silueta emergió de la cueva envuelta en un torbellino de polvo: enorme, carmesí, dorada y monstruosa.



TRES
MAGNUS EL SANCTUM
DEBES ENSEÑARLE

No lograba concentrarse en ello. Lo único que Lemuel conseguía eran impresiones: una piel que brillaba como si por las venas le corriera fuego líquido, unas poderosas alas emplumadas y unas placas de armadura doradas. Una melena de cabello cobrizo, suelta y manchada de cenizas, flotaba ondulante alrededor de la cabeza del ser. Su rostro parecía una masa inconstante de carne y de luz líquida, como si no fuera hueso lo que formaba la base de aquella cara, sino algo más dinámico y vital.

Lemuel sintió que el estómago se le revolvía ante aquella visión, pero fue incapaz de apartar la mirada de aquel enorme ser.

Un momento… ¿De verdad era enorme?

La forma de la aparición parecía cambiar a cada segundo que pasaba sin que el propio Lemuel fuera consciente de ello. No parecía cambiar de un segundo para otro, pero aquel ente pasaba de ser un gigante a ser un hombre, a ser un dios, o a ser una criatura de luz radiante con un millón de ojos.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que han hecho? —se preguntó Lemuel en un tono de voz que era poco más que un susurro.

No podía apartar la mirada, y en su fuero interno sabía que el fuego que ardía en el corazón de aquel ser era peligroso, quizá lo más peligroso de toda la galaxia. A pesar de ello, Lemuel ansiaba tocarlo, aunque sabía que ardería hasta quedar convertido en cenizas si simplemente se acercaba demasiado.

Kallista chilló, y el hechizo se rompió.

Lemuel cayó de rodillas y vomitó. El contenido de su estómago bajó deslizándose por la superficie rocosa. El vómito en arcadas le salió fluyendo de la boca como si fuera un humo lechoso. Se quedó mirando asombrado lo que había expulsado: la masa esparcida centelleaba como si lo que había sido quisiera reconstituirse a sí mismo de nuevo. El aire estaba impregnado de ambición, y daba la impresión de que poseía un poder que ni siquiera las piedras muertas eran capaces de contener, y de que en ese momento estaba flexionando sus músculos.

El instante pasó, y el vómito de Lemuel se quedó en eso, en un simple vómito, y su aliento perdió toda forma y se volvió invisible. Siguió sin poder apartar la mirada del ser incipiente que estaba allí abajo, pero sus sentidos, sobrepasados por completo, estaban anclados en ese momento de un modo firme en la realidad cotidiana del mundo. Las lágrimas le bajaron de forma incontrolada por las mejillas, y se las enjugó con la manga de la túnica.

Kallista sollozaba de un modo incontrolable, y todo su cuerpo se sacudía espasmódicamente, como si estuviera en mitad de un ataque. Arañaba el suelo con las manos y se ensangrentaba la punta de los dedos en lo que parecía ser un intento de escribir algo en el polvo de forma desesperada.

—Debe salir, no puede quedarse dentro —sollozaba—. El fuego debe salir o me quemará por completo.

Levantó los ojos hacia Lemuel y en silencio le imploró algo con la mirada. Sin embargo, antes de que Lemuel pudiera hacer nada, puso los ojos en blanco y se desplomó de bruces en el suelo. Él quiso acudir en su

ayuda, pero notó que no le respondían las extremidades. Camille, que estaba al lado de Kallista, se mantuvo en pie, con el rostro blanco a pesar de la piel bronceada. Todo su cuerpo se estremecía también, y tenía la boca abierta de par en par por el asombro que sentía.

—Es tan hermoso… Tan extremadamente hermoso —dijo en voz baja al mismo tiempo que alzaba titubeante el pictógrafo y grababa unas cuantas imágenes de aquel ser monstruoso.

Lemuel escupió un chorro de bilis amarga y negó con la cabeza.

—No. Es un monstruo —logró decir.

Camille se volvió hacia él, y Lemuel se quedó sorprendido al ver la furia que reflejaba su rostro.

—¿Cómo puedes decir eso? Míralo bien.

Lemuel cerró con fuerza los ojos, y luego los fue abriendo poco a poco para mirar de nuevo a aquel imponente ser. Siguió viendo la luz que brillaba en su corazón, pero mientras que antes había sido atractivamente peligrosa, ahora era tranquilizadora e hipnótica.

Al igual que habría ocurrido con un pictógrafo mal ajustado al que hubieran logrado enfocar de repente, la verdadera forma de aquel ser quedó revelada de forma súbita. Era un gigante de hombros anchos protegido por una armadura de placas de oro, bronce y cuero elaborada con una manufactura exquisita. Llevaba a un costado sus armas: una larga espada curvada con el pomo de obsidiana y hoja dorada y una pistola de aspecto pesado y de proporciones terroríficas.

Aunque el guerrero se encontraba a varios cientos de metros por debajo de ellos, Lemuel lo veía con la misma claridad que un recuerdo reciente o la imagen más vívida que su imaginación fuera capaz de conjurar.

Sonrió al ver la belleza que Camille veía.

—Tienes razón. No sé cómo es posible que no lo haya visto antes.

De los hombros del gigante colgaba una capa de plumas doradas, de la que a su vez colgaban incensarios y pergaminos fijados con sellos de cera. Unos grandes cuernos de ébano sobresalían recurvados de la placa pectoral, a juego con los que le salían de los hombros, de los cuales

colgaba un tabardo de color claro sobre el que se veía el símbolo de un sol llameante. Un libro pesado encuadernado con cuero rojo estaba fijado a la armadura mediante cadenas doradas.

Los ojos de Lemuel se vieron atraídos de inmediato por el libro. Sus textos desconocidos estaban cargados con la promesa del conocimiento y del funcionamiento interno del universo. El pasador dorado que lo cerraba estaba asegurado con un cerrojo de plomo. Lemuel hubiera entregado todas sus riquezas y hasta su propia alma por tener la oportunidad de echar un vistazo a su contenido.

Sintió que una mano lo agarraba del brazo y dejó que lo ayudaran a ponerse en pie. Camille lo abrazó, sobrecogida por los sentimientos de amor y asombro que la embargaban, y Lemuel disfrutó de aquel abrazo.

—Jamás pensé que llegaría a verlo tan de cerca —musitó Camille.

Lemuel no le contestó al observar que otras dos figuras seguían a la primera y salían de la cueva. Uno era un aghoru vestido con una túnica de color azafrán y una máscara centelleante. El otro era un individuo delgado con la túnica propia de un rememorador, aunque manchada de ceniza. Ambos eran irrelevantes. El majestuoso ser de luz era lo único que importaba.

Como si acabara de oír sus pensamientos, el guerrero levantó la mirada hacia donde él estaba.

Llevaba puesto un casco dorado, rematado por un penacho de cabello escarlata. Su rostro mostraba una sabiduría más allá de lo comprensible, como el anciano de una tribu o un sabio venerable.

Camille tenía razón. Era hermoso, perfecto y hermoso.

Sin dejar de abrazarse, Camille y Lemuel cayeron de rodillas.

Lemuel volvió a mirar a aquel ser magnífico, y sólo entonces vio el único defecto que manchaba su perfección. Un ojo dorado, salpicado de colores iridiscentes para los que no había nombres, parpadeó, y Lemuel se dio cuenta de que el guerrero veía el mundo con aquel único ojo. Donde debería estar su otro ojo no había más que piel suave y sin marca alguna, como si jamás hubiera habido un ojo allí.

—Magnus el Rojo. El Rey Carmesí —dijo Lemuel.

El sol de Aghoru se puso finalmente, aunque el cielo seguía levemente iluminado con su luz. La noche no duraba mucho tiempo en aquel lugar, pero proporcionaba al menos un piadoso respiro al intenso calor del día. Ahriman llevaba su casco dorado deshret en el hueco del codo mientras se dirigía hacia el pabellón del primarca. Su conexión con los poderes secretos del universo se había restablecido por sí sola en cuanto cruzó con el Sekhmet la línea que formaban las piedras muertas. La luz de Aaetpio le había dado la bienvenida, y la presencia de su tutelar fue tan vigorizante como un vaso de agua fría en mitad de aquel desierto.

El alivio que Ahriman sintió al ver a Magnus salir de la cueva tan sólo fue equivalente a la decepción que vio en su ojo. El impresionante primarca miró fijamente el círculo de guerreros que rodeaban el altar y luego negó con la cabeza. Incluso sin su agudeza incrementada, anulada por la Montaña, Ahriman había sentido la tremenda presencia de su señor, un poder que trascendía incluso las protecciones, cualesquiera que fuesen, que habían inscrito en las piedras de la Montaña.

Magnus pasó a su lado y los dejó atrás, sin ni siquiera dar muestras de que los hubiera visto. El nativo con máscara, que Ahriman sabía era Yatiri, caminó al lado del primarca, y Mahavastu Kallimakus, el escriba personal de Magnus, trotó en pos de ambos sin dejar de susurrar palabras a una estrecha banda que llevaba en la muñeca y que ésta transmitía a una chasqueante unidad anotadora que tenía acoplada en su cinturón.

—Esto ha sido un error. No deberíamos haber venido —dijo Hathor Maat.

Ahriman se volvió enfurecido hacia él.

—Estabas más que ansioso por ponerte en marcha cuando lo sugerí.

—Era mejor que estar sentado sin hacer nada, pero ya dije que el primarca nos había indicado que debíamos esperarlo —replicó Maat con un encogimiento de hombros.

Ahriman sintió un enorme de deseo de golpearlo, y notó cómo su autocontrol se tambaleaba ante la arrogancia del pavoni. El hecho de que

tuviera razón lo empeoraba.

Sabía que debía haber confiado en Magnus, pero en vez de eso, dudó. En el mejor de los casos, aquello se resolvería con una disculpa pública a Yatiri; en el peor, con una posible exclusión del Rehahti, el círculo interno de los Mil Hijos elegido por Magnus para tratar los asuntos que afectaran en ese momento a la legión.

Sus miembros no eran permanentes, y la inclusión en las filas del Rehahti dependía de muchos aspectos, y uno de los más importantes era el rango del astartes dentro de los Mil Hijos. Los distintos cultos de la legión competían por conseguir un lugar prominente en el círculo interno del primarca, ya que sabían que verse bañados por su resplandor haría que sus propios poderes aumentaran.

Al igual que el poder del éter crecía y se desvanecía, también lo hacían los poderes místicos de los diferentes cultos de la legión. Las corrientes invisibles opuestas a una disciplina en concreto incrementaban los poderes de otra, y los geomantes de la legión leían e interpretaban con un detallismo obsesivo los portentos acaecidos en las mareas siempre cambiantes del Gran Océano. En aquel momento, los pyrae estaban en ascenso, mientras que el culto de Ahriman, los corvidae, estaban en su punto más bajo desde hacía casi cincuenta años. Los corvidae habían sido el culto más relevante dentro de las filas de los Mil Hijos durante siglos, pero a lo largo de los últimos decenios, el poder que tenían de leer las tortuosas sendas del futuro había disminuido, hasta que sus videntes apenas fueron capaces ya de vislumbrar los acontecimientos menos importantes que estaban a punto de producirse.

Las corrientes del Gran Océano estaban aumentando y cada vez eran más tumultuosas. Los geomantes advertían constantemente sobre una terrible tormenta que se estaba gestando en su interior, aunque no eran capaces de ver su origen. Las corrientes más sutiles se veían oscurecidas por las mareas rugientes que reforzaban a las disciplinas más belicosas y resonaban en la sangre de aquellos cuya maestría sólo se extendía entre los rangos inferiores.

Era irritante ver cómo los individuos más agresivos y temerarios como Khalophis y Auramagma se pavoneaban como grandes señores mientras que los hechiceros y los videntes ocultos que habían guiado a los Mil Hijos desde su concepción se veían obligados a mantenerse en segunda fila. Sin embargo, Ahriman no podía hacer nada al respecto, a excepción de seguir intentando cada día restablecer la conexión con las lejanas orillas del futuro.

Dejó a un lado aquellos pensamientos y se elevó a través de las Enumeraciones adecuadas para calmarse y entrar en un estado contemplativo. El pabellón de Magnus se alzaba por delante de él. Era una gran pirámide de tres lados con paredes de cristal polarizado y oro que relucía bajo el brillo del atardecer igual que un diamante semienterrado. Era opaca desde el exterior, pero transparente desde el interior, la representación perfecta del señor de los Mil Hijos.

Tres exterminadores del Escarabajo Oculto se mantenían vigilantes en las esquinas. Cada uno empuñaba un báculo sekhem rematado por una hoja afilada y mantenían pegado el bólter de asalto al emblema del escarabajo de jade y ámbar que llevaban incorporado en la placa pectoral de la armadura.

El hermano Amsu se encontraba en la entrada del pabellón y sostenía con firmeza un estandarte escarlata y marfil que ondeaba al aire. El orgullo que Ahriman sintió al ver el estandarte quedó atemperado porque sabía que había provocado el desagrado de su primarca al llevar a los miembros del Sekhmet a la Montaña.

Ahriman se detuvo delante de Amsu y permitió que leyera su aura etérea para confirmar de ese modo su identidad de un modo más completo y fiable de lo que podría lograr cualquier escáner genético o cualquier lector molecular.

—Hermano Ahriman, bienvenido al Rehahti —lo saludó Amsu—. Lord Magnus te espera.

El interior del pabellón habría sorprendido a la mayoría de la gente debido a su austeridad. Dadas las sospechas que rodeaban a los Mil Hijos desde sus inicios como legión, los mortales con la suerte de tener una audiencia con Magnus el Rojo siempre esperaban que sus estancias estuvieran repletas de símbolos esotéricos, artefactos arcanos y toda la parafernalia relacionada con lo oculto.

En vez de eso, las paredes eran de cristal ondulante, y el suelo de mármol pálido procedente de las montañas centrales de Prospero. Unas losas negras con vetas doradas estaban colocadas de forma estratégica para que formaran un repetitivo diseño geométrico en espiral que conducía hacia el centro del lugar.

Los capitanes de las diferentes hermandades estaban de pie sobre la espiral, y la distancia a la que se encontraban del centro indicaba su posición dentro del Rehahti. Ahriman atravesó con paso tranquilo las zonas oscuras y dejó atrás a los guerreros allí reunidos hasta llegar a su sitio. Justo bajo el vértice de cristal de la pirámide, en el punto donde las losas blancas y negras se reunían, había un disco dorado con la forma de un sol radiante. Era el corazón de la asamblea allí reunida.

Magnus el Rojo se encontraba sobre ese sol dorado.

El primarca de los Mil Hijos era un guerrero fabuloso y un erudito sin par, pero su aspecto era el de un hombre algo avergonzado por su preeminencia entre sus iguales. Ahriman sabía que aquello no era más que una fachada, aunque necesaria, ya que, ¿quién podría soportar enfrentarse cara a cara con un ser cuyo intelecto y caudal de conocimientos convertían cualquier otro logro en una simple anécdota?

Tenía la piel del color del cobre fundido, y las placas de su armadura eran de oro batido y cuero endurecido. La cota de malla que llevaba debajo estaba forjada con anillos de adamantium ennegrecido. El penacho escarlata magistral de su casco caía entre los cuernos retorcidos de su armadura, y su enorme capa de plumas se asemejaba a una brillante cascada que hubiera pertenecido a alguna clase de ave de presa pomposa.

Oculto en parte por esa capa se entreveía un libro grueso, encuadernado con el mismo cuero rugoso que cubría la empuñadura de la pistola de Ahriman. Procedía de un psiconeuein, un feroz depredador psíquico de Prospero que prácticamente había sido el culpable de la desaparición de la antigua civilización del planeta en una época muy antigua.

Era imposible averiguar lo que significaba la expresión del rostro de Magnus, pero se consoló al ver que su posición no se había visto apartada hasta los confines exteriores de la espiral. El ojo del primarca brillaba cargado de color, pero con un tono siempre cambiante, nunca fijo. En aquel momento mostraba un color verde con motas violetas en el iris.

Phosis T'kar estaba cerca de Ahriman, a su derecha, y Khalophis se encontraba frente a él, al otro lado de la espiral. Hathor Maat estaba a su espalda y a su izquierda, mientras que Uthizaar estaba a su derecha en el extremo más alejado de la espiral. La posición de un guerrero no se medía únicamente por su proximidad al centro de la espiral, sino también por una multitud de otros indicadores: la posición del guerrero que se encontraba a su lado, el que estaba a su espalda y el que tenía delante. Quién estaba tapado, quién era claramente visible, la distancia entre su posición y el disco solar, todo ello tenía su importancia en la danza de la supremacía. La posición de cada miembro interactuaba de forma sutil con la de los demás, lo que creaba una red de jerarquías que sólo Magnus era capaz de extender.

Ahriman no podía captar las auras de sus camaradas, y notaba mucho la ausencia de Aaetpio. No lo había invocado para que asistiera a aquella reunión, ya que se hubiera sentido abrumado por la presencia del poder del primarca. Magnus no tenía tutelar, ya que ningún fragmento del Creador Primordial podía enseñarle nada a alguien que había mirado a sus profundidades y había conseguido dominar todos y cada uno de sus matices.

Magnus asintió cuando Ahriman se colocó en su sitio, y el hermano Amon salió de las sombras de la pirámide para cerrar las puertas doradas. Ahriman no había visto ni había sentido la presencia de Amon, pero pocos lograban hacerlo. Era el palafrenero de Magnus y capitán de la Novena

Hermandad, y se encargaba de entrenar a los ocultos, los auxiliares exploradores de los Mil Hijos.

—El sanctum espera el Símbolo de Thothmes —anunció Amon. El color carmesí de su armadura parecía confundirse con las sombras que se agolpaban en los bordes de la pirámide.

Magnus asintió y sacó su khopesh dorado del cinto. Apretó con el pulgar y el mango se extendió con un leve siseo hasta que la espada en forma de hoz se transformó en una arma de asta rematada por una hoja larga y afilada. Magnus pasó la punta roma por la superficie del disco solar para trazar una forma intrincada y retorcida.

Ahriman frunció los labios cuando el mundo se oscureció un poco y el interior de la pirámide quedó oculto a los ojos del exterior. Quedar aislado del éter era una incomodidad, pero nadie podría enterarse de lo que se deliberara en el interior de la pirámide, ni por medios técnicos ni por medios psíquicos.

Magnus se había vanagloriado en una ocasión de que ni siquiera el Emperador podría atravesar el velo invisible con el que el Símbolo de Thothmes envolvía al Rehahti.

—¿Estamos todos reunidos? —preguntó Ahriman en su calidad de bibliotecario jefe de los Mil Hijos. En Prospero, aquella reunión del Rehahti se habría celebrado mediante el lenguaje etéreo, pero en aquel lugar, los guerreros de los Mil Hijos se vieron obligados a utilizar el lenguaje oral, tan primitivo—. Soy Ahzek Ahriman de los corvidae. Si queréis ser oídos, decid vuestro verdadero nombre. ¿Quién acude al Rehahti?

—Yo acudo, Phosis T'kar, magíster del templo de los raptora.

—Yo acudo, Khalophis, magíster del templo de los pyrae.

—Yo acudo, Hathor Maat, magíster del templo de los pavoni.

—Yo acudo, Uthizzar, magíster del templo de los athanaeans.

Ahriman fue asintiendo a medida que los capitanes de los Mil Hijos recitaban sus nombres. Tan sólo Uthizzar se mostró dubitativo. El joven adepto menor acababa de ascender al rango de magíster de templo, y

Ahriman no era capaz de mirarlo sin sentir pena por la muerte de Aphophis.

—Estamos todos reunidos —dijo finalmente.

—Estamos solos —añadió Amon.

Magnus asintió de nuevo y miró a los ojos de todos y cada uno de los capitanes antes de hablar.

—Estoy decepcionado con vosotros, hijos míos —les dijo con su profunda voz de barítono cargada de significados sutiles.

Eran las primeras palabras que Ahriman le había oído pronunciar a su primarca desde que abandonaron la Montaña, y aunque eran una crítica, las agradeció de todas maneras.

—Tenemos mucho que aprender de este mundo, y habéis puesto en peligro ese aprendizaje al entrar en un lugar sagrado para los aghoru. Os dije que me esperarais hasta que regresara. ¿Por qué me desobedecisteis?

Ahriman sintió la mirada de los demás capitanes y se irguió un poco más.

—Fui yo quién lo ordenó, mi señor. La decisión de entrar en el valle la tomé yo —declaró.

—Lo sé —contestó Magnus con una sonrisa leve y apenas visible—. Si alguien iba a desafiar una de mis órdenes, ése ibas a ser tú, Ahzek. ¿No es así?

Ahriman asintió, aunque no estaba seguro de si lo estaban reprendiendo o alabando.

—Bueno, has entrado en la Montaña. ¿Qué impresión tienes? —le preguntó el primarca.

—¿Mi señor?

—¿Qué sentiste?

—Nada, mi señor. No sentí nada.

—Exacto —exclamó Magnus mientras se apartaba del disco solar y empezaba a recorrer la espiral blanca que surgía desde el centro de la pirámide—. No sentiste nada. Ahora ya sabéis cómo se sienten los mortales, atrapados como están en su mundo apagado y silencioso, desconectados de su derecho de nacimiento como raza en evolución.

—¿Derecho de nacimiento? ¿Qué derecho de nacimiento? —preguntó Hathor Maat.

Magnus se volvió hacia él con el ojo transformado en un orbe parpadeante y azul, lleno de vida por el movimiento.

—El derecho a explorar esta galaxia brillante y luminosa y todas sus maravillas, con los ojos bien abiertos a su gloria —le replicó Magnus—. ¿Qué es una vida que se vive en las sombras, una vida en la que todas las maravillas resplandecientes del mundo no son más que fantasmas tan sólo percibidos a medias?

Magnus se detuvo al lado de Ahriman y le puso una mano en el hombro. La mano era la de un gigante, pero al levantar la mirada, el rostro que vio tan sólo era un poco mayor que el suyo. Sus rasgos parecían esculpidos en metal fundido. El ojo era de nuevo de color verde. Ahriman sintió el poder inmenso y desconocido de su primarca, a sabiendas de que se encontraba ante un sol viviente, con el poder de la creación y de la destrucción contenidos dentro de su hermosa forma.

El cuerpo de Magnus no era tanto de carne y sangre como de energía y de voluntad unidas mediante la ciencia antigua del Emperador. Ahriman había estudiado la sustancia que formaba el Gran Océano con la ayuda de algunos de los mejores videntes de la legión, pero el poder que llenaba al primarca le resultaba tan alienígena como lo sería una nave estelar para un salvaje primitivo.

—Los aghoru viven en un planeta azotado por vientos etéreos, pero no se ven afectados por ellos —siguió diciendo Magnus de regreso al disco solar situado en el centro de la pirámide. Mientras caminaba, hacía girar en la mano el báculo khopesh trazando siluetas en el aire que Ahriman reconoció al instante: eran símbolos de invocación, capaces de provocar la aparición de una hueste de tutelares si se hubieran realizado fuera del ambiente inerte del sanctum—. Vienen a la Montaña cada año para llevar los cuerpos de sus muertos a su lugar de descanso final. Los traen hasta ese valle sagrado y los colocan en la boca de la Montaña, y cada vez que regresan, los cuerpos del año anterior han desaparecido, «comidos» por la Montaña. Todos hemos sentido que las paredes que separan este planeta

del éter son muy delgadas. La esencia del Gran Océano se esfuerza por entrar del todo, pero a pesar de ello, los aghoru no se han visto afectados por su presencia. ¿A qué se debe? No lo sé, pero cuando resuelva ese misterio, estaremos un paso más cerca de ayudar a nuestros hermanos a acercarse a la luz del corazón del universo. En la Montaña hay poder, un gran poder, pero está contenido de algún modo, y los aghoru no son conscientes de ello a excepción de esa energía que devora a los muertos. Espero que Yatiri nos perdone vuestra intrusión en su lugar sagrado, porque sin la ayuda de su gente jamás seremos capaces de desentrañar los secretos de este planeta.

El entusiasmo del primarca por aquella tarea resultaba contagioso, y la vergüenza que Ahriman sintió por poner en peligro la gran tarea de Magnus fue un peso aplastante sobre sus hombros.

—Cumpliré cualquier acto de desagravio que sea necesario realizar, mi señor —se apresuró a decir Ahriman—. El Sekhmet se puso en marcha porque yo lo ordené, y yo se lo explicaré a Yatiri.

—No será necesario —le respondió Magnus mientras se colocaba de nuevo en el centro de la pirámide—. Tengo otra tarea para todos vosotros.

—Lo que ordenéis, mi señor —dijo Phosis T'kar, y los demás corearon su afirmación.

Magnus sonrió antes de volver a hablar.

—Como siempre, hijos míos, me llenáis de satisfacción. Los aghoru no son los únicos que son capaces de sentir que este mundo es especial. Los rememoradores que elegimos para que nos acompañaran en esta expedición también, aunque no sean conscientes de que se han dado cuenta. Debéis darles la bienvenida, trabar amistad con ellos y estudiarlos. Los hemos mantenido alejados el tiempo más que suficiente. Ha llegado el momento de hacerles ver que nos hemos acostumbrado a su presencia. De todas maneras, creo que dentro de poco el Emperador dictará que su presencia es obligatoria y enviará a unos cuantos miles más para que se unan a las flotas. Antes de que ese edicto se convierta en una ley, poneos la máscara del amigo, del admirador a regañadientes, de lo que sea necesario para ganaros su confianza. Estudiad el efecto que este planeta tiene sobre

ellos y anotad en vuestros grimorios todo lo que descubráis. Además de estudiar este planeta, debemos también estudiar cómo afecta a los mortales, y a nosotros. ¿Habéis entendido bien vuestra tarea?

—Sí, mi señor —respondió Hathor Maat, y los demás capitanes repitieron las mismas palabras hasta que sólo quedo Ahriman por contestar.

Sintió que el ojo del primarca lo miraba fijamente, e hizo un breve gesto de asentimiento antes de responder.

—Lo he entendido, mi señor.

—Entonces, el Rehahti queda disuelto —declaró Magnus dando un par de golpes en el disco dorado con la punta del báculo.

Una oleada de luz surgió del centro y cubrió a todos los capitanes con su brillo. El Símbolo de Thothmes había quedado desactivado, y Ahriman sintió cómo el flujo del éter le recorría de nuevo todo el cuerpo.

Amon abrió las puertas de la pirámide y Ahriman le hizo una reverencia al primarca. Los capitanes empezaron a salir.

—Ahzek, espera un momento, por favor —lo llamó Magnus.

Ahriman se detuvo de inmediato y regresó al centro de la pirámide, preparado para aceptar su castigo. El primarca envainó su khopesh, cuyo mango había retornado a su tamaño original. Magnus bajó la vista para mirarlo y entrecerró el reluciente ojo verde mientras observaba con atención al bibliotecario jefe.

—Algo te preocupa, amigo mío. ¿De qué se trata?

—El relato de los hombres en la cueva. El que me contasteis cuando yo era vuestro neófito —contestó Ahriman.

—Lo recuerdo. ¿Qué ocurre?

—Si no recuerdo mal, ese relato muestra que es inútil compartir la verdad de lo que sabemos con aquellos que tienen una visión muy estrecha del horizonte. ¿Cómo vamos a iluminar a nuestros camaradas cuando su visión es tan limitada?

—No lo haremos —le contestó Magnus al mismo tiempo que le hacía dar la vuelta y lo conducía hacia las puertas de la pirámide—. Al menos, no al principio.

—No lo entiendo.

—No llevaremos la luz a la humanidad. Los llevaremos a ellos a la luz —le explicó Magnus—. Aprenderemos a elevar la conciencia de la humanidad a un plano superior de existencia para que de ese modo sean capaces de reconocer la luz por ellos mismos.

Ahriman sintió toda la fuerza de la pasión del primarca, y deseó poder sentirla él también.

—Intentar explicarles la verdad del éter a los mortales es como intentar explicarle el color amarillo a una persona ciega. No quieren verlo. Lo temen.

—Pequeños pasos, Ahzek, pequeños pasos —le recalcó Magnus con paciencia—. La humanidad ya está dando sus primeros pasos hacia la conciencia psíquica, pero se debe aprender a caminar bien antes de echar a correr. Los ayudaremos a hacerlo.

—Tenéis una gran fe en la humanidad —dijo Ahriman cuando llegaron a las puertas—. Ya quisieron destruirnos una vez. Puede que quieran hacerlo de nuevo.

Magnus hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Confía un poco más en ellos, hijo. Confía en mí.

—Confío en vos, mi señor. Mi vida es vuestra —le prometió Ahriman.

—Y valoro mucho eso, hijo mío, créeme, pero estoy decidido a seguir con esto y necesito que estés a mi lado, Ahzek. Los otros buscan tu guía, y allá adonde vayas, ellos te seguirán.

—Como deseéis, mi señor —le respondió Ahriman con una profunda reverencia.

—Y ahora, con respecto a lo de estudiar a los rememoradores, quiero que prestes una atención especial a Lemuel Gaumon. Me interesa.

—¿Gaumon? ¿El lector etéreo?

—Sí, el mismo. Posee ciertos poderes que ha aprendido de los escritos de la Sangoma Nordafrikana, por lo que he captado. Cree que nos ha mantenido oculto su poder, y ha dado sus primeros pasos titubeantes en su uso apropiado. Quiero que seas su mentor. Saca a la luz su capacidad y

determina cómo puede utilizarla sin hacerse daño a sí mismo o a los demás. Si podemos hacerlo con él, podremos hacerlo con otros.

—Eso no será nada fácil. No posee el dominio de las Enumeraciones.

—Por eso debes enseñarle —le contestó Magnus.



CUATRO
EL SONIDO DEL JUICIO
DANZARINES DE LAS SOMBRAS
INVOCADO

Los fuegos abrasaron el horizonte mientras el planeta ardía. El cielo se convulsionaba por la presión, y los rayos caleidoscópicos azotaban el aire con su energía antinatural. Los fragmentos aullantes de cristal caían en torrentes centelleantes, las calles estaban llenas de ríos de oro fundido y las antaño orgullosas avenidas repletas de estatuas eran destruidas por el rugido de las explosiones y los aullidos de los asesinos.

Los depredadores acechaban entre las ruinas de la hermosa ciudad, una representación gloriosa del paraíso construida en un suelo terrenal. Las maravillosas construcciones de cristal, plata y oro ardían a su alrededor. El aire estaba lleno de un billón de trozos de papel ardiente que revoloteaban por doquier igual que una lluvia de confeti grotesco. El

sabor de la sangre le saturaba los sentidos, y aunque jamás había visto antes aquel lugar, lamentó profundamente su destrucción.

Una geometría tan perfecta, una estética tan hermosa… ¿Quién podría querer dañar un refugio tan maravilloso? Las gigantescas torres de plata se derrumbaban al doblarse por el calor de los incendios. Los cristales rotos caían desde las altas ventanas y desde los tejados piramidales igual que un torrente de lágrimas relucientes. La luz de las llamas bailaba en los cristales, y cada uno de ellos reflejaba un gran ojo dorado que lloraba lágrimas rojas.

Quiso impedir aquella locura, detener el derramamiento de sangre antes de que fuera demasiado tarde, todo para salvar a la ciudad de su completa destrucción. Ya era demasiado tarde. Su destino final había quedado sellado mucho antes de que la primera bomba cayera sobre ella o el primer invasor entrara en uno de sus palacios dorados, en una de sus columnatas de mármol o en sus magníficos parques.

La ciudad estaba condenada, y nada podía cambiar ese destino.

Nada más formarse ese pensamiento, supo que no era cierto.

La ciudad sí se podía salvar.

Al pensar aquello, las nubes se dispersaron y el azul maravilloso de aquel cielo quedó a la vista. Unos magníficos rayos de sol pintaron de oro las montañas, y el olor de las flores silvestres sustituyó al del metal abrasado y de la carne quemada. Una vez más, las torres plateadas se elevaron hacia el cielo, y las pirámides de cristal monumentales y resplandecientes se alzaron por encima de ella, reluciendo con la promesa de un futuro brillante y lleno de esperanza.

Recorrió sola las calles de la ciudad, disfrutando de la oportunidad de saborear su belleza sin verse interrumpida. La suave brisa llevaba el olor a especias picantes, a fragancias dulces y a aromas exóticos. Sin embargo, no importaba dónde mirara, no se veía rastro alguno de los habitantes de la ciudad.

Impertérrita, continuó con su exploración, y descubrió nuevas maravillas y motivos de éxtasis al doblar cada esquina. Unas estatuas doradas de figuras con cabeza de halcón se alineaban a lo largo de una

avenida de bibliotecas y de museos de mármol, y en otra se alineaban un millar de palmeras datileras olorosas. Unos leones plateados, de cientos de metros de altura, se alzaban sobre sus patas traseras a la entrada de una pirámide tan inmensa que más que una obra de arquitectura era una montaña.

Las enormes columnas rematadas por capiteles con forma de pergaminos enrollados formaban unas inmensas avenidas procesionales por las que podían desfilar ejércitos enteros. Paseó por parques de una belleza increíble que se encontraban al lado mismo de las obras creadas por la mano de la humanidad, y ambos elementos se fusionaban de un modo tan perfecto que era imposible discernir dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Allá donde mirara veía perfección en las líneas y en las formas, una armonía que sólo podía ser obra de una fusión de sabiduría y talento. Aquello era la perfección. Aquello era todo a lo que aspiraba a llegar la humanidad.

Era una bendición, aunque sabía que no era real, ya que nada que la humanidad creara podía ser perfecto.

Todo tenía un defecto, por pequeño que fuera.

Al igual que cualquier otro paraíso, aquél no podía durar.

Oyó un aullido lastimero en la lejanía, un sonido tan, tan débil, que apenas era audible.

El aullido llegó procedente de la desolación helada de un futuro sometido por la nieve, y al primero se unió otro. El eco de los sonidos surgió de las paredes de las pirámides y se quedó flotando sobre las calles desiertas como una maldición. Resonó en una parte atrofiada de su cerebro, un resto primigenio y olvidado de los tiempos en los que la humanidad era la presa, poco más que un puñado de homínidos advenedizos con mayores ambiciones de las que tenían otros mamíferos.

Era el sonido de unos colmillos como espadas, de garras y de cazadores más antiguos que la propia humanidad.

Era el sonido del juicio.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Kallista Eris se incorporó de golpe en su camastro empapada en sudor. Los aullidos fantasmales se desvanecieron poco a poco en su mente. El sueño de la ciudad desconocida también se esfumó como una neblina. Lo único que quedó de aquella maravillosa visión fueron imágenes fugaces de torres resplandecientes, pirámides de paredes plateadas y parques majestuosos.

Soltó un gruñido y se llevó una mano a la frente. Un dolor de cabeza palpitante le golpeaba el interior del cráneo. Sacó las piernas de la cama y se llevó la palma de la mano a la sien al notar que la intensidad del dolor aumentaba.

—No. Otra vez no. Ahora no —gimió.

Se puso en pie y se acercó con paso inseguro al baúl que estaba a los pies de la cama. Si lograba llegar a la botella de sakau antes de que entrara en erupción el fuego que había en su cabeza, podría librarse de una noche de horror y de sufrimiento.

Una tremenda punzada de dolor agónico le atravesó el cerebro y cayó de rodillas. Se desplomó contra la cama con un grito ahogado. Kallista cerró los ojos con todas sus fuerzas para hacer frente al dolor y unas luces blancas destellaron como explosiones detrás de sus párpados. El estómago se le revolvió, y tuvo que esforzarse por no esparcir por toda la tienda su contenido. Sintió que el fuego la inundaba en una oleada de ardientes pesadillas de sangre.

La respiración le sacudió los pulmones mientras pugnaba por superar aquel último ataque, y agarró con fuerza la sábana. Apretó los dientes para incorporarse y arrastrarse por encima de la cama en dirección al baúl. El dolor parecía una bomba que le hubiera estallado en mitad del cerebro, un fuego creciente que le recorría todas las dendritas y las sinapsis para acabar abrasándole los huesos del cráneo.

Kallista logró abrir de un tirón la tapa del baúl y arrojó llena de desesperación las prendas y los objetos personales que se fue encontrando. La botella de sakau se encontraba escondida en una copia hueca de

Fanfarria para la unidad, una obra horrorosa de adulación tan empalagosa que nadie se la pediría prestada.

—Por favor —gimió mientras cogía la copia desgastada del libro. La abrió y sacó una botella de vidrio verde casi llena de una emulsión turbia.

Se incorporó de nuevo y la vista se le enturbió por las luces parpadeantes, los signos delatadores del fuego. Le temblaron todos los músculos del cuerpo cuando se lanzó a través de la tienda en dirección a su mesa de escritorio, donde estaba la vasija de bronce y sus artículos de escritura.

Las manos se le sacudieron con un espasmo tan fuerte que soltó la botella.

—¡Trono! ¡No! —gritó Kallista mientras la botella rebotaba en el suelo sucio. Por suerte, no se rompió.

Se agachó, pero una nueva oleada de náuseas y dolor la recorrió por entero, y supo que ya era demasiado tarde para el sakau. Sólo quedaba un modo de hacer salir el fuego.

Kallista se dejó caer en la silla plegable colocada delante de la mesa y con una mano temblorosa empuñó un lápiz afilado a cuchillo antes de acercar con la otra una hoja de papel. La parte superior de la hoja estaba llena con las notas que había escrito respecto a la increíble caminata hacia el interior de la Montaña.

Le dio la vuelta con furia cuando el fuego de su cerebro la cegó. Puso los ojos en blanco cuando el calor al rojo vivo le abrasó el cuerpo y su luz radiante llenó cada molécula de su ser con su poder. Abrió la boca en un grito silencioso y la mandíbula se le quedó encajada mientras la mano cruzaba el papel en una serie de movimientos de barrido enloquecidos y desesperados.

Las palabras salieron a raudales de Kallista Eris, pero ella ni las vio ni fue consciente de su existencia.

Fue el calor lo que la despertó.

Kallista abrió los ojos lentamente. El brillo abrasador del sol de Aghoru llenaba el interior de la tienda de una luz amarilla y un calor asfixiante. Se pasó la lengua por los labios agrietados y sintió la boca reseca, como si no hubiera bebido nada en varios días.

Se había quedado dormida sobre la mesa. Todavía tenía agarrado un lápiz roto en la mano y un puñado de hojas esparcido alrededor de la cabeza. Kallista gruñó cuando se incorporó un poco y separó la cabeza de la superficie de la mesa. Estaba aturdida y desorientada por el resplandor del sol y la confusión propia de los momentos posteriores al despertar.

Su memoria se fue reorganizando poco a poco, y rememoró vagamente la ciudad a medio recordar de sus sueños y su terrible final. El dolor de cabeza se había convertido en un latido sordo, en un moratón mental que la había dejado entumecida y embotada.

Kallista alargó una mano para tomar el agua que tenía en la vasija. Estaba cubierta de arenilla y de sal arrastradas por el viento, pero le quitó la sensación pastosa que le invadía la boca.

Varios goterones de agua cayeron sobre las hojas de papel esparcidas sobre la mesa, y vio que todas estaban cubiertas por una escritura enloquecida. Se puso en pie con dificultad, con las extremidades todavía abotargadas por el exceso de la noche anterior, y se apartó de la mesa.

Kallista se sentó en la cama sin dejar de mirar fijamente los papeles y los lápices, como si fueran unos animales peligrosos en vez de las herramientas habituales de su oficio. Se frotó los ojos y se pasó una mano por el cabello para luego dejarlo caer sobre las orejas mientras pensaba en lo que debía hacer.

Había decenas de hojas llenas de escritura. Tragó saliva, sin tener muy claro si quería ver lo que había escrito en su último estado de fuga. En la mayoría de las ocasiones era poco más que una serie de tonterías ininteligibles, una retahíla sin sentido. Kallista jamás había sabido qué significaban, y si no llegaba a tiempo de apagar el fuego antes de que empezara con una infusión soporífera de sakau, luego rompía todo lo que había escrito.

No fue así en esa ocasión.

Kallista contempló la caligrafía angulosa, que no era suya, y el calor de la mañana se vio sustituido por un tremendo escalofrío repentino.

En los papeles arrugados se veía escrita una frase, una y otra vez, una frase repetida un millar de veces en cada hoja.

Camille limpió el polvo acumulado a lo largo de los siglos que cubría el objeto enterrado en el suelo. Lo hizo con suaves pasadas de un pincel de cerdas finas. Era algo curvado y pulido, y no mostraba señal alguna de haber permanecido enterrado durante miles de años. Quitó la tierra alrededor del objeto, y su sorpresa aumentó al ver el estado en que se encontraba a medida que dejaba al descubierto más partes del mismo. Era de un color crema pálido, y no mostraba señales de corrosión o de desgaste.

Por lo que se veía, parecía que lo hubieran enterrado el día anterior.

Unas cuantas pinceladas cuidadosas más desvelaron un saliente bulboso, algo con una cierta semejanza a una unidad de comunicación. Jamás había visto un diseño como aquél, ya que parecía haber sido creado a partir de una sola pieza. Siguió quitando tierra, muy satisfecha de haber encontrado un artefacto que evidentemente no era de manufactura humana.

Se detuvo un momento al recordar las estatuas gigantescas, y se dio cuenta del parecido que había entre el material de aquel objeto y el de los gigantes. Aquello podía formar parte de algo igual de enorme. Una cierta aprensión la hizo estremecerse, aunque llevaba puestos los guantes y había tenido mucho cuidado de no tocar el objeto con las manos desnudas cuando lo encontró.

Camille movió los hombros para estirar los músculos de la espalda y se pasó una manga por la frente. Incluso protegida bajo una sombra de los rayos directos del sol, el calor era asfixiante.

Tras dejar buena parte del objeto al aire, tomó su pictógrafo y sacó unas cuantas imágenes desde diferentes ángulos y distancias. La cámara era un regalo de su abuelo. Era un viejo modelo K Seraph 9 que le había comprado en un óptiko de los mercados de Byzant, que a su vez se la había

arrebatado al prospector al que había matado en los montes Taurus que rodeaban la meseta de Anatolia, quien a su vez se la había comprado en la época anterior a la Unidad a un supervisor de turnos de una manufactoría de los Urales, donde la había terminado de fabricar un servidor de montaje que antaño había sido un hombre llamado Hekton Afaez.

Camille miró a su alrededor y contuvo el aliento mientras permanecía atenta a cualquier sonido, por si alguien se acercaba. Captó el ruido de los picos y las palas de su equipo de servidores de excavación, el murmullo suave de la vida cotidiana procedente del cercano asentamiento de los aghoru y el sempiterno siseo de los cristales de sal arrastrados por el viento.

Una vez quedó convencida de que estaba sola, se quitó uno de los guantes. El blanco marfil de la mano contrastaba con la tez morena del resto del brazo. Su piel era suave y delicada. No era la clase de mano que uno esperaría en alguien que se dedicaba a excavar en la tierra.

Camille bajó lentamente la mano hacia el objeto medio enterrado y la posó en su parte superior con un suave suspiro de placer. Una sensación confortable de entumecimiento no tardó en alcanzarle el hombro y el pecho. La sensación no era desagradable, y cerró los ojos para entregarse a las nuevas emociones que la asaltaron.

Sintió el entramado de la historia que relacionaba todas las cosas y el residuo que habían dejado en el objeto todos aquellos que lo habían tocado. El mundo que la rodeaba era oscuro, pero el objeto que tenía delante estaba iluminado como si poseyera algún tipo de fuente luminosa interna.

Era un casco de combate, un artefacto de manufactura exquisita y de diseño elegante y fluido. Era inconfundiblemente alienígena debido a lo «equivocado» de sus proporciones. Era antiguo, muy antiguo. Tanto, que de hecho tuvo dificultades para captar una época tan lejana en el tiempo.

Apareció una silueta en la oscuridad. Su contacto físico había proporcionado vida al recuerdo de la propietaria del casco, muerta muchos siglos atrás. Camille vio a través de sus párpados aleteantes la sombra de una mujer, una bailarina, diríase, por la fluidez y agilidad de sus

movimientos. Giró a través del vacío como si fuera un líquido, y su cuerpo no dejó de moverse entre cada uno de los gráciles saltos que daba. Sus brazos y sus piernas azotaban el espacio a su alrededor, y Camille se dio cuenta de que eran golpes mortíferos. Aquella mujer no era una simple bailarina: era una guerrera.

Se le apareció una palabra, un nombre quizá: Elenaria.

Camille observó maravillada el sutil serpenteo del cuerpo de la danzarina a medida que se movía como el humo en un día ventoso. La mujer sombra dejó a su paso en la oscuridad el eco visual difuso de su imagen, como si una hermandad fantasmal la siguiera. Cuanto más miraba Camille, más tenía la impresión de que contemplaba a miles de mujeres, todas bailando la misma danza, pero separadas por unos leves instantes en el tiempo.

Las danzarinas se deslizaron a través del aire, y Camille se sintió inundada por una tristeza dolorosa. Cada una de aquellas piruetas y saltos gráciles eran manifestaciones de la congoja y el arrepentimiento que llevaban como veneno en sus corazones. Soltó un jadeo cuando una poderosa combinación de sentimientos enaltecidos la asaltaron procedentes del artefacto enterrado. Eran unos pináculos supremos de éxtasis equiparables sólo a las profundidades de tristeza absoluta que los acompañaron.

En las manos de la bailarina aparecieron unas espadas resplandecientes, y Camille no dudó de que aquellas hojas fantasmales eran tan letales como bellas. La mujer sombra giró por el aire con un aullido de furia inimaginable, y las espadas resplandecieron cuando saltó hacia Camille.

Camille apartó la mano del objeto y jadeó al desconectar. Tenía la piel pálida y fría y estaba temblorosa debido a los efectos provocados por aquellas emociones tan poderosas. Respiraba con jadeos cortos, y bajó la mirada hacia el objeto enterrado con una mezcla de miedo y de asombro.

Notaba escalofríos en la piel, y el aliento se le condensaba delante de los labios. La visión tan incongruente de un aliento como aquél en un día

tan caluroso la hizo echarse a reír, aunque la risa sonaba nerviosa y no era convincente.

—¿Qué es eso? —le preguntó una voz masculina.

Se sobresaltó y pegó un salto por la sorpresa.

—¡Trono, Lemuel! ¡No te acerques a la gente a hurtadillas!

—¿A hurtadillas? —replicó Lemuel extrañado mientras miraba el interior de la zanja—. Querida, fíate de lo que te digo: un tipo de mi corpulencia no puede caminar a hurtadillas.

Camille se obligó a sí misma a sonreír, aunque el recuerdo de la tristeza y de la furia de la bailarina siguió definiendo la expresión de su rostro.

—Perdona. Es que me has sorprendido.

—Lo siento.

—No pasa nada —le contestó Camille mientras sentía cómo su ritmo cardíaco volvía a la normalidad—. De todas maneras me venía bien un descanso. Venga, ayúdame a salir.

Lemuel alargó una mano hacia el interior de la zanja. Ella lo agarró del antebrazo carnoso al mismo tiempo que él la aferraba por su delgada muñeca.

—¿Preparada?

—Preparada —contestó Camille.

Lemuel tiró hacia arriba y ella apoyó los pies en el lado de la zanja hasta colocar una rodilla por encima del borde. Luego se impulsó con los brazos para salir.

—Muy digno y elegante, ¿verdad? —comentó mientras se apoyaba en el vientre antes de ponerse de pie del todo.

—Como una bailarina —le contestó Lemuel, y Camille se estremeció.

—Bueno, dime, ¿qué es eso? —insistió Lemuel al tiempo que señalaba el objeto.

Camille bajó la mirada hacia el casco de combate. La ferocidad del grito de la mujer todavía le resonaba en el cráneo.

Meneó la cabeza en un gesto negativo.

—No tengo ni idea —contestó.

El pozo que sus servidores habían excavado a las afueras del asentamiento aghoru tenía cien metros de largo por sesenta cinco de ancho. Las prospecciones iniciales habían dejado al descubierto un número prometedor de artefactos que no eran de manufactura aghoru ni de origen imperial. La mitad de aquellos servidores se encontraban formando filas inmóviles bajo un amplio toldo colocado en un extremo del pozo.

La idea de que los servidores necesitaran un descanso había sorprendido mucho a Camille, hasta que el adepto Spuler, del Mechanicum, le comunicó que se había visto forzado a retirar a seis de ellos debido al agotamiento por calor. Los servidores no sentían cansancio, hambre o sed, lo que los hacía seguir trabajando más allá de los límites de su propia resistencia.

A pesar de ello, habían logrado en un solo día más de lo que Camille se hubiera atrevido a esperar.

La excavación se encontraba al este de un asentamiento aghoru llamado Acaltepec, a unos trescientos kilómetros al norte de la Montaña, y el paisaje allí era tan exuberante como inhóspita era la llanura de sal. El nombre del asentamiento significaba «casa de agua» en la lengua local, y Camille se había enterado de que ése era el nombre que utilizaban para referirse a unas canoas de forma ovalada que utilizaban para pescar en el lago junto al cual se había construido la aldea.

Los aghoru excavaban sus moradas en la propia tierra, lo que les proporcionaba protección del sol y una temperatura casi constante y las convertía en unos lugares sorprendentemente cómodos en los que vivir. Camille había sido bienvenida a los hogares de Acaltepec, y descubrió que sus habitantes eran gentes tranquilas y amables, y la barrera del lenguaje se salvó con facilidad mediante pequeños gestos de amabilidad y de cortesía.

Los servidores de Camille habían excavado en una serie de estructuras abandonadas mucho tiempo atrás. Lo más que los lexicógrafos habían conseguido entender de las respuestas de los aghoru cuando se les

preguntó por qué las habían abandonado era algo parecido a «malos sueños». El adepto Spuler había considerado despreciativamente aquella respuesta como una muestra de superstición primitiva o un significado trastocado y perdido en la traducción. Sin embargo, tras haber tocado el casco de combate alienígena, Camille no estaba tan segura de que se tratara de nada de eso.

Disfrutaba de su estancia en aquel planeta, sobre todo del ritmo de vida tranquilo y relajado de los aghoru y de la falta de historia de aquellos individuos. No tenía dudas respecto a la dureza de la vida que llevaban los aghoru, pero para ella era un descanso bienvenido tras la vida frenética y enloquecida que llevaban los rememoradores de la 28.ª Expedición.

Los nativos enmascarados espantaban los insectos zumbadores que volaban por doquier bajo la sombra de los altos árboles cargados de fruta de color púrpura intenso. Las nativas trabajaban en la orilla fabricando unas largas lanzas para pescar. Hasta los niños llevaban puestas máscaras, algo que había inquietado sobremanera a Camille al principio, pero al igual que con la mayoría de los elementos del lugar, había terminado acostumbrándose.

Las plantas silvestres y los campos cubiertos de cosechas ya maduras bajo el sol se mecían por el viento, y Camille sintió una paz que no conocía desde hacía mucho tiempo. Aquel planeta tenía una historia propia, pero estaba enterrada profundamente, mucho más profundamente que en cualquier otro planeta que ella hubiera visitado. Se recreó en la sensación de disfrutar de un planeta simplemente por lo que veía y donde la historia no se entrometía en todos y cada uno de los aspectos de su vida.

Lemuel se arrodilló al lado de la gran lona donde se habían colocado los hallazgos de aquel día y tomó en las manos una pieza rota que parecía ser un disco de cerámica vidriada.

—Un hallazgo mediocre —comentó Lemuel con acritud—. Ahora entiendo por qué vinimos a este planeta.

—Realmente parece ser la cueva del tesoro. Los artefactos que hemos encontrado no son humanos. Estoy segura.

—¿No son humanos? —inquirió Lemuel al mismo tiempo que golpeaba con los nudillos la parta plana del disco—. Vaya, vaya. Esto sí que es interesante. ¿Qué son entonces?

—No lo sé, pero fueran quienes fueran, murieron hace decenas de miles de años.

—¿De verdad? Esto parece haber sido fabricado ayer mismo.

—Lo sé. Sea cual sea el material que han empleado, no parece envejecer.

—Entonces, ¿cómo sabes lo antiguo que es? —le preguntó Lemuel mirándola fijamente.

«¿Lo sabría Lemuel? No, ¿cómo podría saberlo?».

Camille titubeó un momento.

—Supongo que por la profundidad a la que lo encontré y el instinto que he desarrollado. He pasado mucho tiempo excavando en las ruinas de Terra, así que tengo buen ojo para calcular la antigüedad de un objeto.

—Supongo que será eso —respondió Lemuel mientras le daba vueltas al disco en las manos. Miró con atención el borde que estaba roto—. ¿De qué crees que está hecho? Es suave como la porcelana, pero parece tener una estructura orgánica interna, cristalina o algo parecido.

—Déjame ver.

Lemuel le pasó el disco. Los dedos del rememorador le rozaron la piel por encima de los guantes y ella sintió el chispazo de algo que pasaba de uno al otro. Vio una casa de campo rodeada por unos jardines magníficos y situada en la falda de una montaña que tenía una cima extensa y plana. Una mujer de piel de ébano con una expresión apenada en el rostro se despedía desde el balcón de la parte superior.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lemuel, y la visión desapareció.

Camille sacudió la cabeza para quitarse de encima la tristeza de la escena.

—Estoy bien. Sólo es el calor. No parece fabricado, ¿verdad?

—No —coincidió Lemuel mientras se ponía en pie y se sacudía el polvo de la túnica—. Mira las líneas que lo recorren. Son líneas de crecimiento. Esto no lo crearon en un molde o lo estamparon en una

máquina. Este material, sea lo que sea, creció y luego le dieron esta forma. Me recuerda la obra de un hombre al que conocí en Sangha, allá en Terra. Se llamaba Babechi. Era un individuo tranquilo, capaz de crear maravillas con las cosas que crecían, y de donde yo vengo eso es un don muy escaso. Se consideraba a sí mismo un arboescultor, y podía hacer crecer a los árboles y las plantas dándoles formas que eran delicadamente hermosas.

Lemuel sonrió, perdido en sus recuerdos, antes de seguir hablando.

—Con unas simples tijeras de podar, algunos listones de madera, algo de alambre y de cinta adhesiva, Babechi era capaz de tomar un árbol joven y darle forma de silla, o hacer una escultura o una arcada. Lo que quisieras. Yo tenía todo un jardín lleno de cerezos, de mirto y de álamos que él hizo crecer y tomar forma hasta que todo el lugar se pareció a la gran sala de banquetes del palacio de Phan Kaos de Narthan Dume preparada para una cena de beneficencia.

Camille miró fijamente a Lemuel para ver si le estaba tomando el pelo, pero parecía hablar completamente en serio.

—A mí me suena a algo muy extravagante.

—Oh, sí, era terriblemente extravagante —admitió Lemuel riéndose —. A mi esposa casi le da un ataque cuando se enteró de cuánto había costado. Me llamó hipócrita, pero fue muy bello mientras duró.

Camille vio que una sombra cruzaba el rostro de Lemuel al mencionar a su esposa, y se preguntó si sería la mujer que había aparecido en su visión. Una intuición que no tenía nada que ver con su don le indicó que no debía preguntarle al respecto.

—Creo que está hecho con la misma sustancia de la que están fabricados esos gigantes. ¿Cómo los llamaste? ¿Syrbotae?

—Exacto, syrbotae. Gigantes entre los seres humanos, al igual que la hueste que nos alberga.

Camille sonrió al recordar la primera vez que había visto a Magnus el Rojo mientras salía de la cueva de la Montaña. ¿Qué clase de visión fabulosa le asaltaría la mente si llegaba a tocar al Rey Carmesí? La idea la aterrorizaba y la emocionaba a partes iguales.

—Fue algo magnifico, ¿verdad?

—Sí, algo impresionante —coincidió Lemuel—. Creo que tienes razón con lo de este disco. Está claro que parece del mismo material, pero me cuesta creer que exista algo tan grande como para crecer hasta esa altura.

—Quizá. ¿Crees que los aghoru nos dejarían estudiar a los gigantes?

—No lo sé. Es posible. Puedes preguntárselo.

—Creo que lo haré. Tengo la sensación de que hay más en ellos de lo que se ve a simple vista.

Camille se volvió a mirar al asentamiento aghoru cuando un aerodeslizador personal con los colores rojo y marfil de los Mil Hijos se dirigió hacia la excavación procedente del interior del poblado. El aerodeslizador, un vehículo ancho con forma de disco, flotaba a poca distancia del suelo y dejaba tras de sí una estela de polvo ionizado que se elevaba en el aire. Un solitario guerrero astartes lo pilotaba igual que uno de los carros de carreras de la antigüedad.

—¿Un amigo tuyo? —le preguntó Lemuel.

—La verdad es que sí —contestó Camille unos momentos antes de que el aerodeslizador se detuviera flotando junto a ellos.

El guerrero se quitó el casco dorado. Era un gesto que muy pocos miembros de la legión se preocupaban por hacer, ya que se olvidaban de que los mortales no eran capaces de distinguirlos con facilidad si llevaban puesta la armadura completa.

Tenía el cabello entrecano, con una mezcla de gris y de castaño, y lo llevaba recogido en unas largas trenzas. Su rostro mostraba unas arrugas profundas, como si, de algún modo, su semblante, normalmente inmutable con el paso de los años, hubiese envejecido. Su piel era pálida cuando Camille lo vio por primera vez, pero al igual que ocurría con sus hermanos de batalla, se había vuelto de un color marrón oscuro.

Tenía la armadura cubierta de polvo a causa del trayecto recorrido en terreno abierto, por lo que apenas se veía el pequeño símbolo del cuervo situado en el centro de la estrella serpenteante de los Mil Hijos.

—Buenos días, señorita Shivani —la saludó el astartes con voz ronca y brusca—. ¿Cómo va la excavación?

—La verdad es que muy bien, mi señor Anen —le contestó Camille—. Hemos encontrado muchos artefactos nuevos y casi otras tantas teorías alocadas para explicar su presencia aquí. También he encontrado más escritos que quizá nos ayuden a desvelar el significado de las inscripciones talladas en las piedras muertas.

—Estoy ansioso por estudiarlos —dijo el guerrero, y su sinceridad parecía auténtica.

El escaso número de rememoradores incorporados a la 28.ª Expedición se había enfrentado a una fuerte resistencia entre los guerreros de la legión de Magnus, pero Ankhu Anen había sido una excepción. Había viajado gustoso con Camille a diversas excavaciones situadas a lo largo de la Montaña, algunas cercanas y algunas más lejanas. Compartía su pasión por el pasado y por lo que podía aprender de él.

Posó la mirada en Lemuel, y Camille se lo presentó.

—Éste es mi amigo Lemuel Gaumon. Me ayuda con todas esas teorías alocadas. Lemuel, te presento a Ankhu Anen.

—El Guardián de la Gran Biblioteca —dijo Lemuel al mismo tiempo que alargaba una mano—. Es un honor conocerlo por fin en persona. He oído hablar mucho de usted.

El astartes alargó lentamente una mano y estrechó la de Lemuel. El guantelete de Ankhu Anen envolvió por completo la mano del rememorador, y Camille sintió una oleada de inquietud que le erizó el vello de la piel. Una tensión chisporroteante chasqueó entre Lemuel y Ankhu Anen, como si el aire que flotaba entre ellos se hubiera cargado de repente de electricidad.

—¿De veras? —comentó Ankhu Anen—. Yo también he oído hablar de ti.

—¿Ah, sí? —se extrañó Lemuel, y Camille se dio cuenta de que estaba verdaderamente sorprendido—. No creí que los Mil Hijos prestaran demasiada atención a los pobres rememoradores.

—Sólo a los que nos interesan —contestó Anen.

—Me siento halagado. ¿Ha leído quizá alguna de mis obras?

—No, no lo hecho —replicó Ankhu Anen con un tono de voz que indicaba que lo consideraba una pérdida de tiempo.

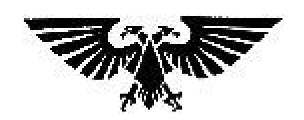
—Ah —exclamó, algo avergonzado—. Bueno, quizá podría ofrecerle una selección de mis obras para que las lea cuando tenga ocasión. Aunque admito que no poseen una gran profundidad, es posible que encuentre algunos capítulos de interés, sobre todo en aquellos donde describo con detalle el desarrollo de la sociedad tras el sometimiento de Veintiocho Quince.

—Es posible, pero no he venido para reunir material de lectura. He venido para traerte una convocatoria —le aclaró el astartes.

—¿Una convocatoria? ¿De quién?

Ankhu Anen sonrió.

—De lord Ahriman.



CINCO

ALUMNO EN PRÁCTICAS
MITOS DE LA CREACIÓN
RECUERDOS DE TERRA

El interior del pabellón de Ahriman era su lugar de reposo. Era espacioso y estaba bien aireado, un refugio del terrible calor de Aghoru. Al lado del camastro había un mueble biblioteca de madera de nogal. Consideraba unos viejos amigos a los libros de sus estanterías. Los había leído y repasado incontables veces, tanto por las palabras que albergaban como por la familiaridad que tenía con ellos.

Una copia desgastada del *Formas literarias akkadianas* se encontraba al lado de unas copias traducidas del *Manuscrito Voynich* y del *Codex Seraphinianus*. El *Turba Philosophorum* luchaba por mantener su propio espacio frente a cinco de los siete volúmenes crípticos de los *Libros de Hzan* y del *Clavis Solomoni*, todo ello junto a unos cuantos textos que no llamarían una atención indebida. Sin embargo, si alguien abría los compartimentos ocultos en el interior del mueble, encontraría unos volúmenes mucho más escandalosos.

De las vigas colgaban incensarios de madera de sándalo, y un fuego de llamas verdes ardía en el interior de un brasero colocado en el centro del pabellón.

Ahriman inspiró profundamente la potente mezcla de olores y dejó que su efecto tranquilizador lo ayudara a facilitar el paso hacia las Enumeraciones menores. Se quedó mirando fijamente las llamas y guió su voluntad a lo largo de las corrientes del éter.

El futuro era todo neblina y sombras, una niebla borrosa de la cual no se podía extraer ninguna clase de significado. En decenios anteriores, las distintas líneas temporales brillaban a través del velo del empíreo, y Ahriman había visto el eco de los futuros que todavía estaban por llegar con la misma facilidad que un humano normal era capaz de adivinar lo que le ocurriría si saltaba desde lo alto de un risco.

Las mareas del Gran Océano eran un misterio para él en ese momento, y le resultaron tan desconocidas como el otro extremo del mundo lo era para los marineros de los tiempos más pretéritos. Ahriman notó que perdía la concentración. La frustración que sentía por la imposibilidad de adivinar el futuro amenazaba con anular su capacidad de control. La concentración era la clave y la llave que abría todas las puertas y se encontraba en el núcleo de cada una de las prácticas de los Mil Hijos, además de ser el medio por el cual se podían desvelar los mayores misterios.

Enfurecido consigo mismo, Ahriman negó con la cabeza y abrió los ojos. Descruzó las piernas y se puso en pie en un solo movimiento fluido. Iba vestido con una túnica carmesí y un cinturón ancho de cuero del que colgaba un manojo de llaves de bronce. Había preferido no llevar puesta la armadura para aquella reunión.

Sobek estaba de pie al lado de la entrada del pabellón, equipado con su armadura de placas de color rubí. Ahriman sintió claramente su desaprobación.

—Habla —le ordenó—. Tu aura me fatiga. Habla y acaba de una vez.

—¿Puedo hablar con sinceridad, mi señor?

—Ya te he dicho que hables —le replicó con brusquedad Ahriman, quien se obligó a sí mismo a calmarse un instante después—. Eres mi practicas, y si no existe franqueza entre nosotros, jamás alcanzarás el rango de philosophus.

—Me irrita mucho ver que os castigan de este modo —le dijo Sobek —. Verse obligado a entrenar a un mortal en los misterios no es tarea para alguien de vuestra importancia.

—¿Un castigo? ¿Eso es lo que crees que es, un castigo? —le preguntó Ahriman.

—¿Qué otra cosa puede ser si no?

—El primarca me ha confiado una tarea muy importante, y esto no es más que su primera etapa. Lemuel Gaumon es un mortal y posee algo de conocimiento y algo de poder.

Sobek soltó un bufido de desprecio.

—Eso no es nada raro en la 28.ª Expedición —respondió.

Ahriman sonrió.

—Es cierto, pero es un niño que está dando sus primeros pasos sin saber que camina con una venda sobre los ojos por el borde de un abismo. Quiero ayudarlo a quitarse esa venda.

—¿Por qué?

—Porque el conocimiento es un amigo mortífero si nadie establece cuáles son las reglas. Nuestro señor desea que ilumine a este mortal. ¿O es que acaso pones en duda la sabiduría del Rey Carmesí?

Muchos de los hijos del Emperador habían recibido sobrenombres honorables a lo largo de los decenios de guerra, incluido por supuesto Horus Lupercal, el primarca de los Lobos Lunares, el hijo más amado del Emperador. Los guerreros de Fulgrim lo conocían por el sobrenombre del Fénix, y la Primera Legión estaba bajo el mando del León. Magnus era el único de sus hermanos que se había ganado una serie de sobrenombres menos halagadores a lo largo de las décadas de guerra: hechicero, brujo…

Así pues, cuando Ahriman se enteró de que los rememoradores de la 28.ª Expedición llamaban a su primarca el Rey Carmesí, permitió que el nombre se utilizara.

Sobek hizo una reverencia antes de contestar.

—Jamás, mi señor. Lord Magnus es la fuente y el origen de toda la legión y nunca dudaré de sus órdenes, sin importar cuáles sean.

Ahriman asintió al mismo tiempo que notaba la presencia de Lemuel Gaumon al otro lado de la tela del pabellón. Captó el aura del hombre, que era una luz difusa y desenfocada si se la comparaba con el resplandor centelleante de sus camaradas astartes. Mientras que las de ellos brillaban limpiamente, la suya era distorsionada y turbia, semejante al brillo de un globo luminoso sin cubierta, resplandeciente en cierto modo, pero incómodo de mirar durante más de un momento.

—Gaumon espera fuera, Sobek. Hazlo pasar.

Sobek asintió y salió del pabellón. Regresó un instante después acompañado de un individuo grueso que iba vestido con una túnica de color carmesí de largas mangas anchas. En el lado izquierdo de la túnica llevaba bordado el emblema de uno de los cónclaves nordafrikanos, el de Sangha, si Ahriman no recordaba mal. Lemuel tenía la piel oscura, aunque no del tono de aquellos a los que se les había oscurecido a causa del fuerte sol de Aghoru. Ahriman captó el olor corporal del individuo incluso por encima del aroma de aceite de megaleion que le cubría todo el cuerpo.

—Bienvenido —lo saludó Ahriman modulando su voz para que tuviera un tono más fluido y natural. Le indicó con un gesto una esterilla situada al lado del brasero—. Por favor, siéntate.

Lemuel se sentó en la esterilla sin dejar de aferrar contra su pecho un cuaderno de notas. Sobek se retiró y los dejó a solas.

Ahriman se sentó delante de Lemuel antes de hablar de nuevo.

—Soy Ahzek Ahriman, bibliotecario jefe de los Mil Hijos.

Lemuel asintió con fuerza.

—Sé quién sois, mi señor. Me siento honrado por vuestra invitación.

—¿Sabes por qué te he hecho venir?

—Confieso que no lo sé.

—Se debe a que posees cierto poder, Lemuel Gaumon —le explicó Ahriman—. Eres capaz de ver las corrientes del éter que fluyen por el

mundo procedentes del Gran Océano. Puede que no reconozcas esos nombres, pero sabes de lo que te estoy hablando.

Lemuel negó con la cabeza, completamente pillado por sorpresa, y se sonrojó.

—Creo que os equivocáis, mi señor —le respondió Lemuel, y Ahriman se echó a reír al captar en su aura el pánico repentino que sentía. Lemuel mostró su cuaderno de notas—. Por favor, mi señor, no soy más que un humilde rememorador.

—No. —Ahriman se inclinó hacia él y lanzó un poco de fuego en su aura—. Eres mucho más que eso. Eres un adepto de la hechicería, ¡un brujo!

Era un truco muy sencillo, una dominación invisible para acobardar a las mentes más débiles. El efecto fue inmediato. De Lemuel surgieron oleadas de miedo y de culpabilidad igual que una marea enloquecida. Ahriman se elevó mediante las Enumeraciones apropiadas para protegerse del terror en estado puro que exudaba el rememorador.

—Por favor… No le hago daño a nadie —le suplicó Lemuel—. No soy un brujo, lo juro. Sólo he leído algunos libros antiguos. No conozco hechizos ni nada que se le parezca. ¡Por favor!

—No te preocupes, Lemuel —le dijo Ahriman sonriendo al mismo tiempo que alzaba una mano para tranquilizarlo—. Tan sólo estoy burlándome un poco de ti. No soy uno de esos estúpidos cazadores de brujos, y no te he hecho venir para condenarte, sino para liberarte.

—¿Para liberarme? ¿De qué? —preguntó Lemuel a la vez que empezaba a respirar con más normalidad.

—De tu ceguera y de tus limitaciones. Tienes poder, pero no sabes utilizarlo del modo adecuado. Puedo enseñarte a utilizar ese poder que posees, y puedo mostrarte cómo utilizarlo para ver cosas que no eres capaz de imaginarte.

Ahriman captó en su aura la suspicacia que Lemuel sentía, y lo tranquilizó con un suave empujón de sus propios poderes, del mismo modo que se calmaba a un animal con palabras suaves y unas cuantas caricias. El rememorador no tenía ninguna clase de barrera en su mente.

Su psique estaba completamente indefensa y abierta a las corrientes del Gran Océano. En cuanto entró en contacto con él, Ahriman conoció todos sus secretos. Notó la punzada de pesar que tenía clavada en el corazón, y su actitud hacia él se volvió más condescendiente, ya que reconoció que la pena que sentía el rememorador era un eco de su propia pena.

El poder no era un bálsamo capaz de curar ese pesar, y Lemuel Gaumon se daría cuenta de ello con el tiempo. Ese momento podía esperar. No había necesidad alguna de aplastar las esperanzas que tuviera.

—Eres tan vulnerable… y ni siquiera eres consciente de ello —le dijo Ahriman con voz suave.

—¿Mi señor?

—Dime lo que sabes del Gran Océano.

—No conozco ese término.

—La disformidad. El empíreo.

—Ah. No mucho, la verdad —admitió Lemuel. Inspiró profundamente antes de seguir hablando, igual que un alumno que temiera dar la respuesta equivocada—. Es una especie de dimensión superior, un plano psíquico donde las naves estelares son capaces de viajar a una velocidad muy superior a la normal. Permite a los astrotelépatas comunicarse entre sí y, bueno, ya está.

—Todo eso es cierto en términos generales, pero el Gran Océano es mucho más que eso, Lemuel. Es el hogar del Creador Primordial, la energía que impulsa a todas las cosas. Es un reflejo de nuestro universo, y nosotros somos a la vez un reflejo suyo. Lo que ocurre en un plano afecta al otro, y al igual que cualquier océano planetario, alberga sus propios depredadores. Tu mente, a pesar de su escaso brillo, reluce como una baliza luminosa para los depredadores que acechan en las profundidades de ese océano. Si te permitiéramos utilizar ese poder sin control alguno, no tardarías en estar muerto.

Lemuel tragó saliva y dejó el cuaderno de notas a un lado.

—No tenía ni idea. Pensaba que… Bueno, no sé lo que pensaba. Supuse que era capaz de utilizar algunas partes de mi cerebro a las que los demás no tenían acceso. Empecé a ver la luz que rodea a las personas, sus

auras. Aprendí a leerlas, a captar lo que sentían. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Tiene todo el sentido. Esa luz, como tú la llamas, es el eco etéreo de la emoción de cualquier persona. En el Gran Océano habita la sombra de cada una de las personas, un reflejo de sus psiques que deja su impronta en sus corrientes.

Lemuel negó con la cabeza con una sonrisa burlona antes de contestar.

—Ésa es mucha información de golpe, mi señor.

—Lo entiendo. No espero que la absorbas toda de golpe ahora mismo. Te convertirás en mi alumno en prácticas, y comenzarás tus estudios mañana.

—¿Puedo elegir?

—No, si quieres vivir.

—Mañana mismo. Es una suerte que me destinaran a la 28.ª Expedición, ¿no?

—Si hay algo que he aprendido durante mis largos años de estudio es que en realidad no existe la suerte en lo que se refiere a la colocación de las piezas del ajedrez del universo. Tu llegada no fue por accidente. Yo estaba destinado a formarte. Lo he visto.

—¿Habéis visto el futuro? —exclamó Lemuel—. ¿Sabíais que iba a estar aquí y que esto iba a suceder?

—Hace muchos años te vi en las calles de Prospero con la túnica de un neófito.

—¿En Prospero? —casi gritó el rememorador. Su aura relució por la emoción—. ¿Un neófito? Eso es un rango de los Mil Hijos, ¿verdad?

—Así es —le confirmó Ahriman—. Aunque muy inferior.

—¿Y lo visteis? ¿Es el futuro? ¡Es increíble!

Ahriman sonrió al comprobar de nuevo la facilidad con la que los mortales se impresionaban ante aquellos poderes. Lo que se impresionaban y, más a menudo, lo que se atemorizaban.

—Años atrás era capaz de navegar por el Gran Océano y abrir mis ojos a todo un mundo de futuros posibles —le explicó Ahriman—. Hacerlo no resulta muy difícil. Hasta los mortales son capaces de conseguirlo. Sin

embargo, leer esas corrientes y extraer el significado y la verdad de ese caos es una habilidad que tan sólo poseen los videntes más dotados.

—¿Yo seré capaz de hacerlo?

—No. Al menos, no antes de pasar décadas formándote con los corvidae. La capacidad de leer las corrientes multidimensionales del Gran Océano y extraer un significado de la incoherencia requiere dos tipos de pensamiento. En primer lugar, el movimiento rápido, preciso y eficiente del pensamiento de un concepto a otro, a través del cual todas las ideas se convierten en una sola. En segundo lugar, la suspensión completa del pensamiento, por el que una idea se reduce a la nada. Yo poseo una memoria eidética, una mente creada por los mejores tecnólogos de una época olvidada que me permite hacerlo. Tú no la tienes.

—Entonces, ¿qué es lo que puedo hacer?

—Lo primero que debes hacer es aprender a proteger tu mente de todo peligro —le respondió Ahriman mientras se ponía en pie—. Una vez hayas logrado eso, será cuando veremos qué es lo que puedes hacer.

Los titanes alienígenas se alzaban por encima de él llenos de majestad y de poder, pero Khalophis no se sintió impresionado. Era cierto que eran más grandes que *Canis Vertex*, pero no poseían la brutalidad robusta del titán de la clase Warlord que montaba guardia a las puertas del templo del culto Pyrae. Retrocedió un paso y echó la cabeza hacia atrás para observar detenidamente las curvas alargadas de las poderosas secciones de la cabeza.

Phosis T'kar le había comentado a Khalophis la presencia de aquellas estatuas gigantescas, y de inmediato sintió el deseo de contemplarlas en persona, de enfrentarse a ellas.

Dio la espalda a aquellas enormes estructuras para mirar a sus guerreros. Una docena de astartes de la Sexta Hermandad estaban de pie detrás del altar negro, un objeto que sin duda se había utilizado para realizar siniestros ritos de sacrificio. Había escuchado a su primarca explicar en el Rehahti que la Montaña era un lugar donde rememoraban a

los muertos, y que se trataba de un lugar que debía tratarse con respeto. Aquello no cambiaba la opinión de Khalophis respecto a los aghoru: no se fiaba de ellos.

Su jefe enmascarado iba acompañado de diez aghoru más, todos ellos también con el rostro tapado por una máscara de espejo. Su presencia había sido la única condición que habían impuesto para que Khalophis y sus guerreros pudieran entrar en el valle. Eso indicaba alguna clase de doblez por su parte. ¿Por qué no iban a querer los aghoru que la legión entrara en el valle?

—¿Qué es lo que queréis mantener escondido? —musitó, y nadie más que él lo oyó.

El jefe de los aghoru lo estaba mirando, y Khalophis señaló con un gesto a los dos gigantes.

—¿Sabes qué son? —le preguntó.

—Son los guardianes de la Montaña.

—Quizá lo fueron antaño, pero ahora no son más que unas estatuas muy caras.

—Son los guardianes —repitió el jefe.

—Son titanes, máquinas de guerra gigantescas —le explicó lentamente Khalophis—. En otra época eran capaces de arrasar ciudades o aniquilar ejércitos enteros, pero ahora están muertas.

—Nuestras leyendas dicen que algún día caminarán de nuevo, cuando los daiesthai rompan las ataduras de su prisión eterna.

—No sé lo que quiere decir esa palabra, pero no volverán a caminar. No son más que máquinas, máquinas sin vida. —Khalophis señaló hacia la cabeza de una de las gigantescas figuras—. Si esto fuera un titán imperial, el princeps estaría sentado en su interior, pero como es alienígena, ¿quién sabe lo que hay ahí dentro en realidad? Un cerebro enorme metido en un frasco, un colectivo interconectado de robots conscientes… Podría ser cualquier cosa.

—¿Qué es un princeps? ¿Una especie de dios? —inquirió el jefe. Khalophis se echó a reír con unas tremendas carcajadas.

—Como si lo fuera. No es una palabra que tenga demasiados partidarios hoy en día, pero no hay otro término que sea útil para explicarlo. Un astartes es un dios para los mortales, un titán… Bueno, un titán es el dios del campo de batalla. Incluso las legiones prestan atención cuando las máquinas del Mechanicum marchan al combate.

—Éstas jamás han caminado, no desde que conocemos su existencia —le aclaró el jefe—. Todos tenemos la esperanza de que jamás lo hagan.

—Te llamas Yatiri, ¿verdad? —le preguntó el capitán inclinándose sobre él.

—Sí, hermano Khalophis. Así me llamo.

—No soy tu hermano —le replicó con un siseo.

A pesar de carecer de sus poderes temporalmente y de su incapacidad para comunicarse con su tutelar, Khalophis se sentía lleno de energía, pero no con las oleadas procedentes del éter que normalmente recibía, sino nuevamente por el acto de dominación.

—Todos somos hermanos —le contestó Yatiri, quien se mantuvo tranquilo ante aquella hostilidad manifiesta—. ¿No es eso lo que enseña vuestro gran líder? Él proclama que todos pertenecemos a la misma raza, que fue dividida por una gran catástrofe, pero vuelve a reunirse bajo el ojo vigilante del gran Emperador Celestial.

—Es cierto —admitió Khalophis—. Pero no todos los que quedaron separados quieren unirse, y se enfrentan a nosotros.

—Nosotros no nos hemos enfrentado a vosotros. Hemos dado la bienvenida a vuestra llegada —le contestó Yatiri.

—Ésa es la historia que vosotros vais contando —le replicó a su vez el astartes.

Khalophis se apoyó en el altar y miró fijamente al mortal a través de las lentes verdes de su casco de combate. Aunque aquel planeta se suponía sometido a la autoridad imperial, Khalophis llevaba conectados los autosentidos de combate. Las faláricas estaban resaltadas en blanco y los miembros de la tribu en rojo, aunque el grado de amenaza era prácticamente inexistente.

—Nosotros somos la historia —lo rebatió Yatiri—. Desde el momento en que vuestro jefe pisó esta tierra, formamos parte de ella.

—Ésa es la cháchara típica de un rememorador —bufó Khalophis—. Y no confío en una gente que siempre lleva puesta una máscara, sobre todo si las máscaras parecen espejos. Me pregunto en todo momento qué estarán escondiendo detrás.

—Tú también llevas puesta una máscara —apuntó Yatiri mientras pasaba a su lado y se dirigía hacia la boca de la cueva.

—Esto es un casco.

—El resultado es el mismo: ocultas tu rostro.

—¿Por qué las lleváis puestas siempre? —quiso saber Khalophis mientras seguía al jefe de la tribu en dirección a los guardianes de la Montaña.

—¿Por qué lo llevas tú? —replicó Yatiri sin darse la vuelta.

—Para protegerme. El casco está blindado y me ha salvado la vida en más de una ocasión.

—Yo también llevo esta máscara por protección —le aclaró Yatiri al llegar al lado de uno de los pies del gigante más cercano.

—Protegerte ¿de qué? Vuestras tribus no guerrean entre sí, y no existen depredadores de gran tamaño en este planeta. ¿Para qué las necesitáis?

Yatiri se dio la vuelta y posó una mano en la superficie pulida de uno de los pies. Tan cerca de los gigantes, Khalophis se dio cuenta de que su tamaño era realmente impresionante, y recordó las ruinas ennegrecidas por el fuego de Kamenka Ulizarna y a Magnus el Rojo de pie delante del coloso pielverde. Aquello sí que había sido una batalla para ser recordada, y al estar allí, tan cerca de la máquina de guerra alienígena, pudo apreciar en su verdadera magnitud el poder de su amado líder.

—Nuestras leyendas hablan de una época en la que este mundo pertenecía a una raza de seres antiguos llamados elohim —le explicó Yatiri mientras se sentaba junto al gigantesco pie—. Era una raza tan hermosa que se enamoraron de lo maravillosas que eran sus formas. —Yatiri dirigió la mirada hacia la boca de la cueva antes de seguir hablando —. Los elohim descubrieron una fuente de gran poder y la utilizaron para

caminar entre las estrellas como si fueran dioses, para crear mundos a su imagen y semejanza y para forjar un imperio en el cielo con el que rivalizar con los dioses. Se concedieron a sí mismos todos los caprichos, no se negaron nada y vivieron una existencia inmortal llena de deseos satisfechos.

—A mí me parece una buena vida —comentó Khalophis al mismo tiempo que echaba una mirada llena de suspicacia hacia la oscuridad.

—Durante un tiempo lo fue —admitió Yatiri—. Sin embargo, semejante engreimiento no podía quedar sin castigo mucho tiempo. Los elohim abusaron de su fuente de poder y la corrompieron con su decadencia licenciosa, y al final se volvió contra ellos. Prácticamente toda su raza quedó destruida en una sola noche de sangre. Sus mundos cayeron y los océanos se bebieron la tierra. Pero eso no fue lo peor.

—¿Ah, no? A mí me suena bastante malo ya —comentó Khalophis, aburrido por el relato de Yatiri.

Los mitos sobre la creación y la destrucción eran un elemento común en la mayoría de las culturas, y las narraciones llenas de moralidad se utilizaban para controlar a las generaciones emergentes. Aquel mito se diferenciaba muy poco de otro centenar que había leído en las bibliotecas de Prospero.

—Los elohim prácticamente se habían extinguido, pero algunos de los escasos supervivientes fueron transformados de un modo maligno por el poder que antaño les había servido. Se convirtieron en los daiesthai, una raza tan cruel como hermosa había sido antaño. Los elohim se enfrentaron a los daiesthai y finalmente consiguieron expulsarlos a las sombras que yacen bajo este planeta. Su poder se había roto, por lo que no poseían los medios necesarios para destruir a los daiesthai. Así pues, con el escaso poder que les quedaba, alzaron la Montaña para que sellara la prisión de los daiesthai y dejaron a estos guardias para que vigilaran su posible regreso. Los daiesthai permanecen encerrados bajo este mundo, pero su ansia de muerte no puede quedar saciada jamás, es por eso que les traemos a los muertos de nuestras tribus a cada giro del planeta para asegurarnos de que su sueño eterno continua.

—Es un cuento muy bonito, pero que no explica las máscaras que lleváis puestas.

—Somos los herederos del mundo de los elohim, y su destrucción sirve como aviso frente a las tentaciones de la vanidad y de la obsesión en uno mismo. Nuestras máscaras son un modo de asegurarnos de que no caeremos como ellos cayeron.

Khalophis pensó en ello durante unos instantes.

—¿Nunca os las quitáis? —preguntó al cabo de unos momentos.

—Sí, para bañarnos.

—¿Y cuando os apareáis?

Yatiri negó con la cabeza antes de contestar.

—Me parece impropio que preguntes algo así, pero no eres un aghoru, así que te contestaré. No, no nos las quitamos, ni siquiera en un momento como ése, ya que los placeres de la carne se encontraban entre los mayores vicios de los elohim.

—Eso explica por qué sois tan pocos en el planeta.

Khalophis estaba más que impaciente por regresar al campamento y restablecer su contacto con Sioda. Debido a que el poder del culto Pyrae continuaba en ascenso, su tutelar era una esencia alada de fuego centelleante. Su conexión con Sioda permitía a Khalophis y a la Sexta Hermandad quemar ejércitos enteros hasta convertirlos en cenizas sin necesidad de efectuar un solo disparo con sus numerosas armas.

La idea lo hizo sentir más poderoso y gruñó al notar que la rabia se apoderaba de él. Era bueno sentir aquella agresividad controlada después de reprimirla durante tanto tiempo. Aquel planeta no representaba nada importante para los Mil Hijos, y Khalophis se enfurecía cada vez más ante la obligación de permanecer allí mientras en otros lugares se libraban guerras. El Rey Lobo había reclamado la presencia de los Mil Hijos en una campaña, y allí estaban ellos, perdiendo el tiempo en un planeta olvidado que no ofrecía nada de valor a la vista.

Khalophis alargó una mano y la pasó por el pie del titán. Sintió la suavidad de la superficie. Sin duda alguna, un material como aquél debía

de ser quebradizo, y ansió destruirlo. Cerró los puños y se colocó en una posición de combate.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Yatiri al mismo tiempo que se ponía en pie de un salto.

El astartes no le respondió. Notó cómo crecía la fuerza de sus brazos, una fuerza capaz de partir el acero y de atravesar el casco de un vehículo blindado. Calculó con exactitud dónde golpearían los puños.

—¡Por favor, hermano Khalophis! —le suplicó Yatiri, quien se interpuso entre el astartes y el enorme pie rematado por garras mecánicas.

Khalophis se concentró en los puños cerrados, pero no llegó a golpear. Su conciencia se aferró a la octava esfera de las Enumeraciones, pero obligó a sus pensamientos a descender a la séptima. Logró calmar la agresividad que sentía y someterla a un estado más contemplativo.

—Desperdiciarías tu fuerza. ¡Los guardianes son inmunes a cualquier clase de daño! —le gritó Yatiri.

Khalophis bajó los brazos y se apartó del objetivo inicial de su agresividad.

—¿Eso es lo que crees? Entonces, ¿qué es eso?

Unas finas líneas negras salían del suelo y se extendían por el pie del gigantesco guardián como grietas en una pared antes de subir con un aspecto parecido al de unas venas malignas y envenenadas.

—¡Los daiesthai! —siseó Yatiri.

Magnus estaba arrodillado sobre el disco solar de su pirámide centelleante. Cerró su primer ojo y liberó su cuerpo luminoso de la prisión de la carne. Sus capitanes y guerreros necesitaban las Enumeraciones para lograr la separación de sus cuerpos, pero Magnus dominaba el viaje espiritual por el éter sin ser consciente de que lograr algo semejante era considerado muy difícil por los demás.

Las Enumeraciones eran unas herramientas filosóficas y conceptuales que permitían a los estudiosos de los misterios filtrar la miríada de complejidades incluidas en el sometimiento del universo a su voluntad.

Ése era su don, la capacidad de lograr lo imposible sin saber que estaba más allá de lo comprensible.

El proceso era más fácil en un mundo como Aghoru, donde los vientos etéreos soplaban invisibles por toda la superficie del planeta. El Gran Océano pugnaba por entrar, como si estuvieran rodeados por una burbuja valiosa y delicada. Magnus sacó un pensamiento de la tercera Enumeración para expresar el concepto. Aquel planeta era una esfera perfecta, imposible de mejorar estructuralmente, pero la Montaña era un defecto, un medio mediante el cual se podía alterar ese equilibrio perfecto. Cuando entró en la cueva con Yatiri, observó con atención todos los formalismos del ritual de los muertos de los aghoru, pero los cánticos y las posturas corporales lo habían divertido por su ingenuidad.

Los aghoru creían realmente que aplacaban a alguna clase de raza durmiente de demonios que estaban aprisionados bajo aquella tierra, y no había llegado todavía el momento de desengañarlos sobre aquella idea. Allí, de pie en mitad de la oscuridad de la cueva, sintió la tremenda presión del Gran Océano muy por debajo de sus pies, infiltrándose a través de protecciones ya muy desgastadas por el paso de incontables eones.

No había demonios bajo la Montaña, tan sólo la promesa de algo tan increíble que Magnus se quedó sin aliento. Era demasiado pronto como para estar seguro, pero si estaba en lo cierto, el beneficio posible para la raza humana estaba más allá de lo imaginable.

Lo que yacía bajo la Montaña era un portal de disformidad, una entrada a un entramado de caminos increíblemente vasto y complejo que atravesaba el Gran Océano, igual que si fuera un entramado invisible de venas que recorriera la totalidad del universo. Tener control sobre ese entramado permitiría a la humanidad dominar las estrellas, la posibilidad de pasar de un lado a otro de la galaxia en un parpadeo.

Había ciertos peligros, por supuesto que los había. No podía simplemente abrir esa puerta, ya que entonces el Gran Océano entraría en tromba y sin control con unas consecuencias desastrosas. El secreto para desentrañar el gran potencial de aquel planeta era un estudio cuidadoso, una investigación meticulosa y una serie gradual de experimentos.

Mientras Yatiri entonaba sus rituales para los muertos sin utilidad alguna, Magnus tiró de uno de aquellos filamentos hacia arriba y probó el inmenso potencial que ofrecía. Era puro. Era un poder vital en estado puro. Su cuerpo ansiaba tocarlo de nuevo.

¡Las cosas que podría lograr con semejante poder!

Magnus se elevó y dejó su cuerpo terrenal arrodillado sobre el disco solar. Una vez libre de las limitaciones de la carne, su cuerpo cobraba vida realmente, con una multitud de sentidos que dejaban en ridículo a los pocos que poseían aquellos cuya vida sólo transcurría en los planos más comunes de la existencia.

—Os liberaré a todos de la cueva —dijo Magnus.

Su voz no se oyó más allá de las paredes de la pirámide. Su cuerpo de luz atravesó la cúspide de la pirámide y se elevó sobre el cielo nocturno de Aghoru. Magnus disfrutó de la posibilidad de volar sin compañía o protección alguna.

La Montaña se alzó por delante de él. Su inmensa presencia era imponente en su majestuosidad.

Se elevó miles de metros, y a pesar de ello, siguió empequeñeciéndolo.

El primarca siguió elevándose a toda velocidad, como un misil reluciente que giraba y dejaba tras de sí rastros brillantes en el cielo. Su vuelo fulgurante fue invisible para todos, ya que Magnus quería permanecer solo, y ocultó su presencia incluso a sus capitanes.

Voló todo lo cerca de la Montaña que pudo, y sintió el muro negro de anulación que surgía de las rocas y de los picos colocados de un modo inteligente y sutil con un único propósito: contener las energías bullentes e impredecibles que estaban atrapadas bajo ella.

Magnus giró alrededor de la Montaña mientras disfrutaba de los vientos etéreos que azotaban el aire alrededor de su cuerpo de luz. Los antiguos místicos llamaban al cuerpo de luz *linga sarira*, un doble del cuerpo físico que ellos creían se podía lograr mediante tiempo, esfuerzo y voluntad, y de ese modo, esencialmente, crear un medio de vivir para siempre. Aunque no era cierto, era una noble creencia.

Siguió volando hacia adelante y hacia arriba. La atmósfera fue perdiendo consistencia, pero aquel cuerpo no necesitaba ni calor, ni oxígeno ni luz para subsistir, tan sólo voluntad y energía, y Magnus dispone de reservas sin límites de ambas.

El sol era un disco de luz que se apagaba por encima de él. Siguió ascendiendo y extendió los brazos como si fueran alas mientras se empapaba de la calidez de las corrientes invisibles de energía que impregnaban cada rincón de aquel planeta. El mundo que se extendía bajo no era más que un recuerdo lejano, y el campamento de los Mil Hijos, un punto de luz en la oscuridad.

Vio la inmensidad de la galaxia, la blancura borrosa de la Vía Láctea, el brillo de estrellas lejanas y las distancias imposibles que las separaban. A lo largo de la historia, los seres humanos habían alzado la mirada hacia las estrellas y habían soñado con viajar entre ellas algún día. Se habían espantado de unas distancias tan enormes que la mente humana era incapaz de concebir, y luego habían dedicado todos sus esfuerzos mentales a superar las dificultades y a encontrar un modo de hacerlo.

Había llegado ese momento, el momento en el que tenían al alcance de la mano hacerse con las estrellas, dominar la galaxia de una vez por todas. Magnus sería el arquitecto de ese dominio. Las naves de los Mil Hijos flotaban inmóviles en el vacío por encima de él: el *Photep*, el *Heredero de Prospero* y el *Ankhtowë*. Junto a las naves forja del Mechanicum, a las del Administratum y a la hueste de transportes que llevaban los soldados de la Guardia de las Torres de Prospero, formaban aquella parte de la 28.ª Expedición.

Allí arriba, bañado por la luz y la energía, Magnus se encontraba libre de las limitaciones terrenales, aunque muchas de ellas eran autoimpuestas. Allí veía con perfecta claridad, con su forma liberada de las leyes y de las componendas a las que habían llegado tanto él como su creador. A diferencia de sus hermanos, Magnus recordaba su concepción y su crecimiento, y era capaz de rememorar con nitidez el vínculo que existía entre él y su padre.

Incluso mientras todavía lo estaba forjando en el fuego blanco de su genio, el Emperador hablaba con Magnus. El primarca escuchaba atentamente sus grandes sueños, la escala colosal de sus visiones, y el lugar que él tendría en todo aquello. Al igual que una madre habla con el hijo todavía no nacido que lleva en su seno, el Emperador le habló a Magnus.

Sin embargo, mientras que un nonato no sabe nada del mundo exterior, Magnus lo sabía todo.

Recordó cómo, decenios más tarde, regresó a su planeta de nacimiento para recorrer sus caminos ocultos y explorar sus misterios perdi dos con su padre. El Emperador le había dado lecciones sobre los poderes secretos del universo. Había compartido su sabiduría sin darse cuenta de que el estudiante estaba a punto de superar al maestro. Caminaron por los ardientes desiertos de Meganesia y viajaron por senderos invisibles conocidos antaño como líneas de canción por las primeras personas que habitaron esa tierra.

Otras culturas las conocían por los nombres de líneas ley o lungmei, y creían que eran la sangre de los dioses, el flujo magnético de una energía mística que circulaba por las venas del planeta. Su padre le había contado que los viejos chamanes de la antigua Tierra podían absorber energía de esas corrientes y utilizar un poder superior al de los demás mortales. Muchos habían intentado convertirse en dioses, habían alzado imperios y habían esclavizado a los demás seres humanos.

El Emperador le habló de cómo aquellos individuos habían destrozado sus vidas y las de los demás por utilizar un poder que estaba más allá de su comprensión. Al notar el interés de Magnus, su padre le había advertido contra la idea de aventurarse demasiado tiempo y demasiado alto en el éter para conseguir un beneficio egoísta.

Magnus lo escuchó con atención, pero en lo más profundo de su corazón ansiaba controlar esos poderes que no podían dominar los mortales. Era un ser de luz tan distinto a la humanidad que apenas se consideraba a sí mismo como alguien emparentado con sus ancestros primordiales. Se sentía por encima de ellos, pero no olvidó en ningún

momento el legado de evolución y de sacrificio que lo había elevado a él por encima de aquéllos. Era su deber y su honor acelerar la ascensión de los que vendrían después de él, mostrarles la luz al igual que su padre se la había mostrado a él.

En esos primeros días, Terra era un mundo en pleno cambio, un planeta renacido a la imagen de su nuevo señor, ya que no dejaban de alzarse ciudades centelleantes y maravillas grandiosas que marcaban el cambio de suerte en la humanidad. La gloriosa obra cumbre de aquella nueva época era el palacio de su padre, un monumento del tamaño de un continente dedicado al increíble logro que había sido la Unidad. Tomó forma en las cimas más altas del planeta, y era una masa continental que debía servir como símbolo innegable de la nueva función de Terra como el imán unificador de la humanidad. Sería un faro luminoso en una galaxia hambrienta de luz durante las épocas oscuras.

Magnus había estudiado los textos antiguos que su padre había reunido en la Librarius Terra. Casi los había devorado con un ansia rayana en la obsesión. Observaba el cielo desde el Gran Observatorio, había derribado cimas de montañas con sus hermanos en las Torres Marciales y, lo mejor de todo, había cruzado el éter con su padre.

Había observado con humor cómo Fulgrim y Ferrus Manus rivalizaban por la supremacía en las forjas de Terrawatt, bajo el monte Narodnya; había debatido sobre la naturaleza del universo con Lorgar en el Salón de Leng, y había conocido a más hermanos suyos a medida que viajaban al planeta donde habían nacido.

Había sentido parentesco con algunos de ellos, un sentimiento de hermandad que no sabía que deseaba hasta que lo tuvo justo delante de él. Con otros no sintió nada. Hostilidad incluso, pero no devolvió esa hostilidad. El futuro se encargaría de justificarlo.

Cuando llegó el momento de adentrarse entre las estrellas, fue agridulce. Se había visto obligado a separarse de su amado padre, pero ese instante no pudo ser más apropiado para sus guerreros, ya que los defectos genéticos que acosaban a sus guerreros eran cada vez más graves.

Magnus había llevado a su legión a Prospero, y allí había…

Había hecho lo que había que hacer para salvar a sus hijos.

Al pensar en su legión, apartó la mirada de las estrellas y recordó la advertencia de su padre sobre volar demasiado alto y demasiado lejos en el éter. Cambió el rumbo del vuelo y bajó hacia la superficie, igual que un corneta que se desplomara contra Aghoru. El suelo oscuro subió raudo hacia él. El campamento de los Mil Hijos se asemejaba a una fogata solitaria en mitad de una pradera vacía. Las mentes de sus guerreros eran las llamas. Algunas titilaban, pero otras ardían cargadas de ambición.

Magnus disminuyó la velocidad de descenso al sentir el calor de una de las llamas en concreto.

Ahriman. Siempre era Ahriman quien ardía con más brillo que los demás.

Su bibliotecario jefe estaba de pie delante del pabellón con Sobek a su lado. En ese momento estaba hablando con tres mortales cuyas mentes eran poco más que ascuas moribundas.

Magnus leyó las mentes de los tres en un instante y los conoció mejor de lo que ellos mismos se conocían.

Uno de ellos era Lemuel Gaumon, el nuevo alumno en prácticas de Ahriman. La más alta de las dos mujeres era Camille Shivani, una psicométrica, mientras que la más delgada era Kallista Eris, una escritora asémica.

Llevaba un puñado de papeles en la mano, aunque su aura le indicó a Magnus que no le gustaba llevarlos encima. Shivani se encontraba detrás de Gaumon, que le decía algo con cierta agitación a Ahriman. El capitán se quedó mirando la página que le habían dado.

Magnus se acercó flotando a Ahriman y leyó lo que había escrito en el papel.

Una y otra vez y otra vez, la misma frase:

«Vienen los Lobos».



SEIS
SKARSSEN
LAS EXIGENCIAS DE LA GUERRA
WYRDMAKE

Era un día como otro cualquiera. El sol golpeaba las llanuras de sal de Aghoru. El temblor asfixiante y la sequedad del aire eran tan atroces como siempre. De la Montaña bajaba un viento seco que hacía ondear con fuerza los estandartes de los escarabajos y los halcones de los Mil Hijos mientras formaban en dos filas, una a cada lado de la avenida de un kilómetro de largo.

Cinco hermandades de la legión, casi seis mil astartes, estaban en posición de firmes y mostraban un aspecto magnífico con sus armaduras de combate de color carmesí y marfil. Los escarabajos de jade resplandecían en las placas pectorales, lo mismo que los penachos dorados que sobresalían de los cascos atef de los miembros del Escarabajo Oculto. Los deshrets del resto de la legión estaban pulidos y adornados con plumas de color dorado y amatista.

Era un día como cualquier otro, salvo por un detalle.

Llegaban los Lobos.

Había llegado un mensaje del *Photep* en el que se informaba que una pequeña flota de naves astartes había efectuado la traslación desde el Gran Océano y se acercaba a Aghoru a una velocidad tremenda. La flota había atravesado la franja exterior del sistema como una espada atravesaría el agua, y seguía el rumbo más directo que llevaba hasta la zona de anclaje de la 28.ª Expedición. Los protocolos de reconocimiento de los auspex habían determinado que se trataba de naves de los Lobos Espaciales, pero los Mil Hijos ya sabían quiénes eran.

Magnus no había mostrado sorpresa alguna cuando Ahriman le presentó las hojas escritas por Kallista Eris. Se había limitado a ordenar a sus capitanes que la legión estuviera preparada para pasar revista al amanecer. Sentir la llegada de una flota de naves a través de la disformidad no debería haber sido un logro demasiado importante para los Mil Hijos, pero salvo Magnus, ninguno de los guerreros de la legión había tenido indicio alguno de la llegada inminente de los Lobos Espaciales. Ahriman había intentado hablar sobre ello con Magnus, pero el primarca había intentado tranquilizarlo diciendo que, aunque la comprensión que poseían de las corrientes del medio fluido por el que viajaban las naves estelares era superior a la de todos los demás, no era un conocimiento infalible.

Aquello no había tranquilizado en absoluto a Ahriman.

Miles de siervos de la legión se habían congregado para presenciar aquella reunión de hermanos, aunque la observaban desde lejos. A los rememoradores también los habían mantenido alejados, incluido el escriba personal de Magnus, Mahavastu Kallimakus. Ahriman captó la presencia de Lemuel, de Kallista y de Camille entre ellos, y notó que compartía con ellos un sentimiento de aprensión premonitorio. Temía que hubiera más en el mensaje de Kallista de lo que él mismo era capaz de llegar a comprender. Había pasado una noche entera en contemplación intentando adivinar los distintos ecos del futuro en el Gran Océano, y había fracasado de nuevo.

La frustración de los rememoradores por verse excluidos de aquella ceremonia era algo casi palpable, pero se trataba de una reunión de astartes, de algo privado. Por mucho que pareciera que se estaba celebrando algo, era imposible dejar de notar el ambiente marcial, o la tensión en las posturas demasiado rígidas y excesivamente precisas de los Mil Hijos.

Aquello no era simple guardia de honor para dar la bienvenida a una legión hermana. Aquello era una demostración de fuerza, una advertencia y una declaración de intenciones, todo en una sola ceremonia.

El primarca se encontraba bajo un impresionante dosel de seda blanca sostenido por sesenta eunucos de piel bronceada de la legión, y rodeado por ochenta exterminadores del Escarabajo Oculto. Magnus llevaba puesta la armadura de combate completa, pero había retirado los accesorios más recargados a favor de un aspecto más sencillo, más acorde con la brusquedad típica de los Lobos Espaciales. De las hombreras doradas colgaba una capa de cota de malla, y su casco emplumado se elevaba como una escarapela gloriosa. Tampoco se veía su gran libro, que había dejado guardado en su pabellón tras unos cierres que sólo él podría abrir.

Ahriman miró al cielo, una plancha de metal blanca y ardiente preparada para dejar caer todo su peso sobre ellos. No vería a las naves de desembarco de color gris acero hasta que prácticamente estuvieran encima de ellos, pero siguió mirando de todas maneras. Las formas inconstantes de los tutelares parpadeaban por encima de sus cabezas, apenas visibles debido al brillo del sol reflejado en las armaduras. Aaetpio aparecía y desaparecía de la vista, y el nerviosismo que lo embargaba era equiparable a la cautela que sentía. Utipa y Paeoc se mantenían cerca de sus amos, mientras Sioda palpitaba, rojo como la sangre, al mismo ritmo que el corazón de Khalophis.

El tutelar de Uthizzar, Ephra, era casi invisible, una madeja oculta de luminosidad tímida que se apartaba de los de su clase cuando se aproximaban.

—Han llegado a la carrera hasta el planeta, y ahora que estamos preparados para recibirlos, no se dan ninguna prisa —se quejó Phosis

T’kar.

—Típico de los Lobos Espaciales —comentó Hathor Maat.

Ahriman se fijó en que su hermano había modificado sus rasgos faciales para que tuvieran un aspecto menos perfecto y que ya no se parecieran tanto al semblante de una estatua clásica y más al de un guerrero avezado.

—¿No es verdad, Uthizzar? —añadió Maat.

Uthizzar asintió sin mirarlo.

—Los guerreros de Russ son impredecibles, menos en los asuntos de la guerra.

—Tú deberías saberlo. Combatiste a su lado durante un tiempo —apuntó Phosis T’kar.

—Fue muy poco tiempo —respondió Uthizzar en voz baja—. No son… muy abiertos a los ajenos a su legión.

—¡Ja! —exclamó Phosis T’kar—. Suena como si nos pareciéramos. Ya casi me caen bien.

—¿Los Lobos? Son unos bárbaros —terció Khalophis, sorprendiéndolos a todos.

Estaba irascible como el macho alfa de una manada de depredadores. El capitán de la Sexta Hermandad era un individuo brutal, pero Ahriman comprendía muy bien sus sentimientos. Por mucho que disfrutara de la destrucción, Khalophis jamás era impreciso ni hacía uso de la violencia innecesaria.

—Serán un espíritu hermano para ti, Khalophis —le dijo Hathor Maat—. Te llevarás de maravilla con ellos.

—Di lo que quieras, pavoni, pero no te creas que no me he dado cuenta de tu cambio de rasgos.

—No hago más que adaptarme a las circunstancias —le replicó Hathor Maat con gesto altanero, y su tutelar destelló lleno de irritación.

—¿Por qué los llamas bárbaros? —quiso saber Phosis T’kar—. No es por molestar, pero no es que tú seas muy sutil.

—Sé lo que piensas, pero yo he estudiado sus campañas y son un instrumento de combate brutal. No existe precisión o sutileza alguna en su

forma de luchar, simplemente oleadas de destrucción sin control alguno. Cuando el Emperador suelta sus correas, hay que estar seguro de no interponerse en su camino, porque cuando los Lobos quedan libres, nada los detiene hasta que sólo quedan cenizas. En cambio, los guerreros de Perturabo sí que son una fuerza controlada. Podríamos aprender mucho de ellos. Una fuerza precisa descargada exactamente donde es necesario.

—Por una vez estoy de acuerdo con Khalophis. Debo de estar enfermo —dijo Ahriman.

Todos se echaron a reír, aunque Ahriman se dio cuenta de que Uthizzar torcía el gesto.

Como parte de su formación, todos los capitanes de hermandad entraban al servicio de otra legión para aprender sus costumbres y así ampliar los conocimientos de los Mil Hijos respecto a la galaxia. Khalophis había servido con los Guerreros de Hierro, una legión a la que admiraba, y consideraba que los Mil Hijos la superaba. Phosis T'kar había luchado junto a los Lobos Lunares, y nunca se cansaba de contar a sus hermanos las ocasiones en las que había hablado con Horus Lupercal o de vanagloriarse de sus excelentes relaciones con Hastur Sejanus y Ezekyle Abaddon, los lugartenientes más cercanos al Primer Primarca.

Hathor Maat había sido asignado a los Hijos del Emperador en sus primeros días, cuando luchaban junto a los Lobos Lunares. Hathor Maat contaba que había llamado la atención del Fénix gracias a su rostro de rasgos perfectamente moldeados, y había luchado a la vista del primarca en numerosas ocasiones. El objeto más preciado de Maat era un juramento del momento grabado por el propio Fulgrim y que se llevó fijado a su placa pectoral cuando llegó el momento de regresar.

El servicio de Uthizzar fue el más breve que jamás se conoció, ya que había durado menos de un año terrestre. Ahriman nunca tuvo claro quién había dado por finalizado el intercambio, si los Lobos o el propio Uthizzar. A los athanaeans les disgustaban las grandes reuniones, aquellos cuyos pensamientos eran demasiado vociferantes o demasiado brutales, o demasiado burdos y estridentes.

Ahriman había pasado cinco años con los Portadores de la Palabra Había aprendido mucho de esa legión y de sus métodos de combate. No había sido una época muy feliz para Ahriman, ya que los hijos de Lorgar formaban una legión exaltada, y su devoción hacia el Señor de la Humanidad era rayana al fanatismo. Todas las legiones se entregaban a su señor y a su causa, pero los Portadores de la Palabra vivían y luchaban con la pasión de aquellos que portaban en su interior el fuego de lo divino.

Sus auras eran columnas de certidumbre llameante, una certidumbre que Ahriman no veía justificada, ya que no se veía sustentada por los cimientos del conocimiento. Algunos lo llamaban fe, pero Ahriman lo consideraba una ignorancia esperanzada. Salvo por un guerrero llamado Erebus, hizo pocos amigos en la XVII Legión, ya que su fervor no admitía a aquellos que no compartían su pasión.

La legión de Lorgar portaba un número con muy mal auspicio, ya que según las tradiciones de la antigua Tali, el número diecisiete era uno de los que traían mala suerte. La cifra XVII se consideraba un anagrama y el valor numérico de la expresión del gótico antiguo VIXI, que significaba «viví», y la conclusión lógica era, por tanto, «estoy muerto».

El pensamiento de Ahriman se vio arrastrado de nuevo al presente cuando captó una expresión muda de inquietud de Aaetpio. Alzó la mirada y vio un par de aeronaves angulosas de color gris que descendían en picado como si les hubiesen fallado los motores. Bajaron aullando provocando unas estelas llameantes con el borde de ataque de sus alas.

—Tienen prisa —comentó Phosis T’kar.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Ahriman.

—No. —Fue Uthizzar quien respondió. Tenía el rostro pálido a pesar de la piel bronceada—. Nunca es bueno que los Lobos corran hacia ti.

—¿Puedes leerles los pensamientos? —quiso saber Hathor Maat—. ¿Incluso desde aquí?

—Leí sus pensamientos mientras todavía estaban en órbita —le replicó Uthizzar procurando mantener un tono de voz tranquilo.

Ahriman contempló cómo caían las naves de desembarco. Calculó el vector de descenso y se dio cuenta de que no se dirigían hacia el campo de

aterrizaje.

—Algo va mal. No se dirigen hacia su objetivo. Ni por asomo.

Las naves de desembarco descendieron como meteoros a punto de estrellarse contra la llanura de sal y no dejar atrás nada más que una tremenda devastación y un gigantesco cráter. Esa imagen quedó fija en la mente de Ahriman por un instante, y el capitán se preguntó si se trataría de su imaginación o de un atisbo momentáneo y fragmentado del futuro.

Las naves pusieron en marcha los motores cuando Ahriman estaba seguro de que ya era demasiado tarde para detener el descenso. El rugido de los retrorreactores fue semejante al del aullido de un millar de lobos a medida que frenaban para aterrizar con violencia al lado del dosel de seda de Magnus. Nubes cargadas de restos levantadas por los reactores surgieron del lugar de aterrizaje. Aquel huracán de aire asfixiante y cristales de sal quemados azotó a los eunucos mejorados genéticamente, quienes tuvieron que esforzarse para que el dosel no saliera volando ante los chorros de los reactores.

Las rampas de asalto de las naves se abrieron antes incluso que las nubes empezaran a disiparse. Unas figuras de armadura gris surgieron del humo espeso y apestoso. Eran el poder del lobo, ágil, infalible y afilado hasta ser un filo mortífero, una manada de depredadores voraces que disfrutaban ante la perspectiva de un combate. A la cabeza de todos iba una figura también de armadura gris que se cubría el rostro con una máscara de cuero, un guerrero de pura y definida agresividad.

Amlodhi Skarssen Skarssensson, señor de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales.

Ahriman no sabía qué esperar de los Lobos Espaciales. Uthizzar no había sido muy comunicativo respecto a lo ocurrido durante su asignación a la legión de Russ. No tenían la amistad suficiente como para insistirle y pedirle detalles, pero siempre había supuesto que los relatos y las alabanzas hiperbólicas que se oían de los hijos de Russ no eran más que las propias de la exageración de los narradores.

En ese momento se dio cuenta de que no era así.

Una jauría de lobos adiestrados de pelaje blanco y gris, con unos hombros grandes y musculosos, trotaba por delante de los astartes. Sus ojos rasgados de pupilas de color amarillo estaban fijos en Magnus. Llevaban las fauces abiertas, lo que dejaba a la vista las hileras de dientes afilados e hipertrofiados semejantes a dagas de marfil.

Los lobos no dejaban de gruñir y de chasquear las mandíbulas. Giraron sus cabezas monstruosas y peludas de un lado a otro, como si estuvieran decidiendo a quién atacar en primer lugar.

Tras los lobos caminaban los guerreros protegidos por armaduras de exterminador cubiertas de polvo, con Amlodhi Skarssen Skarssensson a la cabeza. El capitán atravesó las nubes de humo y de polvo en dirección al dosel medio arrancado de Magnus, con los hombros echados hacia adelante como si estuviera enfrentándose a una ventisca. La armadura tenía un color gris gastado semejante al de las nubes de tormenta. Alrededor del cuello llevaba anudado el pellejo de un lobo negro sujeto por una hebilla de hueso. El enorme cráneo de la bestia muerta formaban parte de su hombrera derecha.

En vez de casco, Skarssen llevaba una máscara de cuero con una forma repugnante, mezcla de lobo y de demonio. Estaba pintada y tenía clavados trocitos de piedra. Sus ojos brillaban a través de las rendijas de la máscara, y eran de un gris frío que hacía juego con el color de su armadura. Una hacha de hoja negra asomaba enfundada a su espalda, y su filo parecía de obsidiana tallada.

Los guerreros que lo acompañaban mostraban un aspecto tan primitivo como el suyo, y llevaban las armaduras y las armas abarrotadas de talismanes y fetiches arrancados de cadáveres de lobos. Seguían a su líder de cerca en su marcha. Eran unos *juggernauts* de ceramita, y Ahriman no estuvo muy seguro de que se fueran a detener.

Se elevó a través de las Enumeraciones, ofendido y enfurecido por aquel comportamiento tan evidentemente belicoso. Aaetpio gimió de miedo, y Ahriman perdió momentáneamente la concentración cuando su tutelar huyó al santuario que le ofrecía el Gran Océano. Miró de nuevo a

los lobos de fauces amenazantes y sus formas se volvieron borrosas por un instante mientras ellos le devolvían la mirada con unos ojos cargados de inteligencia, estremecedores por su capacidad de percepción.

Tardó un segundo en darse cuenta de que todos los tutelares habían huido. La rabia se convirtió en una confusión momentánea, y todos los ojos se volvieron hacia Magnus.

Ahriman notó la presencia tranquilizadora del primarca en su mente. No pronunció palabra alguna, pero todos los capitanes de hermandad lo oyeron:

Tranquilos, hijos míos. Esto no es más que una fanfarronada. Tan sólo eso.

Los lobos gigantescos se detuvieron y formaron una semicircunferencia alrededor de ellos y los aterrorizados eunucos. Los animales agacharon la cabeza sin dejar de enseñar los dientes. El deseo de lanzar una descarga de energía destructiva a lo largo de su báculo heqa era casi imposible de resistir.

—Magnus el Rojo —dijo Skarssen, como si cupiera alguna duda. Su voz era retumbante y áspera; la voz de un asesino—. Me llamo Amlodhi Skarssen Skarssensson y soy el señor de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales. Traigo una llamada a las armas de Leman Russ, Gran Lobo de las legiones de Fenris. Debéis reunir a todas vuestras fuerzas y dirigiros con la máxima rapidez posible al cúmulo de la Franja Arca. Es lo que ordena el Rey Lobo.

Atreverse a ponerse delante de un ser tan poderoso como un primarca y transmitirle una exigencia tan agresiva era algo increíble. Ahriman se dio cuenta de repente de que tenía los dedos cerrados alrededor de la culata de su arma, y de que ni siquiera recordaba haber movido la mano. Las auras de sus camaradas capitanes desprendían oleadas de furia.

Las extremidades le temblaban cargadas de energías etéreas. La suave marea de su interior se había convertido en una serie de olas rugientes que exigían ser liberadas. La influencia de los corvidae se encontraba en su punto más bajo, pero Ahriman seguía siendo capaz de absorber el poder del Gran Océano para lanzar feroces descargas destructivas.

El éter se agitó a su alrededor a medida que acumulaba energía en su cuerpo. Aquello era lo mejor de estar vivo: conectarse a la fuente del Creador Primordial y utilizar ese poder con tanta habilidad como un espadachín utilizaría una espada.

Esa energía se arremolinaba alrededor de Skarssen y sus guerreros, pero aunque atravesaba con facilidad a los astartes de los Mil Hijos, parecía ser anatema para los Lobos Espaciales. El aura de Skarssen era poco más que una bruma apagada, semejante a un amanecer invernal visto a través de una niebla espesa.

¿Estaría Skarssen protegido?

No parecía probable, aunque quizá los numerosos fetiches que colgaban de su armadura le escudaban hasta cierto punto. La protección que ofrecían aquellos talismanes era en su mayor parte imaginaria, pero la fe en ese tipo de objetos podía ser una fuerza muy poderosa. Nada más pensar aquello, Ahriman captó el atisbo de un guerrero con un capacete de cuero en mitad de los exterminadores, como una sombra en mitad de la oscuridad o un susurro en mitad de una tormenta.

Captó un poder similar, pero en el mismo instante que lo reconocía, desapareció.

—¡Muestra respeto, maldita sea! —gruñó Phosis T'kar, y ese instante se desvaneció por completo. El capitán de la Segunda Hermandad dio un paso adelante y clavó la punta del báculo heqa en el suelo antes de hablar de nuevo—. Habla de ese modo otra vez, y te juro por el Gran Océano que acabo contigo.

Skarssen tuvo el mérito de no inmutarse, algo impresionante si se tenía en cuenta la tremenda fuerza aplastante que la cólera de Phosis T'kar estaba descargando contra su aura.

El Lobo Espacial mantuvo la mirada fija en Magnus.

—¿Entendéis el mensaje que os he transmitido? —le preguntó.

—Lo he entendido —le replicó Magnus con frialdad—. Quítate la máscara.

Skarssen se estremeció como si hubiera recibido una bofetada, y Ahriman notó un tremendo incremento de poder. Se le escapó un jadeo

cuando sintió que la energía que se estaba acumulando en su interior se desvanecía en un instante al ser absorbida por una mente infinitamente más poderosa que la suya.

Con los miembros temblorosos por el esfuerzo de la resistencia que estaba ofreciendo, Skarssen se llevó las manos a la cara y se desabrochó los cierres de la máscara. Se la quitó y dejó a la vista un rostro de rasgos arrugados, desgastado como un risco azotado por las tormentas. Llevaba el cráneo afeitado y tenía las mejillas angulosas. La piel de la frente estaba atravesada por grandes colmillos, lo que le daba un cierto aspecto de corona, mientras que la mandíbula inferior estaba tatuada con un dibujo que imitaba la mandíbula inferior llena de dientes de un lobo.

En las sienes de Skarssen se veía con claridad cómo le palpitaban las venas.

—Así está mejor. Nunca me ha gustado matar a un hombre sin verle antes la cara —dijo Magnus.

A todos les pareció que el primarca se agigantaba, que aumentaba de tamaño, al mismo tiempo que permanecía a la vista como siempre había sido. Los lobos soltaron unos cuantos gañidos, agacharon la cabeza y se apartaron del poderoso primarca. Ahriman vio un asomo de… no de miedo, pero sí de la cautela de la presa.

Skarssen había acudido al planeta con un propósito: llevar a los Mil Hijos hasta el cúmulo de la Franja Arca. Había transmitido el mensaje que le habían encomendado del modo más inequívoco posible, pero a Magnus no se lo podía dominar tan fácilmente con la fuerza bruta de los Lobos Espaciales.

—Matadme y sufriréis la ira del Gran Lobo —consiguió decir con un siseo.

—¡Silencio! —tronó Magnus, y el planeta enmudeció. Todo sonido desapareció cuando el viento cesó y los cristales de sal se quedaron inmóviles sobre la superficie requemada de la llanura—. No eres nada para mí, Amlodhi Skarssen Skarssensson. Podría matarte ahora mismo donde estás antes de que cualquiera de tus hermanos fuera capaz de ni siquiera mover una mano para tratar de impedirlo. Podría destrozar

vuestras naves con un simple pensamiento. Que te quede claro, y ahora, elige con cuidado lo siguiente que vayas a decirme.

Ahriman se dio cuenta de que Skarssen era un guerrero valeroso, y que su aura se rebelaba de forma instintiva ante el claro desafío presente en las palabras de Magnus, pero también poseía la inteligencia suficiente como para darse cuenta de que era poco más que una mosca ante el poder del primarca. Miró a izquierda y derecha y vio que el mundo estaba inmovilizado a su alrededor: todas las banderas colgaban flácidas y todos los presentes, salvo los Mil Hijos, parecían estatuas alineadas a lo largo de una avenida triunfal.

Skarssen alzó la cabeza para dejar al descubierto los músculos agarrotados por la tensión de su grueso cuello, y Ahriman reconoció el simbolismo de aquel gesto.

Magnus asintió y el mundo regresó a su ritmo natural de movimientos. El viento sopló de nuevo y los estandartes ondearon en mitad de la neblina de cristales de sal danzarines.

—Señor lobo Skarssen, he comprendido tu mensaje —continuó Magnus—. Sin embargo, queda mucho por hacer aquí en Aghoru antes de que podamos luchar junto a la legión de tu padre.

—Este mundo está sometido, ¿verdad? —quiso saber Skarssen, y Ahriman notó la confusión que se extendió entre los Lobos Espaciales al oír su nuevo tono de voz, mucho más humilde.

—Lo está.

—Entonces, ¿qué queda por hacer? —preguntó Skarssen—. Todavía existen muchos mundos que deben ser sometidos, y se precisa la fuerza de vuestra legión. Vuestros hermanos de armas os llaman, y el deber de todo guerrero es acudir al combate cuando se le convoca.

—Quizá es así en vuestro mundo, pero no estamos en Fenris. Soy yo quien decide cuándo y dónde luchan los Mil Hijos, no el Rey Lobo, y por supuesto, tampoco tú. ¿Me he expresado con claridad?

—Lo habéis hecho, lord Magnus, pero hice un juramento de sangre, y juré que no volvería sin vuestros guerreros.

—Eso no es asunto mío, y no pienso discutir más al respecto —le replicó el primarca, y en su tono de voz quedó muy clara la impaciencia que sentía.

—Entonces, nos encontramos en un punto muerto.

—Me temo que así es.

Ahriman se concentró en las palabras que tenía ante él. La pluma emitía pequeños chirridos a medida que anotaba en el grueso papel de su grimorio lo que había ocurrido a lo largo de la mañana. Evidentemente, habría otros registros del acontecimiento, pero ningún otro relato narraría los sucesos con una verdadera comprensión de lo que había acontecido. Las palabras surgían de su interior sin un esfuerzo consciente mientras se elevaba a través de las Enumeraciones, y dejó que los ritmos naturales de su memoria y de su intuición lo guiaran.

Cerró los ojos, liberó su cuerpo de luz y le permitió separarse de su cuerpo terrenal. Las corrientes del Gran Océano lo arrastraron hacia la oscuridad, donde Ahriman tuvo la esperanza de ver algún atisbo del futuro. Apartó de inmediato aquella idea. Concentrarse en los deseos del ego en aquel lugar lleno de emociones no haría más que disminuir las probabilidades de lograrlo.

Su conexión con el mundo material se desvaneció y el Gran Océano lo rodeó por completo. Era un torbellino de colores que no existían, de emociones sin nombre y de dimensiones sin sentido.

Las ondas que lo alcanzaban de forma ocasional lo impulsaban hacia adelante. Eran las mentes poderosas, las emociones intensas y las necesidades primarias. Era la rabia de los Lobos Espaciales, un arrecife rojo de brusquedad pura, la lujuria jadeante de dos rememoradores que se apareaban y que formaban un remolino púrpura de deseos en conflicto, el miedo que sentía uno de los siervos de la legión mientras se aplicaba una crema en un sarpullido infectado tenía un color verde intenso, y las intrigas que planeaba una servidora para ascender en su carrera eran de color amarillo ocre apagado.

Se elevaron a su alrededor como el humo del interior de un templo, aunque unos conceptos como arriba y abajo no tenían significado alguno allí. Una neblina ondulante lo rodeaba. Era una niebla impenetrable de emoción y sentimiento. Su simple cercanía causaba existencias potenciales. Su presencia era una impronta en todo el entramado del Gran Océano, que daba y tomaba forma de la antimateria inmaterial que componía aquella dimensión alternativa.

Aquello era la mismísima esencia del Creador Primordial, la fuente originaria de la que procedía todo. Nada era imposible allí, ya que era la forja de la creación, el origen de todas las cosas, tanto pasadas como presentes y futuras.

Ahriman siguió volando hacia adelante disfrutando de las energías etéreas, envuelto y renovado por ellas. Cuando regresara a su cuerpo, se sentiría tan fresco como un simple mortal tras toda una noche de descanso.

El universo caleidoscópico que lo rodeaba se extendía hacia infinitos planos de posibilidades. Ahriman permitió que su conciencia fuera arrastrada por las corrientes con la esperanza de encontrarse por azar con una veta abundante de sucesos todavía no acaecidos. Se concentró en las enseñanzas de los corvidae cuando abrió la mente al vasto vacío de pensamiento. Aquellos estados mentales aparentemente contradictorios eran esenciales para una lectura del futuro, y eran difíciles para alguien dotado como él, e imposibles para cualquiera que no poseyera ese don.

Captó los primeros indicios de otras presencias en el Gran Océano. Se trataba de criaturas sin forma con un apetito enloquecido, poco más que trazas de energía atraídas por su mente igual que los estudiantes se apresuran a acercarse a un gran maestro. Quisieron alimentarse de él, pero Ahriman las ahuyentó con un simple pensamiento.

Aquellas pequeñas criaturas no eran una amenaza para un adeptus exemptus de su capacidad, pero había criaturas más antiguas y hambrientas en las profundidades, depredadores malignos que se alimentaban de las energías cálidas y llenas de vida de los viajeros mortales. Ahriman estaba protegido, pero no era invulnerable.

Comenzó con suavidad, con un siseo leve, parecido al de la lluvia al caer sobre un cristal.

Sintió la suave atracción y se deslizó hacia allí sin mostrar interés aparente alguno. Si se aproximaba con demasiada rapidez, perturbaría el entramado del Gran Océano y ahogaría el ínfimo goteo de los acontecimientos futuros con las oleadas de su impaciencia.

Ahriman controló la emoción que lo embargaba y dejó que su rumbo y el del débil flujo acabaran uniéndose. Luego abrió el ojo de su mente al frío extremo de los sucesos todavía no ocurridos.

Vio una montaña de cristal, grande y hueca, aunque era una miniatura comparada con la Montaña de Aghoru. El enorme espacio interior estaba iluminado por una luz amarilla, un caldero hirviente lleno de emociones y sentimientos en conflicto. Una tremenda nube de tormenta, atravesada por relámpagos dorados, cubría el cielo.

Ahriman supo que aquello era importante. Las visiones en el éter tomaban forma tanto por el Gran Océano como por quién las veía. Era posible que aquella montaña y aquella tormenta formaran parte de una visión real, o podían ser una alegoría en la que cada aspecto y detalle eran el símbolo de algo más grande. Era la habilidad del adepto quien debía ayudarlo a distinguir entre una u otra posibilidad.

Su forma inmaterial se vio sacudida por la emoción. Habían pasado muchos años desde la última vez que un miembro de los corvidae había conseguido levantar la piel del éter para revelar el futuro. Quizá ese momento significaba que el eterno vaivén de las mareas del poder cambiaba de nuevo a favor de su culto.

La intensidad de aquel pensamiento surgió en oleadas de su interior y enturbió el vacío líquido que lo rodeaba. La visión se fragmentó igual que la superficie de un lago bajo el azote de una tormenta. Ahriman se esforzó por tranquilizarse, pero el tenue asidero que tenía en el flujo se fue desvaneciendo. La montaña de cristal desapareció al partirse en un millón de trozos que cayeron como lágrimas. En cada fragmento se reflejaba un ojo supurante, rojo y en carne viva, lleno de dolor.

Se esforzó por mantenerse aferrado a las imágenes desiguales y dolorosas, pero el éter se agitó con fuerza y todo desapareció, arrastrado por las mareas furiosas de su propio deseo. Al igual que en el comienzo de una tormenta, la sustancia del Gran Océano se tomó violenta. Su propia frustración se estaba volviendo contra él. Unas oleadas rojas se estrellaron contra él al mismo tiempo que arrancaban a su mente de cualquier pensamiento del futuro.

Su percepción de lo inmediato regresó y captó el hambre vibrante de unos cazadores del vacío cercanos, depredadores conceptuales feroces que seguían el rastro de las emociones de los viajeros para devorar sus cuerpos de luz. Decenas de ellos lo rodeaban ya como tiburones que hubieran captado el olor de la sangre. Se había quedado allí más tiempo del que era seguro. Mucho más tiempo. Demasiado.

El primero surgió de la neblina de color rojo sangre, todo voracidad e instinto. Se lanzó directamente a por él, y sus dientes centelleantes se formaron en cuanto Ahriman pensó en ellos.

El astartes se apartó de su camino, y la forma carmesí del depredador giró sobre sí misma para seguirlo al mismo tiempo que otro surgía de la neblina. Su analogía mental con los tiburones era lo que les había dado aquella forma, con un cuerpo ágil y esbelto evolucionado para convertirse en un asesino consumado. Se obligó a sí mismo a vaciar la mente, a descartar toda metáfora y todo vocabulario, ya que eran armas que sus enemigos utilizarían contra él.

Huyó de ellos, pero ya tenían su rastro. Otra media docena se lanzaron en su persecución. Sus formas eran borrosas y cambiantes, tomadas de aquellos cuyos cuerpos de luz les habían dado forma con sus símiles descuidados. Un cazador del vacío, enorme y poderoso, lo atacó abriendo sus tremendas fauces, dispuesto a devorarlo de un solo bocado.

Ahriman absorbió la energía del éter que lo rodeaba, de la neblina rojiza, y descargó un torrente de voluntad contra el cazador. Su cuerpo explotó en fragmentos de fuego, y cada uno de ellos fue atrapado y devorado por los demás depredadores. En cada una de sus manos apareció un báculo heqa que resplandecía por el fuego del éter que albergaba.

Aquellas armas eran necesarias y peligrosas al mismo tiempo. Al brillar con tanta fuerza atraería a más depredadores, pero sin ellas perecería sin duda alguna en aquel lugar, lo que dejaría a su cuerpo mortal convertido en un cascarón vacío y sin alma tirado en el suelo de su pabellón.

Dieron vueltas a su alrededor, lanzándose de vez en cuando al ataque para morderlo, y en cada ocasión se vieron detenidos por un golpe de barrido de los báculos llameantes. Ahriman se elevó hasta la octava Enumeración. Necesitaría concentrar toda su agresividad para mantenerse con vida, aunque eso aumentaría el hambre de las bestias. Las criaturas se lanzaron a por él en tromba. Ahriman había captado su furia creciente y les contestó con sus armas centelleantes.

La bestia más cercana se esfumó de toda existencia con un solo golpe, y la segunda con un violento estallido de pensamiento que sobrepasó su hambre y dispersó su esencia. Otra intentó morderlo, y sus dientes inmateriales se cerraron a tan sólo un instante de despedazar la existencia insustancial de Ahriman. El astartes lo golpeó con el báculo heqa en la cabeza y sintió su hambre y su rabia primordiales cuando su esencia quedó arrasada.

Los miembros de la jauría cesaron en su ataque, cautelosos ante su poder, pero incapaces de abandonar la persecución. Los instintos de cualquier cazador del vacío eran ferozmente agudos, pero exigían ser satisfechos. Atacarían de nuevo, y pronto.

Lo hicieron tres veces más. Cada vez que se retiraban lo hacían a una jauría que aumentaba a cada momento, mientras que él se debilitaba a cada instante mientras sangraba incontenibles bocados de energía en el vacío.

No podría mantener aquel ritmo de combate. La lucha en el plano etéreo era más agotadora que una batalla en la dimensión material. En el plano físico, un astartes era capaz de luchar durante semanas sin descanso, pero semejante resistencia se contaba en minutos en aquel lugar. Un guerrero de alto rango de los Mil Hijos era capaz de atravesar durante más tiempo el Gran Océano que el resto, pero la tensión de aquel enfrentamiento estaba llevando a Ahriman al límite de su resistencia.

Unas enormes fauces se abalanzaron contra él desde abajo. Era un ansia mentalmente formada de proporciones monstruosas. Sus dientes se cerraron alrededor de una de sus piernas y le atravesaron el cuerpo de luz. El dolor que sintió salió sangrando como diamantes relucientes, de un color blanco brillante e imposibles de contener. El báculo se clavó en la bestia y la criatura desapareció en el mismo instante de su triunfo.

No podría seguir enfrentándose a ellos durante mucho tiempo, y aquellos seres parecían saber que su resistencia estaba a punto de agotarse. La necesidad que sentían de acabar con él hacía que se enfrentaran entre ellos, ya que cada bestia estaba desesperada por ser quien le diera muerte y así escoger los mejores trozos.

La energía de la que disponía continuó disminuyendo, y uno de los báculos heqa llameantes desapareció.

«Que frustrante es morir después de ver un atisbo tan prometedor del futuro».

En ese preciso instante resonó un rugido aullante que cruzó el Gran Océano, un sonido feroz que hizo que los cazadores se dispersaran mientras una oscuridad salvaje surgía de las mareas y las corrientes. Unos colmillos como espadas de hielo chasquearon y atravesaron a los cazadores del vacío. Aquello era una forma y una voluntad perfeccionadas hasta ser tan letales como el filo de un cuchillo de combate, una fuerza preparada para la destrucción y absolutamente inmisericorde. Unos ojos amarillentos, un manto velludo de pelo negro y unas mandíbulas restallantes giraban en mitad de todo aquel frenesí.

Antes incluso de que la mente de Ahriman formara la imagen, vio la silueta fantasmal de un lobo, una bestia de mayor tamaño y más poderosa de lo que podría ser cualquier otro ser vivo. Atravesó la jauría de cazadores del vacío aullando mientras los destruía con golpes brutales de sus garras rugientes y mordiscos que devoraban a sus oponentes de un solo bocado.

Ahriman captó en la oscuridad interior del lobo un atisbo de la voluntad feroz que lo impulsaba. Era una sombra lejana con una armadura de color oscuro, no negra, sino de un gris metálico sombrío. El lobo aulló,

y las oleadas de furia desatada se extendieron por el Gran Océano con la fuerza de un peñasco lanzado contra la superficie de un estanque. Los cazadores se dispersaron en todas las direcciones acobardados por aquel depredador superior.

Y al igual que unas manchas de tinta en una hoja negra, desaparecieron en la oscuridad.

El lobo se volvió hacia Ahriman. Su forma se dobló sobre sí misma una y otra vez como un *origami* hasta que lo único que quedó fue su centro, el cuerpo sutil de un astartes del gris oscuro de los Lobos Espaciales.

Flotó hacia Ahriman, y a éste no le hizo falta ninguna habilidad especial para sentir la energía salvaje y demoledora que emitía el cuerpo de aquel viajero. Su tremenda vitalidad era increíble. Ahriman era un reactor controlado, pero aquel guerrero era una supernova ardiente. Ambos eran letales, ambos brillaban con la misma intensidad, pero mientras Ahriman era capaz de acabar con una sola alma en concreto en mitad de una horda de un millón, aquel guerrero acabaría con todo el millón para matar a esa misma alma.

El lobo había desaparecido, pero Ahriman lo vio firmemente atado en el interior del corazón del guerrero.

—Deberíamos irnos, hermano —le dijo el guerrero lobo con una voz semejante al sonido provocado por dos glaciares al chocar—. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más bestias inmundas se verán atraídas por nuestra presencia.

—Te vi. Llegaste con Skarssen —le dijo Ahriman.

—Con lord Skarssen —lo corrigió el guerrero—. Pero sí, lo que dices es cierto. Soy Ohthere Wyrdmake, sacerdote rúnico de Amlodhi Skarssen Skarssensson, de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales.

—Soy Ahzek Ahriman, jefe bibliotecario de los Mil Hijos.

—Sé muy bien quién eres, Ahzek Ahriman, ya que hace mucho tiempo que deseo hablar contigo —le contestó Wyrdmake con una sonrisa feroz.



SIETE

LOS LOBOS ESPACIALES
UNA REUNIÓN DE MENTES
LA PRESA SE ROMPE

«No hay lobos en Fenris».

Ahriman ya lo había oído antes. Era un rumor escandaloso que pasaba de una fuente anónima a otra. Aquella idea era, por supuesto, ridícula, ya que las pruebas de ello trotaban al lado de los Mil Hijos mientras éstos caminaban de nuevo en dirección a la Montaña. Una veintena de lobos de pellejo de hierro vagabundeaban con total libertad a lo largo de la columna de guerreros, igual que perros pastores que protegieran a un rebaño.

Seiscientos astartes se dirigían hacia la Montaña. Los Lobos Espaciales y los Mil Hijos marchaban juntos. Magnus el Rojo encabezaba la marcha, rodeado por los exterminadores del Escarabajo Oculto y flanqueado por sus capitanes. Lord Skarssen y su séquito de la Guardia del Lobo marchaban al lado del enorme primarca. Ohthere Wyrdmake caminaba al lado de su señor. El sacerdote rúnico lo saludó con una inclinación de cabeza cuando vio que Ahriman lo estaba mirando.

Habían hablado la noche anterior, pero Ahriman seguía sin saber qué pensar del Lobo Espacial.

Varios Land Raider aplastaban el suelo con sus enormes cadenas junto a los astartes en su camino colina arriba. Había sido Yatiri quien había solicitado aquella fuerza en disposición de combate.

El jefe tribal había bajado de la Montaña en compañía de Khalophis antes de la llegada de lord Skarssen y había suplicado reunirse con el Rey Carmesí. Sin embargo, los Lobos Espaciales estaban a punto de llegar, por lo que se había visto obligado a esperar. Por muy importantes que fueran los aghoru para la Legión de los Mil Hijos, los asuntos entre astartes tenían preferencia sobre los asuntos con los mortales.

Ahriman había visto cómo Yatiri entraba en la pirámide centelleante de Magnus, y captó el miedo que mostraba su lenguaje corporal. Al igual que los demás miembros de la tribu de los aghoru, Yatiri no dejaba sombra alguna en el éter. De algún modo, su energía vital estaba oculta a la vista de los Mil Hijos. Llegó acompañado de los demás miembros del consejo tribal, y Ahriman percibió con claridad la furia que sentían a pesar de las máscaras que llevaban puestas y a la inexpresividad del resto del rostro.

No supo de qué hablaron Yatiri y Magnus, pero fue lo bastante serio como para que el primarca le ordenara a Ahriman que reuniera guerreros de todas las hermandades y organizara un destacamento de combate.

Al ver los preparativos de los Mil Hijos, un guerrero llamado Varangr Ragnulf Ragnulfssen, el heraldo de lord Skarssen, solicitó una audiencia con el primarca.

Como consecuencia de esa reunión, los Lobos Espaciales marcharon al lado de los Mil Hijos.

Caminaron más allá de las piedras muertas. Las rocas estaban cubiertas de líneas negras y aceitosas semejantes a venas podridas. Al ver la condición en que se encontraban las piedras muertas, los aghoru se dejaron caer de rodillas y se echaron a llorar de miedo. Ahriman se detuvo un momento a examinar una de las piedras, a sabiendas de que tan sólo una cosa sería capaz de tener un efecto tan llamativo en una roca impenetrable.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Phosis T'kar.

—Lo mismo que tú —le contestó antes de seguir caminando.

Ahriman observó a los guerreros de lord Skarssen mientras continuaban la marcha. Caminaban a un ritmo brutal, que los Mil Hijos no tuvieron ningún problema en seguir. Sin embargo, lo que para los astartes era un paso rápido, para los aghoru era una carrera agotadora. A pesar de ello, los miembros de la tribu se mantuvieron a la par de los guerreros con armadura, ya que el miedo les proporcionaba energía para soportar la temperatura sofocante de ese momento del día.

—No sienten el calor —comentó Phosis T'kar sin dejar de caminar.

—¿Quiénes?

—Las bestias que Skarssen ha traído consigo —le aclaró Phosis T'kar —. Proceden de un planeta cubierto de nieve y de hielo, pero no parece afectarles este calor.

Ahriman observó con atención a uno de los lobos, cuyo lomo le llegaba a la altura de la cintura, cuando pasó trotando a su lado. Su piel era de color blanco y gris, más espesa y enmarañada en la parte de los cuartos delanteros y suave y lustrosa en los cuartos traseros. El lobo volvió la cabeza hacia él como si hubiera sentido su mirada escrutadora, y le enseñó los colmillos al mismo tiempo que entrecerraba los ojos amarillentos en un gesto de claro desafío.

—No estoy muy seguro, pero todo lo que sobrevive en la superficie de Fenris lo hace porque es capaz de adaptarse a las circunstancias cambiantes. Estos lobos no serán una excepción —apuntó Ahriman.

—Pues me gustaría ser capaz de adaptarme como ellos, porque ya estoy más que harto de este maldito calor —exclamó Phosis T'kar, enfurecido—. Puede que mi cuerpo esté alterado genéticamente para soportar las temperaturas más extremas, pero el fuego de este sol nos quita la energía a todos. Hasta a Hathor Maat le cuesta soportarlo.

—Habla por ti, T'kar —le replicó Hathor Maat—. Yo me encuentro bastante cómodo.

A pesar de su fanfarronada, Maat sufría el calor tanto como todos los demás. Al no disponer de los poderes de los pavoni, era incapaz de regular

su temperatura corporal del modo tan eficiente al que solía estar acostumbrado. Sin embargo, los lobos de Fenris caminaban como si no fuera más que un cálido día de verano, como si aquel calor les molestara tan poco como la temperatura de las tundras heladas de su planeta natal.

—Se debe al modo en que fueron diseñados —comentó Magnus uniéndose a la conversación.

El primarca no había dicho nada desde que habían comenzado la marcha, y había dejado que sus capitanes llevaran el peso de la conversación.

—¿Que los diseñaron? ¿Quién? —quiso saber Ahriman.

—Los primeros colonos de Fenris —le explicó Magnus con una sonrisa—. ¿No veis el baile de hélices genéticas en su interior? ¿Esa danza de genes y los increíbles logros de corte y empalme de hélices genéticas que consiguieron los científicos de aquella época?

Ahriman intercambió una mirada con los demás capitanes, y Magnus se echó a reír.

—No, claro que no —añadió el primarca al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Uthizzar, tú has estado en Fenris, ¿verdad?

Era una pregunta retórica, ya que Magnus sabía dónde había estado cada uno de sus capitanes y sus legados de honor.

Uthizzar asintió.

—Muy poco tiempo, mi señor. No fue una experiencia agradable.

—Ya me imagino que no lo fue. Fenris no da la bienvenida a los visitantes, ni es un anfitrión amable —contestó Magnus con una media sonrisa—. Es un planeta como ningún otro, implacable y peligroso. El hielo espera para matar a aquellos que viajan por sus mares congelados y sus riscos cubiertos de nieve a la primera señal de exceso de confianza. Un ser humano normal, incluso uno bien preparado, moriría congelado en Fenris a los pocos minutos de pisar la superficie del planeta.

—Pero sus tribus sobreviven —apuntó Ahriman—. Al parecer, son poco más que bárbaros salvajes que libran guerras incesantes por las pocas franjas de tierra que sobreviven al cataclismo del Gran Año.

—Eso son, pero también son mucho más.

—¿Qué es lo que hace que sean tan especiales? —preguntó Hathor Maat. Su tono de voz mostraba que no era capaz de creer que aquellos bárbaros fuesen capaces de ganarse el respeto de su primarca.

—¿Es que no me estabas escuchando? Fenris es un mundo letal, un planeta tan hostil que pondría a prueba incluso vuestros poderes de biomanipulación. Sin embargo, esos mortales trabajan la tierra, crean hogares y familias en un lugar que la mayoría de la gente sensata se esforzaría en evitar.

—Pero entonces, ¿cómo lo logran?

Magnus sonrió, y Ahriman vio que estaba disfrutando de nuevo de su condición de profesor.

—Antes de nada, decidme lo que sabéis de la Canis Helix.

—Es un primer genético —respondió Hathor Maat—. Es un gen precursor que permite al resto de la semilla genética de un Lobo Espacial enraizarse en el cuerpo de un aspirante.

Magnus negó con la cabeza. Su gran ojo relució verde y dorado mientras miraba por turno a sus capitanes.

—Eso forma parte de sus funciones, sí, pero jamás se pensó en utilizarlo de un modo tan… obvio.

—Entonces, ¿cómo se supone que se debía utilizar? —preguntó Ahriman.

El jefe bibliotecario miró a Skarssen. El Lobo Espacial llevaba puesta de nuevo la máscara de cuero, y se preguntó si los apotecarios del Colmillo sabrían tanto como Magnus. El señor lobo caminaba precavido a cierta distancia tras haber conocido una ínfima parte de su poder. Ahriman sospechaba que la bravuconada de su primarca de que era capaz de destruir las naves de los Lobos Espaciales situadas en órbita era en realidad una fanfarronada calculada, pero era evidente que Skarssen no estaba tan seguro de que no pudiera hacerlo.

—Imaginaos la época en que la humanidad descubrió Fenris —continuó explicándoles Magnus—. Un mundo tan hostil a la vida que los humanos simplemente no podrían sobrevivir en él. Todo lo que había en Fenris era letal, desde el frío capaz de congelar la sangre hasta las tierras

que se hundían pasando por los vientos aullantes que te robaban la vida de los pulmones. En aquel entonces, por supuesto, los genetistas consideraban cualquier imposibilidad un mero desafío, y cada día creaban nuevos códigos que introducían en los genomas de los humanos y de los animales con la misma facilidad con la que el Mechanicum metía hojas de datos en sus servidores.

—Así pues, ¿lo que decís es que esos colonos llevaron consigo a Fenris lobos modificados genéticamente? —inquirió Phosis T'kar.

—Quizá lo hicieron —admitió Magnus—. Pero lo más probable es que se adaptaran, a veces de un modo imperfecto y sin pensar en las consecuencias. O quizá existían otras razas más antiguas que ya vivían en Fenris.

Ahriman observó atentamente a Magnus mientras hablaba, y tuvo la sensación de que había algo más en los orígenes de Fenris de lo que Magnus les estaba contando. El primarca era un viajero que se había adentrado más que nadie en las profundidades más ocultas del Gran Océano. Quizá había llegado incluso a presenciar los orígenes del mundo del Rey Lobo.

Magnus se encogió de hombros con un gesto estudiado antes de seguir hablando.

—Miráis a estas bestias y veis lobos, pero ¿se debe eso sólo a que se supone que es lo que esperáis ver?

—¿Qué otra cosa íbamos a ver si no? —preguntó Hathor Maat—. Son lobos.

—Cuando hayas viajado tan lejos como yo, y hayas visto lo que yo he visto, aprenderás que es posible mirar más allá de lo que se espera y adentrarse en la verdadera esencia de un objeto. —Magnus señaló con un gesto hacia uno de los lobos que trotaba al lado de la columna. Sus poderosos músculos lo impulsaban colina arriba bajo aquel calor sin pausa alguna—. Puedo ver más allá de la piel y de los músculos de esa bestia, puedo separar la médula de los huesos hasta leer cada cicatriz y giro de su código genético. Puedo desentrañar los milenios de cambio y retroceder hasta la base de su origen. —Ahriman se sorprendió al notar un atisbo de

tristeza en la voz del primarca, como si hubiese visto cosas que hubiera preferido no ver—. Lo que es en realidad, lo que quiso ser, y todas las etapas de ese largo camino evolutivo.

El lobo se detuvo al lado de Magnus y el primarca le hizo un gesto de asentimiento. Entre ambos pareció producirse una conversación muda. Ahriman captó una mirada cómplice de Ohthere Wyrdmake. A pesar de sus reservas respecto al Lobo Espacial, sintió el impulso de cultivar la creciente relación amistosa que se había iniciado entre ellos.

—¡Lárgate! —le gritó Phosis T'kar, haciéndole un gesto al animal para ahuyentarlo—. Malditos lobos.

Magnus sonrió.

—Ya te lo he dicho, no hay lobos en Fenris.

Se habían reunido la noche anterior, después de que Ahriman regresara a su cuerpo material. Abrió los ojos y gruñó por el dolor que sentía en los músculos por la tensión provocada en la reintegración de su cuerpo de luz. Las piernas le palpitaron de un modo agónico, y sintió todo su cuerpo como una masa de sensaciones desagradables.

Con deliberada lentitud, descruzó las piernas y utilizó el báculo heqa para ponerse en pie. Sentía el muslo izquierdo entumecido, como si perteneciera a otra persona, y un dolor frío le quemaba los músculos y los tendones a lo largo de toda la pierna. Se abrió la túnica con cuidado y apretó con la punta de los dedos la tremenda musculatura del torso. Torció el gesto en una mueca de dolor.

Las repercusiones de los ataques de los cazadores del vacío marcaban su cuerpo allá donde lo habían herido. Eran zonas de piel ennegrecida a las que habían absorbido la vitalidad. Aquellas heridas infligidas al cuerpo de luz dañaban la esencia misma del viajero más que cualquier lesión provocada por una arma de fuego o un combate cuerpo a cuerpo.

Un astartes podía superar el dolor. Su cuerpo estaba diseñado para seguir funcionando sin pérdida alguna de efectividad, pero nada salvo el

descanso y la meditación podían curar el daño producido por aquellas heridas.

Vio que su grimorio estaba abierto en mitad del pabellón y se agachó a recogerlo. En su rostro apareció otra mueca de dolor cuando las zonas muertas de la piel se tensaron. Se sentía como si hubiera estado combatiendo durante un mes sin descanso y hubiese llevado su cuerpo al límite de su resistencia.

Ahriman guardó su grimorio y se cambió de túnica para ponerse otra de color carmesí y rebordes marfileños y plateados que tenía además una capucha. Aunque su cuerpo ansiaba descansar, todavía tenía una reunión a la que atender, una que no había previsto hasta su vuelo casi desastroso por el Gran Océano.

La solapa de la entrada de su pabellón se abrió y entró Sobek con una expresión de preocupación en la cara. Una ráfaga de aire fresco nocturno entró con él.

—Mi señor, ¿va todo bien?

—Todo va bien, Sobek.

—Os oí gritar.

—Ha sido un vuelo muy interesante por el éter, Sobek. Tan sólo eso —le respondió Ahriman mientras se ponía la capucha—. Algunas criaturas depredadoras pensaron que sería un buen almuerzo para ellas.

—¿Y vais a salir? Deberíais descansar, mi señor.

Ahriman negó con la cabeza.

—No. Hay alguien a quien tengo que ver.

La guarida de los Lobos Espaciales se encontraba en el borde de la Montaña, a la sombra de las piedras muertas. Skarssen había dispuesto los refugios de sus guerreros de modo que formaran una serie de circunferencias concéntricas, y el suyo se encontraba en el mismo centro. Ahriman vio un tótem con un gran cráneo de lobo clavado en la superficie salina de la llanura. Del poste colgaban colas de lobo tan largas como la pierna de un ser humano normal y dientes como hojas de cuchillo.

Cuando se acercó un poco más, varias sombras surgieron de la penumbra. Eran las sombras de unos cazadores sigilosos que a Ahriman le recordaron los depredadores que habían estado a punto de acabar con él. Seis de ellos trotaron en su dirección, y aunque sus siluetas aparecían borrosas en la oscuridad, vio que tenían el lomo erizado.

Se detuvieron, y el brillo de las estrellas se reflejó en sus colmillos. Tenían los músculos tensos, preparados para saltar, igual que los pistones de una cubierta de lanzamiento de naves.

—He venido a ver a Ohthere Wyrdmake —dijo Ahriman, aunque se sintió un poco estúpido al dirigir la palabra a aquellas bestias.

El lobo de mayor tamaño echó la cabeza hacia atrás y lanzó un tremendo aullido que cruzó la oscuridad de la noche.

Ahriman esperó a que los lobos se apartaran, pero las bestias se quedaron inmóviles y le impidieron entrar en el terreno de su amo. Dio un paso adelante, y el lobo que había lanzado el aullido para anunciar su presencia le enseñó los dientes con un gruñido amenazante.

Otra sombra apareció detrás de los lobos. Era un guerrero alto con la armadura de color gris granito y portaba un báculo largo rematado por una águila de oro y plata. Llevaba la barba afeitada y se cubría el cráneo rapado con un casquete de cuero. Ahriman lo reconoció de inmediato.

—Ohthere Wyrdmake.

—Así es —contestó el Lobo Espacial. Luego inclinó la cabeza a un lado y lo observó con atención—. Estás herido, herido en la materia neblinosa.

—Fui descuidado —le contestó Ahriman, que no conocía esa expresión, aunque comprendió su significado.

Wyrdmake asintió.

—Lo fuiste. Vi cómo perseguías al wyrd, ciego a las jaurías de caza que te rodeaban para el acto de la matanza. ¿Cómo es posible que no las vieras?

—Como ya he dicho, fui descuidado —repitió Ahriman—. ¿Cómo me encontraste?

Wyrdmake se echó a reír. Era una risa llena de buen humor.

—No hizo falta mucha habilidad para eso. Soy un hijo de la Tormenta, y conozco el océano de las almas tan bien como los mares que rodean Asaheim. Cuando el Ojo del Lobo se hincha en el cielo, la forja del mundo se gira y los zahoríes buscan los lugares silenciosos, esos sitios que permanecen tranquilos en mitad de la confusión. Busqué quietud, y te encontré a ti.

La mayor parte de lo que Wyrdmake había dicho no tenía sentido para Ahriman. Algunos términos eran demasiado arcaicos, y el vocabulario en general expresaba unos conocimientos demasiado primitivos para alguien que no fuera de Fenris.

—Eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué me buscabas?

—Ven. Demos un paseo —le respondió Wyrdmake.

El sacerdote rúnico se dirigió hacia las piedras muertas sin esperar a ver si Ahriman lo seguía. Los lobos se apartaron para dejarlo pasar, y el capitán de los Mil Hijos caminó en pos de Wyrdmake sin perder de vista a aquellas bestias. Los menhires sobresalían como dientes negros del suelo.

El lobo espacial caminó a lo largo de la circunferencia que formaban las piedras, pero tuvo buen cuidado de no tocarlas cuando pasaba a su lado. Se volvió mientras Ahriman se acercaba.

—Anclajes en el mundo —dijo Wyrdmake—. Lugares de quietud. La Tormenta azota este mundo, pero todo está tranquilo aquí. Al igual que Asaheim, inamovible e inmutable.

—Los aghoru las llaman piedras muertas —le comentó Ahriman mientras los lobos trotaban con paso suave alrededor de la circunferencia sin apartar en ningún momento la vista de él.

—Un nombre apropiado.

—Bueno, ¿vas a decirme por qué me estabas buscando?

—Para conocerte. Amlodhi vino con el propósito de transmitirle un mensaje a tu señor, pero yo vine por ti. Ahzek Ahriman, tu nombre lo conocen todos los sacerdotes rúnicos de los Lobos Espaciales. Eres sabio en las estrellas. Al igual que yo, eres un hijo de la Tormenta, y conozco tu afinidad con el wyrd.

—¿El wyrd? No conozco esa palabra.

—No eres de Fenris —le respondió Wyrdmake, como si eso lo explicara todo.

—Pues entonces, ilumíname —le replicó Ahriman, que empezaba a perder la paciencia.

—¿Quieres que comparta contigo los secretos de mi llamada?

—No tendremos mucho de qué hablar si no lo haces.

Wyrdmake le sonrió abiertamente, lo que dejó a la vista unos dientes muy afilados.

—Directo al tuétano del hueso, ¿verdad? Muy bien. En su sentido más simple, el wyrd es el destino, los hados.

—El futuro.

—A veces —admitió Wyrdmake—. En Fenris lo conocemos como el girar de la forja del mundo que cambia continuamente la faz de la tierra. Mientras que unas tierras se alzan, otras se hunden hacia su final. El wyrd nos muestra cómo el pasado y el presente conforman el futuro, pero también cómo el futuro afecta al pasado. Las tormentas del tiempo fluyen, se entretejen entre sí y se desgarran al separarse, unidas para siempre en la gran saga del universo.

Ahriman comenzó a comprender las palabras del sacerdote rúnico al captar en ellas un eco degradado de las enseñanzas de los corvidae.

—«El destino siempre continua como quiere» —citó Ahriman, y Wyrdmake se rio de nuevo.

—Sí, eso hace. El geatlander sabía de lo que hablaba cuando pronunció esa frase.

Ahriman alzó la mirada hacia la Montaña, y notó que su hostilidad hacia el Lobo Espacial disminuía ante la comprensión que compartían sobre aquellos misterios. A pesar de lo diferentes que eran sus enseñanzas, el Lobo Espacial poseía una visión de aquellos asuntos que Ahriman encontró renovadora. Eso no quería decir que confiara en él, ni por asomo, pero era un comienzo.

—Bueno, ya me has encontrado. Y ahora, ¿qué?

—Tú y yo somos hermanos de la Tormenta —declaró Wyrdmake, lo que era un eco de lo que Ahriman había pensado momentos antes—. Los

hermanos no deberían ser unos desconocidos. Conozco la saga del pasado de tu legión, sé que nada impulsa tanto al asesinato como el miedo a aquello que no se comprende.

Ahriman dudó un momento antes de hablar de nuevo.

—¿Qué es lo que crees que sabes?

Wyrdmake dio un paso hacia él.

—Sé que un defecto en vuestra herencia genética casi destruyó vuestra legión, y que estáis aterrados ante la posibilidad de que reaparezca. Lo sé, porque en mi legión ocurre lo mismo. La maldición del Wulfen nos persigue, y los hermanos nos mantenemos vigilantes ante la aparición de cualquier señal del lobo.

Wyrdmake alargó una mano y tocó la hoja de roble plateada que Ahriman llevaba grabada en la hombrera.

—Lo mismo que tú vigilas a tus hermanos de la legión en busca de cualquier cambio de la carne.

Ahriman se apartó como si lo hubiera golpeado.

—No vuelvas a tocar eso jamás —le dijo, y tuvo que esforzarse por decirlo con voz tranquila.

—¿Ohrmuzd? Así se llamaba, ¿verdad? —le preguntó Wyrdmake.

Ahriman quiso enfurecerse, quiso responder a aquella dolorosa e injustificada mención de una vieja herida. Obligó a su mente a elevarse en las Enumeraciones inferiores y echó a un lado la piel mudada del dolor y el arrepentimiento.

—Sí —respondió al cabo de unos momentos—. Ése era su nombre. Era el nombre de mi hermano gemelo.

Ahriman captó el malestar que causaba el valle mucho antes de que cruzaran el risco donde habían visto por primera vez a los gigantescos guardianes. Sólo cuando sintió el sabor amargo y metálico en el fondo de la garganta se dio cuenta de que era capaz de notar las ondulaciones de energía etérea a lo largo de sus extremidades. Era algo débil, apenas un suspiro, pero allí estaba.

¿Cómo era posible, si antes su ausencia había sido más que absoluta?

Cuando tuvo a la vista el risco que daba al valle, captó con más fuerza aquella sensación repugnante, semejante a un viento que soplara sobre una fosa común. Algo vil se había apoderado del valle.

Ahriman miró a Magnus y vio su enorme forma como una serie confusa de imágenes. El efecto era igual que si colocaran un millar de negativos de pictogramas uno encima de otro: Magnus el gigante, Magnus el monstruo, un millar de variaciones sobre el tema de Magnus.

Parpadeó para eliminar aquel efecto, ya que sintió náuseas al verlas. La sensación le resultó totalmente desconocida y sacudió la cabeza para sobreponerse a aquel aturdimiento momentáneo.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —le preguntó Phosis T'kar.

—Sí. ¿Qué está ocurriendo?

—Los durmientes se están despertando —le respondió Uthizzar, que tenía una mano apretada contra la sien.

—¿Durmientes? ¿De qué estás hablando? —quiso saber Hathor Maat.

—Las almas durmientes, atadas a una inmortalidad de cristal, dejadas atrás para vigilar —jadeó Uthizzar—. Atrapadas y corrompidas, arrastradas a una lenta condena que es peor que la muerte.

—En nombre del Emperador, ¿de qué está hablando? —preguntó a su vez Khalophis.

—Los aghoru los llaman los *daiesthai* —le explicó Magnus—. Son bestias del vacío que han tomado forma gracias a las pesadillas de los mortales desde el amanecer de los tiempos. La humanidad, en su ignorancia, los ha llamado demonios.

Ahriman casi sonrió. Demonios, sin duda…

—Sentiréis la llamada del Gran Océano —les dijo mirándolos con un ojo rojo lleno de furia—. Será muy fuerte, pero os elevaréis hasta la novena Enumeración. Entrad en la esfera de la determinación interior y cerrad la mente a ese poder, porque intentará atraeros como nada que hayáis conocido jamás.

—Mi señor, ¿qué está ocurriendo? —quiso saber Ahriman.

—¡Hazlo Ahzek! —le replicó Magnus—. Éste no es el poder que tú conoces. Está empantanado, muerto y podrido. Intentará abrirse camino para entrar en nuestras mentes, pero no debéis permitírselo, ni por un solo momento.

A Ahriman le parecía algo insólito aislarse del poder del éter, pero obedeció la orden de su primarca. Concentró su voluntad y elevó su conciencia hasta la esencia de su yo más elevado, donde se convirtió en un observador de su propio cuerpo.

Magnus se encaminó hacia la boca del valle sin pronunciar otra palabra, y casi los dejó atrás con sus tremendas zancadas. El ritmo del avance se aceleró, y Ahriman se dio cuenta de que los Lobos Espaciales que los acompañaban se quedaban confundidos unos momentos ante aquella prisa repentina. Pero los lobos… Ellos lo comprendieron de inmediato. Ohthere Wyrdmake le dijo algo a Amlodhi Skarssen, y el señor lobo lanzó una mirada furiosa en dirección a Magnus el Rojo.

Ahriman vio en aquel estado mental objetivo el miedo a lo desconocido que le resultaba tan familiar, el odio provocado por lo que les resultaba extraño y que desconocían por completo. Los Lobos Espaciales no confiaban en su legión, pero quizá la titubeante cooperación que había establecido con Ohthere Wyrdmake podría cambiar eso.

El valle siguió ascendiendo hacia el risco, y Ahriman captó un cambio en el propio ambiente del paisaje. La perfección que anteriormente había notado en su geometría precisa se había alterado de un modo sutil, igual que si el mundo se hubiese movido una fracción de grado. Los ángulos que días antes se habían complementado entre sí, eran terriblemente discordantes en ese momento, como si fueran una orquesta en la que todos los instrumentos estuviesen sutilmente desafinados.

Las proporciones áureas estaban rotas y la ágil danza de líneas que se entrecruzaban se había convertido en una maraña de formas divergentes que violaban el orden perfecto que antes regía aquel lugar. El valle era un lugar amenazante, y cada ángulo se antojaba hostil. El poderoso rugido de los motores de los Land Raider resonaba de un modo extraño en las

paredes del valle, y el eco volvía a ellos como si procediera de un centenar de puntos diferentes.

Finalmente llegaron a la boca del valle, y Ahriman contempló con un horror distante e impersonal lo que les había ocurrido a los dos guardianes.

—Los oigo gritar —siseó Uthizzar, y Ahriman se dio cuenta de por qué ocurría eso.

Las gigantescas estructuras se encontraban de pie, como siempre habían estado, inmensas y amenazantes, pero las líneas pulidas y limpias de sus extremidades ya no eran gráciles y prístinas. Antaño tenían el color del hueso blanqueado al sol, pero una maraña repugnante de venas de un color verde negruzco y aspecto enfermizo les cubría esas extremidades. Era una plaga necrótica que surgía de la boca de la cueva en una serie de tentáculos gruesos de apariencia aceitosa que cubrían a aquellas estatuas colosales de enfermedad.

Los pies con forma de pezuña rematada por garras estaban completamente cubiertos por aquella sustancia, semejante a masa vegetal podrida, que se estremecía de un modo repugnante al crecer. Las piernas ennegrecidas soportaban unos torsos recubiertos por un entramado de finas líneas de materia oscura que absorbía cualquier luz que caía sobre ella. Sus brazos esbeltos estaban repletos de venas negras, unos conductos contaminados que llevaban en su interior el contagio de una corrupción innombrable. La curva grácil de sus generosas cabezas todavía permanecía pálida e impoluta, pero Ahriman observó mientras se acercaba cómo los tentáculos negros comenzaban a rodear las enormes gemas que tachonaban su superficie.

Ahriman sintió la presión insistente del Gran Océano contra las barreras de autocontrol que había levantado en su mente. Allí estaba el tremendo poder que se alzaba de algún punto del interior de la Montaña. Sin embargo, lo que sentía era poco más que una fracción de lo que albergaba, el goteo que se convierte en arroyo que se convierte en torrente.

Se había agrietado una presa, y la presión inexorable no tardaría en reventarla del todo.

Ansió notar ese poder, sentirlo fluir por todo su cuerpo, pero lo contuvo fuera de su interior, tal y como le había ordenado Magnus, y se obligó a sí mismo a apartar la mirada de las estatuas.

—¿Qué les está ocurriendo? —preguntó.

Magnus bajó la mirada hacia Ahriman.

—Algo maligno, Ahzek —le contestó—. Algo que me temo que mi presencia en este mundo ha acelerado. Se ha roto el equilibrio, y yo debo restaurarlo.

Yatiri y los demás ancianos del consejo tribal, unos individuos que habían conseguido mantener el paso de los astartes a pesar de su edad avanzada, llegaron por fin al borde del valle.

—¡*Daiesthai*! —exclamaron mientras empuñaban con fuerza las faláricas—. ¡Han vuelto!

—Por el Ojo del Lobo, ¿de qué están hablando? —exigió saber Skarssen, quien se acercó acompañado de Ohthere Wyrdmake—. ¿Qué son esas cosas?

Magnus miró fijamente al señor lobo, y Ahriman se dio cuenta de la frustración que sentía el primarca por la presencia de los guerreros de una legión hermana. Lo que iba a ser necesario hacer allí sería mejor llevarlo a cabo sin el testimonio de unos ojos tan inquisitivos.

Yatiri se volvió hacia Magnus.

—Ansían los muertos. Debemos darles lo que desean —le dijo al primarca.

—No. Es lo último que deberíais hacer —le replicó Magnus. Yatiri negó con la cabeza, y Ahriman vio la ira que sentía.

—Éste es nuestro planeta, y seremos nosotros quienes lo salvemos de los *daiesthai*, no vosotros.

El anciano de máscara reflectante le dio la espalda al primarca y se dirigió, a la cabeza de su grupo, hacia el interior del valle, hacia el altar situado delante de la boca de la cueva.

—Lord Magnus, ¿qué significa todo esto? —insistió Skarssen.

—Una superstición, lord Skarssen. No es más que superstición.

—A mí me parece mucho más que una simple superstición —contestó Skarssen, que alzó el bólter a la altura del pecho, donde lo empuñó con firmeza—. Decidme la verdad, Magnus de los Mil Hijos. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Es Hel —intervino Ohthere Wyrdmake, quien miraba las enormes máquinas con una mezcla de horror y de fascinación—. ¡El Padre Kraken de las profundidades, el guardián de los muertos!

—¿Esto es lo que os impide acudir a la llamada del Rey Lobo? ¡Habéis hecho un pacto con esos hechiceros!

Magnus se volvió hacia el Lobo Espacial.

—¡¿Es que antes no te enseñé bien la lección, cachorro?! —rugió.

Skarssen dio un paso atrás ante la ira de Magnus, y Ahriman sintió cómo la furia del primarca se extendía como la onda expansiva de una explosión.

Ya dentro del valle, Yatiri y los demás aghoru rodearon el altar y comenzaron a entonar unos cánticos repetitivos y suplicantes a unos dioses que no existían. Se distribuyeron por parejas, uno enfrente del otro. Ahriman vio cómo Yatiri alzaba su falárica, y supo lo que iba a ocurrir un instante antes de que sucediera, cuando ya era demasiado tarde para impedirlo.

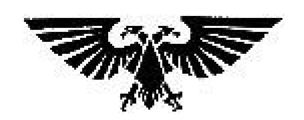
—¡No! ¡Deteneos! —gritó Magnus al ver lo mismo que Ahriman.

Yatiri se volvió hacia el aghoru que tenía a su lado y le atravesó el pecho con la falárica. Las demás parejas hicieron lo mismo: uno la víctima, el otro el verdugo. Las hojas metálicas centellearon antes de clavarse en los músculos y los huesos. La sangre saltó a chorros.

Ahriman jamás llegó a saber si fue la muerte de los aghoru, la sangre que salpicó el altar o bien otro catalizador desconocido, pero apenas cayeron los muertos al suelo, la energía que había estado acumulándose en el valle se desbordó de un modo semejante a la ola de un maremoto.

A la presa que la había estado conteniendo le fue imposible detenerla.

Con el estruendo titánico de una montaña al partirse, los guardianes del valle se movieron.



OCHO
MATAGIGANTES

Los gigantes se movieron. El hecho era tan innegable como inconcebible. El suelo se estremeció con la fuerza de ese movimiento. Se abrió una grieta en el risco y se partió. De la ladera de la Montaña cayó una lluvia de peñascos tan abundante que parecían una cortina de motas de polvo. Los titanes se estremecieron por el esfuerzo de liberarse de las arcanas ataduras, y finalmente se separaron de la roca.

Ahriman sintió el rugido aullante de algo primigenio que surgía de la boca de la cueva con un hambre enloquecida, una fuerza destructiva y desquiciada que por fin estaba libre para comportarse como quisiera después de permanecer atrapada durante incontables eones en las profundidades de la Montaña.

Cayó de rodillas y se llevó las manos a los oídos por encima del casco cuando el Gran Océano intentó abrirse camino hacia el interior de su cráneo. Recordó la advertencia del primarca y luchó por mantenerlo fuera.

Ni siquiera en la desolación de Prospero, entre las ciudades en ruinas despobladas por los psiconeueins, se había sentido un asalto psíquico de semejante ferocidad. Vio a través de las lágrimas que le llenaron los ojos cómo los astartes se dispersaban, aunque aquellos que no poseían conexión

alguna con el éter se libraban de lo peor de la chirriante hoja afilada que le estaba atravesando la mente.

El suelo se estremeció cuando la primera de las grandes máquinas dio un paso estruendoso y el pie se estrelló contra la superficie de piedra con una fuerza sísmica. Lord Skarssen gritó algo a sus guerreros, pero Ahriman no llegó a oír lo que dijo. Ohthere Wyrdmake estaba apoyado en su báculo, a cuyo mango rodeaba una tormenta centelleante de rayos negros. A su lado, Phosis T'kar y Hathor luchaban contra el poder corrupto sobre el que les había advertido Magnus. No logró ver a Uthizzar ni a Khalophis.

Otra onda de choque estremeció el valle cuando el segundo gigante se liberó de sus ataduras. El retumbar atronador de centenares de toneladas de rocas al caer fue un poderoso recordatorio de la existencia del mundo material. Varias paredes de metal rojo y rugiente pasaron al lado de Ahriman arrasando el suelo polvoriento sobre el que rodaban. Eran los Land Raider, que ya habían abierto fuego con las armas montadas en las barquillas laterales, que destellaban con cada disparo de energía feroz mientras seguían avanzando hacia los titanes.

Ahriman sintió una presencia a su lado. Alzó la mirada y vio a Khalophis, que estaba dando órdenes a gritos a sus guerreros. Los astartes con el símbolo del fénix escarlata se apresuraron a obedecerlas y corrieron a ocupar las mejores posiciones de disparo desde donde apuntaron con sus armas.

A Ahriman le dieron ganas de echarse a reír. ¿De qué iban a servir sus armas contra unas máquinas de guerra como aquéllas?

Intentó ponerse en pie, pero la presión que le machacaba las defensas mentales lo mantuvo inmóvil como una polilla clavada con un alfiler en una vitrina. La resistencia que ofrecía le había paralizado las extremidades, le había bloqueado las articulaciones con su persistente rechazo al poder que podría ser suyo si simplemente lo dejaba entrar en su mente.

Ahriman reconoció aquella tentación. Eran los susurros insidiosos que atraían a los viajeros del vacío y los llevaban a su condenación, al igual

que los fuegos fatuos de antaño llevaban a su perdición a aquellos que se perdían en los pantanos.

Darse cuenta de ello no fue suficiente como para impedir que siguiera deseando ceder a ese canto de sirena.

Lo único que tenía que hacer era dejarlo entrar, y recuperaría todos sus poderes: el poder para aplastar a aquellas máquinas de guerra, el poder para leer las corrientes del futuro. Sus últimos vestigios de voluntad comenzaron a flaquear.

No, hermano… Aférrate a mi voz.

Aquellas palabras fueron un asidero en mitad de la locura, una brújula que lo ayudó a regresar a su autocontrol. Se agarró a ellas como un hombre que se ahogara se aferraría a las manos de su rescatador.

Ahriman sintió que alguien le tocaba la hombrera, y vio que Uthizzar estaba a su lado. Se alzaba sobre él como un sacerdote que lo estuviera bendiciendo. El athanaean le hizo dar la vuelta hasta que estuvieron cara a cara. Luego se agarraron el uno al otro de los brazos, como si estuvieran trabados en alguna clase de prueba de fuerza.

Hermano, reconstruye tus barreras. Puedo protegerte durante un tiempo, pero no siempre.

Ahriman oyó la voz de Uthizzar en su mente, y el timbre sereno del telépata fue un contraste tremendo comparado con la tormenta rugiente que amenazaba con apoderarse de él. Sintió una quietud tranquilizadora en su mente cuando Uthizzar lo ayudó a soportar esa carga.

Asciende por los distintos niveles, hermano. ¡Recuerda tus inicios!

Ahriman repitió uno por uno los diferentes mantras que permitían a un neófito controlar los poderes de su propio ser, lo que permitía pasar con facilidad a las meditaciones de concentración de energía de un zealator. Luego se llegaba al control de la mente de un practicus, el logro de la perspectiva ecuánime perfecta del philosophus. Con cada uno de aquellos avances, las barreras que le protegían la mente se alzaban de nuevo, y el aullar furioso del éter se fue apagando.

De prisa, hermano. No podré protegerte durante mucho tiempo más.

—Ya no hace falta —dijo Ahriman en cuanto volvió a enfocar la vista en el mundo—. Ya tengo el control.

Uthizzar bajó los hombros y lo soltó.

—Bien. No podría haberlo contenido todo el tiempo.

Ahriman se puso en pie. La situación a su alrededor era caótica. Los astartes se esforzaban por formar una línea defensiva desde la que enfrentarse a aquellas máquinas de guerra gigantescas. Ambas se habían separado por completo de la roca. Los tentáculos negros que las envolvían palpitaban como si fueran arterias que les transmitieran fuerza por todo el cuerpo.

Se hizo cargo por completo la situación. Los Lobos Espaciales se habían puesto a cubierto detrás de unas enormes pilas de escombros al otro lado del valle. Ahriman se sintió impresionado. Los Hijos de Russ tenían fama de ser unos temerarios insensatos, pero eso no los convertía en unos estúpidos. Cargar de frente contra aquellos enemigos habría supuesto la muerte de todos ellos, y Skarssen lo sabía.

Los Mil Hijos habían adoptado la formación de los nueve arcos, una configuración agresiva de tres grupos de guerreros que recibía ese nombre en honor a los reyes del antiguo Gypto y la representación de todos sus enemigos.

—Los ha reunido a todos en su puño y su maza se ha estrellado contra sus cabezas —musitó Ahriman al reconocerla.

Khalophis se había situado en el centro del primer bloque, Phosis T'kar estaba al mando del segundo y Hathor Maat se encargaba de dirigir al tercero.

Varios géiseres ardientes giraban alrededor de Khalophis. Eran unas columnas de fuego blanco que lo envolvían con una luz cegadora. Ahriman sintió el inmenso poder que rodeaba al capitán de la Sexta Hermandad y cómo su enorme potencia se derramaba sobre los guerreros que le rodeaban.

—Por supuesto, Khalophis no hará caso de ninguna clase de advertencia —dijo Uthizzar con un tono de voz desdeñoso.

—No es el único —le indicó Ahriman al ver los estallidos de energía etérea que estaban centrados en Phosis T'kar y Hathor Maat.

—¡Estúpidos! —exclamó Uthizzar, y su comportamiento imperturbable se vio alterado ante semejante poder—. ¡Se lo han avisado!

Ahriman vio en mitad del caos que Yatiri estaba de pie sobre el altar de basalto, cuya superficie relucía con la sangre de los ancianos muertos. Tenía empuñada la falárica por encima de la cabeza y estaba gritando algo. Las ráfagas de viento que surgían de la boca de la cueva aullaban a su alrededor formando un huracán de materia corrupta, un torbellino de energía antinatural que se regocijaba de su libertad.

Y en el centro de ese huracán se encontraba Magnus el Rojo.

Con un porte magnífico y orgulloso, el primarca de los Mil Hijos se había convertido en el ojo del huracán, en un oasis de absoluta quietud. Aunque era un gigante comparado con los demás humanos, los enormes titanes lo empequeñecían hasta dejarlo reducido a un enano. Sus formas inmensas todavía arrastraban aquella especie de lianas gruesas de aspecto alquitranado y reluciente color negro.

El primer titán inclinó la enorme cabeza hacia Magnus. Su mente alienígena captó la presencia del primarca como hubiera captado la de un tesoro en mitad de un vertedero. Su cuerpo se estremeció con un movimiento que bien podría considerarse de asco, y contempló a Magnus igual que un ser humano observaría a un insecto repugnante. Dio un paso hacia Magnus de un modo dubitativo e inseguro, como si no estuviera acostumbrado a controlar sus extremidades después de pasar inmóvil tanto tiempo. La Montaña se estremeció con la reverberación provocada por el estampido de sus pasos, pero Magnus no se movió. Su capa de plumas ondeó alrededor de él. La violencia del despertar de los titanes no parecía haberlo afectado en absoluto.

La máquina cerró su enorme mano y bajó el brazo. El movimiento fue absolutamente distinto al giro mecánico estruendoso e irregular de las

máquinas imperiales. Una descarga de fuego electromagnético recorrió toda la superficie del puño de superficie suave.

Y entonces disparó.

Una tormenta de proyectiles lacerantes acribilló el espacio que separaba el puño de Magnus, un torbellino rugiente de muerte afilada. Magnus ni se inmutó, y la tormenta se deshizo por encima de él, desviada por una barrera invisible. Los proyectiles desgarraron el suelo y llenaron el aire de fragmentos sibilantes de roca y metal.

La enorme arma en forma de lanza que remataba su otro brazo giró, y Ahriman quedó sorprendido de nuevo por la elegancia fluida, casi de un ser vivo, que mostraba el titán al moverse. Lo hacía como si cada molécula fuera parte de su esencia, un conjunto vivo que era lo opuesto de la mente ajena conectada de un modo imperfecto a un cuerpo mecánico mediante unidades de impulso psíquico y receptores táctiles.

Sin embargo, antes de que pudiera liberar el fuego destructivo de aquella arma, una lluvia de disparos de energía le acribilló las extremidades. Los Land Raider de los Mil Hijos le dispararon una y otra vez con los cañones láser, como un grupo de cazadores que rodearan a una gigantesca bestia.

Los astartes de la Sexta Hermandad le dispararon misiles explosivos y lo acribillaron con proyectiles de bólter. Las placas del titán comenzaron a resquebrajarse y a astillarse, y a lo largo de su superficie aparecieron lenguas de fuego. Los titanes imperiales marchaban al combate protegidos por pantallas de vacío de energía ablativa. No ocurría lo mismo con aquel leviatán. Fuese cual fuese la protección en la que había confiado durante su vida anterior, carecía de ella en esos momentos.

Magnus se mantuvo firme ante el titán. Era poco más que un niño ante un monstruo inmenso. Alzó un brazo con la palma de la mano abierta hacia arriba, como si le estuviera ofreciendo un bocado al gigante para que saciara su apetito. Ahriman vio una leve sonrisa en el rostro del primarca cuando éste cerró los dedos para formar un puño.

El enorme guantelete que le había disparado la andanada de proyectiles quedó aplastado cuando una fuerza invisible lo estrujó por completo. De la

mano mecánica destrozada surgió una bola de fuego, y una maraña de tentáculos negros, semejantes a venas muertas, quedó colgando del hombro del titán cuando Magnus le aplastó con serenidad el resto del brazo. La máquina de guerra gigante se estremeció, y aquel movimiento fue antinatural y repulsivo por su parecido a una sacudida de dolor. Los Land Raider se lanzaron a la carga para aprovechar la ventaja, y nuevas descargas de disparos láser acribillaron las piernas y el torso del titán.

La segunda máquina hizo girar su lanza y el aire pareció agotarse, como si la propia Montaña hubiera inspirado profundamente. Un punto de luz aterradoramente brillante empezó a formarse en el extremo del cañón del arma, y un instante después surgió una tormenta parpadeante de disparos cegadores.

Tres Land Raider explotaron y quedaron vaporizados en un momento por la descarga. Una bola de fuego de metal ardiente se elevó hacia el cielo. El rayo de luz líquida siguió con su movimiento de barrido y abrió una zanja de fondo vítreo a lo largo del valle arrasando todo lo que encontró en su camino. El rayo tan sólo pasó cerca de un grupo de guerreros de Hathor Maat, pero eso fue suficiente para hacerlos estallar en llamas y que sus armaduras se derritieran como goma bajo un fuego calcinador. La onda calorífica trajo un hedor repugnante a carne quemada que estuvo a punto de hacerle perder la concentración.

—¡Ahzek! —le gritó una voz casi perdida en mitad del aullido del disparo del titán.

Su ira desapareció y la rígida disciplina mental de las Enumeraciones se reafirmó en su interior. Se volvió hacia el punto de donde procedía el grito y vio a Ohthere Wyrdmake que le hacía gestos frenéticos desde la cobertura de un peñasco rojo para que se uniera a ellos. De la posición de aquellos Lobos Espaciales no dejaba de salir una tormenta de disparos.

La lógica se apoderó de todo su ser, la calma medida de la agudeza mental afinada a lo largo de un siglo de estudios.

—Uthizzar, en marcha.

Su camarada asintió y ambos echaron a correr a través del estruendo de los disparos que llenaban el valle. Una potencia de fuego suficiente como

para acabar con regimientos enteros se entrecruzaba de un lado a otro: oleadas de calor, ráfagas de disparos y sus correspondientes fragmentos y rugidos aullantes de armas capaces de matar en masa. La situación de la batalla era fluida, y su ritmo aumentaba a cada momento.

Los astartes se defendían disparando sin cesar ráfagas disciplinadas, pero a excepción del fuego de los guerreros de Khalophis, aquellos disparos tenían poco efecto. Los titanes disponían de demasiados objetivos como para enfrentarse a todos de un modo efectivo, pero esa situación no duraría mucho tiempo. Otros cincuenta astartes murieron cuando el puño del segundo titán disparó una lluvia aullante y mortífera. El impacto de los proyectiles resonó igual que un millar de espejos que se rompieran a la vez.

Ahriman se puso a cubierto junto a Uthizzar, y se sintió extraño por refugiarse allí, al lado de los guerreros de armadura gris oscuro en vez de con los de armadura carmesí y marfil. Un lobo de pelo enmarañado lanzó un mordisco al aire en su dirección. Una saliva espesa le caía a chorros entre los colmillos.

—¿Qué estabais haciendo ahí fuera? —le gritó Wyrdmake para hacerse oír por encima del estruendo.

—Nada —le contestó Ahriman, que no quería hablar del caos mental que Uthizzar y él habían sufrido—. Tan sólo estábamos escogiendo el momento más adecuado para correr a ponernos a cubierto.

—Ojalá tuviéramos una máquina del Mechanicum —bufó Wyrdmake cuando una oleada de aire ardiente pasó por encima de su posición.

El báculo del sacerdote rúnico estaba cubierto de relámpagos en miniatura que no dejaban de restallar. El poder que llenaba el valle casi había vencido la voluntad de Ahriman con la tentación de utilizarlo, pero Wyrdmake ni siquiera parecía darse cuenta de la existencia de semejante tentación.

Los Lobos Espaciales se colocaron en el hombro los lanzamisiles y apuntaron al titán que todavía no había sufrido daños. Skarssen gritó una orden que se perdió en mitad del estruendo, pero señaló claramente a la cabeza de la máquina enemiga. Varias estelas humeantes ascendieron y

acabaron estallando contra la superficie de la cabeza del gigante, lo que hizo que se tambaleara, pero las explosiones no parecieron dañarlo.

—¡Otra vez! —gritó Skarssen.

—¡Esos disparos no lo derribarán! —le gritó Ahriman por encima del estampido de los disparos.

—Nunca has cazado un kraken fenrisiano, ¿verdad? —le replicó Skarssen.

—Muy agudo —le espetó Ahriman. Se agachó cuando las rocas que lo rodeaban estallaron en una lluvia de esquirlas repiqueteantes. Uno de los Lobos Espaciales cayó derribado, pero se levantó casi de inmediato—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Una sola navelobo acabará destrozada y su tripulación devorada —le explicó el señor lobo con una sonrisa, como si estuviera disfrutando enormemente de aquel combate—. Pero si tienes una docena en el agua, entonces sí que se convierte en una caza que merece la pena. Las escamas escudo se parten, la carne se abre y la sangre fluye. Todos y cada uno de los arpones cuentan, desde el primero hasta el último.

En ese momento, todo pensamiento coherente quedó aplastado por un grito capaz de estremecer mundos enteros, cargado de un dolor y un pesar inmensos, y que atravesó la mente de todos los guerreros.

Era el sonido de un mundo al morir. Era el grito de nacimiento de un dios terrible y vil, el aullido de muerte de una gloria que se perdió cuando la raza humana todavía era joven. Ahriman cayó desplomado en el suelo cuando un dolor agónico como jamás había sufrido le acuchilló el cuerpo con la habilidad propia de un torturador al descubrir partes de su interior de las que no conocía su existencia y clavarse en ellas de forma inmisericorde. El frágil control mental que había mantenido hasta ese momento se derrumbó por completo y su cerebro se vio inundado de imágenes llameantes de una civilización colapsada, de planetas arrasados y de un imperio que se extendía por todas las estrellas y que se había derrumbado por su propia debilidad.

Nadie se libró de la violencia del aullido, ni los Lobos Espaciales ni, por supuesto, los Mil Hijos, quienes sufrieron la peor parte. El dolor llevó a Ahriman al borde de la locura en una fracción de segundo.

Y un instante después, todo se acabó. El eco del aullido desapareció del mismo modo que una ola gigante se estrella contra un malecón y estalla llena de una fuerza espectacular antes de desvanecerse convertida en espuma. Ahriman parpadeó para despejarse los ojos de las lágrimas de dolor que le habían brotado, y se sorprendió al descubrir que estaba tendido de espaldas.

—Por el Gran Lobo, ¿qué ha sido eso? —preguntó Skarssen, que estaba de pie a su lado como si nada hubiera ocurrido. Ahriman se sintió de nuevo sorprendido por los Lobos Espaciales.

—No estoy seguro —dijo con voz entrecortada. Notó unos leves estallidos de luz detrás de los ojos, allá donde le habían reventado unos cuantos capilares—. Era un grito psíquico de alguna clase.

—¿Podéis bloquearlo? —le preguntó Skarssen mientras le ofrecía la mano para ayudarlo a levantarse.

—No. Es demasiado poderoso.

—No será necesario —intervino Uthizzar.

Ahriman tomó la mano que Skarssen le ofrecía y se puso en pie. La cabeza todavía le dolía por la fuerza de aquel inesperado grito de guerra. Uthizzar le hizo un gesto de asentimiento y señaló con la mano un punto del valle.

Miró por encima de las rocas al rojo blanco detrás de las que él y los Lobos Espaciales se habían refugiado. El fuego abrasador de las armas de los titanes las había vitrificado, y la piedra sólida se había vuelto lisa y translúcida. En ella se veían clavados unos discos de bordes afilados como navajas del tamaño de un ser humano. Habían quedado atrapados allí, en la roca fundida, antes de que se enfriara de repente. Los bordes todavía zumbaban por la vibración del impacto.

Ahriman parpadeó para despejarse la vista de los destellos de luz y miró hacia donde le señalaba Uthizzar. Las secciones alargadas que formaban las cabezas de las máquinas de guerra estaban ennegrecidas por

el fuego. Su blindaje, que momentos antes parecía impenetrable, estaba resquebrajado, y el interior de las cabezas cubiertas de gemas había quedado a la vista. Ahriman sintió el olor a metal quemado de una descarga etérea increíblemente poderosa. Del blindaje roto surgieron descargas relampagueantes mientras observaba lleno de orgullo cómo Magnus caminaba en mitad de aquella tormenta de fuego y de muerte hacia las máquinas gigantescas con ambos puños convertidos en bolas de fuego.

Una luz fantasmal y titilante cubrió a los titanes. Varias explosiones les arrancaron trozos de su piel de cerámica, y un líquido viscoso y negro, parecido al aceite hirviente, salió chorreando de esas heridas.

—¿Lo veis? ¡Sangran! —rugió Skarssen.

—No será suficiente, no lo será ni de lejos ¡No importa cuántos arpones le clavéis! —le replicó Ahriman.

—¡Tú, mira! —le contestó Skarssen antes de lanzarse de cabeza al suelo cuando una pared aullante de luz se estrelló contra su cobertura.

El aire sobrecalentado siseó y absorbió todo el oxígeno del lugar con un estampido estruendoso.

—¡La Tormenta se desata! ¡La Tempestad nos da la señal! —rugió Wyrdmake.

Magnus se enfrentó solo a las gigantescas máquinas. Su capa emplumada se extendió a su espalda como las alas de una águila. Su cuerpo se llenó de energía, y durante un breve momento dio la impresión de que tenía el mismo tamaño que los titanes. El cabello suelto se convirtió en una melena roja y enhiesta y sus extremidades estaban cubiertas de un resplandor eléctrico. El primarca de los Mil Hijos echó hacia atrás un brazo y luego lanzó un chorro de fuego azul que acertó de lleno en el pecho al titán que estaba más cerca de él.

El titán alienígena era una máquina proyectada para el combate con un diseño eficaz y elegante en una época ya olvidada. La obra resultante de la técnica utilizada por sus creadores provocaba una sensación de asombro, pero no fue capaz de resistir aquel poder increíble y sobrecogedor. El torso estalló, y las enormes costillas de manufactura desconocida se rompieron

en pedazos como si fueran de frágil porcelana y los fragmentos ennegrecidos por el fuego volaron por doquier. La cabeza se desprendió del cuello y se estrelló contra las lejanas rocas del suelo.

La máquina de guerra se desplomó con una majestuosidad infinita contra el suelo rocoso, donde se partió en mil trozos. Era el mismo suelo que había vigilado durante más tiempo del que ningún ser humano era capaz de comprender. Una serie de nubes de polvo cegador surgieron del punto de caída y ocultaron el destino del segundo titán.

Un silencio extraño cayó sobre el campo de batalla, como si nadie fuera capaz de creer que había sido testigo del fin de una máquina de guerra tan increíble. El silencio fue inquietante, pero duró poco tiempo.

Un aullido triunfante surgió de las gargantas de los Lobos Espaciales. Era un rugido de victoria ululante, pero Ahriman no sentía alegría alguna ante aquella destrucción.

—Es terrible ver derribado algo tan magnífico —declaró Ahriman.

—¿Sientes pena por eso? —le preguntó Wyrdmake—. ¿Es que el cazador no siente alegría en el momento de matar a la presa?

—No siento más que pena.

Wyrdmake lo miró con sincera sorpresa, aunque parecía ofendido porque Ahriman quisiera amargarle aquel momento victorioso.

—Esa bestia mató jaurías enteras de nuestros hermanos. La venganza exigía que acabaríamos con ella. Es justo honrar a tu enemigo, pero no tiene sentido que te apenes por su muerte.

—Es posible, pero ¿qué secretos y conocimientos hemos perdido con su destrucción?

—¿Qué secretos merecedores de ser descubiertos podía albergar una bestia como ésa? —lo interpeló Skarssen—. Es mejor que muera y que se pierdan sus secretos que llegar a conocer esa brujería alienígena.

El humo provocado por la destrucción del primer titán empezó a disiparse y un rugido lastimero surgió de las profundidades de las nubes de polvo, un aullido de dolor y rabia entremezcladas. Una sombra enorme se movió en el interior del polvo que todavía flotaba en el aire, y el titán superviviente emergió de aquella nube. Estaba herido y de su cuerpo

escapaban numerosos chorros negros de líquido brillante, pero al igual que un animal acorralado, seguía siendo tremendamente peligroso.

El brazo rematado por una lanza de energía giró y apuntó directamente hacia Magnus. Ahriman vio que el inmenso poder que el primarca había utilizado momentos antes le había costado muy caro. Tenía el rostro pálido. El tono cobrizo de su piel se había apagado hasta asemejar el bronce desteñido. Estaba de rodillas sobre una pierna, igual que si estuviera rindiendo un homenaje servil a un belicoso dios de la guerra.

El suelo se estremeció cuando el gigante siguió avanzando. Bajó la cabeza para estudiar con atención a la insignificante criatura que se enfrentaba a él. De los restos de su brazo destrozado salían chorros de humo y llamaradas. Las alas de los hombros también estaban envueltas en llamas, caídas e inútiles. Parecía un ángel de destrucción que hubiera llegado a Aghoru para eliminar toda la vida existente.

Una luz mortífera comenzó a brillar en toda la longitud del arma y se oyó el chillido ensordecedor del aire al ser absorbido de forma violenta.

Un momento después, una lanza cegadora de fuego solar salió disparada y borró a Magnus de la faz del planeta.

Los Mil Hijos gritaron a la vez.

El calor de un millón de estrellas envolvía a su primarca. No importaba que fuera uno de los veinte pináculos de la bioingeniería genética que había creado a aquellos guerreros sobrehumanos. Ni siquiera él podría sobrevivir a un ataque semejante. La descarga de fuego líquido convirtió en vidrio la roca de la Montaña.

Ahriman perdió todo asidero en las Enumeraciones, y cualquier efecto que pudieran tener se colapsó ante semejante horror. La pena, la furia y el odio se convirtieron en un cuchillo que se le clavó en el vientre antes de retorcerse en su interior. El titán continuó descargando su fuego mortífero contra Magnus, y Ahriman supo que jamás en su vida volvería a ver un espectáculo tan pavoroso.

Uthizzar, que seguía a su lado, se aferró la cabeza con las dos manos en un gesto de dolor agónico. Ahriman sintió pena por Uthizzar incluso en mitad del dolor que él mismo sentía. Para un telépata, ¿cómo de horrible sería sentir la muerte de su padre?

Pasaron varios momentos en un silencio absoluto, como si el propio mundo fuese incapaz de creerse lo que había ocurrido. Uno de los hijos favoritos del Emperador había muerto. Era inconcebible. ¿Qué clase de fuerza sería capaz de acabar con la vida de un primarca? La cruda realidad que representaba aquello no era capaz de barrer sus leyendas, no podía romper todavía el hecho irrefutable de su inmortalidad.

Aquel hecho era falso, y Ahriman sintió que su mundo se derrumbaba.

Los Mil Hijos gritaron.

Los Lobos Espaciales aullaron.

Los comunicadores restallaron con toda aquella cacofonía, con aquella declaración atávica de furia.

—¡Seguidme! —gritó Skarssen.

Y los lobos se lanzaron al ataque.

Salieron de entre las rocas sin dejar de disparar los bólters y los lanzamisiles mientras corrían hacia el titán. Los exterminadores encabezaron la carga, convertidos en una pared de furia blindada que hubiera destrozado a cualquier enemigo normal, pero que era prácticamente inútil contra un oponente como aquél. Ahriman y Uthizzar corrieron junto a ellos, aunque sabían que era una locura que la infantería quedara al descubierto ante una máquina de guerra tan poderosa y mortífera. Cualquier titán era el rey del campo de batalla, una gigantesca máquina de destrucción que aplastaba a los soldados de a pie sin ni siquiera reparar en su presencia.

Sin embargo, existía una emoción innegable en arriesgarlo todo de esa manera. Era un heroísmo noble y una vitalidad que habitualmente jamás sentía en combate. Las Enumeraciones le proporcionaban al guerrero algo en lo que concentrarse, impedían que sus emociones se apoderaran de él y le mantenía la mente despejada de cualquier distracción que pudiera provocar su muerte. La guerra era mucho más mortífera en esa época de lo

que lo había sido jamás en cualquiera de las eras violentas de la humanidad. La certeza de la muerte o de sufrir una herida era la compañía constante de cualquier guerrero. Las Enumeraciones ayudaban a los Mil Hijos a enfrentarse de un modo objetivo a aquellos hechos y les permitían luchar a pesar de ellos.

No hacerlo así era inconcebible, y a Ahriman siempre lo sorprendía que los simples mortales se atrevieran siquiera a pisar el campo de batalla.

A pesar de todo lo anterior, la pura rabia provocada por la pena y la energía que los Lobos Espaciales le transmitían le hicieron seguir corriendo sin la protección de un distanciamiento emocional.

Los Lobos Espaciales se habían lanzado a la carga, y lo mismo hicieron los Mil Hijos.

Los dos Land Raider supervivientes, ambos ennegrecidos y vomitando humo, avanzaron como unos depredadores mientras seguían disparando contra el titán. Los guerreros de armadura roja de Magnus, ansiosos por vengar a su primarca, cargaron con la misma energía incontenible que los Lobos Espaciales. Su aislamiento emocional había desaparecido por completo en aquel asalto frontal.

Era una insensatez, algo inútil, pero también valiente y heroico.

El fuego abrasador comenzó a desaparecer, y Ahriman detuvo su carga al ver lo que tenía delante: un cráter de paredes vitrificadas y en forma de cuenco se abría a los pies del titán. Sin embargo, fue lo que se encontraba en el centro de ese hueco lo que lo llenó de asombro y le elevó los ánimos.

Una cúpula centelleante de energía dorada titilaba en mitad del aire sobrecalentado, y en su interior había dos figuras con armadura. Phosis T’kar y Magnus el Rojo se encontraban sobre una columna irregular de roca que se alzaba en el punto central del cráter. Era lo único que había sobrevivido al fuego del titán. El capitán de la Segunda Hermandad estaba prácticamente doblado sobre sí mismo, con los brazos elevados hasta la altura de los hombros al igual que el Atlas Telamón de la Vieja Tierra, aquel titán rebelde que fue condenado a soportar la esfera celeste sobre sus hombros para toda la eternidad.

—Un escudo kinético —murmuró Uthizzar—. ¿Quién iba a creer que T'kar era tan poderoso?

Ahriman se echó a reír por la sensación de alivio que lo invadió. ¡Magnus estaba vivo! Estaba de rodillas, debilitado y exhausto por la destrucción del primer titán, pero estaba vivo, y ese sencillo hecho palpitó en todos los guerreros de los Mil Hijos en un instante compartido de alegría y asombro.

Tras ese momento de alivio, los astartes de ambas legiones dieron rienda suelta a su ira y a su orgullo herido.

Los Lobos Espaciales clavaron los colmillos de todas sus armas y dispararon con los bólters, con los misiles y con todos los proyectiles perforantes de blindaje contra las heridas del titán, lo que las ensanchó todavía más. Ahriman y Uthizzar, que se encontraban en esos momentos entre los Hijos de Russ, hicieron lo mismo y vaciaron un cargador tras otro de proyectiles explosivos contra el objetivo de su odio. Skarssen arengó a sus guerreros con unos rugidos aullantes que no tenían un significado concreto, sino que eran un poder en sí mismos. Ohthere Wyrdmake recorría como un viento helado la vanguardia del avance de los Lobos Espaciales. El sacerdote rúnico estaba rodeado de manadas de lobos y a su alrededor se oía el eco de una lejana tormenta invernal.

Los Lobos de Fenris atacaron con todas sus armas, y lo mismo hicieron los hijos de Prospero.

Cientos de andanadas de fuego acribillaron al titán, pero aquellos no eran disparos normales. Los guerreros que lucían el símbolo del fénix, de la Hermandad Pyrae, lanzaban llamas etéreas desde los guanteletes de sus armaduras. Khalophis, que se encontraba en el centro de la formación de la Sexta Hermandad, golpeaba el aire como si fuera un pugilista, y cada puñetazo enviaba un chorro de fuego abrasador contra el enorme titán. Allá donde impactaban quemaban la armadura de la máquina de guerra, dejaban al descubierto la estructura cristalina interna y deshacían el material semejante a hueso con el que había sido construido.

—¡Hados misericordiosos! —gritó Uthizzar al ver a Khalophis—. Pero ¿qué está haciendo?

—¡Está rescatando a nuestro primarca! ¡Lo mismo que deberíamos estar haciendo nosotros! —le gritó a su vez Ahriman.

La fuerza de los pyrae había aumentado, pero aquello era increíble. Semejante despliegue de habilidad se habría llevado a cabo sin temor alguno en el interior de cualquiera de los templos, pero hacerlo en presencia de individuos ajenos a la legión era una temeridad.

Sin embargo, Khalophis y Phosis T'kar no eran los únicos que actuaban de un modo tan explícito.

Hathor Maat movía las manos hacia adelante y hacia atrás en un movimiento semejante a un latigazo, y con cada uno de ellos lanzaba relámpagos de color púrpura hacia la gigantesca máquina. Las explosiones y las bolas de fuego chasqueaban como cadenas eléctricas contra el cuerpo del titán y le desgarraban el blindaje con sus impactos ardientes. El aire entre los guerreros del culto Pavoni y su capitán quedaba repleto de descargas centelleantes cada vez que su capitán absorbía sus energías y las canalizaba a través de su propio cuerpo.

Uthizzar agarró del brazo a Ahriman, y éste vio el miedo reflejado en su aura.

—¡Tienen que parar! ¡Todos ellos! —proclamó Uthizzar con voz sibilante—. Obtener energía del Gran Océano puede ser algo embriagadoramente peligroso, lo sabes muy bien, ¡y sólo los más poderosos y los más disciplinados pueden atreverse a manejar un poder de este calibre!

—Nuestros hermanos capitanes son unos adeptos poderosos y disciplinados de las artes ocultas —le replicó Ahriman al mismo tiempo que se soltaba de un tirón.

—Pero ¿tienen la disciplina suficiente? Eso es lo verdaderamente importante.

Ahriman no supo qué responderle, así que volvió a centrar la atención en acabar con la máquina de guerra.

El titán se estaba muriendo, pero no estaba dispuesto a hacerlo sin seguir presentando batalla. En su agonía movió las extremidades de forma enloquecida y lanzó pulsaciones cargadas de energía incandescente que

arrasaron las paredes del valle y abrasaron a decenas de astartes con cada barrido llameante.

Su resistencia se acabó por fin cuando Khalophis y Hathor Maat unieron un huracán de fuego y una lanza relampagueante que acertaron de lleno en la cabeza de la máquina de guerra con el golpe de gracia. El cráneo curvado estalló y el gigantesco titán se desplomó inerte hacia el suelo como un árbol talado por el hacha de un leñador.

El estruendo fue ensordecedor: la fractura de las placas de blindaje, el sonido de las gemas al quebrarse, el de los huesos al partirse, todo al mismo tiempo. Se estrelló con fuerza contra el suelo, donde se fragmentó en un millón de trozos, ninguno mayor que un puño humano. La lluvia centelleante de restos cayó sobre los astartes victoriosos con un repiqueteo que les sonó a notas musicales. Los guerreros bajaron sus armas e inspiraron profundamente mientras el polvo y el humo provocado por el combate empezaba a disiparse.

La cúpula dorada que protegía a Phosis T'kar y a Magnus el Rojo se desvaneció con un chillido agudo. Phosis T'kar se desplomó, absolutamente agotado por el esfuerzo de proteger a su primarca, y Magnus el Rojo se puso en pie una vez más. Aunque la destrucción del titán le había costado muy cara, seguía mostrando un aspecto tan magnífico como siempre. El primarca tomó en brazos el cuerpo roto de Phosis T'kar y dio un paso para abandonar la columna de piedra.

No cayó. En vez de eso, Magnus flotó por encima del cráter como un ángel cansado por el combate. Sus increíbles poderes lo transportaron sobre una neblina ondulante de cristal reluciente.

Los Mil Hijos ya estaban allí para recibirlo, emocionados más allá de lo que podían expresar las palabras ante el hecho de que su primarca siguiera vivo. Ahriman y Uthizzar se abrieron paso entre la masa de astartes, aunque sus guerreros se apartaron a regañadientes para dejarlos pasar. Ahriman llegó al borde del cráter justo cuando Magnus posaba el pie de nuevo sobre el suelo vitrificado del valle. El primarca dejó a Phosis T'kar con cuidado en el suelo.

—Hathor Maat. —La voz de Magnus era débil y sonaba cansada—. Ocúpate de él. Canaliza todo el poder de los pavoni para que sobreviva. No permitas que muera.

El capitán de la Tercera Hermandad asintió. Se arrodilló al lado de Phosis T'kar y se apresuró a quitarle el casco. T'kar tenía el rostro mortalmente pálido. Hathor Maat le colocó una mano a cada lado del cuello y su cara recuperó el color casi al momento.

—Mi señor, creímos… Creímos que habíais muerto —le dijo Ahriman con la voz casi ahogada por la emoción.

Magnus sonrió débilmente y se limpió un poco de sangre que le salía de una comisura de la boca. Su ojo brillaba con tonos violetas y rojos. Ahriman jamás había visto tan maltrecho a su amado líder.

—Sobreviviré —le aseguró Magnus—. Pero esto todavía no se ha acabado. Esos guardianes fueron pervertidos por la corrupción que yace prisionera bajo este lugar. Ha permanecido aletargada durante toda una era, pero se ha despertado. A menos que la detengamos, todo lo que hemos aprendido aquí se perderá.

—¿Qué deseáis que hagamos, mi señor? —le preguntó Khalophis.

Magnus se volvió hacia la boca de la cueva. Estaba cubierta de aquellas excrecencias que se asemejaban a raíces ennegrecidas de alguna clase de mala hierba parásita que se hundía en las entrañas de la Montaña.

—Adentraos conmigo en esas profundidades, hijos míos —le contestó Magnus—. Acabemos con esto juntos.



NUEVE
DONES
BAJO LA MONTAÑA
EL LENGUAJE DE LOS ÁNGELES

El sol se encontraba en su cénit, y a Lemuel la idea de salir de la cobertura que ofrecía la lona de su tienda no lo atraía en absoluto. Camille quería recorrer de nuevo la senda secreta que llevaba a la Montaña. Estaba ansiosa por saber qué era lo que había provocado que los Mil Hijos y los Lobos Espaciales se dirigieran hacia allí con tanta rapidez. Aquella ascensión casi había acabado con Lemuel en el frescor de la tarde; no quería ni imaginar lo que podría ocurrirle en pleno mediodía.

—¿No sientes ni la más mínima curiosidad? —le preguntó Camille, que estaba sentada en una silla plegable de lona y bebía tragos de agua de una cantimplora algo desgastada—. Me refiero a que quiero saber qué fue lo que les preocupó tanto que decidieron llevarse carros de combate. Land Raider nada menos. ¿Es que no los viste?

—Sí, los vi —respondió Lemuel mientras se secaba la frente con el pañuelo—. Eran impresionantes.

—¿Impresionantes? —exclamó Camille con incredulidad—. Eran algo más que impresionantes. Eran increíbles.

—Vale, de acuerdo, eran increíbles, pero la respuesta es no. No siento curiosidad por saber lo que está ocurriendo en la Montaña. Estoy seguro de que, sea lo que sea, nos enteraremos a su debido tiempo.

—Para ti es fácil decirlo. Eres tú el que tiene ahora una línea directa con los Mil Hijos.

—No es eso —replicó Lemuel.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué es? —insistió Kallista.

Los tres habían tomado como costumbre reunirse cada noche desde la llegada de los Lobos Espaciales. Las discusiones que tenían sobre lo que Kallista había escrito los unían igual que conspiradores que compartiesen un secreto siniestro. Cuanto más tiempo pasaba con Camille y con Kallista, más convencido estaba Lemuel de que, en realidad, compartían más de un secreto.

—Lord Ahriman ha visto cierto potencial en mí —aclaró, aún a sabiendas de que aquellas palabras no eran en absoluto suficientes para explicar el motivo por el cual el bibliotecario jefe de los Mil Hijos lo había hecho llamar.

—¿Qué clase de potencial? —indagó Kallista.

Lemuel se encogió de hombros.

—Todavía no estoy seguro.

—Vamos, eso no es una respuesta —insistió Camille.

El temor que Lemuel había sentido cuando Ahriman le dijo que conocía su don se desvaneció con rapidez y fue sustituido por un orgullo contenido simplemente por tener esos poderes. Sospechaba desde hacía tiempo que su capacidad para «leer» el estado de ánimo de las personas lo convertía en alguien especial, y Ahriman le confirmó que lo era. Después de pasar cierto tiempo con Kallista y con Camille, se dio cuenta de que no era el único con poderes. Dudó unos momentos antes de contestar, ya que sabía que podía estar equivocado al respecto, pero quería estar seguro.

—Después de lo que ocurrió la otra noche, sabemos que Kallista posee un cierto talento para lo que podríamos llamar… supongo que

«canalización» sería la palabra más adecuada. Canalizas un poder que te permite escribir cosas que no han ocurrido todavía.

—Yo no lo calificaría como un talento —replicó Kallista con amargura.

—No, supongo que no —admitió Lemuel—. Sobre todo si es tan doloroso como dices que es. Pero aparte de esa manifestación psíquica de tu don, eres capaz de hacer cosas que la mayoría de la gente no puede. ¿No es así?

—Así es —admitió Kallista con un gesto de asentimiento.

Lemuel vio lo incómoda que se sentía al hablar de su poder.

—Bueno, pues yo también tengo un don —le dijo.

—¿Qué clase de don? —quiso saber Camille.

—La capacidad de ver cosas que los demás no son capaces de ver.

Kallista se inclinó hacia él y su aura mostró el interés que sentía.

—¿Qué clase de cosas? —inquirió.

—Supongo que se pueden llamar auras. Es algo semejante a un resplandor brillante que rodea a las personas. Puedo ver cuando alguien está mintiendo, puedo captar con claridad sus sentimientos y su estado de ánimo. Ese tipo de cosas.

—Bueno, ¿y qué estoy sintiendo yo ahora mismo? —le preguntó Camille.

Lemuel sonrió.

—Te abruma un sentimiento de lujuria desatada hacia mi persona. Quieres echarte encima de mí y forzar mi cuerpo hasta que tan sólo me quede un hálito de vida. Si no fuera por la presencia de la señorita Eris, ahora mismo estarías a horcajadas sobre mí.

Camille se echó a reír.

—Vale, me has convencido —le respondió.

—¿De verdad? —se sorprendió Kallista.

—¡No! —chilló Camille—. Me gusta mucho Lemuel, pero prefiero acompañantes de otra clase.

—Ah. —Kallista apartó la mirada con un sonrojo de vergüenza en las mejillas. Luego se volvió hacia Lemuel—. ¿De verdad puedes hacerlo?

—Sí, puedo. Ahora mismo te sientes muy avergonzada y desearías que Camille no hablara de su sexualidad delante de ti. Me crees, y también te sientes aliviada al descubrir que no eres la única que tiene un secreto de esa clase.

—Lemuel, no hace falta tener un poder especial para ver eso —le replicó Camille—. Hasta yo soy capaz de verlo.

—Sí, pero es que tú también me crees, y además, tienes tu propio poder, ¿verdad?

A Camille se le heló la sonrisa en el rostro.

—No sé a qué te refieres.

—Eso sí que es una mentira —le contestó Lemuel al mismo tiempo que se ponía en pie para servirse una copa—. Cuando tocas un objeto, sabes de dónde procede, quién fue el propietario y todos los hechos que lo rodearon desde que fue fabricado. Por eso siempre llevas puestos unos guantes, y por eso nunca le pides nada prestado a nadie. No te culpo. Debe de ser angustioso enterarte así de todos los secretos de una persona.

Camille apartó la mirada y la posó en el suelo. Lemuel le sonrió para intentar tranquilizarla.

—El otro día vi cómo tocabas ese objeto enterrado en las ruinas de la casa aghoru. Supiste qué era en el mismo instante que lo tocaste, ¿no es cierto?

Camille mantuvo la mirada fija en el suelo, pero le contestó.

—Sí, es cierto. No lo puedo hacer desde siempre, sólo tenía trece años cuando empezó a ocurrirme.

—No te preocupes, querida —intentó calmarla Lemuel con voz suave —. Todos tenemos un don especial, y no creo que sea casualidad que estemos aquí.

—No te entiendo.

—Piensa en ello. ¿Qué probabilidades hay de que tres personas como nosotros, con unos dones que van más allá de la capacidad de comprensión de la mayoría de la gente común, estemos aquí juntos? No soy matemático, pero me parece que son muy, muy escasas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estamos aquí de forma deliberada? ¿Por qué?

Lemuel se sentó de nuevo, sudoroso y jadeante debido al calor.

—Creo que nuestros anfitriones tienen algo que ver al respecto —le explicó—. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos rememoradores hay en la XV Legión? Cuarenta y dos repartidos entre todas las hermandades. Un número tan bajo me hace pensar que a la hora de elegimos tuvieron muchos más factores en cuenta que nuestro talento como rememoradores.

—Entonces, según tú, ¿todos fuimos escogidos por los Mil Hijos porque poseemos algún tipo de… habilidad?

—Casi sin duda.

—¿Por qué? —intervino Kallista.

—Eso no lo sé —confesó Lemuel—. Pero si hay algo que he aprendido de los Mil Hijos, es que no hacen nada sin una buena razón.

El interior de la Montaña estaba abarrotado de luces y de sonidos. No se trataba de ningún sonido que los Lobos Espaciales fueran capaces de oír a pesar de sus legendarios sentidos agudizados, ni tampoco ningún color que pudieran ver, ya que se trataba de tonos sólo existentes en el éter y que salían ondulantes como el humo de las paredes pulidas de la caverna, igual que si fueran una bioluminiscencia.

La armadura de los astartes estaba equipada con unos sensores que eran capaces de penetrar en la oscuridad, pero para aquellos que carecieran de una visión etérea, el terreno que se extendía ante ellos sería un monocromo color verde, una pobre representación de la verdadera luz que saturaba la roca.

Cien guerreros bajaban hacia las entrañas de la Montaña, todos los que se pudieron reunir, ya que los demás tuvieron que dedicarse a recuperar la semilla genética de los muertos.

Magnus encabezaba el descenso, y seguía una senda tortuosa que sólo él era capaz de ver. Lord Skarssen y Ohthere Wyrdmake marchaban con el primarca. Ahriman se dedicó un momento a observar con atención al señor

lobo. El aura de Skarssen era una cuchilla afilada, un filo concentrado de una determinación única. Era un guerrero que jamás cedería, que jamás cuestionaría una orden, que jamás, jamás, incumpliría su deber.

A Ahriman, aquella tremenda certeza le recordó la leyenda del golem escrita en la antigua Qabalah. El golem era una criatura formada a partir de arcilla y creada por un sacerdote para defender a su pueblo de las persecuciones. Era una fuerza poderosa e imparable, una criatura que obedecía las órdenes de su amo de un modo absolutamente literal, sin desviarse jamás de la tarea encomendada, sin importar lo que ocurriera.

Era la representación perfecta de los Lobos Espaciales, ya que Ahriman había leído informes sobre el modo en que combatían. Los Hijos de Russ eran armas, una fuerza consumada dedicada a la destrucción que no se detendría ante nada hasta que no se cumpliese la misión.

Por supuesto, la leyenda sobre el golem también era un relato moralista sobre el peligro del exceso de orgullo. Otros relatos posteriores contaban cómo ciertos golems habían tenido que ser destruidos mediante engaños, ya que demasiado a menudo se volvían contra sus propios creadores. El golem de Ingolstadt era uno de aquellos casos. Se trataba de un monstruo que había destrozado a su creador y a todo lo que éste amaba antes de inmolarse a sí mismo en una pira funeraria polar.

La comparación provocó inquietud en Ahriman, y se sacó aquella idea de la cabeza mientras seguía bajando por el túnel. Normalmente hubiera sido capaz de recordar cualquier ruta que siguiera, pero a los pocos momentos de entrar en la Montaña quedó completamente desorientado. Tan sólo el primarca parecía saber hacia dónde iba, pero para Ahriman era un misterio cómo sabía Magnus que pasillo seguir o que ramal tomar en cada intersección.

De todos los demás capitanes de hermandad, tan sólo Uthizzar les acompañaba hacia el interior de la Montaña. Phosis T’kar estaba demasiado débil, y Hathor Maat lo estaba ayudando a recuperarse gracias a los poderes curativos de los pavoni. Khalophis también se había quedado en el exterior para asegurar el campo de batalla. Habían acabado con los

titanes alienígenas, pero ¿quién sabía qué otros horrores podrían acechar todavía ocultos en aquellas cuevas y valles escondidos?

Por ese motivo, el destacamento de los Mil Hijos que bajaba por el interior de la Montaña era una amalgama de astartes de hermandades distintas. Ahriman captó destellos fantasmales de energía que surgían de cada uno de ellos, todos sutilmente diferentes. El temperamento que mostraba cada aura era una indicación de a qué hermandad pertenecían.

Vio que la mayoría eran del culto Pyrae.

—Lo sé —le confirmó Uthizzar—. Si a eso unimos los Lobos Espaciales, está claro que no vamos a disponer de mucha sutileza en esta situación.

Ahriman estaba a punto de asentir cuando se dio cuenta de que no había dicho nada.

—¿Me has leído el pensamiento? —le preguntó a Uthizzar.

—Es muy difícil no hacerlo ahora mismo. Los pensamientos de todo el mundo están muy realzados debido al tremendo nivel de energía etérea de este lugar. Es como si todos estuvierais gritando al mismo tiempo. Me resulta muy incómodo.

Ahriman se irritó ante la idea de que le estuvieran leyendo el pensamiento.

—Ten cuidado. Hacer algo así te meterá en problemas algún día —le advirtió—. A la gente no le gusta que sus secretos más íntimos salgan a la luz.

—Mi poder no es diferente al tuyo —le replicó Uthizzar.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? Los poderes de los corvidae y de los athanaeans no se parecen en nada.

—Yo capto lo que la gente está pensando ahora mismo. Tú captas lo que van a hacer en el futuro. La única diferencia es el momento.

—Nunca lo había considerado así —admitió Ahriman—. Quizá esto podría ser un tema de debate en otra ocasión. Ahora mismo, no es el momento más adecuado.

—No —coincidió Uthizzar con una breve risa.

Avanzaron en silencio durante cierto tiempo más y siguieron la senda tortuosa que se adentraba cada vez más en las profundidades de la Montaña. Sentir el contacto del éter en la Montaña, tras su ausencia casi crónica, era a la vez vivificante y preocupante. Nada ocurría sin motivo alguno, y tan sólo algo de enorme magnitud podría obligar a cambiar el estado de cualquier cosa de un modo tan extremo.

¿Qué era lo que acechaba en las profundidades que era capaz de provocar semejante cambio?

El grupo se quedó en silencio. Cada uno de ellos meditó sobre las implicaciones que tenían sus diferentes talentos. Kallista y Camille se sentían aliviadas de poder compartir por fin aquella carga con otras personas, aunque seguían sintiéndose reacias a abandonar toda una vida de secretismo en tan poco tiempo.

Aquello los había unido. Pasase lo que pasase, fueran cuales fueran los otros viajes que iniciaran, aquello había forjado un vínculo entre ellos. De momento era algo frágil, pero con la atención adecuada, podría convertirse en algo duradero.

—¿Y ahora qué hacemos con todo esto? —preguntó Camille al cabo de un rato.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Lemuel.

—¡Me refiero a qué hacemos al respecto! —le replicó Camille alzando las manos hacia el cielo como si Lemuel no entendiera nada—. Si dices que formamos parte de la 28.a Expedición debido a nuestros talentos especiales, ¿se supone que debemos saber que ése fue el motivo por el que nos eligieron? ¿Podemos utilizar esas habilidades de forma abierta?

Lemuel pensó en la pregunta unos momentos antes de responder.

—Yo no lo recomendaría, querida. En algunos círculos, unos poderes como los nuestros todavía se consideran brujería.

—¿Crees que estamos en peligro? —le preguntó Kallista mientras tironeaba con gesto nervioso de un pliegue de su chilaba—. ¿Por eso nos han reunido aquí? ¿Para librarse de nosotros?

—No, no lo creo —se apresuró a contestar Lemuel. Se inclinó hacia adelante, le tomó una mano y la miró fijamente a los ojos—. No creo que los Mil Hijos llegaran tan lejos como para hacernos arder en una hoguera.

—Entonces ¿para qué nos quieren?

—Te confieso que no lo sé con certeza. Lord Ahriman me ha dicho que quiere enseñarme el mejor modo de utilizar mis poderes. Creo que nos han traído para que aprendamos.

—¿Por qué se iban a preocupar los Mil Hijos por enseñarnos nada? —quiso saber Camille.

—Lord Ahriman dice que al utilizar nuestros poderes nos hacemos vulnerables —le explicó Lemuel, que tuvo que esforzarse por hacerlo con conceptos que no sabía cómo expresar—. Lo cierto es que no lo entiendo del todo, pero tengo la impresión de que formamos parte de algo mayor, y que nos encontramos en la cúspide de algo maravilloso. Podríamos ser los primeros de una nueva raza de personas, de gente que puede aprender a utilizar sus dones de forma segura y enseñar a otros hacer lo mismo.

Kallista apartó la mano de un tirón y Lemuel se quedó sorprendido por el miedo que vio en su rostro. Su aura pasó de un suave tono amarillo a un rojo enfurecido.

—No quiero ser la nueva raza de nada —exclamó ella echando la silla hacia atrás antes de ponerse en pie—. No quiero este don. ¡Si pudiera librarme de él, lo haría!

Lemuel también se puso en pie y alzó las manos para intentar tranquilizarla.

—Lo siento. No quería presionarte.

—Es que duele tanto… —dijo entrecortadamente al mismo tiempo que se apretaba las sienes con la palma de las manos y contenía las lágrimas por pura fuerza de voluntad—. Cada vez que aparece el fuego, quema una parte de mí a su paso. A menos que lo detenga, temo que algún día me consumirá del todo.

Camille se puso a su vez en pie y se acercó para abrazarla.

—No seas boba. Cuidaremos de ti, ¿verdad, Lemuel?

—Por supuesto, sin duda alguna. La gente como nosotros debe mantenerse unida.

—¿La gente como quién? —preguntó una voz a sus espaldas.

Lemuel se sobresaltó como si lo hubieran golpeado. Se dio la vuelta y vio a un anciano de aspecto frágil vestido con la túnica de color beige propia de un rememorador. Su larga mata de cabello crespo y blanco apenas quedaba contenida por una gruesa cola de caballo. Era un individuo enjuto y encorvado que llevaba bajo el brazo un delgado libro encuadernado en cuero. Su piel de color avellana mostraba un aspecto desgastado por la edad, con unas arrugas muy profundas en todo el rostro.

—No interrumpo nada, ¿verdad? —preguntó Mahavastu Kallimakus, escribano superior de Magnus el Rojo.

Lemuel fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—¡Mahavastu! No, no, por supuesto que no. Siempre eres bienvenido. ¡Entra, por favor! Apenas te veo últimamente. ¿Es que Magnus te tiene tan ocupado escribiendo sus memorias que no tienes tiempo de ver a tu viejo amigo?

Kallimakus parecía intranquilo, y Lemuel vio con toda claridad esa desazón en su aura.

—¿Ocurre algo, amigo mío? —le preguntó mientras lo hacía entrar en la tienda.

—Me temo que es posible que sí.

—¿Qué sucede? —inquirió Camille mientras se ponía en pie para dejar que el anciano se sentara en su silla.

—Se trata del primarca —respondió Mahavastu. Se puso el libro en el regazo con un estremecimiento de culpabilidad—. Me temo que tanto él como sus guerreros se encuentran en grave peligro.

—¿Qué clase de peligro? —quiso saber Kallista.

—El más grave de todos. El más grave imaginable.

Llegaron por fin a un enorme abismo que se abría en el corazón de la Montaña. Se trataba de un pozo perfectamente circular de cientos de

metros de diámetro. El techo que cubría el tremendo foso era una cúpula cristalina semejante a la de un templo creada a partir de la misma materia de la que estaban formados los titanes. La cúpula tenía un color crema pálido y estaba cubierta de venas rojizas, igual que el mármol de mayor calidad, y, al igual que los titanes, toda aquella sustancia estaba invadida por los mismos tentáculos negros de corrupción.

Miles de columnas relucientes, palpitantes y negras, se alzaban desde el fondo del pozo como si fueran las raíces de una mala hierba antinatural. Palpitaban con un movimiento líquido, en una burla repugnante de las venas portadoras de vida, ya que se alimentaban de la propia vida en vez de proporcionarla.

—Por los grandes huesos de Fenris… —musitó Skarssen—. ¿Qué clase de bestia es ésta?

Nadie fue capaz de responderle, ya que el horror que sentían ante aquella visión era demasiado visceral para poder expresarlo con palabras.

Ahriman se abrió paso entre los asombrados astartes para llegar al borde del pozo. La circunferencia del hueco tenía un reborde interior que colgaba sobre el abismo, con una anchura suficiente como para que cupiera un par de Land Raider, uno al lado del otro. Alguien había tallado unos símbolos de oro y de plata en la roca de tal manera que daba la impresión de que estaban allí desde el principio de los tiempos y que la Montaña había crecido a su alrededor.

Magnus estaba en el borde del abismo y contemplaba asombrado el bosque impenetrable de tentáculos negros supurantes que surgían del fondo del pozo. Su piel había recuperado el color, como si se hubiera recuperado por completo durante el recorrido de acercamiento a la fuente del poder que se encontraba bajo la Montaña. Ohthere Wyrdmake y lord Skarssen siguieron a Ahriman y se reunieron con el primarca en el reborde.

—¿Qué son? —preguntó Skarssen a la vez que se arrodillaba al lado del símbolo que tenía más cerca, una serpiente dorada entrelazada con un ojo de plata.

—¿Un símbolo de protección? —sugirió Wyrdmake—. Como los talismanes de lobo que llevamos nosotros.

Skarssen se tocó la piel de lobo que llevaba al hombro, y Ahriman observó que los demás Lobos Espaciales acariciaban con un gesto supersticioso los diversos amuletos que colgaban de sus armaduras. Los que estaban más cerca de Wyrdmake tocaron el báculo rematado por una águila que llevaba el sacerdote rúnico. Ahriman sonrió.

—¿Supersticiones? El Emperador no aprobaría algo así —comentó.

—¿Y un astartes de los Mil Hijos nos va a decir lo que aprueba o no el Emperador? —le replicó Wyrdmake con una risa—. ¿No te parece irónico?

—No se trata de eso. Es que me parecen gestos un tanto curiosos, simplemente —respondió Ahriman a su vez con una sonrisa—. Algo casi primitivo. Sin querer ofender, por supuesto.

—No hay ofensa, pero tú también te has llevado la mano a un objeto talismán para ti.

A Ahriman se le heló la sonrisa cuando se dio cuenta de que el sacerdote rúnico tenía razón. Había cerrado los dedos alrededor del puñado de hojas de roble plateadas de la hombrera, y lo había hecho sin percatarse de que lo hacía. Era el icono que antaño había pertenecido a Ohrmuzd.

—Quizá no somos tan distintos después de todo —añadió Wyrdmake.

—Quizá no —admitió Ahriman antes de centrar de nuevo toda su atención en los gruesos cabos de materia negra que ascendían por el pozo.

Magnus se quedó inmóvil, como si estuviera manteniendo una comunicación silenciosa. Ahriman se puso a su lado.

—¿Mi señor? ¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es increíble, Ahzek. Es materia pura, la misma esencia del Creador Primordial a la que se ha dado forma.

—Lo que está es podrido —apuntó Skarssen—. Cualquiera puede verlo.

—Está vivo —musitó Uthizzar mientras se acercaba al borde del pozo con unos pasos semejantes a los de un sonámbulo.

—Oh, sí, sí que está vivo —le confirmó Magnus—. Jamás había sentido algo tan vivo. Al menos desde hace tiempo, desde hace mucho

tiempo.

Ahriman notó una sensación de advertencia que le recorrió toda la espina dorsal. El primarca había calificado antes a aquello como un poder muerto y estancado.

—Nos está llamando —dijo Uthizzar, y Ahriman captó el tono casi somnoliento de su voz—. Tengo que ir.

—¿Qué es lo que te está llamando? —le preguntó Ahriman. Pero nada más hacerlo, él también lo oyó.

Era un susurro suave, parecido al de un amigo que te llamara desde lejos. No era un sonido desagradable. Era apacible, un murmullo atrayente cargado de promesas de un éxtasis más allá de lo mensurable.

Magnus se volvió hacia sus capitanes e hizo un gesto negativo con la cabeza. Ahriman vio que su ojo mostraba un color negro intenso, que la pupila se había dilatado, que se había hinchado, como si se hubiese llenado de la misma sustancia oscura que formaba los pilares relucientes.

—Hijos míos, concentraos —empezó a decir Magnus, y Ahriman notó el poder apenas contenido en cada una de las sílabas—. Elevaos hasta la décima Enumeración y apagad esas voces. No poseéis la fuerza necesaria para resistiros a ellas. Yo me he enfrentado ya a un poder como éste. Lo dominé en aquel entonces, lo mismo que lo dominaré ahora.

Uthizzar asintió. Ahriman sintió que su conciencia se elevaba hasta la Enumeración superior, un lugar de soledad interna donde un guerrero podía encontrar la paz, aislado de los problemas del mundo que lo rodeaba. Alcanzar semejante estado mental requería un esfuerzo tremendo, sobre todo en un lugar como aquél, pero Uthizzar era el dueño de su propia psique. Ahriman se elevó junto a él, y las voces dejaron de sonar con la misma rapidez que un comunicador queda apagado cuando se le quita la célula de energía.

Al alcanzar la claridad concedida por la décima esfera, Ahriman captó el movimiento en el interior de la masa de tentáculos, un destelle azafranado y el brillo de algo reflectante.

—No, por favor, que no lo sea —susurró, y casi perdió el asidero de la décima esfera al reconocerlo.

Como si respondieran a su susurro, los tentáculos se estremecieron y un sonido resbaladizo y repugnante, semejante al de un millar de extremidades grasientas que se movieran a la vez, llenó la estancia. Los Lobos Espaciales se pusieron en alerta de inmediato y apuntaron con las armas en todas las direcciones, aunque aparte de los tentáculos no vieron ni un solo objetivo claro contra el que descargar su ira.

—¿Qué es lo que está pasando? —exigió saber Skarssen.

El báculo de Wyrdmake restallaba cargado de energía, pero el sacerdote rúnico lo miraba con horror, como si se hubiera transformado en una serpiente venenosa.

—Desplegaos y manteneos alejados del borde —ordenó Magnus.

La masa gelatinosa de aquellas excrecencias semejantes a plantas se estremeció de nuevo, y unas cuantas de aquellas raíces gruesas se separaron del techo abovedado de la estancia. Los tentáculos más cercanos se abrieron igual que lo harían las matas subacuáticas de un estanque podrido al abrirse paso algo entre ellos, algo que se dirigía hacia los Mil Hijos.

El velo negro se desplegó y el control que Ahriman tenía sobre las distintas esferas se colapsó por completo al ver la silueta desfigurada que flotaba a través de los tentáculos negros como el alquitrán.

Del cuerpo desnudo flotaban trozos de tela de color naranja. A su vez, el cuerpo colgaba flácido, con la cabeza gacha, igual que una marioneta sin titiritero que la manejara. La figura se elevaba arrastrada por una horda de tentáculos delgados. Uno de ellos lo tenía agarrado por el cuello como la soga reluciente de una horca, mientras que otro lo aferraba por la parte superior del cráneo como si fuera una corona de obsidiana.

Esos tentáculos eran diferentes a los otros. Tenían la superficie cubierta de bocas abiertas y ojos supurantes que aparecían borboteando durante un momento antes de desaparecer por completo de nuevo.

La figura se acercó cada vez más y alzó la cabeza. Los ojos eran completamente negros, de un tono aceitoso y reflectante, y tenía la piel cubierta de unas finas líneas negras, como si los tentáculos lo hubieran

llenado con su propia sustancia corrompida. Del cuello le colgaba una máscara reflectante partida.

La boca del hombre se movía igual que si estuviera gritando al sufrir un tormento inimaginable, pero de su garganta no salía otro sonido que no fuera el gorgoteo de unos pulmones llenos de fluido.

—¿Es…? —preguntó Uthizzar.

—Sí —le confirmó con voz triste Magnus—. Es Yatiri.

Mahavastu Kallimakus procedía del subcontinente Indoi, y era un meticuloso anotador de datos y un observador escrupuloso de todos los detalles. Había registrado buena parte de lo ocurrido en los primeros tiempos de la Gran Cruzada, y también había sido uno de los primeros rememoradores escogidos por los Mil Hijos. Su reputación lo había precedido, así que fue asignado de inmediato a Magnus el Rojo.

Llevaba al lado de Magnus desde que la legión, una vez restaurada, había partido de Prospero en una ceremonia cargada de pompa a la que asistieron multitudes y donde cayeron lluvias de pétalos de rosa. Había anotado todos y cada uno de los pensamientos y de los triunfos del primarca en un gran tomo al que muchos llamaban el Libro de Magnus.

Los rememoradores a los que les costaba conseguir relatos de primera mano sobre la Gran Cruzada de labios de cualquiera de los Mil Hijos acudían a Mahavastu Kallimakus, y lo hacían con bastante envidia. Lemuel había conocido a Kallimakus a bordo del Photep, en un simposio sobre el mejor modo de filtrar datos, y su amistad había nacido del amor que ambos profesaban a los detalles.

—Dios se encuentra en los detalles —decía de vez en cuando mientras revisaban alguno de los numerosos manuscritos que albergaba la fascinante biblioteca de la nave.

—Querrás decir que el diablo está en los detalles —le replicaba Lemuel.

—Eso, mi querido Lemuel, depende enteramente del detalle en cuestión.

Kallimakus era un individuo lleno de energía, con el vigor de un hombre con la mitad de su edad cronológica, que era aproximadamente de ciento treinta años estándar.

En ese momento, Kallimakus parecía tener exactamente esa edad.

El repentinamente envejecido rememorador abrió el libro, y Lemuel le echó un vistazo por encima del hombro.

—Un cuaderno de artista —dijo al ver las marcas de carboncillo y de lápiz de los bosquejos previos de un dibujante—. Nunca pensé que fueses dibujante. A mí me parecen un poco indefinidos para un hombre como tú, sin la precisión del lenguaje.

Kallimakus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Y tienes razón, Lemuel. No soy un artista. Lo cierto es que ya no tengo muy claro lo que soy.

—Perdona, Mahavastu, pero no te entiendo.

—No recuerdo haber dibujado estos bocetos —le explicó Mahavastu, exasperado—. No recuerdo nada de este libro, ni dibujos ni palabras. He mirado todas las anotaciones y siguen representando un misterio para mí.

En los ojos del anciano relucieron las lágrimas, y Lemuel captó que la ansiedad de su aura era sustituida por un pesar angustioso.

—De todo lo que he escrito… no recuerdo nada.

—¿Te has pasado por algunos de los médicos para hacerte pruebas? —le preguntó Camille—. A uno de mis tíos, al hacerse mayor, la cabeza lo traicionó. No era capaz de recordar nada, ni siquiera lo que acababas de decirle. No tardó en olvidar quién era y no recordaba ni a su mujer ni a sus hijos. Fue muy triste verlo morir poco a poco delante de nosotros.

Mahavastu volvió a negar con la cabeza.

—Conozco esos desarrollos progresivos de incapacidad cognitiva y funcional, señorita Shivani. Por eso he pedido un escáner cerebral esta misma mañana, y muestra un recuento normal de las neuronas y las sinapsis de mis regiones cerebral y cortical. Tampoco han encontrado ninguna clase de atrofia o de degeneración en los lóbulos parietales o temporales. La única anomalía es una pequeña sombra en la

circunvolución del cíngulo, pero no han hallado nada que pueda explicar lo que me ocurre.

Lemuel miró con más atención los dibujos para intentar obtener alguna clase de significado de los bocetos irregulares y las anotaciones garabateadas.

—¿Estás seguro de que fuiste tú quien hiciste todo esto? —insistió Lemuel.

Estudió con cuidado los extraños símbolos que llenaban cada página. No fue capaz de leer las palabras, pero reconoció el lenguaje, y entonces comprendió de inmediato que aquello no era un cuaderno más de otro rememorador.

Aquello era un grimorio.

—Estoy seguro. Es mi escritura —le confirmó Mahavastu.

—¿Cómo lo sabe? Utiliza un arnés de escriba —apuntó Kallista.

—Sí, querida, pero para poder calibrar un artefacto semejante para su uso, uno debe antes afinarlo con su propia caligrafía. No existe grafólogo capaz de distinguir la escritura de la máquina de la mía.

—¿Qué es? No sé leerlo.

—No lo sé. Se trata de un lenguaje que jamás he visto.

—Es enoquiano, el llamado idioma de los ángeles —les aclaró Lemuel.

—¿De los ángeles? ¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó Camille.

—Poseo una copia incompleta del *Liber Loagaeth* en mi biblioteca de Terra —afirmó Lemuel. Al ver su desconcierto, amplió la explicación—. Se supone que contiene plegarias procedentes del mismo cielo y que llegaron a nosotros a través de un antiguo mago de la Vieja Tierra. Está escrito en este mismo lenguaje, aunque sólo he logrado traducir una mínima parte. Al parecer, antaño existió un libro hermano, el *Claves Angelicae*, que mostraba el alfabeto con las distintas letras, pero no he logrado encontrar ninguna copia.

—Enoquiano —dijo Mahavastu con voz pensativa—. Interesante. Tienes que contarme más cosas sobre ese tema.

—Por si a alguien se le ha olvidado, ¿no dijo que Magnus el Rojo estaba en un grave peligro? ¿No deberíamos centrarnos en eso? —preguntó Kallista.

—¡Oh, por supuesto, sí! —exclamó Mahavastu.

El escribano de Magnus pasó las páginas del cuaderno hasta llegar a la última. En ella se veía un boceto realizado con trazos rápidos y enérgicos. La imagen parecía mostrar una figura desnuda que surgía de un bosque gigantesco, aunque cuando Lemuel miró con más atención, se percató de que no se trataba en absoluto de un bosque.

Era todo un entramado de tentáculos semejantes a serpientes que surgían del fondo de una sima, y enfrente estaba la forma inconfundible de Magnus el Rojo, atrapado por media docena de ellos. Sus guerreros también estaban siendo atacados y luchaban por sobrevivir en esa gigantesca cueva.

Que se encontraba dentro de una montaña…

—¿Qué es? Esto no tiene ni pies ni cabeza para mí —declaró Camille.

—No tengo ni idea. ¿Lemuel? —preguntó Mahavastu a su vez.

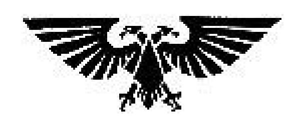
—¿Qué quiere decir la palabra que está escrita debajo del dibujo? —inquirió Kallista.

Debajo de la imagen se veía una palabra garabateada y solitaria, y a Lemuel se le heló la sangre en las venas cuando se dio cuenta de que era una de las pocas palabras de enoquiano que conocía.

—Panfagea —tradujo, y Mahavastu se encogió sobre sí mismo.

—¿Qué? ¿Y eso qué quiere decir? —insistió Kallista.

—Significa «la criatura que lo devora todo» —respondió Lemuel.



DIEZ
HIDRA
EL VIENTRE DE LA BESTIA
EL TIEMPO LO DIRÁ

La cosa que hasta hacía poco había sido Yatiri se elevó hacia los Mil Hijos sostenida por los tentáculos negros. La oscuridad de sus ojos era absoluta. Parecían dos entradas gemelas a unos dominios donde reinaba la noche de forma eterna. Magnus desenvainó su espada curva, y Ahriman notó cómo su señor invocaba todo su enorme poder.

En el comunicador no cesaban de resonar los juramentos lanzados por los Lobos Espaciales y las letanías murmuradas de las Enumeraciones, pero Ahriman sólo oía el susurro sibilante que surgía de la masa negra que se alzaba desde el pozo.

«Magnussss… Magnussss…».

Daba la sensación de que no hacía más que repetir el nombre de su primarca, pero era imposible estar seguro.

Magnus el Rojo dio un par de pasos hacia Yatiri, y el tentáculo que rodeaba la garganta del aghoru apretó con más fuerza. Las venas del rostro de Yatiri se hincharon. La piel de la cara se mostraba pálida, descolorida, y

encallecida donde el roce continuo de la máscara que siempre llevaba puesta la había endurecido.

Los rasgos de Yatiri eran achatados en un rostro de por sí ancho. La frente amplia y las cejas gruesas indicaban un cráneo con huesos de gran grosor que le protegían el cerebro. Ahriman se dio cuenta de que jamás había visto a un aghoru sin la máscara puesta, ni siquiera a los niños.

Varios tentáculos que se habían separado de la masa principal del techo abovedado bajaron con movimientos tentativos hacia los astartes, y Ahriman desenfundó su pistola al mismo tiempo que sujetaba con más fuerza su báculo heqa.

—Si esos tentáculos se acercan demasiado, destruidlos —ordenó.

En la caverna resonó el chirrido de los bordes dentados de las espadas sierra al activarse.

El cuerpo de Yatiri flotó hacia Magnus, y Ahriman notó como sus propios dedos temblaban por las ganas que sentía de disparar. El cuerpo del jefe tribal estaba repleto de un tremendo poder, una marea negra que no era más que una diminuta fracción del poder que fluía desde el centro de aquel mundo.

—¿Mi señor?

—Lo sé. Puedo contenerlo —le respondió Magnus—. Sé cómo hacerlo.

Uthizzar se colocó al lado de Ahriman. Su báculo heqa relucía cargado de líneas internas de poder. Aunque no veía el rostro de Uthizzar, el bibliotecario jefe notaba la tensión a la que estaba sometido por lo forzado de todos y cada uno de sus movimientos.

Ahriman mantuvo vigilados tanto a su primarca como a los pseudópodos ondulantes que se les acercaban desde arriba. Su superficie era suave, casi aceitosa, muy antinatural, y Ahriman sintió una inteligencia monstruosa en todos y cada uno de sus movimientos sinuosos, parecidos a los de una serpiente preparada para atacar a su presa indefensa.

—Mi señor —repitió Ahriman—. ¿Qué ordenáis?

Magnus no contestó. Estaba mirando fijamente a los ojos de Yatiri, y Ahriman sintió el poder que fluía entre ambos, las enormes energías que

luchaban para lograr la victoria. Se estaba librando una batalla silenciosa por el alma, y Ahriman no podía hacer nada para ayudar a su primarca.

En ese instante, ocurrieron dos cosas al mismo tiempo:

El cuerpo de Yatiri se lanzó hacia adelante y rodeó con los brazos a Magnus en una parodia odiosa de un abrazo fraternal. Sus ojos negros relucían con un fuego interno.

Y los tentáculos negros semejantes a serpientes que se alzaban por encima de los astartes se lanzaron al ataque.

En cuanto se movieron, Ahriman abrió fuego contra ellos.

El ensordecedor retumbar de los disparos de bólter resonó por toda la caverna. Los estampidos se vieron acompañados por la tormenta de destellos relampagueantes de las llamaradas que salían por las bocachas de las armas. Las armaduras quedaron cubiertas de salpicaduras de icor negro cuando los tentáculos estallaron al recibir los impactos. Sin embargo, los había a decenas, y por cada uno que desaparecía surgían doce más.

Ahriman vació el cargador con cuatro ráfagas controladas.

Sintió a Uthizzar a su lado. El telépata se veía obligado a combatir con movimientos sacados de su memoria muscular más que de su propia habilidad en el combate. La presión aplastante del poder que se esforzaba por entrar en la mente de Ahriman era casi insoportable, y apenas lograba imaginarse lo que sería aquello para un telépata.

—¡Siguen llegando más! —gritó Uthizzar.

—Como la hidra de Lerna —respondió Ahriman mientras barría el aire de un lado a otro con su báculo heqa.

Cada vez que un proyectil impactaba, un tentáculo estallaba en una masa de espesa sangre negra que siseaba con fuerza antes de evaporarse. Apenas tenían sustancia, pero su amenaza era el número, no la calidad de los oponentes. Varios tentáculos de esa materia lograron rodear a Ahriman y lo inmovilizaron como serpientes constrictoras.

Descargó una serie controlada de ráfagas de energía y se derritieron alrededor de su cuerpo. Una nueva masa de tentáculos se abalanzó contra él, pero la destruyó con un golpe de barrido de su báculo heqa, cuyas bandas de cobre y oro relucían cargadas de fuego. Uthizzar dio un paso

atrás, y Ahriman preparó sus defensas mentales a sabiendas de lo que iba a ocurrir a continuación.

Una onda expansiva y ardiente de éter invisible surgió de Uthizzar con un chillido ensordecedor y abrasó el aire a su alrededor como el estallido de una bomba de fusión. Los Lobos Espaciales no la oyeron, pero los tentáculos que los rodeaban se disolvieron convertidos en una neblina negruzca en cuanto entró en contacto con ellos. Los demás retrocedieron temerosos al reconocer su poder. Uthizzar cayó de rodillas con la cabeza agachada. De cada una de las junturas de su armadura surgía un leve chorro de luz etérea.

Ahriman aprovechó el respiro que les había proporcionado Uthizzar con aquella descarga y avanzó hacia el punto donde había visto por última vez a su primarca. El cuerpo de Magnus seguía rodeado por el abrazo repugnante de Yatiri, pero ambos estaban casi cubiertos a su vez por una masa de tentáculos que no dejaban de retorcerse, y a cada segundo que pasaba, otros nuevos se unían a aquella masa.

—¡Adelante! —le gritó Uthizzar, y Ahriman se dio cuenta de lo agotado que lo había dejado la tormenta que acababa de desatar. Lanzar semejante oleada de poder bajo un ataque tan feroz era poco menos que un milagro.

Ahriman hizo un gesto de asentimiento en dirección a Uthizzar y avanzó una vez más al mismo tiempo que una nueva oleada de enemigos surgía del foso para impedirle llegar hasta su primarca. Sus oponentes formaron una pared viva de oscuridad serpenteante, pero Ahriman la atravesó como una guadaña siega las mieses.

Otra masa imparable de tentáculos surgió del abismo. Eran miles de monstruos ciegos que recibían su poder de alguna clase de perversión odiosa de la energía del Gran Océano. El poder de Ahriman era un anatema para aquellas criaturas, y el fuego puro del éter una némesis para semejante corrupción.

Los Lobos Espaciales luchaban con una furia implacable. Sus espadas cortaban con una fuerza incesante y una firmeza inconmovible. Sus bólters disparaban con un rugido ensordecedor, pero a pesar de todo, sus enemigos

los superaban en número y no disponían del poder del éter para que los ayudara.

Ahriman vio que uno de los Lobos Espaciales era alzado en el aire por una masa de tentáculos y que su armadura comenzaba a resquebrajarse bajo la tremenda presión. El astartes siguió disparando y aullando hasta que la armadura acabó por ceder con un horrible crujido de ceramita y de huesos al partirse. La sangre salió a chorros de las heridas de su cuerpo, pero continuó disparando mientras sus restos eran arrastrados al pozo. No era el único que había sufrido esa suerte. Allá donde Ahriman mirara, veía a guerreros despedazados. A cada minuto que pasaba morían decenas, pero a pesar de ello seguían luchando.

Lord Skarssen combatía con una espada que relucía con una luz fría, una arma que según las leyendas estaba forjada con hielo sacado del corazón de un glaciar y templada con el aliento del kraken más poderoso. Al igual que el báculo de Ahriman, la espada era la maldición de esa oscuridad, y la destruía con su simple contacto.

Ohthere Wyrdmake luchaba a su lado. Blandía en círculos llameantes su báculo rematado por una águila, que dejaba rastros luminosos en la retina debido a su tremendo brillo. Al igual que Ahriman, Wyrdmake poseía poder, y la oscuridad lo temía.

El sacerdote rúnico lo vio y Ahriman se abrió camino hacia él.

Lord Skarssen lo miró al darse cuenta de que se acercaba, y el destello helado de su mirada era más frío todavía. En sus ojos no había odio, ni furia de combate, simplemente la voluntad inquebrantable de destruir a sus enemigos. La naturaleza clínica y metódica de la forma de combatir de Skarssen sorprendió a Ahriman, pero no tenía tiempo para pensar en aquello.

—¡Tenemos que llegar a mi primarca! —gritó para hacerse oír por encima del estampido de los bólters y del chirrido de las espadas sierra—. Y luego tenemos que salir de aquí.

—¡Jamás! —le replicó Skarssen—. El enemigo todavía no ha muerto. Nos marcharemos una vez lo hayamos matado, no antes.

Ahriman se dio cuenta de que no tendría sentido discutir con el señor lobo. Había tomado una decisión, y nada de lo que él dijera o hiciera lo haría cambiar de opinión. Asintió y volvió al combate, que era una masa serpenteante de tentáculos negros y de guerreros forcejeantes.

Los Mil Hijos llevaban la mejor parte del combate, ya que sus báculos heqa y sus poderes innatos tenían mayor efecto sobre el enemigo que los bólters y las espadas de los Lobos Espaciales. Los astartes todavía hacían frente al ataque, pero ante un enemigo innumerable, haría falta algo más que la simple determinación, por más feroz que fuera.

—Muy bien. ¿Lucharéis a mi lado? —le preguntó.

—Wyrdmake lo hará —le gruñó Skarssen—. Yo lucho al lado de guerreros de mi propia sangre.

Ahriman asintió. Otra respuesta lo habría sorprendido. Sin decir una sola palabra más, se encaminó de regreso al borde del abismo y se abrió paso con grandes golpes llameantes de su báculo y descargas de fuego etéreo disparadas desde sus guanteletes. Wyrdmake lo igualó en todas las acciones. Eran dos guerreros de fuerza enorme que luchaban codo a codo con unos poderes que iban más allá del conocimiento de los seres humanos normales.

Una serpiente negra se abalanzó contra el casco de Wyrdmake, y Ahriman la partió por la mitad. Otra atrapó a Ahriman por la cintura, y Wyrdmake la convirtió en ceniza con un solo gesto. Sus pensamientos eran armas tan letales como sus báculos, pero se vieron obligados a luchar todos y cada uno de los pasos que dieron destruyendo los tentáculos con golpes mortíferos y descargas mentales feroces. Tenían padres genéticos distintos, pero a pesar de ello luchaban como un solo guerrero, y el estilo de combate de cada uno de ellos complementaba al del otro. Mientras que Ahriman luchaba con una disciplina rígidamente controlada, midiendo y sopesando cada golpe que daba, Ohthere combatía con una fluidez intuitiva e improvisaba sobre la marcha, y lo hacía todo más con una habilidad innata que gracias a cualquier clase de entrenamiento.

Era una combinación que resultaba ser de una efectividad letal, y ambos combatieron como si lo hubieran hecho juntos desde el nacimiento.

Se abrieron paso hasta llegar al borde del abismo atravesando un denso bosque de extremidades negras. La materia sinuosa se escindía a cada golpe. Ahriman se dio cuenta de que habían llegado al borde cuando sintió los símbolos desvaídos bajo sus pies.

Los cuerpos de los astartes de los Mil Hijos y de los Lobos Espaciales eran arrastrados hacia el foso, con las extremidades envueltas en cuerdas negras y relucientes. Ahriman extendió sus sentidos etéreos y se volvió cuando sintió la imponente presencia de Magnus.

—¡El primarca! —gritó al mismo tiempo que miraba atentamente al centro de la masa palpitante.

Magnus y Yatiri, todavía abrazados como amantes, eran arrastrados por los tentáculos hacia lo más profundo de la masa.

La oscuridad se cerró alrededor de Magnus.

Y desapareció.

No era desagradable, en absoluto.

Magnus sintió la rabia impotente del enemigo furioso mientras intentaba quebrantarlo y vencerlo del modo que había vencido a Yatiri. El anciano ya no existía. Su mente había quedado destrozada ante semejante visión, y su cuerpo se degradaba a cada segundo que transcurría. Magnus poseía una mente creada y afinada por el mayor arquitecto cognitivo de la galaxia, y se mantuvo impasible ante semejante despliegue de fuerza bruta.

Sintió sus manifestaciones deslizarse por encima de su cuerpo físico, pero se aisló de toda sensación material y centró su atención en su interior mientras aquello lo arrastraba hacia las profundidades. Le resultaba curiosamente divertida la forma en que había recibido aquella sustancia, ya que era un reflejo de las pesadillas y de las leyendas de los aghoru.

Algo tan sencillo y a la vez tan temible.

¿Qué cultura no albergaba el temor a unos seres serpenteantes y viscosos que vivían en la oscuridad? Esas criaturas habían sido creadas por la mente torturada de Yatiri, y habían pasado por el filtro de sus terrores y

sus leyendas más siniestras. En realidad, Magnus tenía suerte de que los aghoru dispusieran de una paleta tan escasa con la que describir su existencia.

La energía incipiente que se derramaba sobre el planeta tenía su origen muy por debajo de donde él se encontraba, y se libró del abrazo de Yatiri con un solo pensamiento. Su cuerpo alcanzó una temperatura equivalente a la de una forja y convirtió el cuerpo del anciano en cenizas mientras se hundía en las profundidades con las primeras palabras de las Enumeraciones en los labios.

Sus guerreros utilizaban las Enumeraciones para elevarse hacia estados psíquicos donde podían actuar con una eficiencia mental óptima, pero no eran más que piedras para cruzar un pequeño arroyo para alguien como Magnus. Ya las dominaba por completo mucho antes de salir de Terra por primera vez, y las palabras de advertencia de su padre todavía le resonaban en los oídos.

Había hecho caso de las advertencias, había soportado en Prospero las enseñanzas y los sermones de Amon relativos al poder del Gran Océano a sabiendas de que disponía de un poder mucho mayor a su alcance. Amon había sido amable con él y había aceptado el conocimiento de su propia obsolescencia de buenas maneras, ya que Magnus lo había superado en aprendizaje y poder a una edad muy temprana, pero también le había advertido sobre el peligro que suponía mirar con demasiada intensidad en las profundidades del Gran Océano.

La desolación que había sufrido Prospero era un aviso más que suficiente de las consecuencias de adentrarse demasiado lejos y de un modo poco cauto.

Sólo cuando el Emperador llevó a los supervivientes de su legión a Prospero se dio cuenta Magnus de que tendría hacer caso omiso de aquellas advertencias y adentrarse con mayor profundidad en los misterios. Sus hijos genéticos se morían. Sus cuerpos mutaban y se volvían contra ellos mismos a medida que nuevas mareas incontrolables provocaban cambios todavía más repugnantes en sus carnes. Aquellas transformaciones horribles no se limitaban a sus cuerpos. Cada una de sus

mentes era igual que una bengala llameante en el Gran Océano, y atraían depredadores, cazadores y criaturas malignas que ansiaban pasar al mundo material.

Si no hacía nada, su legión estaría acabada en cuanto transcurriera una generación más.

El poder para salvarla estaba allí mismo, esperando a que lo utilizaran. Había pensado y reflexionado mucho sobre la posibilidad de incumplir la primera orden que le había dado su padre. No lo había hecho sin pensar, sino sólo después de muchas reflexiones y una valoración sincera de sus habilidades. Magnus sabía que era un manipulador soberbio del éter, pero ¿tendría la fuerza suficiente?

Ya sabía todas las respuestas a esas preguntas, puesto que había salvado a sus guerreros. Había arrancado el control de sus destinos de las garras de una sombra maligna del Gran Océano que tenía preso su sino. El Emperador conocía a aquella clase de criaturas y se había enfrentado a ellas en eras pasadas, pero Magnus jamás se había atrevido a hacerlo. La victoria había tenido su coste, y se llevó una mano a la cara para tocarse la suave piel que cubría el lugar donde antaño había estado su ojo derecho. Sintió de nuevo el dolor y la vindicación de aquel sacrificio.

El poder al que se enfrentaba en ese momento no era más que un reflejo débil de aquél, una charca corrompida de energía que se había quedado estancada en aquel planeta atrasado y remoto. Sintió los billones de sendas que surgían de aquel lugar, las posibilidades infinitas de espacio conectadas entre sí mediante un entramado semejante a una red de conductos conceptuales excavados a través de los ángulos que existían entre los diferentes mundos. Esa región en concreto estaba corrupta, pero había zonas de oro reluciente en el océano que entretejía la galaxia y que la unían del mismo modo que las vías de piedra habían unido los imperios de los emperadores romanii.

La memorización de aquel entramado laberíntico se encontraba más allá de la capacidad de incluso alguien tan capacitado como él, pero un momento de conexión más allá de la oscuridad le bastó para imprimirse en la mente un millón de sendas, de conductos y de puntos de acceso. Quizá

no conocía todo el entramado, pero recordaría lo suficiente como para descubrir otros puntos de entrada y otros caminos. Su padre se alegraría de conocer ese entramado. Al menos se alegraría lo bastante como para perdonarle la transgresión.

Seguía sorprendiéndole el hecho de no haber conocido antes la existencia de aquel entramado, ya que tanto él como su padre habían viajado hasta los rincones más lejanos del Gran Océano y habían visto cosas que habrían reducido a cualquier otra mente a una locura babeante. Habían explorado los abandonados arrecifes de la entropía, habían cruzado abismos sin fondo, unas simas que ardían con luces de todos los colores. Se habían enfrentado a los depredadores sin forma y sin nombre de las profundidades, y habían sentido las sombras gélidas de entidades tan inmensas que estaban más allá de toda comprensión.

Se dio cuenta de que no había visto aquellas sendas porque no se las podía ver. Tan sólo aquella brecha en esa red, en Aghoru, le había permitido verlas.

Las preocupaciones del mundo material se inmiscuyeron en su caída introspectiva y Magnus se encontró observando un mundo de sombras y engaños. Había pasado del plano corporal al plano espiritual sin ni siquiera pensar en ello, y en esos momentos flotaba en un lugar sin formas ni dimensiones, salvo las que él quisiera imponer. Era la entrada a esa red de sendas, el nexo de unión que conducía al laberinto. Eso era lo que había venido a buscar a Aghoru.

Se encontraba en un paisaje agreste de peñascos salientes y de geometría atormentada, un mundo de locura y desolación. Unas tormentas multicolores azotaban el suelo con torrentes de lluvia negra, y los relámpagos abrasadores marcaban el cielo con líneas ardientes en zigzag. Otra línea ardiente dorada llenaba todo el horizonte, una llama que lo rodeaba y que exudaba un poder maltrecho.

En la lejanía se alzaron unas enormes montañas agrestes, que desaparecieron a los pocos momentos de su creación. Los océanos crecieron con nuevas mareas antes de secarse en un abrir y cerrar de ojos para convertirse en desiertos de ceniza llenos de polvo y de recuerdos. La

tierra mutaba por todos lados en un torbellino constante de creación y destrucción sin fin y sin principio. La ceniza y la desesperación salían a partes iguales de las fisuras abiertas en las rocas, y era la representación más perfecta del infierno que Magnus jamás hubiera visto.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer? —dijo con un tono de voz cargado de desprecio—. Los depredadores del vacío, que carecen de inteligencia, pueden conjurar lo mismo sin dificultad.

La oscuridad que había ante Magnus se solidificó girando sobre sí misma en una serie de espirales negras hasta que tuvo delante una serpiente brillante de escamas de obsidiana. Parecía carecer de peso y estar libre de cualquier atadura con la fuerza de la gravedad. Sus ojos eran unos torbellinos de color rosa y azul, y de su espalda surgían un par de alas de colores brillantes. Abrió las fauces y dejó al descubierto unos colmillos aterradores de los que goteaba veneno.

Su lengua bífida relampagueó al moverse, y el fondo de su garganta era un abismo de posibilidades infinitas.

—¿Esto? —dijo la serpiente con una voz tan seca como el desierto—. Esto no es obra mía. Lo trajiste contigo. Esto es obra de Mekhenty-er-irty.

Magnus se echó a reír ante una mentira tan evidente, aunque el nombre le resultaba desconocido. El sonido era una lluvia repiqueteante. El propio aire estaba saturado de posibilidades. Magnus conjuró con un simple pensamiento una jaula de fuego donde encerró a la serpiente.

—Esto se va a acabar ahora mismo. Desperdicias tus falsedades conmigo —le dijo Magnus.

—Lo sé —siseó la serpiente—. Por eso no necesito ninguna. Ya te dije que nada de esto es obra mía. Es una simple recreación del futuro que te espera como un cazador paciente.

La jaula de fuego se desvaneció y la serpiente se deslizó por el aire en dirección a Magnus. Sus alas brillaron a través de un espectro de un millón de colores mientras la miraba acercarse.

—He venido a acabar con esto —le advirtió Magnus—. Este portal quedó sellado una vez, y yo lo sellaré de nuevo.

—Un saber más antiguo que el de tu señor lo intentó y falló. ¿Qué te hace pensar que tú lo harás mejor?

—Nadie posee un saber mayor que el mío —le contestó Magnus riéndose—. He mirado al abismo y me he enfrentado a sus poderes más malignos. Los vencí y conozco los secretos de este mundo mejor que tú.

—Una certeza muy arrogante —dijo la serpiente con un regocijo evidente—. Me resulta muy placentero. Los peores pecados se cometen con ese tipo de certeza: la gula, la ira, la lujuria… el orgullo. No existe fuerza alguna que pueda competir con los mortales en su afán de poseer esa certidumbre.

—¿Qué eres? ¿Tienes un nombre?

—Si lo tuviera, ¿qué te hace pensar que sería tan estúpido como para decírtelo?

—El orgullo. Puede que yo peque de algo, pero no soy el único. Tú quieres que yo sepa quién eres. ¿Por qué si no te ibas a manifestar de este modo?

—Si me perdonas el tópico, tengo muchos nombres —le respondió la serpiente con una risa seca—. Para ti seré Choronzon, el Morador del Abismo y el Demonio de la Dispersión.

—Demonio es una palabra sin sentido, un nombre que tiene el poder de dar miedo.

—Lo sé. ¿No es maravilloso? —contestó sonriendo la serpiente mientras se enroscaba alrededor de las piernas de Magnus.

Luego subió deslizándose por el resto de su cuerpo. El primarca no temía a la serpiente. Podía destruirla con un simple pensamiento.

La criatura alzó la cabeza hasta que quedaron cara a cara. El resto de su cuerpo brillante siguió rodeándole el torso. Magnus notó que aumentaba la presión a medida que apretaba, pero se limitó a expandir su propia forma para hacerle frente. A medida que el cuerpo de la serpiente se expandía, lo mismo hacía él, hasta que los dos quedaron convertidos en unos titanes que se alzaban por encima de aquel paisaje discordante.

—No puedes intimidarme —le dijo a la serpiente—. En este lugar soy más poderoso que tú. Si existes todavía es porque aún no te he destruido.

—¿Y a qué se debe eso? Tus guerreros mueren ahora mismo allí arriba. ¿Es que no te importa la vida de los mortales? ¿A ti, que estás tan alejado de la mortalidad?

—El tiempo no significa nada aquí, y cuando regrese será como si tan sólo me hubiera ausentado unos instantes. Además, se puede aprender mucho de un enemigo locuaz.

—Sin duda.

—Ya me he cansado de jugar —declaró Magnus, y comenzó a disminuir de tamaño hasta alcanzar su estatura habitual. Las enormes montañas adquirieron una tonalidad plateada y cristalina, y el primarca se vio sorprendido por un momentáneo destello de reconocimiento repulsivo —. Se acabó.

—¿De verdad? —le preguntó la serpiente mientras disminuía de tamaño hasta ser un poco más larga que el brazo de Magnus—. Todavía no te he tentado. ¿No quieres oír lo que te puedo ofrecer?

—No tienes nada que yo quiera —afirmó Magnus.

—¿Estás seguro? Puedo proporcionarte un gran poder, mayor del que tienes ahora mismo.

—Ya tengo poder. No necesito el tuyo.

La serpiente siseó con expresión de diversión, y sus fauces repletas de colmillos se separaron en lo que se podía considerar el gesto equivalente a una sonrisa en un reptil.

—Magnus de Terra, tú ya has tomado un sorbo de un cáliz envenenado. Tu poder es un préstamo, tan sólo eso. Eres una marioneta a la que ha dado vida y a la que mueve un amo invisible. Incluso ahora mismo estás bailando al son de otro.

—¿Y por qué debería creerte?

—No tengo motivo alguno para mentirte.

—Tienes motivos más que suficientes para mentirme.

—Es cierto, pero no aquí, no ahora —le contestó la serpiente mientras se separaba de Magnus para deslizarse por el aire—. No es necesario. Ninguna mentira puede igualar el horror de la verdad que te espera. Has tenido tratos con poderes que son mucho mayores y mucho más terribles

de lo que eres capaz de llegar a imaginarte. Ahora no eres más que su peón, un juguete que se puede utilizar y luego tirar.

Magnus negó con la cabeza.

—Ahórrame todos esos gestos teatrales. He vencido a poderes mucho mayores que tú, que tienes esta visión tan vulgar del infierno —le replicó Magnus con altanería—. He viajado hasta los rincones más lejanos del Gran Océano para salvar a mi legión, he destejido las ataduras del destino que la llevaba a su destrucción y las he tejido de nuevo. ¿Qué te hace creer que tus halagos y tentaciones ridículas atraerán a alguien como yo?

—Y además arrogante. Eso hace juego con tu enorme engreimiento y tu sentimiento de poseer la verdad absoluta… Serás un botín maravilloso.

Magnus ya había oído bastante. Tenía claro que la inteligencia alienígena que existía detrás de aquella visión era poco más que una entidad menor del Gran Océano, una criatura malévola que no tenía otra cosa que ofrecerle que falsas promesas y fanfarronadas vacías. Atrajo a su mano a la serpiente con un simple gesto y agarró su cuerpo forcejeante con una presa inquebrantable.

La entidad se retorció, pero él la mantuvo agarrada con el mismo esfuerzo con el que sostendría una simple cuerda. Magnus apretó y las escamas empezaron a desprenderse de su cuerpo. Las plumas de colores de sus alas se abatieron y perdieron todo brillo. La luz de los ojos también se apagó, y los colmillos de sus fauces se derritieron hasta desaparecer. El paisaje comenzó a diluirse. Su cohesión se desvaneció a medida que la serpiente se disolvía.

—No has vencido a nada —le dijo la serpiente un momento antes de que Magnus le quebrara el cuello.

Ahriman blandió el báculo heqa en un arco amplio y despejó un poco de espacio para que Wyrdmake y él pudieran luchar. Era un esfuerzo sin esperanza alguna. En cuanto se amputaba una masa de tentáculos serpenteantes, centenares salían reptando del abismo para tornar su lugar. Había perdido todo el control sobre las Enumeraciones, ya que su

concentración había quedado hecha pedazos al ver desaparecer a su primarca en el foso. Lo normal hubiera sido que Ahriman luchara sin verse afectado por las preocupaciones provocadas por las emociones y que podrían afectar a su eficacia en combate, pero su mente se había visto desbordada por los fuegos de la furia y el odio, que competían entre sí en ferocidad.

Al desaparecer el control mental, Ahriman conoció de nuevo el miedo.

Sólo cuando vio morir a Ohrmuzd había sentido un vacío semejante en el alma.

Había jurado no sentirse jamás así, pero en esta ocasión era todavía peor.

Ahriman se esforzó por regresar a los estadios superiores de su mente, pero lo que le había ocurrido al primarca era todavía demasiado reciente como para que pudiera verse salvado por las Enumeraciones. En vez de eso, se concentró en aquella lucha por la supervivencia y no dejó que su conciencia llegará más allá del siguiente enemigo con el que tenía que acabar. Aquel estado de ánimo le resultaba muy poco familiar, pero era catártico.

El lugar estaba repleto de enemigos, lo que hacía imposible determinar en qué dirección se encontraba la ruta de salida. El poder maligno que movía aquellos tentáculos llenaba la estancia, una corrupción hirviente que presionaba su mente como un peso de plomo.

Ya no veía a Uthizzar, y no sabía si seguía vivo. Los Lobos Espaciales y los Mil Hijos luchaban aislados, en pequeños grupos separados los unos de los otros en mitad de aquel cenagal negro. Aunque eran diametralmente opuestos, los astartes de ambas legiones se habían unido como una sola fuerza que luchaba no por la victoria, sino por la supervivencia.

La pistola de Ahriman se había quedado sin proyectiles hacía ya mucho tiempo, así que empuñaba el báculo con las dos manos y lo blandía a su alrededor propinando unos golpes terribles. Cada uno de sus movimientos era fatigoso, y sus pensamientos eran lentos y pesados. El Gran Océano era una fuerza poderosa en combate, pero el coste que se cobraba en cada guerrero era igualmente grande.

El dominio de Ahriman sobre los poderes de combate era inigualable, pero ni siquiera a él le quedaba nada que utilizar. Tenía el espíritu exhausto y había llevado su cuerpo hasta sus límites máximos de resistencia. Luchaba como cualquier otro mortal lo haría, con valor, ánimo y fuerza bruta, pero sabía que eso no sería suficiente. Necesitaba poder, pero lo único que sentía era la energía que salía burbujeante del abismo hacia el que había sido arrastrado el primarca. Sabía que incluso en una situación tan desesperada como aquélla, absorber energía de aquel sitio no sería más que el primer paso de un camino que sólo tenía un final.

Se enfrentaría a lo que quedaba de lucha sin el éter.

Aquello hacía que fuera un combate muy extraño, y recordó las palabras que él mismo le había dirigido a Hathor Maat cuando le dijo que quizá un día tendría que luchar sin sus poderes. Cuán proféticas le parecían esas palabras en ese momento, aunque las había pronunciado sin saber que sería él quien se vería en esa situación.

Ahriman perdió la concentración por un momento y una masa chasqueante de tentáculos le rodeó el brazo y bloqueó el báculo heqa. Luchó contra esa fuerza, pero ya era demasiado tarde, porque habían conseguido inmovilizarle el otro brazo. Lo siguiente fueron las piernas y el torso, y un momento después fue arrastrado por el aire y las piezas de la armadura empezaron a crujir bajo aquella presión abominable.

Wyrdmake intentó tirar de él para bajarlo, pero ni siquiera la fuerza del sacerdote rúnico era rival para el poder alienígena al que se enfrentaba. Ahriman oyó por encima del odioso sonido reptante de los tentáculos el rugido de los guerreros al morir, los furibundos aullidos de los Lobos Espaciales y las maldiciones amargas de los Mil Hijos.

Entonces, de repente, la presión se aflojó y los tentáculos que le rodeaban el cuerpo comenzaron a deshacerse hasta desaparecer del todo. Incluso en su estado de agotamiento notó que la inmensa energía que momentos antes salía del foso se desvanecían de repente, igual que si alguien hubiera cerrado un grifo.

El sonido de los disparos y de las espadas al cortar fue sustituido por los jadeos y una tranquilidad repentina. Ahriman se liberó de los

tentáculos que todavía lo rodeaban y se preparó para caer al suelo. Aterrizó con suavidad y alzó la mirada hacia la masa gigantesca de negrura serpenteante que se estaba deshaciendo ante sus propios ojos. Lo que momentos antes había sido negro y reluciente pasó a tener un color ceniciento y apagado. La solidez de los tentáculos se convirtió en algo tan insustancial como la niebla y cayeron convertidos en una lluvia de polvo.

Fue entonces cuando vio que en mitad de la neblina formada se encontraba una figura de color rojo sangre, un gigante ardiente con una armadura polvorienta que descendía hacia ellos como los brazos extendidos hacia los lados. Su único ojo brillaba con una luz dorada. Tenía el cabello sucio y enmarañado. Parecía uno de aquellos antiguos dioses de la guerra que hubiese bajado de los cielos para aniquilar con su fuego divino a los incrédulos.

—¡Mi señor! —gritó Ahriman al mismo tiempo que hincaba una rodilla en el suelo.

Los Mil Hijos lo secundaron de inmediato, al igual que muchos Lobos Espaciales. Menos de veinte en total habían sobrevivido al combate, pero no se veían por ninguna parte los cadáveres de los caídos.

Magnus puso pie en el suelo y los símbolos dorados y plateados tallados en la piedra del reborde del pozo brillaron con una nueva fuerza, como si hubieran recibido una recarga de energía. Ahriman sintió el efecto amortiguador de inmediato. Era una fuerza semejante a la que había impregnado a las piedras muertas, pero ésta era mucho limpia, viva y fuerte.

—Hijos míos —los saludó Magnus, cuyo cuerpo mostraba una vitalidad renovada—. Ha pasado el peligro. He destruido el mal que yacía en el corazón de este planeta.

Ahriman inspiró profundamente, cerró los ojos y se elevó hasta la primera Enumeración. Se le aclaró la mente y los sobresaltos emocionales se allanaron por completo. Oyó unos pasos a su espalda y abrió los ojos. Lord Skarssen de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales y Ohthere Wyrdmake estaban de pie a su lado. El sacerdote rúnico hizo un breve gesto de asentimiento como una muestra de respeto.

—¿Hemos ganado la batalla? —preguntó Skarssen.

—Así es —le confirmó Magnus. Ahriman notó un orgullo feroz en la voz del primarca—. La herida de este mundo se ha cerrado. La he sellado para toda la eternidad. Ni siquiera sus creadores podrían deshacer mis protecciones de vigilancia.

—Entonces, habéis acabado vuestra tarea en este mundo —dijo Skarssen, y Ahriman no tuvo la seguridad de si era una pregunta o una afirmación.

—Así es. Aquí no queda ya nada por aprender.

—Le debéis al Rey Lobo vuestra presencia.

—Por supuesto que sí —replicó Magnus, y Ahriman captó la sombra de una sonrisa maliciosa en la comisura de los labios del primarca, como si sólo él fuese capaz de captar la gracia de un chiste que nadie más había oído.

—Informaré a lord Russ de que partimos —añadió Skarssen.

El señor lobo dio media vuelta y reunió a sus guerreros para que se prepararan para la marcha de regreso a la superficie.

—Directo, sin ambages ni formalidades innecesarias —comentó Uthizzar, que apareció al lado de Ahriman—. Ése es el estilo de los Lobos Espaciales. Puede ser muy irritante en algunas ocasiones.

—Es cierto, aunque hay mucho que admirar en esa simplicidad —respondió Ahriman.

El bibliotecario jefe estaba encantado de que Uthizzar hubiese sobrevivido a la batalla. El telépata estaba al borde del colapso. Ahriman se sintió impresionado por su resistencia.

—No es simplicidad, Ahzek —le dijo Magnus mientras los supervivientes de los Mil Hijos se reunían a su alrededor—. Es claridad de propósito.

—¿Existe alguna diferencia?

—El tiempo lo dirá —le contestó Magnus.

—Entonces, ¿de verdad hemos acabado aquí? —quiso saber Uthizzar.

—En efecto —le confirmó Magnus—. Lo que nos atrajo aquí ya no existe, pero he descubierto la existencia de un botín que es valioso más

allá de lo imaginable.

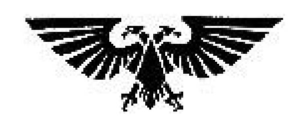
—¿Qué clase de botín es ése? —quiso saber Ahriman.

—A su debido tiempo —le respondió Magnus con una sonrisa de complicidad—. A su debido tiempo.



SEGUNDO LIBRO

MUTATIS MUTANDIS



ONCE

ALCAUDÓN

UNA BUENA GUERRA

EL REY LOBO

Apenas habían pasado unas pocas horas desde el amanecer cuando se ganó finalmente la batalla por la toma del Nido Cuervo 93. Los cuerpos esbeltos y cubiertos de plumas de sus defensores yacían entre sus almenas rocosas. Gracias a las visiones de los corvidae, la batalla por tomar el peñasco oculto se había convertido en una matanza.

Los seis meses que habían pasado recorriendo el Gran Océano a la caza de tramas del futuro y de la constante guerra habían agotado a los guerreros de los Mil Hijos que Magnus se había llevado consigo para responder a la llamada de Russ. Les habían extraído hasta la última gota en su esfuerzo por igualar el ritmo de combate de los Lobos Espaciales.

El aire en las montañas polares del sur era escaso, y tan frío que acuchillaba los pulmones. Sin embargo, era un cambio bienvenido tras el calor asfixiante de Aghoru. Ahriman no sentía el frío, pero los soldados de la Guardia de las Torres de Prospero no tenían tanta suerte. Para sobrevivir a aquellas temperaturas bajo cero debían llevar puestos unos gruesos

abrigos de color carmesí, unas botas también gruesas y unos chacós plateados con un reborde de piel sacada de las alas de los alcaudones de nieve que los avenios utilizaban como unidades rompedoras de línea y que eran brutalmente efectivos en esa tarea.

Ahriman, Hathor Maat y Phosis T'kar estaban sentados junto a trescientos astartes que se ocupaban en revisar su equipo de combate entre las ruinas de la fortaleza montañosa. Se dedicaban a limpiar los bólters y a reparar los desperfectos de menor importancia de las armaduras mientras los apotecarios atendían a los pocos heridos que había.

Las murallas destruidas y los reductos destrozados estaban sembrados de avenios muertos, pero aquello no era más que una gota en el océano comparado con los muchos que habían muerto desde el comienzo de la invasión de Heliosa. Ahriman calculaba que habían matado aproximadamente un total de tres millones de sus guerreros.

—Cinco mil —les comunicó Sobek, que regresaba de contar las bajas enemigas.

—Cinco mil —repitió Phosis T'kar—. Apenas un puñado. Ya os dije que habría tan poca lucha en este combate como en el anterior.

El bólter de Phosis T'kar flotaba en el aire delante de él. El arma estaba desmontada y recordaba un diagrama tridimensional del manual de un armero. Un trapo de limpieza y un vial con aceite lubricante pasaban de una pieza a otra como si tuvieran vida propia, aunque en realidad los guiaba el tutelar de Phosis T'kar. El brillo difuso de Utipa formaba un resplandor suave alrededor de las piezas, como si se estuviera ocupando de ellas un tecnomarine fantasmal.

El arma de Hathor Maat estaba a su lado, reluciente igual que si la hubieran sacado momentos antes de la envoltura estéril de una caja de municionamiento. Él ni siquiera había necesitado desmontar el arma. Simplemente había descompuesto con el poder de su mente la estructura molecular de la grasa, de la suciedad y de las demás partículas extrañas que se habían metido en las partes móviles del arma.

Ahriman metía y sacaba un cepillo redondo de calibre grueso por el cañón de su bólter. Disfrutaba del mantenimiento personal del arma con

sus propias manos, de aquella sensación táctil. Aaetpio flotaba por encima de su hombro, pero Ahriman no sentía deseo alguno de emplear a su tutelar para una tarea de tan poca complejidad como limpiar un bólter. Era muy fácil olvidarse de cómo hacerlo mientras uno se encontraba recluido en una de las numerosas bibliotecas de la flota expedicionaria o mientras meditaba a solas en una cámara de invocación.

Ahriman había pasado mucho tiempo con Ohthere Wyrdmake durante las seis semanas que había durado el viaje hasta el cúmulo de la Franja Arca. El sacerdote rúnico había demostrado ser un compañero ameno. Aunque los términos que utilizaban para referirse a sus habilidades eran muy diferentes, descubrieron que tenían más en común de lo que ninguno de los dos pensaba.

Wyrdmake le enseñó a Ahriman cómo lanzar las runas y cómo utilizarlas para responder a preguntas desconcertantes y conseguir aclaraciones sobre asuntos preocupantes. Como método para leer el futuro era menos preciso que los utilizados por los corvidae, ya que su significado dependía en su mayor parte de una necesaria interpretación. Wyrdmake también le enseñó el arte del enlazamiento de runas, mediante el cual se podían combinar las propiedades de varias runas diferentes para atraer energías etéreas hacia objetos o personas.

Wyrdmake tenía el pecho y los brazos cubiertos de numerosos enlazamientos de runas. Tenía runas para la fuerza, runas para la salud y runas para la resistencia. Ahriman se fijó en que, sin embargo, no tenía ninguna runa para adquirir poder, y cuando le preguntó al respecto, el sacerdote rúnico lo miró con una expresión extraña.

—Hablar de poseer este poder es tan insensato como decir que posees el aire que respiran tus pulmones.

A cambio, Ahriman le enseñó al Lobo Espacial métodos más sutiles para manipular la energía del Gran Océano. Wyrdmake tenía mucha habilidad, pero las enseñanzas de su legión eran tribales y violentas en lo brutal de sus efectos. La llamada de la tempestad, la rotura de la tierra y la elevación de los mares era lo habitual en los sacerdotes rúnicos. Ahriman

pulió las habilidades de Wyrdmake y lo instruyó sobre los misterios externos de los corvidae y en los ritos de Prospero.

Lo primero fue explicarle qué representaban los tutelares.

Wyrdmake se había sentido asombrado de que los Mil Hijos utilizaran criaturas semejantes, pero Ahriman estaba convencido de que el sacerdote rúnico había terminado aceptando que había muy poca diferencia entre ellos y los lobos que acompañaban a los Lobos Espaciales. El compañero de Wyrdmake, una bestia de pelo plateado llamada Ymir, no se había mostrado tan comprensivo, y siempre que Ahriman invocaba a Aaetpio, el lobo aullaba furibundo y enseñaba los colmillos, preparado para pelear.

Jamás se habían enseñado aquellos secretos a nadie ajeno a los Mil Hijos, pero Magnus en persona le había concedido permiso a Ahriman para que colaborara con Wyrdmake. Había llegado a la conclusión de que si se podía conseguir que una legión como la de los Lobos Espaciales se convirtiera en su aliada mediante la comprensión y una preparación cuidadosa, parecía probable que otras legiones presentaran menos problemas para hacer lo mismo.

Aunque Ohthere Wyrdmake visitaba con frecuencia el Photep, lord Skarssen prefería no salir de su propia nave, la Lanza de Fenris, que tenía una forma alargada y amenazante.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Hathor Maat con una sonrisa burlona que dejó al descubierto unos dientes blancos y perfectos.

Ese día llevaba el cabello negro y los ojos de un color marrón oscuro. Aunque sus rasgos seguían siendo reconocibles, había decidido adoptar un aspecto hosco, como si quisiera reflejar el terreno sobre el que acababan de luchar.

—No —le respondió Ahriman—. No utilizo mis poderes para conseguir cosas que puedo lograr sin ellos. Vosotros tampoco deberíais hacerlo. ¿Cuándo fue la última vez que cualquiera de vosotros limpió un bólter con sus propias manos?

Phosis T’kar alzó la vista y se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo. ¿Por qué? —le preguntó.

—¿Te acuerdas de cómo se hacía?

—Por supuesto —replicó Phosis T'kar—. ¿Cómo crees que hago esto si no?

—No nos vengas con otras de tus lecciones de «no deberíamos confiar tanto en nuestros poderes» —bufó Hathor Maat—. Acuérdate de lo que nos habría pasado en Aghoru si te hubiéramos hecho caso. El primarca podría haber muerto sin el escudo kinético de Phosis T'kar, y sin mi dominio de la biomancia, seguro que T'kar estaría muerto.

—Y no estás dispuesto a que yo lo olvide jamás —gruñó Phosis T'kar.

—Primero astartes, y psíquicos después —les insistió Ahriman—. Si nos olvidamos de eso, corremos un gran riesgo.

—Vale —contestó Phosis T'kar. Hizo que Utipa le llevara las piezas del arma a sus manos y se retirara. Ensambló de nuevo el arma con una serie de chasquidos satisfactorios—. ¿Ya estás contento?

—Mucho —le replicó mientras terminaba de montar el suyo.

—¿Qué te pasa? ¿Es que temes que tu nuevo amigo lo desapruebe?

Phosis T'kar escupió por encima de la muralla y el salivazo cayó varios cientos de metros.

—Ese maldito Wyrdmake nos sigue como un psiconeuein con el rastro de un psíquico desprotegido en sus mandíbulas —gruñó con una rabia repentina e inesperada—. Habríamos ganado esta guerra hace meses si no fuera por las restricciones que nos han impuesto. —Phosis T'kar señaló con un gesto acusador los restos humeantes de la cima más alta de la cordillera avenia—. El primarca no muestra esa contención, Ahzek. ¿Por qué debemos hacerlo nosotros? ¿Tanto temes lo que somos capaces de hacer?

—Quizá sí. Quizá todos deberíamos tener ese temor. No hace tanto, manteníamos ocultos nuestros poderes al mundo. Ahora los utilizamos como simples trucos para no mancharnos las manos. A veces es necesario bajar al barro.

—Si bajas al barro, lo único que conseguirás es acabar embarrado —soltó Hathor Maat.

—Tampoco es que haya mucho barro en este mundo —apuntó Phosis T'kar—. Esos nidos de avenios no presentaron mucha lucha. No

comprendo cómo es posible que este planeta resistiera tanto tiempo como lo ha hecho.

—Las líneas de combate de los guerreros pájaro han quedado debilitadas —le explicó Hathor Maat—. Los Lobos se encargaron de ello. Y lo que Russ y sus guerreros no han destrozado, los Portadores de la Palabra lo han quemado. Han abrasado toda una cordillera montañosa con un bombardeo de saturación de promethium que ha durado tres días, y eso sólo para purificar los nidos de avenios que Ahzek y Ankhu Anen descubrieron.

—¿Purificar?

—Fue la palabra que utilizó Kor Phaeron —le respondió Hathor Maat con un encogimiento de hombros—. Le pareció apropiada.

Kor Phaeron era uno de los lugartenientes principales de Lorgar, y representaba a la perfección lo que a Ahriman le repelía de los Portadores de la Palabra. La mente de aquel astartes estaba llena de certezas fanáticas que no podían vencerse ni con la lógica, ni con la razón ni con el debate.

—Un desperdicio de vidas —dijo Ahriman mientras miraba los cuerpos que los soldados de la Guardia de las Torres estaban sacando de la fortaleza en ruinas para colocarlos en líneas ordenadas, preparándolos para la incineración.

—Era algo inevitable —le respondió Hathor Maat.

—¿Lo era? Yo no estoy tan seguro.

—Lorgar se encargó de negociar con la Corte del Fénix —intervino Phosis T'kar—. Nada menos que un primarca, pero rechazaron todas sus ofertas. ¿Qué más pruebas necesitas de que estas culturas están degeneradas?

Ahriman no le contestó, ya que había vuelto a ver al primarca de piel dorada de los Portadores de la Palabra durante la ceremonia de bienvenida que había organizado para celebrar la llegada de los Mil Hijos. Había sido un día esplendoroso lleno de rituales rimbombantes con la intención de hacer proselitismo, algo carente de sentido y una absoluta pérdida de tiempo.

Leman Russ no había asistido a la ceremonia. Ni siquiera se había molestado en enviar a algún representante. Tanto él como sus huscarls estaban combatiendo en las inmensas cimas del este, y no estaban dispuestos a perder tiempo en una ceremonia cuando todavía quedaban combates que librar.

Ahriman estuvo de acuerdo por una vez con el Rey Lobo.

Se sacó de la cabeza a la XVII Legión y miró hacia arriba. Un cielo demasiado amplio y demasiado azul se extendía por encima de él, y las nubes de pájaros omnipresentes llenaban el aire: los cuervos de alas negras, los pájaros migratorios de largas patas y los carroñeros que sobrevolaban en círculos la zona.

Ahriman había visto demasiados de estos últimos a lo largo de los seis meses anteriores.

Los Mil Hijos habían demostrado ser cruciales en la ruptura de las defensas del cúmulo de la Franja Arca. Sus fuerzas adicionales habían desequilibrado la balanza de la guerra a favor del Imperio.

El primer contacto con las diferentes culturas de aquel cúmulo binario se había establecido dos años atrás, cuando las naves exploradoras de la 47.a Flota Expedicionaria descubrieron seis sistemas estelares relacionados entre sí mediante el comercio y unas estructuras de defensa que se apoyaban mutuamente.

Cuatro de esos sistemas habían caído bajo las fuerzas combinadas de los Portadores de la Palabra y de los Lobos Espaciales. El quinto lo había hecho poco después de que llegaran los Mil Hijos. Sólo los avenios quedaron por conquistar.

Todos los imperios derrotados procedían de una base genética increíblemente diversa, muy lejana ya del arquetipo de genoma humano debido a los milenios que habían transcurrido desde que quedaron separados de su planeta natal. Los genetistas del Mechanicum confirmaron que aquellas variaciones se encontraban dentro de los límites tolerables,

por lo que Magnus llegó con la esperanza de descubrir tesoros inmensos de conocimientos acumulados en cuanto se consiguiera el sometimiento.

Quedó tremendamente decepcionado.

Ahriman había sido testigo en Aghoru del modo en que los Lobos Espaciales combatían, pero lo que la legión de Russ dejaba a su paso era calificable como genocidio. Su salvajismo fanático no dejaba más opción que la aniquilación más absoluta del enemigo.

Tampoco mostraban más misericordia los Portadores de la Palabra. Tras sus victorias, tallaban enormes monumentos en las laderas de las montañas, representaciones del Emperador y de sus triunfos que medían diez mil metros de altura. Un incumplimiento tan descarado de los edictos del Emperador sobre esas cuestiones establecía un precedente muy peligroso, y Ahriman se sentía muy inquieto ante un comportamiento semejante.

Kor Phaeron había declarado malsana la inmensa mayoría de la cultura indígena, lo que había dado como resultado que prácticamente todos los sistemas y elementos de almacenamiento de sabiduría, de arte, de literatura y de historia fueran quemados en grandes hogueras.

El vistazo que Ahriman había podido echar a los registros de los distintos encuentros indicaba que Lorgar y Kor Phaeron se habían reunido con la Corte del Fénix, un estamento gobernante poliárquico de los reyes y señores de los diferentes sistemas planetarios, y les habían ofrecido numerosas propuestas para atraerlos al seno del Imperio. A pesar de todos sus esfuerzos, Ahriman no encontró registro alguno de cuáles habían sido esas ofertas.

En cualquier caso, todas habían sido rechazadas, por lo que la guerra de sometimiento había sido inevitable.

Los historiadores de la Gran Cruzada anotarían que se había tratado de una guerra justa, una guerra necesaria.

La subyugación de los avenios había comenzado bien, ya que los mundos exteriores habían caído con rapidez bajo el ataque de las fuerzas imperiales, pero Heliosa, el planeta capital de su imperio, había demostrado ser un hueso más duro de roer.

Las tremendas fuerzas tectónicas de eras pasadas habían formado tres continentes en su superficie. Los tres se componían casi exclusivamente de cordilleras agrestes separadas por amplias extensiones de mares azules. Sus habitantes residían en torres plateadas que colgaban de las laderas de las cimas más altas. Unos puentes resplandecientes ligeros como plumas salvaban los abismos que las separaban entre sí, pero sus gentes cruzaban el cielo a lomos de gráciles bestias aéreas que aprovechaban las corrientes termales en sus vuelos.

Además de aquella rama perdida de la humanidad, Heliosa era un planeta que pertenecía a las criaturas del aire. Los cielos estaban repletos de bandadas de toda clase y descripción, desde diminutas criaturas del tamaño de insectos que se alimentaban de guano hasta feroces pterosaurios que salían de caza desde sus guaridas en los picos rodeados de simas. Más de una nave imperial se perdió debido a los ataques de los depredadores aéreos antes de que los sistemas de armamento se modificaran para que pudieran proporcionar un fuego de limpieza aérea continuo.

El aire era limpio y el cielo infinito. A Ahriman le recordó Prospero.

Franja Arca Secundus era la designación de los cartógrafos imperiales para aquel mundo, una denominación conveniente que comenzaba el proceso de asimilación y que se había acuñado mucho antes de que se iniciaran las reuniones entre los distintos enviados o de que tuvieran lugar los primeros combates. Sus habitantes lo llamaban Heliosa, pero el ejército imperial tenía otro nombre para el planeta, un nombre que utilizaban como sinónimo de los pájaros asesinos de picos afilados como cuchillas y que eran la maldición de los soldados que se veían obligados a asaltar las fortalezas avenias.

Lo llamaban Alcaudón.

El poder del culto de Ahriman había crecido desde lo ocurrido en Aghoru, impulsado por unas mareas crecientes e inesperadas en el Gran Océano, y los corvidae estaban salvando muchas vidas imperiales. Habían visto el eco de sucesos futuros y habían regresado a sus cuerpos con las

localizaciones exactas de los nidos enemigos ocultos y un conocimiento previo de sus tácticas de emboscada.

Armados con una información tan vital, los Mil Hijos y la Guardia de las Torres de Prospero lanzaron asaltos coordinados contra los nidos que albergaban las aeronaves de ataque, que protegían los principales puntos fortificados de la red de defensa avenia.

Magnus en persona encabezó muchos de los ataques y blandió el poder del Gran Océano como una arma que se podía envainar y desenvainar en cualquier momento. Nada se le podía enfrentar. Su dominio del tiempo y del espacio, de la fuerza y de la materia, estaba más allá del alcance incluso del más dotado de sus seguidores.

Mientras los Portadores de la Palabra aplastaban a la población civil que habitaba en las ciudades montañosas exteriores, los Mil Hijos abrían camino a los Lobos Espaciales para que propinaran el golpe de gracia al corazón del imperio avenio. Con la toma del Nido Cuervo 93, esa batalla estaba ya a pocos días de producirse.

Ahriman caminó al lado de la fila de cadáveres y se detuvo a estudiar el cuerpo de un guerrero avenio que no había quedado brutalmente destrozado por el combate. Aaetpio titiló a la altura de su hombro antes de descender hacia el cuerpo para incrementar el brillo cada vez más apagado del aura del soldado.

El miedo, la rabia y la confusión eran lo único que quedaba de la impronta de aquel individuo en el mundo. Era el miedo de saber que iba a morir allí, la rabia contra aquellos invasores inhumanos que habían profanado su tierra natal, y confusión… Una confusión provocada por no saber el motivo. Ahriman se sintió sorprendido por aquella última emoción. ¿Cómo era posible que no supiera el motivo por el que las fuerzas del Imperio los atacaban?

El guerrero muerto llevaba puesta una armadura ligera de color negro de proporciones elegantes, que se ajustaba a la forma de su cuerpo alto y muy delgado. En la placa pectoral llevaba grabado un alcaudón de dos cabezas con las alas desplegadas. Era un símbolo tan parecido al ave que

simbolizaba la unión del Imperio que era casi inconcebible que aquellos guerreros fueran sus enemigos.

Los avenios eran individuos gráciles de huesos finos, con unos rasgos faciales angulosos, como las montañas en las que vivían. Puede que sus cuerpos parecieran frágiles, pero eso era algo engañoso. Las diferentes autopsias habían descubierto que sus huesos eran flexibles y muy resistentes. Además, su armadura estaba potenciada con músculos de fibra artificial no muy distintos a los utilizados en las armaduras de los astartes.

Ahriman notó un efluvio animal caliente, y reconoció el olor fuerte y penetrante a hielo y a garras característicos de un lobo de Fenris. El animal gruñó y Aaetpio huyó al éter. Ahriman se volvió y se encontró frente a frente con unos ojos de color ámbar y unas fauces llenas de colmillos que estaban ansiosas por devorarlo. Detrás del lobo se encontraba Ohthere Wyrdmake, envuelto por una capa de piel de lobo. Miró más allá de Ahriman, a los cadáveres.

—Una forma muy extraña de sobrevivir en un mundo montañoso —comentó.

—Una prueba de que, a veces, la vida se sobrepone a lo que parece estar en su contra —coincidió Ahriman.

—Sí, es muy cierto. Si no, no tienes más que fijarte en Fenris. ¿Qué clase de forma de vida en sus cabales elegiría desarrollarse en un mundo tan hostil? Pero el caso es que está repleto de vida, incluidos dragones, krakens y lobos.

—No hay lobos en Fenris —dijo Ahriman con voz ausente al recordar el comentario de Magnus al respecto.

—¿Cómo dices?

—Nada —se apresuró a contestar Ahriman al captar el tono de advertencia de la voz del sacerdote rúnico—. No es más que un rumor calumnioso que oí una vez.

—Lo conozco. Yo mismo lo he oído por ahí, pero la prueba está aquí mismo —comentó Wyrdmake mientras pasaba un guantelete por el lomo erizado del lobo—. Ymir es un lobo de Fenris, nacido y criado allí.

—Sin duda. Como bien dices, la prueba está a la vista.

—¿Por qué prestas atención a estos enemigos? —le preguntó Wyrdmake al mismo tiempo que le daba al cadáver un par de golpecitos con la punta de su báculo—. Ya no pueden ofrecerte nada. ¿O es que puedes hablar con los muertos?

—No soy un nigromante —le contestó Ahriman, aunque captó el humor de la mirada del sacerdote rúnico—. Los muertos guardan sus secretos. Son los vivos quienes aumentarán nuestra comprensión sobre estos planetas.

—¿Y qué es lo que hay que comprender? Si luchan, los matamos. Si se someten a nuestra voluntad, los dejamos vivir. No hay nada más que decir. Complicas demasiado las cosas, amigo mío.

Ahriman le sonrió y se puso en pie. Era un poco más alto que el sacerdote rúnico, aunque Wyrdmake era más ancho de hombros.

—O quizá tú ves las cosas demasiado blancas o demasiado negras.

La expresión del rostro del sacerdote rúnico se endureció.

—Estás melancólico —le espetó Wyrdmake con frialdad.

—Quizá —admitió Ahriman. Se volvió en dirección a las montañas, y su mirada se vio atraída hacia el horizonte y las ciudades argénteas que se encontraban al otro lado—. Me irrita imaginarme lo que hemos perdido aquí, esa gran oportunidad de aprender de estas gentes. No vamos a dejar detrás de nosotros nada más que odio y cenizas.

—Lo que ocurra aquí después no es asunto nuestro.

Ahriman hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Pero debería serlo —insistió—. Guilliman lo ha comprendido muy bien. Los mundos que su legión conquista veneran su nombre, y se dice que son utopías maravillosas. Sus habitantes trabajan sin descanso por el bien el Imperio y son sus súbditos más leales. La gente de estos planetas serán ciudadanos indóciles en el mejor de los casos, y unos rebeldes a la espera de su oportunidad en el peor.

—En ese caso, volveremos y les mostraremos lo que les ocurre a los que incumplen un juramento —replicó Wyrdmake con un gruñido.

—A veces creo que somos parecidos, y otras pienso que somos muy distintos —le replicó a su vez Ahriman, irritado por la moralidad

intransigente de Ohthere.

—Sí, somos distintos, hermano —le confirmó Wyrdmake con un tono de voz más suave—. Pero estamos unidos en la guerra. Sólo nos queda por tomar el Peñasco Fénix, y cuando caiga, nuestros enemigos deberán rendirse o se enfrentarán al exterminio. Alcaudón será nuestro esta misma semana, y ni y yo mezclaremos nuestra sangre en el cáliz de la victoria.

—Heliosa —lo corrigió Ahriman—. Los nativos llaman Heliosa a este planeta.

—No lo harán durante mucho tiempo más —afirmó Wyrdmake, quien levantó la vista cuando el aullido rugiente de unos motores resonó por encima de las cumbres más altas—. El Rey Lobo ha llegado.

Leman Russ: El Rey Lobo, el Gran Lobo, el Señor Lobo de todo Fenris, el Feroz, la Perdición del Enemigo, el Matador de Pielesverdes.

Ahriman había oído todos esos títulos y algunos más para referirse al primarca de los Lobos Espaciales, pero ninguno de ellos lograba ni de lejos transmitir la tremenda vitalidad del lobo gigantesco con forma humana que llegó a las piedras quebradas de Nido Cuervo 93. El chorro de su nave había abrasado la ladera de la montaña al aterrizar y había dejado en el aire un fuerte olor a roca quemada.

Una manada de exterminadores con capas de piel de lobo y armados con unos largos arpones centelleantes seguía al primarca de los Lobos Espaciales, un guerrero inmenso que había sido forjado en los hielos de Fenris y templado en sus océanos helados. Con un aspecto magnífico y salvaje, Leman Russ era la fuerza y la violencia de los Lobos Espaciales destiladas en una esencia que había sido afilada en su grado máximo. Una piel de lobo negro le cubría los anchos hombros, y un puñado de amuletos de garras le colgaban del cuello y le cubrían la placa pectoral con el lobo grabado. La armadura era del color gris del corazón de una tormenta, y tenía toda la superficie mellada y cubierta de marcas, como si acabara de pelearse con los dos lobos enormes que lo acompañaban, uno negro como la noche y otro plateado, uno a cada lado.

Ahriman sintió que se estremecía ante la presencia de Leman Russ, como si un viento helado se le hubiera colado por las junturas de la armadura. El cabello del primarca era una melena tiesa por la resina de pelo rojizo como el cobre fundido. Sus ojos grises eran penetrantes e inmisericordes, y no dejaban de moverse, siempre a la caza. Una espada enorme, de más de metro y medio de largo, colgaba de su cinto, y Ahriman vio que la empuñadura estaba cubierta de runas y de símbolos para atraer el frío helado del invierno al filo del arma.

Parecía imposible que ningún oponente fuese capaz de hacer frente a aquel guerrero. Ahriman percibió un poder salvaje y sin control alguno en Russ, una temeridad de espíritu que chocaba con su propia disciplina y su sentido del deber. Leman Russ resplandecía con un fuego blanco incandescente, y su aura estaba repleta de colores a los que no podía poner nombre. Era tan intensa que Ahriman se vio obligado a aislarse del éter, ya que la presencia abrasadora del primarca en el Gran Océano era comparable al primer instante de una supernova. Parpadeó para eliminar los destellos que le habían quedado en la retina y sufrió una sensación de náusea y desubicación antes de que sus sentidos mortales se acostumbraran a la ausencia repentina de información sensorial añadida.

Ohthere Wyrdmake se arrodilló sobre una pierna, y sus compañeros se postraron ante los lobos de Russ.

Ahriman sintió que su cuerpo se movía por su propia cuenta, y le pareció que el poderoso primarca crecía hasta el cielo cuando se arrodilló ante su gloria primitiva. El frío de la montaña se intensificó a medida que Russ se acercaba. Caminaba con el paso confiado de un guerrero que sabe que no tiene igual. Los andares de Russ eran arrogantes, pero se había ganado el derecho a caminar así.

Ahriman estaba acostumbrado a encontrarse en presencia de su propio primarca. Ambos compartían un lazo de hermandad debido al carácter intelectual que compartían, pero lo que tenía delante era algo completamente distinto. Mientras que Magnus valoraba la sabiduría, la percepción y los conocimientos adquiridos por su propio valor intrínseco,

a Russ lo único que le interesaba aprender era aquello que le permitiría aniquilar mejor a sus enemigos.

El capitán de los Mil Hijos quedó intimidado. Estar tan cerca de Russ lo hizo sentirse muy vulnerable, igual que si una némesis desconocida hubiese mostrado de repente su verdadero rostro.

—¿Tú eres el que conoce las estrellas? —le preguntó Russ con una voz áspera y de fuerte acento.

El tono gutural de su voz era semejante al de Wyrdmake, pero el agudo sentido del oído de Ahriman captó una leve disonancia estudiada. Tuvo la impresión de que Russ quería que su voz sonara como la de los bárbaros salvajes de los mundos atrasados, cuya población había olvidado su herencia tecnológica y había caído de nuevo en la barbarie.

Ahriman ocultó su sorpresa. ¿Sería cierta esa impresión? Un antiguo strategos de la Vieja Tierra proclamó una vez que toda la guerra era un engaño. ¿Sería la actitud del Rey Lobo una máscara para ocultar su verdadera astucia a aquellos que él consideraba unos extraños?

Russ lo miró fijamente. Los ojos del primarca estaban rebosantes de una agresividad apenas controlada. El impulso de hacer daño estaba grabado en todos y cada uno de los rasgos del rostro de Russ, como una presencia constante que se podía desencadenar en cualquier momento.

—Ahzek Ahriman, mi señor —lo saludó al cabo de unos instantes—. Nos honráis con vuestra presencia.

Russ hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al cumplido y centró su atención en las ruinas ennegrecidas por el fuego, que era lo único que quedaba de la fortaleza montañosa de los avenios, y en los restos humeantes de las pocas aeronaves que habían logrado alcanzar las rampas de lanzamiento.

—Ohthere Wyrdmake —dijo Russ mientras alargaba una mano para acariciar al lobo del sacerdote rúnico—. Te vuelvo a encontrar en compañía de un camarada wyrd.

—Es cierto, mi rey —le contestó risueño Wyrdmake. Luego se puso en pie y estrechó la mano que el primarca le ofrecía—. No es un hijo de la

Tormenta, pero puede que lo convierta en un buen lector de runas, después de todo.

Lo dijo con voz despreocupada, pero Ahriman volvió a captar un tono falso en aquellas palabras, como si todo aquello no fuera más que una pantomima que quisieran representar porque él estaba presente.

—Sí, pero acuérdate de guardar unos cuantos de nuestros secretos —gruñó Russ—. Algunas cosas de Fenris sólo son para sus hijos, y para nadie más.

—Por supuesto, mi rey —asintió Wyrdmake.

Russ volvió a centrar la atención en Ahriman. El Rey Lobo no lo miró como a un individuo, sino como si fuera un objetivo para su agresividad. Los ojos del primarca recorrieron toda la armadura del bibliotecario jefe e identificaron las junturas más débiles, las zonas más vulnerables y los puntos donde una espada penetraría con más facilidad. Russ conoció en un instante el cuerpo de Ahriman mejor de lo que él mismo lo conocía: dónde se partirían con menor esfuerzo los huesos, por dónde entraría mejor una arma de filo o dónde un puño podría partir una placa de protección y destrozar los órganos internos.

—¿Dónde está tu señor? —exigió saber Russ—. Debería estar aquí.

—Y aquí está —dijo la voz profunda y resonante de Magnus.

La fuerza de la presencia de Russ disminuyó, igual que si fuera una tormenta contenida por uno de los escudos kinéticos de Phosis T'kar.

El estado natural de agresividad del Rey Lobo se apaciguó, y la hostilidad que mostraba hacia Ahriman disminuyó. Aquello era de esperar, ya que Magnus era hermano de Russ, un pariente genético que compartía una relación con el Emperador de la que muy pocos podían vanagloriarse.

Varias décadas antes, Magnus había intentado contar el relato de su creación en una reunión del Rehahti. Eligió la palabra «creación» de forma deliberada en vez de la de «nacimiento». Magnus no había nacido del mismo modo que nacían los mortales, sino que debía su existencia a la voluntad del Emperador. A pesar de lo avanzados que estaban en filosofía sus capitanes, aquellos conceptos eran demasiado extraños, demasiado lejanos para la simple comprensión mortal de cualquiera de ellos.

Ser consciente de cómo crecía tu propio cuerpo a tu alrededor, darte cuenta de cómo tomaba forma tu cerebro, más como una pieza arquitectónica que como un organismo, tener una conversación con tu creador mientras tu existencia pasaba de ser una posibilidad conceptual a una realidad tangible… Todo eso había resultado ser demasiado complicado para aquellos que no habían experimentado una evolución acelerada tan excepcional.

Y ésos eran los conceptos más simples de exponer. Para saber todas aquellas cosas y no enloquecer era necesaria una mente muy singular, una mente lo suficientemente avanzada para comprender lo incomprensible, concebir lo inconcebible: la mente de un primarca.

Compartir ese momento de creación con otro ser, saber que a lo largo de todos los eones de existencia de la galaxia no han existido seres como tú y como tus hermanos, había creado unos lazos de unión entre los primarcas que eran inalcanzables para los simples mortales.

Sin embargo, a pesar de esa herencia genética compartida, no parecía existir amor alguno entre Magnus y Russ. La legendaria hermandad entre primarcas, tan ensalzada por los discursos de los iteradores, estaba completamente ausente.

—Hermano Russ —lo saludó Magnus el Rojo.

El primarca de los Mil Hijos dio unos pasos y pasó al lado de Ahriman para colocarse delante del Rey Lobo. Magnus llevaba puesta su armadura de oro y cuero, y su capa de plumas aleteaba al viento. Los dos primarcas habían combatido en la misma campaña desde hacía seis meses, pero ésa era la primera vez que se veían desde hacía treinta años.

Ahriman no había tenido muy claro hasta ese momento qué ocurriría cuando los dos primarcas se reunieran después de pasar decenios separados, pero entre las posibilidades no se incluía aquella muestra tensa de camaradería forzada. Los lobos de Russ le gruñeron y le enseñaron los colmillos, pero Magnus se limitó a menear lentamente la cabeza en un gesto negativo. Los animales retrocedieron y se pegaron a las piernas de su amo con las orejas gachas.

—Magnus —le respondió Leman Russ. El apretón de manos fraternal que se dieron fue puramente artificial, carente de toda calidez. Russ miró a Magnus de arriba abajo—. Esa capa te hace parecerte a un enemigo. Son las plumas.

—O quizá son sus capas las que les hacen parecerse a mí.

—Como sea. No me gusta. Deberías librarte de ella. Una capa es una complicación en una batalla.

—Yo podría decir lo mismo de ese pellejo lanudo de lobo.

—Podrías, pero entonces tendría que matarte —le replicó Russ.

—Podrías intentarlo, pero no lo lograrías —lo desafió a su vez Magnus.

—¿Eso es lo que crees?

—Eso es lo que sé.

Ahriman se sintió horrorizado ante aquella conversación. Un momento después, notó un atisbo de sonrisa en los labios de Russ, y un brillo malicioso en el reluciente ojo ámbar de su primarca.

Dejó escapar un suspiro cargado de tensión al notar algo familiar en aquel intercambio aparentemente hostil. Ahriman había visto a menudo que los soldados que se cruzaban los mayores insultos solían ser los camaradas de armas más cercanos entre sí, donde el nivel de amistad se podía medir por el grado de las ofensas que se lanzaban el uno al otro. ¿Sería lo que estaba presenciando algo semejante?

A pesar de darse cuenta de aquello, sabía que había una tensión en sus palabras, como si ocultaran unos puñales que ninguno de los dos primarcas fuera capaz de ver en sus bromas.

O quizá sí eran conscientes de ellos. Era imposible saberlo.

—¿Qué es lo que te trae por Nido Cuervo 93, hermano? No esperaba verte hasta el asalto al Peñasco Fénix.

—Ese momento ya ha llegado —le respondió Russ, y toda traza de humor desapareció de su tono helado—. Mis fuerzas están preparadas para desencadenar el ataque asesino contra los reyes de nuestros enemigos.

—¿Y qué hay del Urizen? —quiso saber Magnus, utilizando el nombre devocional con el que los Portadores de la Palabra se referían a su

primarca—. ¿También él está preparado para atacar?

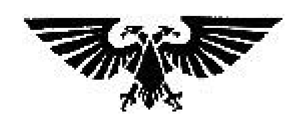
—No lo llames así. Su nombre es Lorgar —le replicó Leman Russ.

—¿Por qué te disgusta tanto ese nombre?

—No lo sé. ¿Es que necesito algún motivo?

—No. Es por simple curiosidad.

—No todo necesita una explicación, Magnus. Algunas cosas simplemente son así. Reúne ya a tus guerreros. Ha llegado la hora de que acabemos con esto.



DOCE
PEÑASCO FÉNIX

Las explosiones pintaron el cielo, y varias naves envueltas en llamas bajaron en espiral para encontrar su destrucción definitiva. Las ráfagas de disparos antiaéreos tejieron un entramado luminoso en el aire. Ahriman las sintió todas momentos antes de que ocurrieran, y a veces se encogía de antemano a la espera de proyectiles que todavía no habían estallado o de andanadas de fuego antiaéreo que todavía no se habían disparado.

Se reclinó en el asiento gravitatorio que se había hecho instalar en el compartimento de tripulación de un transporte Stormhawk muy modificado al que habían designado como *Escarabajo Primus*. La nave volaba detrás del destacamento aéreo de asalto principal, y el ritmo cardíaco de Ahriman se aceleró a medida que las imágenes parpadeantes del futuro brillaron como soles en miniatura en el interior de su mente.

Una docena de guerreros del Escarabajo Oculto se encontraban detrás de él en unos arneses verticales, con los bólters enganchados a las placas pectorales. Parecían las estatuas votivas colocadas a la entrada de la tumba de uno de los reyes de la antigüedad. Lemuel Gaumon quedaba empequeñecido por la masa de aquellos astartes. Su rostro de piel de

ébano estaba pálido y cubierto de sudor, y tenía los ojos cerrados con fuerza.

Llevar mortales a las misiones de combate era algo completamente nuevo para los Mil Hijos, pero en respuesta a sus peticiones insistentes, Magnus había decretado que cualquier rememorador que quisiera contemplar de primera mano la furia de un asalto llevado a cabo por astartes podría acompañarlos.

Sorprendentemente, tan sólo unos pocos habían aceptado. Ahriman sabía que Lemuel había empezado a arrepentirse de la decisión tan precipitada que había tomado, pero como neófito que era, tenía todo el derecho a estar allí. Camille Shivani viajaba en una Thunderhawk de la Sexta Hermandad, y su espíritu disfrutaba ante la oportunidad de acercarse a la línea del frente de aquella guerra. Sus investigaciones habitualmente se ocupaban de civilizaciones desaparecidas mucho tiempo atrás.

En esta ocasión, vería una desvanecerse ante sus propios ojos.

Kallista Eris había elegido no viajar hacia el peligro. Otro ataque de lo que ella llamaba «el fuego» la había dejado completamente exhausta. Mahavastu Kallimakus iba con Magnus, aunque si se comparaba su mente con las emocionadas y aterrorizadas de sus camaradas rememoradores, la del viejo escriba era como la de un fuego prácticamente apagado con espuma antiincendios.

Dentro de la Stormhawk de Ahriman, los espacios internos normalmente reservados para el transporte de tropas y de equipo pesado estaban repletos de bancadas de instrumental de exploración y de receptores cristalinos. Varios cables gruesos serpenteaban por el suelo blindado y acababan conectados en el arnés elevado sobre el que estaba sentado.

Una capucha reluciente cubría la cabeza de Ahriman. Era en realidad una matriz muy fina de cristales cortados con extrema precisión en la Cueva Reflectante que existía bajo Tizca. Su mente flotaba en un estado meditativo, libre de su cuerpo mortal, dentro de una de las Enumeraciones superiores.

Del capuchón de cristal salía una serie de finos alambres de cobre. Sus extremos cubiertos de níquel estaban empapados de un gel psicorreactivo que amplificaba los pensamientos de Ahriman y permitía a otros recibirlos. Su mente flotaba por encima de la superficie del Gran Océano y Aaetpio guiaba las corrientes de los futuros potenciales en su dirección. Al estar tan cerca del presente, aquellos ecos eran fáciles de encontrar, y para el tutelar de un señor de los corvidae era tarea fácil sacarlos del éter.

Su sensibilidad incrementada respecto al futuro inmediato le proporcionaba una conciencia de la situación inigualable. Era capaz de captar el flujo de las corrientes termales que cruzaban las montañas, de ver todas las aeronaves, de sentir el miedo de las tripulaciones a medida que se acercaban al Peñasco Fénix. Su conciencia flotaba por encima del asalto que se estaba realizando y captaba todas las interacciones y los altibajos que se producían como si fuera una simulación de combate que se moviera a cámara lenta.

La ciudad coronada de llamas de los reyes avenios se encontraba a diez kilómetros al este de un círculo de naves cada vez más compacto. Se trataba de una montaña envuelta de cubiertas plateadas con una columna de fuego azul que ardía siempre en su torre más alta. Era una creación mayestática de torres de cristal y puentes imposiblemente elevados que parecían tan frágiles como un bordado de seda. Unos minaretes gráciles y unas pirámides también de cristal remataban los picos montañosos, y las torres de habitáculos que ocupaban la zona relucían como pilares de hielo bajo la brillante luz del sol. Las avenidas con columnatas ascendían por las montañas desde los valles sombríos que se extendían a sus pies, y a lo largo de cada una de ellas se veían el resplandor y el humo de las explosiones provocados por el bombardeo de las brigadas de artillería y los tanques pesados de la Guardia de las Torres de Prospero, la Guardia Vital de Lacuna y los Draks de Ouranti, que asediaban las áreas inferiores.

Atacaban el Peñasco Fénix tanto desde abajo como desde el aire.

—Lo mismo por arriba que por abajo —musitó Ahriman.

Tres mil aeronaves surcaban el cielo en dirección al último baluarte de los avenios. Cruzaban una tormenta rugiente producida por los disparos

antiaéreos y por las últimas escuadrillas de naves de defensa enemigas que habían sobrevivido. Las Thunderhawk de los Lobos Espaciales volaban a toda velocidad hacia las cimas de las montañas, mientras que los Stormbird más pesados de los Portadores de la Palabra y los transportes del ejército imperial se dirigían hacia la enorme base del peñasco. Las naves de los Mil Hijos volaban hacia sus entrañas, y eran una mezcla de veloces cazas Lotus, bombarderos Apis y transportes Stormhawk.

A Ahriman le gustaba comparar el ataque de los Mil Hijos con un organismo vivo, del que su mente increíblemente poderosa era el poder asombroso de Magnus el Rojo. Magnus dirigía el asalto, pero los athanaeans eran sus pensamientos, los raptora su escudo, y los pyrae y los pavoni sus puños.

Los corvidae eran sus ojos y oídos.

Ahriman vio la imagen fugaz de un proyectil perforante que atravesaba la panza del *Garra de Águila*, un Stormbird de la Sexta Hermandad, y envió una advertencia por la matriz. Sintió el breve momento de conexión con el increíblemente complejo entramado del cerebro de Magnus, el astro de más brillo situado en el corazón de una red dorada que eclipsaba a todos los demás con su luminosidad.

Apenas envió el aviso, el *Garra de Águila* viró bruscamente. Unos segundos más tarde, una ráfaga de disparos atravesó el aire y estalló de forma inofensiva por encima de la aeronave. Aquel aviso no era más que uno de la decena que palpitaban al mismo tiempo en la conciencia incrementada de Ahriman. Las naves de los Mil Hijos bailaban en todas las direcciones para esquivar cualquier posible daño. Cada permutación alteraba los esquemas del futuro, cada consecuencia provocaba ondulaciones temporales hacia el exterior que interactuaban con las demás formando unas pautas endiabladamente complejas que tan sólo la estructura mental potenciada de un astartes especialmente entrenado para ello era capaz de procesar.

Ankhu Anen, un camarada del culto Corvidae que iba en otro de los transportes Stormhawk, llevaba a cabo una misión similar. Aquello no era una ciencia exacta y no podrían ver todos y cada uno de los peligros

posibles. Algunas naves sufrirían impactos por mucho que los corvidae se esforzasen en intentar prevenirlo.

Para disminuir en lo posible todos aquellos futuros inalterables, cada nave de asalto albergaba una mezcla de sectas de cada culto. Los adeptos de mayor rango de los pavoni y de los pyrae acribillaban el entorno de las naves con descargas de rayos y de fuego que conseguían hacer estallar los proyectiles enemigos antes de que impactasen, mientras que los raptora mantenían una serie de escudos kinéticos para desviar los pocos proyectiles que lograban atravesar la pantalla de fuego. Los athanaeans se dedicaban a escudriñar los pensamientos de los pilotos de los cazas enemigos para avisar de las maniobras y las rutas de interceptación que planeaban y que leían con toda facilidad en la superficie de sus mentes.

Era una danza de futuros potenciales, un torbellino donde se entremezclaban lo posible y lo real, donde cada uno de esos dos elementos entraba y salía de la existencia a cada momento que pasaba.

Era lo más cercano a la perfección que Ahriman había sentido jamás.

Una explosión cercana sacudió al Stormhawk. El proyectil destinado a borrarlos del cielo estalló sin provocar daño alguno más allá del ala de estribor.

—Dos minutos para posarnos —gritó el piloto.

Ahriman sonrió.

La danza continuó.

Camille sentía el estómago en la garganta, pero disfrutó de la sensación mientras la nave se escoraba con fuerza hacia un lado y una explosión retumbaba contra la panza metálica con un estampido ensordecedor. El casco que llevaba puesto era incómodo y estaba mellado, pero ya había impedido varias veces que la cabeza le acabara estampada contra el fuselaje.

—No se parece a nada que haya leído, ¿verdad? —le preguntó a gritos Khalophis desde el otro extremo del compartimento.

—¡No! —gritó a su vez Camille con una risa forzada—. ¡Es mucho mejor!

No mentía. Aunque tenía la piel erizada por el miedo que sentía y el corazón le martilleaba contra las costillas, jamás se había sentido más viva que en esos momentos. La oportunidad de ver en persona lo que las flotas expedicionarias estaban haciendo en nombre de la humanidad era una ocasión única.

El Peñasco Fénix era una zona de combate, y nada era seguro en un lugar así. Un disparo rebotado, un proyectil de artillería perdido, cualquier cosa podría acabar con su vida en un instante, pero ¿qué sentido tenía la vida si no estabas dispuesta a salir de la zona de seguridad y ver lo que estaba ocurriendo en el filo sangriento de la historia?

—¿Cuánto falta para que aterricemos?

—Un minuto —le informó Khalophis, que estaba recorriendo el pasillo central de la nave con su practicus al lado, un guerrero llamado Yaotl. Ambos se estaban asegurando de que la carga del Thunderhawk estaba lista para desplegarse—. ¿Seguro que quiere ver todo esto? La forma en la que guerrean los astartes no es agradable para aquellos que no están acostumbrados. La mía seguro que no lo es.

—Estoy preparada para ello —le aseguró Camille—. Y quiero verla. Soy rememoradora. Tengo que ver las cosas en persona si quiero que mis relatos tengan alguna valía.

—Es justo. Manténgase detrás de los manípulos y fuera de mi camino, porque no entra dentro de mis deberes protegerla si se pone en peligro. Quédese cerca de Yaotl. Él la protegerá con una capa de fuego, así que tenga cuidado de no tocar nada de valor que pueda encontrar, porque arderá como un papel empapado en promethium.

—No se preocupe —lo tranquilizó ella alzando las manos enguantadas —. No lo haré.

Khalophis hizo un gesto de asentimiento y se volvió hacia el tecnomarine que lo seguía, que estaba murmurando algo. Éste consultó una placa de datos y efectuó unos ajustes de última hora a los sistemas de armamento de los silenciosos pasajeros de la Thunderhawk.

Había nueve autómatas dispuestos en tres filas. Eran unas máquinas voluminosas con forma humanoide, pero del doble del tamaño de un astartes. Khalophis los había llamado catafractos, y eran unos robots de combate que apestaban a aceite lubricante y a híbrido de combustible y eléctrico. Sus cuerpos eran de proporciones exageradas y estaban blindados en los torsos y en los muslos, y además llevaban unas placas de armaplas atornilladas en las piernas de pistones y en los brazos movidos por engranajes.

Estaban pintados de color dorado y de un azul llamativo, y sus cabezas estaban hundidas en el pecho y parecían coronas puntiagudas, mientras que las caras recordaban las máscaras funerarias de emperadores muertos mucho tiempo atrás. Cada uno de ellos estaba armado con un arma de cañón largo en un brazo y un puño de tamaño desproporcionadamente grande en el otro. Una arma enorme alimentada por un cargador de cinta asomaba a la espalda de cada robot, y Camille supuso que aquella especie de cañón acabaría montado en el raíl engrasado que tenía en el hombro cuando se dispusiera a disparar.

¿Qué llegaría a sentir si tocaba un trozo de metal inerte como aquél? ¿Qué recuerdo objetivo podría transmitirle aquella estructura de acero y ceramita? Se quitó un guante y posó con cuidado una mano en el brazo del robot.

Cerró los ojos cuando empezaron a llegarle las sensaciones: los períodos de tiempo inactivos entre combates, los vacíos oscuros, donde sólo se oía el goteo del aceite lubricante entre la activación y el olvido. Vio a través de sus ojos sin sentimientos una hueste de enemigos que caían bajo sus armas, una eternidad de combates sin pensar en las consecuencias o en las razones que impulsaban sus actos.

Camille siguió el flujo de energía que llenó el robot cuando éste se activó y una nueva vida fluyó por sus venas artificiales. Recorrió el trazado de la energía hasta su fuente, y sintió la creciente activación a medida que el programa de combate del robot se iniciaba y su córtex sintético procesaba las órdenes que lo llevarían a la guerra.

Ese recorrido se interrumpió cuando captó una conciencia superior en el interior de la máquina, una chispa de algo que no había esperado encontrar dentro de sus circuitos y de sus válvulas. Notó una sensación de necesidad terrible, el ansia de destruir que ocupaba las funciones superiores de su mente mitad mecánica mitad orgánica.

Camille vio un fragmento de cristal pulido que estaba engastado en el córtex del robot, y supo de inmediato que lo habían cortado en un lugar llamado la Cueva Reflectante de Prospero, del mismo modo que supo que había recibido los cuidados de un aprendiz de criador de cristales llamado Estoca, un individuo al que habían notificado que padecía un tumor pulmonar inoperable, pero que no estaba preocupado porque ya le habían organizado una cita con un sanador pavoni para esa misma tarde.

En la parte posterior del cristal había una llama danzarina, una voluntad animada que se sobreponía a la hoja doctrinal de acciones del robot, excesivamente simple. Era una conciencia que conectaba a los nueve robots bajo una misma autoridad suprema.

El fuego ardía con fuerza y creció en intensidad hasta llenar el cristal con el ansia de luchar. Los robots alzaron sus armas al unísono y los cañones que asomaban por la espalda se colocaron en sus monturas del hombro con un chasquido de engranajes y el siseo de los mecanismos hidráulicos.

Un instante después, la Thunderhawk se posó con un impacto estremecedor y la conexión se interrumpió cuando apartó la mano del brazo de la máquina de guerra.

Todos los robots volvieron la cara hacia ella, y de todos y cada uno de ellos surgió una voz profunda carente de vida.

—No se interponga en nuestro camino, señorita Shivani —resonó la voz transmitida de forma electrónica de Khalophis.

La rampa de asalto se abrió de golpe y un viento aullante cargado de arenilla y del humo acre de los propulsores se coló en el interior. El rugido ensordecedor de los disparos y de las explosiones llenó el compartimento de carga.

El manípulo de robots salió de la Thunderhawk en formación ordenada y marchó al combate.

El característico chasquido de unas alas al plegarse con fuerza contra un cuerpo blanco y velludo fue el primer aviso del ataque. Magnus levantó la mirada más allá de las ruinas de una torre humeante y vio una bandada de alcaudones níveos que se habían lanzado en un vuelo rasante de ataque. Eran treinta por lo menos.

—¡Desplegaos! —gritó.

Los guerreros del Escarabajo Oculto se pusieron a cubierto en los numerosos huecos y salientes que ofrecía el lugar. Magnus envió a Mahavastu Kallimakus con un solo pensamiento hacia la protección que ofrecía la estatua derribada de un león. El venerable escriba le obedeció con los ojos vidriosos. El arnés de escribanía registraba los pensamientos de Magnus, y los mecadendritos rematados por útiles de escribir se dedicaban a llenar página tras página de su grimorio. La calle estaba llena de trozos de cristal y de metal retorcido, además de los restos llameantes de las naves avenias derribadas por los Lobos Espaciales.

Los alcaudones lanzaron unos gritos ululantes mientras atravesaban en picado la lluvia de disparos. Los proyectiles acribillaron el aire, pero hasta los astartes tenían dificultades para acertar a unos objetivos tan veloces. Los proyectiles explosivos estallaron al chocar contra las torres derribadas, pero muy pocas de las criaturas atacantes cayeron y se estrellaron contra el suelo convertidas en una explosión de pelo ensangrentado.

Eran unas criaturas voladoras muy ágiles, y sus cuerpos de pelaje blanco recordaban a serpientes emplumadas. Tenían las alas flexibles y alargadas, gracias a las cuales eran capaces de alcanzar un increíble grado de maniobrabilidad. Unas garras retráctiles asomaban por el borde de ataque de las alas, lo que las convertía en unas sierras voladoras, pero lo que preferían para matar eran sus largos picos ganchudos y afilados. Dos jinetes, montados sobre un arnés de vuelo, controlaban a la criatura. Uno

de ellos actuaba como piloto hasta cierto punto, mientras que el otro estaba armado con un rifle largo de precisión mortífera.

Magnus contempló fascinado cómo aquellas criaturas avenias, pensadas para romper las líneas enemigas, volaban a baja velocidad serpenteando por aquel laberinto de escombros. Sus jinetes los controlaban con una facilidad que indicaba un lazo de unión formado a lo largo de decenios de experiencias compartidas.

Uno de los guerreros del Escarabajo Oculto se asomó para efectuar un disparo rápido a corta distancia, pero calculó mal la velocidad de las criaturas. Un alcaudón cargó raudo como un glorioso caballero de la vieja Franc y su pico afilado relució como una lanza cuando le atravesó el pecho al guerrero. El pico se quedó clavado en el torso y el artillero del alcaudón le disparó al astartes en la cara con una pistola automática. Uno de los impactos directos dio de lleno en el visor y salió por la parte posterior del casco.

Magnus parpadeó y la criatura estalló en llamas. Sus chillidos penetrantes apenas fueron venganza suficiente por la muerte que había causado. Los jinetes intentaron bajarse de un salto, pero Magnus los inmovilizó sobre el arnés con un simple pensamiento y dejó que ardieran allí.

Los demás jinetes de alcaudón atravesaron la posición de los Mil Hijos, pero los guerreros del Escarabajo Oculto eran demasiado veteranos como para dejarse atrapar en terreno abierto cuando tenían otras armas a su disposición.

—Canalización —ordenó Magnus.

Unas siluetas relucientes surgieron de todos y cada uno de los guerreros. Eran tutelares, de formas tan variadas como pájaros, ojos, lagartos y una miríada de siluetas imposibles de identificar. Salieron a terreno abierto, y de sus formas titilantes brotaron rayos de energía y de fuego cuando sus amos canalizaron sus poderes etéreos a través de sus cuerpos sin masa física. Una decena de alcaudones estallaron en llamas y quedaron convertidos en unas bolas aullantes de pelo y de carne. Los supervivientes iniciaron un ascenso de huida, y Magnus esperó hasta que

alcanzaron una altitud adecuadamente letal antes de aplastar los huesos de los alcaudones.

Oyó los agudos gritos agónicos de las criaturas, pero no se molestó en contemplar cómo sus jinetes se desplomaban en picado hacia la muerte. Unas cuantas ráfagas aisladas dirigidas contra los Mil Hijos resonaron cuando la infantería avenia lanzada a la carrera apareció en el otro extremo de la calle.

—Una estupidez. Una estupidez enorme —musitó Magnus.

Cerró el puño y las armas de los avenios les estallaron en las manos. Toda la línea enemiga cayó de un solo golpe. No tardaron en oírse gritos de dolor, pero Magnus no prestó atención a aquel sonido horrible y se acercó con paso tranquilo a los soldados caídos. La mayoría todavía brillaban llenos de miedo y de vida, pero los pisotones de las botas de los guerreros del Escarabajo Oculto no tardaron en apagar ese resplandor.

Mahavastu Kallimakus trotaba obediente detrás de él mientras el chorro continuo de pensamientos de Magnus se transcribía de un modo fiel en el libro. Una vez se ganara aquella batalla, el primarca puliría aquellos pensamientos hasta lograr un texto más artístico adecuado para su gran obra.

Llegó al final de la calle y levantó la mirada hacia el cielo siguiendo un paso elevado sostenido por arbotantes que ascendía en dirección a la entrada de la Gran Biblioteca del Peñasco Fénix.

Las adivinaciones de los corvidae habían localizado con exactitud el lugar donde se encontraba el mayor depósito de conocimiento e historia de la ciudad, un gigantesco museo ubicado en el interior de una pirámide de plata de seiscientos metros de altura y dos kilómetros de base que se alzaba a partir del cuerpo principal de la montaña. A Magnus no se le pasó por alto su similitud con la Gran Biblioteca de Prospero. Varias decenas de puentes estrechos llevaban hasta una plaza que se abría delante de la arcada con el símbolo de una águila. Algunos habían quedado destrozados por el ataque, otros estaban envueltos en llamas, y unos cuantos eran el escenario de combates feroces.

Leman Russ y sus Lobos Espaciales estaban devastando la zona superior de la ciudad, donde acabaron con los líderes y políticos con la misma voracidad que unos depredadores oceánicos en un frenesí alimenticio. Los informes que llegaban por comunicador indicaban que los Portadores de la Palabra y las unidades del ejército imperial habían derrotado con rapidez a los defensores de las puertas de los valles y estaban penetrando ya en los niveles inferiores de la ciudad sin dejar atrás más que cenizas y destrucción.

No quedaría nada de la ciudad de no haber sido por la mano protectora de Magnus.

Los primarcas se habían reunido la noche anterior para discutir cuál era el mejor modo de atacar el Peñasco Fénix. Tanto Leman Russ como Lorgar se mostraron ansiosos por arrasar por completo la ciudad, aunque por razones muy distintas. Russ quería hacerlo simplemente porque se había atrevido a resistírsele, y Lorgar porque le ofendía profundamente su rechazo al Emperador.

Sería difícil imaginarse tres hermanos más diferentes. Russ con aquella máscara bestial de comportamiento salvaje con el que creía que engañaba a todo el mundo, y Lorgar con su máscara tan sutil que ocultaba un rostro que ni siquiera Magnus era capaz de ver del todo. Habían hablado mucho a lo largo de la mayor parte de la noche, y cada uno de los hermanos había intentado salirse con la suya.

El Peñasco Fénix no acabaría como las demás ciudades montañosas de Heliosa, con sus archivos destruidos, sus objetos destrozados y toda su historia olvidada. Magnus salvaría la historia de aquel rincón aislado de la humanidad y reclamaría su lugar en el gran tapiz que formaba la raza humana.

Aquel mundo había sobrevivido a la pesadilla de la Vieja Noche y no se merecía menos.

—Adelantes, hijos míos —dijo Magnus—. Tenemos que salvar el legado de todo un planeta.

Los edificios de la ciudad eran estructuras gráciles construidas sobre la propia roca. Se trataba de un laberinto de viviendas, de lugares de trabajo, de zonas de esparcimiento y de calles, avenidas y pasos subterráneos que se entrecruzaban. Para cualquier fuerza normal, aquella clase de combate ladera arriba sería una lucha brutal de edificio en edificio, en la que se tardaría una enorme cantidad de tiempo y en la que se perdería una terrorífica cantidad de vidas. Sin embargo, los Mil Hijos no eran una fuerza normal.

Ahriman mantuvo su enlace con Aaetpio y utilizó la conexión que su tutelar tenía con el éter para centrar su capacidad de percepción en el futuro más cercano. Vio las trampas antes de que sus enemigos tuvieran tiempo de hacerlas saltar, y captó la presencia de mentes impacientes por comenzar la emboscada.

En vez de entrar por la fuerza en cada edificio, los guerreros del Escarabajo Oculto se limitaron a hacer entrar a sus tutelares en los escondites de sus enemigos y los quemaron con fuegos invisibles o los aplastaron con tremendos golpes psíquicos. La Primera Hermandad de Ahriman, de un modo metódico y veloz, no dejó de ascender hacia donde se encontraba Magnus, quien exhortaba a sus guerreros para que acudieran en su ayuda e impidieran la destrucción del corazón intelectual de la ciudad. Los Mil Hijos se abrieron paso luchando a lo largo de la ciudad, atravesando sus calles y avenidas de suelo de mármol. Cada hermandad luchaba con el estilo propio del carácter de su capitán.

La Segunda Hermandad, la de Phosis T'kar, atravesó por la fuerza bruta las brigadas enemigas con las que se encontraron. Destrozaron sus baluartes con descargas de fuerza etérea mientras avanzaban bajo la protección de unos manteletes invisibles de puro pensamiento. La Tercera Hermandad, la de Hathor Maat, quemó vivos a sus oponentes, les hizo hervir literalmente la sangre en las venas o les arrebató el aire de los pulmones, haciéndolos morir de modos abominables y extremadamente dolorosos.

El único que no debía acudir en ayuda del primarca era Khalophis, que había recibido la misión de asegurar la retaguardia de los Mil Hijos con sus capítulos de devastadores y con los batallones de manípulos robots. Los cristales de resonancia psíquica le permitían al capitán de la Sexta Hermandad dirigir sus cargas ciegas con una precisión absoluta en vez de confiar en las hojas de instrucciones que le había proporcionado la Legio Cybernetica.

Las bandadas de alcaudones se lanzaban al ataque contra los Mil Hijos en cuanto veían una oportunidad. Aquellos ataques eran tan rápidos y tan feroces que ni siquiera los sentidos precognitivos potenciados de Ahriman eran capaces de anticiparlos todos. La Primera Hermandad ya había sufrido casi un centenar de bajas hasta ese momento, y sabía que serían muchas más antes de que acabara la batalla.

Ahriman se dirigió hacia una columna derribada, detrás de la cual se había puesto a cubierto Lemuel Gaumon. Se fijó en que la longitud de la columna tenía las proporciones clásicas, y que el capitel tenía la forma rematada en hojas típica de las columnas de la Gran Biblioteca de Prospero. Ahriman sonrió ante lo sorprendente de aquella observación.

Lemuel tenía las manos apretadas contra los oídos en un intento de aislarse de los gritos agudos de los pájaros alienígenas y del estruendo de los disparos de los astartes. El terror que sentía el rememorador se derramaba a su alrededor en chorros de energía de un color amarillo verdoso. Sobek, que estaba a su lado, respondía al fuego enemigo, y cada disparo de su bólter levantaba chorros de polvo en la parte superior de la columna.

—¿Era esto lo que te esperabas? —le preguntó Ahriman mientras metía otro cargador en la pistola.

Lemuel alzó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es terrible. ¿Cómo pueden soportarlo?

—Para esto nos entrenaron —le respondió al mismo tiempo que el eco de una rugiente andanada de disparos de bólter resonaba contra las paredes.

La respuesta fueron unos aullidos penetrantes, y los disparos enemigos de respuesta rebotaron contra la parte superior de la columna. Lemuel se encogió un poco más sobre sí mismo cuando los disparos de energía pasaron chillando. Sobek siguió disparando de forma metódica, sin inmutarse siquiera por la cercanía con la que pasaba el fuego enemigo.

Una repentina y violenta pulsación de advertencia de Aaetpio lo hizo caer de rodillas.

El pico del alcaudón tajó el aire por encima de su cabeza. Él giró de inmediato el báculo heqa para bloquear una de las alas segadoras. Le disparó a la criatura en la cabeza, y el cuerpo quedó rematado por un muñón del que salía un chorro de sangre después de que el proyectil le estallara dentro del cráneo. El animal cayó al suelo justo cuando otra bandada de alcaudones se lanzaba en picado al ataque.

Las garras de uno de aquellos asesinos voladores se clavaron en la columna que Ahriman tenía al lado. La piedra se partió cuando la bestia intentó golpearlo con las alas. Las garras surgieron de sus fundas quitinosas y Lemuel lanzó un grito de terror. El monstruo giró su largo pico afilado hacia el rememorador, y el astartes extendió un brazo con la palma de la mano abierta antes de cerrarla de golpe.

El alcaudón que se alzaba por encima de Lemuel soltó un graznido ahogado cuando su sistema nervioso se sobrecargó con la oleada de impulsos dolorosos que lo recorrieron. Se desplomó convertido en un montón de carne temblorosa hasta que Ahriman le partió el cuello de un pisotón. Un instante después, giró sobre sí mismo cuando su sentido precognitivo le lanzó un grito de advertencia. Bloqueó otro picotazo afilado con el báculo y envió una descarga llameante al cuerpo de su atacante.

La criatura chilló cuando su cuerpo se incendió. Las llamas recorrieron su cuerpo peludo con una rapidez antinatural. Aquel fuego se alimentaba de la fuerza vital de su víctima, por lo que tan sólo se apagaría cuando la criatura estuviese muerta.

Sobek se enfrentaba a dos de las bestias. Tenía el brazo izquierdo atrapado por el pico de un alcaudón de pelaje blanco que intentaba

cortárselo a la altura del hombro. Las alas de la otra bestia retumbaban mientras se mantenía en el aire por encima del practicus convertida en un torbellino de polvo que arrancaba trozos de la armadura de Sobek con sus garras.

El astartes y las aves depredadoras luchaban entremezclados en una masa confusa de extremidades, hojas afiladas y garras. Ahriman apuntó con la pistola hacia aquel combate cuerpo a cuerpo. Se unió a la conexión de Aaetpio con el Gran Océano y revisó en una fracción de segundo la miríada de sendas potenciales que ofrecía el futuro para determinar en qué dirección debía apuntar su bólter. Apretó el gatillo dos veces en rápida sucesión.

El primer proyectil atravesó el cráneo del alcaudón que tenía agarrado a Sobek con el pico, y el segundo explotó en el corazón de la bestia que lo sobrevolaba. Los dos puntos de impacto se encontraban a menos de diez centímetros del cuerpo del practicus. Ambas bestias se desplomaron contra el suelo, muertas al instante por los disparos letalmente certeros de Ahriman.

—Gracias, mi señor —le dijo Sobek tras liberar el brazo del pico del alcaudón.

La armadura estaba partida por completo, y los músculos del brazo del practicus estaban desgarrados y ensangrentados.

—¿Puedes seguir luchando?

—Sí, mi señor —le aseguró Sobek—. La herida ya se está curando.

Ahriman asintió y se arrodilló al lado de Lemuel.

—¿Qué hay de ti, neófito? —le preguntó.

Lemuel inspiró profundamente. Tenía la piel de un color ceniciento y las lágrimas habían abierto unos surcos húmedos en el polvo que le cubría las mejillas. Todavía sonaban disparos un poco más abajo de la avenida, pero ninguno iba en su dirección.

—¿Están muertos? —preguntó el rememorador.

—Lo están —le confirmó Ahriman—. De todas maneras, no estabas en peligro. Sobek ha mantenido todo el tiempo una pantalla camaleónica a tu alrededor, así que lo más probable es que los pájaros ni siquiera supieran

que estabas aquí hasta que gritaste. Además, el sargento Xeatan te protege de cualquier disparo perdido con un escudo kinético.

—Creí que todos eran del Corvidae. Adivinadores. ¿Los telekinéticos no son los raptora?

—La mayoría de mis guerreros pertenecen al culto Corvidae —admitió Ahriman, encantado de tener la oportunidad de enseñar algo, aunque fuera en mitad de aquel combate—. Al igual que todas las hermandades de los Mil Hijos, cada capítulo y cada escuadra incluyen guerreros pertenecientes a distintos cultos. Sobek y yo somos del Corvidae, pero Xeatan es del Raptora.

Ahriman señaló a un guerrero que se había puesto a cubierto en el hueco de una puerta para protegerse de los disparos incesantes de una docena de soldados avenios. En la hombrera de su armadura se veía la estrella serpentina de los Mil Hijos con la imagen de una pluma larga y colorida en el centro.

—Y Hastar, que está allí, es un miembro del culto Pavoni. Mira.

A pesar del tremendo terror que sentía, Lemuel se asomó por el borde de la columna justo a tiempo de ver que Hastar se ponía al descubierto en cuanto los soldados aveníos salieron de su cobertura. Llevaba el bólter sujeto al muslo, y afirmó el pie izquierdo a su espalda en ángulo recto respecto al pie derecho, más adelantado. Los avenios lo vieron de inmediato y alzaron sus armas, pero antes de que tuvieran tiempo de disparar, una masa de relámpagos surgió de las manos extendidas de Hastar y un trueno ensordecedor reventó todos los paneles de cristal en quinientos metros a la redonda.

Los sentidos automáticos del casco de Ahriman compensaron el repentino brillo cegador, pero Lemuel tuvo que pestañear muchas veces para eliminar el resplandor que se le había quedado grabado en la retina. Para cuando se le despejó la visión, todo había acabado. Los soldados avenios eran columnas abrasadas de carne ennegrecida, unas estatuas quemadas que se mantenían en pie porque las articulaciones de los huesos se habían fundido impidiendo cualquier movimiento. La grasa se deslizaba

por la carne achicharrada igual que si fuera manteca fundida. Lemuel se dobló sobre sí mismo y vomitó todo lo que llevaba en el estómago.

Luego levantó la vista horrorizado.

—Dulce Inkosazana, Señora de los Cielos, sálvame —musitó.

Ahriman le perdonó aquella súplica pagana. Lemuel aspiró profundamente varias veces y después se limpió la boca antes de escupir.

—Ha sido… horrible. Quiero decir, increíble. ¿Cómo… cómo supo que esos soldados iban a moverse en ese preciso instante?

—Porque al otro lado de la calle hay un capitán de los athanaeans que se llama Uthizzar —le explicó Ahriman al mismo tiempo que señalaba a un astartes que estaba agazapado a cubierto detrás de la protección que ofrecía otra columna derribada—. Él le leyó el pensamiento al oficial enemigo y avisó a Hastar de que estaban a punto de moverse.

—Increíble. Simplemente increíble —repitió Lemuel.

Ahriman sonrió, satisfecho de que su neófito hubiera aceptado con tanta rapidez los poderes fundamentales de los Mil Hijos. La prisa indecorosa que se había dado el Imperio por abrazar el secularismo y la razón había hecho que muchos de sus súbditos perdieran toda capacidad de asombro. El nuevo credo prohibía todo conocimiento sobre lo esotérico y tachaba a aquellos que estudiaban esa ciencia de hechiceros impuros, en vez de considerar sus esfuerzos simplemente como una nueva forma de entendimiento.

—Aprendes con rapidez, Lemuel —le dijo Ahriman. Luego se puso en pie y reunió a todos sus guerreros con el gesto de cerrar el puño—. Ahora, lee sus auras y dime qué sientes.

Trescientos guerreros, en su mayoría exterminadores del Sekhmet de Ahriman y veteranos del Escarabajo Oculto, formaron al lado de los guerreros de Uthizzar.

Lemuel cerró los ojos.

—Orgullo. Un orgullo tremendo en sus habilidades.

—Puedes hacerlo mejor. Hasta un niño podría decirme eso de unos guerreros. Ahonda.

Lemuel empezó a respirar profundamente y Ahriman captó el cambio de su aura cuando entró en la más baja de las Enumeraciones. Lo hizo con torpeza y de un modo poco elegante, pero era más de lo que podía lograr la mayoría de los mortales.

Era fácil olvidar que ni el propio Ahriman había sabido antaño cómo alcanzar aquel estado de conciencia. Precisamente enseñarle a alguien una tarea que para él resultaba tan simple como respirar hacía que fuera difícil recordar donde estaban las dificultades del proceso.

—Deja que llegue de un modo natural. Súbete a sus olas y eso te guiará hasta lo que buscas.

El rostro de Lemuel se relajó cuando captó el pulso emocional de la ciudad: el negro temeroso de su población, el carmesí intenso de sus soldados y el orgulloso dorado subyacente que palpitaba en todos y cada uno de los corazones.

Ahriman sintió la violenta descarga de energía psíquica un segundo antes de que les impactara.

Les pasó por encima. Fue una descarga de estruendo psíquico repentina y aplastante que les sobrecargó todos los sentidos por su increíble violencia. Uthizzar aulló y soltó su arma, mientras que Lemuel se desplomó presa de un ataque de convulsiones.

—¡Por el Gran Océano! ¿Qué ha sido eso? —gritó Sobek—. ¿Una arma?

—Una onda de choque psíquica —respondió Uthizzar entre jadeos—. Una de proporciones inmensas.

Ahriman se esforzó por anular el dolor que sentía y se arrodilló al lado del rememorador. El rostro de Lemuel era una máscara de sangre. Le salía por los ojos en grandes lagrimones y de la nariz en un chorro continuo.

—¿Tan fuerte? —preguntó Ahriman, que parpadeaba para despejar la vista de los destellos que todavía le asaltaban los ojos—. ¿Estás seguro?

Uthizzar asintió.

—Lo estoy. Es un aullido de rabia pura, fría, feroz e inmisericorde.

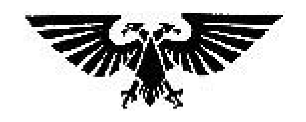
Ahriman confió plenamente en Uthizzar, ya que él mismo notó el sabor a metal helado y captó el eco de la furia de un cazador que ha

perdido a su presa.

—Semejante descarga de fuerza psíquica es demasiado poderosa para cualquier mente mortal —dijo Uthizzar mientras rememoraba un recuerdo doloroso—. Ya lo he sentido antes.

Ahriman leyó su aura y lo supo.

—Leman Russ.



TRECE
BIBLIOTECA
CAMBIO DE CARNE
EL PACIFICADOR

Siguieron ascendiendo por el Peñasco Fénix. La Primera Hermandad de Ahriman se unió a la de Hathor Maat en un desfiladero que ocupaban los talleres de los artesanos, y los elementos de avanzada de la Guardia de las Torres de Prospero se unieron a ellos en una zona de cimas huecas que servían como silos. Las tropas de desembarco de los Draks de Ouranti, con sus capas escamosas y sus cascos reptilianos, ya habían tornado los distritos que se encontraban por encima de la posición de Ahriman, y se hicieron a un lado para dejar pasar sin estorbos a los astartes, que avanzaban con paso decidido.

Los informes que llegaban sobre los combates eran un tanto confusos. Había un intercambio de disparos casi a bocajarro en los distritos del sudoeste, un combate cuerpo a cuerpo en el que estaban involucrados seis mil soldados y que se desarrollaba en la zona inferior de un sector de manufactorías que se levantaba en las laderas agrestes de la montaña. Además, se estaban librando duelos de artillería en los flancos

residenciales septentrionales, y unos combates aéreos de vértigo entre los discos deslizadores de los Mil Hijos y los últimos jinetes de alcaudón supervivientes.

Los informes se interrumpían entre descargas de estática. Ahriman apenas fue capaz de sacar algo en claro de todo aquel caos. En todos ellos se hablaba de la victoria inminente y de la destrucción de las fuerzas enemigas, pero dos hechos eran más que evidentes:

Los Portadores de la Palabra avanzaban con lentitud, con mucha más lentitud de que se esperaba de ellos.

No se podía decir lo mismo de los Lobos Espaciales.

Leman Russ y su Primera Gran Compañía habían desembarcado directamente en la cima más alta de la montaña plateada, donde habían apagado la llama eterna y habían derribado todos los símbolos del gobierno. La guardia de la Corte del Fénix se había enfrentado con valor a la marea imparable que representaban los Lobos Espaciales, pero los avenios habían acabado hechos pedazos y arrojados desde la cima de la montaña.

Los reyes derrotados habían ofrecido su rendición, pero Leman Russ hizo oídos sordos a sus súplicas. Había jurado en el Gran Anular matarlos a todos, y el Rey Lobo no era alguien capaz de romper un juramento por algo tan nimio como la piedad. Los Lobos Espaciales bajaron por la montaña destrozándolo todo a su paso, convertidos en una fuerza imparable de la naturaleza. Sus hachas, espadas y bólters destriparon las filas de los defensores igual que un carnicero lo haría con un animal recién sacrificado.

No quedó nada a su paso. La ciudad de la montaña, una auténtica obra de arte, quedó arrasada por la brutalidad insensata y el salvajismo innecesario. Detrás de los guerreros de Russ sólo quedó la muerte, y delante de ellos estaba ya el siguiente objetivo que querían destruir: la Gran Biblioteca del Peñasco Fénix, donde Magnus el Rojo y la Segunda Hermandad de Phosis T'kar estaban formados en líneas ordenadas.

Por fin, la ola destructora de los Lobos Espaciales se detuvo.

Ahriman condujo a sus guerreros a través de una calzada elevada y estrecha que cruzaba un abismo inmenso y que ascendía hasta la amplia plaza presidida por una enorme pirámide reluciente de cristal y de plata. Muchos de sus ricos paneles habían quedado destruidos por la batalla, pero seguía siendo una estructura magnífica, semejante a los templos piramidales de Prospero, aunque a una escala mucho menor.

—Los guerreros de Russ han destrozado este lugar —comentó mientras observaba los daños que habían producido en la ciudad—. Voy a tener que estar de acuerdo contigo, Ahzek.

—¿Sobre qué?

—Que quizá esto ha sido un desperdicio de vidas —le respondió Hathor Maat con una sinceridad que sorprendió a Ahriman.

Al haber ascendido tanto, Ahriman ya fue capaz de ver con claridad la cumbre de la montaña, una cima plateada de la que salía un denso humo negro en vez de la llama de un fuego ceremonial. La zona alta de la montaña estaba envuelta en numerosos incendios, y desde su posición privilegiada, el bibliotecario jefe se dio cuenta de que la situación no era mucho mejor en la zona baja.

Delante de él vio a las filas de astartes arrodillados con la insignia de la Segunda Compañía que defendían el extremo de la calzada elevada. Los guerreros tenían alzados los bólters, listos para disparar, y distinguió también el resplandor titilante de los escudos kinéticos que distorsionaban el aire por delante de ellos.

Lemuel Gaumon alcanzó a Ahriman. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo y por las manchas de sangre que se le habían secado sobre las mejillas.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó Lemuel entre bocanadas jadeantes de aquel aire algo escaso de oxígeno—. ¿Podéis ver al Rey Lobo? ¿Están en peligro sus guerreros?

—Algo así —admitió Ahriman—. Están en peligro, aunque todavía no sé quién los amenaza.

Ahriman intercambió una mirada con Uthizzar, pero su camarada se limitó a encogerse de hombros en un gesto de desconcierto. Aquello no era buena señal. Si ni siquiera un telépata era capaz de adivinar lo que estaba ocurriendo, él tendría muy pocas posibilidades de averiguarlo.

—Vamos, descubramos qué está pasando realmente.

Los guerreros del extremo de la calzada bajaron los bólters al verlos acercarse, y Ahriman vio unas grandes brechas en sus hombreras. No eran las hendiduras limpias abiertas por las garras de los alcaudones, sino los grandes desgarrones provocados por las espadas sierra.

El esplendor de la Gran Biblioteca se alzaba por encima de él, una ladera vítrea y reluciente de cristal polarizado. Un portal dorado conducía a su interior, y Ahriman disfrutó por un momento con la idea de explorar sus rincones más profundos para desvelar los secretos de aquel planeta.

Varios grupos de guerreros de los Mil Hijos defendían las demás calzadas elevadas que seguían en pie. Cada una de ellas conducía a la masa principal de la montaña. Magnus el Rojo se encontraba en el borde de la plaza. Su armadura era un resplandor dorado y carmesí. Empuñaba su espada curva y todo su cuerpo chasqueaba cargado de energía etérea. Detrás de Magnus estaba su viejo escriba, y Ahriman se sintió sorprendido de que el anciano hubiera sobrevivido a aquella feroz batalla.

Phosis T'kar se acercó a la carrera a Ahriman. Su báculo heqa relucía por las líneas sibilantes de energía que lo cubrían.

—Ahzek, Hathor. Habéis tardado —les dijo.

—Vinimos en cuanto nos fue posible —le replicó Hathor Maat.

—Ya estáis aquí, y supongo que eso es lo que importa. ¿Sabéis algo de Khalophis?

—No —respondió Ahriman—. Está conectado mediante los cristales a sus robots, y es difícil determinar su localización exacta cuando su conciencia está tan dispersa.

Phosis T'kar se encogió de hombros.

—Muy bien. Tendremos que enfrentarnos a esta situación sin él.

—¡T'kar, dime qué está ocurriendo! Oímos el grito psíquico de mayor potencia que jamás había experimentado —le dijo Ahriman.

—Fue Leman Russ, ¿verdad? —apuntó Uthizzar.

Phosis T'kar asintió antes de darse la vuelta e indicarles con un gesto que lo siguieran.

—Es lo más probable —soltó un momento después—. Ha matado a casi todos los miembros del culto Athanaean de mi hermandad, y los que no han muerto han quedado reducidos a imbéciles babeantes.

—¿Muertos? —exclamó Uthizzar.

Aquellos guerreros no pertenecían a su hermandad, pero como magister templi de los athanaeans, a Uthizzar le eran tan cercanos como a Phosis T'kar.

—Muertos —repitió Phosis T'kar—. Eso es lo que he dicho. Y ahora, dejad de perder el tiempo. El primarca os quiere junto a él.

Ahriman dejó a un lado la irritación que sentía por la brusquedad del trato de Phosis T'kar y lo siguió hasta donde Magnus se encontraba, en el extremo de la calzada más ancha.

—¿Dónde está el Rey Lobo? —preguntó Lemuel.

Phosis T'kar lo miró con desdén.

—Contéstale —le ordenó Ahriman.

—No lo sabemos con seguridad, de lo que estamos seguros es de que se dirige hacia aquí.

Magnus se volvió hacia ellos cuando se acercaron, y Ahriman sintió toda la fuerza de la rabia que emitía su primarca. Sus músculos bullían llenos de vida y palpitaban debajo de la piel. Su ojo mostraba una tonalidad igualmente beligerante. La estatura de Magnus siempre había sido de proporciones variables, pero la rabia que sentía lo había vuelto enorme.

Ahriman sintió el miedo de Lemuel, pero se sorprendió al no notar ninguno en Mahavastu Kallimakus antes de darse cuenta de que la voluntad de aquel individuo estaba anulada por su conexión mental con el primarca.

—¿Quién hubiera creído que llegaríamos a esto? —dijo Magnus, y Ahriman dejó de pensar en el escriba del primarca.

—¿Llegar a qué? ¿Qué está ocurriendo? —preguntó en voz alta.

—Esto —le respondió Phosis T'kar señalando al otro extremo de la calzada.

Un destacamento de Lobos Espaciales se agrupó al otro lado de la calzada. Los dirigía un guerrero con la cara cubierta por una máscara de cuero cuyos ojos eran pedernales fríos e inmisericordes. Llevaban las armas en la mano, y una jauría de lobos sujetos mediante gruesas cadenas se agitaba sin cesar ansiosa por morder y desgarrar.

—¿Amlodhi Skarssen? —exclamó Ahriman—. No lo entiendo. ¿Nos atacan ellos? ¿Por qué?

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Ahí vienen! —le replicó Phosis T'kar.

La carga de los Lobos Espaciales fue algo de una belleza enorme y terrible.

Avanzaron como una gran ola de placas de armaduras que chocaban entre sí, de escudos que hacían resonar y de barbas enhiestas. No echaron a correr, sino que cargaron a grandes zancadas. Sus sonrisas feroces, la exhibición de colmillos y su falta de prisa indicaban una confianza brutal en sus propias habilidades.

Aquellos guerreros ni siquiera necesitaban correr para aplastar las líneas enemigas.

Su habilidad en el combate cuerpo a cuerpo sería más que suficiente.

El horror que Ahriman sentía aumentó con cada zancada que los Lobos Espaciales daban hacia los Mil Hijos. ¿Cómo era posible que aquellos guerreros, que habían sido sus aliados hasta hacía poco, se hubieran convertido en sus enemigos? Las cadenas que sujetaban a los lobos de fauces babeantes quedaron sueltas y las bestias monstruosas se lanzaron a la carrera por la calzada.

Phosis T'kar se colocó en posición en el centro de la línea de los Mil Hijos. Sus camaradas guerreros del culto Raptora se arrodillaron a su lado.

—Escudos kinéticos —ordenó al mismo tiempo que extendía los brazos por delante de él, y el aire se enturbió cuando los escudos de energía se materializaron.

—Dadles a esos lobos algo de lo que arrepentirse —dijo Hathor Maat, y los pavoni bajo sus órdenes conjuraron una serie de tormentas eléctricas en el camino de los lobos. Hastar se colocó al lado de Hathor Maat, y sus guanteletes chasquearon cargados de poderosos relámpagos.

—No quiero muertos, hijos míos —les ordenó Magnus—. No nos mancharemos de sangre las manos en un combate que no es culpa nuestra.

El entramado de descargas eléctricas disminuyó de potencia cuando Hathor Maat redujo su poder, pero Ahriman sintió su reticencia a hacerlo.

—¡Mi señor! ¿Por qué está ocurriendo esto? —le preguntó Ahriman en un tono de voz suplicante.

—Ocupé la Gran Biblioteca con los guerreros del Escarabajo Oculto —le explicó el primarca—, pero la Gran Compañía de Skarssen llegó pisándonos los talones. Querían destruir la biblioteca, y yo los detuve.

Ahriman notó la enfermiza sensación de que los acontecimientos empezaban a escapar del control de los presentes. El orgullo, el ego y el ansia ancestral de combatir habían chocado entre sí, y casi siempre aquel tipo de impulsos ciegos tenían que recorrer todo su camino devastador antes de poder ser detenidos.

La carga de los Lobos Espaciales era un poder elemental e imparable. Los Mil Hijos eran un baluarte implacable e inamovible.

¿Qué poder en la galaxia podría someter a aquellas fuerzas desatadas?

Los lobos lanzados a la carrera fueron los primeros en sufrir la furia de los Mil Hijos. Se metieron de cabeza en la red titilante de relámpagos y sus pieles se incendiaron de inmediato. Los aullidos de agonía resonaron por toda la montaña cuando el pelo en llamas les abrasó la piel. Los animales chascaron las mandíbulas y rodaron sobre sí mismos en sus intentos

frenéticos por apagar el fuego. Dos cayeron de la calzada y se convirtieron en meteoros llameantes que se dirigían a su muerte segura en el fondo del abismo. Otros huyeron, mientras que unos pocos siguieron avanzando.

Ninguno de ellos logró sobrevivir hasta llegar a los Mil Hijos.

Los Lobos Espaciales cruzaron al trote la muralla de fuego etéreo y sus armaduras sisearon y se ennegrecieron, pero los mantuvieron a salvo de cualquier daño. Los escudos con símbolos lupinos se entrelazaron por los bordes, y las espadas del color del hielo asomaron la punta en los huecos que quedaron. Los gañidos de los animales se habían apagado del todo para ser sustituidos por los aullidos feroces y ululantes que salían de las gargantas de los guerreros de Amlodhi Skarssen.

Sólo diez metros separaban ya a las dos fuerzas.

—¡Empujadlos hacia atrás! —ordenó Magnus.

Phosis T'kar hizo un gesto de asentimiento, y los guerreros de la Segunda Hermandad se adentraron en la calzada con los escudos kinéticos enfrentados a los físicos.

—¡Tenemos que parar esto! ¡Es una locura! —gritó Ahriman.

Magnus se volvió hacia él, y la inmensa furia del primarca se coaguló a su alrededor. Era una rabia feroz y tan salvaje como la de cualquiera de los Lobos Espaciales.

—Ahzek, no fuimos nosotros quienes empezamos esto, pero si es necesario, seremos quienes lo terminemos.

—¡Por favor, mi señor! —le suplicó Ahriman—. Si luchamos contra los guerreros del Rey Lobo, él no nos lo perdonará jamás.

—No necesito su perdón, ¡pero haré que me respete! —le replicó furioso Magnus.

—Éste no es el modo de conseguirlo, mi señor. Los dos lo sabemos. El Rey Lobo jamás olvida y jamás perdona. Si matamos a uno solo de sus guerreros, os hará responsable de ello para siempre.

—Ya es demasiado tarde para eso, Ahzek —le dijo Magnus con la voz cargada de un temor innombrable—. Ya ha comenzado.

Los escudos de los Mil Hijos chocaron con los de los guerreros de Amlodhi Skarssen con un chirrido discordante. Fue el sonido rasposo de

una fuerza invisible al chocar con el acero forjado en el hielo. Los Lobos Espaciales y los Mil Hijos doblaron la espalda hacia adelante para empujar los unos contra los otros. Era una batalla entre la fuerza de voluntad y la fuerza física.

Nadie empuñó armas de fuego, como si ambas fuerzas se hubieran dado cuenta de que aquel enfrentamiento debía resolverse con cada guerrero mirando cara a cara a su oponente. Ambos bandos se mantuvieron firmes, tan inamovibles y estáticos como los astartes tallados en un gran bajorrelieve triunfal que celebrara la victoria en una batalla. Sin embargo, era una situación de punto muerto que no podría mantenerse durante mucho tiempo.

Lentamente, metro a metro, los Mil Hijos empezaron a verse obligados a retroceder.

—¡Hathor Maat! ¡Hazlos caer! —fue la siguiente orden de Magnus.

El capitán de la Tercera Hermandad se golpeó el pecho con un puño y dirigió su tremenda fuerza de voluntad en ayuda de sus hermanos de batalla. Hastar se colocó a su lado cuando los guerreros del culto Pavonis descargaron toda la furia de su capacidad de biomanipulación.

Unas corrientes invisibles de energía etérea se infiltraron en los cuerpos de los Lobos Espaciales y bloquearon los transmisores neuronales, desviaron los impulsos eléctricos del cerebro y disminuyeron con rapidez el nivel de oxígeno en la sangre que salía de los pulmones. El efecto fue inmediato.

El empuje de los Lobos Espaciales se debilitó cuando sus cuerpos se rebelaron contra sus voluntades. Las extremidades sufrieron espasmos, los músculos cardíacos entraron en fibrilación y los guerreros perdieron toda su autonomía física cuando comenzaron a estremecerse igual que marionetas enloquecidas gobernadas por un titiritero demente. Ahriman contempló cómo Amlodhi Skarssen se desplomaba sobre una rodilla al mismo tiempo que el escudo se le caía de unos dedos sin fuerza, ya que su cuerpo se negó a cumplir lo que le ordenaba.

Los dientes del señor lobo chirriaron, y del hueco de la boca de la máscara comenzaron a salir espumarajos sanguinolentos. Los Lobos

Espaciales manotearon y patalearon al sufrir un dolor agónico que les llegaba hasta la médula de los huesos a medida que su sistema nervioso se sobrecargaba con la oleada de impulsos neuronales que los sacudió. Ahriman se exasperó al ver lo que Hathor Maat disfrutaba de aquella demostración de poder tan innecesaria. Los pavoni tenían fama de ser algo crueles y venales, pero aquello ya era repugnante.

—¡Para! —le gritó Ahriman cuando ya no le fue posible contener más la rabia que sentía. Echó a correr y agarró a Hathor Maat del brazo cuando llegó a su lado para volverlo hacia él—. ¡Ya basta! ¡Los estás matando!

Ahriman lanzó una descarga de estática etérea contra el aura de Hathor Maat, y el capitán de la Tercera Hermandad se estremeció.

—Pero ¿qué haces? —lo interpeló Hathor Maat.

—Detener esto. Suéltalos —le exigió Ahriman.

Hathor Maat lo miró fijamente y luego miró de reojo a Magnus. Ahriman se le echó encima y lo agarró por el borde de las hombreras.

—¡Hazlo ya! ¡Detente! —le gritó.

—Ya está hecho —respondió Hathor Maat al mismo tiempo que se lo quitaba de encima de un empujón.

Ahriman se volvió hacia los Lobos Espaciales y dejó escapar un largo suspiro tembloroso cuando las energías de los pavoni se desvanecieron. Los guerreros de armadura gris quedaron tendidos en el suelo de la calzada. La carga había quedado rota y había perdido todo su ímpetu. Amlodhi Skarssen se esforzó por ponerse en pie mientras luchaba por controlar los diferentes impulsos encontrados que todavía le recorrían el cuerpo. Tenía los ojos llenos de sangre y se estremecía de arriba abajo por el esfuerzo de mantenerse de pie delante de sus enemigos.

—Os… conozco… A… todos… vosotros… —dijo entre dientes, esforzándose por pronunciar todas y cada una de las palabras.

—¡Te dije que pararas! —gritó Ahriman volviéndose hacia Hathor Maat.

—Y lo he hecho. Lo juro —protestó el capitán de la Tercera Hermandad.

Ahriman sintió una tremenda oleada de poder a su lado, y vio que Hastar se estaba estremeciendo con tanta fuerza como Amlodhi Skarssen. Ahriman se acercó a su aura y sintió la palpitación ardiente del terror entremezclada con unas energías aberrantes.

Lo embargó una sensación de horror al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Hathor Maat lo vio también, y ambos se lanzaron de cabeza contra Hastar, al que derribaron un momento antes de que sufriera un violento ataque de convulsiones.

—¡Inmovilízalo! —gritó Ahriman mientras se esforzaba por abrir los sellos de aislamiento de la gorguera de la armadura.

—No, por favor —suplicó Hathor Maat—. ¡Resiste, Hastar! ¡Lucha!

Ahriman le arrancó de un tirón el casco y lo tiró a un lado. Lo que quedó ante sus ojos fue un espectáculo que ya había visto y que había tenido la esperanza de no volver a contemplar jamás.

La carne de Hastar hervía llena de ambición. Se retorcía y curvaba de un modo antinatural. Los músculos y los huesos de su cráneo se hincharon con un crecimiento fluido y continuo. La mirada del guerrero mostró una expresión de terror, y sus ojos desconcertados se llenaron de una luz roja hasta que parecieron carbones sacados de una forja encendida.

—Ayudadme —jadeó Hastar.

—¡Cambio de carne! —gritó Ahriman.

Se esforzó por mantener tumbado a Hastar, pero los cambios que estaban azotando el cuerpo de su camarada eran tan apocalípticos como catastróficos. La armadura se combó a medida que el cuerpo que contenía continuaba su expansión, y lo hizo de un modo tan terrible que la placa pectoral se agrietó por la línea central. Su carne estaba sufriendo cambios. Las venas llenas de energía serpenteaban por la piel pálida cubierta de luz que emanaba como sudor del cuerpo agonizante del guerrero.

Hastar gritó, y Ahriman lo soltó un poco cuando el horror provocado por la muerte de Ohrmuzd salió en tromba de un rincón oculto de su mente. Hastar se los quitó de encima de un tremendo empujón. Su cuerpo en continua expansión se había hinchado deformándose hasta lo grotesco,

con excrecencias incrustadas, con apéndices mutantes y con tentáculos serpenteantes de una materia pastosa.

El cuerpo de Hastar se puso de repente en pie acompañado del gorgoteo de la carne húmeda y el crujido de unos huesos deformados, aunque era imposible distinguir qué clase de extremidades lo sostenían en aquella marea de carne en erupción. Su cuerpo estaba cubierto de descargas de energía chasqueante, y sus gritos se convirtieron en una serie de carcajadas gorgoteantes provocadas por una risa enloquecida.

—¡Matad eso! —gritó una voz, pero Ahriman no supo de quién era.

—¡No! —replicó, aunque sabía que todo era inútil—. Sigue siendo Hastar. ¡Es uno de los nuestros!

Los Mil Hijos se dispersaron para alejarse de la terrible forma de Hastar. Todos sus guerreros estaban horrorizados y aterrorizados al mismo tiempo. Aquélla era su peor pesadilla que había vuelto para acosarlos, ya que era algo horrible que ellos creían que estaba enterrado desde hacía mucho tiempo.

Las descargas de energía desencadenada surgían de los apéndices de Hastar. Su torso y sus piernas se fusionaron y quedaron convertidos en una columna de carne reluciente y ondulante. Los pliegues de unas membranas a medio formar vibraron bajo un viento invisible, y una risa odiosa surgió a borbotones de los vestigios de bocas que surgieron por toda su carne. A cada segundo que pasaba surgían cientos de ojos con un sonido chasqueante y húmedo. Algunos eran compuestos como los de los insectos, otros rasgados como los de los reptiles y otros lechosos con pupilas múltiples. No había parte alguna de la anatomía de aquella criatura que se mantuviera fija durante más de un instante.

Una sensación de repugnancia se apoderó de Ahriman, como si sus entrañas se estuvieran rebelando contra sus formas normales. Todo su cuerpo empezó a temblar con el deseo de un nuevo aspecto.

—¡No! —gritó Ahriman con los dientes apretados—. Otra vez no… No… ¡No sucumbiré! Soy un astartes, un servidor fiel del Señor Supremo de la Humanidad. No caeré.

Los guerreros de los Mil Hijos que se encontraban a su alrededor estaban de rodillas o tumbados de espaldas en el suelo luchando contra el feroz poder contagioso que surgía del cuerpo de Hastar con la velocidad de un virus devorador de vida. A menos que se anulara ese poder, todos caerían presa de las mutaciones espontáneas que antaño casi habían acabado con la legión.

—Ya sobreviví a esto —gruñó Ahriman al mismo tiempo que cerraba los puños con fuerza—. Sobreviviré otra vez.

Esa determinación le dio fuerzas, e hizo entrar su mente en las Enumeraciones. Se alejó del dolor y de su cuerpo tembloroso. Con cada esfera que lograba alcanzar aumentaba su dominio sobre su forma corpórea, hasta que por fin fue capaz de abrir los ojos.

Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero seguía siendo Ahzek Ahriman, sano tanto de mente como de cuerpo. Miró por encima del hombro y vio a los Lobos Espaciales recuperándose en la calzada. O bien estaban más allá del alcance de aquellas energías mutágenas o eran inmunes a ellas. El daño que los guerreros del culto Pavoni les habían causado en los sistemas nerviosos ya casi estaba reparado, y Amlodhi Skarssen dio unos cuantos pasos titubeantes con el hacha en la mano en dirección a los Mil Hijos.

Una oleada avallasadora de poder estalló detrás de Ahriman. Éste rodó hacia un lado justo a tiempo de ver a Magnus el Rojo dirigirse hacia la forma horriblemente transformada que había sido Hastar. La energía descontrolada había destrozado al guerrero del culto Pavoni, pero le había dado más poder a Magnus. La criatura en la que Hastar se había convertido se inclinó hacia el primarca, como si quisiera abrazarlo, y Magnus abrió los brazos como si estuviera dispuesto a recibirlo lleno de perdón y misericordia.

Sonó un estampido estruendoso, y el cuerpo de Hastar estalló cuando un único proyectil explosivo detonó en su pecho. Siguió un silencio profundo, sólo interrumpido por el tintineo pesado de un casquillo de bronce enorme al golpear el suelo.

Ahriman siguió la trayectoria que había recorrido el proyectil hasta su origen, una línea humeante que acababa en la enorme pistola que empuñaba un gigante protegido por una armadura gris de ceramita y cubierto de pieles de lobo.

El Rey Lobo había llegado.

A Ahriman se le vino de repente a la cabeza un poema que había leído en un archivo polvoriento de la cuenca mericana. Al parecer, se trataba de la transcripción del texto de la placa de un monumento conmemorativo que señalaba el momento del comienzo de una guerra muy antigua e increíblemente devastadora.

Por el sencillo puente que arquea la corriente,
Su bandera ondeó a la brisa de abril.
Aquí antaño los campesinos formados resistieron
Y efectuaron el disparo que se oyó en el mundo entero.

Leman Russ, rodeado por una manada de guerreros cubiertos de armaduras y pieles que empuñaban grandes hachas y lanzas ensangrentadas que más parecían arpones, se dirigió hacia la Gran Biblioteca del Peñasco Fénix. Aunque Ahriman ya había visto en ocasiones anteriores al Rey Lobo, el Leman Russ en paz no tenía nada que ver con el Leman Russ en pie de guerra. El primero era brutalmente temible e intimidatorio, pero el segundo era absolutamente terrorífico, un avatar de la destrucción tan monstruoso como las descripciones que tenían las culturas más sangrientas de sus dioses del asesinato, de la guerra y de la muerte, todos juntos.

Una máquina de destrucción viviente. Ahriman vio por primera vez con claridad qué era Russ: fuerza y voluntad puras aleadas hasta crear una arma que se podía apuntar y disparar, pero que nunca se podría hacer que volviera atrás.

El Rey Lobo llegó al final de la calzada y Ahriman vio que Ohthere Wyrdmake caminaba a su lado. La expresión del rostro del sacerdote

rúnico era inescrutable. Leman Russ avanzó junto a sus enormes lobos en dirección a los Mil Hijos. Ahriman esperaba que el Rey Lobo cargara contra ellos, lo que confirmaría las críticas que sus detractores habían vertido contra él. Sin embargo, caminó con lentitud, con una paciencia y una furia infinitas.

Su manada de guerreros esperó su regreso, ansiosos por hacer daño.

Lo único que Ahriman oía eran los pasos de Russ sobre la calzada. Cada zancada era medida y segura, y su rostro mostraba una expresión impasible. La espada de brillo helado saltó a su mano. Era una arma capaz de partir montañas. Magnus avanzó para encontrarse con él. Su espada curva dorada albergaba el poder de un sol. Eran dos dioses de la guerra que marchaban al combate, y llevaban consigo las almas de sus respectivas legiones.

Ahriman quiso decir algo, impedir aquel enfrentamiento inminente, pero la visión de dos primarcas acercándose el uno al otro con intenciones asesinas en el corazón lo había dejado sin habla.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, una hoja destellante y abrasadora apareció de repente entre ambos. Era un fuego resplandeciente que brillaba con la luz de la estrella más refulgente. Unas imágenes imposibles aparecieron creadas por aquella luz, unos lugares lejanos con el aire saturado por el olor acre del incienso, del plástico quemado y de los lubricantes de generadores que zumbaban cargados de energía.

El estampido seco del aire al ser desplazado de manera brusca resonó por toda la ladera de la montaña, y la luz desapareció.

Un gigante de hombros anchos con una armadura de color granito y la piel dorada ocupaba su lugar.

—El Urizen —murmuró Ahriman.

—Esto debe acabar ahora mismo —declaró el guerrero de piel dorada.

Se quedó entre Magnus y Russ como si fuera el árbitro de un combate de boxeo. La impresión que Ahriman tenía de Lorgar quedó borrada por

completo al ver los rasgos conmovedores del primarca de los Portadores de la Palabra. Llevaba los ojos pintados con kohl y llenos de una tristeza infinita, como si en su interior acarreara el peso de un secreto penoso que jamás, jamás podría revelar.

La armadura de Lorgar era oscura, del color de la piedra que ha permanecido bajo el océano durante eones. Cada placa, perfecta hasta en los más mínimos detalles, tenía grabadas inscripciones cuneiformes tomadas de los antiguos libros de Colchis. En una de las hombreras llevaba acoplado un tomo grueso de páginas ya amarillas por el paso del tiempo que aleteaban debido al movimiento del aire provocado por la teleportación.

De los hombros le colgaba una capa de color rojo intenso, y aunque parecía no llevar armas, un primarca jamás estaba desarmado.

Ahriman oyó a la perfección todas y cada una de las palabras que se cruzaron los tres primarcas, y cada una de ellas se le quedó grabada de forma indeleble para siempre. Su importancia lo perseguiría durante el resto de su vida.

—Quítate de mi camino, Lorgar —gruñó Russ. Su fachada de calma aparente se vino abajo durante un momento—. Esto no es asunto tuyo.

—Que dos de mis hermanos estén a punto de herirse es asunto mío.

—Quítate de mi camino, Lorgar —repitió Russ, y flexionó los dedos sobre la empuñadura de cuero de su espada—. O si no…

—O si no, ¿qué? ¿También me atacarás a mí?

Russ dudó un momento, y Lorgar se le acercó.

—Hermano, por favor, piensa en lo que estás a punto de hacer. Piensa en todos los lazos de amor y amistad que se perderán si sigues ese camino, que lleva al derramamiento de sangre.

—Lorgar, el Cíclope ha llegado demasiado lejos. Ha derramado nuestra sangre, y debe pagar por eso.

—Se ha derramado sangre por un malentendido —le respondió Lorgar —. Debes calmar tu furia, hermano. La rabia no es aconsejable cuando hay que tomar una decisión difícil. Si dejas que te nuble el juicio, lo único que sentirás cuando desaparezca será arrepentimiento. ¿Recuerdas Dulan?

—Sí. —La expresión del rostro de Russ se relajó un poco—. La guerra con el León.

—Te peleaste con Jonson en la misma sala del trono del tirano derrocado, y a pesar de ello os habéis jurado lealtad como hermanos de batalla. Esto no es diferente.

Magnus siguió sin decir nada, y Ahriman contuvo el aliento. Aquellos dos seres tan poderosos con la agresividad a flor de piel era lo más peligroso que jamás hubiera visto.

—¿Deberíamos hacer algo? —le preguntó Phosis T'kar a Ahriman buscando consejo.

—No, si quieres seguir vivo.

En el interior de la carne inmortal de aquellos guerreros latían unas energías titánicas, y la tensión que chasqueaba entre ellos era cortante como una navaja. Ahriman sintió sus increíbles presencias psíquicas presionando su propio cráneo, pero no se atrevió a abrir sus sentidos.

—¿Te vas a poner del lado del Cíclope, Lorgar? ¿Un practicante de la magia impura? Mira el cadáver de… de esa cosa, la que tiene mi bala en su corazón. Mira eso y dime si me equivoco.

—Una inestabilidad de la semilla genética no es razón para que dos hermanos libren una guerra entre sí —le advirtió Lorgar.

—Eso es algo más que una simple semilla genética inestable. Es hechicería. Lo sabes tan bien como yo. Todos sabemos que Magnus se ha metido de lleno en las artes negras, pero hemos hecho la vista gorda porque es nuestro hermano. Bueno, pues eso se acabó, Lorgar. Se acabó. Todos y cada uno de los guerreros de su legión están contaminados y son practicantes de la hechicería y de la necromancia.

—¿Necromancia? No tienes ni idea de lo que estás hablando —bufó Magnus.

—Sé lo suficiente —le replicó Russ—. Has ido demasiado lejos, Magnus. Esto se acaba aquí y ahora.

Lorgar le puso una de sus manos doradas sobre la placa pectoral.

—Todas las legiones albergan ese poder, hermano. ¿Es que tus sacerdotes rúnicos son muy distintos a ellos?

Russ echó la cabeza hacia atrás y soltó una tremenda carcajada, un rugido lleno de diversión y de sorna.

—¿Vas a comparar a los Hijos de la Tormenta con estos hechiceros? Nuestro poder nace del trueno de Fenris y ha sido templado en el corazón de la forja del mundo. Procede del mundo natural y le da forma el valor de nuestras almas de guerrero. No está contaminado por la corrupción que afecta a los Mil Hijos.

Fue el turno de Magnus de echarse a reír.

—¡Si de verdad te crees eso, eres un iluso! —le espetó.

—¡Magnus, basta! —le gritó Lorgar—. No es el momento para celebrar un debate sobre la cuestión. Dos de mis hermanos más queridos están a punto de lanzarse a la garganta el uno del otro, y me apena enormemente saber lo mucho que esto disgustará a nuestro padre. ¿Para esto nos creó? ¿Para esto cruzó toda la galaxia en nuestra búsqueda? ¿Para que podamos rebajarnos hasta el punto de reñir entre nosotros como si fuéramos mortales? Tenemos un destino mucho mayor por delante de nosotros, y debemos estar por encima de semejantes preocupaciones mundanas. Somos los avatares de conquista de nuestro padre, unos meteoros llameantes llenos de justicia a los que han enviado para que iluminen el cosmos con su gloria. Somos sus emisarios, dispersados por toda la galaxia para llevar la palabra de su llegada. Debemos ser un ejemplo brillante y luminoso de todo lo que es bueno y puro en el Imperio.

Las palabras de Lorgar llegaron al corazón de todos aquellos que las oyeron, y la verdad fundamental que contenían fue un bálsamo calmante. Ahriman se sintió avergonzado de que hubieran permitido que la situación se hubiese vuelto tan violenta al darse cuenta del auténtico horror que representaba la situación.

Hermano contra hermano. ¿Habría algo peor que aquello algún día?

El primarca dorado parecía resplandecer con una luz interior. Su piel brillaba de un modo radiante y beatífico mientras hablaba. Los corazones que hasta unos momentos antes palpitaban desbocados se calmaron. Los Lobos Espaciales bajaron sus armas levemente, y la postura defensiva de los Mil Hijos se relajó en respuesta a la actitud de sus hermanos.

—No me quedaré viendo cómo destruyes por completo este mundo —declaró Magnus al mismo tiempo que bajaba el khopesh.

—No es tuyo para que lo andes salvando —le replicó Russ—. Fue mi legión la que descubrió este planeta. Es mío y puedo hacer con él lo que se me antoje. Sus habitantes tuvieron una elección muy simple: o se unían a nosotros y vivían, o se enfrentaban a nosotros y morían. Eligieron morir.

—No todo es blanco o negro, Russ. Si destruimos todo aquello con lo que nos encontramos, ¿qué sentido tiene la cruzada?

—El sentido que tiene es ganarla. Una vez se acabe, nos ocuparemos de lo que quede.

Magnus negó con la cabeza.

—Lo que quede estará en ruinas.

Leman Russ bajó la hoja cubierta de escarcha de su espada. Su furia asesina se había calmado, al menos de momento.

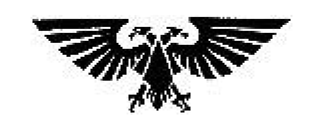
—A mí no me importa —respondió, y sin decir una sola palabra más, se dirigió al otro extremo de la calzada.

Cuando llegó allí, se volvió de nuevo hacia Magnus.

—Esto no se ha acabado —le prometió—. Se ha derramado sangre fenrisiana, y eso tendremos que solucionarlo entre nosotros, Magnus. Lo juro por la espada de Mjalnar.

El Rey Lobo se pasó el filo de la espada por la palma de la mano y dejó caer unas cuantas gotas de sangre de color escarlata brillante en el suelo agrietado. Luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido. Sus guerreros se unieron al grito de su señor hasta que pareció que toda la montaña estaba aullando.

Aquel grito lastimero se elevó hasta el pico más alto y resonó en los valles más profundos. Era un lamento por los muertos y una advertencia siniestra de lo que se avecinaba.



CATORCE
SOMETIMIENTO

Una vez cayó el Peñasco Fénix, la guerra en Alcaudón se pudo dar por terminada, aunque, como siempre ocurría en conquistas de aquella escala, quedaron bolsas aisladas de soldados enemigos. Las montañas estaban repletas de refugios ocultos que ni siquiera las artes adivinatorias de los corvidae podían descubrir, y era evidente que habría que derramar más sangre antes de que lograra un sometimiento completo.

Los Draks de Ouranti permanecieron como guarnición en la ciudad, y Khalophis se llevó a la Guardia de las Torres de Prospero y a la Guardia Vital de Lacuna para buscar aquellos refugios. Los manípulos de robots controlados mediante cristales de la Sexta Hermandad demostraron ser extremadamente valiosos en esa tarea, ya que ascendían hasta los picos más elevados sin miedo, sin agotamiento y sin queja alguna. Los guerreros de la Sexta Hermandad utilizaron a sus tutelares para canalizar el fuego de los pyrae y llevarlo al corazón de las montañas, donde abrasaron a sus enemigos e incendiaron las cimas.

Leman Russ sacó a sus guerreros de Alcaudón menos de diez horas después de la confirmación de la victoria. La nave insignia de Russ, la *Hrafnkel*, encabezó la partida del racimo de la Franja Arca de la flota

expedicionaria de los Lobos Espaciales sin grandes ceremonias ni promesas de camaradería fraternal. No se había hablado más del incidente que se había producido delante de la Gran Biblioteca, pero el asunto no estaba zanjado ni de lejos. Magnus había declarado que lo consideraba irrelevante, pero los más cercanos a él sabían que el encuentro lo había dejado conmocionado, como si se hubiera confirmado un temor que sentía desde hacía mucho tiempo.

Al personal civil se le concedió la oportunidad de descender a la superficie del planeta, y un ejército de iteradores de la 47.ª Expedición comenzaron el largo proceso de inculcar a la población local la filosofía iluminadora del Imperio. Los Portadores de la Palabra participaron en el proceso con el celo propio de unos misioneros, y enviaron masas de población enteras a unos campos de reeducación que los equipos de zapadores del Mechanicum que seguían a los astartes habían construido en los largos valles montañosos.

Todo el contenido de la Gran Biblioteca se copió a lo largo de los tres meses posteriores a la muerte de la Corte del Fénix. Se hizo mediante el escaneo pictográfico o lo transcribieron los miles de servidores que se encontraban bajo la supervisión de Ankhu Anen. El primarca de los Mil Hijos devoró todos y cada uno de los textos y almacenó cada información contenida en la biblioteca con mayor rapidez de lo que lo haría incluso el sabio acumulador de datos más avanzado.

Camille Shivani pasaba prácticamente todo el tiempo que estaba despierta en la biblioteca estudiando la historia de Heliosa y las primeras leyendas relativas al mítico planeta natal, Terra. Inmersa en aquel caudal de información, estudió los textos como lo haría cualquier otro erudito, pero también utilizaba sin problemas su talento para leer la impronta que habían dejado sus propietarios anteriores. Muchos de los relatos los habían escrito personas que no tenían nada que ver con los acontecimientos que se contaban en los libros o por los guerreros vencedores de las batallas que se narraban, por lo que no tenían demasiado valor aparte de las apreciaciones subjetivas de cada uno de ellos.

Sin embargo, Camille encontró algo interesante en una estancia abandonada cerca del remate superior de la estructura de la pirámide. Era un libro con las tapas hinchadas y cubiertas de manchas de color ocre que lo cambió todo. El contenido era ilegible debido al daño provocado por la humedad, pero en cuanto lo tocó, supo que no le haría falta leer las palabras que contenía para desvelar sus secretos.

Era un relato escrito por alguien que había vivido lo sucedido, una narración fiel a lo ocurrido. Trataba sobre un mundo alienígena que había sufrido un período de cambios muy turbulentos. Conoció al instante al escritor, un joven del sur llamado Kaleb. Sintió sus sueños y sus esperanzas, sus pasiones y sus vicios. Camille experimentó a través de sus ojos toda una vida de alegrías y arrepentimientos. Aprendió mucho sobre la época en la que él vivió, casi dos mil años atrás, cuando las ciudades-estado tribales de Heliosa se habían unido bajo la misma creencia en un antiguo dios del trueno de los primeros tiempos del planeta para derrotar a una raza incursora procedente de las estrellas.

Ankhu Anen se sintió electrizado por lo que Camille le contó sobre el relato de Kaleb, y asignó de inmediato un zealator astartes del culto Athanaean a la tarea de repasar sus pensamientos al respecto para transcribirlos mediante un arnés de escribanía. A partir de ese momento, le llevaron a Camille cualquier libro de procedencia desconocida para que lo verificara.

En contraste, Lemuel Gaumon no se había pasado en absoluto por la Gran Biblioteca. Todo su tiempo pertenecía a Ahriman, quien continuó con el entrenamiento intensivo para enseñarle el uso adecuado de sus habilidades y cómo ocultar su presencia a los depredadores del vacío que nadaban en las extensiones del Gran Océano.

Tan sólo una vez se atrevió Lemuel a sacar el tema de lo que le había ocurrido a Hastar en la calzada que se extendía ante la Gran Biblioteca. Se habían llevado el cuerpo horriblemente transformado a bordo del *Photep* y lo habían colocado en una campana de estasis, pero la sombra de aquella muerte espantosa flotaba sobre los Mil Hijos igual que un secreto culpable.

En cuanto hizo la pregunta, se dio cuenta de que había tocado un nervio sensible.

—No pudo controlar su poder —respondió Ahriman.

El astartes miró con expresión temerosa y pensativa el puñado de hojas de roble plateadas que llevaba en la hombrera. Lemuel tomó nota mentalmente de que debía preguntar qué significaba aquel símbolo, ya que era evidente que tenía alguna relación con el tema, pero decidió que sería mejor hacerlo en otro momento.

—Ese… ¿cómo lo llamasteis? ¿Cambio de carne? ¿Os podría ocurrir a vos? —inquirió Lemuel, aunque sabía muy bien que aquel asunto era un terreno peligroso.

—Nos prometió que no nos volvería a ocurrir. A ninguno —respondió Ahriman.

Lemuel captó en su aura el sentimiento de confianza traicionada. Su cercanía la hacía demasiado potente y desnuda como para poder esconderla. Las palabras de Ahriman le recordaron el miedo frío que siente la presa cuando nota la presencia cercana de un depredador al acecho. Saber que un astartes podía albergar un sentimiento semejante dejó pasmado a Lemuel.

Ahriman no siguió hablando del asunto, y no se dijo nada más al respecto mientras continuó con la enseñanza de Lemuel. El rememorador aprendió el modo de liberar su cuerpo de luz de su cuerpo de carne y volar sobre las corrientes y columnas termales invisibles del éter. Eran unos viajes cortos, ya que todavía no había desarrollado lo suficiente su habilidad como para que pudiera separarse mucho tiempo de su cuerpo material.

Entre esos períodos de formación, Lemuel se encontraba en su elemento viajando de una ciudad a otra en compañía de una escuadra de astartes de la Primera Compañía de Ahriman para documentar de primera mano la reconstrucción de aquel mundo. Todos los guerreros tenían el rango de philosophus, un grado situado tan por encima del provisional de neófito que tenía Lemuel que le daba vértigo pensar en una persona que fuera capaz de dominar aquellos misterios de un modo tan completo.

Las naves forja del Mechanicum, unos monolitos del tamaño de ciudades que transportaban gigantescas máquinas constructoras y billones de toneladas de materias primas, descendieron hasta la atmósfera inferior como si fueran continentes capaces de volar por el aire. El descenso de cada una de aquellas inmensas ciudades de metal a través de la atmósfera provocó un efecto mariposa, con terribles tempestades que rugieron y aullaron por todo el planeta antes de aquietarse y transformarse en una lluvia continua que duró dos meses.

Los rumores de campamento decían que los habitantes del planeta creían que su mundo estaba llorando por su gente conquistada, pero en cuanto los iteradores se enteraron de aquello, le dieron la vuelta a la situación y proclamaron que las lluvias en realidad se debían a que el planeta estaba lavando las manchas de los tiempos antiguos. Además de esto, comenzaron extender también unos rumores anónimos en los que se describía a los reyes de la Corte del Fénix como unos déspotas corruptos que explotaban a la gente para sus propios fines egoístas.

Mientras los iteradores hacían su trabajo en los campos de reeducación construidos en los profundos valles, a los habitantes de Heliosa se les presentaban los debates públicos y los mejores ejemplos de la majestuosidad del Imperio. Lemuel estudió las técnicas que utilizaban los oradores imperiales. Se fijó en los individuos armados desplegados de un modo conveniente para llevarse a cualquier asistente molesto que los interrumpiera, en los nativos del planeta que se habían pasado al bando imperial y que estaban en mitad del público para reforzar el mensaje del orador con muestras de asentimiento muy ostensibles, y en los diminutos artefactos voladores de comunicación que emitían preguntas favorables al Imperio para las que ya se tenían preparadas las respuestas.

Cada iterador disponía de un equipo de investigadores que se dedicaba a descubrir las tradiciones y creencias locales, que luego eran retocadas para crear versiones sutilmente alteradas que reforzaban la lealtad hacia el Imperio. La tarea que los Mil Hijos estaban realizando en la Gran Biblioteca demostró ser de una utilidad tremenda para eso.

La legión de Magnus apenas se alejaba de la biblioteca. Eran los Portadores de la Palabra los que se dedicaban a trabajar mano a mano con los iteradores. Proporcionaban la seguridad de los campos y reforzaban las enseñanzas con su propia muestra de lealtad. Aquel elemento del proceso de sometimiento le pareció especialmente desagradable a Lemuel. La cultura indígena de cualquier planeta era oprimida de forma gradual por las doctrinas del Imperio del mismo modo que un cuco invadía un nido ajeno. La versión de la Verdad Imperial de los Portadores de la Palabra era especialmente severa, y Lemuel no tardó en cansarse de su retórica de acoso verbal que más parecía un adoctrinamiento que una enseñanza. Se rumoreaba que el Emperador había reprendido en el pasado a la legión de Lorgar por aquel fanatismo, pero si era cierto, por lo que se veía no habían aprendido la lección.

El Imperio era benigno. Traía la esperanza con su idea de unidad, pero los argumentos que utilizaban los Portadores de la Palabra sonaban absurdamente petulantes, más en la línea del razonamiento del matón de una clase.

—Tenemos razón porque nosotros decimos que tenemos razón. Si estáis de acuerdo con nosotros, seremos amigos. Si no lo estáis, seréis nuestros enemigos.

Aquél no era modo de ganarse el corazón y la mente de los vencidos, pero ¿qué otra elección tenían? Le irritaba que aquel nuevo comienzo tuviera que ganarse con subterfugios lingüísticos y una intimidación tan evidente, pero Lemuel no era tan ingenuo como para no saber que un pueblo que había luchado con tanta fiereza para resistirse al Imperio no sería sometido sin aquellas estratagemas. El proceso se vería enormemente abreviado si se les hacía creer que estaban mejor en ese momento que antes de la invasión.

Lo que entristecía al rememorador era que parecía estar funcionando.

Lemuel recordó un texto antiguo que Camille le había enseñado, el *Shiji*, un registro meticuloso realizado por un gran historiador que glorificaba al emperador reinante en ese momento al mismo tiempo que denigraba a la dinastía anterior.

En sus momentos más tranquilos y pesimistas, Lemuel se preguntaba si realmente el Imperio sería tan avanzado y benevolente como proclamaba ser.

Al igual que había ocurrido en Aghoru, se nombró un comandante imperial para que supervisara el gobierno del cúmulo de la Franja Arca durante los largos años de reconstrucción e integración que quedaban por delante. Sin embargo, mientras que en Aghoru se había nombrado a un administrador civil, en Heliosa era necesaria una mano más firme. El comandante general Hestor Navarre era el oficial superior de los Draks de Ouranti, un regimiento de soldados de piel cetrina reclutados únicamente en las regiones selváticas desecadas de Sud Mérica. Navarre era un soldado de carrera nacido en Hy Brasil, y había combatido en un centenar de campos de batalla al lado de los Portadores de la Palabra. Su nombramiento fue recibido con una aprobación producto de la sabiduría.

También a diferencia de lo ocurrido en Aghoru, se desplegaron decenas de regimientos por todo el cúmulo conquistado. La administración imperial se abrió paso en todos los niveles de la sociedad, donde reemplazó a los gobernantes planetarios muertos con delegados imperiales y la infraestructura necesaria para permitirles realizar sus tareas. Los oficiales del Munitorum calcularon el valor de cada uno de los planetas para el Imperio, mientras que los narradores de relatos y los creadores de mitos viajaron por todos los sistemas para ensalzar la gloriosa historia de la humanidad.

Cuatro meses después del colapso de toda la resistencia armada, llegó la noticia de que el último texto de la biblioteca del Peñasco Fénix ya estaba copiado y guardado en las estanterías de archivos del *Photep*. Un día más tarde, la 28.ª Flota Expedicionaria partió de la órbita del planeta y Magnus el Rojo dio la orden de que se dirigiera a toda velocidad hacia un banco de escombros espaciales aislado que se encontraba en el este galáctico de la Franja Arca.

Los capitanes de la 28.ª Flota Expedicionaria pidieron confirmación de las coordenadas, ya que se encontraban bastante lejos del punto de salto calculado en aquel sistema, pero Magnus le confirmó la orden. Aquella región del espacio les permitiría una entrada más calmada en el Gran Océano, y sólo cuando la flota alcanzó ese nuevo punto de salto reveló el primarca cuál sería el siguiente destino.

Habían convocado a la 28.ª Flota Expedicionaria para que acudiera al sistema Ullanor. La emoción sacudió a toda la flota ante la perspectiva de unirse a la guerra contra los pielesverdes. Más emocionante todavía era la idea de luchar al lado del propio Emperador, quien combatía en primera línea de la campaña, donde aniquilaba, junto a Horus Lupercal, a los salvajes enemigos.

Sin embargo, toda esperanza de lograr gloria y honores se desvaneció para ser reemplazada por una sensación de asombro cuando se supo que la campaña ya había finalizado. Se había calculado que la guerra contra los pielesverdes de Ullanor duraría años, si no decenios.

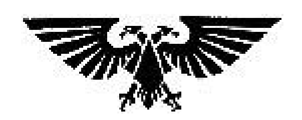
El Emperador no los había llamado para librar una guerra, sino para celebrar la victoria.

Los Mil Hijos iban a participar junto a muchas de sus legiones hermanas en un Gran Triunfo para honrar la victoria del Emperador. Iba a ser un espectáculo como nunca se había visto y que jamás se volvería a ver. Bajo el experto consejo de Magnus, los navegantes de la flota trazaron un rumbo directo al sistema Ullanor.

La flota de los Portadores de la Palabra estaba inmersa en la integración de los planetas de la Franja Arca en el Imperio, por lo que Lorgar y sus guerreros partirían en dirección a Ullanor en cuanto pudieran.

Magnus y Lorgar se despidieron de forma breve. Los poderosos primarcas charlaron en voz tan baja que sólo ellos oyeron lo que se decían el uno al otro. Sin embargo, cuando se separaron, Ahriman notó un destello en el aura de Magnus, un levísimo fulgor de algo indefinible pero inquietante.

La última vez que lo había visto fue en el momento en que Magnus y Russ estuvieron a punto de pelearse.



QUINCE
TRIUNFO
EL SEÑOR DE LA PENUMBRA
VIEJOS AMIGOS

Ullanor era un mundo transformado. A manos de los pielesverdes había quedado reducido a un planeta áspero lleno de madrigueras apestosas y campamentos llenos de inmundicia. La guerra de los astartes había limpiado la superficie con una furia abrasadora que había arrasado todo lo que se interponía a su paso. Sin embargo, a pesar de su ferocidad, no podían compararse con la laboriosidad del Mechanicum.

Cuatro flotas constructoras de geoformadores se pusieron manos a la obra en las regiones agrestes que habían albergado al cruel señor de la guerra de los salvajes y se dedicaron a nivelar por completo el continente de mayor tamaño, ya que era el escenario adecuado para el Señor de la Humanidad. Emplearon a millones de servidores, de autómatas y de miembros de los batallones penales para construirlo. Para ello, redujeron montañas enteras a escombros y utilizaron esos restos para rellenar los valles sombríos e igualar los páramos ondulantes donde los pielesverdes

habían encendido sus fogatas y erigido sus horribles fortalezas de barro y arcilla.

Lo que debería haber llevado siglos completar se realizó en cuestión de meses, y un escuadrón tras otro de Thunderhawk de los Mil Hijos atravesó las nubes acres de contaminación y de polvo que flotaban sobre Ullanor. Era una visión pensada para dejar sin aliento por el asombro a cualquiera que la contemplara.

El suelo que los esperaba era un espejo de granito pulido, una masa continental de terrazo que relucía igual que el cristal de la cúpula de observación de un antiguo astrónomo de la corte. Habían excavado unos cráteres de paredes vitrificadas en el paisaje y los habían llenado de promethium. Las enormes llamas teñían de naranja la atmósfera y enviaban grandes columnas de humo hacia el cielo. Una carretera recta de medio kilómetro de ancho y quinientos de largo atravesaba el núcleo de los cráteres. Cada uno de sus extremos estaba marcado por una serie de postes en los que se habían colocado los cráneos blanqueados de los salvajes pielesverdes.

Cientos de naves, casi ocultas por el humo, se mantenían en órbita baja, con sus motores esforzándose contra la implacable fuerza de la gravedad. La atmósfera restallaba por los relámpagos en cadena que provocaban los abrasadores campos electromagnéticos que generaban las naves. Los escuadrones de cruceros de ataque, de naves de caza y de bombardeo volaban en formación por encima. El rugido de sus motores era la vocalización sin palabras de una gloria primigenia.

Las naves estelares de color bermellón de los Ángeles Sangrientos competían por conseguir espacio con las naves de ornamentación recargada de los Hijos del Emperador. La *Falange*, la poderosa fortaleza dorada de los Puños Imperiales, dominaba su segmento de cielo mientras desafiaba las leyes de la naturaleza al mantenerse inmóvil sobre la tierra.

Las naves insignia marcadas por los combates de Khan, Angron, Lorgar y Mortarion volaban sobre el terreno reflectante junto a las naves de sus hermanos primarcas, pero la que más destacaba entre todas ellas era la nave de combate dorada que se mantenía anclada encima del único

elemento del continente que los fundidores industriales del Mechanicum no habían allanado.

Era el *Espíritu Vengativo*, la nave de mando de Horus Lupercal, sólo superada por la *Falange* en capacidad de destrucción. Mundos enteros habían perecido bajo su arsenal mortífero, y Horus Lupercal no había mostrado temor alguno en utilizarlo. Catorce legiones habían respondido a la llamada del Emperador. Cien mil de los mejores guerreros de toda la humanidad estaban presentes, junto a nueve de los primarcas. El resto estaban demasiado dispersos por las exigencias de la cruzada como para llegar a tiempo a Ullanor.

Ocho millones de soldados del ejército imperial asistían al acontecimiento, y una vertiginosa plétora de estandartes, banderas de combate, trofeos y mástiles con iconos estaban clavados en el suelo en el centro de cada uno de los campamentos. Se mantenían firmes y llenos de orgullo junto a miles de vehículos blindados y de cientos de titanes de la Legio Titanicus. Se alzaban muy por encima de los soldados mortales, y cuando echaban a andar, las zancadas de aquellas poderosas máquinas de guerra se asemejaban a una ciudad de acero que caminara.

Los Mil Hijos fueron de las últimas legiones en aterrizar en el planeta. Todo el continente se agitaba hirviente como la forja de un herrero. El martillo de la historia estaba preparado para batir el blando metal de la existencia y darle una forma nueva.

Tan sólo un acontecimiento de una magnitud capaz de cambiar la galaxia justificaba todo aquel espectáculo.

Tan sólo el mayor ser de la galaxia podía inspirar semejante devoción.

Iba a ser una reunión como ninguna otra.

Ahriman fijó la capa del primarca a las hombreras de la armadura enganchando los cierres de hueso en el pasador con forma de garra de ave de presa. La acomodó alrededor de los hombros de Magnus y dejó que las líneas de plumas iridiscentes se amoldaran a su cuerpo.

Magnus se encontraba en el centro de la espiral de su sanctum. Habían bajado la pirámide de cristal en piezas desde el *Photep* y la habían reconstruido sobre la superficie perfectamente lisa de Ullanor. Los paneles cristalinos relucían con un brillo anaranjado bajo la luz de los fuegos gigantescos que rugían en el exterior. A pesar de ello, el dominio de Magnus sobre las artes de los pavoni mantenía fresca la temperatura interior.

En circunstancias normales habría sido Amon el encargado de atender al primarca, pero en un día tan señalado, Magnus le había pedido a Ahriman que fuese él quien lo preparara, quien se encargara de colocar las placas de la armadura sobre su cuerpo musculoso y quien se asegurara de que ninguno de sus hermanos brillara más que él.

—¿Qué aspecto tengo? —le preguntó Magnus.

—Sin duda atraeréis la atención —le contestó Ahriman mientras retrocedía para poder mirarlo mejor.

—¿Y por qué no iba a atraer la atención? —le replicó Magnus al mismo tiempo que abría los brazos en un gesto teatral—. ¿Es que no me la merezco? Puede que Fulgrim y sus guerreros busquen la perfección, pero soy yo quien la representa.

El primarca llevaba puestas sus mejores galas. El oro de su armadura relucía bajo la luz parpadeante de las antorchas. Su placa pectoral con cuernos era llamativa y magnífica. El casco apenas era capaz de contener su espesa mata de cabello rojizo, que estaba recogido en tres grandes trenzas. Llevaba dos espadas gemelas colgadas de la espalda, y empuñaba un báculo heqa de colores dorado y esmeralda. El grimorio que siempre llevaba encadenado consigo estaba parcialmente tapado por un faldellín largo de cuero y malla metálica.

—No es el tipo de atención que queréis llamar —apuntó Ahriman—. He visto el modo como nos miran las demás legiones.

Dudó unos momentos antes de seguir hablando, pero acabó expresando en voz alta el miedo que lo había acosado a lo largo de los meses que había durado el viaje desde la Franja Arca.

—Como nos miraban cuando el cambio de cuerpo todavía se producía a menudo.

Magnus se volvió para mirarlo, y el verde esmeralda de su ojo hizo juego con las joyas que adornaban el báculo heqa.

—El Símbolo de Thothmes ocupa todo mi sanctum para que nadie pueda oír nuestras palabras, pero no menciones de nuevo el cambio de carne fuera de estas paredes —le advirtió Magnus—. Hemos dejado esa maldición atrás. Cuando el Emperador os trajo a todos a Prospero, acabé con la degradación de la semilla genética y restauré la armonía biológica en los cuerpos de los Mil Hijos. —Magnus alargó una mano y se la puso en el hombro a Ahriman—. Sé que llegué demasiado tarde para salvar a tu hermano, pero fue a tiempo de salvar la legión.

—Lo sé, pero después de ver lo que le ocurrió a Hastar…

—Fue una mutación aberrante, un caso entre un millón —le aseguró Magnus—. Confía en mí, hijo mío. No volverá a ocurrir.

Ahriman levantó la mirada hacia el ojo del primarca y vio el poder que albergaba en su interior.

—Confío plenamente en vos, mi señor —dijo al cabo de un momento.

—Bien. Entonces no volveremos a hablar de esto —le respondió Magnus con un tono de voz que daba el asunto por zanjado.

El Sekhmet marchó, con Magnus en el centro, sobre la superficie pulida como un espejo del continente en dirección al único rasgo que sobresalía con orgullo del paisaje. La montaña había sido antaño la guarida del señor de la guerra de todos los pielesverdes, pero había sido borrada del planeta, y su base allanada cubierta de acero servía como estrado para el Emperador y para sus hijos, a los que también se honraba.

Magnus ocuparía su lugar al lado de su padre genético y de sus hermanos: Dorn, el Khan, Angron, Sanguinius, Horus, Fulgrim, Mortarion y Lorgar. Los guerreros de los Mil Hijos habían pasado todo el viaje desde el cúmulo de la Franja Arca preparándose para ese momento, ya que nadie quería parecer que no daba la talla delante de sus hermanos.

Ahriman había escogido sólo a los mejores y a los más sabios de su hermandad para que acompañaran a Magnus en el estrado, y cada uno de ellos había sido distinguido con un cartucho honorífico fijado a su armadura con un sello del escarabajo. Auramagma había bromeado diciendo que todos deberían sacarse un ojo para marcarse a sí mismos como los elegidos de Magnus. Nadie se rio, pero así era Auramagma. Siempre llevaba la broma demasiado lejos, hasta caer en la falta de gusto.

A la cabeza de los treinta y seis guerreros del Sekhmet estaban los capitanes de las diferentes hermandades, los guerreros de mayor rango de la *Pesedjet* que ostentaban el título de magister templi. Sólo faltaba Phael Toron, de la Séptima. Su hermandad se había quedado en Prospero para proteger a su población y para entrenar a los estudiantes que esperaban que algún día, quizá, podrían unirse a las filas de los Mil Hijos.

Las ascuas titilantes de los tutelares parpadeaban en el aire por encima de ellos. Aquellos seres disfrutaban de la presencia de mucha energía etérea en estado puro. Parte de ella eran los remanentes invisibles de la emitida por la especie alienígena que había considerado aquel planeta su guarida. Era primitiva y poderosa como un lanzallamas, pero esa potencia tenía una duración muy breve. Aaetpio seguía el rastro etéreo que dejaba Ahriman, mientras que Utipa se mantenía en el borde del grupo junto a Paeoc y Ephra. Cada uno de ellos era una masa informe de luz, alas y ojos.

En el aire de Ullanor todavía quedaban trazas de la presencia de los pielesverdes a pesar del hedor tórrido procedente de los cráteres llenos de promethium ardiente, el olor persistente del lubricante de armas y de la bioquímica propia de los astartes. El humo procedente de los tubos de escape flotaba en las nubes de contaminación que se encontraban a baja altura, y el regusto a metal quemado de las máquinas del Mechanicum era un tufo agrio en el que se mezclaban también los exóticos aceites y ungüentos utilizados en ellas.

Miles de astartes abarrotaban la llanura hasta más allá de donde alcanzaba la vista, todos preparados para la marcha triunfal. Aunque probablemente era el planeta con más armas de todo el Imperio, se palpaba en el aire una cierta tensión, una mezcla volátil de orgullo marcial

y de superioridad, algo común en las reuniones de guerreros de orígenes diferentes. Cada uno de los grupos estudiaba atentamente a los demás para decidir cuáles eran los más fuertes, cuáles los más orgullosos y cuáles los más valientes.

Ahriman caminaba al lado de Magnus y sintió la cautela con que sus hermanos guerreros miraban a su magnífico primarca.

—Jamás pensé que llegaría a ver a tantos astartes juntos —comentó.

—Sí, es impresionante —coincidió Magnus—. Mi padre siempre ha sabido muy bien el valor que tienen los gestos simbólicos. Ninguno de ellos olvidará lo que ha visto aquí. Contarán todo lo que ocurra en este planeta hasta en los rincones más lejanos de la galaxia.

—Pero ¿por qué ahora? —se preguntó Ahriman—. Justo cuando la cruzada se encuentra en sus etapas finales.

El rostro de Magnus se ensombreció, como si la pregunta de Ahriman tocara de lleno un asunto que lo disgustaba.

—Porque se trata de un momento culminante en la historia de la humanidad. Es el momento de un gran cambio para todos nosotros. Ese tipo de momentos es necesario grabarlos en la memoria racial de las especies. ¿Quién de entre nosotros volverá a experimentar un instante como éste?

Ahriman no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo con ello, pero mientras se acercaban al primer punto de control del perímetro que rodeaba al estrado del Emperador, se dio cuenta de que el primarca había logrado desviar la pregunta sin responderla.

Un par de titanes Warlord montaban guardia en los caminos de acceso a la base cortada de la montaña. Sus placas blindadas eran de color dorado, y mostraban la insignia del trueno y el rayo del Emperador. Habían llegado directamente desde Terra para proteger a su amo y señor. Eran sus pretorianos más poderosos, y aquellos guardias custodios titánicos eran la combinación perfecta de tecnología y espíritu marcial.

—Son más grandes que el que tienes apoyado en la puerta del templo Pyrae —le dijo Hathor Maat a Khalophis mientras pasaban entre ambas máquinas de guerra.

—Sí que lo son —admitió Khalophis, que no se dio cuenta, o prefirió hacer caso omiso, del tono burlón de Hathor Maat—. Pero la guerra no siempre la gana el guerrero que tiene el arma más grande. *Canis Vertex* es un depredador, y se llevaría a estos dos por delante antes de caer. El tamaño está muy bien, pero lo que cuenta es la experiencia, y *Canis Vertex* se ganó la suya nada menos que en Coriovallum.

—Todos aprendimos algo en Coriovallum —admitió Phosis T'kar—. Pero cuando hablas de *Canis Vertex*, ¿no deberías decir que «era» un depredador?

—Eso ya lo veremos —respondió Khalophis con una sonrisa.

—A mí un titán no me preocuparía mucho —comentó Hathor Maat—. Después de todo, no es más que una máquina, por muy grande que sea, pero sin un princeps al mando, un titán queda convertido en una estatua gigante. A pesar de toda su habilidad y conocimientos, los adeptos del Mechanicum todavía no han inventado una máquina que no necesite un humano para que la controle. Podría agitar las moléculas de agua del cráneo del princeps hasta que le estallara la cabeza, o podría hacerle hervir la sangre en las venas, o incluso enviar millones de voltios por su caparazón para electrocutar a la tripulación.

—Yo podría vencerlo sin dificultad. Ya lo hice una vez, ¿recordáis? —dijo Phosis T'kar con tono alegre.

—Sí, todos lo recordamos —le contestó Uthizzar—. Nunca te cansas de contarnos cómo salvaste al primarca de un titán en Aghoru.

—Exacto —le replicó Phosis T'kar—. Cuanto más grandes son…

—Más grande es la mancha que queda en el suelo cuando te pisan —lo cortó Ahriman—. Hemos venido a escoltar al primarca, no a escuchar vuestras fantasías sobre lo poderosos que sois.

Más allá de los titanes se encontraban unos guerreros con la enorme armadura dorada de los custodios, que vigilaban todas y cada una de las vías de acceso al centro del continente. Eran unos individuos enormes de un aspecto semejante a los astartes. Las placas doradas y brillantes de sus armaduras estaban cubiertas de una escritura curvilínea y de declaraciones de juramento fijadas con sellos de cera que se agitaban al viento. Seis de

ellos se encargaban de aquel punto de control, y un trío de Land Raider con los motores en marcha gruñían detrás de ellos. Un par de dreadnought aumentaban la ya de por sí poderosa fuerza.

—Primero los titanes y ahora esto. ¿Crees que esperan alguna clase de problema? —preguntó Hathor Maat con una sonrisa.

—Siempre —le replicó Ahriman.

—Vamos, seguro que todas estas medidas de seguridad son ridículamente exageradas e innecesarias. Después de todo, ¿quién se atrevería a intentar algo hostil en un mundo repleto de astartes y con las mejores máquinas de guerra del Imperio a su disposición?

—¿Alguna vez has conocido a un custodio? —le preguntó Phosis T'kar.

—No. ¿Qué tiene eso que ver con lo que he preguntado?

—Si hubieras conocido alguno, sabrías lo estúpida que es esa pregunta.

—Conocí a uno en Terra antes de partir hacia Prospero —comentó Ahriman—. Era un joven guerrero ordenancista tieso como una vara que se llamaba Valdor. Creo que el primarca lo conoce.

Magnus soltó un gruñido con el que les dijo todo lo que necesitaban saber sobre ese encuentro en concreto.

—¿Cómo era? —quiso saber Uthizzar.

—¿Es que no puedes adivinarlo? —se burló Hathor Maat—. ¿Qué pasa, es que ya no lees las mentes?

Uthizzar no hizo caso al capitán de la Tercera Hermandad. Ahriman sonrió cuando el primarca se volvió hacia ellos con una expresión de seriedad fingida en la cara.

—Basta —les dijo—. Seáis o no capitanes, no se os permitirá pasar si los custodios deciden que no tenéis un temperamento lo bastante serio. Su palabra es definitiva, y ni siquiera un primarca puede ir contra ella en las cuestiones relativas a la seguridad del Emperador.

—Venga, Ahzek, cuéntanos cómo era ese tal Valdor —insistió Hathor Maat.

Magnus asintió, y Ahriman se dispuso a contestar.

—Es un pretoriano ceñudo y eficiente, aunque carente de sentido del humor. Supongo que cuando formas parte del cuerpo que es responsable de la seguridad del ser de mayor importancia de la galaxia tienes poco tiempo para las cosas superficiales.

—¿Poco? —dijo una voz al lado de Ahriman—. No tienes ninguno en absoluto.

Ahriman no fue capaz de averiguar cómo habían logrado los custodios acercarse a Magnus y al Sekhmet.

Ni los había oído dirigirse hacia ellos ni había captado el más leve temblor en el éter provocado por su presencia. Unos momentos antes se estaban acercando al punto de control, y un instante después sus tutelares habían desaparecido en un pestañeo y dos custodios estaban a su lado.

Eran altos, tan altos como un astartes, aunque sus armaduras eran mucho menos voluminosas. Tenían un aspecto ceremonial, pero Ahriman sabía que eso era una apreciación equivocada, algo calculado para dar a aquellos guerreros una ventaja. Eran semejantes a los astartes, y a la vez muy distintos, igual que si procedieran de una rama común muy, muy lejana, que se hubiera dividido en dos partes que habrían evolucionado hasta adquirir formas diferentes.

Empuñaban sus largas lanzas guardianas, unas armas de asta letales que podían atravesar sin dificultad el acero templado o, de un solo golpe, cortar en dos mitades el cuerpo monstruoso de un guerrero pielverde con armadura. Sus cascos cónicos estaban rematados por crestas de grandes plumas rojas que caían hacia el suelo como una catarata de sangre. El brillo verde de las lentes de sus cascos era inquietantemente parecido al de las lentes de los Mil Hijos. Unos grabados también dorados bajaban serpenteando desde los cierres de sello de la gorguera. Pasaban rodeando la zona de las hombreras y seguían descendiendo por la parte interior de las placas pectorales.

—Deteneos y daos a conocer —les dijo el guerrero que les había hablado antes.

Ahriman concentró toda su atención en él, pero no logró captar nada, ni siquiera un eco de su presencia en el mundo, como si tuviera la misma sustancia material de un holograma. Ahriman sintió la garganta seca y un regusto amargo y desagradable le invadió la boca.

Intocables —le dijo una voz familiar en su mente—. *Son poderosos, pero no lo bastante*.

Ahriman no podía verlos, pero al saber que había anuladores psíquicos en las cercanías, se dio cuenta de que era capaz de localizarlos precisamente por su falta de presencia.

—Son seis —dijo por el comunicador de la armadura.

—Siete —lo corrigió Magnus—. Una de ellas es más sutil que sus camaradas a la hora de ocultar su presencia.

Los custodios cruzaron sus lanzas delante de ellos y les cortaron el paso hasta el estrado del Emperador. Ahriman notó cómo crecía su cólera ante el insulto implícito que representaba la presencia de los intocables. Magnus se quedó de pie delante de los custodios. Su físico era impresionante y amenazador. Su casco con cresta era una versión de mayor tamaño que el que utilizaban los custodios. Por un momento dio la impresión de que Magnus era uno de ellos, un enorme señor feudal guerrero de armadura dorada.

El primarca se agachó un poco y recorrió con la mirada la inscripción que fluía serpenteante sobre las placas doradas y bruñidas del guerrero de la izquierda.

—Amon Tauromach Xiagaze Lepron Cairn Hedrossa —dijo Magnus —. Seguiría leyendo, pero el resto de tu nombre está oculto por la curva de tu armadura. Y Haedo Venator Urdesh Zhujiaojiao Fane Marovia Trajen. Unos nombres magníficos, sin duda, que muestran una herencia soberbia y un linaje excepcional, pero no esperaría menos de unos guerreros de Constantin. ¿Cómo está el viejo últimamente?

—Lord Valdor perdura —le contestó el guerrero que Magnus había identificado como Amon.

—Eso espero —respondió Magnus. El primarca alargó una mano para tocar el comienzo de la escritura en espiral que bajaba por su hombro—.

Tienes un nombre antiguo, Amon. Es un nombre lleno de orgullo. Es el nombre de mi palafrenero, un estudioso de la poesía y de la naturaleza oculta de todas las cosas. Si el nombre hace a la persona, ¿significa eso que tú también eres un estudioso de lo desconocido?

—Para defender al Emperador es necesario el talento de descubrir las verdades ocultas —contestó Amon con cautela—. Me enorgullezco de poseer cierta habilidad al respecto.

—Sí, ya veo que la tienes. Eres un individuo excepcional, Amon, creo que llegarás lejos dentro de tu orden. Veo grandes éxitos delante de ti —le comentó Magnus—. También a ti, Haedo —añadió.

Amon inclinó la cabeza en gesto de agradecimiento ante el comentario del primarca. Un momento después, los dos custodios apartaron las lanzas guardianas para que Magnus y el Sekhmet pudieran pasar.

—¿Y eso es todo? —preguntó Ahriman mientras los custodios bajaban las armas.

—El sistema de verificación biométrico unificado ha identificado y archivado vuestros marcadores genéticos en su red de trabajo. Sois quienes decís ser —le explicó Haedo.

Magnus se echó a reír.

—¿Es que alguien es de verdad quien dice ser?

Los custodios no contestaron, sino que se apartaron para dejarlos pasar.

El estrado ya estaba a la vista, pero Magnus vio interrumpida su marcha una vez más antes de poder ocupar su puesto al lado del Emperador. A pesar de haber cruzado ya todos los puntos de control, Ahriman siguió captando la presencia oculta de los intocables en la periferia de su visión y de los demás sentidos.

Dedujo por el comentario del primarca que quienes los vigilaban eran las Hermanas del Silencio, la hermandad muda de intocables y guardianas de las naves negras. Era típico que trabajaran codo con codo con los custodios.

Aquello era el círculo interior, tanto metafórica como literalmente, ya que era el lugar donde estaban reunidos los seres más poderosos del universo, los hijos más brillantes del progenitor más radiante. Allí era donde estaban los primarcas, reunidos antes de subir al estrado donde se pondrían al lado de su padre.

Ahriman distinguió la silueta alada del ángel Sanguinius. El rojo intenso de su armadura contrastaba con la palidez de las plumas de sus alas. El primarca beatífico, que se adornaba con aretes de plata y de perla semejantes a lágrimas relucientes, estaba hablando con el Khan, un guerrero de piel cetrina que llevaba la armadura de cuero lacado cubierta de pieles. A la espalda tenía fijado un estandarte alado que recordaba a las alas del Señor de los Ángeles.

El Urizen de piel dorada estaba discutiendo acaloradamente con Dorn de los Puños y con Angron, mientras que el Fénix y su grupo de comandantes departían con Horus Lupercal y sus lugartenientes. El cabello blanco de Fulgrim brillaba como una baliza luminosa, y sus rasgos perfectos estaban esculpidos de un modo glorioso. No era de extrañar que los miembros de su legión se enorgullecieran de su estética ante semejante ejemplo, que estaban obligados seguir.

Magnus se apresuró a reunirse con sus hermanos, pero antes de que pudiera llegar hasta ellos, un guerrero con una armadura blanca pero polvorienta con rebordes verdes se interpuso en su camino. En una de sus hombreras se veía la imagen de un cráneo en el interior de un halo espinoso, lo que indicaba que se trataba de un guerrero de la Guardia de la Muerte. Su postura era belicosa, y Ahriman captó su hostilidad en un instante.

—Soy Ignatius Grulgor, capitán de la Segunda Compañía de la Guardia de la Muerte —dijo el guerrero, y Ahriman también captó de inmediato el tono moralista y el desdén arrogante de un individuo que carecía de toda humildad.

—No me importa quién eres guerrero —le respondió Magnus con voz tranquila, aunque el tono sutil de amenaza era inconfundible—. Me estás estorbando el paso.

El astartes se mantuvo en su posición como si fuera una estatua viviente. Dos guerreros con armaduras de exterminador de bronce y de oro aparecieron uno a cada lado de Grulgor. Empuñaban unas guadañas largas de mango de color ébano con sus guanteletes de combate recubiertos de pinchos. Aquellas hojas afiladas eran oscuras y estaban cargadas con el peso de las matanzas que llevaban acumuladas. Su nombre saltó de repente a la mente de Ahriman.

«Segadoras de hombres».

—Ah, los anónimos Guardias del Sudario —dijo Magnus mirando a su alrededor—. Decidle a vuestro señor que dé la cara. Sé que está aquí, a cuarenta y nueve pasos o menos, si no recuerdo mal.

Ahriman parpadeó cuando una silueta oscura se desgajó de la sombra de uno de los titanes custodios. Era una figura alta y enjuta con una armadura de color pálido, con el hierro y el bronce sin pintar, y que iba envuelta en un manto de color gris tormenta. Un collar ancho de bronce, el reciclador de aire, le tapaba la parte inferior de la cabeza rapada. Del aparato surgían vaharadas de aire rancio a intervalos regulares. La figura gigantesca aspiraba profundamente esos vapores cada vez que salían.

—Mortarion —susurró Hathor Maat.

Las mejillas hundidas eran propias de alguien que sufriera consunción. Sus ojos de color ámbar, engastados en el fondo de unas cuencas oculares profundas, mostraban la mirada de alguien que había contemplado horrores sin límite. Las ampollas y los frascos de cristal que Mortarion llevaba colgando de la placa pectoral tintineaban de un modo musical con cada uno de sus pasos. Sus zancadas eran lentas, sepulcrales, y el efecto quedaba subrayado por el repiqueteo de la punta de hierro de la enorme guadaña que empuñaba al golpear aquel suelo pulido. Llevaba al costado una pistola de tambor de cañón largo, y Ahriman reconoció la forma inmisericorde del arma a la que llamaban *La linterna*, de diseño Shenlongi, y que se decía que era capaz de lanzar el fuego de una estrella con cada disparo.

—Magnus. Me preguntaba si te atreverías a aparecer —le dijo el primarca de la Guardia de la Muerte a modo de saludo.

Las palabras de Mortarion fueron insolentes. Eran hermanos, dioses guerreros creados por el propio Emperador para conquistar la galaxia en su nombre. Al igual que todos los hermanos se peleaban y competían por conseguir la máxima atención de su padre, pero aquello… aquello era una rabia destilada.

—Hermano —lo saludó Magnus, que hizo caso omiso de las palabras de Mortarion—. Es un gran día, ¿no? Nueve hijos del Emperador reunidos en este mundo. Algo así no había ocurrido desde…

—Sé muy bien cuándo fue, Magnus —lo interrumpió Mortarion. Su voz era fuerte y decidida, en contraste con su aspecto pálido—. Y el Emperador nos prohibió hablar de ello. ¿Vas a desobedecer su orden?

—No desobedezco nada, hermano —replicó Magnus manteniendo un tono de voz tranquilo—. Sin embargo, hasta tú deberías reconocer el simbolismo de nuestro número. Tres veces tres, el *pesedjet* de los dioses antiguos, las órdenes occidentales de ángeles y las nueve esferas cósmicas de épocas ya olvidadas.

—Ya vuelves a hablar de ángeles y de dioses —se mofó Mortarion.

Magnus se rió y se acercó para estrecharle la mano a Mortarion, pero el Señor de la Muerte se apartó de él.

—Vamos, Mortarion, tú tampoco eres indiferente a la música de las esferas. Hasta tú sabes que los números no aparecen por azar en el mundo. Se unen formando sistemas equilibrados y ordenados, como las formaciones de cristales o los acordes musicales, de acuerdo con las leyes de la armonía. ¿Por qué si no ibas a insistir en que tus guardaespaldas estén a siete veces siete pasos de ti?

Mortarion negó con la cabeza.

—Ciertamente estás tan perdido en tus misterios como dice el Rey Lobo.

—¿Has hablado con Russ?

—Muchas veces —le aseguró Mortarion—. Ha sido bastante comunicativo, vociferante diría yo, desde que partió del cúmulo de la Franja Este. Sabemos todo lo que tú y tus guerreros habéis estado haciendo.

—¿Qué es lo que crees que sabes?

—Has cruzado la línea, Magnus. Tienes agarrada una serpiente por la cola y has establecido tratos con poderes que van más allá de tu entendimiento.

—No hay poder alguno que esté más allá de mi entendimiento —le replicó Magnus—. Harías bien en recordarlo.

Mortarion se echó a reír, y su risa era semejante al estruendo de una montaña al derrumbarse.

—Conocí a un ser que era como tú. Estaba tan seguro de su poder, tan convencido de su superioridad, que no vio su final hasta que se le echó encima. Al igual que tú, manejaba poderes malignos. Nuestro padre le hizo pagar con la vida semejante maldad. Ten cuidado no vaya a ser que tú sufras ese mismo final.

—¿Poderes malignos? —le respondió Magnus negando a su vez con la cabeza—. El poder es simplemente poder. No es ni bueno ni malo. Simplemente es. —Señaló la pistola que Mortarion llevaba al cinto—. ¿Es esa arma mala en sí? ¿Lo es esa enorme guadaña que llevas? Son armas, ni más ni menos. Es el uso que se les dé lo que las convierte en malas o no. En tu mano, *La linterna* es una fuerza del bien. En manos de un individuo maligno sería algo completamente distinto.

—Dale una pistola a alguien y querrá dispararla.

—¿Ahora me vas a dar lecciones sobre causalidad y predestinación? —le espetó Magnus—. Estoy seguro de que Ahriman y los corvidae aceptarán encantados tus experiencias en ese sentido. Ven a Prospero, y así podrás dar lecciones a mis guerreros.

Mortarion hizo un gesto de contrariedad con la cabeza.

—No es extraño que Russ le pidiera al Emperador que te reprendiera.

—Russ no es más que un salvaje supersticioso —replicó Magnus con desdén, pero no antes de que Ahriman captase su sorpresa ante aquel acto del Rey Lobo—. Habla cuando no debe sin saber de lo que habla. El Emperador sabe que soy su hijo más fiel.

—Ya lo veremos —lo desafió Mortarion.

El Señor de la Muerte dio media vuelta y se dirigió hacia el estrado del Emperador mientras un rugido estruendoso surgía de las sirenas de guerra de todos los titanes presentes en Ullanor.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Phosis T'kar.

El Sekhmet cumplió su deber de acompañar a su primarca hasta el estrado del Emperador, creado a partir de una montaña cortada por la base. Marcharon en procesión al lado de las diferentes guardias de honor de los otro ocho primarcas que habían llegado a Ullanor. Moverse en unos círculos tan elevados era algo que a Ahriman le costaba aceptar.

Los primarcas ocuparon sus asientos en el estrado de superficie de acero, y sus guardias de honor se retiraron. La oportunidad de desfilar delante del propio Emperador era para la mayoría de los guerreros una oportunidad que tan sólo se daba una vez en la vida.

Conocer a uno de los primarcas ya era de por sí un honor, pero desfilar delante de nueve de ellos y en presencia del Emperador era algo que uno sólo podía imaginar en sueños. Ahriman desfilaría con la cabeza bien alta delante de semidioses encarnados, ante la apoteosis de la humanidad y de la ingeniería genética forjada a partir de los huesos de la ciencia antigua.

Que se pudieran crear veinte seres semejantes era algo prácticamente milagroso. Al mirar los nobles rostros que lo rodeaban, Ahriman se sintió de repente muy pequeño, un engranaje diminuto en una máquina que no hacía más que crecer. La idea de aquellas fuerzas titánicas en movimiento pulsó una cuerda poderosa en su interior y sintió cómo el poder del Gran Océano aumentaba en su pecho. Vio con su ojo mental cómo la metáfora tomaba forma. Era una máquina magnífica, del tamaño de un planeta, con un mecanismo maravilloso que funcionaba de un modo fluido con cada uno de sus engranajes, pistones y válvulas. Esos poderosos pistones atronaban mientras impulsaban a la máquina y hacían que los mundos que la rodeaban se llenaran de nueva vida y nuevos comienzos.

En el centro de la máquina vio un pistón que llevaba estampada la cabeza de un lobo que gruñía. Sus ojos de color ámbar relucían como

gemas. Subía y bajaba en una bancada de pistones con relieves semejantes, cada uno de ellos con un emblema estampado: un ojo dorado, una águila blanca, unas fauces con colmillos y una calavera coronada.

En cuanto esa imagen se le formó en la mente, se dio cuenta de que el pistón con la cabeza de lobo estaba levemente desincronizado con los demás pistones de la máquina y que funcionaba con un ritmo diferente. Poco a poco fue cambiando el sentido de su marcha hasta encontrarse en oposición directa con sus compañeros. La máquina vibró como protesta, ya que su equilibrio armónico se había visto alterado por aquel pistón que funcionaba por libre. El chirrido del roce del metal contra el metal aumentó de volumen.

Ahriman se tambaleó y soltó una exclamación de horror ahogada al darse cuenta de que la máquina no tardaría en quedar hecha pedazos. Ver cómo una maquinaria tan magnífica era destruida y reducida a poco más que unos restos metálicos por un defecto no advertido en su diseño era algo realmente trágico.

Sintió una mano en el hombro y se volvió para ver el rostro de un guerrero sorprendentemente hermoso que llevaba puesta la armadura de color perlado de un lobo lunar. La visión de la máquina que tenía en la mente se desvaneció, pero la angustia residual que todavía sentía por su destrucción inminente se le quedó marcada en el rostro.

—Hermano, ¿estás bien? —le preguntó el guerrero con sincera preocupación.

—Lo estoy —le respondió Ahriman, aunque lo cierto era que sentía náuseas.

—Ya te ha dicho que está bien —intervino un individuo con una tremenda anchura de hombros que estaba detrás del guerrero. Era más alto que Ahriman, con una cola de caballo reluciente que le remataba el cráneo afeitado. De él irradiaba una sensación de cólera y la necesidad de estar demostrando constantemente su valía—. Déjalo tranquilo y reunámonos con nuestras compañías. El desfile comenzará pronto.

El guerrero alargó una mano, y Ahriman la aceptó y se la estrechó.

—Tendrás que disculpar a Ezekyle —le dijo el guerrero—. A veces se olvida de sus modales. Bueno, de hecho, la mayoría de las veces. Soy Hastur Sejanus. Encantado de conocerte.

—Ahzek Ahriman. ¿Sejanus? ¿Ezekyle? Sois del Mournival.

—Culpable —respondió Sejanus con una sonrisa encantadora.

—Ya dije que esos custodios no tienen ni idea de lo que es la seguridad —exclamó Phosis T'kar mientras pasaba al lado de Ahriman para abrazar a Sejanus con la fuerza de un oso—. Me alegro de verte de nuevo, Sejanus.

Sejanus se soltó del abrazo entre risas y le propinó un puñetazo amistoso en la hombrera mientras otros dos guerreros con las insignias de los Lobos Lunares se acercaban.

—Yo también me alegro de verte, hermano. ¿Todavía no ha logrado matarte nadie?

—Y no es que no lo hayan intentado —le respondió Phosis T'kar, quien dio un paso atrás para mirar a todos los guerreros—. Ezekyle Abaddon y Tarik Torgaddon, mira tú por dónde, y también el Pequeño Horus Aximand. Todavía les cuento a mis hermanos los enemigos a los que nos tuvimos que enfrentar. ¿Os acordáis de las batallas que libramos en los mataderos de Keylekid? Esos dragones sí que nos dieron guerra. Había uno… ¿te acuerdas, Tarik? El que tenía las escamas de un color azul fuerte…

Pequeño Horus alzó una mano para interrumpir el chorro de recuerdos de Phosis T'kar.

—Quizá podríamos reunirnos después de la Marcha Triunfal. Todos nosotros —añadió de inmediato—. Me encantaría conocer a vuestros camaradas e intercambiar relatos gloriosos sobre nuestras batallas.

Sejanus asintió.

—Por supuesto —dijo—. Además, sé de buena tinta que el Emperador tiene algo importante que anunciar, y lo que es yo, no quiero perdérmelo.

—¿Un anuncio? —le preguntó Ahriman al mismo tiempo que sentía que un escalofrío premonitorio le recorría la espina dorsal—. ¿Qué clase de anuncio?

—El de la clase que te enteras cuando lo dicen —le replicó Abaddon con un gruñido.

—Nadie lo sabe —se apresuró a decir Sejanus con una breve risa diplomática—. Ni siquiera Horus Lupercal se ha dignado todavía decírselo a sus lugartenientes más cercanos.

Sejanus se volvió hacia el estrado con una sonrisa.

—Pero sea lo que sea, sospecho que será de gran importancia para todos nosotros.



DIECISÉIS
NUEVO ORDEN
INSTRUCCIÓN
NUEVO LLAMAMIENTO

Las estrellas flotaban sobre los paneles de la pirámide de cristal. Su leve resplandor luminoso parpadeaba procedente del pasado, puesto que la luz que llegaba hasta allí tenía ya miles o incluso millones de años. Ser capaz de ver el pasado con tanta claridad era algo que siempre había fascinado a Ahriman, esa idea de que lo que estabas viendo en el presente era un eco del pasado.

El aire en el interior del sanctum del *Photep* era fresco. Era una temperatura ambiente perfectamente modulada que no se debía en absoluto al control climático de una máquina. El suelo era una espiral de cristales blancos y negros, y cada una de aquellas piezas había sido escogida en la Cueva Reflectante que se extendía bajo Tizca por el primarca en persona.

La luz de las estrellas centelleaba sobre las piedras reflectantes y brillaba en el hilo de plata y en los colgantes rojos como la sangre cosidos a la capa de plumas de Magnus. El primarca estaba de pie e inmóvil como

una estatua bajo el vértice central de la pirámide. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás para poder mirar hacia la inmensidad del espacio.

Cuando Magnus bajaba a la superficie de cualquier planeta se llevaba su pabellón, que era una recreación de aquel santuario interior, aunque no lograba capturar el ambiente enrarecido que llenaba aquel lugar.

—Bienvenido, Ahriman —dijo Magnus sin apartar la mirada de las estrellas—. Llegas justo a tiempo de ver la Mechanicum Borealis conmigo. Ven, ponte a mi lado.

Ahriman recorrió la espiral siguiendo los fragmentos negros. Permitió que el recorrido lo limpiara de todos los pensamientos negativos y así estar preparado para cuando saliera siguiendo la espiral blanca. Observó con atención a Magnus mientras se acercaba.

El primarca había estado abstraído y algo melancólico desde que acabara el Gran Triunfo. Hastur Sejanus había estado en lo cierto en lo que se refería a la naturaleza del anuncio del Emperador: había cambiado de forma radical el mundo en el que actuaban. Durante cerca de doscientos años, el Emperador, amado por todos, había dirigido la cruzada desde la línea del frente, donde había luchado en la vanguardia de la segunda expansión de la humanidad hasta los bordes de la galaxia.

Aquellos días ya se habían acabado, puesto que el Emperador había anunciado que se retiraba del mando activo. Había comunicado a sus leales guerreros que había llegado el momento de entregar el control de la Gran Cruzada a otra persona. Los astartes habían prorrumpido en gemidos al enterarse de que su amado señor iba a abandonarlos, pero por memorable que fuese ese anuncio, fue más que superado por lo que comunicó a continuación.

El Emperador se quitó delante de todos los guerreros la corona de laurel, su símbolo más conocido, y la colocó sobre la cabeza de su hijo más brillante. Ya no sería el Emperador quien tendría el mando sobre los ejércitos del Imperio. Ese honor había recaído en Horus Lupercal: el señor de la guerra.

Era un título muy viejo, sacado de la antigüedad más remota, pero lo cierto era que se trataba de un rango que encajaba de un modo natural y encarnaba a la perfección las cualidades únicas del primarca de los Lobos Lunares. De los millones de guerreros reunidos ante el estrado cubierto de acero surgió una oleada de alabanzas unida también a lamentaciones, pero Ahriman captó las oleadas en conflicto que representaron las diferentes emociones que surgieron de los demás primarcas al reaccionar ante la ascensión de Horus. Quizá se debieron a que creían que ellos se merecían más el puesto, o quizá a que no les gustaba tener que aceptar órdenes de uno de ellos.

En cualquiera de los dos casos, ya no tenía demasiada importancia. El Emperador había tomado una decisión y había dejado muy clara la necesidad de la misma. Muchos guerreros esperaban renovar viejas amistades o jurar nuevos lazos de hermandad en Ullanor, pero tras aquella decisión del Emperador, la reunión de astartes se disolvió con una rapidez que fue casi inapropiada.

La 28.ª Flota Expedicionaria partió de Ullanor y, tras un viaje de dos meses, llegó a Hexium Minora, un mundo de avanzadilla del Mechanicum, para repostar y recibir suministros. El grueso de los Mil Hijos había sido testigo del comienzo de aquel nuevo orden galáctico, pero unas cuantas unidades estaban destinadas a otras misiones por el resto de la galaxia. Cada día que pasaba regresaban a la legión más hijos de Magnus para esperar las órdenes del nuevo señor de la cruzada.

Sotekis regresó con una compañía de apoyar a los Devoradores de Mundos en las Profundidades de Gólgota. Se decía que la última formación en llegar había sido la de los Portadores del Trueno de Kenaphia, que había regresado tras luchar junto a la IV Legión de Perturabo. Seguían existiendo elementos dispersos de la legión por toda la galaxia, pero la mayoría de los Mil Hijos se habían dirigido ya a Hexium Minora.

Las naves de la flota de los Mil Hijos se dedicaron a absorber suministros de las forjas del planeta y de los almacenes de material como recién nacidos ansiosos de pecho. Miles de millones de proyectiles, miles

de toneladas de agua y de comida, de uniformes, de productos deshidratados, de material para los zapadores, de vehículos blindados, de cargadores de energía, de depósitos de combustible y de la miríada de elementos que permitían funcionar a una flota expedicionaria… Todo eso fue llevado desde la superficie mediante grandes naves de transporte o las increíblemente delgadas torres Tsiolkovsky.

La operación de suministro ya casi había acabado, y la legión y los millones de soldados de apoyo que la acompañaban seguían anclados a la espera de las nuevas órdenes. No desperdiciaron los meses que pasaron allí. Las unidades del ejército realizaron ejercicios de combate junto a los astartes, y ambas fuerzas aprendieron mucho sobre las capacidades y las limitaciones tanto de la una como de la otra.

Cada capitán de hermandad dividió su tiempo entre esos ejercicios de combate y los de disciplina mental para renovar sus poderes y su conexión con el éter, pero la legión en conjunto estaba ansiosa por entrar de nuevo en combate. Tampoco los rememoradores se quedaron de brazos cruzados. La mayoría pasaron el tiempo puliendo su prosa para las publicaciones posteriores a la cruzada mientras se esforzaban por conocer nuevos detalles sobre lo ocurrido durante el glorioso Triunfo de Ullanor.

Otros acabaron los bocetos que habían realizado durante la conquista de Heliosa o en el período de tiempo que transcurrió hasta el sometimiento total. Los pocos que habían sido lo bastante afortunados como para ser elegidos como neófitos de los Mil Hijos continuaron con su formación y entrenamiento.

—Es hermoso, ¿verdad? —le preguntó Magnus cuando Ahriman llegó a su lado.

—Lo es, mi señor.

—Puedo ver tantas cosas cuando miro al exterior desde este sanctum. Pero hay mucho más por aprender, Ahzek. Sé mucho, es cierto, pero algún día lo sabré todo.

Magnus sonrió y negó con la cabeza, como si lo divirtiera su propio engreimiento.

—No hace falta que ocultes ese gesto de fruncir el entrecejo, amigo mío. No soy tan arrogante como para haberme olvidado de los estudios sobre las obras de Aristófanes y los Diálogos de Platón. «Saber es saber que no se sabe nada. Ése es el verdadero significado de la sabiduría».

—Yo no profundizo tanto cuando contemplo el cielo, mi señor, pero cuando miro a las estrellas siempre me invade una sensación de paz al saber que existe un orden en la galaxia. Me proporciona estabilidad en los momentos de cambio.

—Lo dices como si debiera temerse a los cambios —le dijo Magnus, quien finalmente se volvió para mirarlo.

—El cambio es necesario en algunas ocasiones —le respondió Ahriman con una sonrisa encantadora—. Pero prefiero el orden. Es más… predecible.

Magnus se rió.

—Sí, ya me imagino lo agradable que debe de ser eso, Ahzek, pero un mundo perfecto y ordenado es un mundo muerto y estancado. El verdadero mundo está vivo porque está lleno de cambios, de desorden y de descomposición. El viejo orden debe desaparecer para que aparezca uno nuevo.

—¿Eso fue lo que ocurrió en Ullanor? —se atrevió a aventurar Ahriman.

—En cierto modo. Ningún orden, ni siquiera uno divino, dura para siempre. Después de todo, el gran principio de la creación es que la nada y la posibilidad se relacionan y se separan un número infinito de veces en un momento finito.

Ahriman se mantuvo callado, ya que no estaba seguro de lo que quería decir el primarca.

Magnus suspiró y cruzó los brazos de nuevo.

—Estamos solos en las estrellas, Ahzek —dijo al cabo.

—¿Mi señor?

—El Emperador abandona la Gran Cruzada. Lo oí charlar con Horus mientras estaban en el estrado. Mi hermano quería saber por qué nos abandonaba nuestro padre, ¿y sabes lo que le contestó?

—No, mi señor —respondió Ahriman, aunque sabía que se trataba de una pregunta retórica.

—Le dijo que no se trataba de que ya se hubiera cansado de combatir, sino que un destino mayor lo llamaba. Era algo que él proclamaba que aseguraría que el legado de nuestra conquista perdurara hasta el final de las mismas estrellas. Por supuesto, Horus quiso saber de qué se trataba, pero nuestro padre no se lo dijo, y vi que eso le dolía profundamente. Verás, Horus fue el primero de nosotros en reunirse con nuestro padre después de nuestra… dispersión. Luchó a su lado durante casi treinta años, padre e hijo único. Un lazo de unión semejante es único, y no es fácil renunciar a él. A decir verdad, es un lazo por el que muchos de mis hermanos sienten envidia.

—Pero ¿vos no?

—¿Yo? No. Jamás perdí el contacto con mi padre. Hablamos muchas veces antes de que llegara a Prospero. Ése es un lazo del cual ninguno de mis hermanos puede sentirse orgulloso. Cuando nuestra legión partió de Ullanor, entré en comunión con mi padre y le conté lo que había encontrado en Aghoru: un laberinto oculto de túneles que atravesaban el immaterium y que conectaban todos los sitios y momentos.

Magnus alzó de nuevo su ojo hacia las estrellas, y Ahriman se mantuvo en silencio, ya que sintió que entrometerse en aquel momento de introspección del primarca no sería adecuado, aunque las posibles derivaciones de aquel descubrimiento eran impresionantes.

—¿Y sabes lo que me contestó, Ahzek? ¿Sabes cuál fue su respuesta ante este descubrimiento asombroso, ante esta clave para alcanzar cualquier rincón de la galaxia?

—No, mi señor.

—Que ya lo sabía. Ya lo sabía. Supongo que no debería haberme sentido sorprendido, porque si existe algún ser en esta galaxia que podía conocer su existencia, ése es mi padre. Al enterarse de que yo también conocía ese entramado, me contó que lo había descubierto hace decenios, y que había decidido dominarlo y convertirse en su señor. Por eso regresa a Terra.

—Eso es una noticia excelente, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —respondió Magnus sin entusiasmo alguno—. Me ofrecí de inmediato a ayudarlo, evidentemente, pero rechazó mi oferta.

—¿La rechazó? ¿Por qué?

Magnus se encorvó un poco al contestar.

—Al parecer, la investigación que está llevando a cabo mi padre es demasiado delicada en esta etapa de desarrollo como para permitir que otra mente la contemple.

—Me sorprende esa respuesta. Después de todo, sois el mejor estudiante de lo esotérico que existe. ¿No os explicó el Emperador por qué rechazó vuestra oferta?

—No solo rechazó mi oferta de ayuda, también me advirtió que no profundice más en mis estudios, aunque me ha asegurado que tiene una misión vital para mí en la culminación final de su gran proyecto, aunque no quiso decirme nada más.

—¿Le preguntasteis qué le contó Leman Russ?

Magnus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Mi padre conoce muy bien el carácter de mi hermano lupino. No necesita que yo le recuerde lo hipócrita y ridículo que resulta ser a veces.

—A pesar de todo, sigue siendo una pena que hayamos perdido la oportunidad de aprender más de los Lobos Espaciales. Ohthere y yo logramos forjar un buen vínculo. Con la ayuda de Uthizzar podría haberme enterado de buena parte del funcionamiento interno de la legión del Rey Lobo.

Magnus asintió con una sonrisa.

—No temas, Ahzek. Wyrdmake no era nuestra única fuente de información dentro de los Lobos Espaciales. Tengo otras bazas en diferentes lugares, y ninguna de ellas sabe que bailan al son que yo marco.

Ahriman se quedó a la espera de que el primarca continuara hablando, pero Magnus no dijo nada más del asunto.

Antes de que pudiera preguntarle, las estrellas parpadearon como si alguien hubiera colocado una gasa muy fina sobre la superficie de la pirámide de cristal.

—Mira —le dijo Magnus—. La Mechanicum Borealis. Ha comenzado.

La imagen de las estrellas se difuminó en la negrura igual que un cuadro sin secar bajo la lluvia. La fusión de los derrames químicos con los fuegos de vapor atmosféricos de Hexium Minora alcanzó la luz de la lejana estrella del sistema planetario y provocó una refracción en forma de halo alrededor de todo el planeta, que tras unos instantes pareció estar envuelto en una tormenta de llamas arco iris que iba de un polo a otro.

El efecto era asombroso a pesar de ser producto de una contaminación ya crónica y de una industrialización masiva que no prestaba atención alguna al coste que le suponía aquello a la ecología del planeta. Para Ahriman fue otra prueba más de que del origen más desagradable podía surgir algo maravilloso. Un efecto colateral de la aparición de la Mechanicum Borealis era la disminución del grosor de la pared que separaba al mundo material del immaterium. Una mezcolanza de colores sin nombre y tempestades etéreas se arremolinó alrededor de la corona del planeta. Era un paisaje marino lejano visto a través de un cristal oscuro.

—El Gran Océano —dijo Magnus con una voz llena de añoranza—. Qué hermoso es.

Ahriman tenía las luces de su biblioteca privada a baja potencia, ya que, según él, cualquier clase de ayuda para concentrarse era de la mayor importancia. Lemuel se había sentido sorprendido al ver lo pequeño que era el sanctum de su mentor. Se trataba de una estancia de un tamaño similar al de la de cualquier burócrata de Terra. Para ser un lugar calificado de biblioteca, vio muy pocos libros allí. Apenas había algo más que una estantería llena de tubos de cuero con pergaminos dentro y unas cuantas hojas de papel encuadernadas sin excesivo cuidado.

Pegada a una de las paredes había una mesa de escritorio de superficie pulida elaborada con una madera de color claro y vetas oscuras. Tenía insertado en la parte plana un tintero de cuero verde, y desparramados y abiertos sobre ella se veía un puñado de libros gruesos con lomos de medio metro o más de altura.

La armadura de Ahriman estaba colocada sobre un perchero apropiado, desde donde actuaba como un observador silencioso de sus fracasos. A Lemuel le recordó los robots de Khalophis, y pensar en aquellos guerreros mecanizados y sin alma le provocó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal.

—¿Puedes verlo ya? —le preguntó Ahriman.

—No.

—Mira otra vez. Flota con las corrientes. Recuerda todo lo que te he enseñado desde que estuvimos en Alcaudón.

—Lo intento, pero es que hay muchos. ¿Cómo voy a poder distinguir entre el futuro verdadero y el potencial?

—Ahí es donde entra en juego la habilidad de un adivinador. Algunos pronosticadores poseen una conexión innata con las sendas etéreas que los guían con una precisión infalible hacia la verdad, mientras que otros deben filtrar un millar de imágenes con un simbolismo sin sentido antes de alcanzarla.

—¿De qué clase sois vos? —le preguntó Lemuel sin abrir los ojos y esforzándose por visualizar la miríada de sendas que abrían las cartas que caían.

—Piensa menos en mí y más en las cartas —le advirtió Ahriman—. ¿Listo?

—Listo.

En el borde de la mesa se alzaba una pirámide de cartas colocadas con gran cuidado. Ahriman las había sacado de un bote de lata desgastado envuelto con un paño. Eran setenta y ocho cartas de lo que él llamó una baraja *trionfi* de Visconti-Sforza. Cada carta estaba pintada hasta el más mínimo detalle, con colores vivos y unas imágenes tremendamente expresivas de hombres y mujeres de aspecto regio.

—Coge el siete de denarios —le dijo Ahriman, y dio una fuerte palmada en la superficie de la mesa.

La pirámide de cartas se derrumbó y cada una salió volando de forma errática hacia el suelo formando un torbellino enloquecido de caballeros,

reyes y princesas. Lemuel lanzó la mano al aire y atrapó una carta. La sostuvo ante sí.

—Enséñamela —le dijo Ahriman.

El rememorador le dio la vuelta y el bibliotecario vio que mostraba la imagen de una mujer que alargaba la mano para tocar una estrella de ocho rayos.

—La Estrella. Prueba otra vez.

—Es imposible —exclamó Lemuel con frustración resignada. Llevaba intentando atrapar cada carta que Ahriman le indicaba desde hacía tres horas, y no lo había logrado en ninguna ocasión—. No puedo hacerlo.

—Sí que puedes. Eleva tu mente hasta las Enumeraciones inferiores para despejarla de las preocupaciones materiales. Que tu mente flote libre de hambre, de necesidades y de deseos. Sólo entonces podrás seguir el camino correcto hacia los ecos del futuro.

—¿Qué libre mi mente de todo deseo? Eso me resultará bastante difícil —comentó Lemuel.

—Nunca te dije que sería fácil. De hecho, te prometí lo contrario.

—Lo sé, pero no es fácil para un hombre de mis apetitos suprimirlos —insistió el rememorador al mismo tiempo que se palmeaba la generosa barriga, que a pesar de todo había disminuido. La comida a bordo era una mezcla de pasta reconstituida y comida orgánica congelada tras crecer en los tanques hidropónicos ventrales de la nave. Nutría el cuerpo, pero poco más.

—En ese caso, las Enumeraciones te servirán de ayuda —le replicó Ahriman—. Álzate hasta las esferas inferiores y visualiza el camino que seguirá cada carta, las interacciones que se producirán cuando choquen entre sí, las ondas que causarán en el sistema. Aprende a leer la progresión geométrica de la potencialidad a medida que cada permutación dé lugar a un millar de nuevos posibles finales sin importar lo semejantes que fueran los parámetros iniciales. En épocas olvidadas, alguna gente llamaba a esto la teoría del caos, otros, la geometría fractal.

—No puedo hacerlo —protestó Lemuel—. Vuestro cerebro está diseñado para realizar este tipo de tareas, pero el mío no.

—No son mis mejoras genéticas las que me permiten ver dónde caerán las cartas. No soy un sabio matemático.

—Pues hacedlo vos —lo desafió Lemuel.

—Muy bien —respondió Ahriman, y reconstruyó la pirámide de cartas con una habilidad fruto de la práctica. Una vez estuvo terminada la pirámide, se volvió hacia Lemuel—. Elige una.

El rememorador se lo pensó durante unos momentos.

—El Carro —dijo al fin.

Ahriman asintió y cerró los ojos, de pie y con los brazos pegados a los costados.

—¿Listo? —le preguntó Lemuel.

—Sí.

Lemuel propinó un fuerte manotazo a la mesa y las cartas cayeron al suelo. La mano de Ahriman salió disparada como una serpiente lanzada al ataque y atrapó en el aire una carta de rebordes estampados en oro. Le dio la vuelta y Lemuel vio un carro dorado del que tiraban dos caballos blancos con alas. Ahriman colocó la carta boca arriba sobre la mesa.

—¿Lo ves? Se puede hacer.

—Son los reflejos de astartes —replicó Lemuel.

Ahriman sonrió.

—¿Eso crees? Muy bien. Probemos una vez más.

El bibliotecario levantó de nuevo la pirámide y le pidió a Lemuel que eligiera una carta. El rememorador así lo hizo, y Ahriman cerró los ojos y se volvió a quedar de pie delante de las cartas en equilibrio precario. Sin embargo, en vez de mantener los brazos pegados al cuerpo, alargó una mano con el índice y el pulgar extendidos pero muy juntos, igual que si estuviera sosteniendo una carta invisible. Inspiró profundamente, y Lemuel vio que movía los ojos con rapidez detrás de los párpados.

—Ahora —le indicó Ahriman.

Lemuel dio otra fuerte palmada a la mesa y las cartas se desplomaron formado una lluvia de imágenes. Ahriman no se movió, y una carta solitaria cruzó el aire hasta deslizarse precisamente entre sus dos dedos extendidos. Lemuel no se sintió sorprendido en absoluto cuando el

bibliotecario le dio la vuelta y le enseñó la imagen de una divinidad con una espada llameante en la mano derecha y un globo planetario rematado por una águila en la izquierda. Unos ángeles volaban por encima de la figura al mismo tiempo que tocaban unas trompetas de las que colgaban estandartes de seda.

—Justo la que tú querías. El Juicio.

Cuatro días más tarde, Lemuel estaba recluido de nuevo en la biblioteca de Ahriman, aunque en esta ocasión se le había prometido que actuaría como rememorador y no como pupilo. Había pasado casi un año desde que le negaron el permiso para descender a la superficie de Ullanor, y Lemuel había conservado la esperanza de obtener un relato de primera mano de la ascensión de Horus Lupercal al rango de señor de la guerra. Pero se iba a llevar una decepción al respecto.

Cuando le preguntó a Ahriman por el Gran Triunfo, el bibliotecario se encogió de hombros, como si no hubiese sido más que una ceremonia trivial, algo que no merecía la atención de un rememorador.

—Fue un asunto privado —le contestó Ahriman.

Lemuel casi se echó a reír antes de darse cuenta de que Ahriman estaba tremendamente serio.

—De todas maneras, ¿para qué querrías saber algo al respecto?

—¿Me lo preguntáis en serio?

—Sí.

—Quizá porque el mismísimo Emperador en persona estaba allí —le contestó Lemuel, que mientras hablaba se esforzaba por comprender por qué Ahriman pensaba que era extraño que él quisiese conocer los detalles de un acontecimiento tan especial—. O quizá porque el Emperador ha regresado a Terra y la Gran Cruzada tiene un nuevo comandante. Horus Lupercal es ahora el señor de la guerra. Un hecho semejante representa un punto de inflexión en la historia de la humanidad. Seguro que vos lo sabéis.

—Lo sé —contestó Ahriman con un gesto de asentimiento—. Aunque me temo que yo sería un mal narrador de lo que ocurrió. Estoy seguro de que habrá otros que lo contarán mejor que yo.

Ahriman estaba sentado detrás de su mesa. Tomaba pequeños sorbos de un vino seco de color amarillento de una copa de peltre enorme. Lemuel notó que había algo más detrás de su reticencia a hablar de Ullanor que sus dudas respecto su capacidad para dar una buena descripción del acontecimiento.

Habría muy poco trabajo para un rememorador en esta ocasión. Algo tenía atribulado a Ahriman, algo que había ocurrido en la superficie de Ullanor. Pero fuese lo que fuese, Lemuel no iba a oírlo ese día.

Ver a un astartes preocupado por un asunto que no tenía nada que ver con un campo de batalla era algo sorprendente. Lemuel miró a Ahriman con una nueva perspectiva. Aunque no llevaba puesta la armadura e iba vestido sólo con una camisa carmesí y unos pantalones de combate de color caqui, Ahriman seguía siendo enorme. Sus extremidades eran suaves y pulidas cuando llevaba puesta la armadura, más semejantes a partes de una máquina. Sin embargo, sin ella, Lemuel pudo ver la enorme musculatura de sus bíceps y las protuberancias de sus pectorales. En todo caso, un astartes sin armadura era incluso más atemorizador. Sus proporciones eran humanas, pero también gigantescas y casi alienígenas.

Lemuel había acabado conociendo bastante bien a Ahriman desde que partieron de Ullanor, y aunque no lo bastante bien como para considerarlo un amigo, si lo suficiente como para captar el humor de que se encontraba. Había visto poco a sus amistades entre los rememoradores, ya que Camille y Kallista pasaban la mayor parte del tiempo en compañía de Ankhu Anen en la biblioteca del *Photep*, donde estaban aprendiendo a desarrollar sus habilidades innatas. La verdad era que había visto poco a sus amigas, pero a quien no había visto en absoluto era a Mahavastu Kallimakus.

—¿Lemuel? —lo llamó Ahriman haciéndole volver al presente.

—Lo siento. Estaba pensando en un amigo. Espero que esté bien.

—¿Quién es?

—Mahavastu Kallimakus, el escriba del primarca.

—¿Por qué no iba a estar bien?

Lemuel se encogió de hombros, sin estar muy seguro de cómo expresarlo.

—No parecía estar demasiado bien la última vez que nos vimos, aunque también es cierto que se trata de alguien muy anciano, dado a los dolores y los achaques de su edad. ¿Me comprendéis?

—La verdad es que no mucho —admitió Ahriman—. Estoy tan en forma como lo estaba hace dos siglos.

Lemuel se rió.

—Eso debería asombrarme, pero es sorprendente la rapidez con la que uno se acostumbra a lo extraordinario, sobre todo en compañía de los Mil Hijos.

Alzó la pequeña copa de cristal tallado y se la llevó a los labios para tomar un sorbo. Disfrutó de lo extraordinario que era beber un vino que no supiera como si hubiera pasado por el sistema de filtrado urinario de la nave.

—¿Qué te parece el vino? —le preguntó Ahriman.

—Es un caldo más refinado que los que acostumbro a beber. Es sabroso y lleno de fuerza, pero a la vez con la sutileza suficiente como para sorprenderme.

—Las uvas de este vino crecieron en unos viñedos subterráneos de Prospero —le explicó Ahriman—. Es una cosecha propia, mezclada por mí y basada en una muestra genética que tomé en la bahía Heretaunga, en lo que antaño fue la isla de Diemenslandt.

—Nunca creí que los astartes fuesen unos estudiosos de la vinicultura.

—¿No? ¿Por qué no?

Lemuel inclinó la cabeza hacia un lado y se preguntó si Ahriman estaría bromeando. Sin duda, el bibliotecario jefe de los Mil Hijos era un individuo de carácter serio, pero a menudo salpicaba la conversación con aquella especie de humor inexpresivo. Le pareció por el tono de su aura que la pregunta era sincera, y Lemuel se vio de repente desesperado por encontrar una respuesta adecuada.

—Bueno, es que han sido creados para la guerra. No creí que eso dejara mucho tiempo para otras actividades menos marciales.

—En otras palabras, crees que sólo valemos para combatir. ¿Es eso? Que los astartes simplemente somos unas armas, unas herramientas para matar que no pueden tener interés en otra cosa que no sea la guerra.

Lemuel captó el brillo en los ojos de Ahriman y le siguió el juego.

—La verdad es que son muy buenos matando. Lo vi muy claro en el Peñasco Fénix.

—Tienes razón. Somos muy buenos a la hora de matar. Creo que por eso mi legión anima a sus guerreros a que desarrollen otras habilidades no aplicables al campo de batalla. Después de todo, esta cruzada no durará eternamente, y necesitaremos otro propósito en la vida cuando se acabe. ¿Qué será de los guerreros cuando ya no queden más guerras por librar?

—Se asentarán en un hogar y producirán un vino excelente —dijo Lemuel.

Se tomó de un sorbo lo que quedaba en la copa y aceptó otra que le sirvió Ahriman. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo tremendamente absurdo que resultaba aquel momento. Soltó una breve risa y negó con la cabeza.

—¿Qué te resulta tan divertido? —quiso saber Ahriman.

—La verdad es que nada. Sólo me preguntaba cómo ha sido posible que Lemuel Gaumon, un estudioso a ratos y un simple aficionado a lo esotérico, haya acabado compartiendo un vaso de vino con un ser sobrehumano genéticamente modificado. Si hace dos años alguien me hubiera dicho que estaría sentado aquí con vos, le habría dicho que estaba loco.

—Pienso lo mismo —le aseguró Ahriman.

—Pues entonces, brindemos por las nuevas experiencias —le dijo Lemuel al mismo tiempo que alzaba la copa.

Así lo hicieron, y disfrutaron de lo extraño del momento. Cuando juzgó que había pasado el tiempo suficiente, Lemuel se atrevió a hablar.

—No llegasteis a contestar a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que hice cuando me estabais instruyendo con las cartas trionfi. Cuando os pregunté qué clase de adivinador sois, uno de los que tiene una conexión innata con el éter o de los que tiene que luchar por cada fragmento de verdad. Tengo la sensación de que sois de los primeros.

—Lo era, sí —respondió Ahriman, y Lemuel captó orgullo en su aura, pero también pesar—. Podía sacar el futuro del éter sin esfuerzo alguno. Guiaba a mi hermandad a lo largo de las sendas más productivas en la guerra y en el estudio, pero ahora tengo que esforzarme mucho para captar incluso el más breve atisbo del entramado del futuro.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

Ahriman se puso en pie y rodeó la mesa. Tomó el mazo de cartas y lo barajó de un modo experto. Lemuel pensó que podría haber sido perfectamente un crupier o un tahúr. La facilidad y la destreza con las que Ahriman movía las cartas entre sus dedos eran asombrosas, y ni siquiera parecía darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Las mareas del Gran Océano cambian de un modo incesante, y su influencia aumenta y disminuye. Lo que antes era un chorro rugiente se convierte en simple goteo en cuestión de una fracción de segundo. Lo que era una ola suave se transforma en tifón arrasador. Los poderes de cada uno de los practicantes suben y bajan con el humor del immaterium, que es caprichoso, y cuyo interés va corriendo de un lado a otro como una luciérnaga en la noche.

—Habláis de ello como si fuera algo vivo —comentó Lemuel mientras observaba la mirada soñadora y perdida de Ahriman. Éste sonrió y dejó las cartas otra vez en la mesa.

—Es posible. Los antiguos marineros de Terra decían que tenían dos esposas, sus mujeres en tierra y el mar. Cada una de ellas se sentía celosa de la otra, y se decía que una o la otra siempre le arrebataban la vida al marinero. Vivir tan cerca del éter es tener un pie en cada uno de los dos mundos. Ambos son peligrosos, pero un hombre puede aprender a notar cómo cambian y bailan sincronizados, o no, entre ellos. El truco es captar esos momentos y mantenerse en la cresta de la ola de poder mientras dure.

Lemuel se inclinó hacia adelante y dio unos golpecitos en las cartas de reborde dorado.

—Creo que ese truco todavía no lo tengo dominado —comentó.

—No, la adivinación no es tu punto fuerte —admitió Ahriman—. Aunque muestras cierta habilidad en la lectura etérea. Quizá te organice una reunión con Uthizzar de los athanaeans. Él es quien puede desarrollar esa zona de tu psique.

—Siempre oigo hablar de estos cultos, pero ¿por qué tanta especialización? Las sangomas de las que aprendí servían a las gentes de sus pueblos de muy distintas maneras. No se limitaban a una única área de experiencia. ¿Por qué divide la legión sus enseñanzas en cultos diferentes?

—Lemuel, las sangomas de las que hablas tan sólo han rozado una mínima fracción del aprendizaje que se puede obtener del Gran Océano. El menos dotado de los estudiantes de cualquiera de los cultos de los Mil Hijos es capaz de comprender y de practicar más misterios que incluso la más dotada de las sangomas.

—No lo dudo —dijo Lemuel antes de tomar otro sorbo de vino—. Aun así, ¿para qué tantos?

Ahriman sonrió.

—Termínate el vino y te contaré el primer viaje que hizo Magnus a la desolación de Prospero.

—Prospero es un paraíso —empezó a contarle Ahriman—. Es un planeta maravilloso lleno de luz y de belleza. Sus montañas se alzan como unos inmensos colmillos de un blanco brillante. Sus bosques son verdes más allá de lo imaginable, y sus océanos están rebosantes de vida. Es un mundo devuelto a su gloria, y no siempre ha sido así. Mucho antes de la llegada de Magnus, Prospero estaba prácticamente abandonado.

Ahriman bajó una caja de hierro colado del estante superior de su librería y la colocó encima de la mesa. Abrió la tapa y dejó a la vista un cráneo grotesco de origen alienígena. La superficie era oscura y brillante, como si la hubieran lacado. Tenía unas mandíbulas alargadas y

extensibles, y detrás de ella se veían dos enormes cuencas oculares. Recordaba vagamente a un insecto, y era absolutamente repulsivo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Lemuel al mismo tiempo que torcía la boca en un gesto de asco.

—Es el exocráneo conservado de un psiconeuein, un depredador alienígena originario de Prospero.

—¿Por qué me lo enseñáis?

—Porque sin estas criaturas los cultos de los Mil Hijos no existirían.

—No lo entiendo.

—Te lo mostraré —dijo Ahriman al tiempo que sacaba el cráneo de la caja. Luego se lo ofreció a Lemuel—. No te preocupes. Está muerto desde hace mucho tiempo y su aura residual desapareció hace mucho en el Gran Océano.

—A pesar de eso, no, gracias. Esas mandíbulas parecen capaces de arrancarle de cuajo la cabeza a una persona.

—Lo son, pero no eran lo que hacía tan peligrosos a los psiconeueins. Su arma más poderosa era, y es, su ciclo reproductor. Las psiconeueins hembras se ven atraídas por las emanaciones psíquicas y poseen una fusión rudimentaria de poderes telepáticos y telekinéticos. Cuando se encuentra en período fértil, la hembra proyecta psíquicamente un puñado de huevos en el cerebro de cualquier ser con la mente desprotegida, es decir, vulnerable al poder del éter.

—Eso es asqueroso —exclamó Lemuel, realmente horrorizado.

—Pues eso no es lo peor.

—¿Ah, no?

—Ni por asomo —respondió Ahriman disfrutando de forma evidente de todo aquello—. Los huevos son pequeños, no mayores que un grano de arena, pero a la mañana del siguiente día eclosionan y comienzan a alimentarse del cerebro de su huésped. Al principio, la víctima no siente más que un leve dolor de cabeza, pero para cuando llega la tarde, la agonía es insoportable y va enloqueciendo de un modo imparable a medida que su cerebro está siendo devorado desde el interior. Al caer la noche, la víctima habrá muerto, y lo que alberga su cráneo es una masa de gusanos gordos.

Esas larvas tardan pocas horas en dejar el cadáver limpio de toda carne, y luego buscan un lugar oscuro en el que convertirse en pupas. Al día siguiente, salen convertidos en adultos, listos para cazar y reproducirse.

Lemuel sintió que se le revolvían las tripas, y tuvo que esforzarse para no imaginar cómo sería el dolor agónico que sentiría si una horda de parásitos comenzara a devorarle vivo el cerebro.

—Qué modo tan horrible de morir, pero sigo sin entender cómo es posible que unas criaturas tan viles fueran capaces de conformar la vida de Prospero y de los Mil Hijos.

—Paciencia, Lemuel —le indicó Ahriman mientras se sentaba en el borde de la mesa—. Pronto llegaré a eso. Has oído hablar de Tizca, la Ciudad de la Luz, ¿verdad?

—Es un lugar que estoy realmente ansioso por ver.

—Pronto lo verás —le confirmó Ahriman con una sonrisa—. Tizca es el último asentamiento de una civilización que quedó arrasada hace miles de años, una ciudad donde los supervivientes de un cataclismo a nivel planetario se refugiaron huyendo de los psiconeueins. Sospechamos que alguna clase de intensificación desbocada de la energía del Gran Océano provocó una explosión de potencial psíquico descontrolado en el seno de la población, lo que a su vez causó que los psiconeueins entraran en frenesí reproductor y alimenticio. La civilización de Prospero se colapsó y los supervivientes huyeron a una ciudad en las montañas.

—Tizca —dijo Lemuel, que estaba emocionado al ir conociendo la historia perdida de Prospero.

—Sí —le confirmó Ahriman—. La gente de Tizca resistió durante miles de años, mientras que todo lo que habían construido en los miles de años transcurridos desde que salieron de Terra se convirtió en polvo. La superficie de Prospero está salpicada con los restos de su civilización muerta. Las ciudades vacías están cubiertas por la vegetación y los palacios de los reyes sirven de guarida a las bestias salvajes.

—¿Cómo lograron sobrevivir?

—Lograron salvar el material y el conocimiento suficientes como para montar una red de antenas psíquicas y una serie de fuentes de energía

sostenibles, que a su vez les permitieron construir unos jardines hidropónicos gigantescos en las profundas cavernas de las cordilleras montañosas ventrales.

—Donde crece el fruto de estos vinos deliciosos —añadió Lemuel alzando la copa en un nuevo brindis—. Pero no me refería a eso. ¿Cómo lograron sobrevivir a los psiconeueins?

Ahriman se dio unos golpecitos en la cabeza.

—Pues desarrollando esos mismos poderes que los hacían tan vulnerables. Los psiconeueins se vieron atraídos por millares a Tizca, pero los supervivientes fueron capaces de entrenar a los psíquicos con más poder y utilizaron sus mentes para erigir unas barreras invisibles de pensamiento puro. Eran unos poderes primitivos y toscos comparados con las sutiles artes que practicamos hoy día, pero mantenían a raya a las criaturas. Y por ello, los practicantes de los misterios permanecieron encerrados en su comprensión limitada del poder del Gran Océano hasta la llegada de Magnus.

Lemuel se inclinó hacia adelante y dejó la copa en el borde de la mesa. Los mitos sobre los orígenes de los primarcas estaban envueltos a menudo en alegorías y en hipérboles, y acababan cargados con el paso del tiempo con toda clase de detalles extravagantemente imaginativos entre los que se incluían pruebas de fuerza, duelos de armas o hazañas igualmente descabelladas.

Oír narrar las verdaderas hazañas de un primarca en su propio mundo y de labios de un guerrero de su legión era sin duda el mayor logro de cualquier rememorador, un relato auténtico frente a los embellecidos con detalles falsos propios de gente como los iteradores. El pulso de Lemuel se aceleró por la expectación que sintió, pero notó un soplo helado a la espalda, semejante al aliento de alguien invisible que hubiera pasado por allí. Frunció el entrecejo al ver un destello rojizo en el cristal tallado de su copa de vino y el atisbo de un ojo ambarino que le devolvía la mirada desde el líquido.

Lemuel miró hacia atrás por encima del hombro, pero allí no había nadie.

Miró de nuevo el vaso y vio que era simplemente vino. Movió la cabeza para quitarse de encima la intranquilidad que le había provocado aquella imagen. Ahriman lo estaban mirando con una expresión divertida en la cara, como si estuviera esperando que dijera algo.

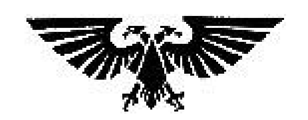
—Me estabais hablando de Magnus —dijo Lemuel cuando vio que Ahriman se quedaba callado.

—Iba a seguir, pero no soy yo quien debe contarlo todo.

Lemuel se recostó contra el respaldo de la silla algo confuso.

—Entonces, ¿quién debe hacerlo?

—Yo —dijo Magnus apareciendo de la nada, como si hubiera salido del propio aire—. Yo te lo contaré.



DIECISIETE

DESOLACIÓN DE PROSPERO
LA ESTATUA CAÍDA
NUEVOS LLAMAMIENTOS

Permanecer sentado en presencia de aquel ser tan imponente parecía el peor de los insultos, pero a pesar de los intentos de Lemuel por ponerse de pie, los músculos de sus piernas seguían sin obedecerlo.

—Señor —consiguió decir finalmente.

El primarca vestía una larga túnica amplia de color carmesí ribeteada de piel de marta y sujeta a la cintura con un ancho cinturón de piel que lucía un escarabajo de jade en el centro. La espada curva le colgaba envainada a la espalda y llevaba el lustroso pelo recogido hacia atrás en una serie de elaboradas trenzas enlazadas entre sí como las raíces de un árbol gigante.

Magnus llenaba la biblioteca con su presencia, a pesar de no parecer más grande que Ahriman. Lemuel parpadeó para deshacerse de la imagen del perfil brumoso del primarca y lo miró fijamente a su único ojo de iris color ámbar moteado de magnesio blanco. El lugar donde debería haber

estado el otro ojo era una superficie de carne suave en la que no parecía que hubiera habido un ojo jamás.

—Lemuel Gaumon —dijo Magnus, y las sílabas de su nombre fluyeron como miel de la boca del primarca, como si se tratara de una palabra de poder o de algún idioma oculto de los antiguos.

—Soy… soy yo —balbució, consciente de que parecía un idiota, pero no le importó—. Sí, sí, señor. Es un honor conoceros, nunca creí… quiero decir que…

Sus palabras se apagaron mientras Magnus levantaba una mano.

—¿Te ha estado contando Ahriman cómo fundé los cultos de Prospero?

Lemuel recuperó la voz y consiguió hablar.

—Sí, y me sentiría muy honrado si me siguierais contando desde donde él lo dejó.

La petición era audaz, pero una nueva confianza lo llenó de repente de energía. Le daba la impresión de que Magnus no había llegado allí por accidente y de que este encuentro estaba tan orquestado como cualquiera de las representaciones teatrales, supuestamente improvisadas, de Coraline Aseneca.

—Lo haré, Lemuel, porque eres un hombre poco común. Tienes la capacidad de ver aquello de lo que muchísima gente se alejaría corriendo de miedo. Prometes, y tengo la intención de hacer que esa promesa se haga realidad.

—Gracias, señor —le respondió Lemuel, aunque una pequeña vocecita interior lo puso en guardia sobre qué sería exactamente lo que el primarca quería decir con eso.

Magnus pasó a su lado rozándole el hombro, y el placer de ese contacto hizo desaparecer todas sus preocupaciones. Magnus rodeó la mesa de Ahriman y levantó las cartas de dorso dorado.

—Una baraja Visconti-Sforza —dijo Magnus—. Concretamente, una *Visconti di Modrone*, si no me equivoco.

—Tenéis buen ojo, señor —dijo Ahriman, y Lemuel sofocó una risita, preguntándose si esto era lo que consideraban humor entre los Mil Hijos.

Las palabras de Ahriman parecían sinceras, y Magnus barajó el mazo con mayor habilidad aún que su bibliotecario jefe.

—Ésta es la baraja más antigua que existe —dijo Magnus mientras extendía las cartas sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Lemuel.

Magnus sacó un naipe deslizándolo desde el mazo y levantó el seis de denarios. Cada uno de los denarios estaba representado por un disco dorado con una flor de lis o por una figura con una túnica que llevaba un largo báculo.

—El palo de denarios, que se corresponde con lo que ahora conocemos por diamantes, lleva el anverso y el reverso del florín de oro acuñado por el maestro Visconti en algún momento de mediados del segundo milenio, aunque las monedas que diseñó sólo estuvieron en circulación durante una década más o menos.

Magnus volvió a colocar el naipe en el mazo y se desplazó hasta la librería de Ahriman, echando un vistazo breve a su contenido antes de volverse para mirar a Lemuel a la cara. Le sonrió con cordialidad y camaradería, como si estuviera compartiendo con él una broma en vez de un valioso recuerdo.

—Cuando llegué a Próspero, dijeron que fue como si un cometa me hubiera depositado en el suelo, porque el impacto que causé en ellos fue enorme —dijo Magnus con una sonrisa divertida—. La comuna de Tizca, que era el nombre que los supervivientes del psiconeueins dieron a su pequeño enclave, era un lugar anclado en la tradición, pero tenían la habilidad de blandir el poder del éter. Aunque, por supuesto, no lo conocían por ese nombre, y los poderes que tenían, que les eran suficientes para mantener alejados a los depredadores psíquicos, eran poco más que encantamientos de niños idiotas.

—Pero ¿vos los enseñasteis a utilizar mejor sus poderes?

—No al principio —replicó Magnus, cogiendo un disco dorado con inscripciones de símbolos cuneiformes de la biblioteca de Ahriman. Lo miró un momento antes de volver a dejarlo en su sitio con un gesto casi

imperceptible de la cabeza. Cuando se alejó, Lemuel vio que se trataba de un reloj zodiacal.

—Yo era joven entonces y conocía poco mi auténtico potencial, aunque había tenido el mejor tutor de la época.

—¿El Emperador?

Magnus sonrió.

—Ni más ni menos. Me mostraron las costumbres de la comuna y aprendí rápido todo lo que tenían que enseñarme. La verdad es que había desentrañado las enseñanzas de sus mayores eruditos al año de mi llegada. Eran demasiado dogmáticas, demasiado lineales y demasiado limitadoras para el potencial de mi mente. Mi intelecto era superior en todos los sentidos a los de todos aquellos que me enseñaban. Supe que con mis conocimientos podrían crecer mucho más.

Lemuel notó la arrogancia en la voz de Magnus. El poder del primarca era inmenso y trascendía el entendimiento humano, pero no había ni rastro de la humildad de la que había oído hablar tantas veces en sus conversaciones con Ahriman. Mientras que Ahriman era consciente de sus limitaciones, estaba claro que Magnus sentía que para él no había ninguna.

—¿Y cómo lo hicisteis? —quiso saber Lemuel.

—Me adentré en la desolación de Prospero. El auténtico poder se les manifiesta sólo a aquellos que se han puesto a prueba a sí mismos frente a sus mayores temores. Dentro de la comuna no conocí el miedo ni el hambre, ni tuve la necesidad de llevar mis habilidades hasta el límite de su potencial. Necesitaba poner a prueba mis poderes hasta el máximo para poder comprobar si realmente había un límite. Sabía que solo y en tierras remotas encontraría la clave para liberar mis poderes o moriría en el intento.

—Una solución un tanto drástica, mi señor.

—¿De verdad lo crees, Lemuel? ¿No es mejor intentar alcanzar las estrellas y fracasar que no llegar a intentarlo nunca?

—Las estrellas son enormes bolas de gas llameante —respondió Lemuel con una sonrisa—. Y suelen quemar a los que se acercan demasiado.

Ahriman se rió.

—El rememorador ha leído a Pseudo-Apollodorus.

—Así es —admitió Magnus con una sonrisa satisfecha—. Pero estoy divagando. Un año después de mi llegada a Prospero, salí por las puertas de Tizca y me adentré en tierras desconocidas durante casi cuarenta días. Hasta hoy se conoce como la desolación de Prospero, pero ese título no se corresponde con la realidad. Verás que el paisaje es precioso, Lemuel.

Las pulsaciones de Lemuel se aceleraron al recordar que Ahriman le había dicho que había tenido una visión en la que él aparecía en Prospero.

—Estoy seguro de que es así, señor.

Magnus se sirvió una copa de vino y comenzó su relato.

—Caminé a lo largo de cientos de kilómetros, recorriendo carreteras que atravesaban ciudades destruidas llenas de esqueletos de hierro de altas torres, palacios vacíos e impresionantes anfiteatros. Se trataba de una civilización de un gran valor, pero que había caído en un solo día, lo que no era un destino inusual entre los mundos que vivieron la locura de la época de la Vieja Noche. Finalmente llegué a una ciudad, una ruina que se extendía a los pies de un precipicio que me resultaba familiar aunque nunca había puesto los pies en ningún lugar más allá de las murallas de Tizca. Pasé un día y una noche deambulando por las calles abandonadas, por los edificios habitados por las sombras y por los hogares vacíos en los que todavía se oían los ecos de los últimos alientos de aquellos que habían vivido allí. Me emocioné de una forma que nunca hubiera creído posible. Esas gentes vivían con la seguridad de que no tenían nada que temer y de que eran los dueños de sus destinos, pero la llegada de la Vieja Noche lo cambió todo. Les había hecho ver lo terriblemente vulnerables que eran. En aquel momento, juré que dominaría los poderes que tenía a mi alcance para no ser nunca presa, como ellos habían sido, de los caprichos de un universo en constante cambio. Me enfrentaría a las amenazas y las vencería.

Una vez más, Lemuel sintió toda la fuerza de la confianza del primarca, como si le penetrara por la piel y le vigorizara el cuerpo entero.

—Ascendí por el precipicio siguiendo un estrecho sendero hasta llegar a una curva en el camino donde un escultor, muerto hacía mucho, había erigido una estatua de un gran pájaro esculpido en piedra multicolor. Era una criatura espléndida, con las alas desplegadas y el grácil cuello de un cisne que se posaba con precariedad sobre el borde del precipicio. Esta estatua había aguantado allí durante miles de años, meciéndose y balanceándose, pero manteniendo el equilibrio perfectamente. Aún estaba contemplando su grandeza cuando cayó del pedestal y se precipitó hecha pedazos hasta el fondo del precipicio, muy, muy abajo. La visión de la caída de aquella estatua me llenó de una casi inconsolable sensación de pérdida que no fui capaz de explicar. Abandoné mi ascenso por las montañas y regresé hasta la base del precipicio, donde yacía la estatua rota en mil pedazos.

»El lugar en el que había golpeado al caer estaba alfombrado de fragmentos, algunos pequeños y otros mayores; fragmentos y fragmentos y más fragmentos cubrían la distancia que un hombre podría caminar en una hora. Me pasé todo el día simplemente contemplando aquellos fragmentos, midiéndolos y calculando su peso en mi mano, y preguntándome por qué la estatua había elegido aquel momento para caerse.

Magnus hizo una pausa, con los ojos velados y distantes por el recuerdo.

—Habéis dicho «elegido», como si la estatua os hubiera estado esperando —dijo Lemuel—. ¿No es posible que se tratara de una coincidencia?

—Estoy seguro de que Ahriman te ha enseñado que no existen las coincidencias.

—Lo mencioné una o dos veces —apuntó Ahriman con sequedad.

—Pasé la noche allí y desperté a la mañana siguiente lleno de entusiasmo. Recorrí muchos días durante esa alfombra de fragmentos de piedra y, finalmente, me di cuenta de algo muy extraño. Había tres piedras

grandes que formaban un triángulo equilátero exacto. Era sorprendente. Seguí mirando y descubrí cuatro piedras blancas dispuestas en forma de un cuadrado perfecto. Después, me di cuenta de que si me olvidaba de dos de las piedras blancas y me centraba en un par de piedras grises que se encontraban un metro más allá, ¡había un rombo perfecto! Y si elegía esta piedra, y aquélla, y aquella otra, tenía un pentágono tan grande como el triángulo. Aquí, un pequeño hexágono, y allí un cuadrado parcialmente inscrito dentro del hexágono, un decágono, dos triángulos entrelazados. Y después un círculo, y un círculo más pequeño dentro del grande, y un triángulo dentro del cual había una piedra roja, una piedra gris y una piedra blanca.

»Pasé muchas horas descubriendo más diseños que se fueron haciendo infinitamente más complejos a medida que mis poderes de observación iban aumentando con la práctica. Después empecé a anotarlos en mi grimorio, y mientras yo los contaba y los describía, las páginas se fueron llenando y el sol recorrió el cielo incontables veces. Pasaban los días y mi pasión por los diseños que tenía ante mis ojos consumía todo mi tiempo.

—Y así es como Amon lo encontró —intervino Ahriman—, acuclillado sobre una pila de piedras rotas.

—¿Amon? —preguntó Lemuel—. ¿El capitán de la Novena Hermandad?

—Sí, y mi tutor en Prospero —asintió Magnus.

Lemuel frunció el ceño ante esta aparente contradicción, pero no dijo nada mientras Magnus continuaba.

—Había comenzado mi segundo grimorio cuando Amon me encontró. Amon es un tipo callado y solitario, no muy dado a tener compañía. Como muchos otros solitarios, es un poeta y está profundamente interesado en la naturaleza escondida de las cosas. Cuando lo vi, grité: «Amon, ¡ven de prisa! He descubierto la cosa más maravillosa del universo». Se acercó a mí con rapidez, ansioso por ver de qué se trataba.

»Le mostré la alfombra de piedras, pero Amon se rió y dijo: «¡Aquí no hay más que fragmentos de piedra!». Lo cogí de la mano y empecé a enseñarle a mi tutor los frutos de mis muchos días de estudio. Cuando

Amon vio los diseños, prestó atención a mis grimorios, y para cuando hubo terminado con ellos, él también estaba abrumado.

A pesar de las dificultades que Lemuel estaba teniendo para seguir la lógica de Magnus, le resultaba difícil no dejarse arrastrar por su entusiasmo. Vio que Ahriman también se había dejado llevar por la irresistible marea de la pasión del primarca por su relato.

—Amon estaba muy conmovido —siguió contando Magnus—, y empezó a escribir poesía sobre cada uno de aquellos increíbles diseños. Mientras él escribía y contemplaba, tuve la seguridad de que los diseños debían tener algún significado. Aquel orden y aquella belleza eran demasiado monumentales para no tener sentido. Los diseños estaban allí, el funcionamiento del universo yacía allí desnudo.

»Amon y yo regresamos juntos a casa, donde él leyó su poesía y yo enseñé a los maestros de Tizca los trabajos de mis grimorios. Era maravilloso contemplar a esos grandes hombres con su amor por la belleza y la naturaleza. Tan asombrados estaban, que me acompañaron en un peregrinaje de vuelta al precipicio en el que había caído la estatua. Los fragmentos eran exactamente como yo los había descrito, y los maestros de Tizca se sintieron abrumados por la emoción, llenando a su vez sus propios grimorios de escritos fantásticos. Algunos escribieron sobre los triángulos, otros describieron los círculos, mientras que otros concentraron su atención en los espectros de brillantes colores de las piedras.

Magnus dirigió toda su atención a Lemuel con su ojo de color ámbar pletórico de brillantes fuegos internos.

—¿Sabes qué me dijeron? —le preguntó Magnus.

—No —contestó Lemuel en un suspiro, casi sin atreverse a sumar su voz a la historia.

Magnus se inclinó hacia abajo.

—Dijeron: «Qué ciegos hemos estado». Todos los que pudieron ver los diseños supieron que un Creador Primordial los tenía que haber puesto allí, porque sólo una gran fuerza así podría crear una belleza tan inmensa.

Lemuel pudo imaginar la escena, la total inmensidad del precipicio, la alfombra de fragmentos de piedra multicolor y el grupo de impresionados

estudiantes de lo esotérico y lo desconocido. Sintió su asombro, y percibió cómo subía la marea de la historia para arrastrar las viejas creencias y dejar sitio para lo nuevo en su descenso. Lemuel sintió que estaba allí, como si habitara el cuerpo de uno de los venerables filósofos de Tizca, y descubrió que su mente se abría a todo un abanico de nuevas posibilidades, como un ciego que de repente puede ver el sol.

—Fue increíble —susurró.

—Sí que lo fue, Lemuel. Sí que lo fue —dijo Magnus, satisfecho de que fuese capaz de apreciar la verdadera importancia de lo que le estaba contando—. Fue un gran momento para la historia de Prospero, pero como suele ocurrir en la historia, nunca se consigue nada de relevancia sin derramamiento de sangre.

Lemuel sintió que el pecho se le oprimía de miedo con la terrible sensación de un peligro inminente, como si se encontrara al borde de un abismo esperando que lo empujaran.

—Nos habíamos relajado en nuestra disciplina mental —dijo Magnus, y su voz dejó translucir la tristeza—. Sentimos tal emoción ante lo que habíamos descubierto que dejamos bajar la guardia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Lemuel, casi asustado ante la respuesta.

—Los psiconeueins —dijo Magnus—. Llegaron hasta nosotros a miles; tantos que ennegrecieron el cielo y después descendieron como una plaga de tiempos remotos.

Lemuel contuvo el aliento, imaginando las nubes oscuras de depredadores psíquicos saliendo en enjambre de sus cuevas sombrías; nubes vivas y cambiantes de seres mortíferos y el incesante zumbido de miles de alas cristalinas que producían el sonido de la inevitable fatalidad.

—Los machos entraron en enjambre como un huracán de mandíbulas mordientes y pinzas desgarradoras, y cincuenta hombres murieron en un suspiro. Tras los machos, entraron las hembras hinchadas con nidadas y más nidadas de huevos inmateriales. Su furioso apetito reproductor era insaciable, y el horror de sentir cómo los huevos de los psiconeueins echaban raíces en sus cerebros hizo caer de rodillas a decenas de amigos míos. Sus gritos me acompañarán siempre, Lemuel. El sonido de hombres

brillantes que saben que pronto no serán más que unos locos con los cerebros convertidos en masas pulposas de tejido digerible.

Un silencio pesado llenó la biblioteca al tiempo que el terror visceral de aquella idea se apoderaba de ellos.

Magnus les sirvió vino a todos antes de continuar.

—Aquellas bestias revoloteaban a nuestro alrededor, asediándonos con pinchazos psíquicos, rebuscando entre nuestras barreras mentales para llenar nuestras mentes con sus huevos, hasta que sólo quedamos los más fuertes de entre nosotros. Amon y ocho de los maestros de Tizca aguantaron conmigo, y cuando los psiconeueins atacaron de nuevo, supe que esto era lo que había estado buscando todo el tiempo, una auténtica prueba de mis habilidades. Por fin iba a descubrir si tenía límites. Descubriría si yo era el dueño de mis poderes o si, por el contrario, fallaría.

Mirando a Magnus mientras contaba la historia, Lemuel no podía creer que a un guerrero así se le pudiera encontrar nunca una debilidad. El solo hecho de contar la historia confería a su piel una débil luminosidad que mostraba el calor que corría por sus venas. El ojo de color ámbar de Magnus se había oscurecido hasta convertirse en un fiero color naranja y las pequeñas motas brillantes del fondo nadaban ahora en su pupila.

—Después, cuando los psiconeueins volvieron de nuevo contra nosotros, ocurrió algo magnífico. Sentí que algo se movía en mi interior; me sentí cambiado, como si un poder inmenso que había permanecido dormido y sin explotar naciera a la vida. Al contemplar el momento de mi muerte, de mis manos surgieron fuegos furiosos y lancé torrentes de llamas al cielo, como si siempre hubiera sabido que tenía esos poderes, abrasando a cientos de psiconeueins hasta destruirlos con cada uno de mis gestos.

»Memphia y Cythega, los maestros que habían visto los diseños de las piedras rojas, estaban a mi lado y con sus órdenes hicieron levantarse muros de llamas. Ahtep y Luxanhtep arrancaban a las bestias del aire y las hacían estrellarse contra las rocas con el poder de sus mentes, porque habían descubierto los diseños en espiral de las piedras blancas. Hastar e

Imhoden habían visto la corona de ocho ángulos de los fragmentos e hicieron, mediante su voluntad, que los fluidos vitales del interior de los psiconeueins hirvieran dentro de sus exoesqueletos. Amon había sido el primero de los maestros de lo oculto en descubrir los diseños de los fragmentos y su maestría era sólo inferior a la mía. Las imágenes del futuro e inminente peligro pasaron raudas por su mente y gritó palabras de precaución a sus compañeros, contándoles los peligros que vendrían y cómo podrían evitarlos.

»Phanek y Thothmes habían visto el baile de los cuadrados, los círculos y los triángulos, y la interacción de líneas y curvas les había hablado sobre los pensamientos ocultos de todas las cosas. Percibieron el ansia de los psiconeueins por plantar sus semillas psíquicas en nuestras mentes, el hambre animal e implacable que los llevaba a alimentarse y a propagarse. Se metieron en las mentes de las bestias y torcieron sus percepciones de modo que las hicieron ciegas a nosotros.

—Los cultos de los Mil Hijos —dijo Lemuel—. De ahí es de donde vienen.

—Exacto —le confirmó Magnus—. Los tenues matices del Gran Océano me fueron revelados aquel día, y cuando regresamos a Tizca, los miembros de mi fraternidad volvieron a sus bibliotecas piramidales para reflexionar sobre lo que habían aprendido. Supervisé sus deliberaciones y guié sus estudios porque yo había sido el primero en ver los diseños de la estatua rota y sabía mejor que ningún otro hombre cómo manejar el poder del éter. Los nueve maestros dedicaron todos sus momentos de vigilia a lo que habían aprendido en aquellas desoladas tierras, perfeccionando sus habilidades para convertirse en los primeros magísteres de los templos de los cultos de Prospero.

»Cuando su poder llegó a oídos de los adeptos de Tizca, los devotos vinieron en masa para estudiar a sus pies, hambrientos por aprender las nuevas maneras de poner freno al poder del Gran Océano.

—¿Y qué hicisteis vos? —inquirió Lemuel—. ¿Por qué no os convertisteis en un magister de culto?

—Porque yo me convertí en el magus —dijo el primarca—, en el magister de todos los cultos.

—¿En el magus? Ése es el rango más alto, ¿verdad? —preguntó Lemuel.

—No —repuso Magnus—, hay aún un rango por encima, el de ipsissimus, un ser libre de limitaciones que vive en equilibrio con el universo corpóreo e incorpóreo, y en todos los sentidos y a todos los efectos, un ser perfecto.

Lemuel notó el orgullo de Magnus y supo que sólo podía haber un hombre en toda la creación que encajara con una descripción así, un hombre al que Magnus admiraba sobre todos los demás.

—El Emperador, amado por todos —dijo Lemuel.

Magnus asintió y sonrió mientras cruzaba los brazos sobre su ancho pecho.

—Así es, Lemuel —dijo—, el Emperador. Y es con noticias de mi padre por lo que vengo a la biblioteca de Ahriman.

Lemuel se puso en alerta al instante. Cualquier información, por pequeña que fuera, sobre el Emperador, el arquitecto del destino de la humanidad, y sobre el centro neurálgico tras la monumental empresa de la Gran Cruzada, era recibida con ansia por los rememoradores. Recibir noticias así y de primera mano, directamente de uno de los primarcas, iba a ser sin duda un honor.

—Ahora que los últimos elementos de la legión se han reunido, se nos llama una vez más al lado de mi padre.

—¿Regresamos a Terra? —preguntó Ahriman—. ¿Ha llegado la hora?

Magnus dudó, prolongando la espera de manera deliberada.

—No es a Terra adonde nos dirigimos, pero el Emperador promete el más serio de los cónclaves, la reunión más trascendental, donde las cuestiones más importantes de nuestra era se van a debatir.

Lemuel ahogó una exclamación. Se trataba, sin duda, de una noticia magnífica, pero aún había más información de la que Magnus estaba dando a entender.

Sonrió, animado por una repentina confianza.

—Pero hay más, ¿verdad, señor? —preguntó.

—Éste es perspicaz —afirmó Magnus, haciendo una señal con la cabeza a Ahriman—. Creo que tienes razón, amigo; una temporada con Uthizzar le servirá para agudizar sus habilidades.

Magnus se volvió hacia Lemuel una vez más.

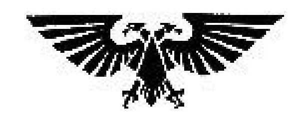
—Este cónclave será el eje de la existencia de nuestra legión, amigo mío. Éste será nuestro momento definitivo, cuando por fin el Emperador reconocerá nuestra valía.

—¿Habéis visto eso, señor? —preguntó Ahriman.

—He visto muchas cosas —contestó Magnus—. Hay grandes acontecimientos en marcha, la rueda de la historia está girando y los Mil Hijos estarán en primera fila en el nuevo orden del universo.

—¿Dónde tendrá lugar esta reunión? —preguntó Ahriman.

—Lejos de aquí —respondió Magnus—. En un mundo llamado Nikaea.



DIECIOCHO

NIKAEA

ARROJADO A LOS LOBOS

LA MANO DERECHA DEL EMPERADOR

Una catarata de nubes oscurecía la superficie, una cubierta estriada atravesada por destellos piroclásticos y por relámpagos de color ocre. Nikaea era un mundo nuevo cuya geología estaba aún sin terminar y que no había alcanzado todavía su forma definitiva. Bajo la superficie se producían movimientos tectónicos y fuerzas de presión de kilómetros de profundidad que enviaban ondas de choque a través del manto, separando violentamente algunos continentes y juntando otros con mayor violencia aún.

Dos Stormbird y un Stormhawk cortaron las nubes como pájaros abatiéndose sobre su presa con los cascos carmesíes teñidos por la lluvia corrosiva al atravesar aquella atmósfera volátil. Nikaea era un mundo inmerso en un cambio constante en mitad de un nacimiento violento.

El espacio que rodeaba el planeta era una sopa efervescente de estática electromagnética, y sus proximidades estaban en pésimas condiciones,

llenas de escombros espaciales que habían quedado atrapados en los remolinos de sus inconstantes ondas de gravedad, que hacían inoperantes los sistemas de dirección geomagnética.

Sólo siguiendo un haz constante de luz incandescente que se elevaba en el cielo desde aquel mundo podía una nave intentar navegar por el sistema de Nikaea. Intentar encontrar Nikaea, y mucho menos un punto fijo de su superficie, sin la ayuda de esta señal, habría sido imposible para cualquiera excepto para los pilotos más afortunados de la galaxia. La 28.ª Expedición había tardado un año entero en viajar desde Hexium Minora hasta ese remoto rincón de la galaxia.

Ahriman iba sentado delante en el *Escarabajo Primus*, en el que las consolas de los pilotos estaban llenas de luces destellantes, de diagramas de vectores y de planos tridimensionales acotados de aquel terreno accidentado. Unos cables de emisión de impulsos conectaban a los pilotos con el sistema de aviónica, lo que les permitía volar utilizando sólo los instrumentos, aunque tampoco cabía otra posibilidad, dado que el cristal de la cubierta de la cabina estaba completamente opaco por la ceniza y el humo.

Aunque el pensamiento era ligeramente blasfemo, Ahriman esperaba que el Dios Máquina estuviera velando por ellos. Perder el control por encima de un mundo tan hostil suponía una sentencia de muerte tan segura como previsible.

No eran los pilotos los que estaban guiando el Stormbird. Esa tarea recaía en Jeter Innovence, el navegante sujeto al arnés de gravedad en el que Ahriman normalmente desempeñaba sus deberes de protección personal cuando volaban en situaciones de riesgo. Innovence había protestado por haberse visto obligado a dejar su cúpula hermética a bordo del *Photep*, pero se había retractado de sus objeciones cuando le dijeron a quién guiaría y de quién precedía la luz que seguiría.

Magnus el Rojo iba sentado tras el navegante, resplandeciente con su túnica magníficamente bordada en rojo y oro, con una capucha de malla dorada de la que colgaban adornos de plumas y piedras preciosas. En honor a la ocasión, los antebrazos de Magnus iban enfundados en

brazaletes con una águila estampada y llevaba una faja en forma de rayo alrededor del torso.

Llevaba el pelo suelto, lustroso y brillante como un espejo, del color de la sangre de las arterias.

No había en la galaxia ningún erudito guerrero mejor que él.

La forma menuda de Mahavastu Kallimakus iba sentada junto a él, y ni siquiera las pesadas vestiduras que lo cubrían podían disimular su constitución delgada en exceso. Kallimakus era venerable, como Lemuel había descrito, pero Ahriman no se había dado cuenta de cuánto le estaba costando al rememorador el control que el primarca ejercía sobre él. Una pesada cartera de libros en blanco descansaba contra el fuselaje, páginas nuevas para que el escribano las rellenara con las palabras y los hechos de Magnus.

La mirada de Ahriman se cruzó con la del primarca, cuyo ojo era ese día un emocionado eclipse de azul celeste moteado de avellana.

—Estamos cerca, Ahzek. En todos los sentidos —le dijo Magnus.

—Sí, señor. Aterrizaremos dentro de menos de diez minutos.

—¿Tanto? ¡Yo podría haber bajado la nave en la mitad de tiempo! —gritó Magnus, fulminando con la mirada la figura del navegante. Pero su ira era falsa y se echó a reír.

Magnus le dio una palmada en el hombro al navegante con una mano luminiscente que lo hizo estremecerse.

—¡No me hagas caso, Innovence! —le dijo Magnus—. Simplemente estoy impaciente por volver a ver a mi padre. ¡Estás haciendo un trabajo magnífico, amigo!

Ahriman sonrió. La melancolía que rodeaba el alma de Magnus desde Ullanor se había disipado cuando llegaron las noticias del cónclave de Nikaea. El año que habían pasado atravesando el espacio disforme desde Hexium Minora había sido testigo de un frenesí de investigación y estudio a bordo del *Photep*, cuando Magnus repartía pruebas teóricas, argumentos filosóficos y enrevesados acertijos de lógica para que sus hijos los resolvieran con la finalidad de agudizar sus mentes. Nikaea prometía ser la

reivindicación de la tarea llevada a cabo por los Mil Hijos, y ni Magnus ni su legión fallarían.

Ahriman se volvió de nuevo hacia la cabina. Según la telemetría que aparecía en las pantallas, se encontraban prácticamente encima de su destino, pero la cubierta de nubes era todavía impenetrable.

—Descendemos —entonó el piloto—. Comenzamos la aproximación. Protocolos de aterrizaje intercambiados y verificados. Señal de radiofaro aceptada y control cedido.

Los pilotos se retreparon en sus asientos cuando cedieron el control de la nave a los controladores de tierra. La nave inclinó el morro e inició un descenso en picado formando un bucle. Ahriman tuvo una breve sensación de vacío en el estómago antes de que su fisiología mejorada se compensara. Las nubes se deshilachaban traspasadas por la cubierta exterior de la cabina y el cristal se deslizaba cargado de humedad y manchado de ceniza gris viscosa.

Y luego, ya más abajo, el paisaje de Nikaea se extendió ante ellos.

Era negro y geométrico con gran profusión de detritos angulares esparcidos por el suelo, como las formas primordiales que yacían en el corazón de todas las cosas y que aún habían de ser cubiertas con la mentira de la individualidad. Unas esferas perfectas se alzaban desde el suelo de basalto, onduladas con las líneas líquidas consolidadas en su formación. Varios cubos enormes aparecían al lado de escalonadas llanuras volcánicas de enrevesados diseños, que resultaban demasiado aleatorios para serlo en realidad.

Magnus apareció a su lado como un emocionado aprendiz a punto de tomar el *Liber Throa* y convertirse en neófito. El primarca escudriñó el paisaje a través de la cubierta exterior de la cabina y captó su precisión geométrica.

—Increíble —susurró—. La génesis de un mundo. El orden del universo descrito a través de las matemáticas, de formas perfectas y de la geometría. ¡Qué propio de mi padre elegir un sitio así! Sabía que este lugar me hablaría. Son los fragmentos de piedra de mi juventud a escala planetaria.

El Stormhawk continuó bajando en picado, inclinó las alas lateralmente al hacer la aproximación final, y una extensa masa continental cónica apareció ante ellos. Era un gigantesco estratovolcán de laderas escarpadas y rugosas formadas por lava endurecida, piroclastos y ceniza negra.

Horadaba las nubes, y Ahriman tuvo la absoluta certeza de que en su corazón se alojaba un gran anfiteatro esculpido. Desde el cráter más alto se elevaba una columna de la más pura luz que, aunque invisible para los ojos mortales, era un haz brillante que taladraba el cielo para aquellos que tenían visión etérea. Un nubarrón cada vez más grande atravesado por un rayo dorado llenó el cielo que se alzaba por encima del volcán.

Ahriman había sentido la presencia de la luz en cuanto las naves de la 28.ª Expedición habían entrado en el sistema de Nikaea, pero verla ahora ante él fue como despertar de un coma en una habitación fuertemente iluminada.

—¡Trono, es glorioso! —exclamó Magnus—. Eso sí que es tener auténtico poder; una mente que puede recorrer toda una galaxia y aglutinar un imperio en un sueño de unidad. Es para mí una lección de humildad saber que servimos a un amo tan magnífico.

Ahriman no contestó. Tenía la boca seca y el corazón le golpeteaba en el pecho.

La luz era magnífica. Gloriosa e increíble por su potencia y su pureza. Y sin embargo, todo lo que sentía no era más que una creciente sensación de consternación.

—He visto esto antes —dijo.

—¿Cuándo?

—En Aghoru —afirmó Ahriman en un susurro—, cuando nadé en el Gran Océano cazando los hilos del futuro. Cuando encontré a Ohthere Wyrdmake vi esto: el volcán, la luz dorada.

—¿Y aun así no dijiste nada? ¿Por qué te lo callaste? —le preguntó Magnus.

—Porque no tenía sentido —respondió Ahriman, incapaz de evitar el miedo en su voz—. Las visiones eran fragmentarias, inconexas. Era

imposible descifrar qué significaban.

—No importa —dijo Magnus.

—No —lo contradijo Ahriman—. Creo que sí importa. Creo que importa mucho.

Las luces de aterrizaje parpadeaban siguiendo un patrón cruciforme cada vez menos frecuente mientras los pilotos remotos de los custodios tiraban del Stormhawk. Las otras dos naves permanecían en posición de patrón de espera y no descenderían hasta que el primer pájaro lo hubiera hecho. El Stormhawk bajó de golpe con un martilleo de metal quemado dando lugar a una nube de arena sulfurosa provocada por el flujo de los motores. En cuanto aterrizó, una cinta de luz blanca se extendió por la plataforma al levantarse una puerta blindada.

Unas sombras alargadas se dibujaron desde el destacamento de guerreros con armaduras de color rojo sangre y amatista que marchaban bajando uno de los lados de la montaña. Cuidadosamente entrenados y precisos, los guardias de honor de los astartes tomaron posición ante la rampa de asalto del Stormhawk. Algunos llevaban falces curvas de hoja dorada, mientras que otros desenvainaron enormes espadas de hojas plateadas, que posaron sobre la plataforma con los guanteletes descansando sobre los pomos.

La rampa del Stormhawk se abrió con un chirrido de aire comprimido y Magnus el Rojo descendió a la superficie. Seguido de Ahriman y de la forma cansina de Kallimakus, el primarca bajó de la rampa e inspiró profundamente el aire caliente y requemado de Nikaea.

Kallimakus dejó escapar un leve jadeo y la frente de Ahriman se llenó de sudor, aunque no dijo nada. Un destacamento de nueve guerreros del Sekhmet formaron detrás de Magnus, colocándose sutilmente en línea con los guerreros de la plataforma por delante de ellos.

No se trataba de astartes normales y corrientes; éstos eran la élite de las dos legiones. Los guerreros armados de espadas pertenecían ni más ni menos que a las Huestes Sanguinarias, los protectores de élite del señor de

los Ángeles Sangrientos. La Guardia Fénix de lord Fulgrim estaba con ellos, con sus largas falces enhiestas como velas a su lado, todos perfectamente colocados y con una presencia inmaculada.

Su presencia allí sólo podía significar una cosa.

Dos figuras gigantes salieron del volcán, caminando una al lado de la otra como viejas amigas. El ritmo cardíaco de Ahriman alcanzó su punto máximo cuando las vio. La primera era la de un guerrero gloriosa y ricamente ataviado con una armadura de color oro y púrpura, llameantes hombreras y una vaporosa capa escarlata y oro. Su pelo era blanco brillante, sujeto a las sienes por una cinta de plata, y su cara era de una simetría perfecta, como una geometría euclidiana de proporciones divinas.

La segunda figura llevaba una armadura del carmesí más profundo, un color que emanaba vitalidad y urgencia. Unas alas moteadas negras y blancas susurraban a su espalda, y de las plumas colgaban finos lazos de alambre de plata y madreperla. El pelo negro azabache enmarcaba una cara pálida de formas clásicas, parecida a miles de caras similares esculpidas en mármol que decoraban el Palacio Imperial de Terra. Pero ésta no era una representación sin vida de alguien muerto hacía mucho, sino que se trataba de un ángel hecho carne, vivo, cuyo rostro era el más bello de toda la existencia.

—Lord Sanguinius —dijo Ahriman, maravillado.

—Y el Hermano Fulgrim —añadió Magnus—. Firmitas, utilitas, ven ustas.

Parecía que lo hubieran oído porque sonrieron con auténtico placer, aunque las palabras debieron de quedar ahogadas en el infernal gruñido de los motores del Stormhawk al enfriarse.

Los primarcas estaban iluminados por el brillo reflejado del volcán y sus facciones suaves resultaban abiertas y acogedoras. Sus caras mostraban el placer de unos hermanos al ver a su otro hermano, aunque se habían visto recientemente en Ullanor.

Magnus dirigió sus pasos hacia Fulgrim y el señor de los Hijos del Emperador abrió los brazos para recibir el abrazo de su hermano. Intercambiaron palabras de bienvenida, pero eran privadas y Ahriman

apartó la mirada de la majestad de aquel rostro hermoso. Después, Magnus se volvió hacia Sanguinius, y el primarca de los Ángeles de Sangre besó a su hermano en las mejillas en un saludo sentido de corazón pero contenido. Sólo entonces fue Ahriman consciente de los guerreros que acompañaban a cada primarca. Sanguinius tenía dos acompañantes, un asceta delgado con ojos de asesino y otro con la piel tan pálida que las venas de la cara se translucían con total claridad.

Ahriman ocupó su puesto junto a Magnus cuando éste y Sanguinius se separaron. Magnus se dirigió a él.

—Hermano Sanguinius, permíteme que te presente a mi bibliotecario jefe, Ahzek Ahriman.

El Señor de los Ángeles dirigió su atención hacia él y Ahriman sintió toda la fuerza de su valoración. Como Russ antes que él, Sanguinius evaluó a Ahriman, pero mientras que Russ buscaba alguna debilidad que poder explotar, Sanguinius buscaba una fortaleza que encauzar.

—He oído hablar mucho de ti, Ahzek Ahriman —le dijo Sanguinius con una voz sorprendentemente suave. Pero a pesar de aquella aparente suavidad, escondía una fuerza violenta, como aguas revueltas bajo un plácido paisaje marino—. Hay muchos que te tienen en muy alta estima más allá de tu legión.

Ahriman sonrió satisfecho al oír una alabanza así de labios de un primarca.

—Señor, sirvo al Emperador y a mi legión lo mejor que mis capacidades me permiten.

—Y menudas capacidades —afirmó Sanguinius con una sonrisa de complicidad. El primarca se volvió para presentar a los guerreros que estaban a su lado—. Magnus, éste es Raldoron, señor del capítulo de mis protectores —lo presentó Sanguinius colocando una mano elegantemente esculpida en el hombro al guerrero de los ojos letales. A continuación, dirigió su atención al guerrero de la piel pálida—. Y éste es el capitán Thoros, uno de nuestros más alabados capitanes de batalla.

Ambos guerreros hicieron una profunda inclinación y Ahriman percibió de súbito un fogonazo en su mente, como si una única imagen

incongruente hubiera pasado fugazmente: una bestia arácnida de múltiples patas, gritando, toda colmillos y miembros como espadas. Fue tan rápida que Ahriman no estaba ni siquiera seguro de haberla visto, pero permaneció allí como un presagio cuando miró a Thoros.

Se deshizo de la imagen cuando Fulgrim se dirigió hacia sus guerreros. Los dos eran orgullosos y altivos, con un aire de superioridad despreocupada que inmediatamente puso a Ahriman en guardia. Su aspecto era tan absolutamente inmaculado como el de su primarca, perfectos en todos los sentidos, pero sin rastro de la humildad de los pretorianos de Sanguinius.

—Magnus, permíteme que te presente a mis comandantes generales, Eidolon y Vespasiano.

—Es un auténtico placer conoceros —dijo Magnus, saludando con una inclinación a los guerreros de sus hermanos primarcas, demostrándoles el mismo respeto que a sus señores.

—Bueno —dijo Fulgrim—, éste promete ser un día memorable, hermano, así que, ¿seguimos?

—Por supuesto. Estoy impaciente por comenzar —le respondió Magnus.

—Igual que todos nosotros —le aseguró el Fénix.

Sanguinius y Fulgrim los condujeron hasta el corazón del volcán a través de túneles vítreos de paredes suaves, lo que indicaba que se habían formado con fundidores de escala industrial. Atravesaban el corazón mismo del volcán y ascendían en espiral a través de la lava solidificada, y tenían suficiente anchura para que los tres primarcas caminaran a la par. Los túneles estaban iluminados con una fuerte luminiscencia, como si el calor del magma fundido en el corazón del volcán se estuviera filtrando desde abajo.

Ahriman se quitó el casco para poder apreciar mejor la sorprendente geología del volcán, observando las bandas cambiantes de capas

cristalinas a través de la roca translúcida, como si se tratara de las capas de sedimentos de la superficie de una roca.

—Puede que este mundo sea joven, pero este volcán es viejo —afirmó Ahriman, y vio cómo los comandantes de Fulgrim se intercambiaban miradas mientras hablaba. No pudo leer sus auras ni tampoco establecer una conexión con su tutelar. La luz deslumbradora del Emperador era demasiado poderosa y lo eclipsaba todo con su intensidad.

Ahriman se preguntó si Magnus también estaría cegado por ella.

Observó a Magnus y a sus hermanos hablando en voz baja, deleitándose al ver a su primarca en compañía de unos pares que no albergaban ningún mal sentimiento hacia él. Aun así, a pesar de la afabilidad, su discurso era superficial. Mientras más estudiaba el flujo y el reflujo de su conversación y de su lenguaje corporal, más veía Ahriman el sutil calentamiento de un combate lingüístico.

Los primarcas hablaban de pasadas campañas, viejas glorias y experiencias compartidas, pisando sólo el terreno conocido y cómodo de los recuerdos comunes. Cualquier indicio de que el tema de sus palabras pudiera serpentear hacia asuntos del futuro o hacia la naturaleza del cónclave, era sutilmente desviado por Fulgrim, que le daba la vuelta y lo encaminaba hacia terreno más seguro.

«Está ocultando algo. Algo sobre esta reunión que no quiere que nosotros sepamos», pensó Ahriman.

Magnus también debía de haberse dado cuenta, pero su primarca no daba ninguna muestra de ser más que un actor dispuesto a interpretar su papel en la obra que se estaba representando. Ahriman miró a los Hijos del Emperador que iban delante y detrás de ellos, viéndolos ahora más como la escolta de unos prisioneros que como una guardia de honor.

Quiso advertir a Magnus, pero nada de lo que pudiera decir cambiaría su curso. Fuera lo que fuera lo que los esperaba en el anfiteatro que él sabía que se encontraba en el corazón de este volcán, no les quedaba más remedio que enfrentarse a ello. Éste era un destino en el que el futuro era inmutable e imposible de cambiar.

El serpenteante pasadizo no hacía más que ascender y Ahriman supo que estaban muy cerca de la cima.

El brillo de las paredes se hizo aún más intenso, y Ahriman vio que entraba más luz de una antecámara abovedada de basalto y cristal suaves como espejos. Unos servidores aguardaban su llegada con refrescos, y a lo largo de las paredes había sofás acolchados.

—Éstos serán tus aposentos privados durante los recesos del cónclave —le comunicó Sanguinius.

—Son más que suficiente —contestó Magnus.

Ahriman quería gritar ante la forzada formalidad de todo aquello. ¿Es que Magnus no se daba cuenta de que allí había algo que iba muy mal? La cara y el cuello de Ahriman se perlaron de sudor. Tenía unas ganas imperiosas de subirse a la Stormhawk, poner en marcha los motores y volver al *Photep*, para no regresar jamás a Nikaea.

Un par de puertas de bronce daban al interior del corazón de la montaña y el futuro se les venía encima desde el otro lado.

—¿Hay alguna otra cosa que necesites, amigo Ahzek? —preguntó el comandante Eidolon.

Ahriman negó con la cabeza, y el esfuerzo por mantener una expresión neutra resultó casi demasiado para él.

—No —alcanzó a decir—, aunque agradezco vuestra preocupación.

—Por supuesto, hermano —asintió Eidolon, y Ahriman captó la inflexión de la última palabra.

Sanguinius se volvió e hizo un gesto con la cabeza a Raldoron y a Thoros, quienes tomaron posiciones a cada uno de los lados de su maestro y abrieron las puertas de bronce.

Ahriman tuvo que esforzarse para evitar gritarle una advertencia a Magnus. El primarca de los Ángeles Sangrientos atravesó el gran portal dirigiéndose a la luz dorada con Fulgrim a su lado. Hicieron señas a Magnus para que los siguiera.

Magnus se volvió para mirar a Ahriman y vio en su ojo el dolor por la inminente traición.

—Lo sé, Ahzek, lo sé —se apresuró a decirle Magnus con cansancio—. Ahora veo por qué estamos aquí.

Magnus se volvió y siguió a sus hermanos hacia la luz del interior.

Ahriman siguió a Magnus, cruzaron las puertas y entraron en un impresionante anfiteatro labrado en las laderas interiores de aristas afiladas del cráter del volcán. Miles de figuras llenaban los bancos negros tallados y miraban hacia la parte baja del anfiteatro. La mayoría eran adeptos de alto rango vestidos con túnicas, aunque Ahriman vio grupos de astartes dispersos por la gradas. El suelo del anfiteatro era de mármol negro y en él habían incrustado una enorme águila de oro.

Sanguinius y Fulgrim los condujeron al centro del anfiteatro, y Ahriman se sorprendió al pensar en lo apropiado del término, recordando las antiguas leyendas romanii que describían cómo los miembros capturados de una secta menor habían sido echados a los lobos y devorados vivos para satisfacción del placer perverso de la multitud.

Aunque el mundo que los rodeaba estaba enfurecido por los dolores del parto, el aire del interior del volcán estaba totalmente en calma, ya que los artefactos ocultos del Mechanicum mantenían alejadas las tempestades que se desataban más allá de la cumbre afilada.

A Ahriman le falló el paso cuando vio el estrado con escalones en forma de pirámide al otro lado del anfiteatro y a quien los esperaba allí. Éste era el epicentro de la luz y del faro que los había guiado a través del torbellino de interferencias espaciales que rodeaba Nikaea. Era tan brillante que casi quedaba oscurecido por su propio brillo. El Emperador de la Humanidad estaba sentado sobre un trono tallado en forma de alas de águila extendidas con unas garras coloreadas con rubíes rojos como la sangre. Tenía una espada de oro descansando sobre el regazo y sostenía un orbe coronado por una águila en la mano izquierda.

Por encima del Emperador ondeaban banderas negras bordadas en oro, sostenidas en el aire por querubines de plata con relucientes cornetas que llenaban el aire con una fanfarria carente de melodía. Ahriman recordó inmediatamente el naipe de la baraja Visconti-Sforza que Lemuel le había pedido que cogiera.

—El Juicio —susurró, preguntándose cómo se le había podido escapar un presagio tan obvio.

Los custodios flanqueaban a su señor formando un muro acorazado ante el estrado. Las dudas de Ahriman se disiparon ante un ser tan asombroso. Porque ¿qué podría inquietar una mente bendecida con esta visión de perfección? No podía ver la cara del Emperador, sino sólo algunos detalles. Una frente atronadora y unos severos rasgos patricios fundidos en un molde de esperanzas frustradas.

—Claridad, Ahzek —le advirtió Magnus—. Quédate a mi lado y elévate con las Enumeraciones. Mantén tu agudeza mental.

Ahriman arrancó su mirada del Emperador haciendo un esfuerzo y caminó junto a Magnus. Iba susurrando los nombres de los primeros maestros de Tizca una y otra vez hasta que alcanzó la paz de la esfera más baja. Eso le facilitaba el avance hacia las esferas más altas, y los pensamientos de Ahriman regresaron a algo que se aproximaba al equilibrio con cada paso que daba.

Libre de la confusión inicial, dirigió su atención al estudio de lo que lo rodeaba con la misma profundidad que habría dedicado a examinar con detenimiento cualquier grimorio. Vio que el Emperador no estaba solo en el estrado. El pretoriano que estaba junto al Emperador era un guerrero que Ahriman había visto una vez en Terra, Constantin Valdor.

A juzgar por el aspecto de la escritura ondulante que serpenteaba por toda su armadura, Valdor había prosperado en los rangos de los custodios, y su proximidad al Emperador seguramente lo señalaba como el miembro de mayor categoría.

Un hombre, vestido con la sencilla túnica oscura de los administradores, estaba de pie junto a Valdor; un hombre sencillo cuyo aspecto resultaba frágil e insignificante al lado de los gigantes guerreros custodios. Ahriman también reconoció a este hombre; su larga melena de pelo blanco y todas sus debilidades humanas, lo señalaban como a Malcador *el Sigilita*, leal mano derecha del Emperador y su consejero más valioso.

Haberse ganado un puesto así en una compañía tan enrarecida, hacía a Malcador alguien excepcional, incluso entre las mentes más brillantes de la galaxia. No había alcanzado tanta preeminencia en virtud de la eugenesia, sino por la simple brillantez de su sabiduría mortal.

La fusión de partes mecánicas y orgánicas vestida con una túnica roja era seguramente Kelbor-Hal, el Fabricador General de Marte, pero el resto de los que se encontraban en el estrado eran unos desconocidos para él y sólo sabía de ellos por su reputación: el Maestro del Coro de los Astrópatas con su túnica verde, el Maestro de los Navegadores y el Lord Militante del Ejército Imperial.

La grada inferior del anfiteatro estaba salpicada de palcos en voladizo, como los que se encuentran reservados a los reyes en los teatros. Un tramo corto de escalones iba desde cada uno de los palcos hasta el suelo del anfiteatro. Había figuras sentadas en los palcos, pero Ahriman no logró enfocarlas ni discernir ningún rasgo relativo a la altura, corpulencia o aspecto. En lugar de formas definidas, veía sombras y reflejos en los palcos iluminados con pliegues de luz. Aunque no había duda de que había gente en su interior, el artificio tecnológico los ocultaba a la vista.

«Capas de falsedad».

Quienesquiera que ocuparan los palcos, se mantenían en el anonimato gracias a capas camaleónicas que los protegían de las miradas de los observadores ocasionales. Pero Ahriman no era uno de esos observadores, y ni siquiera la arrolladora luz del Emperador podía oscurecer completamente las fuerzas titánicas que se escondían bajo esas falsedades.

Ahriman desvió su atención de los espectadores camuflados cuando Sanguinius y Fulgrim llegaron a un pedestal que se elevaba delante del estrado. El único mobiliario consistía en un sencillo atril de madera como el que podría utilizar un director de orquesta para sostener su partitura. Magnus y Ahriman se detuvieron ante el pedestal y los nueve guerreros del Sekhmet mantuvieron la guardia junto a sus señores.

Los Ángeles Sangrientos y los Hijos del Emperador se postraron de rodillas ante el Emperador, y los Mil Hijos los imitaron. Ahriman vio el

terror de este momento en sus ojos oscuros reflejados en el brillante suelo negro.

—Saludemos todos al supremo Señor de la Humanidad —dijo Sanguinius, llenando el anfiteatro de fuerza silenciosa con su voz suave—. Presento ante vosotros a Magnus el Rojo, primarca de los Mil Hijos y Señor de Prospero.

—Levantaos, hijos míos —dijo una voz que sólo podía pertenecer al Emperador. Ahriman no lo había oído hablar, pero un reverente silencio llenó el anfiteatro, una absoluta ausencia de sonido que parecía imposible con tantos miles allí reunidos.

Ahriman se puso de pie cuando Malcador *el Sigilita* descendió los escalones del estrado llevando un cetro coronado por una águila que Ahriman reconoció como propiedad del Emperador. Hacía parecer pequeño al hombre, pero Malcador no parecía notar su peso. En lugar de eso, lo llevaba con la misma ligereza que si se tratara de un bastón. Una pareja de acólitos seguían al Sigilita; uno portaba pergaminos enrollados y el otro un brasero humeante sostenido con unas ennegrecidas pinzas de hierro.

Malcador cruzó el brillante ruedo del anfiteatro hasta pararse frente a los tres primarcas. El pelo blanco del Sigilita se desparramaba por sus hombros como nieve recién caída y su piel tenía la textura del pergamino viejo. No era más que un hombre, pero aun así, había vivido tantos años como muchos hombres juntos. Algunos lo atribuían a los mejores y más sutiles implantes biónicos o a un riguroso régimen de tratamiento rejuvenecedor, pero Ahriman no conocía ningún medio que pudiera mantener vivo a un mortal durante tanto tiempo.

Malcador tenía la sabiduría de los eones en sus hundidos ojos oscuros; una sabiduría que había adquirido a lo largo de los siglos pasados al lado de los mayores practicantes de las artes de la galaxia. Así era como Malcador se mantenía, no mediante trucos baratos ni por los artificios de baratijas tecnológicas, sino por decisión del Emperador.

Levantó el cetro ante Magnus, Fulgrim y Sanguinius, y Ahriman vio que tenía las manos delgadas, huesudas y frágiles. Qué fácil resultaría

romperlas.

—Fulgrim, Magnus, Sanguinius —dijo Malcador con lo que a Ahriman le pareció una familiaridad lamentablemente fuera de lugar—. Me gustaría que colocarais la mano derecha sobre el cetro, si sois tan amables.

Los tres primarcas así lo hicieron cayendo de rodillas, de modo que sus cabezas quedaron a la misma altura que la de Malcador. El venerable sabio sonrió antes de continuar.

—¿Juráis que honrareis a vuestro padre? Ante todos los aquí reunidos en Nikaea, ¿juráis solemnemente decir la verdad tal y como vosotros la conocéis? ¿Haréis honor a vuestras legiones y a vuestros hermanos aceptando la sentencia que este augusto cuerpo dictará? ¿Lo juráis sobre el cetro del padre que os engendró, os educó y cuida de vosotros en esta hora de agitación y cambio?

Ahriman escuchó las palabras del Sigilita y llegó hasta el corazón de las mismas, viendo más allá de las bonitas homilías y de los ideales nobles y contemplando la verdad que se ocultaba debajo. No se trataba de un simple Juramento del Momento; éste era el juramento de un acusado en un juicio por su vida.

—Lo juro sobre este cetro —entonó Fulgrim.

—Lo juro por la sangre de mis venas —dijo Sanguinius.

—Juro defender todo lo que se ha dicho sobre este cetro —afirmó Magnus.

—Que así quede registrado —contestó Malcador con una rígida formalidad que no estaba acorde con su habitual afabilidad.

Sus acólitos se acercaron hacia los primarcas arrodillados. El primero desenrolló un delgado pergamino en el que estaban escritas las palabras que Malcador había pronunciado. Lo mantuvo plano contra el brazal de Magnus, mientras que el segundo sacaba una gota de cera caliente del brasero y la vertía sobre el pergamino. Después lo marcaron con un sello de hierro que lucía el águila y los rayos cruzados del Emperador. Los servidores repitieron el proceso con Fulgrim y con Sanguinius, y cuando hubieron terminado, se retiraron a la espalda de Malcador.

—Bien —dijo el Sigilita—. Ahora podemos comenzar.

Unos adeptos encapuchados condujeron a los Mil Hijos al palco de las gradas inferiores del anfiteatro que se encontraba por encima del lugar por el que habían entrado. Magnus y sus guerreros ocuparon sus lugares en el interior del palco, mientras que Fulgrim y Sanguinius eran conducidos a sus asientos. Y una conversación animada comenzó de nuevo.

Ahriman se encontró atraído inexorablemente hacia el Emperador. Ya en lo más alto de las Enumeraciones, estaba libre del impacto de las emociones, y descubrió que podía ver con claridad al Señor de la Humanidad, leyendo la reticencia que tenía grabada en sus reales facciones.

—Él no quiere esto —dijo Ahriman.

—No —coincidió Magnus—. Han sido otros los que han clamado por ello y al Emperador no le ha quedado más remedio que apaciguar a sus seguidores.

—¿Clamar por qué? —preguntó Ahriman—. ¿Sabéis qué es lo que está pasando?

—No del todo —admitió Magnus—. En cuanto oí la voz de Fulgrim, supe que algo no iba bien, pero el fondo de todo se me escapa.

Mientras hablaba, Magnus se daba golpecitos en el muslo, haciendo una serie de movimientos aparentemente inocuos con los dedos, como si estuviera desentumeciendo las articulaciones. Ahriman los reconoció como los gestos somáticos del Símbolo de Thothmes, el medio por el que un sanctum podía protegerse de ser observado. También era un símbolo de silencio en presencia del enemigo.

Junto al primarca, Mahavastu Kallimakus recogía fielmente sus palabras, con los ojos fijos al frente sin llegar a ver qué estaba ocurriendo realmente. Sólo un hombre que estuviera completamente bajo la influencia de otro podía verse tan poco afectado por aquella impresionante compañía bajo las estrellas.

—De todas maneras —añadió Magnus—, creo que estamos a punto de conocer cuál es la naturaleza de esta reunión.

Ahriman volvió a mirar hacia el ruedo del anfiteatro y vio a Malcador de pie ante el pedestal con un fajo de notas esparcidas sobre el atril que tenía ante él. Se aclaró la garganta y la acústica del cráter del volcán amplificó el sonido hasta que incluso los que se encontraban situados en la parte de atrás del anfiteatro pudieron oírlo con claridad.

—Amigos míos, nos reunimos aquí, sobre la piedra del nacimiento de Nikaea, para hablar de un asunto que ha preocupado al Imperio desde su principio. Muchos de los que estáis hoy aquí habéis venido sin conocimiento del tema de este cónclave ni de la naturaleza de este debate. Otros lo conocen demasiado bien. Os pido disculpas por ello.

Malcador consultó sus notas de nuevo y entrecerró los ojos, como si tuviera dificultades para leer su propia letra.

—Y ahora vamos al meollo del asunto —siguió diciendo Malcador—. Esta reunión tratará el tema de la brujería en el Imperio. Sí, caballeros, estamos aquí para resolver la Crisis del Bibliotecario.

Una exclamación de asombro recorrió en ondas las gradas del anfiteatro, aunque Ahriman había adivinado cuál era el fondo de las palabras de Malcador en cuanto éste subió al pedestal.

—Éste es un asunto que nos ha dividido durante años, pero aquí vamos a terminar con esa división. Algunos mantendrán que la brujería es la mayor amenaza con la que se enfrenta nuestro dominio de la galaxia, mientras que otros clamarán contra lo que aquí se dice, creyendo que lo que mueve las manos de sus acusadores son el miedo y la ignorancia.

»Permitidme que os asegure a todos que no hay mayor crisis a la que tenga que enfrentarse el Imperio, y que la empresa heroica en la que todos estamos embarcados es demasiado vital como para ponerla en riesgo con la discordia.

Malcador se irguió en toda su altura antes de volver a hablar.

—Una vez dicho esto, ¿quién de entre vosotros quiere hablar primero?

Una voz ronca irrumpió sobre los comentarios de las gradas.

—Yo hablaré.

La luz ondulante del palco de enfrente al de los Mil Hijos se estremeció cuando una poderosa figura se despojó de su capa de falsedad. La barba del guerrero estaba encerada y llevaba una cabeza de lobo mostrando los colmillos encima de su cabeza afeitada. La piel de las patas delanteras caía sobre el pecho ancho y fuerte, y el resto de la piel colgaba formando una capa desigual.

Con una armadura de color gris nube y portando su báculo con la cabeza de águila apoyado sobre un hombro, Ohthere Wyrdmake, el sacerdote rúnico de los Lobos Espaciales, bajó hasta el ruedo del anfiteatro.



DIECINUEVE
CAZADORES DE BRUJAS
EL CORAZÓN DEL PRIMARCA
HABLA MAGNUS

La Crisis del Bibliotecario se ocultaba como un secreto culpable tras la apariencia de unidad, como un dolor apagado que el cuerpo del Imperio había intentado olvidar, como un hombre asustado que hace oídos sordos a un dolor de barriga por miedo a lo que pudiera descubrirse bajo la mirada inflexible de un examen. Los bibliotecarios se habían introducido originariamente en las legiones cuando Magnus, Sanguinius y Jaghatai Khan habían propuesto un régimen de entrenamiento y desarrollo psíquico que iba de la mano de un ya riguroso proceso de creación de un guerrero astartes.

El Emperador había aprobado estos primeros experimentos como un medio para dirigir y controlar el poder de los emergentes psíquicos dentro de los astartes, y se formaron departamentos de bibliotecarios dentro de los Mil Hijos, los Ángeles Sangrientos y los Cicatrices Blancas para entrenarlos. Los bibliotecarios que habían preparado demostraron ser leales guerreros y unas poderosas armas en el arsenal de la legión. Estos

primeros experimentos tuvieron tal éxito que Magnus presionó para que su programa se extendiera, permitiendo así que otras legiones se beneficiaran de su investigación.

Con el éxito de los primeros experimentos, muchos primarcas llegaron a apreciar la utilidad de los bibliotecarios y permitieron a los eruditos guerreros de los Mil Hijos formar departamentos de bibliotecarios entre sus filas. No todos los primarcas vieron esto con buenos ojos, y desde los primeros tiempos de su adopción, el programa de los bibliotecarios se vio afectado por la controversia.

Los poderes psíquicos llegaban con una herencia oscura, ya que la Gran Cruzada estaba reconstruyendo el imperio perdido de la humanidad a partir de las ruinas que quedaron tras la Vieja Noche; un cataclismo que había sido provocado, según decían algunos, por la aparición descontrolada de psíquicos por toda la galaxia. Por mucho que Magnus y sus camaradas garantizaran la integridad de los bibliotecarios, siempre llevarían el estigma de ser aquellos que habían llevado a la humanidad al borde de la extinción.

Aunque había habido controversia y división por el empleo de los bibliotecarios, aquellas disensiones habían resultado controlables y no habían tenido un peso real. Los Mil Hijos se enteraron de las acusaciones que se habían hecho contra ellos, pero las ignoraron estoicamente, contentándose con saber que actuaban con el beneplácito del Emperador.

Como una herida sin curar, aquellas divisiones se habían infectado y se habían extendido, amenazando con convertirse en una grieta que nunca se cerraría. Así que, con Horus Lupercal designado señor de la guerra y siendo inminente su vuelta a Terra, el Emperador eligió ese momento para curar esa herida y volver a unir a sus hijos como si fueran uno solo.

La historia recordaría esta asamblea como el Concilio de Nikaea. Otros la conocerían como el juicio de Magnus el Rojo.

Ohthere Wyrdmake cruzó el anfiteatro y subió al pedestal que se encontraba delante del estrado del Emperador. Ahriman deseaba que

Wyrdmake lo viera para hacerle sentir todo el peso de su traición.

—Yo confiaba en él —dijo Ahriman, apretando los puños—. Sólo me estaba utilizando para traicionarnos. Todo el tiempo no ha sido más que una mentira.

Su rabia desapareció cuando otro pensamiento le vino a la mente.

—¡Oh, Trono! —exclamó—. Con las cosas que le conté. Nuestras formas de actuar y nuestros poderes. Todo es culpa mía.

—¡Cálmate, Ahzek! —lo previno Magnus—. No hagas nada que ayude a demostrar que él está en lo cierto. En cualquier caso, fui yo quien te urgió para que depositaras tu confianza en Wyrdmake. Si hay alguien que tiene la culpa de esta parodia de cónclave soy yo, por no haber dado crédito al poder de los que dudaban de mí.

Ahriman se obligó a volver a las esferas más altas, centrándose en aquellas que mejoraban la claridad y la velocidad de pensamiento. Se mantuvo apartado de las de la empatía y la fuerza.

Wyrdmake levantó su cabeza con casco de lobo para enfrentarse a las miradas enfurecidas de los Mil Hijos, y en su cara arrugada el ceño se frunció en una expresión de odio primario. Era tal su veneno, que Ahriman se preguntó cómo no había sido capaz de ver antes el brutal y violento corazón del sacerdote rúnico. Siempre había sabido que los Lobos Espaciales eran una legión de espadas de carnicero, poderosos y brutales, pero ver algo así definido con tanta claridad en la cara de un hombre aún lo horrorizaba.

—No voy a perder el tiempo con discursos diplomáticos —dijo Wyrdmake—. Mi nombre es Ohthere Wyrdmake de los Lobos Espaciales, y luché en Alcaudón con los Mil Hijos. Estuve al lado de sus guerreros en las achicharradas llanuras salinas de Aghoru, y yo digo que son un aquelarre de brujos. Todos y cada uno de ellos no son más que unos hechiceros conocedores de las estrellas y unos conjuradores de magia sucia. Eso es todo lo que tengo que decir, y digo que es verdad bajo mi juramento como guerrero de Leman Russ.

Ahriman se quedó atónito ante las palabras arcaicas de la acusación. ¿Estaban en las edades olvidadas, cuando los hombres se dejaban gobernar

por la superstición y el miedo a la oscuridad? Paseó la mirada por el anfiteatro, horrorizado al ver las cabezas que asentían y las expresiones de indignación que se dirigían hacia donde ellos estaban.

Malcador estaba en el borde del estrado y golpeaba el suelo de mármol con su bastón. Todos los ojos se dirigieron hacia él.

—Hacéis una terrible acusación contra vuestra legión hermana, Ohthere Wyrdmake —dijo Malcador—. ¿Hay alguien que pueda probar tus acusaciones?

—Sí, Sigilita, los hay —contestó Wyrdmake.

—¿Quién secunda esta acusación? —gritó Malcador.

—Yo —afirmó Mortarion, saliendo de debajo de una capa de falsedad y revelando su identidad a los presentes. Mientras Ohthere Wyrdmake regresaba a su asiento, Mortarion caminó hasta el centro del anfiteatro. El Señor de la Muerte dio exactamente veintiocho pasos, no se sabía si por casualidad o como algo premeditado, y Ahriman volvió a ver la recurrencia del número siete. Mortarion iba vestido exactamente igual que cuando lo vieron en Ullanor, como si hubiera estado esperando este momento desde entonces.

Antes de que Mortarion pudiera hablar, Magnus se puso de pie y dio un golpe con la mano sobre la albardilla de obsidiana que tenía delante de él.

—¿Es esto lo que se supone un proceso justo? —preguntó Magnus—. ¿Voy a ser juzgado por espectadores sin rostro que se ocultan tras sus capas de falsedad? Si algún hombre se atreve a acusarme, que me hable a la cara.

Malcador volvió a golpear con su bastón.

—Así lo ha ordenado el Emperador, Magnus. Ningún testimonio ha de verse corrompido por el miedo a los ojos que puedan mirarlo.

—Es muy fácil esconderse tras el manto del anonimato y escupir veneno, pero es mucho más difícil mirar al objeto de tu ira a los ojos mientras lo haces.

—Tendrás ocasión de hablar, Magnus. No se tomará ninguna decisión hasta que todos aquellos que deseen hablar lo hayan hecho. Te lo prometo —afirmó Malcador, y añadió—: Tu padre te lo promete.

Magnus negó con la cabeza mientras regresaba a su asiento repleto de ira.

Mortarion no se había movido durante el arrebato de Magnus, como si el agravio de su hermano primarca fuese algo sin trascendencia, algo que había que soportar sólo durante un breve momento molesto. Ahriman deseaba con todas sus fuerzas poder citar a Aaetpio, pero presentía que la conflagración a la que daría lugar sería como dejar suelto a un zealator pyrae en un almacén empapado de promethium.

Mortarion hizo una reverencia brusca al Emperador y comenzó su discurso.

—El hermano Malcador argumenta que este asunto ha afligido al Imperio —dijo Mortarion en un tono suave y susurrante parecido al seco silbido del viento sobre dunas de arena de eones de antigüedad—, pero se equivoca al creer que hay algo complejo en el asunto. He visto la devastación que la hechicería sin límites deja tras de sí, con mundos quemados hasta los cimientos, poblaciones sometidas a la esclavitud y monstruos liberados. La hechicería llevó a estos mundos a la ruina; una hechicería fraguada por hombres que miraron con demasiada atención al interior de lugares oscuros que deberían haber sabido que debían dejar en paz.

»Todos sabemos del horror de la Vieja Noche, pero voy a haceros una sencilla pregunta: ¿qué provocó el holocausto galáctico? Los psíquicos. Los psíquicos sin control. La amenaza de esta gente es terriblemente real, y todos conocéis el peligro que representan. Puede que algunos de vosotros hasta lo hayáis visto de primera mano. Los motores psíquicos y los occullum de Terra buscan los genes latentes de la hechicería entre los humanos, y las naves negras de las Hermanas del Silencio rastrean las estrellas en busca de esos peligrosos individuos. ¿Construyó nuestro Emperador, amado por todos, estas máquinas sin razón aparente? No. Se construyeron para protegernos de esos peligrosos mutantes, que utilizan sus poderes al servicio de sus fines egoístas.

»Ésa es la diferencia. Mientras que un astrotelépata o un navegante utiliza sus poderes para el bien de los demás, permitiendo que los mundos

distantes se comuniquen o guiando a las flotas expedicionarias del Imperio para cruzar las estrellas, el hechicero usa su poder para su beneficio personal, para conseguir poder y dominio terrenales.

»Sí, el Imperio necesita de ciertos individuos con poderes, pero sólo aquellos que estén autorizados y rígidamente controlados. Sabemos adónde conduce de manera inevitable el poder sin restricciones. Todos habéis oído las historias de la Vieja Noche, pero ¿quiénes de entre vosotros han visto de verdad lo que eso significa?

Mortarion hizo un amplio movimiento con su segadora hasta que el asta de la mortífera arma volvió a descansar sobre su hombro.

—Los miembros de la Guardia de la Muerte lo hemos visto —afirmó Mortarion, y a Ahriman le entraron ganas de reír ante su absurda teatralidad. Mortarion estaba representando el papel del hombre virtuoso y escandalizado, y al mismo tiempo lo estaba saboreando porque veía en ello la caída de los Mil Hijos.

»En Kajor, mi legión se encontró con una raza guerrera de humanos que habían caído en la barbarie. Las extensivas investigaciones orbitales no detectaron ni rastro de tecnología avanzada, y sin embargo mi legión tardó casi seis meses en someter Kajor. ¿Por qué? Eran salvajes, armados con poco más que cuchillos y rudas carabinas de chispa. ¿Cómo pudo semejante raza de salvajes mantener a raya a la Guardia de la Muerte durante tanto tiempo?

Mortarion caminaba arriba y abajo mientras hablaba, y el extremo del asta de la segadora le marcaba el tiempo de los pasos haciendo un fuerte ruido sordo a cada zancada que daba.

—Nos mantuvieron a distancia porque tenían poderes feroces y aliados invisibles. Todas las noches, las criaturas de la hechicería cazaban entre las sombras y mataban por el placer de matar. Perros de presa rojos como la sangre acechaban en la oscuridad de los bosques con un instinto salvaje, y pesadillas de trueno rompían nuestras líneas con cada una de sus cargas.

El Señor de la Muerte hizo una pequeña pausa para dejar que ese último dato fuese asimilado. Que algo pudiera romper una formación de Guardias de la Muerte era poco más o menos un milagro. Aunque su

respiración semejante a una brisa desértica era débil, ni una sola de las palabras de su narración escaparon a la atención de aquellos reunidos en el anfiteatro.

—Mis guerreros han luchado contra especies de alienígenas de todas las calañas y los han derrotado, pero aquéllas no eran criaturas de carne y sangre. Habían sido traídas a la vida por los hechiceros de Kajor. ¡Esos magos conjuraron al rayo desde su carne, prendieron fuegos con sus pensamientos y agrietaron hasta la mismísima tierra con los juramentos que aullaban! Ningún poder nos es dado sin que tengamos que pagar un precio por él, y con cada una de las victorias que fuimos consiguiendo descubrimos lo que realmente significaba. En el corazón de cada una de las ciudades que capturamos, mis guerreros encontraron enormes estructuras que llegamos a conocer como Templos de la Sangre. Cada uno de ellos era un osario lleno de huesos y de muerte. Los destruimos todos, y con cada uno que se perdía, la fuerza de nuestros enemigos iba menguando. Al final, pulverizamos todas las fuerzas que enviaron contra nosotros. Pero no llevaban la rendición en la sangre y lucharon hasta el último hombre, destruidos así por una casta gobernante de hechiceros que no podían soportar la idea de perder su poder. Aún me estremezco cada vez que pienso en Kajor.

Mortarion terminó su relato delante de los Mil Hijos y pronunció sus últimas palabras levantando la mirada hacia Magnus.

—Ahora bien, yo no acuso a mi hermano de tal barbarie, pero ningún mal comienza con unos actos tan monstruosos. Si así fuera, ningún hombre en su sano juicio se lo plantearía siquiera. No, comienza despacio, un pequeño paso por aquí, un pequeño paso por allá. Con tales actos, el corazón de un hombre se vuelve negro y podrido. Un hombre puede empezar con nobles intenciones, creyendo que esas pequeñas transgresiones son cosas sin importancia comparadas con el bien que hará al final; pero cada uno de los actos cuenta, desde el más pequeño hasta el más grande.

»Son muchos los relatos sobre las victorias de los Mil Hijos, pero también lo son los rumores sobre sus hechizos. En el pasado he conducido

a mis guerreros a la batalla junto a los de Magnus y soy muy consciente de lo que esta legión es capaz de hacer, así que puedo dar fe de que lo que Ohthere Wyrdmake dice es verdad. Es brujería. Yo lo he visto con mis propios ojos. Igual que los magos de Kajor, los guerreros del culto de Magnus conjuran el rayo y el fuego para golpear a sus enemigos, mientras que sus hermanos aplastan a los enemigos con una fuerza invisible. No miento cuando digo que conocí el miedo aquel día; el miedo de saber que había vencido a un ejército de brujos sólo para encontrar que tenía otro igual a mi lado.

»Todos sabéis que no tengo confianza en la institución de los bibliotecarios dentro de las filas de los astartes por miedo a lo que los Mil Hijos están intentando plantar dentro de nuestras legiones. Ningún bibliotecario mancilla las filas de la Guardia de la Muerte, ni lo hará jamás mientras me quede un aliento de vida. Me he mantenido en silencio hasta ahora, con la confianza de que otros más sabios que yo sabían qué era lo mejor, pero ya no puedo permanecer callado. Cuando el hermano Russ y el hermano Lorgar hablaron de las batallas en las que habían luchado para someter al cúmulo de la Franja Arca, me sentí obligado a romper mis lazos de silencio, aunque me desgarre el corazón llamar hechicero a mi hermano. No puedo quedarme mirando y ver cómo sus obsesiones lo conducen a él y a su legión al abismo de la condenación. Sabed que no hablo por odio, sino por el amor que le tengo a Magnus. Esto es todo lo que tengo que decir.

Mortarion se volvió e hizo una nueva reverencia al Emperador antes de regresar al palco que compartía con otros guerreros de su legión.

Ahriman se volvió hacia Magnus cuando oyó el agudo y fuerte chasquido de cristales. El calor de la furia de Magnus estaba irradiando de su cuerpo. Los puños del primarca estaban cerrados sobre la albardilla de obsidiana y Ahriman vio que la piedra volcánica se había ablandado y corría como la cera de una vela de invocación. Goterones de lo que había sido una piedra brillante, caían al suelo donde se hacían añicos cuando su estructura atómica reafirmaba su realidad.

—¿Mi señor? —siseó Ahriman. Había olvidado cualquier pensamiento sobre las Enumeraciones cuando una avalancha caliente de furia compartida pasó entre ellos con un fogonazo de osmosis psíquica. Acercó su mano a Magnus, rozando suavemente el brazo de su primarca con las puntas de los dedos.

Magnus sintió su tacto y dirigió su mirada hacia él. Ahriman se apartó del pozo sin fondo de su ojo, con toda su estructura convertida en un enrejado de entresijos de colores desconocidos, como si todas las facetas de la emoción lucharan por imponerse. El corazón de Ahriman se estremeció ante la rabia y la necesidad de venganza que vio allí, una batalla furiosa entre un instinto violento y un elevado intelecto. Vio el deseo de Magnus de arremeter contra sus enemigos, el corazón animal que maldecía al hermano por tener un entendimiento tan limitado. Su imponente inteligencia era la que gobernaba sus emociones más bajas, aquella mente que había buceado en la perversión y había visto cómo ésta le devolvía la mirada.

En aquel momento de conexión, Ahriman miró en el interior de la forma incandescente de su primarca, la increíble fusión de genio y éter encadenados juntos en la creación de sus magníficos cuerpo y mente. Ver la caldera incandescente de la parte más íntima de la construcción de un ser tan poderoso era como mirar al corazón de una estrella recién nacida.

Ahriman gritó al ver la vida de Magnus desarrollarse en el espacio de lo que podría haber sido un instante o toda una serie de eones. Vio discursos entre mentes luminosas en una caverna en un lugar muy por debajo de la tierra, y una figura asombrosa descendiendo hacia Prospero sobre una dorada cadena montañosa. Todo esto y más penetró en el interior de Ahriman sin atender al hecho de que su mente era absolutamente incapaz de absorber unas cantidades tan enormes de memoria y conocimiento.

Comprendió sólo una fracción de lo que vio, pero fue suficiente para que se echara contra el respaldo de su asiento. La respiración se le hizo trabajosa y aquella terrible corriente de información que se iba vertiendo en su cuerpo amenazó con desequilibrarle la razón.

—¡Basta! —gritó Ahriman, cuando más conocimiento del que había sido alcanzado por civilizaciones enteras entró como un trueno en su mente, exprimiendo sus facultades mejoradas genéticamente hasta el límite de su resistencia. La visión se le volvió gris y los vasos sanguíneos estallaron en sus ojos. Le temblaban las manos y sintió el comienzo de un violento ataque epiléptico, un ataque que con casi total probabilidad terminaría matándolo.

Magnus cerró su ojo y el furioso torrente cesó.

Ahriman jadeó cuando el flujo disminuyó y se le escapó de los labios un quejido eterno. Unos conocimientos terribles y sus secretos enterrados surgieron dentro de él, cada uno de ellos una volátil y letal revelación.

Se cayó del banco cuando su sobrecargada conciencia se cerró en un intento por reconstruir la arquitectura de su mente hecha añicos.

Cuando abrió los ojos, estaba tumbado en uno de los blandos sofás de la antecámara abovedada que se encontraba bajo el anfiteatro. El dolor había disminuido, pero sentía como si tuviera la cabeza metida en un casco de acero invisible que no cesara de encoger. La luz aumentaba su dolor y levantó una mano para protegerse la cara. Tenía la boca seca y toda una serie de imágenes apabullantes bailaban en la periferia de su visión, como un millón de recuerdos que se amontonaran intentando llamar la atención.

—Entra en la sexta Enumeración —dijo una voz meliflua que lo confortó y lo calmó—. Te ayudará a restituir tus pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar, intentando concentrarse en el dueño de aquella voz. Sabía que la persona que le hablaba no era desconocida para él, pero tenía tantos nombres y tantas caras amontonados en la mente que no era capaz de seleccionarlos—. No me acuerdo.

—Es culpa mía, hijo —dijo la voz, y Ahriman por fin pudo percibir la figura que se arrodillaba junto a él—. De verdad que lo siento mucho.

—¿Mi señor Magnus? —preguntó.

—En carne y hueso, hijo mío —asintió Magnus, ayudándolo a incorporarse.

Unas luces brillantes le golpeaban detrás de los ojos y gruñó, sintiendo como si el cerebro estuviera empujando para salírsele del cráneo. Los miembros del Sekhmet estaban reunidos en la cámara; unos bebiendo en cálices de plata y otros guardando las puertas.

—Tus sistemas han sufrido un impacto muy fuerte —le explicó Magnus—. Permití que la rabia me hiciera perder el control y dejé que cayeran los muros que encierran mi esencia. Ningún mortal, ni siquiera un astartes, debería beber de ese pozo. Te dolerá la cabeza de una manera monstruosa, pero vivirás.

—No lo entiendo —dijo Ahriman, apretándose las sienes con las palmas de las manos.

—El conocimiento es como un licor fuerte, hijo mío —le explicó Magnus con una sonrisa—. Beber demasiado y demasiado rápido, te emborracha.

—Nunca me he emborrachado. No creo que me sea posible.

—No, la verdad es que no —admitió Magnus mientras le acercaba un cáliz con agua—. Por lo menos, no con alcohol. ¿Cuánto recuerdas de lo que ha pasado?

—No mucho —admitió Ahriman, vaciando el cáliz de un único trago.

—Probablemente eso sea lo mejor —afirmó Magnus, y los sentidos de Ahriman no estaban tan entumecidos como para que no captara el alivio en la voz de su primarca.

—Recuerdo al Señor de la Muerte —dijo Ahriman—, reprendiéndonos y retorciendo los hechos para ajustarlos a sus acusaciones, pero después de eso, nada.

De repente algo acudió a su mente.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Algo más de tres horas, lo que probablemente ha sido una bendición.

—¿Y eso por qué?

—Te has librado del tedioso desfile de intolerantes estrechos de miras, idiotas supersticiosos y atrasados que han pasado por allí llamándonos herejes, hechiceros, magos de sangre y sacrificadores de vírgenes.

Wyrdmake y Mortarion han reunido todo un aquelarre de cazadores de brujos para condenarnos.

Ahriman se puso de pie, y sintió las piernas inseguras cuando la habitación empezó a dar vueltas a su alrededor. Su fisiología mejorada luchaba para estabilizarlo, pero perdía la batalla. Se habría caído de no ser por la mano de Magnus, que consiguió mantenerlo erguido. Obligó al mareo a bajar e inspiró una bocanada refrescante.

Ahriman negó con la cabeza.

—Me siento como si el *Canis Vertex* me hubiera pasado por encima.

—Es normal, pero tendrás que recuperar tus sentidos muy pronto, hijo mío.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nuestros acusadores ya han intervenido —dijo Magnus con deleite —. Ahora me toca a mí.

Un silencio expectante llenó el anfiteatro cuando Magnus se dirigió hacia el pedestal. Caminaba con la cabeza muy erguida y con la capa de plumas arrastrando tras él. Miraba directamente al estrado del Emperador. No era el paseo de un acusado, sino el paso del hombre honrado que lucha contra sus injustos acusadores.

Ahriman nunca se había sentido más orgulloso de ser uno de sus Mil Hijos.

Magnus hizo una reverencia al Emperador y a Malcador y después se volvió para dar los saludos de camaradería a Fulgrim y a Sanguinius. En un movimiento que destilaba gracia ante la adversidad, también saludó cortésmente a Mortarion y a Ohthere Wyrdmake. Magnus era un caballero de pies a cabeza que nunca se olvidaba de que lo era, ni siquiera cuando sus enemigos se unían contra él. Subió al pedestal y posó las manos sobre el atril de madera.

Se detuvo un momento y paseó su mirada alrededor, por los hombres y mujeres allí reunidos, honrándolos a todos con su atención.

—Los miedosos y los incrédulos, los abominables y los asesinos, los proxenetas y los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán un sitio en el lago que arde con fuego y azufre —dijo Magnus, como si lo estuviera leyendo en un libro—. Estas palabras proceden de un libro escrito hace miles de años, en las edades olvidadas; irónicamente de un pasaje llamado Revelaciones. Así es como pensaba la gente en aquellos tiempos de barbarie. Muestra de qué tipo de estado salvaje procedíamos y lo fácil que nos resulta a nuestra especie volvernos los unos contra los otros. Estas palabras de miedo enviaron a miles a la muerte a lo largo de los milenios, y ¿para qué? Para salvar los miedos de los hombres ignorantes que no tuvieron la inteligencia de abrazar el poder de las nuevas ideas.

Magnus bajó del pedestal y se paseó por el anfiteatro como un iterador dando una conferencia. Mientras que Mortarion había intimidado a la audiencia destilando veneno, Magnus hablaba como si cada uno de los miembros de la asamblea, desde el adepto más humilde hasta el mismo Emperador, fuesen viejos amigos reunidos para tener un debate amistoso.

—Si alguno de nosotros tuviera que caminar entre las gentes de aquellos tiempos, nos matarían por la tecnología que poseemos, creyendo que se trata de brujería o de sucias maldades. Por ejemplo, antes de que Aristarchus de Samos escribiera su obra, los hombres creían que la Vieja Tierra era plana; una llanura ininterrumpida en la que los océanos simplemente se caían de los bordes. ¿Podéis imaginar algo más ridículo? Ahora damos por sentado que los planetas tienen forma esférica. Mucho más tarde, los sacerdotes eruditos enseñaron que Terra era el centro del cosmos, y que el sol y los planetas giraban a su alrededor. El hombre que cuestionó esta estupidez geocéntrica fue juzgado por herejía y obligado a retractarse de sus creencias. Ahora sabemos cuál es nuestro lugar en la galaxia.

Magnus se paró delante de Mortarion, devolviendo la mirada hostil del Señor de la Muerte con otra de callada diversión.

—Del deseo más profundo a menudo surge el odio más mortífero, y las palabras falsas no son sólo un mal en sí mismas, sino que infectan con el

mal los corazones de todos los que las escuchan. Imaginaos lo que sabremos dentro de mil años y pensad, pensad de verdad, en lo que estamos haciendo aquí.

Magnus se apartó de Mortarion y avanzó hasta el centro del anfiteatro, alzando las manos a los lados y girando lentamente sin moverse del sitio mientras hablaba.

—Imaginad el Imperio del futuro, una utopía dorada de ilustración y progreso, donde el científico y el filósofo sean compañeros del guerrero a la hora de crear un futuro de abundancia. Ahora imaginad a las gentes de esa edad gloriosa volviendo la vista a través del velo del tiempo para mirar este momento. Pensad en lo que sabrán y en lo que pensarán de esta parodia. Llorarían al saber lo cerca que ha estado la llama de la ilustración de ser extinguida. El arte y la ciencia de cuestionarlo todo es la fuente del conocimiento, y abandonar eso nos condenaría a una lenta decadencia, a un imperio de oscuridad e ignorancia, donde aquellos que osaran perseguir el conocimiento, les costara lo que les costara, fuesen vistos con desconfianza. Ése no es el imperio en el que yo creo. Ése no es el imperio del que deseo formar parte.

»El conocimiento es el alimento del alma y ningún conocimiento se puede considerar malo, siempre que cada uno de los que busquen la verdad sea dueño de lo que aprende. Nada que merezca ser sabido se puede enseñar; debe ser aprendido con la sangre y el sudor de la experiencia, y no hay mayores eruditos de esa clase que los Mil Hijos. Incluso cuando luchamos en la vanguardia de la cruzada del Emperador, estudiamos las cosas que otros ignoran, buscando el conocimiento en lugares que otros tienen miedo de pisar. No hay verdades desconocidas, ni secretos demasiado escondidos, ni caminos demasiado laberínticos; los seguimos porque ellos nos elevan hacia la ilustración.

»El conocimiento ganado con el esfuerzo no tiene valor a menos que se ponga en práctica. Saber no es suficiente; debemos aplicar ese saber. Desear no es suficiente; ¡debemos hacer!

Magnus sonrió, y Ahriman vio que se había ganado a muchos de los presentes, que lo observaban con atención.

—Teniendo eso en cuenta, os ruego que seáis un poco más indulgentes conmigo, y os contaré un relato.

—Hay una antigua leyenda de la Vieja Tierra que habla de tres hombres de Aegina que vivían en una cueva en las profundidades de las montañas —empezó Magnus con la calidez de un narrador innato.

Aunque había oído esta historia antes, Ahriman quedó cautivado por la voz de Magnus y por el carisma natural que conllevaba cada una de las palabras.

—Estos hombres vivían apartados de la luz del mundo y habrían vivido en la oscuridad permanente si no hubiera sido por una pequeña hoguera que ardía dentro de un círculo de piedras en el corazón de la cueva. Comían líquenes que crecían en las paredes y bebían el agua fría de un arroyo subterráneo. Vivían, pero lo que tenían no se podía llamar vida.

»Día tras día se sentaban alrededor del fuego mirando fijamente las brasas parpadeantes y el baile de las llamas, creyendo que su luz era toda la luz que existía en el mundo. Las sombras creaban formas y dibujos en las paredes y esto les gustaba mucho. A su manera eran felices, pasando un día tras otro sin preguntarse siquiera qué podía haber más allá de su parpadeante círculo de luz.

Magnus hizo una pausa en su narración para permitir a la audiencia que se imaginara la escena y viera las sombras cambiantes en las paredes de la gruta.

—Un día, una poderosa tormenta sopló por encima de las montañas, pero los hombres estaban tan abajo que sólo un aliento de ella llegó hasta su refugio. El fuego bailó con el viento y los hombres rieron al ver nuevos dibujos en la pared. El viento cesó y volvieron a contemplar el fuego, como siempre lo habían hecho.

»Pero uno de los hombres se levantó y se alejó del fuego, lo que sorprendió mucho a los otros hombres, y lo llamaron para que volviera a sentarse con ellos. Este hombre negó con la cabeza; sólo él tenía sed de aprender más sobre el viento. Lo siguió cuando se retiró de la cueva escalando escarpadas pendientes, cruzando simas y pasando por muchos peligros antes de que finalmente viera ante él un débil haz de luz.

»Salió de la cueva a la ladera de la montaña y levantó la mirada hacia el sol abrasador. Su luz lo cegó y cayó de rodillas, abrumado por su belleza y su calor. Temió haberse quemado los ojos, pero recuperó la visión poco después y miró vacilante a su alrededor. Había salido de la cueva a bastante altura sobre la ladera de la montaña y el mundo se extendía ante él en toda su gloria: brillantes mares verdes e interminables campos de maíz dorado. Lloró al ver aquello, consternado por haber malgastado tantos años en la oscuridad, ajeno a la gloria del mundo que lo rodeaba; un mundo que había estado allí siempre, pero que su propia y limitada visión le había negado.

El primarca se detuvo y miró las estrellas, y su embelesada audiencia siguió su mirada como si estuviera imaginando el sol abrasador de la historia.

—¿Podéis imaginar ese sentimiento? —preguntó Magnus con la voz cargada de emoción—. ¿Haber pasado toda tu vida mirando una pequeña hoguera, pensando que ésa era la única luz del mundo, y encontrarte después frente al sol? El hombre supo que tenía que hablar a sus amigos de este milagroso descubrimiento e hizo el viaje de vuelta a la cueva donde los otros hombres seguían sentados, mirando aún la hoguera y sonriendo con expresión ausente ante las sombras de la pared. El hombre que había visto el sol miró el lugar que había considerado su hogar y lo vio como la prisión que era en realidad. Les contó a los otros lo que había visto, pero no les interesaron las historias inverosímiles de un ojo que quema en el cielo. Lo único que querían hacer era vivir sus vidas como siempre lo habían hecho. Lo llamaron loco y se rieron de él, y siguieron mirando el fuego, que era la única realidad que conocían.

Ahriman había oído la historia por primera vez cuando era un philosophus en el templo Corvidae, cuando Magnus se convirtió en su mentor antes de enfrentarse al Dominus Liminus. Oyó en la voz del primarca la misma nota de amargura que había oído entonces, un tono modulado a la perfección para transmitir la medida exacta de la angustia y la frustración que le producía la ceguera de los hombres de la cueva. El

tono de Magnus preguntaba cómo podía nadie dar la espalda a esa luz una vez que sabía de su existencia.

—El hombre no entendía la reticencia de sus amigos a viajar al mundo de arriba —continuó Magnus—, pero decidió que no se tomaría su negativa a ir con él como el final del asunto. Les mostraría la luz fuera como fuera, y si ellos no querían viajar hasta la luz, él la llevaría hasta ellos.

»Así que el hombre volvió a subir al mundo de la luz y empezó a cavar. Cavó hasta que hubo ensanchado la boca de la cueva. Cavó durante cien años, y después cien más, hasta que hubo quitado la cumbre de la montaña. Después excavó hasta hacer un gran hoyo en el corazón de la montaña y llegar al interior de la cueva en la que sus amigos seguían sentados alrededor de la hoguera.

Magnus quedó en silencio, dejando que sus palabras se disolvieran, aunque Ahriman sabía que se trataba de una pausa teatral más que de un momento de auténtica introspección. Sabiendo cómo terminaba la historia, a Ahriman no le sorprendió que Magnus se hubiera parado allí. En la versión original del cuento, los amigos del hombre estaban tan aterrorizados ante lo que se les mostraba que mataron al hombre y se refugiaron en un lugar aún más profundo de la cueva con su hoguera para vivir sus vidas en un crepúsculo perpetuo.

La historia era una parábola alegórica sobre la inutilidad de compartir las verdades fundamentales con aquellos que tienen una percepción muy estrecha de la realidad. Al contarla de un modo selectivo, Magnus había roto su pacto con la audiencia, pero ninguno de ellos llegaría a saberlo nunca. En lugar de eso, continuó el relato con palabras nuevas tejidas por su imaginación.

—Los hombres quedaron sorprendidos por lo que él les había enseñado, por la luz que les había faltado durante toda su vida y por el placer dorado que podría ser suyo si eran lo suficientemente valientes como para tomar su mano y seguirlo. Uno a uno salieron de su oscura cueva y vieron la verdad del mundo que los rodeaba, todas sus maravillas y toda su belleza. Volvieron la mirada a la húmeda y oscura cueva sin luz

que habían considerado su hogar y se sintieron horrorizados por cuán limitado había sido su conocimiento del mundo. Cargaron de alabanzas al hombre que les había mostrado el camino hacia la luz y le rindieron honores porque podían explorar el mundo en toda su abundancia por siempre jamás.

Magnus dejó que este nuevo final flotara sobre el anfiteatro; ningún miembro del Theatrica Imperialis había realizado nunca una representación tan imponente. Una inmensa ola de aplausos surgió de las gradas y Magnus sonrió con una perfecta mezcla de modestia y gratitud. Sanguinius y Fulgrim estaban en pie, aunque Mortarion y la Guardia de la Muerte permanecían tan inmutables como siempre.

A pesar de la perfección del tono de la presentación de Magnus, Ahriman vio que no se había ganado a toda la audiencia, aunque estaba claro que el caso contra Magnus y los Mil Hijos ya no era tan predecible como habían esperado sus acusadores.

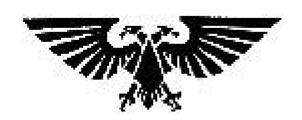
Magnus levantó las manos para acallar los aplausos, como si lo avergonzara ser tan aclamado.

—El hombre supo que tenía que enseñar a sus amigos la verdad del mundo que los rodeaba, y al igual que era su deber salvar a sus amigos de aquella existencia ciega y oscura, es ahora el nuestro hacer lo mismo por la humanidad. Sólo los Mil Hijos de entre todas las legiones han visto la luz más allá de las puertas del Empíreo. Esa luz nos liberará de los grilletes de nuestras percepciones mundanas de la realidad y permitirá a la raza humana alzarse como la dueña de la galaxia. Igual que los hombres que estaban alrededor de la hoguera necesitaron que alguien les mostrara el futuro glorioso que tenían a su alcance, lo mismo le ocurre a la humanidad. El conocimiento que los Mil Hijos están recopilando permitirá a todo el mundo saber lo que nosotros sabemos, ver como nosotros vemos. La humanidad necesita ser guiada hacia arriba con pasos pequeños, abriendo los ojos gradualmente para que la luz no la ciegue. Ése es el objetivo último de los Mil Hijos. Nuestro futuro como raza está en juego. Amigos míos, os recomiendo encarecidamente que no desperdiciéis esta ocasión de llegar a ilustraron porque nos encontramos en un momento

crucial de la historia del Imperio. Pensad en el futuro y en cómo este momento será juzgado en milenios futuros.

Magnus hizo una inclinación hacia los cuatro puntos cardinales del anfiteatro.

—Gracias por vuestra atención —dijo—. Esto es todo lo que tengo que decir.



VEINTE
HEREJÍA
LOS BIBLIOTECARIOS
EL JUICIO

Magnus se sirvió un poco de agua. Sonreía mientras caminaba de un lado a otro en la sala de visitas que estaba bajo el anfiteatro. Los miembros del Sekhmet estaban en posición de firmes, todos con la sensación de que este juicio terminaría pronto. A Ahriman aún le dolía la cabeza, y la presión que sentía sobre sus pensamientos lo estaba haciendo inquietarse, como si resultaran ser más de lo que su cráneo podía contener.

Al terminar el discurso de Magnus, Malcador había ordenado una pausa en el proceso. Lo que había empezado con traición e infamia, se había convertido en triunfo, porque pocos podían evitar sentirse emocionados por la gran arenga de Magnus.

—Tengo que admitir que me sentí turbado cuando vi con claridad cuáles eran los acontecimientos del día —dijo Magnus, y acercó a Ahriman un cáliz con agua—. Pero ahora estoy bastante seguro de que he atraído a nuestro lado a los que dudaban. Mortarion es como una estatua

tallada en piedra, así que no cambiará, pero Sanguinius y Fulgrim están de nuestro lado y eso contará mucho.

—Sí, pero muchos otros se esconden tras sus falsedades. Las masas nos apoyan, pero el juicio aún podría inclinarse en nuestra contra. Ni siquiera entiendo por qué estamos aquí. ¡Es insultante! —escupió Ahriman, tirando su cáliz.

—Tienes que calmarte, Ahzek —lo reconvino Magnus—. No quedaba más remedio que convocar este cónclave. Los temerosos necesitan la seguridad de saber que se oye su voz. Ya viste que el Emperador no quería esto. Créeme, siento tu ira, pero debes mantenerla a raya. No nos será de utilidad aquí.

—Lo sé, ¡pero me irrita que nuestro destino esté en manos de esos idiotas con anteojeras!

—Ten cuidado —le advirtió Magnus, moviéndose hasta colocarse delante de él—. Mide tus palabras. Me eres tan querido como cualquier hijo, pero no soportaré insultos a la sabiduría de mi padre. Si te dejas llevar por estos impulsos, no harás más que confirmar todo lo que dicen de nosotros.

—Os pido disculpas, mi señor —se apresuró a decir Ahriman, intentando obligarse a ascender hasta las Enumeraciones más bajas, pero la calma de las esferas se lo impidió—. No era mi intención faltar al respeto, pero me resulta difícil de imaginar que otros no puedan ver lo que nosotros vemos, y casi imposible de recordar cómo era no saber las cosas que sabemos.

—La maldición del falso conocimiento es un reto al que todos los individuos ilustrados deben enfrentarse —le respondió Magnus suavizando el tono de voz—. Debemos recordar que una vez estuvimos en su lugar y fuimos ciegos a las verdades del universo. Ni siquiera yo supe nada del Gran Océano hasta que mi padre me reveló su gloria.

—No —susurró Ahriman con una repentina claridad instintiva—. Vos ya lo conocíais. Cuando el Emperador os mostró sus maravillas y peligros, fingisteis no conocerlos, pero ya habíais mirado en las profundidades y los habíais visto.

Magnus se colocó a su lado en un instante, sobrepasándolo ampliamente en altura y con la carne y el ojo de un furioso color carmesí. Ahriman sintió el calor abrasador de la presencia de Magnus, comprendiendo que había cruzado una línea sin darse cuenta siquiera de que existía. En ese momento supo que sabía muy poco sobre su primarca, y deseó poder borrar hasta el más pequeño pedacito de conocimiento que había pasado entre ellos con anterioridad.

—Nunca vuelvas a decir eso. Jamás —le dijo Magnus taladrándolo con su ojo como si fuera una broca de diamante.

Ahriman asintió, pero tras la furia de Magnus había algo más, un miedo silencioso a secretos enterrados que volvían a la luz. Ahriman no podía verlo, pero sí vio una imagen del plateado racimo de hojas de roble que llevaba en la hombrera.

—¿Ohrmuzd? Por el Trono, ¿qué hicisteis? —le preguntó Ahriman cuando un recuerdo que no le pertenecía amenazó con aparecer en su mente. Vio un trato terrible, un pacto sellado con algo más viejo y más monstruoso que ninguna otra cosa que Ahriman pudiera imaginar.

—Hice lo que tenía que hacer —lo cortó Magnus, evitando que dijera nada más—. Eso es todo lo que necesitas saber. Confía en mí, Ahzek. Lo que se hizo se hizo por las razones correctas.

Ahriman quería creerlo, necesitaba creerlo, pero no había forma de ocultar la vanidad y la obsesión que se escondían tras el trato secreto. Intentó atravesar los sudarios y los velos de la autojustificación para aprehender el oscuro secreto que se ocultaba más allá, pero Magnus arrancó el recuerdo robado de su mente.

—¿Qué era? —exigió saber Ahriman—. Decídmelo. ¿Qué nos estáis ocultando?

—Nada que necesites saber —dijo Magnus, acalorado y a punto de… ¿A punto de verse invadido por qué? ¿Por la furia? ¿Por la culpabilidad? —. No tienes ni idea —continuó diciendo el primarca—. No puedes saber cómo fue. La degradación de la semilla genética era demasiado acusada y la corrupción de las hélices dañadas era demasiado compleja y mutaba demasiado de prisa para poder estabilizarla. Fue… Fue…

—¿Fue qué? —preguntó Ahriman cuando Magnus se quedó callado.

—El futuro —susurró Magnus con la piel cenicienta—. Lo veo. Está aquí. Está…

Magnus nunca terminó la frase.

Igual que el árbol más centenario del bosque cae derribado por un solo golpe de hacha, el primarca de los Mil Hijos cayó de rodillas.

Al caer Magnus, Ahriman vio una tormenta de fuego ambarino desatándose en su ojo.

J

La luz le inundó la vista y las luciérnagas cobraron vida con un estallido para después desaparecer.

Magnus abrió los ojos y vio lascas de piedra que volaban, y primitivas herramientas de herrero que trabajaban una hoja de sílex. Vio cómo tomaba forma la espada con una destreza muy poco superior a la de las civilizaciones preneandertales de la Vieja Tierra. Pero no se trataba de una habilidad humana, y esta destreza era sofisticada y, sin duda, alienígena. Las proporciones de la hoja y del mango eran ligeramente incorrectas, y las manos que les daban forma eran vellosas, de un negro azulado, con una fina cresta de pelo de color rojizo.

Era evidente que tampoco se trataba de una hoja normal. La palabra no encajaba exactamente, pero era la más aproximada que Magnus encontró. Había sido forjada por metalúrgicos alienígenas de unas formas tan inhumanas que no podían comprenderse, y le habían conferido el poder de los destinos.

Era una arma némesis, hecha para matar sin misericordia.

Magnus retrocedió para alejarse de la hoja, horrorizado ante el hecho de que una raza inteligente se atreviera a crear tan terrible herramienta de destrucción. ¿Qué razón podía haber para dar vida a algo tan vil?

¿Era esto el pasado o el futuro? Era imposible discernirlo con certeza. Aquí, en el Gran Océano (porque, ¿en qué otro sitio podía estar?), el tiempo era una estructura sin sentido que daba una apariencia de significado a las vidas mortales. Éste era el reino de los inmortales, porque aquí nada podía realmente vivir ni morir. La energía era eterna, y

cuando una forma llegaba a su fin, aparecía otra en un eterno ciclo de cambio.

No había hecho más que pensar en la cuestión del pasado y el futuro cuando la imagen se astilló en un millón de fragmentos que giraban en la oscuridad como una visión ampliada microscópicamente de la explosión de un diamante.

Magnus se había aventurado en el Gran Océano a más profundidad que ninguna otra persona aparte del Emperador, y no tenía miedo a lo que lo rodeaba; sólo sentía un deseo insaciable de conocer la verdad de lo que estaba viendo. Una risa perversa, como la de un observador oculto, lo envolvió con los ecos etéreos de un bufón que hubiese partido hacía mucho tiempo. De sus resonancias, una cámara salió de la oscuridad, un lugar ennegrecido por el fuego que apestaba a mal y a sangre.

En las paredes serpenteaba la sangre arterial, los dibujos hechos con cal viva en el suelo hicieron que le picara la nariz. Había figuras que se movían en la oscuridad, fantasmales y demasiado borrosas para poder distinguirlas. Magnus intentó tocar una figura vestida con una armadura del color de la piedra de cantera, pero la visión se desvaneció antes de que pudiera ver otra cosa que los tatuajes que cubrían el cuero cabelludo del guerrero.

Su odisea continuó y Magnus se dejó llevar por las fuertes mareas del Gran Océano. Al poco se preguntó qué había sido de su forma corpórea, porque sabía que él no había separado su cuerpo de luz deliberadamente de su carne. Que esto le hubiera ocurrido sin previo aviso le resultaba extraño, pero el miedo sólo haría que cualquier peligro fantasmal se hiciera más tangible.

Vio mundos que ardían, mundos atormentados por batallas interminables y sistemas enteros en llamas a causa de la plaga de la guerra. Ésta era una visión de cosas que nunca podrían ser porque estos mundos eran campos de batalla de los astartes, mataderos donde los guerreros hermanos que habían salido desde Terra para ir a los extremos más remotos del espacio conocido se despedazaban unos a otros con espadas y puños. A pesar de lo desagradable de estas visiones, Magnus no

permitió que lo afectaran. El Gran Océano era un lugar donde cualquier cosa era posible y sus mareas caprichosas siempre buscaban desestabilizar el equilibrio del viajero.

El abominable hedor del osario se elevó en forma de una penetrante ola, un potente cóctel de materia orgánica en descomposición y de los gases que despedían los cadáveres. Magnus sintió cómo su mirada era atraída por un mundo abandonado, un mundo que una vez había sido verde y fecundo pero que había caído vencido ante la enfermedad y la corrupción. Vio que no había caído sin presentar batalla, porque sus paisajes llevaban las cicatrices de la guerra librada para someterlo. Esa guerra se había luchado a niveles microscópicos, con trillones de ejércitos de bacterias y virus.

Cada ser vivo de este mundo era en esos momentos una fábrica de enfermedades en la que microbios agresivos afanaban sus voluntades mecánicas en reproducirse y extender su infección cada vez más.

Nunca se había dudado del final del planeta; no podía por más que rendirse a su destino, al igual que la corrupción no podía detener su asalto destructivo. Se había convertido en un mundo en estancamiento, con sus pantanos y bosques hechos océanos inflados de porquería y rezumando pestilencia.

Magnus vio una masa de metal que se alzaba en el corazón de una ciénaga; el casco herrumbroso de una nave espacial que se levantaba como un precipicio de hierro o como un velero que se dirigía al océano y se hundió en su funesto destino. Unas cosas putrefactas se alojaban en su superestructura oxidada y algo monstruoso había hecho de su corazón muerto su guarida. Magnus no tenía ni idea de lo que aquello podía ser, pero vio el brillo lustroso del metal y supo que la espada de némesis del artesano alienígena había encontrado su camino hasta aquí.

El pensamiento llenó a Magnus de pánico cuando oyó el fragor de los disparos y vio a un ejército de guerreros con el uniforme de los Lobos Lunares dirigiendo la lucha hacia la nave estrellada. Les gritó y les chilló, y vio a su hermano a la vanguardia de sus guerreros. Horus Lupercal no se daba cuenta de que él estaba allí porque esto no era la realidad, sino

simplemente una visión pasajera de un futuro que quizá nunca llegaría a ocurrir.

La cronología de los acontecimientos se fracturó, convirtiéndose en marcos individuales de una sola imagen global pegados de forma aleatoria: un amigo olvidado convertido ahora en un amargo enemigo; un salón del trono o un puente de mando; un hijo amado muerto por la espada de un traidor y el brillo del polvo de acero de una hoja que daría el mandoble que cambiaría el universo; un padre amado muerto a manos de un hijo rebelde.

Vio un templo imponente, un gigantesco edificio octogonal con ocho torres cubiertas por las llamas que rodeaban la cúpula central. Las multitudes se congregaban ante esta casa de falsos dioses, y los guerreros con el blindaje de ceramita de los astartes se reunían ante una imponente puerta de bronce. Una amplia piscina brillaba como el aceite y dos guerreros discutían junto a ella mientras que el reflejo creciente de la luna nueva temblaba sobre el agua.

Una risa resonante rompió la escena y Magnus vio a Horus Lupercal otra vez, una figura titánica de una potencia abrumadora. Pero éste no era su hermano; era un monstruo, una fuerza primitiva de destrucción que pretendía convertir en llamas las grandes obras de su padre. Con cada golpe de las manos como garras de Horus había mundos que morían, consumidos en las llamas de la guerra que se extendía por la faz de la galaxia como una rapaz infección. Como un director loco que tejiera una sinfonía de destrucción, Horus reducía el Imperio a brasas sistemáticamente, enfrentando al hermano con su hermano, dejándolos desangrarse en la carnicería.

Magnus se asomó para ver la cosa que tenía la cara de Horus, pero no vio nada de la nobleza de su hermano ni de su porte real; sólo odio, rencor y lamentos. La mirada de esa cosa se encontró con las dos órbitas de Magnus con alegría maliciosa, y Magnus vio que los ojos de Horus eran dos abismos ambarinos de fuego.

—¿Qué tal sienta, hermano, mirar el mundo como lo hiciste una vez? —preguntó Horus.

—Como siempre, Horus —le respondió Magnus—. Aquí estoy tal y como lo deseo.

—Ah, la vanidad —dijo Horus—, la tentación más fácil de utilizar.

—¿Qué eres tú? —le preguntó Magnus—. Tú no eres mi hermano.

—Todavía no, pero pronto lo seré —respondió el monstruo con una sonrisa enloquecida—. La luna nueva espera en Khenty-irty para empezar su transformación en Mekhenty-er-irty.

—¿Más acertijos? Tú no eres más que un depredador vacío, una colección de bajos impulsos y deseos a la que han dado forma. Y ya he oído ese nombre antes.

—Pero no sabes qué significa.

—Lo sabré —replicó Magnus—. Ningún conocimiento se me oculta.

—¿Eso es lo que crees?

—Sí. Mi hermano nunca desataría esta locura.

—Entonces es que no lo conoces, porque eso está ocurriendo ahora mismo. Los peones del Aniquilador Primordial ya están en movimiento, poniendo las trampas del orgullo, la vanidad y la furia para atrapar los egos de los caballeros necesarios para derrocar al rey.

—Mientes.

—¿Seguro? —se rió Horus—. ¿Por qué iba yo a intentar engañarte, hermano? Tú eres Magnus de los Mil Hijos. Ninguna verdad te es desconocida ni ningún conocimiento se te oculta. ¿No es eso lo que me has dicho? Puedes ver la verdad de esto; sé que puedes verla. Horus Lupercal os traicionará a todos. Prenderá fuego al Imperio en su búsqueda del poder. No sobrevivirá nada; todo se convertirá en una caldera nuclear del Caos, desde el impresionantemente grande corazón de la galaxia hasta las estrellas que se extinguen en su halo.

—¿Y dónde se producirá esa milagrosa transformación? —preguntó Magnus, luchando por no mostrar en su tono de voz el horror creciente que sentía.

—En una luna pequeña —dijo el monstruo entre risitas—, en el sistema Davin.

—Aunque te creyera, ¿por qué decírmelo a mí?

—Porque ya ha empezado, porque disfruto atormentándote y porque ya es demasiado tarde para detener esto —le dijo Horus.

—Eso ya lo veremos —lo desafió Magnus.

Abrió el ojo y el monstruo de Horus ya no estaba.

Ahriman y los Sekhmet lo rodeaban con el miedo reflejado en sus caras.

—¿Señor? —gritó Ahriman—. ¿Qué ha pasado?

Se llevó la mano a la cara como un rayo, donde lo que había sacrificado hacía tanto tiempo estuvo una vez. La piel era suave y no tenía ninguna marca que recordara lo completo que había estado su cuerpo en el Gran Océano.

Magnus se liberó de la ayuda de los Sekhmets y se puso de pie. Ya podía sentir las arenas del tiempo moviéndose por la faz de la galáxia, y tuvo una breve visión de un reloj de carillón de bronce con el cristal de la esfera partido y manillas de madreperla.

—Tenemos que irnos —dijo, volviendo a familiarizarse con el lugar que lo rodeaba al ver los rastros del agua derramada.

—¿Ir? ¿Ir adónde? —preguntó Ahriman.

—Tenemos que regresar a Prospero. Hay mucho que hacer y el poco tiempo que tenemos es precioso.

—No podemos, señor —le recordó Ahriman.

—¿Que no puedo? —explotó Magnus—. Ésa no es una palabra que debieras utilizar para referirte a mí, Ahzek. Yo soy Magnus el Rojo. Nada está fuera del alcance de mis poderes.

Ahriman negó con la cabeza.

—Eso no es lo que quiero decir, señor. Nos han vuelto a citar en el anfiteatro. Nos llaman para el juicio.

Las estrellas habían avanzado, aunque las nubes sulfurosas oscurecían a muchas de ellas. Ahriman captó la vergüenza que sentían, como si

desearan apartar sus miradas de los acontecimientos que se desarrollaban más abajo. Desde que Magnus se había desplomado, Ahriman había intentado recuperar el recuerdo que se ocultaba justo en el filo de su conciencia.

Por mucho que lo intentaba, no la recuperaba, y aunque sabía que tratar de forzarlo sólo haría que se resistiera aún más, su necesidad de saber era mayor que su capacidad para razonan Fuera lo que fuera lo que Magnus había hecho, tenía que ver con su hermano gemelo, pero la verdad estaba cerrada bajo llave en el pozo más profundo de la memoria.

Un humor sombrío había caído sobre los miles reunidos en el interior del cráter del volcán, contrastando enormemente con la animación que lo había llenado cuando Magnus hizo su discurso.

—¿Por qué me siento como si ya me hubieran condenado? —preguntó Magnus, mirando al estrado del otro extremo del anfiteatro donde Malcador conversaba con el Emperador.

—Quizá ya lo estemos —contestó Ahriman, viendo la expresión de venganza triunfante de Mortarion. Sanguinius tenía lágrimas cenicientas pintadas en las mejillas y Fulgrim no podía mirarlos. Sus rasgos esculpidos estaban atormentados por la culpa.

—Ya ha dejado de importarme —siseó Magnus—. Terminemos con esto y larguémonos de aquí.

El ambiente estaba tenso, como una burbuja estirada hasta el punto en el que la fragilidad de su superficie ya no le permite mantener su integridad. No se oía ni una sola voz, sólo el crujir de las túnicas de arpillera y las respiraciones contenidas.

El silencio se rompió cuando Malcador se puso en pie y se desplazó hasta la parte delantera del estrado del Emperador, donde golpeó el mármol tres veces con su bastón.

—Amigos, este consejo prácticamente ha finalizado —comenzó—. Hemos oído eruditos discursos por las dos partes en litigio y ha llegado el momento de dictar sentencia y restablecer la armonía. Este asunto ha sido sopesado con gran solemnidad por tratarse de algo que podría hacernos pedazos si no nos mantenemos unidos. Y ahora pregunto, ¿alguno de los

aquí reunidos quiere unir su voz a lo que ya hemos oído? Que hable ahora o que guarde silencio para siempre.

Ahriman paseó la mirada por la multitud, esperando que Sanguinius o Fulgrim o algún otro aliado que aún no hubiera dado la cara saliera de detrás de su capa de falsedad y se pusiera de su parte. Nadie se movió, y ya había desechado cualquier esperanza de salvación cuando vio a un individuo ataviado con servoarmadura que llevaba un largo bastón coronado por una calavera levantarse de su asiento en las gradas superiores.

—Yo, Targutai Yesugei del clan Borjigin Qongqotan, deseo hablar —dijo el guerrero con una voz áspera y el marcado acento de oclusiva final sorda y de vocales cortas característico de los chogorianos nativos.

La armadura de Targutai Yesugei era de color blanco roto con un reborde color carmesí y en la hombrera lucía el rayo dorado de los Cicatrices Blancas. Su bastón lo identificaba como a uno de los bibliotecarios del Khan. Tenía la cabeza afeitada excepto por un largo mechón que nacía en lo alto del cráneo y que llevaba a modo de coleta. Una capucha cristalina salía de las hombreras de su armadura, enmarcando una cara bronceada y curtida surcada de cicatrices rituales.

Malcador hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Yesugei se encaminó al pie del anfiteatro, haciéndolo con la tranquila dignidad del noble salvaje.

Y tampoco iba solo.

Desde distintos lugares de todo el anfiteatro, los bibliotecarios astartes vestidos con túnicas se pusieron en marcha para unirse al guerrero de los Cicatrices Blancas, y el corazón de Ahriman dio un vuelco al ver la heráldica de los Ángeles Oscuros, de los Señores de la Noche, de los Ultramarines y de los Salamandras.

Los doce bibliotecarios se congregaron ante el estrado del Emperador y Ahriman supo al instante que ninguno de aquellos guerreros se conocía, igual que supo que no habían planeado elegir aquel momento para hablar.

—Doce de ellos de pie ante su rey —dijo Magnus con una sonrisa—. Qué adecuado. Nosotros atendidos por doce caballeros, igual que los

antiguos dioses.

Los bibliotecarios se arrodillaron ante el Emperador con las cabezas inclinadas y Ahriman estudió los símbolos que llevaban cosidos en sus sobrepellizas.

—Elikas, Zharost, Promus, Umojen —dijo Ahriman—. Estos hombres son los bibliotecarios jefe de sus legiones.

—Y se colocan de nuestro lado —dijo Magnus con asombro.

Targutai Yesugei se puso de pie y el Emperador hizo un breve gesto de asentimiento que lo decía todo.

El guerrero de los Cicatrices Blancas se subió al pedestal y Ahriman quedó impresionado por la solemnidad que vio en los ojos de Yesugei; una profunda sabiduría ganada a través de siglos de estudio y de duras batallas.

—Yo soy un Cicatriz Blanca, vidente de la tormenta de Jaghatai Khan, y hablo con la verdad como mi única guía. Lo juro por el honor de mi clan y que mis hermanos me arranquen el corazón si miento. Escucho las palabras que dicen hombres honorables, pero yo no veo de la misma forma que ellos ven. Ellos miran con ojos ciegos al mundo que los rodea. Ellos comprenden con mentes que no tienen deseos de ver la verdad de esta galaxia.

»El guerrero elegido por los videntes de la tormenta no es maligno, así como tampoco lo es el poder que ejerce. Él es una arma, igual que lo es el Land Raider o el bólter. ¿Qué idiota deja de lado una arma antes de la batalla? Igual que todas las armas, es peligrosa sin el adecuado entrenamiento, y todos aquí conocemos el peligro del psíquico malvado; lord Mortarion nos ha hablado de él. Pero ¿qué tiene más peligro, un guerrero entrenado que conoce sus poderes o un guerrero con un poder que no tiene ni idea de cómo usar? Como todas las cosas, el poder debe ser unido a su verdadero propósito antes de que se lo pueda liberar. El psíquico debe ser moldeado por hombres de gran habilidad igual que una espada es fabricada por un forjador del acero. Debe aprender las formas del vidente de la tormenta y debe demostrar su valor muchas veces antes de que pueda llevar el bastón con el cráneo del guerrero-vidente.

Yesugei levantó su bastón y lo dirigió hacia el maestro del coro astropático vestido de verde y al señor de los navegantes, que iba vestido de negro, barriendo con un amplio movimiento del brazo todo el ancho del estrado. El gesto fue sutil, ya que también abarcó al Emperador.

—Maldecir a los psíquicos como algo maligno es olvidar cómo el Imperio depende de ellos. Sin cantores mentales, cada mundo está solo y a la deriva; sin buscadores de estrellas, no hay viaje entre ellos. Los hombres que hablan contra el primarca Magnus lo hacen con la visión borrosa de los antiguos. No ven las consecuencias de lo que pretenden. Lo que piden nos condenará a todos. Ésa es mi verdad, la prometo sobre este bastón sobre el que hice mi juramento. Si alguno duda de mí, estoy dispuesto a batirme con él.

Targutai Yesugei se inclinó una vez más y bajó del podio, regresando a las filas de sus hermanos bibliotecarios. Ahriman escrutó a Magnus. Como él, su primarca estaba emocionado por las palabras de Yesugei, cautivado por su sencilla honestidad y por el reconocimiento de la hipocresía inherente a las acusaciones vertidas contra los Mil Hijos.

—Seguro que el consejo no puede fallar en nuestra contra ahora —dijo Ahriman.

—Ya veremos —contestó Magnus cuando el Emperador se levantó de su trono.

Hasta ese momento, el Emperador de la Humanidad había observado los procedimientos del cónclave desde la distancia, como el observador que lo oye todo sin dar ni una pista de cuáles son sus pensamientos. Ahora se desplazó hasta el filo del estrado con su armadura resplandeciente a la luz de las estrellas que volvían a brillar una vez más. Ahriman intentó traspasar su conciencia a la Enumeraciones para conservar sus percepciones claras, pero el poder del Emperador era demasiado grande y demasiado magnífico para permitir una auténtica claridad de pensamiento.

Todas las almas del anfiteatro miraban maravilladas esa compilación de todo lo que había de bueno en la humanidad, la apoteosis de los sueños

y las esperanzas de la raza humana. Cada una de sus palabras era recibida con entusiasmo y escrita en mil sitios, como las palabras transcritas una vez como la fiel recitación de un dios de las edades olvidadas. Los útiles de escriba de Mahavastu Kallimakus repiquetearon volviendo a la vida con anticipación.

Kallimakus olvidó todos sus pensamientos cuando lo invadió una cálida sensación de aprobación. Ahriman reconoció este sentimiento por lo que era, la influencia de una persona que infundía una parte de su psique en el aura de otro. Ahriman podía realizar una proeza similar, pero sólo sobre un pequeño grupo de personas como mucho. Llegar a tantos miles de personas al mismo tiempo hablaba de un poder más allá de toda medida.

La espada del Emperador estaba desenvainada y su mirada se trabó con la de Magnus, como si los uniera una comunión silenciosa que los demás no podían oír. Ahriman despegó su mirada del Emperador y vio que Magnus estaba clavado en su asiento con el cuerpo rígido y la piel pálida. Tenía el ojo cerrado con fuerza y Ahriman vio un casi imperceptible temblor de su carne, como si unas potentes corrientes eléctricas lo estuvieran atravesando.

—Si soy culpable de algo, es de la búsqueda del conocimiento —siseó Magnus entre los dientes apretados—. Soy su amo, lo juro.

Ahriman no pudo oír más porque Magnus de repente empezó a respirar entrecortadamente, como un hombre que se está ahogando y busca la superficie de un océano.

—Escuchad ahora mi decisión —dijo el Emperador, y el anfiteatro se llenó con el sonido de las plumas arañando al escribir—. No soy ciego a las necesidades del Imperio, pero tampoco lo soy a las realidades de los corazones de los hombres. Oigo a los hombres hablar sobre el conocimiento y el poder como si se tratara de conceptos abstractos que se emplean con tanta simplicidad como una espada o una arma. No lo son. El poder es una fuerza viva, y el peligro del poder es la obsesión. Un hombre que consigue cierto poder se dará cuenta de que llega a dominar su vida hasta el punto de que lo único en lo que puede pensar es en conseguir más. Casi todos los hombres pueden soportar la adversidad, pero pocos son

capaces de soportar la prueba última del carácter, la de ejercer el poder sin sucumbir a sus más oscuras tentaciones.

Aunque el Emperador se estuviera dirigiendo a todo el anfiteatro, Ahriman tenía la poderosa sensación de que sus palabras iban dirigidas exclusivamente a Magnus.

—Esforzarse por mirar en la oscuridad para conseguir conocimiento sobre la disformidad está cargado de peligros, porque se trata de un lugar inconstante de realidades cambiantes, mentiras caprichosas y falsedades. El que busca la verdad debe cuidarse de no ser engañado, porque el falso conocimiento es mucho más peligroso que la ignorancia. Todos los hombres desean poseer el conocimiento, pero pocos están dispuestos a pagar el precio. Los hombres siempre van a intentar coger el atajo, la ruta rápida hacia el poder, y es la propia mente del hombre, no la de su enemigo, la que lo atrae hacia las malas formas. El verdadero conocimiento se obtiene sólo después de haber conseguido la sabiduría. Sin sabiduría, una persona poderosa no se hace más poderosa, se convierte en una persona imprudente. Su poder se volverá contra él y terminará por destruir todo lo que haya construido.

»Yo he caminado por sendas que ningún hombre puede conocer y me he enfrentado a innombrables criaturas de la disformidad. Entiendo casi demasiado bien los secretos y los peligros que se esconden tras su recóndita oscuridad. Hay cosas que no están destinadas al conocimiento de mentes menores, sin que importe lo poderosos o cultos que ellos crean ser. Los secretos que he compartido sirven de advertencia, no de incentivo para explorar más allá. Sólo la muerte y la condenación esperan a los que fisgonean con demasiada profundidad en los secretos que no están destinados a los mortales.

Ahriman palideció ante las palabras del Emperador, sintiendo su terrible finalidad. La promesa de la extinción estaba tejida en cada palabra.

—Ahora veo que he permitido que mis hijos ahonden con demasiada profundidad en asuntos que nunca les debería haber permitido saber que existían. Que se sepa que nadie sufrirá la censura, porque este cónclave

está para servir a la unidad y no a la discordia. Pero tampoco se volverá a permitir que la amenaza de la brujería deshonre a los guerreros de los astartes. De ahora en adelante es mi deseo que ninguna legión mantenga un departamento de bibliotecarios. Todos sus guerreros e instructores deberán regresar a las compañías de batalla y nunca volverán a emplear poderes psíquicos.

Las exclamaciones de asombro se extendieron por el anfiteatro, y Ahriman sintió frío ante la naturaleza terminante del pronunciamiento del Emperador. Después de todo lo se había dicho, no podía creer que el juicio se hubiera resuelto en su contra.

El Emperador no había terminado y su voz resonó como un trueno.

—Pobres de aquellos que hagan caso omiso de mi advertencia o rompan la promesa que los une a mí. Se convertirán en mis enemigos y les infligiré tal destrucción a ellos y a sus seguidores que, hasta el final de todas las cosas, maldecirán el día en que se apartaron de mi luz.



TERCER LIBRO

EL LAMENTO DE PROSPERO



VEINTIUNO
ALGO MÍO
PARAÍSO
TRAICIÓN DESVELADA

Lemuel encontró a Mahavastu Kallimakus junto a las grandes murallas de Tizca. El anciano estaba dormido en una silla acolchada con un cuaderno de bocetos abierto sobre el regazo. Lemuel caminó con cuidado, ya que no quería despertar a su amigo si no era necesario. Los cinco meses que llevaban en Prospero habían sido buenos para Mahavastu; el fresco aire marino y el clima templado lo ayudaron a recuperarse de los estragos que había sufrido su cuerpo y a añadir algo de carne a sus huesos.

Prospero les había venido bien a todos. Lemuel había perdido gran parte del peso que le sobraba y ahora se movía con la confianza fruto de saber que su aspecto era el mejor que había tenido desde hacía décadas. Aunque no habría sabido decir si eso se debía a la agradable vida que llevaba en Prospero o al aumento de sus habilidades en la manipulación etérea.

Lemuel dirigió sus ojos hacia el paisaje, alternando con miradas a las líneas trazadas con carboncillo del cuaderno de bocetos de Mahavastu. La

vista era de un accidentado esplendor: altas montañas, extensos bosques y un cielo azul de una increíble limpieza. A lo lejos, una serie de agujas irregulares señalaban las ruinas de una de las ciudades perdidas de la antigüedad de Prospero. La interpretación de Mahavastu del paisaje no tenía nada de impresionante.

—Ya te dije que no era un artista —dijo Mahavastu sin abrir los ojos.

—Oh, no sé —replicó Lemuel—. Tiene cierto encanto rústico.

—¿Lo colgarías en tu casa?

—¿Un Kallimakus original? —preguntó Lemuel mientras se sentaba —. Por supuesto. Estaría loco si no lo hiciera.

Mahavastu soltó una risita seca.

—Siempre fuiste un mentiroso malísimo, Lemuel —le dijo.

—Por eso soy tan buen amigo. Siempre te diré la verdad porque siempre sabrás si te estoy mintiendo.

—Un buen amigo y un gran rememorador —dijo Mahavastu cogiendo la mano de Lemuel. Los dedos del anciano eran como ramitas sin fuerza —. Quédate un rato si tienes tiempo.

—Iba a reunirme con Kallista y Camille para almorzar, pero siempre tengo tiempo para ti, viejo amigo. Bueno, aparte de tu evidente talento, ¿qué ha hecho surgir tu impulso artístico?

Mahavastu bajó la vista hacia su cuaderno de dibujo y sonrió con pesar. Lo cerró y Lemuel vio una expresión de dolorosa tristeza en la cara del anciano.

—Yo quería algo para mí —respondió lanzando una mirada furtiva por encima de su hombro—. Algo que supiera que había hecho yo. ¿Entiendes?

—Creo que sí —dijo Lemuel con cierta precaución, recordando las palabras que habían intercambiado en Aghoru antes de la terrible batalla de los Mil Hijos con los gigantes syrbotae en la Montaña.

—Recuerdo cuando salí de Prospero con la legión, hace mucho tiempo —le contó Mahavastu—. Fue un día glorioso, Lemuel. Habrías llorado de haberlo visto. Miles y miles de guerreros marchando por calles de mármol, pétalos de rosa cayendo de un cielo vacío y los aplausos del

pueblo resonando en nuestros oídos. Magnus me honró con un puesto en la marcha triunfal, y nunca me he sentido más orgulloso que aquel día. No podía creer que yo, Mahavastu Kallimakus, fuese a escribir la crónica de los anales de Magnus el Rojo. No podría haber mayor honor.

—Ojalá pudiera haberlo visto, pero dudo de que ni siquiera hubiera nacido por entonces.

—Lo más probable es que no —dijo Mahavastu con lágrimas en los ojos—. Una legión a punto de ser destruida se había reunido con su primarca perdido. Él los había salvado del abismo. Guardo ese recuerdo como un tesoro en mi memoria, pero el tiempo que ha transcurrido desde entonces es para mí como si otra persona hubiera vivido mi vida. Recuerdo fragmentos, pero nada me parece real. He llenado una biblioteca de libros, pero no contienen mis palabras. Ni siquiera puedo leerlas.

—Eso es lo que vine a decirte, amigo —dijo Lemuel—. Creo que quizá pueda ayudarte con eso. ¿Recuerdas que te dije que tenía una copia parcial del *Liber Loagaeth* en mi biblioteca de Terra, pero que nunca había podido localizar las fuentes de las *Claves Angelicae*, su libro gemelo que contiene las tablas de las letras?

—Sí, lo recuerdo.

—He encontrado una copia.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En la biblioteca de los corvidae —afirmó Lemuel—. Desde que regresamos a Prospero, Ahriman ha intensificado mi entrenamiento. Me ha tenido prácticamente encadenado a un pupitre bajo la tutela de Ankhu Anen, un erudito con más conocimientos de los que hubiera imaginado. Tengo que admitir que no me gustó cuando lo conocí, pero ha sido de una ayuda inmensa para mis estudios. Le pregunté por el libro, y él hizo que un servidor de la biblioteca lo recogiera como si nada.

—Entonces, ¿tienes intención de traducir lo que he estado escribiendo?

—Con el tiempo, sí. Es un idioma difícil de descifrar aun disponiendo de las letras clave. Hay grupos enteros de palabras que no parecen un idioma real en absoluto. Voy a ver si Camille puede usar su psicometría para ayudarme.

Mahavastu suspiró.

—Preferiría que no lo hicieras.

Lemuel se sintió desconcertado.

—¿No quieres saber sobre qué has estado escribiendo todo este tiempo? —le preguntó.

—Creo que me da miedo saberlo.

—¿Miedo de qué?

—Soy un escriba, Lemuel. Soy un escriba excepcional y no cometo errores. Precisamente tú lo sabes. Así que, por qué nombrarme escriba y después impedirme saber lo que escribo. Creo que las palabras que he escrito no están destinadas a que las vean ojos mortales.

Lemuel respiró profundamente, impresionado por el miedo que percibió en la voz de Mahavastu.

—Soy un hombre viejo, Lemuel, y estoy cansado de vivir así. Quiero abandonar la cruzada y volver a mi tierra. Quiero ver Uttarpatha antes de morir.

—Las crónicas de la cruzada serán peores en tu ausencia, amigo mío.

—Ven conmigo, Lemuel —le urgió Mahavastu en voz baja—. Debes saber que sobre este mundo pesa una maldición.

—¿Una maldición? ¿De qué estás hablando?

—Este mundo fue destruido ya una vez por la arrogancia de sus gentes, y la historia humana nos cuenta que los hombres no aprenden de sus errores, ni siquiera hombres tan avanzados como los Mil Hijos.

—La gente de entonces no comprendía sus habilidades. Los Mil Hijos han dominado sus poderes.

—No estés tan seguro, Lemuel —le previno Mahavastu—. Si realmente hubieran dominado sus poderes, ¿por qué iba el Emperador a prohibirles que los utilizaran? ¿Para qué les iba a ordenar que volvieran a Prospero sino para desmantelar mejor a los bibliotecarios?

—No lo sé, pero ¿no debe ser muy mortificante que digan que todas las grandes cosas que han hecho y que todo el conocimiento que han acumulado no vale para nada y que además está prohibido?

—A eso es exactamente a lo que me refiero —replicó Mahavastu—. A ellos se les ha prohibido continuar con sus inclinaciones esotéricas, pero aun así siguen haciéndolo. ¡El hecho de haber continuado con tu preparación es un desafío a los edictos del Emperador! ¿Habías pensado en eso?

A Lemuel se le removió algo caliente en el estómago al pensar en que había desafiado la palabra del Emperador. No se le había ocurrido verlo de esa forma en absoluto, porque él no veía ningún mal en las habilidades que estaba adquiriendo. El largo viaje de vuelta al mundo que era el hogar de los Mil Hijos había sido un tiempo de descanso para los rememoradores, pero una vez que hubieron llegado a Prospero, su entrenamiento había sido más intensivo que nunca.

—Esta legión está condenada —le dijo Mahavastu, cogiendo a Lemuel de la mano una vez más y sorprendiéndolo con su fuerza—. Si siguen por este camino, su desafío no tardará mucho en salir a la luz, y cuando llegue ese día…

—¿Qué?

—Mejor que estés en cualquier otro lugar de la galaxia, pero no en Prospero —le advirtió Mahavastu.

La reunión con Mahavastu había dejado intranquilo a Lemuel y lo asaltaban pensamientos preocupantes mientras caminaba por la ciudad dirigiéndose a su reunión con Camille y con Kallista. Altos edificios blancos y dorados se alineaban en las anchas avenidas de árboles recién podados. Seductoras frondas verdes, cargadas a poca altura de frutos amarillos y rojos, adornaban las calles.

Como siempre, hacía sol y una temperatura templada, y los suaves vientos del océano susurraban por las calles llenas de gente. Los habitantes de Tizca eran altos y atractivos y habían recibido con agrado el regreso de los miembros de los Mil Hijos de la 28.ª Flota Expedicionaria y a los rememoradores que venían con ellos. Lemuel había encontrado en Prospero muchas cosas que le gustaban, y la gente era una de ellas.

Tizca era una ciudad maravillosa de arquitectura espectacular, espacios abiertos, teatros animados y preciosos parques. Las Montañas Blancas y la Acrópolis Magna ponían un telón de fondo sensacional a la ciudad, y las grandes pirámides y las torres de plata del culto de los Mil Hijos destacaban por encima de todo lo demás. En cualquier otra ciudad, una arquitectura tan dominante habría resultado opresiva, pero la armonía con la que se habían construido las pirámides era tal que parecían una parte natural del paisaje, igual que las montañas. Incluso la pirámide del culto Pyrae con su titánico guardián y su remate en llamas se fundía con la estética de la ciudad.

Los meses que había pasado en Prospero le habían dado a Lemuel un buen conocimiento de la ciudad, y el diseño de su distribución era tan intuitivo que pudo orientarse por sus numerosas calles al cabo de muy poco tiempo.

En aquel momento se dirigía al este, hacia la calle de los Mil Leones y Voisanne's. Escondida en una de las calles radiales de la Plaza Occullum, Lemuel había descubierto Voisanne's durante uno de sus paseos matutinos; una modesta panadería-restaurante que hacía los dulces más increíbles. Aunque había conseguido no recuperar la mayor parte del peso que había perdido desde Aghoru, todavía le gustaba regalarse con algo dulce cuando sentía necesidad de consuelo.

Aquél era uno de esos días.

Mahavastu había puesto el dedo en una llaga que Lemuel ni siquiera se había dado cuenta de que tenía. Como todos en el Imperio, había oído hablar de los Edictos de Nikaea y de las consecuencias que tendrían. Aunque esos edictos provenían directamente del Emperador, las voces discrepantes ya se preguntaban cuántos de entre las legiones de los astartes realmente obedecerían esas regulaciones.

Ése problema lo tendría que solucionar otro, y a Lemuel no le había sorprendido que Ahriman continuara con su formación en el viaje de vuelta a Prospero.

Lemuel simplemente pensó que el hecho de que los Mil Hijos continuaran con la educación de los rememoradores significaba que

estaban completamente seguros de sus habilidades. Ahora se preguntaba si eso sería verdad. ¿Estaban jugando con determinados poderes que deberían ser considerados detestables?

Lemuel había oído la historia de la caída de Prospero pero no le había dado importancia a por qué había caído. Ahriman habló de la Vieja Noche como de una catástrofe inevitable, pero ¿era eso así en realidad? ¿Podría la humanidad haberse evitado esos milenios de horror si hubiera dejado en paz los poderes que él utilizaba con tanta frecuencia y familiaridad?

Miró hacia la pirámide de Photep, protegida por el agua, con su inmensa aguja brillando con la bruma producida por el calor que se reflejaba en su piel de espejo. El primarca Magnus vivía dentro de esta impresionante estructura, cuyos adornos de plata y oro refulgían como si estuvieran en llamas con el sol de mediodía.

Lemuel entró en una calle bordeada de estatuas de leones de plata levantados sobre las patas traseras. Cada una era ligeramente diferente en pose y tamaño a las otras, como si hubieran plateado a una gran manada y después la hubieran traído a Tizca y la hubieran colocado encima de altos pedestales de mármol brillante. Tocó el león que se encontraba en el extremo izquierdo para que le trajera suerte, sonriendo ante la idea de que un león en concreto pudiera traer más suerte que otro.

Dos bestias de aspecto particularmente majestuoso guardaban la entrada a una pequeña zona de parque, y Lemuel se paró a observar a un grupo de ciudadanos de Tizca que practicaban *táijíquán* bajó el ojo observador de un guerrero de los Mil Hijos. Encontró paz en los movimientos tranquilos y precisos y dejó que aquellas relajantes repeticiones y su grácil unidad aliviaran su mente preocupada.

Lemuel respiró profundamente varias veces como hacían los alumnos, y se dio cuenta de que sus manos se movían imitándolos de manera inconsciente. Sonrió y su sombrío estado de ánimo desapareció. Lemuel continuó por la calle hasta salir a una gran plaza, que consistía en un espacio abierto y perfectamente circular.

Desde la plaza Occullum salían numerosas calles, exactamente ochenta y una, y el centro estaba ocupado por una alta columna de estilo dórico con

una urna llameante en la parte superior. Un altorrelieve tallado sobre el plinto cuadrado representaba a Prospero llorando por su civilización perdida, mientras que una figura de un solo ojo con armadura la levantaba. Algunos decían que la torre era lo único que quedaba de un artefacto que habían usado los antiguos habitantes de Prospero para comunicarse con Terra en los días anteriores a la Vieja Noche, pero que nadie había sido capaz de hacerlo funcionar de nuevo. Era día de mercado y la plaza estaba llena hasta los topes de puestos de comerciantes y de gente regateando los precios de las sedas, los productos alimenticios y los ornamentos de artesanía. A Lemuel le recordó a su casa, y sintió una repentina punzada de nostalgia por los mercados abarrotados y bulliciosos de los subsectores comerciales de Shanga.

Se fue colando entre la multitud, rechazando educadamente las ofertas de comida y bebida que recibió mientras paró a comprar dos frasquitos de cristal de aceite perfumado. Lemuel se dirigió al sur, tomando la avenida Gordian hasta que desembocó al oeste en una calle estrecha con una pérgola de la que colgaban frutas.

Voisanne's estaba al final de la calle y vio que Camille y Kallista ya lo estaban esperando. Sonrió y las saludó con la mano. Ellas le devolvieron el saludo, y Lemuel se inclinó para plantar castos besos en las mejillas de ambas mujeres.

—Llegas tarde —lo reprendió Camille.

—Les pido disculpas, mis señoras —respondió Lemuel—. Estuve comprándoles unos regalos en el mercado y tardé más de lo habitual en regatearle el precio al comerciante, que me pedía una fortuna.

—¿Regalos? —preguntó Kallista, encantada—. Entonces estás perdonado. ¿Qué tienes para nosotras?

Lemuel colocó un frasquito de cristal delante de cada mujer.

—Fragante aceite de Boronia. No me cabe duda de que vuestros alojamientos cuentan con quemadores de aceite, así que dos gotas en un poco de agua llenarán vuestras habitaciones de dulces matices florales y de un aroma ligero y afrutado que os refrescará y revitalizará vuestra

energía creativa. O por lo menos eso es lo que el comerciante me aseguró que ocurriría.

—Gracias, Lemuel —dijo Camille mientras le quitaba el tapón al frasquito y olía el contenido—. A Chaiya le encantará; le gusta que nuestras habitaciones huelan bien.

—Muy bonito —añadió Kallista.

—No es nada, señoras. Tan sólo un pequeño detalle para disculparme por mi tardanza.

—Creía que habías llegado tarde porque te paraste a comprar esto —dijo Camille.

—La verdad es que me he retrasado por culpa de Mahavastu —le aclaró Lemuel—. Ya sabéis que al anciano le gusta contar historias largas y acaba yéndose por las ramas.

Camille lo miró con recelo, pero Kallista asintió, y Lemuel estaba a punto de volverse para pedir la carta cuando llegó una camarera con una bandeja de comida. Colocó un cuenco de fruta frente a Kallista, un pastelito relleno de nata frente a Camille y dulces glaseados con caramelo hilado, bollos dulces y fruta para Lemuel.

La camarera regresó al interior y Camille le dio un bocado a su pastelito suspirando de placer.

—Maravilloso, pero no creo que me acostumbre nunca a que sepan lo que voy a pedir antes de que yo lo pida.

—Sí, lo sé. Yo me preocuparía si no fuera porque me traen siempre exactamente lo que quiero —dijo Lemuel.

—Cierto —asintió Camille—. En ese caso los perdono. Bueno, y él ¿cómo estaba?

—¿Quién?

—Mahavastu. Dijiste que lo habías visto antes.

—Ah, sí, está bien, aunque creo que echa un poco de menos su tierra. Me estuvo diciendo que querría volver a su casa; a Terra, en realidad.

—¿Por qué? —preguntó Kallista—. ¿Por qué iba nadie a querer marcharse de Prospero? Si es el paraíso.

—Supongo que se está haciendo viejo y quiere volver a casa antes de que sea demasiado tarde.

—Lo voy a echar de menos —dijo Camille—. Cuenta unas historias muy interesantes.

—Sí —asintió Lemuel, incómodo al continuar con la conversación sobre Kallimakus, como si eso le reviviera un antiguo picor—. Bueno, ¿y cómo les va a estas dos estupendas señoras?

—Bien —dijo Camille, dándole otro bocado a su pastelito—. He catalogado la mayoría de las ruinas de los alrededores de Tizca, y Khalopis va a llevarme pronto más al exterior, a la Desolación. A una de las ciudades más antiguas; una de las que primero se perdieron cuando cayó Prospero, o eso dice él.

—Debería resultar fascinante, querida, pero por favor, ten cuidado —le advirtió Lemuel.

—Sí, sí, lo tendré.

—Bien. ¿Y tú, querida Kallista? ¿Cuáles son tus últimos progresos? ¿Ankhu Anen te está haciendo todavía trabajar duro en el Athenaeum?

Kallista asintió con entusiasmo. Había florecido desde que llegó a Tizca, y aun estando en una ciudad de gente atractiva, Kallista Eris seguía destacando. Se rumoreaba que un capitán de la Guardia de las Torres de Prospero tremendamente atractivo la estaba cortejando. No era que a Lemuel le faltaran ofertas para estar acompañado, pero él tenía sus propias razones para mantener un estilo de vida solitario.

Desde Nikaea, la frecuencia de los ataques nocturnos de Kallista había ido decreciendo de forma permanente, de modo que se atrevían a esperar que hubiesen terminado para siempre. Aún llevaba su botella de sakau, pero hacía meses que no la necesitaba.

—Sí, así es, Lemuel. El Athenaeum está lleno de textos que se dice que son anteriores a la Vieja Noche, pero están escritos en el antiguo prosperino, que ya nadie habla. Puedo ayudar con la traducción al establecer conexiones con las mentes de los escritores. Es un trabajo lento, pero que está vertiendo mucha luz sobre cómo era la sociedad antes de venirse abajo. Deberías hacernos una visita; estoy segura de que te

resultaría fascinante ver cómo han evolucionado los planetas desde entonces.

—Lo haré, querida —le prometió Lemuel—. Ahriman me tiene muy ocupado, pero estoy seguro de que no le importará que te visite.

—Eso me gustaría —dijo Kallista, terminándose la fruta y bebiendo un sorbo de agua.

Charlaron de cosas sin importancia durante el resto de la tarde, disfrutando del cálido sol y conversando como hacen los amigos. Les trajeron vino de color amarillento, y Lemuel se rió al ver que se trataba de la cosecha de Ahriman. Mientras Lemuel servía el resto de la segunda botella, Camille sacó el tema de sus anfitriones.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda hasta que los Mil Hijos cambien de destino? —quiso saber.

Había formulado la pregunta como de pasada, pero Lemuel vio el trasfondo de ansiedad que había detrás. Normalmente no utilizaba su capacidad para leer auras con sus amigos, entendiendo su necesidad de privacidad, pero no había ninguna duda sobre el deseo de Camille de quedarse en Prospero.

—No lo sé —le contestó Lemuel con sinceridad—. Ahriman no ha dicho nada, pero con las otras legiones consiguiendo honores en batalla, sé que están ansiosos por recibir órdenes para una nueva misión. Los Hijos del Emperador en Laeran, los Lobos Lunares en Uno Cuarenta Veinte, los Ultramarines en Mescalor. Han pasado más de dos años desde la Franja Arca, y los Mil Hijos continúan ociosos mientras que sus hermanos están en guerra.

—¿Crees que tiene algo que ver con Nikaea? —preguntó Kallista.

—Creo que sí. Por lo que he oído, al Rey Carmesí le faltó tiempo para abandonar Nikaea. Según Ahriman, el primarca ha tenido a todos sus guerreros encerrados en las bibliotecas de su culto desde que regresaron.

—Sí, yo también lo he oído —asintió Kallista con una sonrisa de conspiradora—. Incluso llegué a oír casualmente a Ankhu Anen hablándole a Amon sobre esto.

—¿Llegaste a oír qué es lo que están buscando?

—Creo que sí, pero no llegué a comprender lo que dijeron. Era algo así como que estaban buscando la forma de proyectar un cuerpo de luz a mayor distancia que nunca, sea eso lo que sea.

—¿A qué supones que ayuda eso? —preguntó Camille.

—No tengo ni idea —dijo Lemuel.

Horror. Conmoción. Incredulidad. Ira. Todas estas emociones pasaron en oleadas por el cuerpo de Ahriman mientras escuchaba las palabras de su primarca. Estaba de pie junto a los otros ocho capitanes del *Pesedjet* sobre la espiral laberíntica del sanctasanctórum de Magnus en el interior de la pirámide de Photep. Los rayos de luz del sol del final de la tarde cortaban la penumbra, pero él sólo sentía que una oscuridad opresiva pesaba sobre él. No daba crédito; le era imposible creer lo que acababa de escuchar. Si algún otro que no fuera Magnus hubiera pronunciado estas palabras traidoras, lo habría matado.

Desde su posición sobre la espiral, podía ver a todos sus compañeros capitanes. El ceño de Phosis T'kar se había arrugado de furia y tenía los puños cerrados por la cólera. Junto a él, Phael Toron rechinaba los dientes, y los trozos de mosaico negro temblaban en sus lechos de cemento al manifestarse su ira a su alrededor.

Hathor Maat aparentaba un aire de calma, pero su angustia se veía claramente en la radiante luz del éter que latía detrás de sus facciones. Khalopis y Auramagma brillaban con la potencia de la conmoción y de las puntas de sus dedos saltaban chispas de fuego.

Uthizzar tenía un aspecto lamentable, con la cara cenicienta arrugada por el peso de una traición inimaginable y aún por llegar, puesto que sentía el dolor de la traición de su primarca como suyo propio.

Ahriman suponía que algo impensable estaba a punto de ocurrir. Tenía ese sentimiento desde hacía meses, sabiendo que Magnus estaba ocultando un secreto monstruoso a sus capitanes mientras trabajaba solo febrilmente en su biblioteca privada y en las criptas que se encontraban bajo Tizca. Amon y Ankhu Anen compartían con Ahriman el sentimiento de que algo

iba mal, pero ni siquiera la combinación de sus poderes pudo traspasar los velos del futuro para ver qué era lo que preocupaba a su primarca de aquella forma.

—Eso no puede ser —dijo Hathor Maat, articulando los sentimientos de sus hermanos con una comprensión perfecta—. Debéis de estar equivocado.

Ningún capitán de los Mil Hijos se habría atrevido ni en sueños a dirigir tales palabras a Magnus en circunstancias normales, pero se trataba de un asunto de tal trascendencia que también Ahriman había estado a punto de dejar salir de sus labios esas mismas palabras.

—No lo está —dijo Uthizzar, dejando rodar las lágrimas por su cara sin sentir vergüenza—. Ocurrirá.

—Pero Horus… —dijo Phosis T'kar—. Él no podría… No lo hará. ¿Cómo iba a hacerlo?

A Phosis T'kar le resultaba imposible pronunciar las palabras. Decirlas sería como darles solidez y hacerlas reales.

—¿Cómo podéis estar seguro? —le preguntó Khalopis.

—Lo vi bajo el anfiteatro de Nikaea —le respondió Magnus—. Vi la cara del monstruo, y aunque desearía que no fuera así, vi la verdad de sus palabras. Desde nuestro regreso de Nikaea he viajado por el Gran Océano y he seguido las sendas del futuro y del pasado. Miles de millones de hilos del destino desde hace mucho tiempo han tejido este filamento crucial del que pende el sino de la galaxia. O salvamos a Horus o nos veremos arrastrados a una guerra mucho más terrible de lo que ninguno de nosotros pudiera llegar a imaginar. He viajado a los distantes lugares del pasado, forzando los límites de mi poder para desvelar la verdad, y esto hace tiempo que se aproxima.

Magnus abrió su gran grimorio y pasó el dedo por las últimas páginas que había llenado con su escritura.

—«Una antigua profecía de los aegyptos habla sobre un tiempo en un futuro lejano, cuando todo es guerra, en el que el dios del cielo, Heru, se propone en un principio proteger a su gente del caos» —leyó—. Gran parte de esa profecía se ha perdido, pero Heru se vuelve en contra de otro dios

llamado Sutekh, un resplandeciente dios dorado, para ejercer su dominio sobre todos. A partir de entonces Heru fue conocido como Kemwer, que significa el Gran Negro en la antigua lengua.

—¿Qué tienen que ver las antiguas leyendas con Horus Lupercal? —preguntó Phosis T'kar.

—Heru es sólo uno de los nombres de un dios todavía más antiguo, cuyo nombre puede traducirse como Horus —le dijo Magnus—. Las pistas han estado ahí siempre, pero no hemos tenido la agudeza de verlas. Desafortunadamente se ha perdido mucho. Aunque ampliemos nuestros conocimientos, gran parte queda en el olvido.

—¿Dice algo más la profecía? —quiso saber Uthizzar.

Magnus asintió.

—Dice que ninguna de las partes saldrá victoriosa, pero dice que muchos de los dioses hermanos de Horus se pusieron de su lado en la lucha. Si Horus gana, se lo conocerá por el nombre de Heru-Ur, que significa «Horus el Grande». Si Sutekh perdiera, su tierra quedaría estéril y desolada hasta el fin de los tiempos.

»Los primeros relatos sobre el dios Horus dicen que durante una luna nueva quedó ciego y se le llamó Mekhenty-er-irty, que significa «el que no tiene ojos». Ésta fue una época muy peligrosa, porque hasta que la luna no volvió a levantarse, Horus fue alguien tremendamente peligroso, atacando a menudo a los que lo amaban después de confundirlos con odiados enemigos.

—¿Por qué iba Horus Lupercal a hacer algo así? —preguntó Amon—. ¿Qué razón podría haber?

—¿Un insulto a su orgullo? —sugirió Auramagma—. ¿Ambición? ¿Celos?

—No —replicó Ahriman, reconociendo las emociones que provocarían que Auramagma golpeara a un hermano—. Esas cosas llevan a los mortales a la guerra, pero no a los primarcas. Hay algo más en el fondo de este asunto.

—¿Qué entonces? —inquirió Hathor Maat—. ¿Qué locura podría hacer que Horus Lupercal se convirtiera en un traidor?

Ya estaba. Se había dicho en voz alta, y sólo ahora se atrevió Ahriman a mirar a Magnus. El primarca iba vestido como un sacerdote funerario y tenía los hombros caídos como los del hombre que está esperando el hacha del verdugo. Vestido con una simple túnica de color carmesí y con un sudario blanco a modo de capa, Magnus esperaba a que sus hijos resolvieran sus emociones hasta llegar a la racionalidad.

Ahriman habría preferido que Magnus no les hubiera hablado de su visión, porque había consuelo en la ignorancia. Por primera vez en su vida, Ahriman deseó poder dejar de saber algo.

Horus Lupercal iba a traicionarlos a todos.

El solo hecho de pensar en ello ya parecía una traición al honor y la nobleza del señor de la guerra.

—¿Y bien? —preguntó Hathor Maat—. ¿Qué podría ser?

—Algo echará raíces en su alma —dijo Ahriman, sintiendo cómo salían las palabras sin que las pensara conscientemente, como si supiera las respuestas pero no tuviera las palabras apropiadas para articularlas—. Algo primordial y, aun así, corrupto.

—¿Y eso qué quiere decir? —lo interrumpió Phosis T'kar—. ¿Crees que un simple depredador del vacío puede violar la carne de un primarca? ¡Es absurdo!

—Violar no, pero yo… no sé —respondió Ahriman mirando directamente a Magnus—. No lo sé, pero es verdad hasta cierto nivel. Tengo razón, ¿no?

—Sí, la tienes, hijo mío —admitió Magnus con tristeza—. Hay muchas cosas que todavía no comprendo de lo que está ocurriéndole a mi hermano, pero el tiempo para detenerlo se está agotando. Los Lobos Lunares pronto estarán haciendo la guerra en una luna de Davin, y los hados están conspirando para derribar a Horus con una espantosa arma con conciencia propia. En su estado debilitado y ciego, los enemigos de la vida harán su movimiento para tender una trampa a su corazón de guerrero. Sin nuestra intervención, se saldrán con la suya y harán pedazos la galaxia.

—Tenemos que advertir al Emperador. ¡Él tiene que saberlo! —exclamó Hathor Maat.

—¿Y qué quieres que le diga? —rugió Magnus—. ¿Que su mejor hijo, el más brillante, lo va a traicionar? Sin pruebas, jamás lo creería. ¡Mandaría a sus perros de la guerra para meternos en cintura por emplear precisamente los mismos medios que nos han permitido conocer esa traición! No, sólo nos queda una opción. Debemos ser nosotros quienes salvemos a Horus, y sólo si fallamos se lo comunicaremos al Emperador.

—¿Qué podemos hacer para detener esto? —quiso saber Uthizzar—. Ordenad y os obedeceremos.

—Los trabajos en los que os he tenido investigando desde Nikaea contienen la clave para la salvación de Horus Lupercal —dijo Magnus—. Con vuestra ayuda, me proyectaré a través de la disformidad y protegeré a mi hermano de sus enemigos.

—Señor —protestó Amon—. Esa evocación requerirá de un poder de una magnitud inimaginable. Ni siquiera estoy seguro de que algo así se pueda hacer. Nada de lo que hemos descubierto es concluyente en cuanto a la efectividad de un ritual así.

—Debe hacerse, Amon. Empieza a reunir a los sirvientes —le ordenó Magnus—. Une su poder al mío y ellos alimentarán mi ascenso.

—Muchos no sobrevivirán a este ritual —dijo Ahriman, horrorizado ante la despreocupada indiferencia que Magnus sentía hacia sus vidas—. Quemar tantos sirvientes supondrá un gran coste para nosotros.

—¿Y no será mucho mayor el coste si no hacemos nada, Ahzek? —preguntó Magnus—. Ya he tomado mi decisión. Reúne al aquelarre en la Cueva Reflectante dentro de tres días.

La cuenta llegó sin que la pidieran y Lemuel firmó el recibo. El vino le había proporcionado una agradable sensación y vio que Kallista y Camille también estaban relajadas. La comida había sido exquisita y la atención muy servicial. Una vez más, Voisanne’s había estado a la altura de su reputación y habían pasado la tarde en una reunión maravillosamente cordial.

—Gracias, Lemuel —le dijo Kallista—. Has sido muy amable.

—De nada. Dos damas tan encantadoras no deberían pagar la cuenta jamás.

—A mí me parece bien —dijo Camille asintiendo con la cabeza. Deslizaron las sillas hacia atrás y se quedaron de pie mientras los empleados retiraban sus vasos y platos.

—Bueno, ¿y ahora adónde vas? —le preguntó Camille.

—Creo que voy a dar un paseo por el mercado antes de volver a mi alojamiento —respondió Lemuel—. Tengo que leer algunos pasajes del *Fama Fraternitatis* de Rosenkreutz antes de mis clases con Ahriman de mañana, y después de dos botellas de vino, igual tendré que leerlos varias veces hasta quedarme con ellos.

—¿De qué tipo de libro se trata? —quiso saber Kallista.

—Es sobre un monje que habló acerca de unos seres sobrenaturales que se mueven entre nosotros sin que lo sepamos, y que llevan haciéndolo desde los primeros días de la civilización, curando a los enfermos y estudiando las leyes de la naturaleza para la mejora de la humanidad.

—Una historia fascinante —dijo Camille recogiendo sus cosas.

—La verdad es que lo es —asintió Lemuel, animándose a hablar sobre el tema—. Apela a lo mejor de la naturaleza humana. Después de todo, ¿qué podría ser más noble que la idea de ayudar a otros hombres sin pensar en recompensas ni en beneficios materiales? ¿No estás de acuerdo, Kallista? ¿Kallista?

Kallista Eris estaba de pie junto a la mesa, agarrando con los dedos el respaldo de su silla y con los nudillos blancos por la tensión. Se le habían subido los colores y los tendones del cuello se le marcaban a través de la piel. Tenía los ojos en blanco y de la comisura de los labios le corría un hilillo de saliva ensangrentada.

—No —murmuró.

—¡Oh, Trono, Kalli! —chilló Camille alargando los brazos hacia ella —. ¡Lemuel, cógela!

Lemuel reaccionó con demasiada lentitud para coger a Kallista cuando las piernas le fallaron. Soltó un aullido de agonía y giró sobre sí misma cayendo sobre la mesa y haciendo saltar por los aires las botellas y los

vasos vacíos. La mesa se volcó y ella cayó sobre los desechos dando manotazos como si estuviera poseída. El frasco de cristal del aceite se rompió en pedazos junto con los vasos, y el olor penetrante de las bayas y del melón llenó el aire.

Camille estaba a su lado al instante.

—¡Lemuel! ¡Coge el sakau que está en su bolso! —le gritó.

Lemuel se hincó de rodillas, con todo rastro de embriaguez eliminado de su cuerpo tras semejante bombeo de adrenalina. El bolso de Kallista estaba debajo de la mesa caída y tuvo que abrirse paso hasta él, volcando después el contenido sobre los adoquines del suelo.

Un cuaderno, lápices, un grabador de voz portátil y una serie de artículos que un caballero no debería mirar.

—¡Date prisa!

—¿Dónde está? —gritó él a su vez—. ¡No lo veo!

—Es un frasco de cristal verde. Turbio, como la leche estropeada.

—¡No está aquí!

—Tiene que estar. Mira otra vez.

Se había reunido un grupo de curiosos que, afortunadamente, mantuvieron las distancias. Kallista daba alaridos, y su voz transmitía tal agonía que parecía impensable que una garganta humana pudiera producirlo. Entre el contenido de su bolso y los cristales rotos, Lemuel vio el frasco que Camille le había descrito y se lanzó a por él. Gateó hasta Camille, que estaba intentando desesperadamente sujetar a Kallista. La guapa rememoradora era más fuerte de lo que parecía, e incluso con la ayuda de un hombre vestido con la túnica de ribetes rojos propia de los médicos, pudo quitárselos de encima.

—¡Aquí, lo tengo! —gritó con el frasco en alto.

Kallista se incorporó de golpe y miró fijamente a Lemuel. Una hemorragia petequial le inundaba los ojos de sangre y también le salían gruesos chorros de la nariz y de la boca. No era Kallista la que lo miraba; era un monstruo que enseñaba los colmillos y que tenía ojos de depredador. Era más viejo que el tiempo, acechando los ángulos entre los mundos con una paciencia y una astucia infinitas.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo, y le dio un golpe en la mano a Lemuel para que soltara el frasco, que se rompió contra los adoquines. El líquido viscoso se mezcló con los restos del vino—. ¡Los lobos te traicionarán y sus perros de la guerra te arrancarán la carne de los huesos! —chilló Kallista, y Lemuel dio un tumbo hacia atrás cuando se lanzó hacia él con las manos engarfiadas buscando sus ojos. Cayó sobre él, le aprisionó la cintura con las piernas y cerró las manos alrededor de su cuello.

Lemuel no podía respirar, pero antes de que ella pudiera romperle la tráquea, chilló y se le arqueó la espalda con un chasquido terrible. El brillo asesino se apagó de los ojos de Kallista, que se dejó caer hacia atrás, buscando el cuaderno con las manos.

Lemuel vio el terrible ruego de su mirada.

—¡Dale papel! —gritó Camille.



VEINTIDÓS
LOS MIL HIJOS
HACIA LA DESOLACIÓN

Tres días después del ataque de Kallista, Ahriman habló por fin del origen de los Mil Hijos. Lemuel no estaba de humor para rememoraciones después de haber pasado dos noches sin dormir con Camille junto a la cama de Kallista. Estaba en una unidad médica en la pirámide de los Apotecarios enganchada a una plétora de máquinas que Lemuel no sabía para qué servían. Algunas parecían ser aparatos especializados de los corvidae, pero Ankhu Anen se negaba a decir qué era lo que hacían por ella.

El ataque le había absorbido la fuerza y la vitalidad, como si se hubiera encogido ante sus ojos. Cada vez que Lemuel intentaba descansar, veía los ojos ensangrentados y el sueño lo eludía. Ver a Kallista así lo había aterrorizado más de lo que era capaz de admitir.

Malika había sufrido ataques como el de Kallista en los meses anteriores a que ella….

«No, no pienses eso».

Lemuel no había hecho más que empujar el cuaderno y la pluma hacia las manos de Kallista, cuando ella ya había llenado página tras página de versos absurdos.

Ankhu Anen lo estaba examinando ahora, esperando adivinar alguna verdad, y Lemuel esperaba que encontrara algo. Por lo menos, eso daría sentido al sufrimiento de Kallista.

—¿Deseas oír esto? —le preguntó Ahriman, y Lemuel se centró en sus palabras.

Estaban sentados en uno de los altos balcones del templo Corvidae, un jardín botánico arbóreo con un tejado de cristal en ángulo desde el que se veía la ciudad en la distancia, aunque la temperatura estaba regulada con absoluta precisión para imitar la sensación de estar al aire libre. La terraza estaba colocada en la esquina más meridional, lo que permitía a Lemuel ver la pirámide del culto Pyrae y la tiránica máquina de combate que guardaba la entrada. Había oído que se trataba de un trofeo de batalla, conseguido por Khalophis en el campo de Coriovallum y que había pertenecido a la Legio Astorum. Le parecía de mal gusto haber tomado una máquina de guerra imperial como trofeo, pero por lo que sabía de Khalophis, eso era más o menos lo que había ocurrido.

—Lo siento, estaba pensando en Kallista —se disculpó Lemuel.

—Lo sé, pero está en buenas manos —le aseguró Ahriman—. Si hay alguien que pueda descifrar los escritos de la señora Eris, ése es Ankhu Anen. Y nuestras instalaciones médicas no tienen parangón, porque practicamos tanto las ramas antiguas de la medicina como las modernas.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar preocuparme. ¿Comprendéis?

—Sí —le aseguró Ahriman—. Más de lo que tú piensas.

—Por supuesto —asintió Lemuel—. Debe de ser duro perder camaradas en la batalla.

—Lo es, pero no es a eso a lo que me refería. Me refería a los que mueren pero no en batalla.

—¿Cómo? Tenía entendido que los astartes eran más o menos inmortales.

—Exceptuando las heridas de batalla, puede que lo seamos, sí. Es demasiado pronto aún para saberlo.

—Entonces, ¿cómo podéis saber cómo me siento?

—Porque yo también perdí a alguien a quien amaba —le contestó Ahriman.

La sorpresa de semejantes palabras en boca de un astartes, sacó a Lemuel de su amarga ensoñación y le hizo entrecerrar los ojos. Ahriman estaba tocando de nuevo inconscientemente el racimo de hojas de roble de plata que tenía en la hombrera.

—¿Qué es eso? —inquirió Lemuel.

—Era un talismán —le respondió Ahriman con una sonrisa triste—. Un amuleto, si lo prefieres. Mi madre nos dio uno a mí y otro a mi hermano gemelo cuando nos seleccionaron como estudiantes aspirantes a los Mil Hijos.

—¿Tenéis un gemelo?

—Tenía un hermano gemelo —lo corrigió Ahriman.

—¿Qué le pasó?

—Murió, hace mucho tiempo.

—Lo siento —dijo Lemuel, dándose cuenta de que la noción de que los guerreros astartes tuvieran vidas antes de su transformación en seres humanos superiores tras la ingeniería genética era algo que nunca se había planteado. Las diferencias con los humanos normales eran tan enormes que resultaba más fácil asumir que los astartes nacían ya adultos en algún laboratorio secreto. Le ponía rostro humano a una creación inhumana saber que Ahriman había tenido un hermano, una relación que la mayoría de los mortales daban por sentado.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Ohrmuzd, que significa «sacrificio» en la antigua lengua de los avesta.

—¿Por qué me estáis contando esto?

—Porque será útil. Para los dos, creo. El sino de Ohrmuzd también es la historia de cómo se crearon los Mil Hijos. ¿Quieres oír hablar de ello?

—Sí —se apresuró a asentir Lemuel.

—Desde el principio, fuimos una legión con problemas —le explicó Ahriman—. El primarca me contó que nuestra reserva genética fue recogida en un momento poco propicio, un momento de gran agitación cósmica. Las tormentas de la disformidad que habían aislado Terra en la oscura época de los conflictos estaban renaciendo de nuevo y los efectos se sentían en todo el mundo: locura, suicidio y violencia sin sentido. Los últimos déspotas pancontinentales habían sido derrocados y el mundo estaba empezando a levantar la cabeza de las cenizas del conflicto global. Parecía que éstos eran los últimos agonizantes paroxismos de las guerras, lo que, hasta cierto punto, era cierto. Pero había más.

—¿Estuvisteis allí? —le preguntó Lemuel—. ¿Y visteis todo eso?

—No, pero aprendía rápido. Fui uno de los afortunados, concebido y nacido entre las ricas tribus del Imperio Achaemenida. Nuestros reyes se habían aliado con el nuevo señor de la Tierra más de un siglo antes, y eso nos evitó los horrores de la guerra atómica y de la invasión de los guerreros con armaduras del trueno.

—Los protoastartes.

Ahriman asintió.

—Eran unas creaciones brutales y feroces, aunque eficientes para el trabajo de conquista. Eran hombres normales, los guerreros más fieros del Emperador, en cuyos cuerpos habían insertado implantes biológicos maduros y mejoras biónicas mecánicas para incrementar su fuerza, su resistencia y su velocidad. Eran cosas monstruosas, y la mayoría terminaron por volverse locos a causa de las exigencias que sus físicos mejorados les imponían.

Lemuel captó el énfasis que Ahriman había puesto en la palabra mejorados, viendo ahí una crítica levemente encubierta a las primeras creaciones del Emperador.

—Con el final de las guerras, el Emperador aumentó su control sobre Terra y miró al cielo, sabiendo que sólo había conseguido dar el primer paso hacia la unidad. Sabía que los Guerreros del Trueno nunca podrían

sumarse a él en su búsqueda de los hilos dispares de la humanidad para unirlos de nuevo. Necesitaría otro ejército, un ejército tan superior a los Guerreros del Trueno como ellos eran superiores a los hombres mortales. Pero primero necesitaría generales, poderosos soldados que los pudieran dirigir en la batalla.

—¿Estáis hablando de los primarcas, verdad?

—Sí, así es. El Emperador creó a los primarcas utilizando ciencias y tecnologías perdidas que él había descubierto en sus largas guerras. Con la ayuda de genetistas de la Hegemonía Marciana diseñó seres de tal luminosidad que nunca podría haber otros iguales. Eran la cumbre de la evolución genética, pero el Emperador los perdió antes de que pudieran alcanzar la madurez. Seguro que has oído las leyendas, ¿verdad?

—Sí, pero creía que no eran más que eso, leyendas.

—No —lo contradijo Ahriman, moviendo la cabeza con un gesto negativo—. Son verdades resaltadas por mitos que permiten a los hombres inmortalizar mejor sus hechos. Es mucho más fácil marchar hacia los fuegos de la guerra siguiendo a un guerrero cuyos orígenes son legendarios que a uno que no tiene un pedigrí tan glorioso.

—Supongo que sí —admitió Lemuel—. No lo había pensado de esa forma.

—Pocos lo hacen —dijo Ahriman con una sonrisa—. Pero yo estaba hablando de mí.

—Lo siento. Continuad.

—La herencia biológica de mi pueblo no estaba contaminada por ninguno de los muchos defectos heredados y víricos que eran tan comunes entre otras tribus de Terra, así que el Emperador caminó entre nosotros con su ejército de científicos, haciendo pruebas a todas y cada una de las agrupaciones familiares en busca de los marcadores genéticos adecuados. En mi hermano y en mí encontró lo que estaba buscando y, con la bendición de mis padres, nos llevó a un lugar secreto escondido en las altas montañas que coronan el mundo. Antes de que nos marcháramos, nuestra madre nos dio uno de estos talismanes a cada uno, diciendo que representan la fuerza de Dhul-Qarnayn, el mayor soberano de los

achaemenidas. Nos pidió que los mantuviéramos cerca, diciéndonos que el poder del antiguo rey nos mantendría a salvo.

Ahriman tiró de un cordón de cuero que llevaba alrededor del cuello y le mostró un colgante de plata del tamaño de una moneda sobre el que aparecía la imagen de una hoja de roble en relieve, gemela a la que aparecía en su hombrera.

—Una estúpida superstición, por supuesto. ¿Cómo iba a proteger a los vivos un rey que hace decenas de miles de años que se convirtió en polvo? Aunque iba contra el nuevo credo de la razón, guardamos nuestros talismanes cerca durante todo el período de entrenamiento.

—¿Qué clase de entrenamiento?

—Pruebas de fuerza, velocidad y agilidad mental. Desde una edad muy temprana, a la gente de mi cultura se le enseñaba a valorar la verdad sobre todas las cosas, y Ohrmuzd y yo éramos hijos de la realeza, así que hacía mucho que habíamos aprendido a cazar, a matar y a debatir. Sobresalíamos en todos los aspectos de nuestro entrenamiento, y nuestro avance biológico fue una fuente de enorme placer para los científicos que nos atendían y que registraban nuestro progreso. Éramos muchos entrenándonos bajo las montañas, pero gradualmente nos fueron canalizando hacia grupos diferentes, y Ohrmuzd y yo estábamos contentísimos de haber podido seguir juntos cuando muchos otros hermanos fueron separados.

»Crecimos rápidamente, y nos entrenábamos con más esfuerzo que nadie antes ni después de nuestra llegada. Nuestra valentía no tenía igual, y marchamos a la batalla para sofocar los últimos núcleos de resistencia y rebelión de Terra para poner a prueba nuestras habilidades guerreras. Equipados con las más modernas armaduras y con las armas más destructivas, nadie podía igualarnos, y nos bautizaron con el nombre de los Mil Hijos.

»Cuando llegó la hora de abandonar Terra, fue un gran momento. Ni siquiera el triunfo conseguido en Ullanor se puede comparar con el momento de dolor de un mundo entero llorando al ver marchar al arquitecto de la Unificación. La alianza de Terra y Marte se había completado, y el Mechanicum se había superado a sí mismo al construir

las flotas de naves que permitieron al Emperador llegar a las estrellas y completar su gran cruzada de unidad. Los cielos que cubrían Terra estaban llenos de naves espaciales, cientos de miles de ellas organizadas en más de siete mil flotas, grupos de reserva y fuerzas secundarias de apoyo. Era una armada diseñada para conquistar la galaxia, y eso era exactamente lo que nos disponíamos a hacer.

Ahriman hizo una pausa en su relato para mirar a Tizca allá abajo, a lo lejos, y levantar los ojos después hacia el espejo negro del océano. Lemuel vio una mirada lejana en sus ojos, y tuvo la poderosa sensación de que Ahriman estaba contando este relato tanto por sí mismo como por Lemuel.

—Los primeros años de la Gran Cruzada fueron de alegría para nosotros, una época de guerra y conquista durante la que barrimos el sistema solar y lo reclamamos una vez más. Más allá de las fronteras de Terra habían arraigado especies hostiles de alienígenas, y nosotros los matamos de forma selectiva, sin misericordia, ennegreciendo sus mundos y sin dejar más que cenizas a nuestro paso.

—Eso no parece una Gran Cruzada —apuntó Lemuel—. Creía que se trataba de ilustrar y del avance de la razón. Eso suena a conquistar por conquistar.

—Tienes que entender que luchábamos por la supervivencia de nuestra especie. Terra estaba rodeada de razas depredadoras por todas partes, y para sobrevivir combatimos con las mismas armas. Fue un tiempo glorioso en el que los astartes conocimos la furia absoluta e imparable de la que éramos capaces. La guerra forja el carácter de un hombre, y eso no es menos cierto cuando se refiere a una legión. No sé si tenía algo que ver con los ecos de los genes reproductores que llevábamos en la sangre, pero lo que sí es cierto es que cada una de las legiones empezó a tomar forma más allá de un simple nombre. Los Ultramarines se ganaron la reputación del orden y la disciplina, de los soldados que aprendían de cada batalla y aplicaban ese conocimiento en la siguiente. Los Devoradores de Mundos, ya te imaginarás cómo aprendieron a luchar.

—¿Y los Mil Hijos?

—Bueno, aquí llegamos a las primeras grietas de nuestra gran aventura —dijo Ahriman.

—¿Grietas?

—Nuestro carácter se manifestó a los cinco años de empezar la cruzada. Nuestros guerreros empezaron a mostrar unas capacidades que iban más allá de lo que habíamos esperado. Yo veía las cosas antes de que ocurrieran y Ohrmuzd podía crear rayos a partir del aire. Otros de nuestra legión podían realizar hazañas parecidas. Al principio estábamos exultantes, creyendo que se trataba de un poder latente codificado en nuestros genes por el Emperador, pero pronto nuestra alegría se convirtió en horror cuando primero uno, y después más guerreros, empezaron a cambiar.

—Como Hastar en Alcaudón —apuntó Lemuel.

—El cambio de la carne, sí —asintió Ahriman, levantándose y desplazándose hasta el extremo del jardín botánico arbóreo. Ahriman se agarró a la barandilla, mirando a la distancia. Lemuel se acercó a él, y tuvo que luchar contra un leve vértigo cuando miró hacia abajo.

—El primer guerrero murió en Bezant, con la carne vuelta del revés y con los poderes fuera de su control. Algo se apoderó de su carne, lo desgarró por entero y lo convirtió en un recipiente para una bestia alienígena del Gran Océano. Pensamos que esto había sido un incidente casual, pero no era así: se trataba de una epidemia.

—¿Tan malo fue?

—Fue peor de lo que puedas imaginar —le respondió Ahriman, y Lemuel lo creyó—. No pasó mucho tiempo antes de que otros también se dieran cuenta. Muchas de las legiones se habían reunido con sus progenitores y algunos de ellos encontraban la idea de nuestros poderes odiosa. Mortarion era el peor, pero Corax y Dorn no eran mucho mejores. Tenían miedo de lo que podíamos hacer y se encargaron de propagar sus mentiras a todos los que quisieran escucharlos, diciéndoles que éramos brujos y que practicábamos sortilegios impuros. No se daban cuenta de que estaban condenando los mismos poderes que les permitían viajar entre las estrellas e incluso propagar sus malintencionados rumores.

Lemuel vio la ira asomar al rostro de Ahriman y cómo la amargura de sus recuerdos estaba provocando que las plantas más cercanas a él se marchitaran y ennegrecieran. Sintió un amago de náuseas en las tripas y contuvo una arcada de bilis mientras Ahriman continuaba.

—Cada año que pasaba, más y más guerreros nuestros sucumbían al cambio de la carne, a pesar de que nos fuimos haciendo cada vez más capaces de reconocer los signos y de tomar medidas para contenerlos. De una forma perversa, mientras más guerreros sufrían el cambio, más fuertes se iban haciendo nuestros poderes. Aprendimos cómo mantener a raya lo peor del cambio de la carne, pero cada vez eran más los que caían presa de él, y las voces de nuestros perseguidores se iban haciendo más y más estridentes. Se llegó a hablar incluso de licenciamos y hacernos desaparecer de la historia imperial.

Lemuel negó con la cabeza.

—Eso es lo que pasa con la historia —dijo el rememorador—. Que tiene la costumbre de recordar las cosas que a ti te gustaría olvidar. Nadie puede llegar a borrarlo todo; siempre queda algún rastro.

—No estés tan seguro, Lemuel —le replicó Ahriman—. La ira del Emperador es algo terrible.

Lemuel percibió la pena en la voz de Ahriman y quiso preguntar más, pero el relato aún no había concluido.

—Ohrmuzd y yo estábamos a la vanguardia de los Mil Hijos, éramos los mejores guerreros y los más poderosos practicantes de las artes. Nos creíamos inmunes al cambio de la carne, pensábamos que nuestro poder era demasiado fuerte para que nos tocara. ¡Qué arrogantes fuimos! Ohrmuzd fue el primero en caer presa de sus efectos, y yo me vi obligado a inmovilizarlo mientras él luchaba contra su carne sublevada.

Ahriman se volvió hacia Lemuel, y éste tembló ante la intensidad de su mirada.

—Imagínate a tu cuerpo rebelándose contra ti, con cada molécula negándose a seguir con su finalidad genéticamente codificada, y tú contando sólo con la fuerza de tu voluntad para evitar que tu carne mute de

manera incontrolable, sabiendo todo el tiempo que al final te debilitarás y se apoderará de ti.

»Hice lo que pude por Ohrmuzd, pero poco después de que sucumbiera yo estaba muy afligido. No entré en estasis con el resto de los hermanos caídos, condenados a esperar al final de la Gran Cruzada hasta que se pudiera encontrar una cura, porque yo podía evitar el cambio, aunque sabía que era una batalla que estaba destinado a perder.

Ahriman sonrió, y el dolor de los retortijones de las tripas de Lemuel se calmó.

—Después, ocurrió un milagro. Llegamos a Prospero y el Emperador encontró a Magnus.

—¿Cómo fue lo de reuniros con vuestro padre perdido? —quiso saber Lemuel.

—Magnus fue nuestra salvación —dijo Ahriman con orgullo—. Descendimos a la superficie del planeta al lado del Emperador, aunque recuerdo poco de la primera reunión entre padre e hijo porque sufría dolores atroces al intentar mantenerme inmutable. Fue una época oscura para nuestra legión, y al mismo tiempo, una época de gozo. Teníamos claro que no podíamos continuar de aquella manera, ya que el cambio de la carne se estaba llevando a demasiados de nosotros y no había nada que pudiéramos hacer por detenerlo. Aun cuando estábamos desesperados, también nos alegramos, ya que por fin nos habíamos reunido con el padre genético de nuestra legión.

Lemuel sonrió al sentir el cariño del recuerdo en la voz de Ahriman. El capitán de la Primera Hermandad miró hacia la pirámide de Photep, y una expresión indescriptible cruzó su cara, como la de un hombre que teme enfrentarse a un recuerdo de culpabilidad que ha enterrado muy hondo.

—Al día siguiente de que el Emperador se hubiera marchado de Próspero, más y más integrantes de la legión cayeron presa del cambio. Aunque yo lo había resistido durante más tiempo que ningún otro, también sucumbí y mi cuerpo empezó a rebelarse. Mis poderes rugían descontrolados, pero lo único que recuerdo de ese día es el horror de saber que pronto sería poco más que algunas de las cosas monstruosas que

habíamos matado en nuestra expansión desde Terra. Pronto sería necesario que me sacrificaran como a una bestia.

»Después recuerdo una voz tranquilizadora en mi cabeza, suave y sedosa, como yo imaginaba que sería la voz de un padre que consuela a su hijo enfermo. La oscuridad me invadió, y cuando me desperté, mi cuerpo estaba perfectamente y sin una sola marca. El cambio de carne casi nos había destruido, y aun así estábamos enteros y con el control de nuestros cuerpos una vez más. La legión se había salvado, pero yo no sentí gozo aquel día, porque una parte de mí había muerto.

—Vuestro hermano gemelo —apuntó Lemuel.

—Sí. Yo estaba entero, pero Ohrmuzd había muerto. Su cuerpo había sufrido demasiados estragos durante el cambio de carne y no se podía hacer nada para salvarlo —dijo Ahriman—. Cogí su hoja de roble de plata y la incorporé a mi armadura. Su recuerdo no merecía menos.

—Quiero presentaros mis condolencias de nuevo —dijo Lemuel.

—Ninguno de nosotros podía recordar nada de cómo ocurrió ese milagro, pero estábamos vivos, aunque quedábamos escasamente unos mil.

—El nombre de la legión —apuntó de nuevo Lemuel.

—Literalmente —admitió Ahriman—. Ahora sí que éramos verdaderamente los Mil Hijos.

Lemuel frunció el ceño.

—Esperad, eso no tiene sentido. Ya se os conocía como los Mil Hijos antes de que alcanzarais Prospero, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ese nombre en especial? El nombre de la legión sólo tiene sentido después de que Magnus os salvara en Prospero —explicó Lemuel—. Y sin embargo, se os conocía como los Mil Hijos antes de eso. Así que, ¿se trata sólo de una coincidencia formidable que por casualidad sólo quedarais mil supervivientes?

—Ahora estás pensando como un practicus —dijo Ahriman con una sonrisa—. No dejo de decirte que la coincidencia no existe.

—Entonces, ¿qué me estáis diciendo? ¿Que el Emperador vio lo que os estaba ocurriendo y supo que Magnus salvaría a mil de vosotros?

—Quizá. El Emperador ha visto muchísimas cosas —respondió Ahriman, aunque Lemuel sintió en sus palabras que estaba evadiendo la cuestión—. Sí, Magnus nos salvó, pero nunca dijo cómo lo había hecho.

—¿Eso importa? —le preguntó Lemuel—. Os salvó. ¿No es suficiente con eso?

Ahriman levantó la vista al cielo.

—Eso aún está por ver, pero creo que sí importará. Creo que importará, y mucho.

Aunque estaba muy preocupada por Kallista, Camille estaba disfrutando demasiado de su día de exploración como para preocuparse de su amiga enferma. Se había tirado de la cama, le había dado un beso de despedida a Chaiya y se había encaminado a su lugar de encuentro con Khalophis sin que Kallista Eris le viniera siquiera a la cabeza. Se sentía culpable por eso, pero no lo suficiente como para dejar pasar la oportunidad de explorar la Desolación de Prospero.

El disco volador de Khalopis los llevó a la ciudad en ruinas en menos de una hora, lo que desilusionó a Camille hasta que él le dijo la distancia que habían recorrido y la velocidad a la que habían viajado. Tizca estaba muy lejos a su espalda, y ella se preguntó por qué todo el mundo seguía llamando «la Desolación» a las tierras que estaban más allá de Tizca, ya que nada podía alejarse más de la realidad. El paisaje era más exuberante que nada que ella hubiera podido imaginar. Unos bosques inmensos y unas llanuras abiertas se extendían hasta perderse en el horizonte, y unos ríos cristalinos se derramaban en espumosas cataratas que caían de las montañas.

Khalophis había pilotado el disco con tanta habilidad que a ella le pareció sorprendente. Esperaba que lo hiciera con brusquedad y sin

ninguna clase de sutileza. La sensación de velocidad al atravesar volando esta tierra había sido electrizante, y que se le permitiera explorar las ciudades lejanas de Prospero era algo tan cercano a la perfección como ella hubiera podido imaginar.

Camille levantó la mirada hacia las altas pilas de piedra y hierro ennegrecidos que se alzaban por encima de ella. Las estructuras estaban envueltas por el follaje y se mecían suavemente con los vientos fríos que bajaban desde el otro extremo del valle. Cientos de esqueletos de estructuras dispuestos en lo que parecían diseños en cuadrícula salpicaban la boca del valle, y el suelo a sus pies parecía rococemento descolorido, agrietado y levantado por la paciente maleza.

Las pilas de cascotes se amontonaban al pie de las estructuras, como si los revestimientos de suelos y paredes se hubieran caído, empujados por las incansables fuerzas de la naturaleza.

Durante el curso de la mañana y de las primeras horas de la tarde habían descubierto algunas que todavía conservaban intactos elementos de su estructura interna, pero eran pocas y estaban muy alejadas entre sí.

Khalophis la seguía con el bólter apoyado sobre el hombro de forma despreocupada mientras la observaba capturar con el pictógrafo imágenes de las estructuras. Ya tenía imágenes como para montar una biblioteca, pero las cosas que había tocado hasta ese momento eran de escaso interés.

—¿Has encontrado algo ya? —le preguntó Khalophis—. Estas ruinas me aburren.

—Nada todavía —respondió Camille.

—Deberíamos irnos. En este valle ha habido cierta actividad de psiconeueins últimamente.

Lemuel había mencionado a los psíquicos una vez. Parecían ser algo horrible, pero con un guerrero como Khalophis para protegerla no estaba excesivamente preocupada.

—No podemos irnos todavía —dijo ella, hundiéndose en las sombras de una estructura intacta en su mayor parte que hacía eco de sombras y de corrupción—. Hasta ahora, todo lo que he tocado ha sido construido por

máquinas y sin memoria. No me sirven para nada. Éste está en unas condiciones bastante buenas, así que podría contener algo de valor.

El interior del edificio apestaba a abandono y a humedad, y sus sombras eran refugio de animales salvajes que tenían su hogar en la Desolación de Prospero. La luz entraba por los agujeros de las paredes y caía en lanzas desde arriba. Había polvo suspendido en el aire y las motas se movían bajo la luz empujadas por la brisa.

Camille respiró profundamente, saboreando la edad de la estructura en las rancias fragancias. Allí había historia, historias que ella podría destapar si consiguiera encontrar sólo una cosa que hubiera pertenecido alguna vez a una persona viva, a una persona que respirara.

—Por aquí —le dijo, encaminándose hacia unas escaleras combadas de acero que conducían al siguiente nivel.

—Eso no parece muy seguro —le advirtió Khalophis al ver las barandillas oxidadas.

—Me conmueve su preocupación —le respondió Camille—, pero ha resistido mil años así. Supongo que durará una tarde más, ¿no le parece?

—No lo sé. No soy ingeniero.

Ella intentó averiguar si estaba de broma, pero desistió cuando su expresión no se alteró.

—De acuerdo entonces —dijo ella dándose la vuelta—. Ya he subido por un montón de escaleras desvencijadas y ésta está bien.

Se volvió y empezó a subir, esperando que las fuerzas imprevisibles de la comedia no estuvieran a punto de depositarla sobre un montón de escaleras rotas cubierta de vergüenza. Afortunadamente aguantaron, aunque gimieron y chirriaron de forma alarmante cuando Khalophis cargó su peso sobre ellas.

El piso superior estaba igual de desolado que el inferior, con el suelo gris cubierto de polvo, suciedad y escombros de los niveles superiores. La mayoría de los pisos más altos se había derrumbado, dejando al edificio poco más que como una chimenea, con algún trozo ocasional de suelo y con algunos pilares de la estructura elevándose en el aire. Se oía el

revolotear de los pájaros, y percibió un débil susurro de alas en unos nidos que estaban muy arriba.

—¿Qué esperas encontrar aquí? —quiso saber Khalophis—. Todo está destrozado. Si hubiese algo de lo que aprender aquí, ¿no crees que ya lo habríamos encontrado a estas alturas?

Camille le dirigió una sonrisa de seguridad en sí misma.

—Un astartes no puede mirar como yo miro.

Khalophis gruñó.

—Ninguno de vosotros los rememoradores habéis hecho nada que valga realmente la pena desde que os unisteis a nosotros. Ha sido una pérdida de tiempo traerte aquí. Todavía no he visto nada especial.

Ella no le hizo caso y se movió a través de los restos del edificio, parándose de vez en cuando a examinar los escombros por si hallaba algo que pudiera resultar útil. Había distintos restos de lo que podrían haber sido efectos personales en algunas de las pilas, pero estaban tan carentes de vida como las propias ruinas.

Algo se movió por encima de ella, un crujido de piedra y un suave gruñido animal. Camille levantó la vista y vio una sombra que revoloteaba; un pájaro sorprendido a cuyo nido ella se había aproximado demasiado sin darse cuenta. Miró detenidamente hacia un rincón del edificio, donde vio una colección de palos de madera y de lo que parecían hojas de metal colocados de una manera demasiado intencionada como para que fuese algo casual.

—¿Tiene alguna luz en esa armadura suya? —preguntó Camille—. ¿O una linterna?

—Puedo hacer algo mejor que eso —le respondió Khalophis con satisfacción.

Extendió la mano y una bola de luz apareció en el aire delante de él. Era más brillante que el soplete de un soldador e iluminó toda la estructura en ruinas.

—Impresionante —dijo Camille, entrecerrando los ojos ante tal brillo.

—Esto no es nada. Es casi insultante utilizar mis poderes para algo tan insignificante.

—Sí, vale, pero es demasiado brillante. ¿Puede atenuarla un poco?

Khalophis asintió y la intensidad de la luz se atenuó hasta un nivel que le permitía ver. Aquella luz proyectaba profundas sombras negras y revelaba el estado de deterioro de la estructura en toda su dimensión. A pesar de que el edificio en ruinas tenía poca memoria recuperable, Camille sintió una momentánea punzada de tristeza por la civilización que había desaparecido miles de años antes de que ella naciera.

La gente había vivido y muerto aquí, donde habían pasado sus vidas soñando con épocas mejores y trabajando para proveer para sí mismos y para sus familias. Ahora eran polvo, y que estuvieran tan olvidados hizo que a Camille se le encendiera una lucecita. Se movió alrededor de las barricadas, puesto que una serie de artículos dispuestos así no podían tener otra finalidad, y vio un montón de esqueletos cubiertos de telarañas cuyos huesos se mantenían unidos por lo que parecía algún tipo de resina endurecida.

—No se dieron cuenta de la facilidad con la que se lo podrían quitar todo —dijo ella.

—¿Quiénes?

—La gente que vivía aquí —le explicó Camille, arrodillándose junto al cuerpo más próximo. Aunque no era ninguna experta en el estudio de los huesos, su tamaño sugería que pertenecía a un hombre—. Seguro que alguno de ellos se despertó y pensó: «Éste es el día en el que termina nuestro mundo, así que será mejor que haga que sirva para algo».

Levantó la vista hacia Khalophis.

—Nada es permanente y no importa cuánto podamos llegar a pensar que sí lo es. Supongo que eso es lo que estoy aprendiendo aquí.

—Algunas cosas permanecerán —le replicó Khalophis con la certeza de un fanático—. El Imperio.

—Espero que tengáis razón —dijo Camille sin deseos de enzarzarse con él en una discusión sobre el futuro del Imperio.

Se quitó uno de los guantes y tocó el esqueleto con cautela, medio esperando que se deshiciera en polvo a su contacto. Era un milagro que

ninguno hubiera sucumbido ya a los estragos del tiempo, pero la resina endurecida parecía ser la causa de su conservación.

Oyó el susurro de pájaros asustados en lo alto, pero cerró su mente al ruido mientras pasaba la mano por las endurecidas clavículas del esqueleto del hombre muerto, y se dio cuenta de que la tapa del cráneo estaba separada. Colgaba hacia un lado, como una puerta abisagrada que hubieran abierto desde el interior.

Cerró los ojos dejando que la calidez familiar fluyera desde su mano hasta el interior de la reliquia de tiempos pasados. El poder se movió dentro de ella y sintió la urgencia del hombre cuyo cráneo estaba tocando, tirando de ella hacia abajo, hacia su vida y sintiendo cómo crecían sus emociones al dirigirse hacia ella.

Demasiado tarde Camille se dio cuenta de que se trataban de dolor y locura. Intentó retirar la mano, pero la urgencia roja de la agonía fue demasiado rápida para ella y un dolor abrasador le apuñaló el cerebro como una lanza caliente. La sangre le salió a chorros de la boca cuando se mordió la lengua. Camille gritó cuando el último momento angustiado del hombre la rajó por dentro. Unas terribles imágenes de gusanos blancos dándose un banquete, de carne reventada y de seres queridos agonizando fueron abrasándola hasta llegar a su conciencia.

Se sacudió como si se hubiera visto atrapada por una corriente de alta energía, rechinando los dientes y con los tendones tensados al máximo cuando abrió la boca de golpe en un grito silencioso.

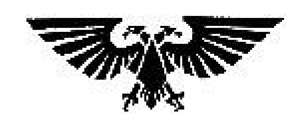
Y entonces se acabó. Sintió que unas manos ásperas se la llevaban y el momento de conexión con el hombre muerto se rompió. Unas imágenes inciertas permanecieron grabadas en su visión, y jadeó con el horror de los últimos momentos del hombre. Había tocado a los muertos antes, y siempre había podido aislarse de sus finales, pero éste había sido demasiado terrible e intenso para poder ignorarlo. La boca le sabía a metal y escupió un chorro de sangre.

—Te dije que no debíamos habernos quedado tanto tiempo —gruñó Khalophis.

—¿Qué? —fue todo lo que pudo decir mientras veía a Khalophis por encima de ella. Un pesado guantelete la agarró del hombro. El otro estaba coronado por una oscilante llama naranja.

—Psiconeueins —masculló Khalophis, arrastrándola hacia las escaleras.

Entonces lo oyó ella: un zumbido como el de un enjambre de vespidaes y el batir excitado de lo que parecía una explosión de alas, como si una bandada de pájaros depredadores emprendiera el vuelo.



VEINTITRÉS
PYRAE DESATADA
SI ESTÁS MUERTO
LA CUEVA REFLECTANTE

—¡Corre! —le gritó Khalophis cuando el frenético zumbido se hizo más fuerte. Camille levantó la mirada y vio un enjambre de seres alados lanzándose desde sus guaridas escondidas en la oscuridad de la estructura en ruinas.

El terror invadió sus extremidades con una angustia paralizante.

El estruendo de cientos de patas de insectos resonó en la estructura de acero cuando grandes cantidades de psiconeueins bajaron frenéticos por todo el edificio con una hambre alienígena. Camille vio cientos de ellos, horribles monstruos con forma de insectos con extremidades como pinzas y probóscides para alimentarse. El zumbido de cientos de alas y el repiqueteo quitinoso de mandíbulas intentando morder fue subiendo de volumen sin parar.

Algo se movió detrás de ella y se volvió, encontrándose con una de aquellas horribles criaturas parecidas a escarabajos. Tenía un cuerpo segmentado y brillante con seis patas largas que rezumaban una resina

repelente. Movía las alas demasiado rápido para poder verlas y apestaba a carne podrida.

Las mandíbulas sobresalían de una cabeza hinchada que tenía una superficie grotescamente parecida a la de un cerebro humano horadado por ojos multifacéticos que le devolvían su reflejo horrorizado.

La criatura se lanzó hacia adelante, pero estalló en llamas antes de que pudiera alcanzarla. El cadáver calcinado la golpeó en el pecho y se desintegró en cenizas calientes.

Ella gritó, y todavía se sacudía frenéticamente los restos humeantes del regazo cuando Khalophis la alzó y se la metió en el hueco del brazo con la misma facilidad con la que un hombre cogería a un niño pequeño.

—Te dije que corrieras —le soltó—. Vosotros los mortales nunca hacéis caso.

Khalophis se dirigió a la escalera, pero una bandada de psiconeueins venía arrastrándose hacia arriba.

—Malditas cosas —gruñó el astartes, y dirigió su mano vacía hacia ellos. Una pared de llamas rojas se levantó del suelo, consumiendo a las criaturas en cuestión de segundos.

No había hecho más que despachar a esos psiconeueins, cuando otros más aterrizaron sobre las salientes vigas y los montones de escombros. Camille contó por lo menos una docena.

Como si una sola inteligencia controlara a las bestias, echaron a volar al mismo tiempo. Descendieron en picado hacia ellos y el chirriar de sus alas sonó como un grito de guerra.

—¿Vosotros os creéis que va a ser tan fácil? —rugió Khalophis, llenando el aire a su alrededor con bolas de llamas fosforescentes, haciéndolas girar como si se tratara de juegos malabares con fuego. Los psiconeueins planearon acorralados, siseando y escupiendo mientras las abrasadoras esferas tejían un entramado de llamas alrededor de sus presas. A cada segundo que pasaba, aparecían más criaturas.

Khalophis la puso en el suelo.

—Quédate detrás de mí. Haz lo que te diga cuando te lo diga y vivirás. ¿Entendido?

Camille asintió con la cabeza, demasiado aterrorizada como para hablar.

El guerrero astartes lanzó un torrente de llamas desde sus manos hacia el grupo de psiconeueins más numeroso, y chillaron de furia mientras ardían. Una parte de su mano izquierda mandó un rayo de fuego a un psiconeuein que se atrevió a lanzarse contra él desde arriba. La mano derecha irradió una invisible ola de calor hacia el exterior. Una docena de bestias reventaron espontáneamente cuando las moléculas de sus cuerpos se sobrecalentaron hasta alcanzar temperaturas explosivas.

El aire era abrasador, y Camille sintió cómo le quemaba la piel tras la protección de fuego que los rodeaba. Otros fuegos secundarios iban llenando el aire de humo carbonizado y hollinoso. Los ojos le escocían y cada vez que respiraba le resultaba dolorosamente trabajoso.

—¡No puedo respirar! —jadeó.

Khalophis bajó la mirada hacia ella.

—Apáñatelas.

Más psiconeueins se dirigieron hacia Khalophis, pero ninguno de ellos pudo atravesar sus barreras protectoras de calor. Camille se hizo un ovillo en el suelo y se cubrió la boca con la mano. Intentó respirar de forma superficial, pero el terror estaba empezando a poder con ella y sintió que la vista se le empezaba a oscurecer.

—Por favor —boqueó con el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones.

Khalophis se inclinó y tiró de ella hasta ponerla de pie.

—Quédate aquí de pie —le ordenó—. Permanece dentro de la calima y podrás respirar.

Camille casi no podía mantenerse derecha, pero sintió cómo se desvanecía el calor, como si acabaran de abrir la puerta de una cámara frigorífica delante de ella. Aspiró ansiosamente bocanadas de aire frío, y vió una ondulación en la atmósfera vaporosa que la rodeaba. Más allá de la calima, el fuego y el humo rugían sin control mientras que el poder de Khalophis consumía todo lo que hubiera de combustible a su alcance. Y

nada de eso la tocó a ella, como si estuviera dentro de una burbuja herméticamente sellada.

Khalophis luchaba con la furia de un gladiador mientras los psiconeueins lo asaltaban desde todos lados. Eran tantos que no parecía que pudieran acabarse, y se lanzaban contra el guerrero con un furioso abandono.

—¡Arded, monstruos! —gritó Khalophis, matando con chorros de fuego, puñales abrasadores y olas de aire sobrecalentado. A pesar del terror que la embargaba, Camille percibió la tensión en su voz. El poder de los guerreros del culto Pyrae era espectacular, pero también lo era el coste.

Con cada demostración de maestría psíquica, la furia de los monstruos que los atacaban se redoblaba.

Ella intentaba recordar lo que Lemuel le había dicho sobre los psiconeueins, pero sólo se acordaba de que se reproducían picándote y poniendo los huevos en tu cuerpo. Un dato saltó a la primera línea de su conciencia y, a pesar del calor, un escalofrío le corrió por la columna vertebral.

—¡Son sus poderes! —le gritó—. Se sienten atraídos por nosotros a causa de sus poderes. Los están volviendo locos. ¡Tiene que dejar de usarlos!

Khalophis cortó de un tajo media docena de psiconeueins en el aire con una brillante espada de fuego que surgió de su puño. En esa breve tregua, se volvió hacia ella con la cara goteándole de sudor y con los ojos hundidos por el cansancio.

—¡El fuego es lo único que nos está manteniendo con vida! —gritó mientras trazaba un círculo con la espada hacia otros tres más se dirigían hacia él.

—¡Eso va a ser lo que nos va a matar si no deja de usarlo!

Un psiconeuein sibilante aterrizó sobre los restos destrozados de un muro en ruinas, con el tórax hinchado y goteando. En su parte trasera se agitaba un largo aguijón y ella gritó cuando saltó hacia Khalophis.

—¡Cuidado detrás! —chilló ella.

Khalophis se dejó caer sobre una rodilla y mató al monstruo con una mirada. Un grupo de ellos ocupó su lugar con los aguijones tiesos y terriblemente afilados. ¡Y qué más daban los huevos! Si alguno la picaba, la mataría antes de que pudieran utilizar su cuerpo como incubadora.

Khalophis gruñó y la espada de fuego se desvaneció. Barrió a su alrededor con el bólter, empujando la corredera hacia atrás y disparando tres ráfagas hacia el grupo de psiconeueins.

—¡Retrocede hacia la escalera! —gritó Khalophis, sin dejar de disparar mientras se movía—. Si conseguimos llegar al disco estaremos a salvo.

Camille asintió, intentando mantenerse tras el guerrero, ya que su capullo aislante se había desvanecido.

Todo el suelo estaba en llamas, con charcos de acero fundido y cadáveres disolviéndose desperdigados por el suelo. El humo volvió a llenarle los pulmones de alquitrán y tosió mientras su cuerpo luchaba por conseguir oxígeno. Un psiconeuein se estrelló contra Khalophis con el cuerpo en llamas, y el guerrero gigante se tambaleó. Lo apartó de un manotazo, pero esa momentánea falta de concentración hizo que su descarga de fuego de bólter decayera.

Tres psiconeueins saltaron sobre él con los aguijones dirigidos a la armadura de Khalophis. Dos de ellos se rompieron con el impacto, pero el tercero se le clavó en la cintura a través del cableado que se encontraba bajo su peto. Gruñó y despanzurró a la bestia con el puño. Sonó el estruendo del bólter y los psiconeueins reventaron como muñecos de tiro al blanco.

Khalophis cambió el cargador de su bólter con mano experta y soltó otra ráfaga de disparos cuando más bestias entraron volando. El fuego se había apoderado de todo el edificio y Camille sentía cómo el suelo se movía bajo sus pies a medida que las vigas se derretían a causa del insoportable calor. El zumbido de las alas quedaba prácticamente silenciado por el crepitar de las llamas y el crujido de los elementos estructurales.

—¡La escalera! —gritó ella.

El camino hacia abajo estaba en llamas, con los hierros combados al rojo vivo y derritiéndose. No había forma de bajar por allí.

Khalophis lo vio al mismo tiempo y negó con la cabeza, como si le disgustara la fragilidad de la mujer.

—Espera —dijo él colgándose el bólter y echándosela a ella al hombro.

Los psiconeueins se lanzaron contra ellos, pero Khalophis ya se estaba moviendo. Corrió a través de las llamas con la cabeza bajada como un ariete viviente. Los psiconeueins chocaban contra él; unos reventaban contra su armadura y otros lo apuñalaban con sus largos aguijones. Camille gritó de dolor cuando una púa que sobresalió de su hombrera se le clavó en el costado. Miró hacia arriba a tiempo para ver que Khalophis iba corriendo hacia una cortina de fuego. Gritó cuando él saltó dentro.

Un calor abrasador la rodeó, pero el muro de fuego se abrió como si se tratara del telón de un teatro cuando Khalophis dejó escapar un nuevo estallido de sus poderes.

Después cayeron, y Camille cerró los ojos cuando el suelo empezó a precipitarse hacia arriba, hacia ella. Khalophis preparó las piernas mientras bajaba, y cayó violentamente pero sin dejar de moverse, como si su salto a través de las llamas no tuviera la más mínima importancia. Camille sintió cómo se le rompía una costilla con el impacto del golpe contra su armadura, pero apretó los dientes para aguantar el dolor. Khalophis siguió corriendo, saliendo a toda velocidad por el hueco de la puerta que llevaba de vuelta al mundo exterior en una explosión de piedras y polvo de yeso. Siguió disparando el bólter con una sola mano por encima del hombro. Los alaridos alienígenas le decían a Camille que cada uno de los disparos era mortal. Independientemente de cualquier otra opinión que pudiera tener sobre Khalophis, estaba claro que era un guerrero superlativo.

Camille consiguió hacer llegar aire gloriosamente limpio a sus pulmones, y casi al instante se le aclaró la vista y pudo respirar con facilidad.

Los psiconeueins salían en bandada del edificio en llamas. El humo brotaba a chorros por las ventanas rotas y las llamas danzaban lamiéndolo todo. La estructura se combó y tembló cuando los elementos de soporte empezaron a derretirse. Trozos de ladrillo y piedra comenzaron a caer desde los niveles superiores.

Khalophis se la bajó del hombro sin ninguna ceremonia y ella ahogó un grito cuando los extremos de su costilla rota impactaron uno contra el otro.

—Sube —le ordenó Khalophis, y ella miró a su espalda y se encontró con la forma bienvenida del disco volador. El astartes lanzó su bólter al interior del vehículo y se subió al asiento del piloto.

Camille se obligó a enderezarse usando los tubos de escape de la nave, y, como pudo, abrió la escotilla del compartimento de la tripulación mientras que los motores se aceleraban con un gemido creciente.

El enjambre de psiconeueins estaba prácticamente encima de ellos, y el zumbido de sus alas frenéticas era ensordecedor. Menos de veinte metros los separaban de la vanguardia de los monstruos.

—¡De prisa, por el Trono, de prisa! —gritó ella mientras subía.

—¿Estás dentro? —preguntó Khalophis con urgencia.

—Dentro —respondió ella, aplastándose contra uno de los asientos envolventes y poniéndose el arnés de sujeción alrededor del cuerpo. El gemido de los motores cambió de tono y el disco volador dio un salto hacia adelante; la impresionante aceleración hizo que la cabeza se le fuera violentamente hacia atrás contra el fuselaje. Mantuvo los ojos cerrados un largo instante, casi sin atreverse a respirar mientras los segundos iban pasando.

El ruido del motor se hizo más profundo y la voz de Khalophis sonó como una interferencia por el intercomunicador.

—Vía libre —dijo—. ¿Qué tal por ahí atrás? ¿Estás bien?

Le hubiera gustado hacerle algún comentario más que el dolor que hubiera hablado por ella.

En vez de eso, escupió otro chorro de sangre y asintió.

—Sí, supongo. Creo que me he roto una costilla, tengo los pulmones como si me hubiera tragado cinco litros de alquitrán ardiendo y gracias a esta forma de pilotar pisando a fondo tengo un terrible dolor de cabeza, pero viviré.

—Me sirve —dijo Khalophis—. Todo lo que necesito es que estés viva.

—Me conmueve su preocupación —dijo ella antes de añadir—: pero gracias por salvarme la vida.

Khalophis no dio señales de haberla oído y pasaron el resto del viaje de vuelta a Tizca en un silencio doloroso.

Un suave canturreo llenaba la zona de enfermería. Kallista estaba reclinada en la cama con los ojos cerrados y el pecho le subía y le bajaba con una respiración rítmica. Tenía la piel cenicienta, apagada y sin brillo. Le habían afeitado la cabeza y Lemuel deseaba poder hacer algo más por ella, aparte de estar sentado junto a su cama cogiéndole la mano.

Camille y él se habían estado turnando alternativamente para quedarse sentados junto a su cama, pero Lemuel llevaba allí casi cuarenta y ocho horas y empezaba a sentir que tenía pesas de plomo en los párpados. Una batería de máquinas de paneles de color avellana con numerosos diales dorados y los indicadores de las placas pictográficas emitían pequeños pitidos junto a la cama de Kallista. Unos largos cables de cobre serpenteaban desde los enchufes que se encontraban a su lado hasta ciertos puntos de su cráneo, y unos globos chisporroteantes zumbaban suavemente en los extremos superiores.

Los ojos de Kallista pestañearon hasta abrirse y sonrió débilmente al verlo.

—Hola, Lemuel —dijo con una voz que sonó como pasos sobre hojas muertas.

—Hola, cariño —le contestó él—. Tienes buen aspecto.

Kallista intentó reírse, pero hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —dijo Lemuel—. No debería hacerte reír; has forzado demasiado los músculos.

—¿Dónde estoy?

—En el ala de neurología de la pirámide de los Apotecarios —le informó Lemuel—. Después de lo que te pasó, parecía el lugar más sensato al que traerte.

—¿Qué me ha pasado? ¿He tenido otro ataque?

—Me temo que sí. Intentamos coger tu sakau, pero ya era demasiado tarde —dijo Lemuel, decidiendo no comentarle lo que Kallista había dicho en su delirio.

Kallista levantó un brazo y se lo llevó a la frente, arrastrando tras de sí una colección de tubos transparentes y de cables de los monitores que estaban sujetos a una cánula que tenía insertada en el dorso de la mano. Se tocó la cabeza y frunció el ceño, acariciando suavemente su cráneo y los electrodos de metal que tenía en el cuero cabelludo.

—Sí, siento lo de tu pelo —dijo Lemuel—. Tuvieron que afeitártelo para colocarte esos electrodos.

—¿Por qué? ¿Para qué son?

—Ankhu Anen trajo los aparatos del templo de los corvidae. Fue un poco reservado cuando le pregunté qué eran, pero finalmente me dijo que controlan la actividad etérea de tu cerebro y sofocan cualquier intrusión. Hasta ahora parece que funcionan.

Kallista asintió y estudió lo que la rodeaba.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Lemuel se pasó las manos por la barbilla.

—Mi barba dice que tres días.

Ella sonrió y se incorporó un poco más en la cama. Lemuel le sirvió agua y ella se bebió el vaso entero con ganas.

—Gracias, Lemuel, eres un buen amigo.

—Hago lo que puedo, tesoro —dijo él antes de continuar—. ¿Recuerdas algo de lo que viste? Sólo te lo pregunto porque Ankhu Anen parecía pensar que podría ser importante.

Kallista se mordió el labio inferior y él vio un reflejo de la expresión aterradora que había mostrado en Voisanne's.

—Un poco —dijo ella—. Vi Tizca, pero no como la conocemos. No hacía sol y la única luz provenía de los incendios.

—¿Los incendios?

—Sí, la ciudad estaba ardiendo —afirmó Kallista—. Estaba siendo destruida.

—¿Por quién?

—No lo sé, pero vi la sombra de una bestia que acechaba entre las nubes de la tormenta, y también oí aullidos que venían de muy lejos —continuó Kallista con los ojos llenándosele de lágrimas que bajaron raudas por sus mejillas—. Todo estaba en llamas y los cristales caían como si fuera lluvia. Todos los fragmentos eran como espejos rotos y cada uno de ellos tenía la imagen de un solo ojo que miraba fijamente devolviéndome la mirada.

—Menuda visión —comentó Lemuel cogiéndole la mano y acariciándole el brazo.

—Fue horrible, y no es la primera vez que he tenido una así. No reconocí Tizca la primera vez que la vi, pero ahora que estoy aquí, estoy segura de que era la misma. —De repente se le ocurrió algo—. Lemuel, ¿escribí algo esta vez?

Él asintió.

—Sí, pero no tenía ningún sentido. Ankhu Anen está intentando descifrarlo.

Kallista cerró los ojos y se limpió las lágrimas con la mano. Inspiró con un estremecimiento y después sonrió cuando alguien abrió la puerta tras él. Lemuel se volvió y vio a un hombre alto de anchos hombros que llevaba el uniforme de capitán de la Guardia de las Torres. Era ridículamente atractivo, de facciones morenas y una mandíbula que parecía esculpida, como la de cualquier imagen heroica de un Hektor o un Alkilles.

A Lemuel no le gustó casi inmediatamente.

La chaqueta carmesí de su uniforme estaba inmaculadamente planchada, decorada con botones de latón dorado, alamares también dorados y numerosas medallas. Llevaba un casco plateado bajo el brazo, y

un largo sable curvo iba enfundado a la cadera junto a una brillante pistola láser.

—Sokhem —lo saludó Kallista con una sonrisa agradecida.

El soldado hizo un rápido gesto de cabeza hacia Lemuel y le tendió la mano.

—Capitán Sokhem Vithara, señor. 15.ª de la Infantería de Asalto Prosperina.

Lemuel tomó la mano que le ofrecía e hizo una mueca de dolor ante la fuerza del apretón de Vithara.

—Lemuel Gaumon, rememorador, 28.ª Flota Expedicionaria.

—Un placer. Kalli me ha hablado de su amistad y se lo agradezco, señor.

Lemuel sintió cómo su antipatía desaparecía ante la sonrisa afable y el encanto natural de Vithara. Se obligó a sí mismo a sonreír, sabiendo que ya no se le necesitaba.

—Un placer conocerlo también, capitán Vithara —dijo levantándose y recogiendo su abrigo—. Ahora los dejaré solos.

Levantó suavemente la mano de Kallista y se la besó.

—Vendré a verte más tarde, querida.

Ella lo agarró por el hombro y tiró de él hasta acercarlo para susurrarle al oído.

—Quiero irme de Próspero —le dijo—. No puedo quedarme aquí. Ninguno de nosotros puede.

—¿Qué? No, querida, no estás en condiciones de ir a ninguna parte.

—No lo entiendes, Lemuel. Este mundo está condenado; he visto la agonía de su muerte.

—No sabes qué es lo que viste realmente —dijo Lemuel irguiéndose.

—Sí que lo sé —le replicó ella—. Sé muy bien lo que era.

—No puedo marcharme. Todavía me queda mucho que aprender de los Mil Hijos.

—No puedes aprender si estás muerto —le respondió Kallista.

Lemuel dejó a Kallista y al capitán. Vithara juntos y se dirigió a la salida del ala de neurología. Aunque no sentía nada por Kallista más allá de la amistad, tuvo que admitir ciertos celos al haber visto a su atractivo pretendiente.

Sonrió al pensarlo, reconociendo lo absurdo que era.

—Eres un romántico incorregible, Lemuel Gaumon —se dijo a sí mismo—. Y eso te va a matar.

Cuando se aproximaba a la salida, una puerta se abrió deslizándose delante de él y el buen humor se le evaporó al instante al ver a un guerrero astartes que parecía recién llegado de una zona de guerra. Llevaba la armadura chamuscada por quemaduras y le sobresalían numerosas púas de las hombreras y de los muslos. Reconoció a Khalophis, pero no fue su aspecto lo que hizo que se detuviera en seco.

Llevaba a Camille en brazos y tenía un aspecto terrible.

La sangre le apelmazaba el pelo y la ropa, tenía la piel de un color rojo intenso y se apretaba una mano contra un lado del pecho, sofocando jadeos de dolor a cada paso que daba Khalophis.

—¡Camille! —gritó Lemuel corriendo hacia ella—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Lem —gimió ella—. Nos atacaron.

—¿Qué? —preguntó Lemuel, levantando la vista hacia la pesada forma de Khalophis—. ¿Quién?

—Apártate de mi camino, mortal —le soltó Khalophis esquivando a Lemuel.

Se volvió y corrió para mantener el mismo ritmo que el guerrero.

—Dígame lo que pasó —le pidió.

—Ella estaba explorando las antiguas ruinas, a pesar de que ya le había dicho que era peligroso, y molestamos a un nido de psiconeueins.

A Lemuel la sangre se le heló ante la mención de los depredadores psíquicos nativos de Prospero.

—¡No, por el Trono! —exclamó, poniéndose justo delante de Khalophis.

El astartes le lanzó una mirada feroz y Lemuel pensó que iba a atravesarlo directamente.

—Camille, escúchame —dijo Lemuel levantándole los párpados. Tenía las pupilas dilatadas y casi completamente negras, y él no sabía si eso era bueno o malo—. ¿Cómo te sientes?

—Como si un Land Raider me hubiera pasado por encima —le espetó —. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

—¿Cómo tienes la cabeza? —le preguntó, hablando despacio y con claridad—. ¿Te duele la cabeza?

—Claro que me duele. Gracias a Khalophis, creo que he respirado suficiente humo para que me dure toda la vida.

—No, me refiero a… ¿Sientes algo diferente? —insistió Lemuel, intentando encontrar las palabras apropiadas—. ¿Tienes dolor en la cabeza de una manera que te resulte, no sé, extraña?

—No estoy segura —respondió, percibiendo el pánico que emanaba de él—. ¿Por qué? ¿Qué me pasa?

Lemuel hizo caso omiso de la pregunta y se dirigió a Khalophis directamente.

—Por favor, lleve a Camille a la enfermería inmediatamente y mande a buscar a lord Ahriman. ¡De prisa! ¡No tenemos mucho tiempo!

La Cueva Reflectante estaba llena de luz, una miríada de pinchazos de luz del alma que parpadeaban desde unos cristales tallados exactamente con la misma forma y sostenidos por los mil sirvientes que estaban de pie en los puntos de intersección de las líneas de energía de la caverna. Situada a casi kilómetro y medio por debajo de la ciudad de Tizca, aquella caverna de cristal era enorme, con tres kilómetros de anchura en el lugar más amplio, y de su techo colgaban estalactitas que repiqueteaban con el sonido de suaves campanas.

Las luciérnagas volaban tras las paredes, devolviendo las luces que llevaban los sirvientes e iluminando las figuras y los aparatos que se encontraban en el centro de la enorme cueva.

Un dispositivo alargado de bronce, como un telescopio gigante, descendía del punto central del techo. Tenía la superficie grabada con símbolos desconocidos y salpicada de álabes de plata, mientras que un cristal pulido verde de tres metros de ancho remataba la base del mecanismo de bronce.

Magnus el Rojo estaba de pie justo debajo del instrumento, mirando hacia arriba a través del cristal hacia el punto del cielo nocturno que se encontraba exactamente encima de la plaza Occullum. Estaba desnudo excepto por un taparrabos, con la carne desnuda ante los elementos y brillante por el aceite.

Ahriman observaba mientras Amon masajeaba la carne de Magnus con una mezcla de sándalo, jazmín y aceite de benjuí. Uthizzar retiraba el exceso de aceite del cuerpo del primarca con un cuchillo de hoja de hueso, mientras que Auramagma sostenía un humeante incensario que llenaba el aire con la fragancia de la cincoenrama. Phael Toron estaba de pie junto a Ahriman; su lenguaje corporal parecía rígido y extraño.

La Séptima Hermandad de Phael Toron había pasado la mayor parte de la Gran Cruzada en Prospero, perdiéndose buena parte del gran aprendizaje emprendido por la legión desde que Magnus los había conducido desde su mundo adoptivo. Sus guerreros habían aceptado rápidamente las nuevas enseñanzas, pero aún iban a tardar tiempo en adaptarse completamente.

—¿Es todo esto necesario? —preguntó Toron, señalando la extraña parafernalia que se había preparado bajo el mecanismo de bronce. Una piedra blanca rectangular, parecida a un altar, colgaba de una pesada cadena de hierro imantado. En cada uno de los puntos cardinales alrededor de la piedra, había cuatro espejos cóncavos que enfocaban la luz de los cristales que llevaban los sirvientes. Cinco círculos concéntricos rodeaban el altar, y en el interior de los cuatro círculos exteriores había palabras desconocidas que dejaron un mal sabor de boca en Ahriman cuando intentó leerlas.

—Eso dice el primarca —dijo Ahriman—. Él ha investigado mucho y durante mucho tiempo los rituales necesarios para lanzar su cuerpo de luz hasta la mitad de la galaxia.

—Esto a mí me suena a adoración de espíritus impuros —apuntó Toron.

—No lo es —lo tranquilizó Ahriman—. Hemos aprendido mucho desde que salimos de Prospero, Toron, pero todavía hay cosas que no has llegado a comprender del todo. Esto es absolutamente necesario si queremos salvar a Horus.

—Pero ¿por qué aquí, escondidos del mundo en una cueva?

—Recuerda tus estudios de historia. Los primeros ritos místicos se llevaron a cabo en cuevas. Somos los iniciados de Magnus, y cuando hayamos terminado, saldremos a la luz de las estrellas, renacidos y renovados en nuestro propósito. ¿Lo entiendes? —le replicó Ahriman.

Toron hizo una seca reverencia, intimidado por el brillo etéreo del aura de Ahriman.

—Por supuesto, lord Ahriman. Todo esto es muy nuevo para mí.

—Por supuesto. Perdona mi cólera —se disculpó Ahriman—. Ven, ha llegado la hora.

Avanzaron, y sus sirvientes se movieron hacia ellos para cubrir sus armaduras con casullas blancas que les ataron a la cintura con delgadas cadenas de oro. Ahriman recibió una corona de hojas de verbena entretejidas con un cordón de plata, y a Toron le entregaron un brillante athame con la hoja de plata y el mango de obsidiana.

Juntos caminaron hasta donde estaba Magnus mientras que Uthizzar se alejaba para coger un farol de hierro de manos de su sirviente. Amon se limpió las manos de aceite con un paño de seda y vistió a Magnus de blanco antes de levantar un brasero de carbón que humeaba despidiendo olor a madera de aliso y de laurel.

—Vuestra carne está ungida, señor —dijo Amon—. Sois inmaculado.

Magnus asintió y se volvió a Ahriman.

—El Rey Carmesí solicita su corona —dijo.

Ahriman se acercó a Magnus, sintiendo el calor de la piel de su señor y el poder que se agitaba en su interior. Magnus bajó la cabeza y Ahriman le colocó la corona de hojas de verbena sobre la frente, dejando que el cordón de plata le colgara por detrás de las orejas.

—Gracias, hijo mío —le dijo Magnus, con el ojo brillante de fuego violeta y motas de color avellana.

—Mi señor —respondió Ahriman con una inclinación.

Se apartó de Magnus y se volvió para recibir un pesado libro encuadernado en piel muy gastada y con pespuntes dorados. Un colgante de oro, con la forma de una cabeza de lobo enseñando los colmillos a una luna creciente, se encontraba en el centro del libro abierto.

Era el libro de Magnus, y sus contenidos eran la sabiduría destilada de todo lo que Mahavastu Kallimakus había escrito en todos aquellos largos años de servicio a los Mil Hijos. Mirarlo era un honor, pero sostenerlo y que se esperara de él que leyera de sus páginas era la culminación de un sueño de toda la vida para Ahriman.

Aun así, a pesar de que hubiera reprendido a Phael Toron, Ahriman no podía evitar preguntarse si la intranquilidad del hombre estaba justificada. El ritual que Magnus les estaba haciendo llevar a cabo era increíblemente parecido a muchos de los que ellos habían puesto fin durante los días de gloria de la Gran Cruzada.

—¿Pensamos todos lo mismo? —preguntó Magnus—. No podemos seguir adelante sin un acuerdo total. La armonía de nuestra reunión lo es todo, ya que lleva la carga más preciosa: el alma humana.

—Estamos de acuerdo —dijeron los capitanes con una sola voz.

—Nuestro trabajo empieza en la oscuridad, pero sale a la luz —continuó diciendo Magnus—. Mi forma debe ser reducida al caos de las partes que la componen, y el todo será más grande que la suma de sus partes. Este gran trabajo que estamos desarrollando es nuestro esfuerzo más enérgico por reclamar el dominio sobre nuestro destino. Con estos trabajos demostramos que no nos contentamos con ser simplemente peones del gran juego, sino que jugaremos por derecho propio. El aficionado se convierte en el que decide. Muy pocos tienen el valor de

empuñar las armas contra una galaxia poco compasiva, pero nosotros somos los Mil Hijos; ¡no hay nada que no nos atrevamos a hacer!

Magnus hizo una señal con la cabeza a Auramagma, quien se volvió hacia la piedra blanca al tiempo que los mil sirvientes empezaban a cantar un salmo monótono y sin sentido. La luz de los cristales de los sirvientes latió como si se tratara de los latidos del corazón de la propia cueva.

Auramagma giró a la derecha una vez que llegó a la piedra, y la rodeó, con el brasero formando un anillo de humo aromático. Ahriman lo seguía, recitando palabras angélicas del Libro de Magnus que tenían una textura empalagosa en sus labios.

Phael Toron iba tras él, llevando el athame sobre las palmas extendidas, y siguiéndolo venía Uthizzar con la lámpara apagada. Por último, estaba Amon, que llevaba el brasero caliente entre los guanteletes de su armadura. Los cinco hijos de Magnus rodearon la piedra blanca nueve veces antes de pararse cuando Magnus ocupó su lugar en el centro.

El primarca de los Mil Hijos se tumbó sobre el altar con sus vestiduras blancas cayendo por los bordes. Ahriman siguió leyendo el Libro de Magnus y Uthizzar encendió la lámpara con un ascua del brasero de Amon. Auramagma sostuvo el incensario en el aire mientras Phael Toron se acercaba a la figura yacente de Magnus.

Ahriman vio una onda de luz que convergía desde todo lo que los rodeaba cuando serpentinas de éter fluyeron desde los cristales que llevaban los mil sirvientes. Al cabo de unos momentos, todo el suelo de la cueva estaba inundado de luz; la esencia combinada de los sirvientes que buscaba una salida para su energía. La luz se concentró en los espejos, enfocando aquella iluminación aumentada sobre el cuerpo de Magnus y dotando a su forma inmóvil de una aura fantasmal.

—Ha llegado la hora —dijo Magnus—. Ahzek, dame el lobo lunar.

Ahriman asintió y levantó el colgante de oro del libro. La luna relucía a la luz de la caverna y los colmillos del lobo brillaban como carámbanos. Bajó el colgante hasta depositarlo en la palma abierta de Magnus, enganchando la cadena alrededor de sus dedos extendidos.

—Esto me lo dio Horus Lupercal en Bakheng —dijo Magnus—. Formaba parte de su armadura, pero un disparo afortunado se lo arrancó de la hombrera. Me lo dio como recuerdo de aquella guerra y bromeó diciendo que me guiaría en los momentos de oscuridad. Ya entonces era un egocéntrico.

—Ahora veremos si tenía razón —apuntó Ahriman.

—Sí, lo veremos —respondió Magnus.

Cerró el ojo y encerró el colgante en su puño apretado. Su respiración se fue haciendo más lenta, volviéndose más superficial a medida que él se concentraba en el amor que sentía por su hermano. Al cabo de unos momentos, una mancha de sangre que se iba extendiendo, apareció en el hombro de Magnus, que gruñó de dolor.

—En el nombre del Gran Océano, ¿qué es eso? —exclamó Phael Toron.

—Una herida empática —le explicó Amon—. Una repercusión, un estigma, llámalo como quieras. Tenemos poco tiempo. Ya han herido al señor de la guerra.

—Toron —le dijo Ahriman entre dientes—, ya sabes lo que tienes que hacer. Cumple con tu obligación hacia tu primarca.

El athame se movió nerviosamente sobre las palmas de Toron, que lo levantó en el aire y lo giró, hasta situarlo directamente sobre el corazón del primarca. El cordón de plata entrelazado en la corona de verbena se desenrolló por su propia cuenta y se deslizó por encima del borde del altar, terminando por quedar sujeto a la cadena imantada.

—Viajaré por el Gran Océano durante nueve días —dijo Magnus a través de los dientes apretados, y Ahriman se quedó atónito. Viajar durante tanto tiempo era algo inaudito—. Pase lo que pase, no rompáis mi conexión con el éter.

Los cinco guerreros que rodeaban a Magnus intercambiaron una mirada de preocupación, pero no dijeron nada.

—No debéis flaquear —dijo Magnus—. Continuad o todo esto no servirá para nada.

Ahriman bajó la mirada y continuó leyendo sin comprender las palabras y sin comprender cómo sabía pronunciarlas, pero diciéndolas en voz alta de todos modos. Su voz aumentó de volumen, ascendiendo en contrapunto al cántico de los sirvientes.

—¡Ahora, Toron! —gritó Magnus, y el athame se hundió, apuñalando el pecho del primarca. Una flor roja de sangre brillante e iridiscente se derramó de la herida. Instantáneamente, el torbellino de luz encontró su salida y unos rayos blancos abrasadores salieron de los espejos y rodearon la empuñadura del athame.

Magnus arqueó la espalda con un rugido terrible. Abrió el ojo de repente, sin que dentro hubiera pupila ni iris, pero que, sin embargo, estaba inundado de todo tipo de increíbles colores.

—¡Horus, hermano mío! —gritó Magnus con la voz cargada con los ecos de las mil almas que alimentaban su ascenso—. ¡Voy hacia ti!

Y una forma angélica y aterradora se elevó en vertical desde el cuerpo de Magnus en una llameante columna de luz.



VEINTICUATRO
ELLA ERA MI MUNDO
CUESTE LO QUE CUESTE
EL PRECIO

Lemuel estaba desesperado por la preocupación que sentía. No encontraba a Ahriman, y Camille estaba quedándose sin tiempo. Una semana que había empezado tan bien se había convertido en una de las peores en el espacio de un par de días. Dos de sus amigas más queridas estaban gravemente enfermas, y un tercer amigo sufría a manos de un señor que lo utilizaba sin preocuparse por su bienestar.

Los acontecimientos empezaban a escapar a su control y todas sus grandiosas ideas sobre lo que había esperado aprender de los Mil Hijos eran ahora tan inconsistentes como la niebla. Había aprendido mucho, pero ¿de qué servía el poder si aquellos a los que amaba se le podían escapar de las manos sin poder hacer nada por evitarlo?

Había derramado demasiadas lágrimas por seres queridos perdidos. Y ya no iba a derramar más.

Camille yacía en una cama no muy distinta a la de Kallista, aunque sin la variedad de máquinas que tenía conectadas al cráneo. Le habían

vendado los cortes y los rasguños y le habían limpiado los pulmones de carbón, ceniza y restos de elementos de los óxidos de metal. Le habían curado y vendado la herida del costado, dijeron que se encontraba físicamente bien y le recetaron unos fuertes bálsamos para el dolor aparte de tres días de reposo en cama.

Después de lo que Ahriman le había contado, a Lemuel le preocupaba que Camille no tuviera tres días.

Le había suplicado a Khalophis que buscara a Ahriman, y lo único que le habían respondido era que Ahriman estaba con el primarca y no se le podía molestar. Aunque el reloj biológico de Lemuel estaba completamente patas arriba, dedujo que era por la mañana temprano. Miró el cronógrafo que había encima del mostrador de enfermeras y vio que habían pasado diez horas desde que Khalophis trajera a Camille.

Aun así, Ahriman no había venido y ni siquiera había dado señales de que hubiera recibido las llamadas de socorro de Lemuel.

Cuando regresó a la habitación de Camille, Lemuel encontró a una atractiva mujer de piel de ébano sentada junto a su cama, cogiéndola de la mano y limpiándole la frente con un paño.

La elegante majestuosidad de la estructura ósea de la mujer le indicó a Lemuel que era nativa de Prospero.

—¿Chaiya? —le preguntó.

La mujer asintió y le dedicó con una sonrisa nerviosa.

—Tú debes de ser Lemuel.

—Sí, soy yo —asintió él, rodeando la cama y cogiendo la mano de la mujer—. ¿Podemos hablar fuera?

Chaiya echó una mirada a Camille.

—Si deseas decir algo sobre la salud de Camille, creo que deberías decírselo a ella primero, ¿no te parece?

—En circunstancias normales estaría totalmente de acuerdo contigo —admitió Lemuel—, pero dos de mis mejores amigas han sido ingresadas en este lugar y mis normalmente buenos modales están un poco de capa caída. Así que, por favor, compláceme.

—Está bien, Lemuel —dijo Camille—. Ya me conoces; si hay noticias que contar, prefiero oírlas de primera mano. Di lo que tengas que decir.

Lemuel tragó saliva. Tener que contarle sus sospechas a la amante de Camille ya era duro, pero tener que hacerlo directamente en su cara era casi más de lo que podía soportar.

—Los psiconeueins de los que te hablé… Bueno, pues parece que ponen los huevos de una manera muy poco ortodoxa.

Camille sonrió y se le relajaron los músculos de la cara.

—No pasa nada —lo tranquilizó ella—, ninguno de ellos me picó. Khalophis me mantuvo a salvo. En cualquier caso, quizá deberías estar echándole un vistazo a él por si está a punto de convertirse en madre.

Lemuel estaba sentado en el borde de la cama y negó con la cabeza.

—No es así como se reproducen, Camille. Como te he dicho, es muy poco ortodoxo.

Le explicó lo que Ahriman le había contado sobre el ciclo reproductor del psiconeuein, intentando poner énfasis en que ni siquiera era seguro que ella estuviera en peligro, pero la expresión de Chaiya le dio a entender que no lo estaba haciendo muy bien.

—¿Crees que la cabeza me duele por eso? —le preguntó ella.

—Podría ser. No lo sé. Espero que no.

—¿Que esperas que no? ¿Qué clase de patética respuesta es ésa? —le espetó Camille—. ¡Hazme un maldito escáner cerebral o algo así! Si tengo huevos de algún alienígena dentro de la cabeza quiero saberlo, y ahora.

Lemuel asintió.

—Por supuesto. Veré lo que puedo hacer.

—No —lo interrumpió Chaiya—. Yo lo haré. Tengo amigos en los Mil Hijos. Será mejor que se lo pida yo.

—Sí, sí —asintió Lemuel—. Eso parece bastante acertado. Muy bien, yo… yo esperaré aquí. ¿Puedo?

Chaiya se inclinó y le dio un beso a Camille.

—Volveré en cuanto pueda —dijo antes de dirigirse a la puerta de la habitación. A solas con Camille, Lemuel se sentó y sonrió débilmente, cruzando las manos sobre el regazo.

—Nunca voy a servir para médico, ¿verdad?

—¿Con esa actitud al lado de la cama de una enferma? Cuando las ranas críen pelo.

—¿Qué tal tienes la cabeza?

—Todavía me duele.

—Oh.

—El viaje en el disco volador de Khalophis fue muy accidentado. Me di un buen golpe en la cabeza contra el asiento.

—Entonces tiene que ser eso, seguro —se apresuró a decir Lemuel.

—Mentiroso.

—Vale —saltó él—. Entonces ¿qué quieres que te diga? ¿Que creo que los huevos alienígenas se van a incubar en tu cerebro mientras aún estás viva? Pues, lo siento, pero no puedo decirte eso.

Ella lo observó en silencio.

—Sí, definitivamente tienes que esforzarte por mejorar tu actitud para con los enfermos —le dijo.

Su humor forzado rompió el dique que lo contenía y escondió la cabeza entre las manos y se echó a llorar. Las lágrimas no paraban de fluir y el pecho le subía y le bajaba convulsamente con los sollozos. Camille se sentó en la cama.

—Oye, Lemuel, lo siento, pero soy yo la que está en la cama —le dijo con suavidad.

—Perdona —consiguió balbucear él al fin—. Kallista y tú. Es demasiado. No puedo perderos a las dos, es que no puedo.

—Y eso no va a pasar ni por asomo —lo tranquilizó Camille—. Ya encontraremos una solución. Y si van a estar toqueteándome la cabeza, probablemente no haya un planeta mejor en el que estar, ¿verdad?

Lemuel se secó los ojos con la manga y sonrió.

—Supongo que no. Estás siendo muy valiente, ¿lo sabes?

—Estoy tomando unas medicinas muy fuertes, así que tampoco tiene tanto mérito.

—Eres más valiente de lo que crees —dijo Lemuel—. Y eso cuenta mucho. Créeme, lo sé.

—Sí, Kalli y yo vamos a estar perfectamente; espérate y verás —dijo ella.

—Sí —asintió Lemuel con amargura—. Eso es lo único que hago siempre.

Camille alargó el brazo y le cogió la mano, dejando que los ojos se le cerraran.

—No —repuso ella—. Eso no es verdad. Hiciste todo lo que pudiste para salvarla.

Lemuel tiró de su mano hasta liberarla.

—No, por favor.

—Está bien —asintió Camille—. Háblame de Malika.

Empezó vacilante porque hacía muchos años que no hablaba de Malika. Las palabras estaban demasiado enmarañadas en el dolor como para que le salieran con facilidad, pero, con voz entrecortada, le habló a Camille de la mujer más inteligente y más bella del mundo.

Se llamaba Malika y se habían conocido en una cena benéfica organizada por el señor del distrito de Sangha para recaudar los fondos que permitirían adquirir una cantera entera de mármol de Proconnesus, de la península de Anatolia, para donarla al Gremio de Marmolistas Imperiales. El maestro marmolista de entonces, Vadok Singh, había prometido un emplazamiento destacado para las estatuas que se tallarían con los bloques, quizá incluso en el investiario del Emperador, y corría el rumor de que el encargo se le había hecho nada menos que al escultor Ostian Delafour.

Hacía falta dinero para esas cosas, y se había emplazado a los ciudadanos más acaudalados del distrito a mostrar su devoción económicamente. Lemuel era un hombre rico y había conseguido reunir un patrimonio importante, gracias a la combinación de su perspicacia para los negocios y de su capacidad para leer las auras de las personas, lo que le permitía saber cuándo lo estaban engañando. Tenía propiedades por todo

Mobayi, y era querido por haber donado buena parte de su riqueza a obras filantrópicas.

Malika era la hija del señor del distrito de Sangha y se habían enamorado aquella noche bajo las estrellas con una botella de vino de palma. Se casaron al año siguiente con una ceremonia que costó más de lo que muchas de las familias que vivían en las tierras de Lemuel ganaban en un año. Lemuel nunca había sido tan feliz, y mientras hablaba de los primeros siete años de matrimonio, la cara se le iluminó con aquellos recuerdos dorados.

Los primeros síntomas de que Malika estaba perdiendo la salud llegaron en forma de graves migrañas, desmayos inexplicables y pérdidas de memoria a corto plazo. Los médicos le prescribieron bálsamos para el dolor y reposo, pero nada ayudaba a aliviarle los síntomas. Se buscaron los diagnósticos de los mejores médicos de todos los distritos de Nordáfrika, y al final resultó que Malika había desarrollado un astrocitoma muy agresivo, un tumor cerebral maligno del que le dijeron que era increíblemente difícil de tratar.

La cirugía sola no podía controlar el tumor porque sus células habían extendido el cáncer por todo el cerebro. La radioterapia siguió a numerosas intervenciones quirúrgicas junto con una agresiva quimioterapia, en un intento por controlar cualquier posible crecimiento futuro del tumor, pero los médicos le dijeron a Lemuel que la naturaleza heterogénea de su dolencia la estaba haciendo muy difícil de tratar. Dijeron que cuando destruían un tipo de célula, otras que estaban en segundo plano se hacían cargo de seguir destruyendo el cerebro de Malika.

Lemuel vio cómo su esposa se extinguía y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Esa impotencia le resultaba odiosa, y se inclinó por métodos cada vez más esotéricos para intentar salvarla, a pesar de la futilidad del efecto que pudieran tener. Ningún tratamiento le resultaba demasiado ridículo porque Lemuel estaba dispuesto a intentar cualquier cosa con tal de salvar a su amada esposa.

Cualquier posibilidad era mejor que ninguna.

Lemuel contrató a expertos homeópatas y naturópatas para que le administraran tratamientos alternativos de hierbas, mientras que los médicos ayurvédicos ponían el mismo énfasis en el bienestar de su mente y de su espíritu. Se probaron el qi gong, la acupuntura, la respiración controlada, la hipnosis y las terapias ortomoleculares, pero ninguno de estos tratamientos tuvo absolutamente ningún efecto.

Lemuel se negaba a rendirse. Sus investigaciones lo habían llevado hasta los rincones más lejanos del conocimiento, y descubrió muchos textos que hablaban de fuerzas que se encontraban más allá del entendimiento humano. En esos libros él reconoció sus propias capacidades y leyó sobre otros que podían curar a los enfermos, levantar a los muertos y convocar poderes sobrenaturales y detestados.

Eso no le importaba. Iba a hacer lo que hiciera falta para salvar a su mujer.

Malika le rogó que parara, pero él no estaba dispuesto a escuchar. Su esposa había hecho las paces con su mortalidad, pero Lemuel no podía hacerlo. Lloró mientras le contaba a Camille cómo ella lo había observado desde el solárium marcharse a una expedición a las montañas del Himalazia en busca de los maestros escondidos, de los que se decía que habían conseguido dominar el cuerpo y la mente.

Si alguien podía ayudarla, eran ellos.

Cargado con toda su riqueza, él y sus seguidores hicieron un largo viaje a través de las montañas y casi murieron bajo los vientos helados que barrían los más altos picos. Resultó ser un viaje inútil: los constructores del palacio del Emperador habían desplazado hacía ya mucho a los maestros escondidos que pudieran haber vivido alguna vez en aquellas montañas.

Para cuando regresó a Mobayi, Malika estaba muerta.

—Ella era todo mi mundo —dijo Lemuel cuando terminó su relato.

—Lo siento mucho —lo consoló Camille—. No lo sabía. Bueno, vi algo de ella cuando te toqué en Aghoru, pero no lo sabía. ¿Por qué no nos

hablaste nunca de Malika?

Lemuel se encogió de hombros.

—No me gusta contarle a la gente que ella murió. Mientras más veces se lo digo a la gente, más asumo que ella se ha ido de verdad. Y, de algún modo, lo hace más real y más inevitable.

—¿Crees que puedes cambiar el hecho de que ella muriera?

—Durante algún tiempo pensé que sí podría —afirmó Lemuel—. Algunos de los libros que leí hablaban de traer a los muertos de vuelta a la vida, pero eran exasperantemente vagos. Nada funcionó, pero cuando se presentó la oportunidad de que me seleccionaran para la Orden de los Rememoradores, no dejé escapar la ocasión de presentar mi petición a los Mil Hijos.

—¿Por qué a los Mil Hijos?

—Había oído los rumores —dijo Lemuel—. ¿Es que tú no los habías oído?

—Yo no escucho los rumores —le respondió Camine sonriendo—. Yo los empiezo.

—*Touché*, querida. Pasé mucho tiempo prestando atención a los rumores durante mi búsqueda de una cura para Malika, y había oído hablar mucho de la brujería de los Mil Hijos. Oí comentarios de que muchísimos de ellos se habían visto terriblemente afligidos por unas horribles mutaciones, y de cómo Magnus había salvado a su legión. Pensé que si podía aprender de ellos, podría aprender cómo traer a Malika de vuelta.

—Oh, Lemuel —exclamó Camille cogiéndole la mano y besándosela —. Créeme, no se puede traer a nadie de vuelta; lo sé. He tocado a los muertos y he escuchado sus vidas. He sentido su amor y su dolor. Pero a través de todo eso he sentido la alegría de la que disfrutaron cuando estaban vivos, de la gente que conocieron y amaron. Al final, eso es lo mejor que alguien pudiera desear, ¿no te parece?

—Supongo que sí —respondió Lemuel—. Pero lo intenté con todas mis fuerzas.

—Ella lo sabía. A través de todas las cosas, ella sabía que tú la amabas y que estabas intentando salvarla.

—¿Podría darte algo suyo? —preguntó Lemuel—. ¿Y quizá podrías leerlo?

—Por supuesto, haré lo que esté en mi mano, Chaiya. Lo sabes —respondió Camine con voz somnolienta.

Lemuel frunció el ceño.

—¿Acabas de llamarme Chaiya?

—Claro, ¿por qué? Así es como te… llamas —dijo Camille—. ¿No, mi amor?

A Lemuel se le revolvió el estómago cuando la mano de Camille se soltó de la suya y los ojos se le abrieron más. Respiraba entrecortadamente y todo el lado izquierdo de su cara pareció deslizarse, como si unas manos invisibles estuvieran moldeando su carne para crear una mueca horrible.

—¡Oh, no! ¡Camille! ¡Camille!

Cerró las manos retorciendo las sábanas de la cama, sujetándolas con los puños, y el cuerpo se le tensó por la intensidad del ataque. Los ojos miraban fijamente con una furia maníaca y la saliva ensangrentada se le escapaba por la comisura de los labios. La cara de Camille era una máscara de súplica silenciosa con todo el cuerpo sacudido por el dolor.

Lemuel se volvió hacia la puerta.

—¡Socorro! ¡Trono de Terra, ayúdame por favor! —gritó.

—¿Los ves? —preguntó Phosis T'kar.

—Sí —respondió Hathor Maat—. Verlos no es el problema. El problema es poder hacer algo al respecto.

—Por favor —rogó Lemuel—. Cualquier cosa, lo que podáis hacer.

La habitación de Camille se había convertido en una colmena de actividad desde que él había gritado pidiendo ayuda. Chaiya había regresado, pero no con personal médico ni con ningún tipo de material, sino con dos capitanes de los Mil Hijos. Los había presentado como Phosis T'kar de la Segunda Hermandad y Hathor Maat de la Tercera.

Estaba claro que tenía amigos en puestos importantes.

Mientras que Phosis T'kar mantenía a Camille inmovilizada con el poder de su mente, el absurdamente bello Hathor Maat le colocaba las manos a ambos lados del cráneo. Tenía los ojos cerrados, pero por el movimiento de sus pupilas estaba claro que visualizaba con otros sentidos.

—Hay seis de ellos, escondidos muy profundamente y creciendo rápido —dijo—. Unas feas cosas blancas. Aún no son larvas, pero no tardarán mucho en convertirse en crisálidas.

—¿Podéis salvarla? —le preguntó Chaiya con una voz tan quebradiza como el cristal rajado.

—¿Qué crees que estamos intentando hacer? —le soltó Phosis T'kar.

—Son unos cabrones inteligentes —dijo Hathor Maat entre dientes, girando la cabeza y moviendo las manos alrededor del cráneo de Camille —. Unos zarcillos orgánicos, como anclas, están excavando la carne del cerebro, fijándose a las fibras nerviosas. Necesito quemarlos lentamente.

—¿Quemarlos? —preguntó Lemuel, horrorizado ante la idea.

—Por supuesto —le replicó Maat—. ¿De qué otro modo creías que iba a hacerlo? Ahora, quédate en silencio.

Lemuel cogió la mano de Chaiya. Aunque no se habían visto hasta hoy, estaban unidos por su amor hacia Camine. Por la tensión de los músculos del cuello y los brazos, Lemuel veía que el cuerpo de Camille estaba intentando retorcerse en la cama a causa de su agonía, pero Phosis T'kar la mantenía inmóvil sin ningún esfuerzo aparente.

—Te veo —dijo Hathor Maat, ensortijando el dedo como si fuese a enganchar un pez. A Lemuel le llegó un olor nauseabundo, como de algo que se quemaba.

—¡Le estás haciendo daño a ella! —gritó.

—Te dije que te estuvieras callado —le ladró Hathor Maat—. La más insignificante fracción de error y puede que termine quemándole el mecanismo que le permite respirar o el que bombea la sangre de su corazón. Le he cogido el cuerpo y lo estoy cociendo vivo.

Rió con placer.

—Vaya, eso no te gusta, ¿verdad? —musitó—. Estás intentando hincar tus patas y engancharte aún más, ¿no? Bueno, eso ya lo veremos.

Hathor Maat hundió los dedos, extendiendo las puntas y sonriendo cuando el olor a carne quemada se hizo más intenso. Trabajó dentro del cráneo de Camille durante más de una hora antes de asentir con la cabeza para sí mismo.

—Uno. Dos. Tres. Y cuatro… Los tengo —anunció.

—¿Los tiene a todos? —preguntó Lemuel.

—No seas absurdo; ésos eran sólo los zarcillos del primer huevo. Son tenaces y no se dan por vencidos sin luchar. Ahora está suelto, pero necesitamos sacarlo rápido antes de que vuelva a engancharse. ¿Phosis T'kar?

—Lo tengo —dijo el capitán de la Segunda Hermandad.

Phosis T'kar colocó la mano junto a la oreja de Camille y giró sus dedos extendidos como si estuviera intentando coger el más complicado de los rizos. Tenía los dedos increíblemente hábiles, y Lemuel contuvo la respiración cuando Phosis T'kar fue atrayendo sus dedos poco a poco de nuevo hacia la palma de la mano.

—¡Que Inkosazana nos proteja! —exclamó Lemuel cuando algo húmedo que se retorcía salió de la oreja de Camille. Parecía una babosa con pinchos, y su cuerpo resbaladizo se retorcía mientras el increíblemente preciso poder de Phosis T'kar tiraba de ella hacia el exterior.

La criatura parecida a una babosa cayó sobre una brillante bandeja en forma de riñón, dejando un rastro de sangre y baba tras ella. A Lemuel se le revolvió el estómago sólo de mirarla.

—¿Te gustaría hacer los honores? —preguntó Phosis T'kar entregándole a Lemuel la bandeja en forma de riñón con una sonrisa.

—Por supuesto —contestó Lemuel.

Inclinó la bandeja y tiró el psiconeuein en estado prelarvario al suelo de cerámica de la sala médica. Saltó sobre él y lo machacó con el tacón hasta convertirlo en una pasta viscosa.

—Uno muerto y quedan cinco —dijo Hathor Maat con chorreones de sudor cayéndole por la piel—. Bueno, está bien; me encantan los retos.

Más allá de la pirámide de los Apotecarios, una lluvia ligera cayó sobre Tizca. Este fenómeno era muy poco frecuente en la ciudad, y los habitantes salieron a las calles para sentirla sobre la piel. Los niños jugaron bajo la lluvia y en las calles se oían los ecos de los gritos de alegría cuando chapoteaban en los charcos que se formaban bajo los canalones de los desagües.

Continuó durante días, ahogando la ciudad todas las mañanas.

Nadie sabía de dónde venía, porque las redes tecnopsíquicas embutidas en las montañas solían ser un medio completamente fiable de predecir y controlar el clima del planeta.

Por supuesto que hacía falta algo de lluvia para mantener el ecosistema equilibrado, pero esto estaba más allá de cualquier cosa que los habitantes de Tizca hubieran experimentado nunca. Los edificios brillaban bajo el agua de la lluvia y en las calles fluían ríos que gorgoteaban.

Se hicieron preguntas a los Mil Hijos, pero no hubo respuesta en cuanto a la causa de aquellas lluvias fuera de temporada. La mitad de los capitanes de la legión estaban ausentes, y los que sí estaban, no tenían respuesta.

Al sexto día se celebró un desfile improvisado en la plaza Occullum, donde la multitud se quitó la ropa y se divirtió desnuda bajo la lluvia. Tizca no tenía ninguna fuerza de policía permanente, así que algunos miembros de la Guardia de las Torres fueron desplazados para hacer que los bailarines desnudos regresaran a sus casas. El séptimo día, varios miembros del desfile cayeron enfermos con una mortal neumonía vírica, y a la mañana siguiente, la gente se amotinó delante de la pirámide de los Apotecarios, porque, asustados, exigían una vacuna. Sesenta y tres personas murieron antes de que la Guardia de las Torres restaurara el orden y un ambiente triste cayó sobre la ciudad.

Al noveno día, las lluvias cesaron finalmente y el sol se abrió paso a través de las nubes oscuras que colgaban como jueces desaprobadores sobre el corazón de la ciudad. Un luminoso rayo de sol brilló sobre Tizca,

bañando a la ciudad en un dorado radiante y llegando a la urna en llamas de lo alto de la gran columna del centro de la plaza Occullum.

Mahavastu Kallimakus escribió que fue como si la luz del cielo regresara a Prospero.

En las profundidades de la Cueva Reflectante, aquella luz regresó a su fuente.

Magnus abrió el ojo y el athame se retiró de su carne. La hoja se disolvió hasta convertirse en polvo en cuanto entró en contacto con el aire. Ahriman dejó escapar un suspiro de alivio cuando Magnus se sentó, balanceando las piernas sobre el borde de la piedra blanca y parpadeando furiosamente en la oscuridad.

Sólo el tenue brillo que nadaba en las paredes iluminaba la cámara. De los mil sirvientes sólo dieciocho seguían vivos, aunque sus cuerpos estaban demacrados y consumidos, y el brillo de sus cristales era débil y estaba casi extinguido.

—Señor —dijo Amon, adelantándose con una copa de agua—. Me alegro de veros.

Magnus asintió y Ahriman vio lo pálida que se le había vuelto la piel. Tenía el largo pelo pelirrojo aplastado por el sudor, y Ahriman pensó que podría ver las venas retorciéndose y los órganos latiendo bajo la piel del primarca. Eso no era posible, porque Ahriman había mirado al interior del corazón de Magnus, y allí no había nada tan mundano como un hígado, pulmones o un riñón dentro de aquel cuerpo inmortal.

Phael Toron, Uthizzar y Auramagma entraron de prisa, con un gozo inconmensurable al ver a Magnus de vuelta. Sólo Ahriman se contuvo, con sus emociones mezcladas por lo que habían llevado a cabo. Durante nueve largos días habían velado a su amado primarca, sin comer ni dormir ni beber ni siquiera agua. No habían intercambiado ni una palabra y tampoco se habían puesto en contacto con los hermanos del exterior.

—¿Ha merecido la pena? —le preguntó Ahriman—. ¿Habéis tenido éxito?

Magnus lo miró fijamente con su único ojo, una órbita sin brillo de un azul acuoso, y negó con la cabeza lentamente.

—No, Ahzek, creo que no —le respondió Magnus—. Igual que yo intentaba salvar a mi hermano del abismo, había otros dispuestos a empujarlo hacia él.

—¿Otros? —gruñó Auramagma—. ¿Quiénes?

—Un miserable llamado Erebus que sirve a mi antiguo hermano Lorgar. Parece que los poderes que buscan atrapar a Horus Lupercal ya han reclamado a algunos elementos de este consejo. Los Portadores de la Palabra ya son esclavos de Caos.

—¿La legión de Lorgar también nos ha traicionado? —exclamó Phael Toron—. Esta traición tiene unas raíces mucho más profundas de lo que nunca hubiéramos podido imaginar.

—¿Caos? —dijo Ahriman—. Usáis el término como si fuera un nombre.

—Lo es, hijo mío —le confirmó Magnus—. Es el Aniquilador Primordial que se ha escondido en las profundidades más negras del Gran Océano desde el amanecer de los tiempos, pero que ahora se mueve con infinita paciencia hacia la superficie. Es el enemigo contra el que todos debemos unirnos o la raza humana será destruida. La guerra que se aproxima es su medio de conseguir el final de todas las cosas.

—¿El Aniquilador Primordial? Nunca he oído hablar sobre algo así —dijo Ahriman.

—Ni yo tampoco hasta que me enfrenté con Horus y con Erebus —admitió Magnus, y Ahriman se sorprendió al ver un destello en el aura de su primarca.

Magnus les estaba mintiendo. Él ya conocía la existencia de ese Aniquilador Primordial.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Uthizzar—. ¿Tendremos que advertir al Emperador?

Magnus vaciló antes de asentir con la cabeza lentamente.

—Sí, debemos hacerlo. Si mi padre está avisado de antemano, podrá levantarse en armas contra Horus antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué iba él a creernos? —preguntó Ahriman—. No tenemos pruebas.

—Yo tengo la prueba ahora —suspiró Magnus con cansancio—. Ahora regresad a vuestros templos de culto y esperad mi llamada. Amon, atiéndeme tú; el resto de vosotros podéis marcharon.

Los capitanes de las diferentes hermandades se dieron la vuelta y se dirigieron hacia los escalones de cristal que conducían al exterior de la cueva.

—Ahriman —dijo Magnus—, inclina todo el poder de los corvidae a desentrañar los hilos del futuro. Debemos saber más de lo que está por venir. ¿Me comprendes?

—Sí, señor —contestó Ahriman.

—Haz todo lo que sea necesario —le ordenó Magnus—. Cueste lo que cueste.

Cuando Lemuel despertó, se encontró con Ahriman de pie junto a él. Su mentor tenía una expresión dura en los ojos y Lemuel sintió inmediatamente la tensión en la habitación. Ahogó un bostezo, dándose cuenta de que se había quedado dormido junto a la cama de Kallista una vez más. Ella tenía los ojos cerrados, aunque era difícil saber si estaba dormida o inconsciente. Camille estaba sentada frente a él y su respiración era la de alguien que duerme.

Camille se había recuperado bien de su terrible experiencia con los huevos de los psiconeueins, volviendo rápidamente a su vivacidad habitual.

—¿Señor? ¿Qué ocurre?

Amon y Ankhu Anen estaban de pie detrás de Ahriman, haciendo que la habitación pareciera pequeña de repente.

—Deberíais marcharos, los dos —le dijo Ahriman.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—Porque os va a resultar desagradable lo que va a ocurrir aquí.

—No lo entiendo —dijo él, levantándose de la silla y moviéndose protectoramente hacia Kallista. Camille se despertó y miró hacia arriba, sobresaltada al ver a los astartes que llenaban la habitación.

—¿Lem? —preguntó, consciente de la tensión inmediatamente—. ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sé todavía.

—No espero que lo comprendas —dijo Ahriman con auténtico pesar en la voz—. Pero hay acontecimientos que están ocurriendo y que hacen que necesitemos saber el futuro. Se nos han prohibido nuestros métodos habituales para obtener esa información, así que debemos buscar otras vías.

—¿Qué vais a hacer? No permitiré que le hagáis daño.

—Lo siento, Lemuel —dijo Ahriman—. No tenemos elección. Esto tiene que ocurrir. Créeme, ojalá no fuera así.

Amon se movió hacia las máquinas con paneles de color avellana y giró todos los diales hasta la posición central. La luz empezó a difuminarse en los chisporroteantes globos que zumbaban y las agujas de los indicadores dorados cayeron en picado.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber Camille—. Lord Ahriman, por favor.

Ahriman no dijo nada, pero su cara dejaba traslucir su inquietud.

—¿Tú querías saber para qué era esta máquina? —le preguntó Ankhu Anen a Lemuel cogiéndolo por el brazo. El enorme astartes lo apartó con facilidad del lado de Kallista y se lo entregó a Ahriman—. Es un bloqueador etéreo. Aísla la mente del sujeto del Gran Océano. Usábamos estos instrumentos para tranquilizar a nuestros hermanos cuando el cambio de la carne se abatía sobre ellos. Era la única manera de pararlo. La mente de tu amiga está abierta de par en par a sus rugientes mareas, y si no fuera por estos instrumentos la energía etérea estaría entrando en ella a raudales.

—¿Podéis… cerrar su mente? —preguntó Camille, quedándose en pie junto a su amiga de forma protectora.

Los astartes no dijeron nada y Lemuel leyó la verdad en sus auras.

—Pueden, pero no lo harán.

—Ella ya debería estar muerta —susurró Ankhu Anen, tirando de Camille para apartarla de su camino—. Tiene un nexo único con las corrientes del futuro y nosotros tenemos que hacer uso de todas las herramientas disponibles.

—¿Herramientas? ¿Es eso lo que hemos sido para vosotros? —preguntó Lemuel mientras se retorcía sin éxito para soltarse de Ahriman—. Todo este tiempo, ¿simplemente nos habéis estado utilizando?

—No ha sido así —le aseguró Ahriman al tiempo que dirigía a Ankhu Anen una mirada envenenada.

—Sí, sí que lo ha sido —le replicó Lemuel—. Ahora lo veo claro. Creéis que sois muy listos, pero os ciega la creencia en la superioridad de vuestro conocimiento. Ni siquiera se os ocurre contemplar la idea de que otra persona pudiera saber más que vosotros.

—Porque no hay nadie —lo cortó Ahriman—. Sabemos más que ninguna otra persona.

—Quizá sí o quizá no. ¿Y si hay algo que se os está escapando? ¿Y si hay alguna pequeña pieza del rompecabezas de la que no tenéis ni idea?

—Cállate —le ordenó Ankhu Anen—. Nosotros somos los arquitectos del destino, no tú.

—Entonces, ¿qué va a pasar cuando apaguéis esas máquinas? —preguntó Camille, cogiendo a Lemuel de la mano cuando se dieron cuenta de la inutilidad de resistirse físicamente a los astartes.

—Escucharemos lo que ella tenga que decir y nos enteraremos del futuro.

—No. No os lo permitiré —dijo Lemuel.

—¿Que no? —se burló Ankhu Anen—. ¿Y quién eres tú para darnos órdenes, pequeño hombrecito? ¿Te crees que porque Ahriman te haya enseñado unos cuantos trucos de salón ya eres uno de nosotros? Vosotros sois mortales, y vuestras capacidades e intelectos son algo a lo que no nos dignamos prestar atención.

—Ahriman, por favor —le rogó Lemuel—. ¡No hagáis esto!

—Lo siento, Lemuel, pero ellos tienen razón. Kallista va a morir de todas formas. Al menos así su muerte servirá para algo.

—¡Eso es mentira! —gritó Lemuel—. Si hacéis eso la estaréis matando. Si le metierais una bala en la cabeza al menos seríais honesto.

Amon retiró algunos de los puntos de contacto del cráneo de Kallista y consultó los indicadores del bloqueador etéreo. Le hizo una señal con la cabeza a Ankhu Anen.

—Ya está. He dejado algunos de los bloqueadores en su sitio, pero ahora tiene la mente abierta al éter. Sólo una fracción, pero debería ser suficiente para generar actividad adivinatoria.

Kallista pestañeó hasta abrir los ojos y contuvo el aliento ante el pánico que le produjo darse cuenta de que estaban obligando a sus sensaciones a volver a la superficie de su conciencia. Movió los labios y unos sonidos roncos salieron en ráfagas de algún lugar muy profundo de su interior. La temperatura de la habitación bajó de una manera acusada.

—Un millón de esquirlas de cristal, un millón de veces un millón. Todo roto, todo es cristal roto. El ojo en el cristal. Ve y sabe, pero no hace nada…

Los ojos se le cerraron y su respiración se hizo más profunda. No dijo nada más, y Ankhu Anen se inclinó sobre ella para separarle los párpados y abrirle los ojos.

—Aumenta el flujo de energía etérea —ordenó—. Podemos sacarle más cosas.

—Por favor —le rogó Camille—. No le hagáis esto.

—¡Ahriman, ella es inocente y no se merece esto! —gritó Lemuel.

Los Mil Hijos no les hicieron caso y Amon volvió a ajustar los diales de la máquina. Las agujas cayeron aún más y el cuerpo de Kallista se sacudió en la cama, pataleando hasta levantar la manta por los pies. Lemuel no quería mirar, pero tampoco podía separar los ojos de aquella visión terrible.

Gritó y las palabras salieron de ella como una inundación, mientras que la temperatura seguía bajando de forma acusada.

—Es demasiado tarde… el Lobo está en la puerta y está sediento de sangre. ¡Oh, Trono… no, la sangre! Los Cuervos, también los veo. Los hijos perdidos y un cuervo de sangre. ¡Gritan pidiendo la salvación y el conocimiento, pero se les niegan! Un hermano traicionado, un hermano asesinado. ¡El peor error por la más noble de las razones! ¡No puede ocurrir, pero debe hacerlo!

El sudor le brotaba a Kallista a raudales de la cara y los ojos se le salían de las órbitas, y cada músculo y tendón de su cuerpo estaba tenso hasta parecer casi a punto de romperse. El esfuerzo de hablar le resultaba excesivo y cayó hacia atrás, con el cuerpo arrasado por unas convulsiones muy dolorosas.

Lemuel sintió que Ahriman lo agarraba con menos fuerza y alzó la mirada encontrándose con el arrepentimiento escrito en su cara. Extendió su aura, proyectando su repugnancia y su tristeza por cómo los Mil Hijos habían tratado a Kallista hasta el interior de Ahriman. El efecto fue sutil, pero Ahriman bajó la mirada hacia él, con una expresión que era en parte de admiración y en parte de remordimiento.

—Eso no funcionará conmigo —le dijo Ahriman—. Has aprendido mucho, pero no tienes suficiente fuerza para influenciarme con el poco poder que posees.

—Entonces, ¿simplemente vas a dejar que esto ocurra?

—No tengo elección —le contestó Ahriman—. El primarca lo ha exigido.

—Lem, van a matarla —rogó Camille.

Ahriman se volvió para mirarla.

—Ya está muerta, señora Shivani. —Hizo un gesto con la cabeza a Amon—. Libera el éter dentro de ella. Tenemos que saberlo todo.

El palafrenero del primarca se volvió de nuevo hacia la máquina y puso todos los diales a cero. Las agujas cayeron al mínimo y las luces que parpadeaban en la superficie se extinguieron. Los indicadores de cristal de la máquina crujieron bajo la escarcha y los globos se empañaron. Lemuel sintió el frío del fin del mundo.

El efecto sobre Kallista fue instantáneo: la espalda se le arqueó y los ojos se le abrieron de golpe. Una luz abrasadora salió en torrente, como el aliento de una incineradora. La habitación se iluminó con una vomitiva luz verde azulada que dibujaba sombras de cosas que no existían en todas las paredes. Los alaridos fantasmales de millones de monstruos salieron arrancados de su garganta y Lemuel olió la horrible pestilencia de la carne humana quemada.

Del cuerpo de Kallista empezó a salir humo, y hasta los astartes se sintieron horrorizados ante lo que le estaba ocurriendo. La carne que cubría sus huesos se levantaba y echaba humo, desprendiéndose en copos ennegrecidos como si fuese el objetivo de un lanzallamas invisible. Su cuerpo silbó y escupió mientras se reducía a ríos gelatinosos de grasa y carne en ebullición.

Y ella siguió gritando todo el tiempo.

Mucho después de que su corazón, sus pulmones y su cerebro se hubieran convertido en cáscaras ennegrecidas, ella seguía gritando. El sonido se le metió a Lemuel dentro como si se tratara de un cuchillo caliente que se retorcía en sus tripas con una fuerza traicionera. Cayó de rodillas cuando un grito chirriante como una multitud de uñas arrastrándose por una piedra de pizarra se le clavó en la cabeza. Camille estaba gritando, y la fuerza con la que le agarraba la mano era tan poderosa como la del tornillo de una abrazadera.

Y después, con un horrible sonido de desgarros y roturas, se acabó.

Lemuel parpadeó varias veces a causa de los brillantes estallidos de color, sintiendo que el estómago se le revolvía con el hedor a carne quemada que invadía el aire como un miasma. Consiguió ponerse en pie, temeroso de lo que vería, pero también necesitaba saber qué le había ocurrido a Kallista Eris.

No quedaba nada de la guapa rememoradora; sólo una silueta ennegrecida grabada en las sábanas y charcos humeantes de carne muerta que chorreaban desde la cama como largas cuerdas de goma.

—¿Qué habéis hecho? —susurró con las lágrimas corriéndole por la cara—. ¡Kallista, pobrecita, pobre chica!

—Hicimos lo que necesitábamos hacer —siseó Ankhu Anen—. No tengo que pedir disculpas.

—No —lo rebatió Lemuel mientras se daba la vuelta para ayudar a Camille a ponerse en pie—. No hacía falta que hicierais esto. Esto ha sido un asesinato, simple y llanamente.

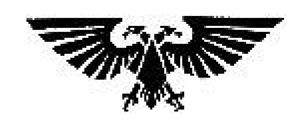
Camille lloró con él, escondiendo la cabeza en su hombro y clavándole las uñas en la espalda mientras sollozaba convulsamente de dolor.

Ahriman extendió su brazo hacia él.

—Lo siento muchísimo, amigo mío —le dijo.

Lemuel se sacudió la mano de encima, dejando a Ahriman atrás mientras se dirigía a la puerta abrazando fuertemente a Camille.

—¡No me toques! —le gritó—. Ya no somos amigos, y ni siquiera sé si lo fuimos alguna vez.



VEINTICINCO
ADVERTENCIA
TENÍAS RAZÓN
DEMASIADO CERCA DEL SOL

Magnus estaba sentado en el centro de la Cueva Reflectante, dejando que las armonías resonantes de los silenciosos cristales lo llenasen de paz. Sus meditaciones habían durado dos noches, y finalmente había alcanzado la calma que necesitaba para hacer su viaje. No estaba solo, ya que novecientos sirvientes ocupaban las posiciones que se les habían asignado dentro de la cámara, sosteniendo cada uno de ellos un cristal de luz trémula en el que habían depositado su fuerza vital.

No se podía disponer de más sirvientes, porque todos los que habían participado en el último ritual habían muerto. Novecientos eran menos de lo que a Magnus le hubiera gustado, pero habría que conformarse con ello. ¿Quedaba otra elección?

El hechizo que él había pensado requería un sacrificio. Su poder estaba más allá de nada de lo que hubiera conjurado antes, ni siquiera dentro del secretismo de su sanctasanctórum, ni en los días en los que luchó por curar a su legión de aquellas terribles mutaciones.

Las vidas de los sirvientes estaban perdidas, pero era un sacrificio que cada uno de ellos hacía de buen grado. Sus hermanos habían muerto en vano cuando Magnus intentó salvar a Horus. Morirían para permitir que Magnus diera aviso de esa traición al Emperador, y ninguno le dio a su señor y maestro la luz de su vida de mala gana.

Magnus abrió el ojo cuando Ahriman se aproximó.

—¿Está todo preparado? —preguntó.

Ahriman iba vestido con una túnica blanca y llevaba ante él, como una ofrenda, el Libro de Magnus. Magnus leyó la preocupación de su hijo favorito, pero sólo a él, de entre todos sus guerreros, se le podía confiar este hechizo, porque sólo Ahriman tenía la claridad de pensamiento y el dominio objetivo de las Enumeraciones necesario para entonar el conjuro con la precisión requerida.

—Lo está, señor —respondió Ahriman—. Pero os pregunto de nuevo, ¿es ésta la única forma?

—¿Por qué dudas de mí, hijo mío? —preguntó Magnus.

—No es que dude de vos —se apresuró a decir Ahriman—, pero es que he estudiado esta evocación y su poder no se parece a nada que hayamos intentado antes. Las consecuencias…

—Las consecuencias serán sólo y exclusivamente responsabilidad mía —lo interrumpió Magnus—. Y ahora, haz lo que te digo.

—Señor, siempre os obedeceré, pero el hechizo para entrar en el entramado de túneles alienígenas exige que se cierren tratos con las criaturas más terribles del Gran Océano, seres cuyos nombres se traducen como… demonios.

—Hay pocas cosas que escapen a tu conocimiento, Ahriman, pero aún hay cosas que no puedes saber. Tú, de entre todos los hombres, deberías saber que «demonio» es una palabra sin significado que conjuraron los tontos que no sabían lo que veían. Hace mucho tiempo me encontré en el Gran Océano con poderes que creía desaparecidos, masas continentales conceptuales, pero con el paso del tiempo llegué a conocerlas como inmensas inteligencias, seres de un poder tan enorme que, a su lado, las

estrellas más brillantes de nuestro propio mundo parecen insignificantes. Con esos seres se pueden hacer tratos.

—¿Qué podrían querer esos seres tan poderosos? —quiso saber Ahriman—. ¿Podréis estar seguro alguna vez de haber conseguido el mejor trato?

—Puedo —le aseguró Magnus—. He hecho tratos con ellos antes. Esta vez no será diferente. Si hubiéramos podido salvar la entrada a la red de túneles que había en Aghoru, este hechizo no sería necesario. Yo habría podido simplemente entrar y salir en Terra.

—Suponiendo que en Terra haya una puerta —lo previno Ahriman.

—Por supuesto que hay una puerta en Terra. ¿Por qué si no se habría retirado mi padre allí para seguir con sus investigaciones?

Ahriman asintió, aunque Magnus se dio cuenta de que distaba mucho de estar convencido.

—No hay ninguna otra forma, hijo mío —insistió Magnus—. Ya hemos hablado de esto antes.

—Lo recuerdo, pero me asusta que tengamos que utilizar poderes que nos están prohibidos para avisar al Emperador. ¿Por qué iba él a fiarse de ninguna advertencia enviada por tales medios?

—¿Preferirías que me fiara de los caprichos de la astrotelepatía? Ya sabes lo volubles que pueden ser esas interpretaciones. No me atrevo a confiar un asunto de una importancia tan terrible a los simples mortales. Sólo yo tengo el poder de proyectar mi ser al interior de este laberinto alienígena y navegar hasta Terra con las noticias de la traición de Horus. Para que mi padre me crea, tengo que hablar con él directamente. Tiene que ser testigo de la agudeza de mis visiones, y debe saber lo que yo sé con la totalidad de mi verdad. Si lo oye de tercera, cuarta o quinta mano a través de toda una serie de intermediarios, cualquier advertencia perderá fuerza hasta que sea demasiado tarde para hacer algo. Por eso es por lo que hay que hacerlo de esta forma.

—Entonces, hay que hacerlo —declaró Ahriman.

—Sí, así es —asintió Magnus mientras se levantaba del suelo de la cámara para luego dirigirse con Ahriman hasta el punto que quedaba por

debajo del mecanismo de bronce que estaba colocado bajo la plaza Occullum. Magnus miró hacia arriba a través de la gema verde que estaba en la base como si estuviera mirando a la misma Terra.

—Será peligroso —admitió Magnus—, pero si hay alguien que puede hacerlo…

—Ése sois vos —terminó la frase Ahriman. Magnus sonrió.

—¿Cuidarás de mí, hijo?

—Siempre —contestó Ahriman.

Magnus sintió cómo el mundo descendía abruptamente alejándose de él, que se iba despojando de su cuerpo físico igual que las serpientes se despojan de su piel y resurgen renovadas. Cuando los antiguos miraban a esas criaturas, pensaban que conocían los secretos de la inmortalidad y ponían sus nombres a sus casas de curación en su honor. Hasta hoy, el símbolo del apotecario, el caduceo, ha llevado serpientes enroscadas en una doble hélice.

Las cadenas de la carne fueron liberadas y Magnus destiló su esencia en una flecha hirviente dirigida desde Prospero hasta la distante Terra. Con un pensamiento, salió disparado hacia arriba a través del Occullum hacia los cielos. Su cuerpo de luz era algo precioso; la existencia tal como debería ser experimentada y no la solidez física soportada por los mortales.

Magnus dejó de pensar en ello, porque la energía del hechizo lo estaba desplazando cada vez más hacia adelante. Sintió las palabras de Ahriman, las palabras de los antiguos hechiceros de Terra arropando su cuerpo incandescente y las energías vitales de los sirvientes atribuyéndole poderes con su fuerza vital.

Ése era un hechizo peligroso y ningún otro ser se atrevería a manejarlo.

La negrura del espacio se disolvió y los rugientes torrentes del Gran Océano lo rodearon. Magnus rió de placer, regocijándose en las familiares

energías y en las corrientes que lo acogían como si se tratara de un amigo perdido mucho tiempo atrás.

Él era una estrella brillante en medio de una constelación de supernovas; cada una de ellas un tizón parpadeante al lado de su gloria beatífica.

Allí, en el Gran Océano, podía ser lo que quisiera; nada estaba prohibido y cualquier cosa era posible.

Los mundos pasaban a su lado a gran velocidad mientras que él atravesaba como un rayo las mareas de colores, luces y dimensiones sin nombre. El caos turbio del éter era un paraíso para las fuerzas titánicas, donde universos enteros se podían crear y destruir con un solo pensamiento fortuito. ¿Cuántas decenas de miles de vidas potenciales llegaban a ser alumbradas o extinguidas sólo por pensar en esas cosas?

Los depredadores lo evitaban mientras él pasaba veloz hacia su destino como el corneta más increíble que jamás hubiera cruzado las estrellas. Lo reconocieron y se sintieron temerosos de su brillo en un reino donde la luz de la creación resplandecía en cada bocanada. La inactividad era anatema para Magnus. Toda vida necesitaba pasar a través de una serie de etapas evolutivas para prosperar, y el cambio formaba parte del ciclo natural de todas las cosas vivas, desde el más pequeño organismo unicelular hasta la radiante criatura revestida de la materia ordinaria de la humanidad.

La nobleza de su causa lanzaba destellos de poder que creaban mundos y conceptos fantasmas a su paso. Filosofías enteras y áreas de pensamiento nacerían en las mentes de aquellos con la suerte suficiente como para que aquellos restos descendieran sobre ellos en sueños.

Su rumbo se alteró, ya que un pensamiento errante lo obligó a cambiar de dirección para rodear una sombra monstruosamente oscura, la masa palpitante de algo enorme que se movía en las profundidades del Gran Océano. Magnus sintió un indicio de familiaridad en el maremágnum de recuerdos, pero lo ahogó con un estremecimiento que envió un torrente de pesadillas a los sueños de los guerreros tribales de un mundo salvaje que pronto se encontrarían con la 392.ª Flota Expedicionaria.

No había puntos de referencia en el Gran Océano, ya que su topografía estaba en constante mutación, y aun así, este paisaje de ríos de color y luz le era familiar por su propia mutabilidad. Había volado por este lugar antes, y retrocedió, concentrándose en mantener su auténtico rumbo.

Un estremecimiento pasó junto a su brillante esencia y Magnus sintió morir al primer grupo de sus sirvientes. Las luces de sus almas se apagaron y parte de su increíble y feroz velocidad se perdió.

—Aguantad, hijos míos —susurró—. Sólo un poco más.

Lo que buscaba estaba cerca, lo sentía: la misma vibración sutil en el tejido del Gran Océano que lo había atraído hacia Aghoru. Era débil, como un latido distante escondido en mitad de un vigoroso coro de tambores.

Sus creadores habían pretendido egoístamente quedárselo para ellos solos, sin darse cuenta de que su época de señores de la galaxia había terminado. Incluso con su imperio en declive, guardaban su secreto celosamente junto a sus corazones.

Magnus sintió que uno de los caminos escondidos estaba cerca y abrió su ojo interior, y vio el brillante tejido del Gran Océano revelado en toda su gloria. Los capilares ocultos de la red alienígena eran visibles como si fueran radiantes líneas de oro derretido, y Magnus varió su rumbo para dirigirse a la más próxima.

La distancia era un concepto que aquí, de forma similar, carecía de sentido, y con un pensamiento se acercó en espiral al pasaje dorado. Centró su energía y la soltó en aquella red proyectando un brillante rayo plateado. Decenas y decenas de sus sirvientes murieron en un instante, pero el resplandor trémulo del pasaje dorado permaneció inalterado. Magnus lanzó sus puños contra los muros impermeables, extinguiendo a sus sirvientes por decenas con cada uno de los golpes, pero fue inútil.

No había servido para nada. No podía entrar.

Magnus sintió que su ascenso glorioso perdía velocidad y su aullido de frustración llegó a los rincones más remotos del Gran Océano.

Y después sintió la sensación familiar de algo titánico moviéndose en el oleaje que lo rodeaba, un continente a la deriva que el océano, con una antigua sensibilidad, guardaba en su corazón etéreo. Infinitos espectros de

luz bailaban delante de él, más magníficos que el más radiante Mechanicum Borealis. Incluso para alguien tan poderoso como Magnus, la erupción llameante de luz y poder resultaba increíble.

Su comunicación era sibilante, como la arena que va cayendo por el cuello de un reloj de arena. Tenía anchura y profundidad, pero aun así, carecía de principio y de fin, como si hubiera existido siempre a su alrededor y siempre fuese a existir.

Hablaba no con palabras, sino con poder. Lo rodeaba, ofreciéndosele gratuitamente y sin ningún motivo oculto. El Gran Océano era realmente un lugar de contradicciones, cuya naturaleza turbia e infinita permitía la presencia de todas las cosas, buenas y malas. Igual que algunas de las entidades que se encontraban en sus profundidades eran maliciosas y depredadoras, otras eran benevolentes y altruistas.

Al contrario de lo que mucha gente creía, aquí había poder sin corromper que aquellos con el conocimiento y la habilidad necesarios podrían utilizar. Esos individuos de talento eran pocos y estaban lejos unos de otros, pero a través del trabajo de adeptos como Magnus aún sería posible elevar a la humanidad hasta una era dorada de exploración y de adquisición de conocimiento.

Magnus bebió con avidez del poder que se le ofrecía y entró como un rayo en la red dorada. Sintió el lamento chillón del deshacer como un grito de dolor. Sin pensarlo dos veces, se sumergió en el brillante pasaje siguiendo una ruta que sabía que conducía a Terra.

Muy por debajo de la roca natal de la raza que en este momento dominaba la galaxia, una cámara llena de impulsos palpitaba de actividad. En sus cientos de metros de alto y muchos cientos más de ancho, su maquinaria zumbaba y el ozono abrasador humeaba. Una vez había servido de mazmorra imperial, pero ese uso hacía mucho que se había cambiado por otro.

Unas grandes máquinas de increíble potencia y complejidad se encontraban dispersas por toda la cámara. Había enormes pilas de cosas

almacenadas y artículos únicos que desafiarían el entendimiento hasta del adepto más brillante del Mechanicum.

Parecía un laboratorio que perteneciera a los científicos más brillantes que el mundo hubiera visto nunca. Tenía el aspecto de las grandes cosas, potenciales y aún no descubiertas, y de los sueños a punto de ser arrastrados hasta la realidad. Unas enormes puertas doradas, como las de la entrada al más magnífico de los fuertes, ocupaban uno de los extremos de la cámara. Las puertas mecanizadas lucían unos magníficos relieves: hermanos entrelazados, terribles sagitarios, un león levantado sobre sus patas traseras, la balanza de la justicia y muchos otros.

Miles de adeptos a la tecnología, servidores y calculadores lógicos se movían por la miríada de pasajes de la cámara, como los glóbulos sanguíneos a través de un cuerpo vivo al servicio de su corazón, donde un gran trono dorado se elevaba diez metros por encima del suelo. Aparatoso y con apariencia de máquina, tenía un bosque de cables serpenteantes que lo unían al enorme portal cerrado del otro extremo de la cámara.

Sólo un ser sabía lo que se encontraba detrás de aquellas puertas, un ser de un intelecto mucho más elevado y cuyos poderes de imaginación e invención no tenían igual. Estaba sentado en el poderoso trono embutido en una armadura dorada, utilizando todo su intelecto para supervisar el próximo paso de su maravillosa creación.

Él era el Emperador, y aunque muchos de los que estaban en la cámara lo conocían desde muchas vidas atrás, ninguno lo conocía como ninguna otra cosa. Ningún otro título ni ningún otro posible nombre podrían hacer justicia a un ser tan luminoso. Rodeado por sus pretorianos de mayor rango y atendido por su cónclave de confianza, el Emperador esperaba.

Cuando el problema empezó, lo hizo rápidamente.

El portal brilló con su propia luz interior, como si una increíble energía al otro lado estuviese transmitiendo su calor a través del metal. Enormes sistemas de armamento que se encontraban adosados alrededor del perímetro de la cueva se giraron hacia arriba con los cañones preparados para disparar. Un relámpago saltó de máquina en máquina a medida que los delicados e irreemplazables circuitos se sobrecargaban y

explotaban. Los adeptos corrían para alejarse del lugar de la brecha, sabiendo poco sobre lo que había más allá, pero aun así, conociendo lo suficiente para huir.

Unos rayos chisporroteantes de energía se vertían desde las puertas fundidas, arrancando la piel a tiras a los que estaban demasiado cerca del centro. Los complejos símbolos tallados en la roca de la caverna explotaron con detonaciones sibilantes. Cada una de las fuentes de iluminación de la cámara voló por los aires en una lluvia de chispas, y el trabajo más increíble imaginable que se había llevado a cabo a lo largo de siglos quedó destruido en un instante.

No había terminado de sonar la primera alarma cuando los custodios del Emperador tuvieron las armas preparadas, pero nada de lo que habían aprendido en sus entrenamientos podría haberlos preparado para lo que vino después.

Una forma avanzó atravesando el portal: gigantesca, roja y en llamas por la fuerza ardiente de su viaje. Apareció en el interior de la cámara rodeado de un fuego sobrecogedor que se extinguió para revelar un ser vestido con una túnica y formado por una luz con miles de vectores y de la sustancia de las estrellas. Su resplandor era cegador y nadie podía mirarlo sin sentir la insignificancia de su propia mortalidad.

Ninguno de ellos había visto nunca una aparición tan terrible, un ser tan poderoso, cuyo corazón sólo podría latir mientras estuviese revestido de carne construida con la mejor ingeniería.

Sólo el Emperador reconoció a este ángel clamoroso y el corazón se le rompió al verlo.

—Magnus —dijo.

—Padre —contestó Magnus.

Sus mentes se encontraron, y en aquel momento de fría conexión, la galaxia cambió para siempre.

La plaza Occullum estaba animada, aunque Lemuel vio un trasfondo de miedo sin nombre en las auras de los comerciantes y los compradores.

Regateaban con más amargura de la habitual y el tira y afloja se hacía con ojos cansados y con gran tristeza. Quizá fuera una resaca masiva de los disturbios de dos semanas atrás. Nadie había explicado adecuadamente por qué se había desatado semejante violencia en las calles de una ciudad que nunca había conocido la inquietud a lo largo de cientos de años.

Estaba sentado con Camille en un banco de hierro forjado entre la avenida Gordian y la calle Daedalus, observando cómo la gente iba a sus quehaceres como si nada estuviera fuera de lugar, como si no estuvieran viviendo en un mundo dominado por guerreros que los consideraban poco más que juguetes.

En las dos semanas que habían pasado desde la muerte de Kallista, Camille y él habían pasado mucho tiempo juntos, llorando por su amiga perdida y reconciliándose con su situación actual. Había requerido muchas historias, muchas lágrimas y mucha búsqueda interior, pero al final habían llegado a la misma conclusión.

—Ella pensaba que este mundo era un paraíso —dijo Camille, observando la risa forzada de una pareja que paseaba del brazo bajo la sombra del Occullum.

—Todos lo pensábamos —respondió Lemuel—. Yo no quería que me llegara una misión para los Mil Hijos. Yo quería quedarme y aprender de Ahriman, y mira adónde nos ha traído esto.

—La muerte de Kalli no fue culpa tuya —lo consoló Camille cogiéndolo de la mano—. No pienses eso nunca.

—No lo pienso. Yo culpo a Ahriman. Puede que él no tirara de los contactos ni presionara los botones, pero sabía que lo que estaban haciendo estaba mal, y aún así permitió que ocurriera.

Observaron a la gente un momento más antes de que Camille hablara de nuevo.

—¿Crees que vendrá?

Lemuel asintió.

—Vendrá. Él quiere esto tanto como nosotros.

Camille desvió la mirada y Lemuel leyó la indecisión en su aura.

—Los dos queremos esto, ¿no? —le preguntó.

—Sí —dijo Camille, quizá con demasiada rapidez.

—Vamos —le insistió él—. Tenemos que ser sinceros el uno con el otro ahora.

—Ya lo sé, y tienes razón, es el momento, pero yo…

—Tú no quieres irte sin Chaiya —terminó Lemuel.

—No. ¿Suena eso a algo estúpido?

—En absoluto. Lo entiendo perfectamente, pero ¿merece la pena morir por lo que tienes?

—No lo sé todavía —replicó Camille, restregándose los ojos con las palmas de las manos—. Creo que podría haber merecido la pena, pero éste es su hogar y ella no querrá marcharse.

—No te obligaré a venir, pero tú viste lo mismo que yo.

—Lo sé —dijo ella con los ojos húmedos—. Me romperá el corazón, pero ya lo he decidido.

—Buena chica —lo celebro Lemuel, odiando el hecho de que hubiera tardado tanto en comprender la verdad.

Camille señaló con la cabeza hacia la calle Daedalus.

—Parece que tu amigo está aquí —apareció un palanquín llevado por servidores y se dirigió hacia ellos.

Los servidores eran moles de músculos de hombros anchos, que llevaban cascos de plata y tabardos carmesíes. La gente se apartaba abriendo paso al palanquín, que se detuvo delante de Lemuel y Camille.

La cortina de terciopelo se abrió y Mahavastu Kallimakus se dejó ver. Unos escalones de bronce se extendieron desde la base del palanquín y él los bajó para unirse a ellos.

—Un medio de transporte muy lujoso —apuntó Lemuel, impresionado sin poder evitarlo.

—Una pérdida de tiempo que sólo sirve para atraer la atención hacia mi irrelevancia —le replicó Mahavastu, sentándose junto a Camille en el banco—. Sobek insistió en que viajara en él para conservar mis viejos huesos.

El venerable escriba le dio unas palmaditas a Camille en la mano. Su piel estaba rugosa como la de un viejo roble.

—Lo sentí mucho al enterarme de la muerte de la señora Eris. Era una chica encantadora. Una auténtica tragedia.

—No, no lo fue —declaró Lemuel—. Habría sido una tragedia si hubiera muerto debido a una debilidad suya propia, pero ella fue asesinada, simple y llanamente.

—Ya —asintió Mahavastu—. ¿Qué me puedes decir que yo no sepa?

—Los Mil Hijos la quemaron —le explicó Camille—. La utilizaron, y Kalli murió para que ellos pudieran ver los ecos del futuro. ¡Para lo que les sirvió! Todo lo que hizo fue hablar con acertijos antes de que eso la matara.

—Sí. Me dijeron que había tenido otro de sus desafortunados ataques en Voisanne's.

—Sí, es cierto, pero eso fue sólo el principio —le contó Lemuel, paseando de un lado a otro por delante del banco—. La mataron, Mahavastu. Así de simple. ¿Qué quieres que diga? Tenías razón: los Mil Hijos tienen una maldición. Si lo que Kallista dijo significa la mitad de lo que nosotros creemos que significa, este mundo está condenado y ya deberíamos habernos ido.

—¿Quieres marcharte de Prospero? —le preguntó Mahavastu.

—Desde luego que sí.

Mahavastu asintió.

—¿Y usted también, señora Shivani?

—Sí. Cuando Ankhu Anen me apartó de Kallista, sentí algo en sus recuerdos, un fragmento de algo que había ocurrido entre él y los otros capitanes. No vi más que un destello, pero sea lo que sea que saben, los tiene aterrorizados. Algo muy malo está ocurriendo y ya es hora de que pongamos algo de distancia entre nosotros y los Mil Hijos.

—¿Te has parado a pensar en cómo podríamos hacerlo, Lemuel? —preguntó Mahavastu.

—Sí. Hay un transporte pesado en órbita ahora mismo, el *Cypria Selene*. Están terminando una reparación en el motor y se está reabasteciendo preparándose para salir hacia Thranx. Tiene previsto que

salga dentro de una semana, y nosotros tenemos que ir a bordo de esa nave.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —inquirió Mahavastu—. La tripulación estará monitorizada y no tenemos ninguna razón oficial para estar en el *Cypria Selene*.

Lemuel sonrió por primera vez desde hacía semanas.

—No te preocupes. He aprendido un par de cosas que podrían ayudarnos con eso.

Los libros estaban esparcidos por el suelo de sus habitaciones como hojas de otoño, con las páginas rasgadas y arrugadas. Los planetarios de mesa estaban hechos pedazos y las cartas astrológicas habían sido arrancadas de las paredes. El globo de Prospero estaba roto y sus continentes de color ocre yacían rotos en pedazos entre los rajados fragmentos cerúleos de sus océanos.

Un torrente de destrucción había barrido las habitaciones de Magnus, pero los estragos no los había provocado ningún vándalo inconsciente ni ningún desastre natural. El arquitecto de esta destrucción estaba en cuclillas entre la ruina de sus posesiones con la cabeza enterrada entre las manos.

La túnica blanca de Magnus estaba manchada y arrugada, su piel aparecía cansada tras semanas de abandono y tenía el cuerpo atormentado por un dolor inconsolable. Los estantes que se encontraban detrás de él estaban destrozados, la madera convertida en astillas. Prácticamente nada seguía entero. Los espejos estaban también rotos, reducidos a añicos de cristal reflectante.

Magnus levantó la cabeza, sin aliento después de su orgía de vandalismo.

El esfuerzo no era nada; era la importancia de lo que había destruido lo que lo dejaba sin aliento, el horror desnudo que le paralizaba la mente de lo que se había perdido y nunca podría recuperarse.

Sólo una cosa había escapado a sus desmanes destructores: un pesado atril de frío hierro sobre el que estaba encadenado el Libro de Magnus, el grimorio de todos sus éxitos, seleccionados de los textos sin expurgar escritos por Mahavastu Kallimakus.

Éxitos.

La palabra se le quedó atascada en la garganta. Todos sus logros no eran más que mentiras en el polvo.

Todo lo que había hecho no había servido para nada. Todo se estaba desenredando a su alrededor a tal velocidad que no podía volver a tejerlo.

Magnus se levantó, con su cuerpo reducido, despojado de su antigua gloria, como si una parte fundamental de él se hubiera quedado en Terra después de su enfrentamiento con su padre. El momento de conexión que habían compartido había sido sublime y horroroso. Se había visto a sí mismo como lo veían los otros, un monstruoso y fiero ángel de sangre que llevaba a un destino funesto a aquellos pobres y desafortunados mortales que caían bajo su mirada.

Sólo su padre lo había reconocido, porque él había forjado la vida de su interior y reconocía su propia obra. Magnus había experimentado ese terrible conocimiento de sí mismo en un instante, sintiendo cómo le cauterizaba el corazón y le aplastaba el alma en un terrible momento de unión.

Había intentado llevar la advertencia, mostrándole a su padre lo que había visto y lo que sabía. No había importado. Nada de lo que hubiera podido decir habría pesado más que el error colosal que había cometido al ir a Terra, ni tampoco habría podido volverse atrás. La traición de Horus quedó en nada, convirtiéndose sólo en un pensamiento de última hora después de la destrucción que Magnus había desatado sin darse cuenta. Guardias que habían mantenido el palacio a salvo durante cientos de años fueron arrasados en un instante, y la onda de choque psíquica mató a miles y llevó a muchos cientos más a la locura y al suicidio.

Pero eso no era lo peor, ni muchísimo menos.

Era el saber que había estado equivocado.

Todo aquello de lo que estaba tan seguro que sabía mejor que nadie no era más que una mentira.

Creía que sabía mejor que su padre cómo manejar el poder del. Gran Océano. Creía que era su señor, pero en las ruinas del gran trabajo de su padre había visto la verdad. El Trono Dorado era la clave. Desenterrada de las ruinas olvidadas hundidas en las profundidades del desierto más seco, era la magnetita magnética la que habría liberado los secretos de la red alienígena. Ahora estaba en ruinas, sus imposiblemente complejos inhibidores dimensionales y sus amortiguadores de la disformidad fundidos sin remedio.

El control que tenía sobre la puerta brillante que estaba a su espalda había terminado, y el mecanismo diseñado con tanta astucia y que mantenía separados los dos mundos se había fracturado de manera fatal. En el instante de la conexión, Magnus vio la locura de sus acciones y lloró al ver destruido un concepto tan perfecto.

Una comprensión que no necesitaba de palabras fluyó entre Magnus y el Emperador. Todo lo que Magnus había hecho quedó al descubierto y todo lo que el Emperador planeaba fluyó a su interior. Se vio a sí mismo sobre el Trono Dorado, usando sus temibles poderes para guiar a la humanidad hacia su destino como dominadores de la galaxia. Iba a ser el instrumento elegido por su padre para la victoria final. Lo destrozó saber que su irreflexivo orgullo había hecho añicos aquel sueño.

Sin voluntad, el hechizo que lo había enviado a Terra no era nada, y Magnus sintió el tirón de la carne arrastrando su espíritu de vuelta. No luchó contra él, sino que dejó que su esencia volara a través de la red dorada hacia el desgarrón que él había hecho de forma tan descuidada en la materia que la componía. Unos enormes bancos de depredadores del vacío se estaban ya concentrando; ejércitos arremolinados de monstruos sin forma, bestias con colmillos y entidades de una fuerza asombrosa que sólo vivían para la destrucción.

¿Podría el Emperador detenerlos?

Magnus no lo sabía, y el simple pensamiento de tener tanta sangre en las manos lo avergonzaba.

Había regresado volando a través de las profundidades sin tiempo del Gran Océano y despertó dentro de la Cueva Reflectante, en mitad de un enorme salón lleno de muertos. Los sirvientes ya no existían; todos y cada uno de ellos reducidos a una cáscara arrugada y sin vida por el poder de su hechizo.

Sólo quedaba Ahriman, y hasta él tenía aspecto consumido.

Con lágrimas en los ojos, Magnus se retiró de la escena de su crimen y huyó a la pirámide de Photep sin hacer caso de las preguntas que Ahriman le gritaba. Solo, rodeado por las mentiras de siglos de estudio, la niebla roja había caído sobre sus ojos. Se había burlado de Angron por su furia, pero en la meticulosidad de su destrucción, él comprendió en parte la satisfacción que una violencia así podía proporcionar.

Magnus se puso de pie y se alejó de la ruina de su estudio, avergonzado por su falta de control y con la necesidad de aclararse la cabeza. Las puertas de cristal que llevaban a su balcón estaban hechas pedazos, y el cristal yacía en añicos acusadores que crujían a su paso por encima del desastre.

Se inclinó sobre la barandilla, aguantando su peso sobre los codos y dejando que la brisa fresca lo despeinara y le acariciara la piel. Al fondo, a lo lejos, Tizca continuaba como si nada hubiera pasado y sus gentes ignorantes del destino fatal que él había desatado sobre todos ellos. No lo sabían todavía, pero pronto caería sobre sus cabezas un terrible castigo.

No sabía qué forma tomaría ese castigo, pero recordaba las palabras del Emperador en Nikaea y se temía lo peor. La gente se movía por la plaza Occullum y por la calle de los Mil Leones y se reunía en los muchos parques que salpicaban las zonas occidentales de la ciudad, donde vivía la mayor parte de sus ciudadanos.

El puerto estaba hacia el norte, una zona amurallada de la ciudad construida sobre suaves laderas que conducían a la bahía. Las playas doradas se extendían por la costa antes de desaparecer de la vista detrás de la Desolación. Pegada contra los flancos de las montañas del este estaba la Acrópolis Magna, un elevado espolón de roca que había sido un fuerte pero que hacía mucho que estaba en ruinas. Una gran estatua de Magnus se

elevaba desde el punto más alto para marcar el lugar donde había puesto los pies por primera vez sobre la superficie de Prospero.

¡Ojalá pudiera dar marcha atrás de aquellos primeros pasos!

Decenas de teatros se aglomeraban rodeando la base de la Acrópolis Magna, con las gradas cortadas en la parte baja de las laderas de la roca. Hogar de los actores que se pavoneaban sobre cada uno de los proscenios de mármol. Cinco tholus perfectamente circulares se alzaban en zonas de suaves laderas, estructuras al aire libre construidas según los principios de la regla áurea. En épocas olvidadas habían cobijado templos, pero ahora se usaban como campos de deportes y entrenamiento.

Numerosos barracones de la Guardia de las Torres se esparcían por el plano de la ciudad, y Magnus sintió un pinchazo de remordimiento por estos hombres y mujeres más que por los demás. Todos iban a morir por el crimen de haber nacido en Prospero.

Las pirámides de los cultos dominaban la línea del cielo, surgiendo de la ciudad dorada como puntas de flecha de cristal tallado. El sol se reflejaba en ellas, bailando como fuego en el cristal polarizado. Había tenido esa visión una vez hacía ya tiempo y le había parecido alegórica. Ahora sabía la verdad.

—Todo esto se convertirá en cenizas —dijo con una voz llena de tristeza.

—No tiene por qué ser así —replicó una voz detrás de él.

Magnus se volvió y su respuesta murió en sus labios cuando vio que quien había hablado no era un intruso.

Había sido él.

O por lo menos una versión de él.

El espejo que colgaba junto a la entrada estaba roto, pero aún quedaban decenas de fragmentos del marco de bronce. En cada uno de ellos Magnus vio un reflejo brillante de su ojo: uno burlón, uno enfadado, uno caprichoso, otro distante. Los ojos lo miraban fijamente con diversión maliciosa, cada uno de un color diferente y lo observaban con la misma mirada burlona.

—¿Un espejo? Incluso ahora apelas a mi vanidad —dijo Magnus, temeroso de lo que aquello pudiera significar.

—Te dije que era la trampa más fácil de tender —dijeron los reflejos con voces resbaladizas y entrelazadas—. Ahora ya sabes lo que hay de verdad en esto.

—¿Era esto lo que siempre quisiste? —preguntó Magnus—. ¿Verme destruido?

—¿Destruido? ¡Nunca! —gritaron los reflejos, como si estuvieran indignados por la sugerencia—. Siempre ibas a ser nuestra opción preferida, Magnus. ¿Lo sabías?

—¿Elección preferida para qué?

—Para traer el caos eterno de la destrucción y del renacimiento, la sucesión interminable de hacer y deshacer que se ha perpetuado en ciclos a lo largo del tiempo y seguirá así por toda la eternidad. Sí, tú fuiste siempre el primero, y Horus no es más que un segundón. Los Poderes Eternos vieron un gran potencial en ti, pero hasta cuando codiciábamos tu alma te volviste muy fuerte y nos obligaste a buscar en otra parte. —Los reflejos sonrieron con afecto paternal—. Pero yo siempre supe que serías nuestro algún día. Mientras que los ojos desconfiados se fijaban en ti y en tu legión, nosotros tejimos nuestras corruptelas en otra parte. Y por eso tienes mi agradecimiento, ya que el Cegado ha encendido el primer fuego de la conflagración, aunque ninguno lo vea todavía tal y como es.

—¿Qué eres tú? —le preguntó Magnus, volviendo de nuevo a la destrucción de sus habitaciones. Había escarcha sobre los cristales rotos y su aliento se condensaba ante él.

—Tú sabes qué soy —dijeron sus reflejos—. O al menos deberías.

Un ojo astillado se movió, girando hasta convertirse en una fiera serpiente con ojos multicolores y alas de plumas brillantes: la bestia que él había matado bajo la montaña de Aghoru. Cambió de nuevo, metamorfoseándose en una sucesión de formas brillantes hasta que Magnus vio la forma imposiblemente inmensa de la sombra que giraba en el Gran Océano.

—Una vez te dije que me llamaba Choronzon, el Morador del Abismo y el Demonio de la Dispersión, pero ésas no son más que etiquetas sin sentido que los humanos me cuelgan y que quedan obsoletas en el momento mismo en que las pronuncian. He existido desde el principio del tiempo y existiré más allá de la vida de este universo. Los nombres son irrelevantes para mí, porque yo soy todos los nombres y ninguno. En el lenguaje inadecuado de tu joven especie, deberías llamarme dios.

—Tú fuiste quien me ayudó a salvar a mi legión —dijo Magnus entristecido.

—¿Salvar? No. Yo sólo pospuse su destino fatal —repuso la sombra—. Esa ayuda ya ha terminado.

—No —gritó Magnus—. ¡Por favor, eso nunca!

—Hay que pagar un precio por el tiempo que les di a tus hijos. Lo sabías cuando aceptaste el regalo de mi poder. Ahora ha llegado el momento de cumplir tu parte del trato.

—Yo no hice ningún trato —le replicó Magnus—, no con los de tu calaña.

—Oh, sí que lo hiciste —se rieron los ojos—. Cuando, desesperado, gritaste pidiendo ayuda en las profundidades de la disformidad, cuando rogaste pidiendo los medios para salvar a tus hijos, volaste demasiado cerca del sol, Magnus. Ofreciste tu alma para salvar las de ellos, y ha llegado el momento de pagar esa deuda.

—Entonces llévame a mí —respondió Magnus—. Deja a mi legión y permíteles que sirvan al Emperador. Ellos no tienen la culpa.

—Han bebido del mismo cáliz que tú —le dijeron los ojos—. ¿Y por qué ibas a querer que sirvieran a un hombre que te traicionó? ¿Un hombre que te mostró un poder sin límites y después te dijo que no lo usaras? ¿Qué clase de padre abre la puerta de un mundo lleno de maravillas y después ordena a su hijo que no traspase esa puerta? ¿El hombre que planeó usar tu carne para salvar la suya de la destrucción?

Las imágenes del espejo cambiaron de nuevo y Magnus vio el Trono Dorado con sus mecanismos rodeados de arcos de relámpagos

chisporroteantes. Un cadáver aullante y marchito estaba sentado en el trono, con su carne, una vez poderosa, ennegrecida por todo el cuerpo.

—Éste será tu destino —dijo el espejo—. Unido para siempre a la máquina espiritual del Emperador, sufriendo una agonía insoportable para servir a sus deseos egoístas. Mira esto y conoce la verdad.

Magnus intentó mirar a otro lado, pero el horror de la visión la hacía imposible de ignorar.

—¿Por qué tendría que creer nada de lo que digas? —gritó.

—Tú ya sabes la verdad de tu funesto destino; no hace falta que te lo adorne. Mira en la disformidad y busca tu castigo. Él y sus salvajes perros de la guerra ya están de camino. Confía en ti mismo si no te fías de mí.

Magnus cerró su ojo y dirigió sus sentidos hacia las corrientes furiosas del Gran Océano. La sustancia de que estaba formado estaba agitada y unas olas rugientes se ondulaban con una fuerza tempestuosa. Todo era caos, excepto un estrecho corredor de quietud a través del que Magnus sintió el paso de muchas almas.

Se acercó a su fuerza vital y vio la forma que tomaría su destino.

El ojo de Magnus se abrió de golpe y la rabia rebosó. De su mano surgió una erupción de abrasador fuego blanco, la más prosaica y primitiva de las artes, y sus habitaciones se llenaron de llamas ondulantes, quemand consumió su furia.

Una columna de fuego centelleante hizo erupción desde la cima de su pirámide, y una lluvia de fragmentos de cristal derretido cayó desde la cumbre.

Todos los ojos de Tizca se volvieron hacia la pirámide de Photep, su columna de fuego empequeñeciendo a la del Pyrae.

Sólo el Libro de Magnus permaneció intacto, y sus páginas inalterables ante el fuego asesino.

No quedó nada del espejo. Los fragmentos derretidos burbujeaban en un charco fundido a sus pies.

—Tú puedes destruirlos —dijeron los borrosos reflejos en el cristal líquido—. Di la palabra y yo haré pedazos sus embarcaciones, dispersándolos más allá de todo conocimiento y esperanza de salvación.

—No —dijo Magnus, cayendo de rodillas con la cabeza entre las manos—. Nunca.

Magnus no tenía conocimiento de cuánto tiempo había pasado cuando oyó el estruendo que hizo su puerta al abrirse. Levantó la mirada y se encontró con que Uthizzar entraba en sus habitaciones, y sus jóvenes facciones se conmocionaron ante la devastación que vio allí dentro. Un pelotón de guerreros del Escarabajo Oculto venía con él, con los visores marcados con una sola línea vertical que oscurecía la lente del ojo derecho de sus cascos.

Magnus había oído que la tradición se había convertido en algo común y corriente después del Concilio de Nikaea, pero ver una señal tan evidente de la devoción de sus hijos fue un dardo envenenado en su corazón.

—Uthizzar, ¡lárgate de aquí! —gritó Magnus a través de sus lágrimas.

—¿Mi señor? —exclamó Uthizzar al mismo tiempo que avanzaba hacia Magnus.

Magnus levantó una mano para detenerlo, con el dolor a punto de aplastarlo cuando pensó en todo lo que había visto y en lo que el monstruoso dios de la disformidad le había mostrado.

Uthizzar se tambaleó cuando toda la fuerza de los pensamientos de Magnus lo golpeó como un puñue hiciste… Lo que se aproxima…

Magnus sintió cómo se le endurecía el corazón y se maldijo a sí mismo por esa debilidad de voluntad tan imperdonable.

—Es verdad, hijo mío. Todo es verdad.

Vio los ojos de Uthizzar rogándole que le dijera que no era cierto, o que se trataba de una prueba detestable. Por mucho que Magnus quisiera salvar a sus hijos de los pecados de su padre, sabía que no podía hacerlo. Se había mentido a sí mismo y a sus guerreros durante demasiado tiempo, y no podía desperdiciar esta última posibilidad de decir la verdad y de redimirse.

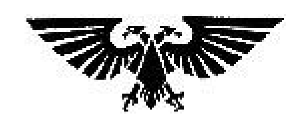
Daba igual lo que conllevara.

—Tenemos que poner a la legión sobre aviso —dijo Uthizzar, volviéndose y gritando órdenes a los guerreros del Escarabajo Oculto—. ¡Movilizad a la Guardia de las Torres y que la flota esté preparada para recibir órdenes de combate! ¡Comunicad la proclamación de armas a las milicias civiles y dad la orden de evacuación general para los no combatientes a las Cuevas Reflectantes!

Magnus negó con la cabeza y un muro de fuerza inquebrantable surgió delante de Uthizzar y de sus guerreros, atrapándolos dentro de sus habitaciones abrasadas y humeantes.

—Lo siento, Uthizzar. De verdad que lo siento —dijo Magnus—. Pero no puedo dejar que hagas eso.

Uthizzar empezó a volverse hacia él, pero antes de que su hijo pudiera mirar su ojo, Magnus terminó con su vida.



VEINTISÉIS
UN BUEN ESTUDIANTE
MI DESTINO ES MÍO
DISPERSIÓN

Había un intenso olor salobre en el aire y desde el mar soplaba una fuerte brisa. Lemuel sintió una punzada de nostalgia cuando recordó las magníficas costas de Nordáfrika. Las aguas que rodeaban su hogar se habían retirado hacía mucho tiempo, pero los lechos marinos que habían quedado al descubierto compartían el recuerdo de sus días en el fondo del océano con el aire.

Hizo a un lado ese recuerdo. Necesitaba todos sus poderes de concentración.

La zona portuaria de Tizca estaba a rebosar de cuerpos: estibadores sudorosos, camioneros, servidores y cargadores. Estaba previsto que el *Cypria Selene* abandonara la órbita cuatro horas después y los preparativos de última hora para su partida estaban en pleno apogeo. Los camiones, las cisternas de aprovisionamiento, los transportadores de equipajes y los depósitos de agua cruzaban el puerto abarrotado, y el ruido de los cláxones y de los gritos de los conductores rivalizaba con el rugir de los motores.

El tufo a metal quemado saturaba el ambiente mientras que las lanzaderas y las naves de carga aullaban al elevarse hacia el cielo al trasladar a los miembros de la tripulación y a los pasajeros a sus camarotes. Quedaban pocos en Prospero y un palpable ambiente de nerviosismo inundaba el puerto.

Lemuel tenía los nervios tensos como la cuerda de un arco. Los soldados de la Guardia de las Torres de Prospero con sus chaquetas rojas se movían por todo el puerto y los rígidos supervisores de documentación comprobaban y volvían a comprobar los pases y los permisos.

A su lado, Camille caminaba con las manos cogidas por delante en una postura muy recatada. Llevaba un vestido largo verde esmeralda con escote pronunciado y adornado con encaje negro a lo largo del dobladillo, las mangas y el cuello. Se había mostrado reacia ante la idea de llevar un vestido de dama noble antes de que Lemuel insistiera en que la consorte de un caballero patricio debía dejarse ver con una prenda de ese estilo.

En ese momento, aquel caballero patricio estaba reclinado en su palanquín cuya ostentosa presencia se veía realzada por el brocado de seda y los cojines de terciopelo que habían robado de sus alojamientos. Engalanado con un traje exquisitamente hecho a medida, Mahavastu Kallimakus estaba fracasando estrepitosamente a la hora de parecer un arrogante noble de Terra que se pavonea de su importancia cuando golpeó los pilares de su transporte con su bastón de ébano.

Sólo Lemuel se libró de la indignidad de tener que disfrazarse, e iba vestido con sus ropajes de color beige de rememorador para aparecer como el escriba personal de Mahavastu y escolta eunuco de Camille. El último elemento de su disfraz había suscitado una sonrisa mientras planeaban cuál sería la mejor manera de llegar al servicio de enlace con destino al *Cypria Selene*. O al menos había provocado una sonrisa en todos menos en Lemuel.

Tras ellos iba un equipo de porteadores, nueve servidores que llevaban una colección de baúles llenos con los montones de papeles, cuadernos y grimorios escritos por Mahavastu en los años que había pasado como marioneta de Magnus. Lemuel había intentado convencer a Mahavastu de

que los dejara, pero el anciano fue inflexible en su negativa. Era necesario conservar el pasado. La historia era historia y no eran ellos los que debían juzgar lo que habría de recordarse y lo se debería olvidar.

—No me convertiré en un incendiario de libros —dijo Mahavastu, y se terminó la discusión.

Habían entrado en la zona del puerto sin incidentes, ya que los siglos de paz y una galaxia cada vez más sumisa habían hecho que la gente de Prospero fuera confiada.

—¿Y cómo vamos a hacer esto? —preguntó Camille.

Era lo primero que decía esa mañana, porque había tenido una furiosa discusión la noche anterior cuando le comunicó a Chaiya su decisión de marcharse.

—Confía en mí —la tranquilizó Lemuel—. Sé lo que estoy haciendo.

—No haces más que repetir eso, pero nunca dices lo que vas a hacer.

—No lo sabré hasta que llegue el momento.

—Vaya, eso me da mucha seguridad.

Lemuel no contestó, ya que comprendía cuál era la causa de las ásperas palabras de Camille. Se movieron entre el gentío, evitando las calles principales por donde pasaban los camiones de enormes ruedas que transportaban a los soldados y a la tripulación a las cabinas de carga. Los hangares de altos lados, los silos de almacenamiento y las torres de combustible constituían las moles de las instalaciones del puerto, y las fueron sorteando mientras se encaminaban hacia los andenes plateados que se habían construido al borde de la costa.

Una decena de naves gruñían en sus atracaderos, las últimas en incorporarse a la órbita del transportador gigante. Ésta sería su última oportunidad de marcharse de Prospero.

Lemuel los condujo hacía los muelles de lanzamiento mientras dos naves más saltaron hasta el cielo sobre las columnas chirriantes de sus reactores. Camille caminaba junto al palanquín de Mahavastu, que intentaba sin éxito parecer auténtico, mientras las moles de sus servidores lo transportaban sin una queja. Constituían un espectáculo poco habitual, pero que Lemuel esperaba que pareciera más o menos el normal de los

pasajeros que tenían todo el derecho a partir en el remozado *Cypria Selene*.

—Esto no va a funcionar —murmuró Camille.

—Sí va a funcionar —insistió Lemuel—. Tiene que funcionar.

—No. Nos pararán y nos quedaremos atrapados aquí en Prospero.

—Con esa actitud, desde luego que sí —la cortó Lemuel, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Lemuel. Camille —dijo Mahavastu desde el palanquín—. Entiendo que estamos todos bajo presión, pero si no os molesta demasiado, ¿podéis hacer el favor de cerrar las jodidas bocas?

Tanto Lemuel como Camille se quedaron helados, sorprendidos por el lenguaje del anciano.

Lemuel levantó la mirada hacia Mahavastu, que parecía incluso más ofendido que ellos.

—Pido disculpas por mi lenguaje ofensivo —dijo Mahavastu—, pero me pareció que era la única forma de recuperar la paz. Si nos dedicamos a dispararnos unos a otros, sólo conseguiremos que las cosas nos salgan mal a todos.

Lemuel respiró profundamente.

—Tienes razón. Te pido disculpas, querida.

—Lo siento, Lemuel —respondió Camille.

Lemuel asintió y siguió encabezando la marcha cuesta abajo. Finalmente llegaron a la entrada de las plataformas de lanzamiento de la nave de transporte regular. Esta vez había un control de seguridad, ya que ni siquiera los ciudadanos de Prospero salían de lugares tan peligrosos sin sentirse seguros. La Guardia de las Torres controlaba la entrada a la zona de las naves, y los oficiales vestidos de azul comprobaban la identidad de todos los que pasaban a las plataformas de lanzamiento.

—Ahora vamos a ver si todo ese entrenamiento ha valido la pena —dijo Camille.

Lemuel asintió.

—Esperemos haber sido buenos estudiantes.

Se aproximaron al punto de control y Lemuel entregó un fajo de papeles cogidos de uno de los cuadernos de Kallista a un funcionario de aspecto aburrido. Las palabras que aparecían escritas allí no tenían ningún sentido, pero sería más fácil si el sujeto en cuestión no las entendía.

El funcionario frunció el entrecejo y Lemuel tomó eso como su señal de entrada.

—El señor Asoka Bindusara y la señora Kumaradevi Chandra para subir al *Cypria Selene* —le dijo Lemuel, proyectando en el aura del hombre una confianza que no sentía—. Yo soy su humilde servidor y escribano. ¿Sería tan amable de indicar cuál de los servicios de enlace es el asignado a los más regios pasajeros?

Lemuel se inclinó y susurró con complicidad.

—Mi señor se ha acostumbrado a los lujos de Prospero. No sería agradable para nadie si se nos asignara una nave que no pareciera un maldito palacio, si entiende lo que quiero decir.

El funcionario seguía aún con el ceño fruncido ante el escrito que tenía delante. No tardaría mucho en ver más allá del intento de embaucarlo de Lemuel y comprender que estaba intentando leer un galimatías. Lemuel sintió cómo la mente burocrática del hombre procesaba las letras que tenía delante y aumentó la manipulación de su aura. Desviando la sangre y las bilis, diseñó la impresión de que los documentos eran los pases de viaje y los billetes de los camarotes para tres pasajeros y su equipaje.

El funcionario se dio por vencido con los papeles de Lemuel, y entonces consultó su propia pantalla de datos.

—No veo sus nombres —dijo con la satisfacción de un funcionario que cumple estrictamente las normas.

—Compruébelo otra vez, por favor —insistió Lemuel, acercándose más cuando tres servicios de enlace despegaron de la costa. Sentía el pánico de Camille y Mahavastu detrás de él y aumentó su asedio mental. Aun al hacerlo se daba cuenta de que no estaba funcionando.

Lemuel oyó un grito ahogado de sorpresa detrás de él y una capa de tranquilizadora aceptación lo envolvió. Por el aspecto vítreo que tomaron

los ojos del funcionario, Lemuel vio que también lo estaba afectando a él. Alguien se movió junto a él y oyó una voz de mujer.

—Ha habido cambios de última hora en la lista de pasajeros y se han añadido algunos más. Estas personas son mis huéspedes a bordo de la nave.

Lemuel sonrió cuando Chaiya posó su mano sobre el brazo del funcionario, sintiendo cómo su influencia se extendía por su interior. Parecía que todos los nativos de Prospero gozaban de cierto poder psíquico, y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

—Sí —dijo el funcionario, todavía un poco inseguro pero incapaz de saber por qué—. Ya lo veo.

Asintió mientras que la seguridad de Chaiya aumentaba e hizo una seña con el brazo a los soldados que se encontraban a ambos lados de la entrada. El funcionario selló un billete de carga para sus baúles y entregó a Lemuel cuatro discos de camarote, cada uno de ellos con un ojo estampado en el centro. Lemuel intentó no demostrar lo aliviado que se sentía.

—Mi señor os da las gracias —dijo mientras atravesaba la puerta.

No habían hecho más que desaparecer de la vista del funcionario y sus soldados, cuando Camille se lanzó a los brazos de Chaiya y la besó. Se abrazaron hasta que Mahavastu tosió discretamente.

—¡Has venido! —dijo Camille mientras las lágrimas hacían que se le corriera el maquillaje de los ojos.

—Por supuesto que he venido —dijo Chaiya—. ¿Creías que iba a dejar que te marcharas sin mí?

—Pero anoche…

Chaiya negó con la cabeza.

—Anoche me atacaste por la espalda con todo tu discurso sobre fatalidades y la idea de que fueses a dejarme me asustó. No quiero irme de Prospero, pero si tú crees que algo malo va a suceder, eso es todo lo que necesito saber. Nunca te has equivocado antes. En nada. Te quiero y no quiero estar separada de ti.

Camille se secó los ojos con la manga del vestido, ensuciando el tejido sin que le importara lo más mínimo.

—Algo malo va a suceder, lo sé.

—Te creo —le respondió Chaiya con una risa nerviosa—. Si estás equivocada, siempre podremos volver.

Lemuel señaló con la cabeza el servicio de enlace que el funcionario les había asignado.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —les advirtió—. El nuestro es uno de los últimos en salir.

Su grupo de sirvientes siguió las indicaciones de la tripulación de tierra vestida con chaquetas azules hacia el punto de atraque de una elegante barcaza de plata brillante. Sus amplias alas los cubrieron de sombras cuando pasaron por debajo; la bodega de carga de fondo plano estaba justo debajo de la estructura de atraque por la que tenían que subir para llegar a la rampa de embarque.

Lemuel se permitió una pequeña sonrisa de triunfo.

Camille y Chaiya se reían y tonteaban mientras caminaban de la mano hacia la barcaza.

Hasta Mahavastu lucía una sonrisa.

Las sonrisas se les borraron de las caras cuando una voz imperiosa les gritó:

—¡Deténganse! Los de la rampa de embarque, quédense donde están.

A Lemuel el corazón se le convirtió en un trozo de hielo cuando se volvió para ver quién los había llamado a gritos.

Un capitán de la Guardia de las Torres de Prospero dirigía un destacamento de soldados hacia ellos.

—Esto tiene mala pinta —dijo el rememorador.

—No tienes nada que temer de mí, Amon —dijo Magnus—. Has sido mi más fiel servidor desde que llegué a Prospero. Nunca podría hacerte daño.

—Con todos mis respetos, señor, estoy seguro de que el joven Uthizzar pensaba lo mismo —le respondió Amon, atravesando con cautela el desastre de las habitaciones de Magnus. Llevaba el pelo gris cortado al cero y su piel tenía la textura del papel vitela viejo. Se arrodilló junto al

cuerpo de Uthizzar y colocó la mano sobre el peto resquebrajado y chamuscado.

Los cuerpos de los guerreros del Escarabajo Oculto yacían rodeando a Uthizzar, retorcidos en posturas imposibles y con la carne ennegrecida como si se hubiera consumido en el mismo fuego que destruyó la biblioteca de Magnus.

—Decidme qué ha pasado —le pidió Amon.

Magnus bajó la cabeza, sin deseos de encontrarse con la mirada de su más antiguo amigo. El capitán de la Novena no hizo acusaciones; no hacía falta. Ninguna acusación podría conllevar una culpa mayor que la que Magnus se echaba a sí mismo. Había pasado casi una semana desde que matara a Uthizzar, una semana en la que casi se había dejado vencer por sus deseos de autodestrucción y de desatar sus poderes sobre sí mismo.

Temiendo lo peor, otros habían intentado entrar en sus habitaciones, pero Magnus los había mantenido a todos a distancia hasta ahora. Magnus bajó la mirada hacia el cuerpo grotescamente arrugado de Baleq Uthizzar y suspiró sintiendo el arrepentimiento y la pérdida.

—Fue un fallo imperdonable que nunca debió haber ocurrido. Pero sabía demasiado y no podía dejar que se marchara.

—¿Sabía demasiado sobre qué?

—Ven aquí. Deja que te enseñe algo.

Amon se levantó y siguió a Magnus al balcón desde el que se veía la blanca ciudad de Tizca. Magnus leyó la cautela en el aura de Amon, pero no lo culpaba. Sería idiota si no fuera cauteloso. En todos los largos años que habían pasado desde que hablaran por primera vez, como tutor y alumno, Magnus nunca había pensado que Amon fuera ningún estúpido.

Magnus miró el cielo de mediodía.

—Vuela por el Gran Océano conmigo —le propuso.

Amon asintió y cerró los ojos, y Magnus dejó que su cuerpo de luz flotara libre de su carne. Las preocupaciones del mundo mortal se amortiguaron, pero no podía hacer caso omiso de ellas por completo. Tizca se transformó y pasó de ser un lugar de frío mármol a una brillante

joya de luz, y las decenas de miles de relucientes luces de almas que llamaban a la ciudad su hogar se convirtieron en minúsculos faroles.

—¡Qué frágiles son! —exclamó Magnus, aunque aún no había nadie que pudiera oírlo.

El brillo cálido del cuerpo sutil de Amon apareció junto a él, y ambos volaron hacia el cielo azul brillante. El mundo que los rodeaba se oscureció hasta el negro absoluto, y las estrellas daban vueltas a su alrededor como dardos de fósforo.

La negrura del espacio se transformó en el caos arremolinado y multicolor del Gran Océano, y los dos viajeros sintieron la bienvenida llegada del placer cuando sus corrientes fluyeron alrededor de sus formas etéreas.

Magnus iba delante, a gran velocidad, atravesando el abismo de remolinos hacia un destino que sólo él era capaz de encontrar. Amon lo seguía, su obediente amigo y querido hijo. Finalmente llegaron a la región de la quietud que había visto una semana antes.

Sintió el horror de Amon cuando vio la enorme flota: las naves de guerra de flancos planos, los elegantes cruceros de ataque y los monstruosos monumentos a la destrucción que eran las barcazas de combate. Cientos de embarcaciones se acercaban aún más a Prospero, naves de muchas banderas y muchas alianzas, unidas con un propósito común: la aniquilación.

Al frente de todos iba la hoja salvaje de una nave, desenfundada para dar el golpe de muerte a su odiado enemigo. Gris y con colmillos, merodeaba por las estrellas con ojos tallados sobre su proa en forma de cuchillo atravesando las profundidades del Gran Océano con una precisión extraordinaria.

—¿Es eso lo que yo creo que es? —preguntó Amon.

—Sí —le confirmó Magnus.

Se acercaron aún más a la brutal embarcación, sin que los escudos protectores que mantenían a raya a los depredadores del vacío fuesen impedimento para unos viajeros de tal poder. Atravesaron sus capas de vacío y se sumergieron metro tras metro en el blindaje de adamantium del

casco, en los campos de integridad y en los mamparos laberínticos hasta que llegaron al corazón de la nave.

Los señores de esta flota estaban reunidos para planificar la destrucción de todo lo que era querido para Magnus, y los dos hijos de Prospero escucharon sus deliberaciones. Magnus estaba preparado para lo que podrían oír, pero no así Amon, y la estela destellante de su campo etéreo envió un pulso de energía colérica que atravesó a la tripulación de la nave.

—¿Por qué? —quiso saber Amon.

—Porque yo estaba equivocado.

—¿En qué?

—En todo —admitió Magnus—. De todas las cosas que me enseñaste, yo siempre asumí con arrogancia que ya las sabía. Me advertiste sobre los dioses de la disformidad y yo me reí de ti, llamándote viejo idiota supersticioso. He hecho cosas terribles, Amon, pero debes creer que las hice por las razones correctas.

Amon bajó hacia el señor de esta embarcación y hacia el asesino de ojos acerados y armadura dorada que estaba de pie junto a él sobre un elevado estrado de mando. Un grupo de guerreros con armaduras idénticas permanecía en la base del estrado que ocupaban sus jefes.

—¿El Concilio de Nikaea? —preguntó Amon—. ¿Tenían razón al llamarnos hechiceros?

—Me temo que quizá la tuvieran, aunque sólo ahora lo entiendo.

—¿Y por eso es por lo que tenemos que sufrir?

Magnus asintió y subió volando a través de las estructuras metálicas de la nave espacial, saliendo en una explosión a la hirviente caldera del Gran Océano. Amon volaba a su lado y ambos se precipitaron de vuelta a Prospero, espirando el aliento reprimido cuando abrieron los ojos y bajaron la mirada hacia la vista tranquilizadoramente familiar de Tizca.

—¿Y la legión no sabe nada de esto? —inquirió Amon.

—Nada —respondió Magnus—. He corrido un velo alrededor de Prospero. Nadie puede ver el exterior, ni siquiera los corvidae. Ahora los Mil Hijos deben aprender lo que significa estar ciego.

—Así que nuestro castigo se aproxima cada vez más —musitó Amon —. ¿Qué va a pasar cuando llegue aquí?

—Eres amable, viejo amigo. Es mi castigo.

—Sus hachas también caerán sobre el resto de nosotros —le señaló Amon—. Os lo preguntaré de nuevo: ¿qué vamos a hacer cuando lleguen aquí?

—Nada. No hay nada que podamos hacer.

—Siempre se puede hacer algo. Podernos destruirlos antes de que lleguen siquiera a alcanzarnos —siseó Amon, agarrando con fuerza el brazo de Magnus.

Magnus negó con la cabeza.

—Esto no trata de si podemos defendernos contra esta amenaza. Por supuesto que podemos. Se trata de si deberíamos.

—¿Y por qué no deberíamos? —preguntó Amon—. Somos los Mil Hijos y nada escapa a nuestro control. Ninguna senda nos es desconocida y ningún destino se nos oculta. Dad instrucciones a los corvidae de que traspasen los velos del futuro. Los pavoni y los raptora pueden aumentar la capacidad de nuestros guerreros, mientras que los pyrae queman a todos nuestros enemigos y los athanaeans leen las mentes de sus comandantes. Y cuando lleguen, nos encontrarán preparados para la lucha.

Magnus se desesperaba con sólo oír el deseo de dar el primer golpe en la voz de Amon.

—¿Es que no has oído lo que he dicho? —insistió—. No golpeo porque es lo que los poderes que me han manipulado desde que vine aquí quieren que haga. Quieren que me levante en armas contra nuestro destino, sabiendo que si lo hago, será la confirmación de todo lo que aquellos que nos odian y temen siempre han creído.

Amon se volvió hacia la ciudad, y sus ojos adoptaron una mirada soñadora mientras las lágrimas le bañaban las mejillas.

—Antes de que vinierais a Prospero, yo tenía una pesadilla recurrente —le contó Amon—. Soñaba que todo lo que amaba era arrasado y destruido. Me atormentó durante años, pero el día que vos llegasteis desde los cielos como un corneta, el sueño desapareció. Nunca volví a tenerlo.

Me convencí a mí mismo de que no se trataba más que de un recuerdo ancestral de la Vieja Noche. Pero no lo era, ahora lo sé. Preví esto. La destrucción de todo lo que amo está a punto de ocurrir.

Amon cerró los ojos y se agarró al balcón con una furia que hizo que se le pusieran los nudillos blancos.

—Es posible que no pueda impedirlo —añadió—, pero voy a luchar por proteger mi hogar, y si alguna vez estimasteis mi amistad, vos también haréis lo mismo.

Magnus se enfrentó a Amon.

—A pesar de todo lo que he hecho, mi destino es sólo mío —le contestó Magnus—. Soy un hijo leal del Emperador y nunca lo traicionaría, porque ya le he roto el corazón y he destruido su mayor creación. Aceptaré mi destino, y aunque la historia nos juzgue como traidores, nosotros sabremos cuál es la verdad. Sabremos que fuimos leales hasta el final porque aceptamos nuestro destino.

El capitán de la Guardia de las Torres se detuvo delante de él y Lemuel hizo un intento por calmar su aura. Su terror se lo ponía difícil, pero antes de que pudiera ejercer su influencia, vio que el aura del oficial no buscaba problemas, sino que estaba arrasada por el dolor.

Lemuel se fijó mejor, reconociendo la apostura del hombre, el inmaculado planchado del uniforme y los alamares dorados enlazados alrededor de los hombros.

El capitán se quitó el casco y Lemuel se atrevió a esperar que su empresa no acabara en fracaso.

—¿Capitán Vithara?

—El mismo, señor Gaumon —dijo el capitán Sokhem Vithara de la 15.ª de la Infantería de Asalto Prosperina—. Esperaba poder verlos antes de que se marcharan.

—¿Antes de que nos marcháramos? —preguntó Lemuel, confundido porque no sabía por qué no los estaban arrastrando a la fuerza esposados

lejos de la barcaza. Las puertas de la bodega del muelle de carga se estaban cerrando e iban a ser aerotransportados en cuestión de minutos.

—Sí, casi no llego a tiempo porque sus nombres no estaban en ninguna de las listas.

—No —asintió Lemuel con una sonrisa culpable—, no podían estar.

—Me alegro de que me diera tiempo a verlos.

—¿De verdad? —preguntó Camille—. ¿Por qué? ¿Qué quiere?

Al joven le costaba encontrar las palabras adecuadas, y al final desistió y se limitó a hablar con un torrente confuso.

—No estoy seguro de qué fue lo que le ocurrió a Kallista, pero sé que ella no quiere quedarse aquí —dijo. A Lemuel le costó mantener la compostura ante el evidente dolor del joven—. Ella quiere que se la lleven lejos de aquí.

Lemuel intercambió una mirada preocupada con Camille.

—Eso podría resultar difícil —apuntó.

—Lo sé. Sé que lo que digo no tiene sentido —asintió Vithara—, pero ella me dijo que quería marcharse de Prospero con sus amigos.

—¿Ella le dijo eso? —preguntó Camille, pronunciando cada una de las palabras cuidadosamente para que no hubiera ningún malentendido—. ¿Después de morir?

La cara de Vithara era una máscara de indecisión e incomprensión.

—Eso es lo que creo —afirmó él—. Soñé con Kallista anoche, ¿sabe? Estaba sentada a mi lado en el parque Fiorentino y los dos admirábamos el sol sobre el lago. No dijimos nada, simplemente nos abrazamos. Cuando el toque de diana me despertó esta mañana, encontré una nota junto a mi cama que me decía que estuviera en los andenes de aterrizaje a esta hora exactamente. No recuerdo haber escrito la nota, aunque está escrita con mi letra, pero obviamente se trataba de las palabras de Kallista. Ella quería que yo estuviera aquí y que les diera esto.

Vithara cogió una urna de cerámica de color celeste de manos de uno de sus soldados y se lo tendió a Lemuel. De factura simple, era una urna en la que se podrían guardar las cenizas de algún familiar querido.

Lemuel la cogió y sonrió.

—¿Sabe? Creo que tiene toda la razón. Kallista fue a usted anoche, y puesto que soy su amigo, haré honor a sus deseos.

—Entonces, ¿usted realmente cree que ella vino a mí anoche?

—Sí —dijo Lemuel, con su propio dolor aliviado ante la idea—. De verdad que lo creo.

Vithara saludó militarmente a Lemuel.

—Gracias, maese Gaumon. Echaré de menos a Kalli, pero si esto es lo que ella desea, ¿quién soy yo para negárselo?

—Es usted un hombre muy noble —le dijo Camille adelantándose para darle un suave beso en la mejilla—. Ya comprendo por qué le gustaba a Kalli.

Él sonrió e hizo un gesto con la cabeza señalando el compartimento de la barcaza, donde un exasperado miembro de la tripulación esperaba para cerrar la escotilla.

—Será mejor que se marchen —dijo Vithara—. No querrán perderse el despegue del *Cypria Selene*. Después de todo, ni el tiempo ni la marea esperan a nadie.

—Desde luego que no —respondió Lemuel estrechando la mano de Vithara.

Los servidores subieron los baúles a la barcaza mientras Mahavastu bajaba de su palanquín. Camille guió al venerable escriba hasta la barcaza mientras Vithara conducía a sus hombres fuera del andén de aterrizaje.

Lemuel siguió a sus amigos a bordo. Cuando la escotilla se cerró detrás de él, disfrutó de la que sabía que sería la última vez que veía Prospero.

En eso estaba equivocado.

El *Cypria Selene* levó anclas a la hora prevista y se alejó con suavidad. Los foques de plata sobresalían hacia el espacio desde el punto central de los muelles orbitales, y en el espacio que la rodeaba había un denso tráfico

de naves de guerra que maniobraban. Las barcazas de combate de los Mil Hijos zarpaban en dirección a los últimos confines del sistema estelar, y escuadrones de cruceros de ataque se apiñaron a su alrededor como bandadas cuando abandonaron la órbita de Prospero.

Coordinar semejante baile de naves no era tarea fácil. El *Photep* lideraba una armada de naves con poder suficiente para arrasar planetas hasta en los confines más lejanos del sistema estelar, mientras que el *Ankhtowë*, el *Hijo de Prospero* y el *Kymmeru* asumían vectores de ángulos ecualizados, preparados para encabezar sus respectivas flotas hacia los extremos de los dominios de los Mil Hijos.

La orden de dispersar la flota había llegado con los prefijos de alerta máximos y los cuatro grupos de batalla salieron a toda velocidad hacia sus destinos. Ninguno de los capitanes conocía la naturaleza de la alerta, pero a todos se les habían dado instrucciones precisas de que no debían desvelar sus órdenes hasta que llegaran a las coordenadas que se les habían asignado.

Todos los oficiales al mando de las naves tenían claro que esas órdenes dejaban a Prospero peligrosamente indefenso, pero ninguno se atrevió a desobedecer una orden tan directa del mismísimo primarca. Fuera cual fuera el propósito de esta dispersión, no era de su incumbencia cuestionarlo. Su único deber era obedecer.

El tráfico militar tenía preferencia sobre las naves civiles, y el *Cypria Selene* esperó seis horas a la cola de las naves que esperaban para alcanzar el corredor de tránsito. Finalmente, el piloto pudo dirigirse al espacio exterior y abrir los sistemas de propulsión de plasma para llevar a su nave al punto de salto hacia el centro de la galaxia.

Desde allí, si la disformidad lo permitía, sería un viaje de tres semanas hasta el sistema Thranx.

El ángulo de lanzamiento había sido bueno, y en lugar de tardar cuatro días en alcanzar el punto de salto hacia el centro de la galaxia, el *Cypria Selene* alcanzó la distancia segura a la estrella prosperina para poder

activar con seguridad sus sistemas de propulsión de la disformidad en tres días. El oficial de navegación de la nave confirmó que las corrientes de disformidad en el espacio que tenían ante sí estaban absolutamente en calma, y el maestro cartógrafo realizó una última comprobación de la posición antes de pasar sus cálculos de salto al módulo del oficial de navegación.

En la bóveda de observación de la nave, Lemuel y Mahavastu charlaban sobre los lugares que pensaban visitar después, mientras que Camille y Chaiya, cogidas de la mano, escuchaban la monótona cuenta atrás para el salto a través de los altavoces instalados en las paredes de paneles de madera.

La bóveda, situada en la parte alta de la popa del *Cypria Selene*, proporcionaba una vista inmejorable sobre la enorme superestructura de la gigantesca nave de carga. El casco se extendía a lo largo de sesenta kilómetros, terminando en un enorme morro chato. Para tratarse de una nave cuya finalidad era la de transportar incontables cantidades de material de guerra, tropas y equipos para el sometimiento de planetas, tenía un diseño bastante atractivo.

Los cuatro se habían acostumbrado a la vida a bordo de la nave con facilidad, y estaba claro que los camarotes que les había asignado el confundido funcionario estaban previstos para pasajeros de alta cuna.

—Deberías estar en Terra dentro de dos meses, más o menos —le aseguró Lemuel a Mahavastu—. Y podrás volver a Uttarpatha, a catalogar viejos documentos recuperados de entre las ruinas. Me he enterado de que han terminado de cotejar los núcleos de datos de NeoAleksandrya, pero que va a haber más. Estarían locos si desestimaran tu ayuda.

—Quizá —respondió Mahavastu, inclinándose pesadamente sobre un bastón de ébano con una empuñadura dorada que tenía un ojo de jade engastado—. Aunque me temo que ya sea demasiado viejo para tanta emoción.

—Tonterías. Aún te queda mucho por delante.

—Eres muy amable, Lemuel, pero creo que en lugar de eso, quizá prefiera concentrarme en mis memorias. En lo que sea capaz de recordar.

—A mí me gustaría leerlas.

—Probablemente te gustará más leerlas que a mí escribirlas.

Lemuel no contestó, sino que simplemente sonrió cuando Camille y Chaiya se acercaron a ellos en el borde de la bóveda de observación. Unas sesenta personas habían venido para observar cómo la nave se trasladaba a la disformidad; algunos curiosos por ver cómo una nave tan enorme podía viajar entre las estrellas, y otros impacientes y temerosos por contemplar el misterioso reino de la disformidad.

«Si lo supieran, cerrarían los ojos en vez de mirar con atención a un lugar de un poder tan terrible», pensó Lemuel.

—A punto de salir —comentó Camille.

—Sí —respondió Lemuel, señalando con la cabeza hacia la bóveda de cristal cuando la cuenta atrás llegó a un minuto—. Una parte de mí casi está triste.

Unos estabilizadores se extendieron a lo largo de la enorme nave haciendo que la vista rielara cuando las barreras del vacío se pusieron en funcionamiento preparándose para el salto.

—Ya no tardaremos mucho —dijo Camille, y cogió a Lemuel de la mano.

—Y después, todo esto habrá terminado.

La cuenta había llegado a los treinta y tres segundos cuando saltaron las alarmas.

La voz automatizada se cortó, reemplazada por un estallido de chirridos de estática. Una serie de luces de emergencia inundaron el interior de la bóveda con un brillo rojo.

—¿Qué pasa? —gritó Mahavastu.

Lemuel no tenía la respuesta, pero no tuvo que admitir su ignorancia ya que se produjo una explosión de brillante luz fantasmal en el lado de estribor del *Cypria Selene*. Como si un colmillo amarillento hubiese causado una terrible herida en el tejido de la realidad, una floreciente espuma de luz se derramó e iluminó el espacio que rodeaba a la nave de carga. Se hizo cada vez más grande, creando serpentinas oscuras sobre la nave, como si se tratara de sangre sobre un sudario.

Unas formas enormes se movieron en el vórtice que giraba velozmente, unas siluetas que parecían cuchillos de destripar.

La primera era una nave de guerra estrecha y de aspecto salvaje, con los flancos de color gris pizarra perforados por baterías de cañones y lanzadores de torpedos. La proa tenía forma de reja de arado y no se trataba de una nave comercial, era una nave de guerra.

Sus ángulos eran afilados y de líneas elegantes. Era un cazador de las estrellas y un asesino de naves.

Cuando el desgarrón brillante se aclaró, decenas de naves de ataque empujaron buscando una posición tras ella, naves doradas, naves negras y todo un ejército de embarcaciones de colores idénticos a los de la que lideraba la flota.

Lemuel había visto esa nave antes, en los cielos por encima de Alcaudón, en el cúmulo de la Franja Arca.

—¿Ése es…? —preguntó Lemuel jadeando.

—Desgraciadamente, sí —le confirmó Mahavastu—. Creo que sí.

—¿Conocéis esa nave? —preguntó Camille—. ¿Cuál es?

—Es la *Hrafnkel* —le informó Mahavastu—. La nave insignia de Leman Russ.



VEINTISIETE
TRUENOS DESDE FENRIS
SE PERDERÁ MUCHO
CANIS VERTEX

Las primeras bombas de la flota de los Lobos Espaciales golpearon Prospero justo antes del amanecer. Habían cogido completamente desprevenidas a las plataformas de defensa orbital. Un minuto antes sus augures estaban en silencio, y al siguiente había aparecido una enorme flota de naves que lanzó sus torpedos como si se tratara de postas que ya se acercaban a las baterías orbitales y a las defensas de misiles. La mayoría fueron destruidos antes de que pudieran lanzar un solo disparo o ni siquiera cargar una arma de energía. Los pocos afortunados que consiguieron disparar fueron fijados y eliminados momentos después.

Sin que hubiera ninguna respuesta desde tierra, la armada se movió a gran altura sobre Prospero y adoptó una estrategia de asalto geoestacionario. Miles de armas apuntaron contra el planeta que tenían debajo: armas de energía, propulsores de masa y cañones de bombardeo. Las naves se movían con total tranquilidad, como cruceros que participaran en una regata entre las estrellas. El *Hrafnkel* inició el asalto

con sus gigantescos sistemas de armas destellando sin cesar, y sus disparos crearon líneas intermitentes de luz helada que caían como puñales.

Momentos después, el resto de la flota abrió fuego.

Aunque Magnus había mantenido a su legión ciega ante la aproximación de la venganza del Emperador, el culto Raptora había mantenido una constante barrera kinética sobre la ciudad de Tizca. Ni siquiera Magnus el Rojo podía deshacer esa protección sin que alguien se diera cuenta.

El primer aviso que tuvieron del ataque inminente fue un viento caliente que parecía venir directamente del cielo, y que pesó sobre la ciudad como la presión que precede a una tormenta. Sabía a metal y a aceite quemado. La estática saltaba de las cimas de las pirámides, echando chispas de una torre de plata a otra, como si se tratara de material del laboratorio de un magos loco.

El agrio gris que precedió al amanecer estalló en luz cuando las nubes bajas se iluminaron con un resplandor interno, que fue rápidamente seguido de un tremendo estruendo de descargas atmosféricas, como el de truenos sin relámpagos. Los múltiples estampidos de los proyectiles hipersónicos hicieron añicos el silencio de cementerio, y los ciudadanos de Tizca que aún dormían saltaron de sus camas con las sacudidas de los ecos de las explosiones percutoras que retumbaron por toda la ciudad.

Como un dedo cortante de luz desnuda, la primera lanza de energía golpeó a Prospero un kilómetro al nordeste de Tizca. Impactó en la amplía bahía oceánica del puerto y convirtió el agua de mar en una columna de quinientos metros de altura de vapor sobrecalentado. Una serie de ráfagas de réplica surgieron segundos después, elevando estriaciones verticales de brillo incandescente que enviaban hacia el cielo géiseres de agua marina.

Unos bancos de niebla hirviente se adentraron en la ciudad desde el océano y derritieron la carne sobre los huesos a los trabajadores de primeras horas de la mañana de los muelles. Los proyectiles pasaron a toda velocidad por la parte baja de la atmósfera sobre estelas de fuego,

mientras que puños de ondas de choque aporreaban el mar y mandaban enormes olas espumosas que se estrellaban contra la playa.

Filas enteras de montañas simplemente desaparecieron en altas nubes con forma de champiñón, y las bombas de magma arrasaron las cimas llenando los valles de escombros. La tierra se estremeció con los truenos provocados por los hombres; el incansable retumbar de la superficie del planeta era como gigantescos martillos pilones golpeando repetidamente. En órbita, cada vez más naves de guerra añadían el peso de su fuego a los bombardeos disparando artillería del tamaño de edificios dirigida al planeta que tenían debajo. La saturación total del objetivo aseguraba que la ciudad quedara completamente aniquilada, ya que el bombardeo tenía la potencia suficiente como para arrasar todas las metrópolis de un continente.

Aun así, Tizca aguantó. Los escudos kinéticos de los raptora eran las defensas más fuertes de las que ninguna ciudad del Imperio pudiera presumir. Más duras que la más gruesa capa de adamantium, y más inquebrantable que una pantalla de vacío sobre otra, la invisible sombrilla de protección se empapaba de la violencia del bombardeo, aunque los guerreros que la mantenían tuviesen que pagar un precio temible.

Toda la población de Tizca estaba despierta ya y salía a las calles de su amada ciudad, donde miraba al cielo con confusión y sorpresa. No tenían demasiado miedo, ya que la destrucción todavía no había alcanzado su protegido medio. Observaban con la boca abierta cómo las cegadoras armas de energía dejaban ardientes señales en el cielo que los cubría, mientras que las manchas de humo negro y el fuego pintaban las nubes cuando los proyectiles con fundas de acero se estampaban contra el escudo. Los regimientos de los Guardias de las Torres reunidos a toda prisa salieron a las calles de la ciudad e intentaron dirigir a la población hacia el interior de las viviendas, pero el increíble espectáculo era demasiado fascinante como para no hacerle caso.

Magnus el Rojo observaba mientras la tormenta de luz formaba ampollas y estallaba sobre su ciudad. El cielo se manchó de un naranja sangriento cuando las rondas incendiarias que estallaban en el aire

quemaron hasta las nubes, y vertió una lágrima mientras veía morir la tierra que rodeaba Tizca. Los bosques ardieron hasta convertirse en cenizas y las praderas silvestres resplandecieron con los incendios secundarios, reduciendo el bello paisaje natural a un desierto en cuestión de minutos.

La Desolación de Prospero se había completado.

—Ahora sé cómo te sentiste, padre —susurró mientras sentía cómo la energía etérea aumentaba en sus puños, pugnando por ser liberada. Magnus luchó por mantener la calma, recitando los nombres secretos de las Enumeraciones que sólo él conocía. Éste era su destino y esto era lo que él había aceptado como su castigo. No podía librarse de su noble intención de pagar por sus errores.

No importaba cuánto le doliera.

Observó al trueno golpear inútilmente contra los escudos de los raptora.

—Estoy aquí —susurró hacia los cielos—. Haced lo que queráis.

La cámara situada en la cumbre de la pirámide de los corvidae estaba rodeada de una corona de humo por los vapores aromáticos que desprendía la piedra, dulces y con matices de alcanfor y de cedro. Los velos que colgaban de las paredes angulares se enrollaban con los cálidos vientos que ondeaban en el exterior, y Ahriman luchó por continuar con las Enumeraciones más altas mientras que el trueno constante intentaba derribarlo.

Estaba sentado ante el icono de los corvidae, un ancho canto de cristal de forma plana y ovalada con un pedazo de espinela negra en el centro semejante a la pupila dilatada de un ojo. El canto había sido arrancado de la Cueva Reflectante por el primer magister templi de los corvidae, y los devotos del culto lo habían utilizado como foco de pronosticación desde sus primeros días. Flotaba por encima de una piscina reflectante, cuyas aguas rielaban en negro y se mantenían en calma a pesar del bombardeo.

Ahriman parpadeó cuando captó la imagen fantasma de una luna nueva en sus profundidades.

Siempre caprichoso en sus revelaciones, el icono llevaba semanas en silencio, sin que ni siquiera los miembro del Corvidae con más talento pudieran adivinar una sola pista sobre el futuro. Tanto Ankhu Anen como Ahriman habían intentado ver más allá de Prospero, pero sus visiones no habían revelado nada. Sus cuerpos sutiles no habían podido entrar en el Gran Océano, como si hubiera algo que les estuviera impidiendo de una manera activa aventurarse más allá de los horizontes del planeta.

Después, el bombardeo había caído como una lluvia de truenos y acero.

A los pocos momentos de que cayeran las primeras bombas, los guerreros de los corvidae se prepararon para la guerra en los escalones más bajos de la pirámide. Prospero se moría a su alrededor, aunque Tizca permaneciera intacta, pero eso no duraría mucho tiempo. Los atacantes invisibles pronto se darían cuenta de que tendrían que bajar y luchar para sacar a los Mil Hijos en combate.

¿Quiénes eran estos misteriosos enemigos? ¿Quién podía estar lo suficientemente loco como para atacar a una legión de los astartes en su propio planeta? Y lo que era más importante, ¿cómo habían podido traer una potencia de fuego tan enorme sin que nadie se diera cuenta de ello?

Ahriman necesitaba respuestas antes de dar la orden de despliegue, así que puso su mente en consonancia con el cristal y se fue directo a la fuente de todo conocimiento en Prospero: Magnus el Rojo.

Hacía semanas que nadie veía al primarca, pero la gran columna de fuego de su pirámide se había visto desde toda la ciudad. La gente tenía miedo y ahora Ahriman sabía por qué.

—Señor, tus hijos necesitan una guía —dijo sacando energía de Aaetpio para enfocar todo su poder en el ojo de cristal. En las últimas semanas, Aaetpio había sido su compañero permanente, sin que hiciera falta ya que él llamara a su tutelar para que lo atendiera. Revoloteando por encima de su cabeza con alas relucientes, Ahriman usó su poder para llegar con su mente hasta el cristal del interior de la pirámide de Photep.

Sintió la resonancia de los cristales en las cámaras superiores de los otros templos del culto, los gritos urgentes pidiendo información, excepto Uthizzar. Un brillo tenue apareció en las profundidades del cristal y la gema que se encontraba en su corazón se movió, como si ya no fuera sólida, sino líquida.

—Hijos míos —les dijo Magnus, y la voz resonó como un eco en la mente de Ahriman. Era aguda y cortante cuando habló—: Ésta es la hora más negra de nuestra legión, pero también es nuestro momento de triunfo.

Ahriman sintió el gozo repentino de sus hermanos. Hasta este momento no se había dado cuenta de cuánto había echado de menos oír la voz de su padre. Se forzó a concentrarse en el asunto que lo ocupaba.

—Mi señor, ¿qué está ocurriendo? —preguntó—. ¿Quién nos está atacando?

—Leman Russ y sus Lobos —respondió Magnus tranquilamente, como si algo así fuese completamente predecible—, junto con elementos de los custodios y de las Hermanas del Silencio.

Ahriman se quedó atónito y su dominio de las Enumeraciones se le habría escapado de no ser por Aaetpio. Aun así, le costó un esfuerzo supremo de su voluntad mantener su distanciamiento.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho para ganarnos semejante violencia?

—Vosotros no —dijo Magnus—. Yo he atraído esto sobre nosotros. Éste es mi destino.

—Tenemos que desplegarnos antes de que lancen las naves de asalto —comunicó Phosis T'kar—. El escudo kinético ya no se puede mantener por más tiempo. He perdido a demasiados guerreros para mantenerlo hasta ahora.

—Bájalo, entonces, hijo mío —le ordenó Magnus—, porque los Lobos ya vienen de camino.

—Entonces esos bastardos traidores se van a enterar de lo que significa atacar a los Mil Hijos —gruñó Khalophis—. Yo les enseñaré cómo hacen la guerra los pyrae.

—¡Danos la orden, señor, por favor! —rogó Hathor Maat.

El ojo del corazón del cristal se atenuó como si se estuviera retirando a sus profundidades. Ahriman vio la indecisión, y un recuerdo amenazó con nadar hasta la superficie de su mente, un fragmento de su momento de conexión con el primarca en Nikaea.

Khalophis había llamado traidores a los Lobos Espaciales, pero Ahriman sabía que el señor de los pyrae estaba equivocado. En esta guerra, no eran los Lobos Espaciales los que quedarían como traidores, sino los Mil Hijos.

—Leman Russ nos odia, pero ni siquiera él se atrevería nunca a atacarnos sin órdenes —dijo Ahriman, pensando en voz alta—. Esta orden tiene que venir de alguien de más arriba. Viene del Emperador; ésa es la única explicación. Señor, ¿qué no nos estáis contando?

—Tú siempre fuiste el más perceptivo, Ahzek —afirmó Magnus, y el ojo nadó hasta verse de nuevo con claridad y con un matiz lleno de resignación—. Oculté la verdad a todo el mundo, incluso a mí mismo, durante tanto tiempo, que acabé casi convencido de que era simplemente un mal sueño de la vida de otra persona.

Ahriman sintió la confusión de sus hermanos astartes, quienes del primero al último querían marchar al campo de batalla urgentemente. Si los Lobos Espaciales se acercaban, cada segundo era precioso. Él no quería más que marchar con sus guerreros, pero lo que Magnus le estaba diciendo era demasiado vital como para ser ignorado.

—¿Qué hiciste? —le preguntó. Toda deferencia había desaparecido de su tono—. Cuando nos salvaste, ¿qué hiciste? Éste es el precio del pacto que hiciste con los poderes del Gran Océano, ¿verdad?

—Sí, Ahzek. Para salvar a mis hijos hice un pacto con el diablo, y al igual que aquel gran médico antes que yo, creí que yo llevaba las de ganar. Todo este tiempo no he sido más que un imbécil ciego, una marioneta, y los hilos los ha movido una inteligencia mucho más grande que la mía.

Una onda de choque psíquica cortó el cristal como si se tratara de un cuchillo, y una dentada línea roja apareció en el centro del ojo.

—Estaba desesperado. Había agotado todas las demás posibilidades de salvaros —musitó Magnus, con una voz que provocaba grietas quebradizas

por todo el cristal—. Desde el momento en que dirigí mi otro ojo hacia adentro, supe que ellos estaban allí: los Poderes Eternos del Gran Océano, seres más antiguos que el tiempo y con un poder más allá de lo imaginable. Sólo ellos tenían los medios para salvaron a todos de una terrible mutación y de la muerte. Así que, sí, bebí de su cáliz envenenado. Vosotros me fuisteis devueltos y yo quedé satisfecho. ¿Qué padre no haría todo lo que estuviera en sus manos para salvar a sus hijos?

—¿Y por eso debemos sufrir? —preguntó Hathor Maat—. ¿Por eso tenemos que ser destruidos?

—Ellos creen que somos traidores —dijo Ahriman, con el horror que le producía el comprenderlo—. Todos esos que hablaron contra nosotros en Nikaea se sentirán justificados si luchamos contra ellos. Nuestra incapacidad para ver el futuro… Creímos que era porque las corrientes del Gran Océano se habían alejado de nosotros, pero fuiste tú, ¿verdad? Impediste que viéramos el futuro. Tú dispersaste a la flota. Tú quieres que esto ocurra. ¿Por eso Uthizzar está ausente? ¿Se enteró de lo que tú planeabas para nosotros?

—¡Cuidado con lo que dices, Ahzek! —le gritó Khalophis—. El primarca nunca permitiría eso.

—Él tiene razón, Khalophis —lo interrumpió Magnus, y la simple verdad de sus palabras les rompió el corazón—. Uthizzar vino a verme y, en mi debilidad, pudo leer la verdad. No podía permitirle que os advirtiera o nuestro sacrificio no habría servido para nada. Por el bien de todos, debemos ser destruidos.

La magnitud de una traición tan flagrante los dejó a todos sumidos en un silencio conmocionado hasta que Phosis T'kar reaccionó de la única manera que sabía.

—Nadie va a ser destruido —rugió—. Si los perros de Russ quieren pelea, la tendrán.

—¡No! ¡No debes hacer eso! —le ordenó Magnus—. La oscuridad que se aproxima necesita que nos volvamos contra nuestros hermanos. Quiere dos legiones leales destruidas y rotas sobre el yunque del odio ciego antes de la guerra que se aproxima. No podemos permitir que eso ocurra, porque

el Emperador necesitará a sus leales Lobos antes del final. Debemos aceptar nuestro destino y dejar que la devastación continúe su curso.

La ira que sentía Ahriman cortó su estado de separación en las esferas y se le cerraron los puños.

—Todo este tiempo sabías que habría un ajuste de cuentas —dijo—. Somos los Hechiceros Rojos de Prospero, malditos a los ojos de nuestros compañeros, y así es como nuestra historia va a terminar, en traición y derramamiento de sangre.

—Es la única manera, Ahzek —afirmó Magnus—. Lo siento.

—No —lo contradijo Ahriman—. No es la única manera. A lo mejor para ti es más noble sufrir tu destino, pero yo cogeré las armas para combatirlo.

Ahriman centró su voluntad en los cristales de sus compañeros magisters templi.

—Los corvidae lucharán contra los invasores —aseguró—. Hermanos, ¿estáis conmigo?

—Los raptora están contigo —respondió Phosis T'kar.

—Los pavoni lucharán —contestó Hathor Maat.

—Y también los pyrae —añadió Khalophis con un siseo—. Desde luego que los pyrae lucharán.

La tierra alrededor de Tizca estaba en llamas, una tierra destrozada y yerma en la que nunca nada volvería a crecer. Los altos muros de mármol de la ciudad, sus gloriosos museos, bibliotecas, torres de plata y grandes pirámides permanecían intactos, ya que la protección de los raptora se había mantenido firme frente a uno de los bombardeos más constantes y potentes que jamás se hubieran desatado en la historia del Imperio.

Las montañas ardían y la línea del cielo estaba cambiada para siempre por las detonaciones capaces de romper el mundo en pedazos.

Inmediatamente después del bombardeo, los invasores llegaron por miles. Al principio, la gente de Tizca pensó que se trataba de partículas de carbonilla arrastradas por el viento, por los numerosos y lo pequeños que

se veían. Pero a medida que se acercaban, resultó evidente que lo que se acercaba eran olas y olas de naves de desembarco de tropas, naves de asalto y naves de ataque. Tras ellas, venían naves de carga mucho más grandes que transportaban vehículos blindados y piezas de artillería.

Los escudos kinéticos de los raptora no podían proteger Tizca del ataque, pero su cobertura ya no era necesaria. El bombardeo desde la órbita había cesado y manadas de rugientes Stormbird encabezaban la carga, volando a ras del agua en dirección al puerto de la ciudad. Cientos de naves sobrevolaban los mares revueltos, dejando grandes olas espumosas a su paso. La idea de que cualquier enemigo pudiera alcanzar la superficie de Prospero para lanzar un ataque había sido descartada, y por lo tanto no había baterías antiaéreas para recibir a las naves que se acercaban.

La ruta hacia el interior de Tizca estaba abierta de par en par.

La primera nave, un enorme Stormbird en forma de hoja con los laterales gris acero y la imagen de unos lobos gemelos pintada sobre la proa chata y agresiva, entró en el puerto haciéndolo pedazos. En su recorrido hasta los puntos de atraque fue bombardeando con salvas de misiles y una explosión de fuego de cañones. En el último segundo se desplegaron los patines de aterrizaje y la nave se posó pesadamente sobre los escombros.

No había terminado la maniobra de aterrizaje cuando se bajaron las rampas de asalto y un gigante enloquecido saltó al exterior. De la armadura le colgaban pieles de lobo y en el casco llevaba dos enormes colmillos que salían de la parte baja del yelmo.

Leman Russ puso los pies en Prospero y fue el primer invasor en hacerlo. Rugió hacia los cielos, complacido por la devastación llevada a cabo por su flota. Dos lobos enormes aullaban a sus lados y una veintena de sus guerreros más poderosos pusieron pie en el puerto para entrar en combate.

Decenas de naves aterrizaron en los amarraderos del muelle y las explosiones se elevaron en el cielo en forma de champiñones desde los silos destruidos y desde las mangueras alimentadoras de combustible

reventadas. Cientos de astartes tomaron el campo de batalla y una marea de guerreros atravesó el puerto en llamas dando alaridos en dirección a la ciudad.

Cientos de Thunderhawk más pequeñas entraron rugiendo desde el mar hacia la ondulante costa entre el puerto y la zona escarpada de la Acrópolis Magna. Sobre este risco de brillante arenisca, la estatua de bronce de Magnus observaba la ciudad con una mirada dura y paternal.

La zona oriental de Tizca había constituido la extensión original de la ciudad antes de que Magnus diseñara el resto del trazado. El plano de sus calles era caótico y serpenteante, y era el paseo preferido de los ciudadanos más bohemios de Tizca. La Vieja Tizca, como se la conocía, estaba construida sobre una suave ladera que bajaba serpenteando hasta el mar y cuyas calles tortuosas estaban llenas de casas de las fuentes, pequeños mercados, restaurantes elegantes y teatros.

Decenas de Thunderhawk tocaron tierra sobre la amplia explanada que se encontraba frente al mar, destrozando el rompeolas de mármol y soltando a cientos de rugientes guerreros con brillantes hachas y cascos de batalla con cráneos de lobos. El fuego coordinado derribó a unos cuantos invasores, ya que las milicias ciudadanas de Tizca se habían movilizado con rapidez, pero sus armas no eran ni de lejos lo suficientemente potentes como para causar estragos entre sus enemigos.

Mientras que los guerreros de Russ atravesaban corriendo a grandes zancadas los escombros incendiados de los distritos costeros, unas pesadas naves de desembarco aplastaban las estructuras de la costa y vomitaban tanques atronadores con los colores grises de los Lobos Espaciales. Enormes Predator, Land Raider y Vindicator retumbaban por toda la parte baja de la ciudad, arrasando edificios con sus enormes cañones y segando la vida a todos aquellos lo suficientemente estúpidos como para exponerse.

Los escuadrones de tanques lanzamisiles Whirlwind rugieron en sus transportes y bajaron a las ruinas, desde donde apuntaron sus cañones cuadrados lanzamisiles hacia la Acrópolis Magna. Los cañones se desvanecieron entre el fuego y el humo, cuando cohete tras cohete salieron

disparados hacia el cielo en rápida sucesión. Una docena o más impactaron en la punta de la roca, arrasando la estatua de Magnus en una tormenta de detonaciones. Terminado este acto simbólico, los cañones lanzamisiles giraron y nuevas salvas trazaron arcos hacia el interior con resultados devastadores en el centro de Tizca. Rabiosas corrientes térmicas propagaron el fuego de edificio en edificio y la Ciudad de la Luz ardió.

A medida que los transportadores de tropas y las pesadas naves de desembarco aterrizaban, las elegantes motocicletas a reacción pasaban aullando por encima, descargando interminables torrentes de misiles sobre la ciudad. Su fuego era indiscriminado, ya que los artilleros tenían instrucciones de disparar a discreción. Cientos de civiles murieron en los primeros minutos del asalto aéreo y veintenas más fueron abatidos cuando las motocicletas a reacción ametrallaron las calles con el fuego de sus cañones.

El Mando Aéreo lanzó todos los escuadrones de sus aerodeslizadores desde los hangares hacia el sur. Estas naves con forma de disco estaban armadas con lanzas de calor y cañones lanzamisiles, y el cielo que cubría la ciudad se convirtió en un frenético desbarajuste de disparos, trayectorias de misiles, explosiones y combates aéreos mientras que las dos fuerzas mantenían un duelo por la supremacía.

Puesto que los Lobos Espaciales atacaron primero, los militares de Prospero respondieron.

Las milicias ciudadanas de Tizca se levantaron en defensa de su ciudad, reuniendo todas las armas que pudieron y tomando posiciones de disparo sobre los tejados y en las ventanas. Ninguno era tan imbécil como para pensar que serían algo más que un incordio para los Lobos Espaciales, pero dejar que los invasores entraran en Tizca sin más y sin hacerles frente era impensable.

Los Guardias de las Torres, ya en máxima alerta desde que comenzara el bombardeo, salieron en masa bajo la guía de los corvidae. Magnus había ocultado a su legión la aproximación de los Lobos Espaciales, pero los caminos del futuro inmediato estaban claros para los que tuvieran ojos para verlos.

Los miembros de la 15.ª de Infantería de Asalto Prosperina bajo el mando del capitán Sokhem Vithara ocuparon la parte alta de las laderas de la Vieja Tizca, posicionando su defensa entre la pirámide del culto de Pyrae coronada con fuego, el Skelmis Tholus a un kilómetro hacia el oeste y la pirámide de los corvidae. Vithara instaló su puesto de mando en el vestíbulo de la galería Kretis, el depósito más antiguo de piezas de arte y esculturas de Prospero.

En el suroeste de la ciudad, los ingenieros de asalto de Prospero concentraban a los pocos soldados que quedaban tras las avalanchas causadas por el bombardeo orbital que se habían tragado tres de sus barracones. La Guardia Palatina del norte se desplegó en los extremos del puerto en llamas, ocupando las bibliotecas y las galerías del distrito de Nephra-Te como parapetos altos. Su comandante, Katon Aphea, era el heredero de una de las familias más antiguas de Prospero, un oficial joven y con talento que tenía un gran potencial. Basó su defensa en el Caphiera Tolus y posicionó a sus tropas con una agudeza táctica que habría sido loada en cualquier scholam de la Armada Imperial.

Leman Russ y sus Lobos invadieron la posición de Aphea en menos de dos minutos.

Tizca ardía cuando la luz del amanecer asomó por el horizonte, pero aunque los Lobos Espaciales habían dado un golpe brutalmente sangriento, aún les quedaba enfrentarse a los verdaderos defensores de la ciudad.

Los Mil Hijos se desplegaron y, de repente, la lucha tomó un carácter muy diferente.

Ahriman corrió por las calles del extremo de la Vieja Tizca, con los sentidos automáticos de su armadura permitiéndole penetrar con facilidad en las espesas nubes de humo que salían de los edificios en llamas. Los guerreros del Escarabajo Oculto marchaban con él con los corazones hambrientos de venganza. Al frente, la casa de la fuente Aquarion ardía y su grácil estructura de columnas y sus fuentes artísticamente talladas se derrumbaban a causa del terrible calor.

Una fuerte lucha tenía lugar en las calles de más allá del cercano Skelmis Tholus, con la 25.ª de Infantería de Asalto Prosperina en contacto con los invasores. Las calles estrechas formaban cuellos de botella naturales y el comandante de la Guardia de las Torres estaba utilizando el terreno en su ventaja.

Las llamas seguían corriendo colina abajo, devorando estructuras incendiadas por los Lobos Espaciales, y amenazaban con extenderse también colina arriba. Los guerreros de los pyrae contenían los incendios, empujándolos de nuevo colina abajo para bloquear avenidas y calles enteras con furiosas murallas de llamas. El cielo estaba manchado de estelas de misiles y explosiones y un edificio que Ahriman tenía detrás se derrumbó cuando una nave aterrizó sobre su tejado, mandando columnas de fuego y humo hacia el cielo. Las vigas envueltas en llamas y las tejas del techado se desparramaron por toda la calle.

El aire era caliente y acre; el olor de una ciudad en la agonía de la muerte.

Las explosiones y el ladrido constante de los disparos hacían eco en los muros que sólo habían conocido risas y canciones. Nubes de cenizas y pergaminos en llamas revoloteaban por el aire, y al pasar junto a Ahriman, éste cogió al vuelo un trozo de papel.

—¿Qué es? —preguntó Sobek.

—«Evidencia de lo oculto —leyó Ahriman en el pergamino que ardía lentamente—. El mar sube y la luz vacila. En el momento en el que rompemos la fe mutua, el mar nos inunda y la luz se apaga. Ese día, el sol se pondrá por última vez».

Ahriman dejó caer el papel observando cómo flotaba en las oleadas de corrientes térmicas. Las palabras eran demasiado apropiadas como para que fuera una coincidencia y tuvo miedo por lo que representaban. Observó el confeti de los libros, los pergaminos y los tratados convertidos en cenizas, como copos de nieve en llamas por encima de su cabeza.

—Se va a perder mucho, pero yo lo restituiré —juró—. Todo. No importa lo que se tarde.

Ahriman inspiró profundamente, dándose cuenta de las dimensiones de semejante empresa. Sus sentidos estaban sobrecargados hasta los límites de la percepción y su mente se mostraba viva a la luz vacilante de los posibles futuros. Aspiró profundamente del pozo de poder de Aaetpio para aumentar su conciencia. Sentía la piel como si el fuego de su tutelar lo estuviese quemando. Ya había experimentado algo así una vez, pero forzó a esa visión a alejarse de su mente cuando percibió la presencia de almas hostiles por allí cerca.

—¡Escarabajos Ocultos! —gritó Ahriman, dirigiendo su bastón heqa hacia una de las calles estrechas que llevaban al interior de la Vieja Ciudad —. ¡A sus puestos!

La calle vomitó llamas y humo cuando una hueste de guerreros sombríos atravesaron a toda prisa los escombros en llamas y desembarcaron en la calle más ancha. El polvo cubría sus armaduras y manchas negras de carbón ensuciaban los brillantes blindajes, pero aun así, era imposible confundir el gris invernal de los Lobos Espaciales.

Los astartes enemigos los habían visto, por lo que desenfundaron los bólters y desenvainaron las espadas de dientes feroces de las que colgaban colas de lobo.

El momento se prolongó para Ahriman. Sus percepciones bajaron a lo largo de su bólter, siguiendo el camino que su disparo recorrería. En su fugaz visión, lo vio atravesar el visor de uno de los Lobos Espaciales, volando la parte trasera de su casco en una explosión de sangre y sesos. El destello precognitivo lo congeló durante un breve segundo por la enormidad de lo que aquello representaba.

Los astartes estaban en guerra unos contra otros, y el puro horror de este hecho le costó a Ahriman una fracción de segundo.

Era todo lo que los Lobos Espaciales necesitaban.

Aunque los Mil Hijos habían sido advertidos de antemano, los Lobos Espaciales dispararon primero.

Una lluvia de fuego de bólter cayó sobre Ahriman y sobre los guerreros del Escarabajo Oculto. Un guerrero cayó con la placa pectoral reventada y los órganos vitales convertidos en papilla por un proyectil de

reacción de masa. Otros dos cayeron pero devolvieron el fuego. El hechizo sobre Ahriman se había roto y su cólera se desbordó cuando su bólter dio una sacudida hacia arriba y un Lobo Espacial quedó tendido de espaldas con el casco convertido en una ruina humeante.

Sobek levantó a otro del suelo. Su practicus utilizó sus poderes kinéticos para golpear al guerrero vestido de lobo una y otra vez contra los muros de mármol de la casa de las fuentes hasta destruirlo. Otros tres Lobos Espaciales se estremecieron y sufrieron espasmos cuando los pavoni vaporizaron la sangre superoxigenada de sus venas. Las llamas atravesaban las lentes que protegían sus ojos, y cayeron al suelo cuando sus armaduras se fundieron sobre su carne. Los tutelares de los guerreros del Escarabajo Oculto giraron alrededor de los Lobos Espaciales amplificando los poderes de sus señores con un rencor cargado de maldad.

Los tres últimos Lobos Espaciales se convirtieron en columnas de fuego abrasador, con los blindajes de sus armaduras fundidos, como si fueran estatuas de ónice congeladas en un momento de agonía inimaginable.

Ahriman se tomó un momento para contemplar lo que habían hecho. Aaetpio destelló por encima de su cabeza y sintió la necesidad de huir a su interior. Chisporroteantes arcos de rayos carmesíes se encendieron en sus dedos y los suprimió en un arranque de impaciencia.

—¡Contrólate! —le ordenó cortante, sin que le gustara en absoluto la impaciencia de su tutelar.

Sobek se le acercó retorciéndose las manos.

—¿Qué habéis dicho?

—Nada —respondió Ahriman—. No importa.

—Nos pillaron desprevenidos, pero los mandaremos de vuelta a Terra —dijo Sobek, y Ahriman vio la luz del tutelar de su practicus reflejada en el brillo fiero que latía detrás de su visor.

—Hemos matado a guerreros de una legión hermana —le hizo ver Ahriman, con la intención de que Sobek apreciara la gravedad del momento—. No hay vuelta atrás después de esto.

—¿Y por qué tendría que haberla? Nosotros no empezamos esta guerra.

—Eso no importa. Estamos en guerra, y una vez que estás en guerra luchas hasta el final. O derrotamos a los Lobos Espaciales, o Prospero será la tumba de los Mil Hijos. Perdemos de todos modos.

—¿Qué quieres decir?

—Si sobrevivimos a este ataque, ¿qué pasará? No podemos quedarnos en Prospero. Otros vendrán y terminarán lo que Russ ha empezado. Si perdemos… bueno, eso ya habla por sí mismo.

Sobek levantó su báculo heqa, que mostraba un fuego interno en toda su longitud.

—Entonces será mejor que no perdamos —dijo.

Kalophis se reclinó sobre el trono de cristal en el corazón del templo de los pyrae. Su armadura reflejaba la ondulación de las llamas del extremo de la cámara. Para cualquiera que no fuera un observador del culto de los pyrae, la cámara habría sido insoportable, el aire demasiado caliente para respirar y el fuego demasiado ardiente para soportarlo.

Los duendes del fuego y los aspectos elementales del éter giraban y bailaban en el aire, dejando estelas incandescentes tras sus cuerpos insustanciales. Sioda colgaba por encima de él como un fiero ángel guardián, ya que la forma del tutelar se había hinchado hasta alcanzar proporciones enormes desde que el traicionero bombardeo empezara.

Varios neófitos con armadura lo rodeaban, dispuestos en el diseño sagrado del hexalpha de seis puntas que representaba la volátil unión entre el fuego y el agua. Llevaban cristales de alma arrancados de la Cueva Reflectante y unas brasas parpadeantes de fuerza vital ardían en su interior.

—¿Estáis seguro de esto, mi señor? —le preguntó Pharis, su zelator, con una voz que delataba su inquietud.

Khalophis se rió y flexionó los dedos sobre los brazos tallados del trono. Un fuego de movimientos rápidos nadaba en sus profundidades, y él

sintió la enorme furia de la conciencia herida más allá de los muros del templo esperando la oportunidad para devolver el golpe a sus enemigos.

—Nunca he estado más seguro de nada, Pharis —le respondió Khalophis—. ¡Empieza!

Pharis se alejó de su señor e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a los neófitos. Ellos inclinaron la cabeza y Khalophis jadeó al sentir sus energías penetrar en su interior. El trono destelló lleno de luz y él luchó por dirigir la fuerza de la furia que amenazaba con consumirlo.

—Soy el magister templi de los pyrae —dijo con los dientes apretados —. El infierno es mi siervo, porque yo soy el Señor del Fuego del Infierno y yo os enseñaré a quemar.

Sioda se echó sobre él y le envolvió el cuerpo. Khalophis sintió cómo su conciencia se apartaba de su carne para llenar otro cuerpo, uno de hierro y acero, de cristal y furia. Sus músculos ya no estaban hechos de carne y tendones, sino de enormes pistones y de haces de fibra hidráulicos recién revestidos con cristales psíquicamente resonantes. El bólter ya no era su arma. Tenía otras armas enormes capaces de borrar ejércitos enteros, y puños que podían derribar edificios.

Khalophis inspeccionó el campo de batalla con los ojos de un dios, un enorme avatar de batalla despierto para luchar una vez más. Sentía los miembros rígidos y ávidos y sus sentidos tardaron un momento en ajustarse a sus enormes dimensiones y a su tremendo peso. Flexionó su nuevo cuerpo. El rechinar metálico de los engranajes dormidos largo tiempo y el chirrido de los pistones hidráulicos vueltos a la vida atravesaron el clamor de la batalla.

El fuego de Sioda fluyó por los increíblemente complejos mecanismos de su cuerpo, llenándolos de vitalidad. Dio un paso atronador hacia adelante y soltó un rugido atávico, su voz convertida en un estrepitoso cuerno de batalla.

Como un poderoso dragón despierto tras siglos de letargo, *Canis Vertex* marchó a la batalla una vez más.



VEINTIOCHO

LÍNEA AGUANTA TAMBIÉN SE VOLVERÁN CONTRA TI COMPRENDE AL ENEMIGO

Las motocicletas a reacción eran doradas con proas curvas en forma de pico de águila y con los flancos diseñados para semejar alas echadas hacia atrás. Phosis T'kar contó siete de ellas, que se abatían en un ataque dirigido a su posición al fondo de la plaza Raptora. Las armaduras de los guerreros que las pilotaban también eran doradas, y las plumas rojas de sus cascos flotaban tras ellos como estandartes. Los cañones de fuego rápido centellearon desde las baterías incorporados a la parte baja e hicieron pedazos la carretera de losas que salía del ágora Mylas.

Géiseres de roca surgían a cada impacto, pero Phosis T'kar no estaba preocupado. Echó el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha y elevó las manos en el aire como si estuviera abriendo una cortina. Cuatro de las motocicletas fueron volteadas en el aire como si se hubieran enganchado en una cuerda de acero. Phosis T'kar las estampó contra los altos muros de

la biblioteca Timoran, haciendo añicos las estatuas de sus primeros custodios.

Las tres últimas explotaron cuando Hathor Maat envió una oleada eléctrica cataclísmica a través de sus motores. La chatarra en llamas cayó al suelo con fuerza y fue dando vueltas de campana hacia la posición de los Mil Hijos, parándose finalmente a menos de un metro de Phosis T'kar.

—Custodios —gruñó—. No son tan duros.

La parte septentrional de Tizca estaba en llamas. El puerto era una masa de pestilentes columnas de humo y el hedor del promethium se mezclaba con el olor acre del alquitrán, la goma y el metal en llamas. Unas nubes espesas y bajas cubrían la ciudad y la ceniza caía como lluvia negra. Cientos de hombres y mujeres pasaban como una riada por su posición, dirigiéndose hacia la pirámide de Photep cargados con libros y con los brazos llenos de pergaminos. Las calles estaban sembradas de mamotretos caídos y de fragmentos de estatuas. Los héroes esculpidos del culto Raptora que una vez habían bajado la mirada hacia la plaza, fueron derribados por la artillería enemiga a excepción de un par de ellos. Las caras sin expresión alguna y las manos extendidas yacían tiradas sobre las losas.

Mezclados entre los civiles estaban los restos ensangrentados de la Guardia Palatina, hombres en estado de conmoción a causa de los bombardeos y empapados en sangre que caminaban arrastrando los pies desde el puerto. Estos aterrorizados supervivientes eran lo único que quedaba de los soldados movilizados para contener los primeros aterrizajes enemigos.

—He tenido noticias de los athanaeans —dijo Hathor Maat, corriendo ágilmente desde su posición hasta la izquierda de Phosis T'kar.

—¿De qué se trata?

—Viene el Rey Lobo —le comunicó Hathor Maat con alegría—. Dicen que fue el primero en aterrizar en el puerto y está luchando para abrirse camino hacia nosotros.

—¿Luchando? —replicó Phosis T'kar—. No creo que haya mucha lucha en este momento. Los Lobos están acabando con los Guardias de las

Torres con facilidad.

—Tú no creías que fuesen a aguantar, ¿verdad? —comentó Hathor Maat—. No son más que mortales, y ésta es una lucha de astartes.

—No sólo de astartes —apuntó Phosis T'kar haciendo un gesto hacia la chatarra de las motocicletas a reacción—. Los custodios también quieren nuestras cabezas colgadas de una pica.

—Todos terminan muriendo por igual —dijo Hathor Maat.

—¿Se sabe algo aparte de la situación del Rey Lobo?

—Ahriman tiene sellado el perímetro norte. Está aguantando en la parte superior de las laderas de la Vieja Tizca desde la Acrópolis hasta el flanco este de la pirámide Corvidae.

—Dejándonos a nosotros con el frente occidental desde la pirámide Pavoni hasta el puerto.

—Eso parece —le confirmó Hathor Maat—. Los athanaeans están ocupando posiciones en la plaza Occullum y nos van a proporcionar información sobre los planes del enemigo a medida que la consigan. Lo que queda de la Guardia de las Torres va a ocupar posiciones con la legión, pero no podemos contar con ellos.

—¿Y qué pasa con Khalophis?

—No se sabe nada todavía.

Se oyeron explosiones cerca cuando unos misiles dibujaron con su estela tirabuzones en el cielo y detonaron en lo alto. La metralla se dispersó cortando y despedazando a una docena de civiles convirtiéndolos en harapos sangrientos.

—¡Aquí vienen! —gritó Hathor Maat, volviendo a toda prisa a su posición.

Un trío de formas cuadradas se movió a través del humo. El gruñido de sus motores parecían gritos de bestias de carne y hueso. Dejando tras de sí nubes de polvo y fuego, tres enormes Land Raider con los colores de los Lobos Espaciales entraron en la plaza. Tras ellos venían los guerreros de Leman Russ, cientos de luchadores con armadura que avanzaban en una marea clamorosa de cuchillas y de bólters.

Entre los guerreros de Fenris los había con armaduras doradas y rojas. Llevaban largas lanzas con empuñaduras de ébano y brillantes cuchillas. Phosis T'kar sonrió al pensar en medir sus fuerzas contra estos guerreros.

Varias manadas de lobos babeantes cruzaron a grandes saltos la plaza y de sus colmillos desnudos colgaban restos de uniformes y de carne. Los Mil Hijos abrieron fuego y la plaza se convirtió en una tormenta de proyectiles. El estruendo de los disparos fue eclipsado por los aullidos de los animales. Phosis T'kar chasqueó los dedos y partió al macho alfa de la manada en dos. El fuego de bólter golpeó contra las armaduras e hizo girar a los atacantes sobre sí mismos, pero los guerreros de Russ eran expertos en saltar desde una posición a cubierto a otra, y pocos cayeron.

Unos cuantos disparos láser pesados destellaron desde arriba, unas flechas silbantes de energía imposiblemente brillante. Las explosiones rompieron por todas las líneas de los Mil Hijos mientras que el ruido sordo de los bólters aporreaba sus posiciones. Una avalancha de disparos se extendió por toda la plaza, pero los escudos kinéticos de los raptora estaban a prueba de estos ataques.

Phosis T'kar se concentró en el Land Raider que iba al frente, y alargó el brazo con el puño cerrado. Tiró de su mano hacia atrás y el montaje de armas izquierdo quedó arrancado del vehículo en un brillante penacho de luz blanca. El pesado tanque patinó y se estrelló contra el que iba a su lado, aplastando a los guerreros que avanzaban entre ambos.

Phosis T'kar sonrió.

—¿No os disteis cuenta de en dónde os estabais metiendo, verdad?

Otro comentario despectivo le murió en la boca cuando un retortijón de dolor repentino le hizo un nudo en el estómago, como si alguien hubiera cogido un puñado de sus intestinos y los hubiera retorcido con saña. Notó el sabor de la bilis y sintió una desagradable sensación de estar empapado en sudor que hacía que le picara la piel.

Otro vehículo explotó y el casco quedó convertido en una tela de araña retorcida de chispeantes relámpagos. El último vehículo se prendió en llamas cuando los guerreros de Auramagma le lanzaron bolas de fuego contra el glacis frontal. Siguió avanzando y disparando mientras aplastaba

valiosos tomos y preciosas esculturas haciéndolas pedazos bajo sus cadenas. Auramagma se subió encima de uno de los señores caídos del culto Raptora y tejió hojas de fuego blanco como un director ante su orquesta.

—Ése es demasiado arrogante —bufó Phosis T'kar, criticando el defecto de Auramagma mientras era incapaz de reconocer el suyo.

Un misil bajó como un rayo y se estrelló contra la parte superior del Land Raider, rebotando en el blindaje y explotando un poco más atrás.

Phosis T'kar hizo retroceder a un puñado de Lobos Espaciales con un gesto de su muñeca, arrojándolos bajo las cadenas del Land Raider en llamas. Su blindaje se abrió con unos crujidos satisfactoriamente letales. El vehículo no había terminado de aplastar a sus víctimas cuando el fuego estalló en su interior. Las escotillas de escape se abrieron de un golpe y la tripulación luchó por escapar del horno en que se había convertido su vehículo. Auramagma dejó que se quemaran.

Los relámpagos bailaron entre los Lobos Espaciales, haciendo explotar sus cuerpos dentro de la protección blindada que ofrecían sus armaduras de batalla. Unas silbantes sábanas de fuego hicieron que el suelo se derritiera, mientras que las protecciones kinéticas absorbieron el peso del fuego de respuesta. Phosis T'kar se rió al ver a su legión desatada, sin ninguna restricción a todo su potencial y sin tener a ningún débil de corazón protestando porque deberían estar matando a los enemigos del Imperio en vez de lo que estaba ocurriendo.

Un escalofrío repentino lo hizo sobresaltarse con un susurro y un tacto fantasmal en la parte de atrás de su mente. Lo había sentido una vez hacía tiempo, pero antes de que pudiera recordar dónde, un lobo saltó sobre él a través de las llamas. Tenía la piel en llamas, y él levantó el brazo para sacárselo de encima con un gesto.

No ocurrió nada.

El lobo se estampó contra él y lo derribó contra el suelo. Sus mandíbulas se cerraron y los colmillos abrieron profundos surcos en su visor. Unas garras amarillentas le rasgaron el costado y él gruñó al sentir

que le alcanzaron la carne. El lobo lo mordió enloquecido, y Phosis T'kar luchó por mantenerlo alejado de su cuello.

Sus ojos se encontraron con los de la bestia y vio el interior de su corazón, el corazón alienígena del ser que se encontraba debajo de la máscara del lobo. Sus ojos se agrandaron al reconocerlo, pero era demasiado tarde para hacer otra cosa más que luchar.

La mandíbula de la bestia se cerró sobre su cuello, pero antes de que pudiera morderlo, Phosis T'kar le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. Le hundió el brazo a través de la caja torácica, rompiéndole las costillas y los órganos vitales hasta destrozarle la columna. La luz de sus ojos se apagó y Phosis T'kar arrojó el cuerpo lejos con asco. Volvió a ponerse en pie, mirándose las manos horrorizado. Él quería que el poder fluyera a través de ellas, pero no sentía nada, ninguna conexión con el Gran Océano ni ninguna pista sobre su fuego.

Una forma delgada con una armadura que se ajustaba al cuerpo apareció ante su vista, con una espada de larga hoja que se dirigió directamente hacia su estómago. Desvió la hoja con su báculo heqa y evaluó a su atacante. Era una mujer, pero no se trataba de una mujer corriente. La parte inferior de su cara estaba oculta tras una máscara en forma de bozal y tenía los ojos oscuros tatuados con lágrimas.

Phosis T'kar supo en ese momento por qué sus poderes habían fallado. Oyó gritos de dolor cuando los escudos kinéticos cedieron y un tropel de miembros de las Hermanas del Silencio hicieron sentir su presencia. Ella lo atacó con un nuevo golpe de espada. T'kar lo bloqueó con su báculo una vez más, haciendo que resbalara hacia la empuñadura de la espada para hacer un gesto de torsión.

Ella leyó el movimiento y apartó la espada para luego girar sobre sí misma con una fina daga en la otra mano dirigida hacia su ingle. Phosis T'kar dio un paso para ir a su encuentro y el puñal se rompió contra la placa de armadura. Subió con fuerza la rodilla hasta la cara de su oponente y aplastó la máscara que escondía su mandíbula. Un chorro de sangre y de dientes volaron tras el impacto, pero la mujer retrocedió rodando.

Cientos de guerreros con armadura se enfrentaban por todo el perímetro de la plaza con un ensordecedor choque de placas de metal. Ya no era una batalla que se lucharía con uno de los lados teniendo la ventaja; ésta era ahora una batalla brutal que se luchaba cuerpo a cuerpo.

Phosis T'kar desenvainó su cuchillo de combate y adoptó la postura de batalla delante de la mujer de la armadura. Sostuvo el báculo por delante de él con el cuchillo alzado a la altura del hombro.

—Muy bien, doncella del vacío —gruñó—. ¡Te mataré a la antigua usanza!

Aunque su cuerpo estaba tumbado en un trono de cristal de fuego dorado, Khalophis marchaba a través de las ruinas de Tizca con las zancadas de un poderoso gigante. Los edificios no eran más que bloques de un juego de construcción para niños y los incendios poco más que ascuas. La gente no era más que un grupo de motas que podía aplastar con cada uno de sus poderosos pasos.

Marchó más allá de la avenida Kretis, en dirección al Skelmis Tholus, y mantuvo la inmensidad del océano a su lado derecho. Las calles de la Vieja Tizca eran demasiado estrechas para una máquina de guerra tan enorme como el *Canis Vertex*, y los edificios antiguos explotaron cuando los atravesó igual que un coloso sacado de las leyendas de antaño.

No cesaron de disparar contra él, pero ninguno de los proyectiles podía dañarlo. Sintió el calor de Sioda aumentar en el brazo derecho y lanzó un torrente de llamas que inundó seis calles con un huracán de llamas pegajosas. No podía oír los gritos, pero vio a sus víctimas aullantes caer de rodillas y suplicar la salvación.

Los cañones del *Canis Vertex* estaban en perfecto estado de funcionamiento, pero gracias a la conexión de su tutelar con el Gran Océano, sus habilidades pirokinéticas tenían cien veces más potencia, por lo que no los necesitaba. Los poderosos puños del titán estaban envueltos en llamas, y con cada gesto que hacían, bolas de fuego del tamaño de tanques se estrellaban contra el enemigo. Khalophis se echó a reír

mientras escupía lenguas de fuego con ambos brazos y abrasaba a los invasores haciéndolos retroceder hacia sus naves.

Las fuerzas atacantes habían abierto una gran brecha hacia el interior de Tizca, pero Khalophis vio que el enemigo había abierto demasiado sus líneas en su impaciencia por dividir en dos a los defensores. *Canis Vertex* podía aislarlo de sus fuerzas de reserva y entonces las filas de los Mil Hijos podrían hacerlos retroceder hasta el océano.

Los miembros del culto Athanaean comunicaban los movimientos enemigos, y los del Corvidae descubrían y contrarrestaban cualquier ataque por sorpresa que se les ocurriera de repente a los comandantes enemigos. Ninguna de las dos fuerzas podía declararse vencedora de la batalla, pero desde su privilegiado punto de vista, casi propio de un dios, Khalophis se percató de que el combate se estaba decantando a favor de los Mil Hijos.

—Habéis mordido más de lo que podéis masticar —rugió Khalophis, y aquellas palabras salieron al mundo real como un restallido aullante de estática, capaz de reventar tímpanos, que surgió de las sirenas de combate de la máquina de guerra.

Varias cañoneras y aerodeslizadores se lanzaron al ataque disparando con todos sus cañones y lanzando andanadas de misiles contra sus cubiertas blindadas. Al carecer de pantallas de vacío debería haber sido vulnerable, pero un escudo de llamas convertía los proyectiles en grandes goterones de metal y hacía estallar los misiles antes de que pudieran impactar. Sintió la alegría salvaje de su tutelar, cómo su poder intentaba hacerse con el control, pero él reafirmó su autoridad.

Chirrió poseído por un resentimiento de celos y Khalophis sufrió un espasmo por la profunda sensación de náusea que se apoderó de su alma.

Canis Vertex cesó por un instante la tarea destructiva que estaba llevando a cabo. Varias explosiones sacudieron su pecho blindado después de que su escudo etéreo desapareciera. Al notar su debilidad, las motocicletas a reacción, los aerodeslizadores y las cañoneras se lanzaron de nuevo al ataque para darle el golpe de gracia.

—Vuelve. ¡Éste es mío! —dijo con un siseo.

Sioda chirrió de nuevo, enfurecido, pero regresó al cuerpo de *Canis Vertex*.

Una intensa llamarada de calor surgió del titán y una docena de las aeronaves fueron barridas del cielo con los motores quemados y los pilotos achicharrados hasta los huesos.

Khalophis escupió al suelo del templo Pyrae. La sangre hirvió siseante debido al tremendo calor. La armadura le humeaba, y una luz oscura aumentó poco a poco en el fondo de sus ojos mientras derramaba lágrimas de fuego que marcaban con unas cicatrices negras sus mejillas.

La biblioteca de los corvidae, que normalmente era un lugar tranquilo, un santuario de silencio y de placidez, era en esos momentos un edificio sacudido por una actividad frenética. Ankhu Anen dirigía las tareas de cientos de escribas y de servidores que se dedicaban a vaciar las estanterías y los archivos de datos de la biblioteca. La inmensa estancia contenía cientos de miles de textos, demasiados como para que pudieran ser evacuados con tan poco tiempo, pero las órdenes de Ahriman habían sido muy explícitas.

Todo lo que se pudiera salvar debía trasladarse a la pirámide de Photep.

La luz de los incendios se filtraba a través de las paredes de cristal y bailaba sobre las estanterías de acero y de vidrio de la biblioteca. Los servidores de transporte, tremendamente sobrecargados, se alejaban del edificio mientras los aterrorizados escribas seguían colocando libros en las carretillas de carga que protestaban bajo un peso ya excesivo.

Había tratado de imponer alguna clase de orden en la evacuación de la biblioteca, pero no tardó en descubrir que iba a ser imposible. El pánico de encontrarse tan cerca de la línea de combate se había extendido como una plaga entre sus subalternos, y los meticulosos planes que había trazado se vinieron abajo a los pocos momentos.

—¡Aseguraos de que los manuscritos pnakóticos se guardan separados de las Profecías! —gritó al ver a un escriba lloroso meter libros de

distintas épocas en la bandeja rebosante de un servidor de carga.

Los pergaminos y las páginas rotas cayeron desparramados por el suelo de cerámica. De los techos más elevados se desprendió una fina lluvia de polvo cuando algo estalló cerca de allí. El eco de unos gritos aterrorizados resonó por toda la biblioteca.

Los escribas pasaron corriendo a su lado cargados de libros gruesos y de mapas y pergaminos enrollados. Los corvidae habían reunido innumerables obras a lo largo de sus investigaciones sobre el futuro, y tenían todavía mucho que estudiar e interpretar de un modo adecuado… ¿Cuánto conocimiento sobre lo que llegaría a ocurrir acabaría perdiéndose por culpa de aquel ataque sin sentido?

Una fuerte sensación de mareo lo envolvió por completo y alargó una mano para mantener el equilibrio. La mano se cerró sobre el frío acero de una estantería y echó un vistazo al libro que tenía más cerca de los dedos. Se trataba de una copia desgastada y con las tapas de cuero del *Liber Draconi*, que se encontraba incongruentemente al lado del *Libro de Atum* y las páginas encuadernadas con bramante del *Völuspá*.

Apartó la mano de allí como si se hubiera quemado.

—El dragón del destino —susurró.

Anen se había visto acosado desde sus primeros días en las filas de los Mil Hijos por un sueño en el que aparecía un dragón sibilante que nacía del hielo y del fuego. Su aliento era la muerte de las estrellas y sus ojos eran la luz de la creación. Había buscado el significado de aquel sueño durante mucho tiempo, pero la simbología que representaban los dragones era muy discutida.

Para algunos, el dragón representaba al humano intelectualmente superior que se sobreponía al indomable mundo natural, o a las criaturas de un caos primario que sólo se podían destruir mediante el entrenamiento disciplinado de las capacidades mentales y físicas. Para otros, era un símbolo de sabiduría adoptado por algunos emperadores primitivos para aumentar el poder que los demás veían en ellos. Para Ankhu Anen, era el símbolo de una condenación inminente.

Se apartó de la estantería y alzó la mirada cuando una repentina premonición de peligro apareció en su mente. Una masa llameante se dirigía hacia el templo, aunque su forma se veía desigual y borrosa debido a los paneles de cristal.

Ankhu Anen dio media vuelta y echó a correr hacia la entrada de la biblioteca un momento antes de que una tremenda explosión sacudiera el templo. Los paneles de cristal y las columnas de adamantium quedaron destrozadas cuando una cañonera Thunderhawk de fuselaje dorado se estrelló contra el edificio. La nave giró sobre sí misma cuando el ala que le quedaba chocó contra una de las gigantescas vigas estructurales y se estrelló contra el techo antes de caer al suelo de la biblioteca, donde se estampó con una explosión rugiente.

De la nave salió despedida una lluvia de fragmentos afilados como navajas y chorros abrasadores de combustible en llamas. Las páginas resecas que albergaba la biblioteca se incendiaron de inmediato. Ankhu Anen salió despedido por los aires por la fuerza de la explosión, y se estrelló contra una estantería alta antes de caer al suelo, donde aterrizó sobre una carretilla de transporte volcada y su carga de libros desparramados. El resto de la estantería se dobló y cayó sobre él convertida en una lluvia de metal retorcido y trozos de cristal.

Ankhu Anen intentó salir de debajo de los restos de la estantería, pero se desplomó de nuevo cuando un dolor lacerante le estalló en el pecho y en una pierna. Inspiró profundamente antes de comprobar la gravedad de las heridas. Tenía la pierna atrapada por una columna caída y de su pecho sobresalía una traviesa metálica rota. La caída había provocado que la herida se desgarrara de un modo horroroso, y la sangre le salía a chorros del corazón reventado. Ni siquiera su corazón secundario sería capaz de hacer frente a aquella tremenda pérdida de sangre.

El líquido llameante se extendió con rapidez por la biblioteca. Atacó las estanterías chirriantes en busca de más papel con el que saciar su apetito voraz. Ankhu Anen vio que estaba rodeado de escribas muertos o moribundos, sus cuerpos desgarrados por la metralla o quemados más allá de lo reconocible. Alzó la mirada y vio una lluvia centelleante de

fragmentos de cristal que caían del enorme agujero que había abierto la cañonera al estrellarse. Era igual que una cascada de cristal, y mientras miraba aquel espectáculo hipnotizador, vio unos ojos dorados que se reflejaban en los fragmentos que caían lentamente. Los ojos lo miraron con tristeza, y Ankhu Anen tuvo la profunda sensación de que podrían salvarle la vida sin dificultad, pero que habían elegido no hacerlo.

—¿Por qué? —imploró, pero los ojos no tenían una respuesta para él.

Oyó un leve sonido rasposo en el metal cerca de su oído y se volvió para pedir ayuda, pero las palabras murieron en su boca al ver que se trataba de un cuervo negro, que lo miraba con la cabeza inclinada hacia un lado. Sus alas también eran de color negro brillante, pero vio que además tenía colocados con gran habilidad una serie de psicoimplantes en el cráneo. El pájaro lo observó con una mirada interrogante, y Ankhu Anen sonrió ante la visión del símbolo de su culto.

—¿Qué eres? —le preguntó—. ¿Una visión del futuro? ¿Un símbolo de mi salvación?

—Creo que ninguna de las dos cosas —respondió una voz áspera cerca de su hombro.

Ankhu Anen se volvió para ver a un guerrero con una armadura del color de una mañana de invierno. Relucía como si la cubriera una capa de escarcha, y el capitán de los Mil Hijos no vio más que odio en el lenguaje corporal del Lobo Espacial. El cuervo alzó el vuelo con un fuerte graznido y se posó en la hombrera del guerrero.

El Lobo Espacial llevaba en la mano un báculo rematado por una águila dorada, y, siguiéndolo, una hueste de guerreros invadió la biblioteca de los corvidae. Sus armaduras eran grises y doradas, y empuñaban unas armas de cañón largo en cuyo extremo brillaba una llama azul.

—¿Quién eres? —gimió Ankhu Anen mientras intentaba invocar el poder del éter para acabar con aquel intruso insolente.

No sintió poder alguno, y esa falta de poder se le clavó como una astilla en el alma.

—Me llamo Ohthere Wyrdmake. Soy el sacerdote rúnico de Amlodhi Skarssen Skarssensson, de la Quinta Compañía de los Lobos Espaciales —

le contestó el guerrero.

Se quitó el casco para dejar a la vista un rostro de aspecto venerable con unos ojos de color claro y la barba recogida en una serie de trenzas. Llevaba la parte superior del cráneo cubierta por un capacete de cuero, y Ankhu Anen vio en ese momento a una mujer delgada con una armadura de bronce y oro ajustada a su cuerpo que aparecía detrás de él. La mirada de sus ojos no mostraba vida ni compasión alguna, y el capitán de los Mil Hijos se encogió ante el vacío que vio en su interior.

—¿Wyrdmake? ¿El hacedor de wyrds? El dragón del destino —susurró Ankhu Anen, quien abrió los ojos de par en par al comprenderlo—. Eres tú… Siempre has sido tú.

El sacerdote rúnico sonrió, aunque no había alegría alguna en el gesto, tan sólo una vindicación triunfante.

—¿El dragón del destino? Supongo que lo soy.

Ankhu Anen intentó empuñar su báculo heqa, pero lo había perdido en la devastación provocada por la colisión de la nave. Luego intentó sacar la pierna atrapada.

—No luches. Eso hará que tu muerte sea más fácil —le dijo Wyrdmake.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —preguntó Ankhu Anen—. Se trata de un error terrible. ¡Seguro que os dais cuenta! Pensad en todo lo que se perderá si cometéis este acto tan atroz.

—Sólo obedecemos la voluntad del Emperador, como deberíais haber hecho vosotros —le replicó Wyrdmake.

—Los Mil Hijos son leales —dijo jadeante Ankhu Anen, y un chorro de espuma sanguinolenta le salió de la comisura de la boca—. Siempre lo hemos sido.

Wyrdmake se arrodilló al lado de Ankhu Anen y le agarró la cara con un guantelete helado.

—¿Tienes algo que decir como despedida? ¿Unas últimas palabras antes de que mueras?

El capitán de los Mil Hijos asintió cuando el futuro se abrió ante él, y murmuró su última profecía:

—Soy capaz de ver el éter en tu interior, sacerdote rúnico —le susurró con sus últimas fuerzas—. Eres como yo, y un día, aquellos a los que sirves te traicionarán.

—Casi compadezco tu falsa ilusión —le contestó Wyrdmake negando con la cabeza—. Casi.

Wyrdmake se puso en pie de nuevo e hizo un gesto a los guerreros con las armas lanzallamas para que avanzaran. Ankhu Anen oyó el sonido rugiente de los chorros de fuego que destruían un conocimiento acumulado a lo largo de un centenar de vidas, y sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Me dirás una cosa más antes de morir —le dijo Wyrdmake—. Me dirás dónde puedo encontrar al sabio de las estrellas llamado Ahzek Ahriman.

Phosis T'kar poseía la ventaja por peso y por fuerza, pero la doncella del vacío era rápida como un rayo y su arma se movía veloz como una serpiente plateada. Se enfrentaron en las ruinas de la plaza, en mitad del combate cuerpo a cuerpo de astartes. Los cascos ennegrecidos de los tanques destrozados sembraban el lugar, y el cristal caía como una lluvia centelleante procedente de los agujeros humeantes abiertos en la pirámide Raptora.

Las estatuas se desplomaban desde sus salientes dorados para estrellarse contra el suelo, y el estruendo constante de los impactos de artillería un poco más al este proporcionaba el contrapunto rítmico a la batalla. Los incendios iluminaban a los combatientes con un resplandor anaranjado rojizo, y Phosis T'kar sintió una cierta liberación al utilizar su propia fuerza a pesar de que no podía utilizar sus poderes etéreos.

Hizo girar el báculo en una serie de lentos círculos mientras la Hermana del Silencio lo miraba con sus ojos muertos.

—No tienes nada dentro, ¿verdad? Siento lástima de los mortales que no son capaces de ver lo que yo veo, pero ¿tú? Tú vives en un espacio

muerto con el silencio como tú única compañía. Quitarte la vida será un acto de misericordia.

La mujer no le contestó, sino que lanzó un veloz ataque con el arma contra su garganta. Phosis T'kar lo esquivó echándose hacia un lado y luego lanzó un barrido con el brazo para detener el golpe de reverso que le propinó a continuación. La hoja del arma resbaló sobre el antebrazo y le abrió un surco en el guantelete. Él respondió lanzando un ataque frontal con el báculo.

Su oponente se agachó para esquivar el ataque y giró la pierna para lanzarle una patada contra la rodilla. La armadura se agrietó por la fuerza del golpe y un dolor intenso le subió por el muslo. Phosis T'kar retrocedió un par de pasos cojeando sobre la pierna ilesa y le sonrió.

—Eres rápida, lo admito —apuntó.

Ella siguió sin responder y esquivó su siguiente ataque con la misma elegancia. Una andanada de disparos levantó un surco de surtidores de polvo en el rococemento del suelo, y Phosis T'kar volvió a retroceder ame la potencia de los impactos.

—Llegó el momento de acabar con esto.

La mujer lo atacó de nuevo, y esta vez él no intentó detenerla. La espada se clavó en su placa pectoral y traspasó la ceramita compuesta y el armaplas, pero antes de que pudiera atravesarla del todo y perforar el escudo óseo de su pecho, Phosis T'kar alargó un brazo y le clavó el cuchillo de combate en el brazo.

La hoja se clavó entre el radio y el cúbito, y la mujer soltó un chillido agónico.

—Vaya, ya no estás tan silenciosa, ¿verdad? —le gruñó el astartes.

Phosis T'kar la atrajo hacia él, y la mujer se resistió con todas sus fuerzas, pero su oposición no hizo más que aumentar el dolor que sentía. Cuando estuvo lo bastante cerca, el capitán le propinó un cabezazo con el casco que hundió el cráneo a la Hermana del Silencio.

Sacó el cuchillo de combate al mismo tiempo que sentía cómo el poder volvía a sus extremidades en una oleada de doloroso placer. Utipa apareció de nuevo por encima de él con un destello, y Phosis T'kar dio la

bienvenida a la presencia de su tutelar al notar que su regreso le incrementaba los poderes. El capitán envainó el ensangrentado cuchillo de combate y desenfundó el bólter. Le metió un cargador nuevo y tiró de la corredera antes de arrancar la hoja plateada que todavía tenía clavada en el pecho. Por último, le dio la espalda al cadáver que tenía a los pies y echó a correr al trote de vuelta al combate sin dejar de disparar contra todo aquel objetivo que se le presentaba.

El feroz combate bullía como una marea burbujeante, y ninguna de las dos fuerzas conseguía tomar ventaja. Los Lobos Espaciales luchaban con una furiosa despreocupación, totalmente concentrados en el enemigo que tenían enfrente, pero sin la claridad de visión necesaria para captar la situación general. Los Mil Hijos combatían con una objetividad clínica. Cada uno de los guerreros había alcanzado las Enumeraciones inferiores para concentrarse mejor en sus habilidades de combate. Como astartes que eran, estaban entrenados para ser unos excelentes luchadores en el brutal combate cuerpo a cuerpo, pero Magnus les había enseñado que siempre existía otro modo, más inteligente, de vencer.

—Comprende a tu enemigo y sabrás cómo derrotarlo —les decía.

Era una lección que los Lobos Espaciales y los Custodios habían aprendido bien; ya que si no no había forma de explicar que hubiesen llevado con ellos a las doncellas del vacío de las Hermanas del Silencio. Saber aquello proporcionó a Phosis T'kar todo lo que necesitaba para ganar la batalla.

Corrió a través del grueso del combate y extendió su mente por toda la masa de emociones enfrentadas. Una niebla roja de furia y odio flotaba sobre los combatientes, pero había tres zonas muertas que eran islas de silencio en mitad de aquel océano de matanzas.

—Os tengo —murmuró.

Vio que Hathor Maat luchaba espalda contra espalda junto a Auramagma, y se abrió paso apresuradamente entre la masa de cuerpos en dirección a sus camaradas. Un guerrero de armadura gris lo atacó con una hacha sierra, pero Phosis T'kar se la arrancó de las manos con un simple

pensamiento y clavó la hoja de dientes chirriantes en la cara del Lobo Espacial sin ni siquiera detenerse.

Avanzó con más lentitud cuando llegó al límite del alcance de otra doncella del vacío. Se detuvo para subirse al pedestal que antes ocupaba la estatua del magister Ahkenatos. Una vez arriba, se llevó el bólter al hombro y buscó aquellas zonas muertas en mitad del campo de batalla a través de los ojos de Utipa.

Su tutelar flotó por encima del combate y Phosis T'kar sintió un repentino estallido de dolor en el pecho.



VEINTINUEVE
NO DEBO HACERLO
PODER SIN CONTROL
CAE UN SYRBOTAE

La Vieja Tizca ya no existía. El pacífico entramado de calles antiguas del que tanto había disfrutado al explorarlo en su juventud ya no era más que un amasijo de escombros quemados y de ceniza. Los guerreros cruzaban con cuidado el terreno a través de las ruinas humeantes y disparaban apoyando el arma en la cadera o luchaban con hachas y espadas. La línea que formaba la costa era invisible debido a las nubes de humo provocadas por los disparos de las baterías de artillería. Las columnas de fuego amarillo que precedían a los estampidos metálicos se abalanzaban contra esas nubes, y en seguida, otra parte de su amada ciudad desaparecía en una serie de explosiones llameantes.

Magnus contempló la muerte de Tizca desde el balcón más alto de su pirámide, la única estructura que había escapado de la destrucción hasta ese momento. No quedaba nada que pudiese reflejarlo en todas sus estancias. No había lugar donde la voz insidiosa de la tentación pudiera

aparecer de nuevo para persuadirlo y convencerlo con alabanzas de que cometiera un nuevo error.

Se agarró con fuerza a la barandilla del balcón y lloró con amargura por la pérdida de su mundo y la muerte de sus hijos. Lo que hasta hacía poco había sido un faro asombroso de iluminación y progreso para todos aquellos que quisieran ver, era ahora un torbellino de combates.

El extremo norte de la ciudad era un infierno llameante. Todos los palacios estaban envueltos en llamas y sus parques ya sólo eran tierra arrasada y cubierta de ceniza. Un poco más al sur, el puerto no era más que una inmensa mancha negra en el horizonte, ya que todas sus estructuras habían quedado demolidas tras el ataque de su hermano.

Sintió a Leman Russ en la parte occidental de la ciudad. Estaba atacando la pirámide de los raptora. Constantin Valdor estaba a su lado, y el guerrero llamado Amon. Magnus captó con su ojo interior el valor y el ánimo con los que combatían los guerreros de los Mil Hijos al lado de Phosis T'kar, Hathor Maat y Auramagma. Le dolía pensar que la mayoría de ellos no tardaría en morir, porque el Rey Lobo sólo dejaba desolación a su paso.

Al este, Ahriman y sus guerreros estaban consiguiendo mantener a raya a los invasores. Ni siquiera el salvajismo de los Lobos Espaciales o el poder de los custodios eran capaces de abrir brecha en las defensas de Ahriman, ya que sus guerreros utilizaban sus poderes premonitorios para contrarrestar cada ataque.

Había pocas guerreras de las Hermanas del Silencio en esa zona, ya que la mayoría se encontraba combatiendo al lado de Leman Russ y de Valdor. Los atacantes no habían llevado consigo suficientes doncellas del vacío como para tomar Tizca, ya que supusieron que el asalto sería poco más que una operación de limpieza. Habían creído que el bombardeo orbital sería más que suficiente, y sólo eso los enfurecía.

Aunque la mayoría de la Guardia de las Torres había sido aniquilada en los primeros momentos de la batalla, los Mil Hijos se habían recuperado de un modo magnífico y habían impedido que aquello se convirtiera en una huida. Una delgada línea de guerreros de armadura carmesí unía las

seis pirámides de Tizca y formaban un perímetro circular que tenía como centro aproximado la plaza Occullum. La pirámide de Photep era la que estaba situada más al sur. El agua centelleante que la rodeaba estaba plagada de páginas empapadas repletas de una sabiduría que se había perdido en nombre del miedo.

Las corrientes rugientes del éter le recorrían el cuerpo y le suplicaban que las utilizara contra sus enemigos. Magnus tuvo que luchar para mantenerlas a raya. El fuego del Gran Océano se estrellaba una y otra vez contra él, igual que la más deseable de las adicciones, que lo llamaba a través del velo que separaba ambos mundos.

Magnus ansiaba más que nada en el mundo bajar a las calles de Tizca y repeler a los invasores, mostrarles la verdadera capacidad de sus poderes. De la punta de sus dedos brotaron chispas sólo con pensarlo. Apretó los puños y volvió el pensamiento hacia su interior.

Oyó las voces de sus hijos suplicándole ayuda, pidiéndole desesperados que bajara al campo de batalla, pero hizo caso omiso de ellas y las obligó a salir de su cabeza.

Fue lo más difícil que tuvo que hacer nunca.

Una de las súplicas estuvo a punto de hacerlo ceder. Era la voz de su hijo más querido.

«Ayudadnos».

—No puedo, Ahzek —dijo con los dientes apretados—. No debo hacerlo.

El humo llenaba las calles de la zona exterior del puerto, ahogando toda la luz y el oxígeno. El estruendo de las explosiones resonaba por toda la ciudad igual que el retumbar de las pisadas de unos dioses borrachos. El tableteo de los disparos se entremezclaba con los gritos formando la representación perfecta de un coro infernal. Phael Toron se agachó detrás de una estatua derribada para recargar el bólter mientras una ráfaga tartamudeante de disparos acribillaba las paredes de la casa de las fuentes. Cien guerreros de su hermandad defendían aquel sector del perímetro, y

tenía a otros doscientos a cada uno de los lados. Las fuerzas enemigas ya habían intentado tres veces atravesar aquel punto, pero las tres veces los bólters y las espadas de la Séptima las habían rechazado.

Los guerreros de Phael Toron conocían aquella parte de Tizca como nadie, y las órdenes clarividentes de los corvidae les permitían coordinar la defensa con una cohesión inigualable. Eso, unido a la información que reunían los miembros del culto Athanaean, hacía que las defensas siempre estuvieran perfectamente preparadas para hacer frente a los ataques.

Las calles estaban sembradas de cadáveres, tanto de amigos como de enemigos, ya que las defensas se habían mantenido con su coste correspondiente. La sangre manchaba con grandes salpicaduras el mármol prístino de las paredes, y ríos del mismo fluido vital corrían por las grietas del pavimento. Phael Toron ya había vaciado doce cargadores, y sólo el suministro regular de munición que le hacían llegar los soldados de la Guardia de las Torres le había permitido seguir disparando.

Un dolor semejante a un calambre se le cerró alrededor de las entrañas, y gruñó cuando una sensación enfermiza que no logró identificar le provocó una serie de espasmos en las extremidades. Sacudió la cabeza en un intento de eliminar esa sensación y logró contener la oleada de flema cargada de bilis que amenazaba con subirle por la garganta, además de despejarle la vista, que había comenzado a enturbiársele. Parpadeó para librarse de los destellos luminosos que todavía le bailaban en los ojos justo cuando una serie de ráfagas llameantes acribillaron sus líneas.

—¡Cuidado a la derecha! —gritó cuando vio a tres de sus guerreros destrozados por los impactos de cañón.

El característico sonido martilleante le indicó a Phael Toron que era una arma demasiado pesada como para que la llevara la infantería. Varios guerreros de armadura carmesí se apresuraron a atravesar a la carrera los escombros en dirección a la brecha abierta llevando consigo armas pesadas. El capitán se arriesgó a mirar por encima de la estatua caída de un león dorado.

El distrito que se extendía entre el puerto y la biblioteca Timorana era irreconocible. Sus avenidas con columnatas y las galerías cubiertas de

arcos no eran en esos momentos más que pilas de escombros y ruinas llameantes. El olor salobre del mar estaba cargado con contaminantes químicos procedentes del puerto, que ardía por los cuatro costados, el enorme volumen de disparos y las piras de libros en llamas.

Los Lobos Espaciales y los guerreros dorados se movían con cautela por los restos humeantes de lo que antaño había sido una galería de estatuas anteriores a la Vieja Noche, de formas desconocidas y de una manufactura alienígena obvia. Ya no eran más que fragmentos aplastados bajo las botas de los invasores. Phael Toron sintió cómo el éter le bullía bajo la piel cuando Dtoaa amplificó su propia cólera. Inspiró profundamente para controlar las emociones que lo embargaban. Las Enumeraciones no lo ayudaban, y notó el deseo ardiente de su tutelar, impaciente por hacer daño a los atacantes, un deseo que amenazaba con sobreponerse a todo sentido táctico.

—Eso haría que no fuese mejor que ellos —musitó mientras se obligaba de nuevo a apagar la cólera que sentía.

Otra ráfaga de proyectiles acribilló el león dorado y perforó el metal blando como si no fuera más que arenisca. Phael Toron se apartó rodando de la estatua, que ya se desintegraba, y corrió a gatas para ponerse a cubierto detrás de un arco de piedra derrumbado. Reconoció la pieza, ya que era parte del tejado en forma de cúpula de la galería. Miró por encima del hombro y vio una columna de humo gris que surgía del interior del edificio. En el cielo se dibujaron las estelas de condensación de varios aerodeslizadores que aparecieron entre los destellos estroboscópicos de una ráfaga de detonaciones.

Varias partes de la galería se vinieron abajo en la zona oriental, y unos treinta guerreros quedaron enterrados bajo toneladas de escombros que lanzaron al aire una enorme nube de polvo. Apenas se desplomaron las paredes de la galería, un aullido ululante surgió de la horda de invasores.

—¡Repeledlos! —gritó.

Rodeó la parte derrumbada de la cúpula y abrió fuego una y otra vez contra la masa de Lobos Espaciales lanzados a la carga. Sus guerreros hicieron lo mismo y acribillaron los sectores de disparo asignados con una

lluvia de fuego de bólter de una precisión mortífera. Algunos de los guerreros enemigos cayeron, pero no los suficientes. Phael Toron calculó que eran al menos seiscientos Lobos Espaciales los que los atacaban desde la zona del puerto.

Eran unos bárbaros salvajes, sin la elegancia ni la distinción que un astartes debería poseer. Llevaban las armaduras cubiertas de amuletos, cráneos y pieles, igual que algunas de las tribus de salvajes primitivos que no merecían otra cosa que la extinción.

Muchos se habían lanzado a la carga sin el casco, ya fuera porque se los habían quitado presos de su ansia de sangre o porque eran demasiados estúpidos como para preocuparse de proteger su órgano más vital. Phael Toron les hizo pagar por ello y escogió con cuidado los objetivos, por lo que arrancó cráneos de sus hombros correspondientes con cada disparo que efectuó.

La lluvia de proyectiles iba de un lado a otro, y el aire quedó saturado con las estelas producidas por los proyectiles explosivos. Se agachó de nuevo detrás de las ruinas de la cúpula y oyó el impacto seco y duro de los proyectiles de bólter contra la superficie recubierta de cobre.

Un guerrero de armadura roja corrió agazapado para reunirse con él. Phael Toron le hizo un rápido gesto de asentimiento. Era Tulekh, su philosophus. Era un buen adepto que había conseguido dominar sus poderes con mayor rapidez que nadie en la Séptima Hermandad. Hasta Phael Toron había tenido que esforzarse en dominar el amplio desarrollo de los poderes que Magnus y el resto de la legión habían llevado hasta Prospero. Mientras las demás hermandades estaban empleando sus habilidades místicas para luchar, la Séptima seguía combatiendo del modo tradicional.

—No podemos contenerlos así —le dijo Tulekh—. ¡Tenemos que utilizar nuestros poderes!

—Todavía no. Son armas de último recurso.

—¡Necesitamos ya ese último recurso! —lo urgió Tulekh—. ¿Qué nos queda si no?

Phael Toron sabía que su philosophus tenía razón, pero siguió dudando. Sus guerreros no poseían tanta experiencia en el uso de los poderes del Gran Océano como los de las demás hermandades, y temía que se les descontrolaran en una situación tan violenta como aquélla. Pero tal y como Tulekh le había dicho, ¿qué otro remedio les quedaba?

—Muy bien —dijo por fin—. Pasa la orden de que todos utilicen los medios que sean necesarios para mandar a esos cabrones de vuelta al mar.

Tulekh asintió y Phael Toron captó la impaciencia feroz que emanaba de él mientras la orden se comunicaba.

Miró alrededor de la cúpula derribada e inspiró profundamente cuando vio una forma monstruosa que avanzaba con zancadas retumbantes por detrás de las fuerzas de los Lobos Espaciales que estaban cruzando los escombros. Era un gigante gris protegido con unas gruesas placas de ceramita y unos mecanismos chirriantes que hacían que se moviera. El dreadnought estaba cubierto de polvo y ennegrecido por el fuego. Mostraba numerosas melladuras provocadas por los impactos, y el estandarte dorsal que se alzaba a su espalda estaba envuelto en llamas.

Uno de los brazos estaba rematado por un puño de combate ensangrentado y envuelto por una nube de descargas eléctricas, mientras que el otro era un lanzamisiles que zumbaba al girar y que en ese momento rotaba después de haber recargado con la munición que obtenía de un gigantesco cargador que llevaba al hombro.

—¡Apartaos! —gritó cuando vio que el dreadnought disparaba una salva de proyectiles hacia ellos.

Los misiles impactaron contra las ruinas de la cúpula y la tremenda cadena de explosiones lo lanzó por los aires. La onda expansiva le arrancó el bólter de las manos antes de que aterrizara con un fuerte golpe en el fondo de un cráter lleno de sangre. Rodó sobre sí mismo para buscar una arma, pero no encontró nada.

El cráter estaba cubierto de cadáveres destrozados de guerreros de los Mil Hijos. Los cuerpos estaban casi descuartizados por las ráfagas de proyectiles y las explosiones. La sensación de calambres cargados de náuseas se apoderó de nuevo de sus entrañas, y se dobló sobre sí mismo

mientras sentía cómo el poder de Dtoaa fluía hacia el interior de su cuerpo sin que le hubiera invocado pero de un modo imparable.

Los escombros que rodeaban a Phael Toron se alzaron en el aire y la sangre que pisaba empezó a hervir. El poder del Gran Océano fluyó a través de él, pero en lo más profundo de su estructura celular, un defecto terrible ya estaba deshaciéndolo.

Los Mil Hijos morían. Murieron a decenas en los primeros minutos del ataque del Rey Lobo, ya que su furia era imparable y su poder inconmensurable. Iba equipado con la mejor armadura y armado con una espada colmillo de hielo capaz de partir por la mitad a cualquier guerrero de un solo tajo. Su furia era la del cazador de manada que sabe que sus hermanos están a su lado. Sus lugartenientes huscarls eran unos asesinos carniceros muy eficientes, y sus armaduras de exterminador estaban fabricadas a prueba de los disparos o de las espadas más afortunadas.

Aunque Phosis T'kar no veía a las odiosas Hermanas del Silencio, sabía que estaban cerca, ya que sus poderes se debilitaban. Se le escapaban de una forma hemorrágica por la punta de los dedos, igual que tinta que cayera de una pluma con la punta rota. Los custodios mataban con poderosos golpes de sus lanzas guardianas, que atravesaban la carne y la armadura con tajos eficientes que impactaban con la fuerza justa y necesaria para matar a sus oponentes.

Phosis T'kar notó la rabia impotente de su tutelar a medida que su poder desaparecía. Profundizó más todavía en su reserva de poder interior y la alimentó con la esencia de su propia alma. Dejó salir todas sus emociones al exterior mientras tanto él como sus guerreros luchaban por sus vidas.

Los guerreros enemigos los tenían rodeados, unos guerreros que tan sólo unos momentos antes habían estado al borde de la derrota. La lanza de los Mil Hijos se había adentrado profundamente en el cuerpo de los Lobos Espaciales y casi había alcanzado el corazón, pero Russ había conseguido desviar el golpe mortífero. Era peor que eso: lo había vuelto en

contra de los Mil Hijos. Los Lobos Espaciales los desgarraban, los miembros de la Guardia Custodia los mataban sin cesar y los lobos mordían y atacaban sin descanso a lo largo de todo el frente.

—¡Tenemos que replegarnos! —le gritó Hathor Maat para hacerse oír por encima del estampido de los disparos y del chasquido de las espadas al chocar—. ¡Tenemos las líneas demasiado extendidas!

Phosis T'kar sabía que su camarada tenía razón, pero no era capaz de concentrarse en nada que no fuera la forma monstruosa de Leman Russ, que seguía matando a los guerreros de los Mil Hijos sin importarle en absoluto los valiosos receptáculos de conocimiento y experiencia que destruía con cada mandoble que daba.

—Hazlo. Reforma el perímetro —le respondió con un gruñido. Hathor Maat captó la furia que había en su voz.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó.

—Puedo acabar con esto. ¡Haz lo que te digo!

A Hathor. Maat no hizo falta que se lo repitieran, y la orden pasó por todas las filas de los Mil Hijos. Los guerreros de la Segunda, la Tercera y la Octava Hermandad se replegaron de forma ordenada. Al sentir que habían recuperado la iniciativa, los Lobos Espaciales se lanzaron de nuevo a la carga olfateando la victoria.

—¿Creéis que os lo vamos a poner fácil? —siseó Phosis T'kar.

Blandió a su alrededor el báculo heqa y se lanzó al feroz combate cuerpo a cuerpo con un rugido de odio equivalente al más fuerte de aquellos aullidos lupinos. Del báculo surgió un chorro de fuego azul que alcanzó en el pecho al guerrero que tenía delante y lo hizo estallar en llamas. Su enemigo lanzó un bramido de dolor y cayó desplomado mientras Phosis T'kar y su grupo de guerreros se adentraban en la masa de guerreros.

Una bola de luz ardiente estalló cerca de él, y vio que Auramagma y sus guerreros estaban a su lado. Phosis T'kar supo que debería sentirse furioso con el capitán de la Octava Hermandad por desobedecer la orden que le había dado, pero en vez de eso, lo único que sintió fueron más deseos de venganza.

De las manos de Auramagma surgieron chorros de fuego al rojo blanco que derritieron las placas de ceramita como si no fueran más que parches de cera blanda. Los lobos devorados por las llamas aullaron su agonía a los cielos, y la última sensación que tuvieron los guerreros moribundos fue cómo una explosión de aire sobrecalentado que los mataban arrancándoles el oxígeno de los pulmones.

La pistola bólter de Phosis T'kar retumbó. El disparo le voló la cabeza a un guardia custodio que había perdido el casco. Trazó con su báculo un arco llameante a medida que iba partiendo armaduras como si fueran cáscaras de huevo. Mató con una eficiencia brutal mientras sentía un calor abrasador en su interior. Los ojos se le llenaron de luz y sus extremidades ardieron llameantes.

Delante de él vio al Rey Lobo y a sus aliados de color dorado. Concentró la vista hasta que lo único que pudo ver fue el camino que tendría que abrirse con su báculo partiendo armaduras a golpes y abrasando al enemigo con chorros de fuego. Mató a contrarios por docenas y notó la sensación en todas y cada una de las células de su cuerpo.

Su brazo subía y bajaba como si fuera un pistón, y aplastaba las armaduras y los huesos con una fuerza como jamás había conocido. Su cuerpo exudaba poder, pero hasta la más mínima partícula de su atención estaba centrada en su presa. Sus enemigos retrocedieron horrorizados, incapaces de hacer frente a su poder. Los lanzó a un lado y a otro como si no fueran más que briznas de paja, los aplastó con simples oleadas de pensamiento hasta que no fueron más que manchas de sangre en el suelo de mármol. El poder que le recorría el cuerpo era increíble.

Phosis T'kar se volvió para mirar a Auramagma, que se enfrentó al Rey Lobo. El capitán tenía los brazos envueltos en una luz llameante y cegadora, y lanzó un chorro de puro éter contra el primarca. Phosis T'kar rugió triunfante cuando las llamas rodearon por completo a Leman Russ, y el fuego de Auramagma se enfrentó a la frialdad de la armadura del primarca en una explosión de luz semejante a la del nacimiento de una estrella. Russ apenas parpadeó, pero el efecto en Auramagma fue tan increíble como terrorífico.

El enorme poder de Auramagma rebotó contra la armadura del Rey Lobo igual que un rayo de sol se refleja en un espejo, y los gritos que lanzó mientras el fuego etéreo lo devoraba fueron insoportables. Auramagma aulló de un modo tan agónico que todos los que oyeron sus gritos sintieron piedad mientras el éter consumía su esencia. Quedó convertido en una pira ardiente de pura agonía, y se lanzó a la carrera a través de la masa de guerreros enemigos. Los Lobos Espaciales se apresuraron a apartarse de su camino, ya que ninguno estaba dispuesto a acercarse a una alma que estaba tan evidentemente condenada.

Phosis T'kar se abrió paso por fin a través de los guerreros de armadura dorada que rodeaban a Russ y se rió a carcajadas por el terror que vio en sus caras. Su jefe se dio la vuelta para enfrentarse a él, y el capitán de los Mil Hijos disfrutó de la mirada de odio asqueado que vio en su rostro. El cabello negro asomaba por debajo del casco de cresta roja, y Phosis T'kar se dio cuenta de que tenía los ojos de un asesino.

—Valdor —siseó Phosis T'kar. La palabra sonó sibilante y húmeda. Constantin Valdor mantuvo su arma empuñada por delante de él.

—¿Qué eres? —le aulló, y Phosis T'kar se echó a reír ante la estupidez de semejante pregunta.

—¡Soy tu muerte! —gritó triunfante, pero las palabras sonaron confusas y discordantes debido a la forma retorcida de su boca.

Phosis T'kar se dio cuenta de que le sacaba más de una cabeza al jefe de los custodios, y sólo en ese momento notó los cambios que había sufrido su cuerpo.

La carne era un torbellino de formas y de funciones cambiantes. Todos y cada uno de sus órganos y de sus miembros había tomado un nuevo aspecto mediante una serie de transformaciones demenciales. La carne y la armadura se habían fusionado para formar una mezcla repugnante de materia orgánica e inorgánica. La carne burbujeante de su cuerpo bullía con una ambición sin control alguno. ¿Cómo era posible que no hubiera notado un cambio tan profundo? La respuesta le llegó tan pronto como se formuló a sí mismo aquella pregunta.

Ya no podía llamar suya a su propia carne. La presencia de Utipa lo llenaba por completo, y su regocijo odioso y su malicia paciente habían desencadenado el potencial destructivo contenido en su composición genética. Era un poder transformador y salvaje que había permanecido durmiente contenido en su interior al que le habían dado vía libre para actuar, y que había desencadenado casi dos siglos de cambio en otros tantos minutos.

Phosis T'kar vio en los ojos de Valdor en lo que él y su legión se habían convertido, y supo que aquel destino era el que siempre les había esperado. Valdor se lanzó contra él con la lanza guardiana apuntando a su corazón, y Phosis T'kar comprendió por fin por qué su primarca había decidido no luchar.

—¡Monstruo! —gritó Valdor clavándole la lanza en su carne mutante.

—Lo sé —respondió Phosis T'kar con tristeza.

Dejó caer las armas y cerró los ojos.

La hoja dorada le partió el corazón y la muerte fue una liberación bienvenida.

Phael Toron salió levitando del cráter envuelto en una nube de relámpagos. La sangre le bajaba siseando por la armadura y de los dedos le salían rayos de energía chasqueantes como látigos. Su armadura brillaba con luminiscencia interior, como si contuviera el corazón llameante de un reactor de plasma. Con los ojos saturados de energía etérea, contempló lleno de horror visceral el campo de batalla infernal que se extendía ante él.

La horda de Leman Russ y de los custodios se había hecho prácticamente con toda la zona de combate. Los Lobos Espaciales se habían adentrado en las profundidades de Tizca como si fueran una espada clavada en los órganos vitales de un enemigo que trastabillaba. El perímetro de los Mil Hijos todavía aguantaba, pero era más que evidente que no tardaría en venirse abajo. Ninguna fuerza de la galaxia sería capaz de resistir la furia de semejante ataque, aquel impulso mortífero, aquel

enemigo sin ninguna clase de misericordia. Ninguna fuerza, excepto los Mil Hijos con el poder del Gran Océano bajo su control.

Phael Toron contempló las ruinas de lo que había sido su hermandad, los cuerpos destrozados y los cráneos rotos tomados como trofeo por los Lobos Espaciales aullantes. Captó todo aquello de un solo vistazo y su rabia se desparramó como un torrente de poder. Los guerreros enemigos que estaban más cerca salieron despedidos por los aires, y la armadura se les desprendió del cuerpo antes de que la carne les fuera arrancada de los huesos. Las abominaciones peludas que corrían al lado de los guerreros de Russ explotaron como manchas brillantes, y su luz interior quedó apagada de un soplido y en un instante, así como sus gritos alienígenas de rabia.

Phael Toron flotó por encima del campo de batalla con los brazos extendidos hacia los lados mientras apartaba a los guerreros enemigos de su camino simplemente con el pensamiento. Se echó a reír ante la facilidad con que manejaba aquellos poderes, y quedó invadido por el delirio de las sensaciones que lo embargaban. ¿Cómo era posible que hubiera temido aquellos poderes, temido la dificultad de manejarlos? ¡Si no era más difícil que respirar!

Sus guerreros lo siguieron, y el fuego que surgía de sus manos se adentró en ellos y los llenó de luz. El poder era salvaje, descontrolado, pero a Phael Toron no le importó, y permitió que las energías caóticas que fluían desde el Gran Océano lo utilizaran como hilo conductor.

Una tormenta de proyectiles explosivos salió disparada de los cañones de tres dreadnoughts, unas máquinas cubiertas de pieles de lobo y adornadas como si fueran tótems tribales. Phael Toron despedazó al primero, desmontándolo en sus diversos componentes con un simple gesto. Sintió la angustia del miserable trozo de carne que yacía en su interior momentos antes de morir, y disfrutó del terror que transmitía. En una ocurrencia siniestra, volvió a los dos que quedaban el uno contra el otro, y dejó que los cañones de ambos se despedazaran mutuamente hasta que no quedaron más que unos restos destrozados de metal humeante.

Los guerreros de la Séptima Hermandad que lo rodeaban ardieron con el mismo fuego que lo inundaba a él. A medida que aumentaban su poder y

su confianza, le ocurría lo mismo a sus guerreros, cuyas transformaciones eran un reflejo de su propia transformación. Un par de tanques Predator abrieron fuego contra él. Alzó los dos vehículos del suelo ante la mirada horrorizada de los Lobos Espaciales y los lanzó hacia el mar. Todos retrocedieron reagrupándose en manadas aterrorizadas mientras se ponían a cubierto entre las ruinas que ellos mismos habían provocado.

El cuerpo de Phael Toron se estremeció con la fuerza del poder que lo recorría por completo y se esforzó por controlarlo. Recordó las enseñanzas y las Enumeraciones superiores que Magnus y Ahriman le habían enseñado. Le habían insistido en que el poder sólo era útil cuando era controlado, y Phael Toron comprendió la verdad de aquellas palabras cuando sintió que se le escapaba de las manos. Dtoaa, su antiguo tutelar, se había convertido en su devorador, y se lanzó sobre él para llenarlo con más poder del que ni siquiera el mayor señor del éter podría contener.

—¡No! —gritó al sentir la alegría salvaje de Dtoaa cuando sus papeles quedaron intercambiados de repente.

Un dolor agonizante lo recorrió por completo. Phael Toron aulló cuando las extremidades se le desgarraron debido a la fuerza de las energías que lo invadían. Su cuerpo no podía albergar un poder tan titánico, y ninguna clase de disciplina mental podría impedir lo que le estaba ocurriendo a su carne.

Phael Toron echó hacia atrás la cabeza y lanzó un último grito de horror al comprender antes de que su cuerpo estallara con la fuerza de una estrella recién nacida.

Un kilómetro al este de allí, Khalophis dirigía a *Canis Vertex* hacia las ruinas humeantes y ennegrecidas por el fuego de la pirámide del culto Corvidae. Las gruesas columnas oscuras salían de forma incesante del gigantesco edificio a medida que sus volúmenes, de un valor incalculable y absolutamente irreemplazables, ardían en grandes piras.

Unas diminutas figuras grises y doradas huían de sus zancadas titánicas. Los misiles y demás proyectiles sólidos se fundían al chocar

contra su escudo de fuego. Era invulnerable e invencible. ¿Cómo podría volver a combatir como cualquier otro astartes después de pasar por semejante experiencia? Controlar a los manípulos de robots a través de los cristales psíquicamente resonantes era algo sublime, pero estar al mando de un dios del campo de batalla era la mejor experiencia de todas.

Lo que no derretía o quemaba con sus armas lo aplastaba con sus pies de enormes dedos. Dejó a su paso una estela de devastación más concienzuda de lo que habrían podido lograr los Lobos Espaciales. A Khalophis no le importó. Los edificios se podían reconstruir, las ciudades se podían renovar, pero la oportunidad de caminar por el mundo con un coloso de metal quizá no la volvería a tener.

Sintió desde su trono en la pirámide del culto Pyrae el fuego etéreo que le quemaba la piel, pero sabía que debía mantener el control sobre el titán. Muchas vidas y el futuro de Prospero dependían de ello. El fuego de Utipa corría como oro derretido por las extremidades de *Canis Vertex*, aunque también sentía cómo ansiaba de forma desesperada tomar el mando y desencadenar un poder destructivo como él jamás hubiera soñado. Khalophis mantuvo el control celosamente, aunque sentía que el poder de Utipa aumentaba con cada vida que tomaba y con cada estructura que destruía.

Se obligó a sí mismo a concentrarse en la batalla y paseó la mirada por toda la ciudad para averiguar en qué punto serían más útiles su fuerza y su inmensa potencia de fuego.

El puerto era la clave. Los transportes pesados procedentes de la órbita sobrevolaban el mar y seguían descargando guerreros a centenares a cada minuto que pasaba. Un poco más lejos, el perímetro septentrional de Tizca seguía resistiendo. Ahriman y los guerreros del Corvidae luchaban hombro con hombro con los miembros del culto Athanaean y con la Guardia de las Torres con un valor sobrehumano para mantener a raya a los invasores llegados por el mar.

Ahriman podría pasar sin su ayuda durante algún tiempo más.

Si destruía el puerto, le negaría al enemigo la cabeza de puente que necesitaba para acabar con los Mil Hijos. Khalophis dirigió su poderosa

carga hacia el puerto, y sus puños escupieron fuego y muerte con cada zancada.

Khalophis no percibía el entorno que rodeaba a *Canis Vertex* del mismo modo que lo había hecho su princeps, muerto mucho tiempo atrás. Captaba el ir y venir de la batalla de un modo mucho más penetrante que cualquier moderati. La energía etérea salía a raudales de la zona de combate cercana a la pirámide Raptora, y sonrió al reconocer aquel poder.

Acababa de ajustar sus sentidos a los combates que se estaban desarrollando a sus pies cuando sintió la tremenda oleada de energía procedente del otro lado de la pirámide Corvidae. Captó la presencia de Phael Toron, pero los ojos se le abrieron de par en par cuando percibió el gigantesco incremento de poder que albergaba el capitán de la Séptima Hermandad.

Detuvo el avance de *Canis Vertex*, pero ya era demasiado tarde.

—Por el Trono… no —musitó cuando una columna aullante de fuego blanco abrasador, de más de un kilómetro de diámetro, se elevó hacia el cielo como una erupción con un resplandor de luz infernal. Las nubes desaparecieron al instante cuando un segundo sol relució sobre Tizca.

Canis Vertex se tambaleó ante la explosión, y Khalophis sintió la inmensa oleada de energía etérea que surgía en tromba de aquella tremenda desgarradura en el tejido del mundo material. Apagó en un instante su escudo de fuego, dejó la estructura metálica del titán al descubierto y llegó aún más allá. Los cristales enlazados con sus complejos mecanismos de locomoción se hicieron añicos, y Utipa lanzó un aullido triunfal cuando le arrebató el control del coloso.

Sin embargo, su triunfo fue muy efímero, ya que el esqueleto fundido del titán se desplomó ante aquel calor insoportable.

Sus extremidades se doblaron bajo su enorme masa y la máquina de combate se desplomó sobre la pirámide Corvidae completando la destrucción que Ohthere Wyrdmake había comenzado.

Khalophis luchó por cortar la conexión que tenía con la máquina de guerra ya condenada, pero Utipa no lo soltó, y la retroalimentación etérea lo azotó con una potencia tremenda. Recurrió a todo su poder como

magister templi de los pyrae para contener aquel fuego, pero ningún poder de la galaxia podría resistir una fuerza tan monstruosa.

Khalophis dispuso de un instante para saborear la ironía de su muerte antes de que el fuego lo consumiera por completo, y toda la pirámide Pyrae explotó convertida en una bola de fuego abrasador de acero y cristal.



TREINTA

ÚLTIMA RETIRADA
LA VERDAD ES MI ARMA
LA SEÑAL DEL LOBO

Ahriman sacudió la cabeza mientras se preguntaba qué hacía tumbado de espaldas en mitad de una nube creciente de polvo y escombros. No recordaba haberse caído ni que lo alcanzaran con nada, pero rodó de costado cuando una oleada de dolor le agarrotó las extremidades. Gruñó ante ese sufrimiento, porque sabía muy bien lo que ello significaba.

Se puso en pie y miró hacia el oeste justo a tiempo de ver una abrasadora columna de fuego que atravesaba el cielo. Una forma de energía etérea surgió del Gran Océano e invadió el mundo material, y el dolor que agarrotaba sus músculos le dijo lo poderoso que llegaría a ser si utilizaba esos poderes. Una luz brillante le apareció detrás de los ojos y el éter en estado puro le cayó goteando por la punta de los dedos y licuó el suelo allá donde caía convirtiéndolo en una sopa de formas imposibles.

Todos y cada uno de los guerreros, ya fueran amigos o enemigos, había caído derribado por la tremenda explosión, y las ondas expansivas se extendieron por toda la ciudad como los temblores de un terremoto. Los

edificios que todavía se mantenían en pie tras sobrevivir a las tremendas andanadas de artillería cayeron convertidos en ruinas por su desmedida fuerza.

La luz disminuyó cuando el recipiente que había rasgado el velo entre los dos mundos quedó destruido. Ahriman vio una silueta humanoide llameante en el horizonte. Se tambaleaba de un lado a otro, y le recordó la imagen de una enorme figura de mimbre a la que hubieran prendido fuego unos salvajes para complacer a sus dioses de la cosecha.

Una breve imagen le apareció en la mente, una visión burlona de un futuro que no podría cambiar, y cerró los ojos cuando la enorme máquina de combate que ya había caído en Coriovallum murió por segunda vez. Ahriman ya había visto dónde caería, pero no sentía deseo alguno de contemplar la destrucción de la pirámide Corvidae.

Oyó el sonido estremecedor del acero chirriante y de los cristales al estallar en mil pedazos, el sonido de las posibilidades de todo lo que se podía haber llegado a saber al quedar reducidas a cenizas y a una esperanza perdida. La monstruosa máquina de guerra se desplomó y provocó otra oleada de temblores por toda la ciudad al mismo tiempo que el templo Pyrae estallaba convertido en una bola de fuego.

Ahriman se quedó estupefacto y embargado por el horror al ver aquella orgía de destrucción. Aquello había sido el golpe de gracia para la legión. El perímetro ya no existía. Todo el sector noroeste había desaparecido, y el enemigo avanzaría por allí en un número imparable en cuanto se diera cuenta del regalo que les acababa de caer en el regazo.

La especie de tregua que había creado toda aquella destrucción se quedó bailando sobre el filo de un cuchillo, y los Mil Hijos fueron los primeros en recuperarse. Mientras los Lobos Espaciales todavía se estaban levantando, los guerreros del Escarabajo Oculto los atacaron con un torrente temible de poderes mortíferos. Unos conos candentes compuestos de relámpagos abrasaron a sus enemigos, y unos arcos saltarines de poder chasqueante saltaron de guerrero en guerrero. El fuego sibilante recorrió las calles devorando todo lo que tocaba. Las piedras, la ceramita y la carne se fundieron en el infierno de aquel calor increíble.

Ahriman se atrevió al principio a tener la esperanza de que aquel ataque de energía etérea fuese la salvación de los Mil Hijos, pero esa esperanza murió pocos momentos después. Un guerrero que se encontraba a unos diez metros a su derecha aulló sometido a un terror abyecto cuando su cuerpo se convirtió en una masa de excrecencias repugnantes. La armadura se deformó cuando la carne mutante emergió por las junturas con una fecundidad horrible. Segundos más tarde, otro guerrero se elevó impulsado por un géiser ígneo de llamas azules que lo consumió en el tiempo que Ahriman tardó en inspirar.

Pero el resto de los Mil Hijos se vio sometido a cambios más repugnantes todavía: unos apéndices de aspecto asqueroso surgieron de las grietas que ellos mismos abrieron en las armaduras; las extremidades escamosas y las excrecencias rugosas brotaron como gelatina por las aberturas de las gorgueras y por los agujeros abiertos por los proyectiles acompañadas de un sonido húmedo y deslizante, repulsivo hasta lo grotesco.

Los guerreros gritaron y cayeron de rodillas a medida que los cambios reprimidos en sus cuerpos a lo largo de decenios se abrieron paso hasta la superficie de su carne. Docenas más cayeron presa de aquella influencia maligna a cada segundo que pasaba, y los Lobos Espaciales no fueron los únicos que lanzaron gritos de horror al contemplar aquello. La Guardia de las Torres retrocedió horrorizada ante los que habían sido sus aliados hasta hacía pocos momentos, ya que las criaturas degeneradas en las que se habían convertido los Mil Hijos se volvieron contra los soldados de Prospero poseídos por una hambre enloquecida provocada por el crecimiento incontrolable de sus cuerpos.

—¡Todos atrás! —gritó Ahriman. Sabía que aquella posición estaba perdida.

Aquellos guerreros de los Mil Hijos que habían conseguido resistir al cambio de la carne obedecieron la orden, y Ahriman se dio cuenta incluso con un simple vistazo de que los supervivientes eran los guerreros más veteranos y experimentados de la legión. Se alegró de ver a Sobek entre ellos. El practicus y él dirigieron a esos supervivientes y a los de la

Guardia de las Torres a través de las ruinas de la Vieja Tizca, procurando moverse con rapidez por las calles repletas de cráteres y las avenidas cubiertas de escombros y de llamas.

Ahriman comprobó su equipo y vio que sólo le quedaban cinco cargadores para el bólter. Su báculo heqa seguía siendo una arma poderosa, ya que estaba cubierto por completo por unas líneas de energía invisibles. Esforzó su voluntad para dejar anulado ese poder, ya que no se atrevía ni siquiera a blandirlo en aquel ambiente tan cargado de energía sin controlar. Sabía que tendría que utilizar su báculo antes de que terminara aquella batalla, pero se sacó de la cabeza toda idea sobre ello hasta que no lo necesitara de un modo incuestionable.

Apenas había reprimido sus poderes cuando sintió una presencia fantasmal que exploraba el éter a su alrededor, un tentáculo investigador que delataba la presencia de otra mente que estaba buscando la suya. Ahriman captó la astucia primitiva de un cazador, la paciencia propia de un animal que da vueltas alrededor de su presa y que indicaba los largos años pasados en la tundra helada con nada más para calentar el cuerpo que la piel arrancada del cadáver todavía tibio de una de las bestias depredadoras de su planeta natal.

No le hizo falta mucha habilidad para identificar aquella presencia, ya que había flotado por el Gran Océano con aquel cazador. Ohthere Wyrdmake lo estaba buscando, y Ahriman permitió que un poco de su presencia etérea se esparciera por el aire y dejara un rastro psíquico que atrajera al sacerdote rúnico hasta él.

—Ven y encuéntrame, Wyrdmake —susurró—. Estaré encantado de que lo hagas.

Ahriman condujo a los restos de su fuerza a través de las ruinas de su amada ciudad, recogiendo a su paso a los grupos dispersos procedentes del este y del oeste de guerreros de los Mil Hijos que todavía estaban demasiado aturdidos y que se dirigían hacia la plaza Occullum. Vio que eran varios centenares en total, y se aferró a la esperanza de que hubiera más en lo más profundo de la ciudad, ya que tendrían que ser muchos si querían mantener una defensa ante los Lobos Espaciales y los custodios.

La plaza Occullum se encontraba ya delante de ellos, y Ahriman vio las estatuas acribilladas y derribadas de numerosos leones. Entonces, reconoció el lugar hacia donde los había conducido su ruta de retirada: era la avenida de los Mil Leones. Casi se echó a reír cuando vio que el león situado más a la izquierda de la avenida se había librado de toda aquella destrucción. Su piel dorada seguía tan pulida y tan limpia como si acabara de salir del taller del artista que lo esculpió. Detuvo un momento su retirada de la Vieja Tizca y alargó una mano para tocar a la bestia, que se alzaba sobre sus dos patas traseras.

—Quizá es que tienes mucha suerte —musitó. Se sintió algo bobo al decirlo, pero no le importó—. Me vendría bien un poco, si te sobra algo.

—La superstición no te pega —dijo una voz a su espalda.

Ahriman sonrió con verdadero alivio cuando vio a Hathor Maat caminar cojeando entre uno de los grupos de guerreros que se batían en retirada. Ahriman corrió a reunirse con él y se abrazaron como hermanos devotos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Ahriman.

—El Rey Lobo —contestó Hathor Maat, y Ahriman no necesitó que le explicaran nada más.

—¿Y Phosis T'kar? —inquirió mientras reanudaban la retirada.

Hathor Maat apartó la pirada, y Ahriman se dio cuenta de la tremenda lividez de su rostro, una palidez insana que era tan impropia y aborrecible en un biomante como la más repugnante de las mutaciones. Ver al siempre atractivo Hathor Maat tan ajado era casi tan intranquilizador como cualquier otra cosa que Ahriman hubiera contemplado en el transcurso de aquella batalla de pesadilla.

—El cambio de la carne se apoderó de él —le contestó finalmente Hathor Maat, y el horror de lo que había contemplado todavía se asomaba en su mirada—. Valdor de los custodios lo mató, pero creo que Phosis T'kar dejó que lo hiciera. Mejor muerto que vivir como un monstruo. Auramagma también ha muerto.

Ahriman no sintió nada especial respecto a Auramagma aparte de su rango de camarada por ser capitán, pero lamentó mucho la muerte de

Phosis T'kar. Si lograba sobrevivir a aquel horror, lloraría de forma adecuada la muerte de su amigo, y una vez más se dio cuenta de que sólo la muerte de un camarada guerrero le permitía reconocerlo como a un amigo.

Se obligó a sí mismo a dejar a un lado la pena por la muerte de Phosis T'kar y se mantuvo en las Enumeraciones menores para aislarse de esa pérdida. Se preguntó cómo habría afectado esa muerte a Hathor Maat. El lado izquierdo de la cabeza de su compañero estaba cubierto de sangre coagulada, pero ésa era la menor de sus preocupaciones. La piel le brillaba con una luz interior que destellaba por su ansia de cambiar, y Ahriman esperó que el vanidoso guerrero resistiera la tentación de utilizar sus poderes para detenerlo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó jadeante Hathor Maat mientras corrían.

—A la segunda línea de defensa.

—¿Qué segunda línea de defensa?

—Una línea de este a oeste entre la pirámide de los pavoni y la de los athanaeans, con la Gran Biblioteca en el centro y la pirámide de Photep a retaguardia.

—Es una línea muy larga —comentó Hathor Maat.

—Lo sé, pero es más corta que la última que defendimos. Si podemos resistir el tiempo suficiente como para que el grueso de los habitantes de Tizca lleguen a la seguridad que les pueda ofrecer la pirámide de Photep, entonces habremos conseguido algo que merezca la pena.

—No es mucho.

—Es todo lo que podemos hacer —replicó Ahriman.

Siguieron corriendo hacia el sur, y echó unos cuantos vistazos apresurados por encima del hombro cuando oyó las primeras señales de que los perseguían. Los horribles engendros en que se habían convertido muchos de sus guerreros retrasarían algo a los Lobos Espaciales, pero los carniceros de Russ no tardarían en abrirse paso por encima de ellos. Ahriman se tragó la rabia que sentía, porque sabía que no le serviría de

nada. Había demasiados enemigos. Sentía una rabia suficiente como para durar un millar de vidas.

Rabia por la violencia sin sentido que Russ y los custodios habían desatado contra ellos.

Rabia por la muerte de tantos guerreros valientes que habrían merecido otra clase de fin.

Rabia por la facilidad con que se había negado a hacer las preguntas que tendría que haber hecho.

Pero sobre todo, rabia contra Magnus, porque había dejado que se enfrentaran solos a sus destinos.

Ahriman condujo a los guerreros a través de la plaza Occullum, más allá de la enorme columna rematada por una urna que se encontraba en el centro que, al igual que el león, había sobrevivido de un modo milagroso a la destrucción provocada por los bombardeos. La plaza era una masa viviente de ciudadanos que huían de la furia de los Lobos Espaciales y de los custodios, ya que a éstos no les preocupaba cuántos habitantes de la ciudad caían bajo sus espadas y sus disparos. La gente dominada por el pánico entraba en masa en la plaza desde todas las calles que desembocaban en ella y luego se dirigían hacia la salida sur, una avenida ancha con el incongruente nombre de Palacio de la Sabiduría.

Alrededor de la entrada a la avenida yacían los restos de un arco, y las columnas derribadas estaban al lado de las estatuas destrozadas de los eruditos del culto Athanaean que habían muerto mucho tiempo atrás. La forma de cubierta dorada de la Gran Biblioteca de Prospero apenas era visible a través del humo que salía de sus paredes destrozadas, y más allá de ella, la silueta de cristal reluciente de la gran pirámide de Magnus se alzaba por encima de todo.

Una nueva oleada de supervivientes de la explosión etérea y de la caída del titán entró a raudales en la plaza Occullum. Ahriman calculó que habría en total unos tres mil guerreros de la legión. Comparado con las fuerzas con las que los Mil Hijos habían comenzado la batalla eran

penosamente pocos, pero al menos eran más de los que se había atrevido a esperar. Se preguntó cuántos habrían caído bajo el ataque enemigo y cuántos por el cambio de la carne que se había apoderado de sus filas.

Se sacó aquella pregunta de la cabeza, ya que era irrelevante en esos momentos. Tenía asuntos más importantes de los que preocuparse. Corrió hacia el Palacio de la Sabiduría saltando por encima de una estatua de mármol derribada que representaba a un erudito demente llamado Alhazred, con Sobek y Hathor Maat a su lado. El Palacio de la Sabiduría estaba pavimentado con losas de mármol negro, y en cada una había grabada una cita con un propósito edificante, de advertencia o instructivo, todas ellas sacadas de los autores más importantes que albergaba la Gran Biblioteca. El polvo, los escombros y los ciudadanos presos del pánico tapaban la mayoría de las losas, pero Ahriman sintió un cierto orden cósmico en aquellas que quedaban a la vista, y mantuvo la mirada fija en el suelo mientras corría.

En la primera losa que vio leyó:

Sin sabiduría, el poder destruirá a aquel que lo utilice.

Sabía que aquello era mucho más que una simple coincidencia, así que concentró la atención en cada losa sin dejar de correr.

Algunos buscan el poder pero no la sabiduría. El poder sin sabiduría es peligroso. Mejor conseguir primero la sabiduría.

Los que tienen conocimiento no predicen. Los que predicen no tienen conocimiento.

Si abusas del poder, te abrasarás, y será entonces cuando aprendas. Si sobrevives.

Por último, Ahriman sonrió con un humor negro cuando vio una losa en la que se leía:

Sólo el estúpido ansía entrar en combate para derrotar a alguien por la simple satisfacción de derrotar a alguien.

No se le pasó por alto la importancia de aquellas palabras, y se preguntó por qué habría sido él el elegido para leerlas. Era muy poco lo que él podía hacer para cambiar el destino de los Mil Hijos.

Sólo había un ser en todo Prospero capaz de hacer eso.

Los Mil Hijos se desplegaron en los límites de de lo que antes era el exuberante parque que rodeaba la Gran Biblioteca. Hathor Maat y Sobek establecieron una línea que cruzaba todo el parque con los guerreros del Escarabajo Oculto y de los demás grupos dispersos. Todos los miembros de la línea apuntaban hacia el norte. Una neblina formada por la savia y la materia vegetal quemada llenaba el aire, y el humo del bosque prácticamente convertido en cenizas flotaba a baja altura sobre el suelo, igual que una niebla venenosa que se enredara en sus pies. A su espalda, la Gran Biblioteca estaba en ruinas. Su estructura apenas se parecía a una pirámide. Las paredes de cristal reflejaban una luz dorada procedente de los incendios que arrasaban sus distintas galerías. La punta se había venido abajo, y el humo salía por aquel pináculo destrozado igual que las nubes de cenizas expulsadas por un volcán.

Ahriman se sobresaltó cuando un recuerdo se sobrepuso a su visión de la Gran Biblioteca.

—¿Qué? —le preguntó Hathor Maat al ver su cara de consternación.

—No era Nikaea, después de todo —musitó Ahriman—. Lo que vi no fue el volcán. Era esto… Esto es lo que vi.

—¿De qué estás hablando?

—En Aghoru… —empezó a explicarse Ahriman con un horror creciente en la voz—. Tuve una visión premonitoria de esto, pero no lo reconocí. Podría haber avisado a Magnus. Podría haber impedido lo que ha ocurrido.

Hathor Maat le dio un tirón del brazo para acercarlo a él.

—Si esto fue lo que viste, entonces es que iba a pasar de todos modos sin importar lo que hicieras. No podrías haber hecho nada para impedirlo.

—No —lo contradijo Ahriman al mismo tiempo que movía la cabeza en un gesto de negación—. No es así como funciona. Las corrientes del futuro no son más que ecos de futuros posibles, sólo posibles. Podría haber…

—Lo que pudiste haber hecho es irrelevante ahora —lo interrumpió Hathor Maat—. No viste esto. Tampoco lo hizo Amon, ni Ankhu Anen, ni Magnus ni nadie del Corvidae, así que deja de preocuparte por lo que no viste ¡y presta más atención a lo que tienes ahora mismo delante de ti!

La increíble incongruencia que suponía que Hathor Maat le estuviera dando consejos rompió la inmovilidad que se había apoderado de él. Ahriman asintió y le dio la espalda a la Gran Biblioteca para concentrar la atención en la línea defensiva. Sería más fácil de mantener que la primera, pero seguía siendo demasiado extensa para el número de guerreros que les quedaban.

El parque estaba lleno de pabellones destrozados, de muretes bajos y de piezas de arquitectura decorativas. En un día normal, estaría lleno de ciudadanos y de estudiosos dedicados a la lectura de palabras llenas de sabiduría bajo un sol tibio. El propio Ahriman había pasado muchos días bajo su floresta verde y acogedora, concentrado en un volumen curioso y extraño lleno de sabiduría ya olvidada. En esos momentos lo contemplaba sólo como un lugar donde sus paredes, sus árboles derribados, sus plintos rotos y sus hondonadas sombrías podrían utilizarse como posiciones defensivas.

—Resistiremos un ataque, quizá dos —comentó al ver los contornos y los ángulos existentes en el parque destrozado—. Luego tendremos que replegarnos hasta la pirámide de Photep.

—Creo que eres demasiado optimista —le contestó Hathor Maat al ver a Leman Russ a la cabeza de seis mil astartes y custodios que se dirigían hacia sus posiciones igual que las mandíbulas a punto de cerrarse de un lobo.

Era un avance calculado para destruir la voluntad de lucha de los defensores, pero Ahriman recordó una cita de un líder de la Vieja Tierra y alzó la voz para que todos los guerreros de los Mil Hijos lo pudieran oír:

—¡El voluntario patriota que lucha por su país y por sus derechos es el soldado más fiable de toda la Tierra! —gritó antes de llevarse la culata del bólter al hombro.

Apuntó con el arma y sonrió sin alegría al ver a Ohthere Wyrdmake encuadrado en el punto de mira. El sacerdote rúnico estaba demasiado lejos como para poder dispararle todavía, pero Ahriman no estaba dispuesto a terminar aquella enemistad feroz con algo tan banal como un proyectil de bólter.

Le entregó el arma a Sobek y se volvió hacia Hathor Maat.

—¿Recuerdas cuando en Aghoru te dije que estábamos permitiendo que nuestros poderes nos definieran, y que teníamos que aprender a combatir de nuevo como astartes?

—Claro que sí —le respondió Hathor Maat, que se sintió confuso, sin saber adónde quería ir a parar Ahriman—. ¿Qué pasa con eso?

—Ese momento ha llegado —le aclaró Ahriman antes de quitarse el casco y dejarlo caer a la hierba ennegrecida—. Luchemos contra esos perros y demostrémosles que, de todos los errores que han cometido, el de subestimarnos ha sido el peor. Luchad con ferocidad, pero que nadie utilice sus poderes, o será nuestro fin.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué vas a hacer?

Ahriman se sentó con las piernas cruzadas y agarró con firmeza su báculo heqa, que relucía en toda su longitud dorada, lo mismo que sus bandas de cobre azul, por el poder invocado de nuevo.

—Voy a desobedecer mis propias órdenes —dijo, y cerró los ojos.

Ahriman se elevó con su cuerpo de luz en apenas un suspiro. Las feroces corrientes del Gran Océano batían con un ímpetu tremendo muy cerca de la superficie del mundo material, lo que hizo que la transición fuese más fácil que nunca. La fuerza de las mareas que golpeaban su cuerpo sutil era

enorme, incrementada por las emociones desbordadas que albergaba aquel torbellino de combates en el universo material.

El cambio de la carne quiso apoderarse de él, pero Ahriman lo reprimió. Sabía que probablemente sería la última vez que podría flotar por el Gran Océano. Se elevó más todavía y vio la llameante curva serpentina del perímetro de Tizca y la neblina roja que cubría su antaño orgullosa arquitectura.

—Tanto odio… ¿De verdad nos lo merecimos? —susurró.

Se alejó del parque de la Gran Biblioteca y tuvo que esforzarse por mantener el rumbo ante las tremendas corrientes y las peligrosas olas que lo azotaban. Captó la presencia de la brecha en el punto donde el éter se había abierto paso en el noroeste de la ciudad, y oyó el eco de una alma atormentada mientras era desgarrada por los feroces depredadores del vacío, que todavía se arremolinaban alrededor de aquella herida palpitante con la esperanza de que se abriera de nuevo.

La línea de guerreros enemigos relucía con brillantes colores, sobre todo rojo y dorado, por la certeza que sentían respecto a su misión. No eran capaces de ver lo equivocados que estaban. Ahriman captó la presencia de una misteriosa nube de engaño que flotaba sobre ellos, y sintió lástima ante la ignorancia que sufrían.

—Si supierais cuánto os han traicionado, os uniríais a nosotros y acabaríamos con esto.

También percibió unos sudarios oscuros sobre los guerreros y los tanques enemigos que avanzaban. Eran unas zonas de espacio muerto, donde las Hermanas del Silencio protegían a los capitanes de aquellas huestes. Ahriman las esquivó, ya que sabía que sería lanzado directamente de vuelta a su cuerpo si se aventuraba en una de aquellas oscuridades odiosas. Su enemigo tampoco pasaría jamás por una de aquellas zonas, ya que era tan hipócrita como los demás integrantes de la fuerza enemiga.

Ahriman sonrió al ver a Ohthere Wyrdmake. Era tan orgulloso, tan arrogante y estaba tan lleno de furia que se preguntó cómo era posible que siguiera funcionando como un ser humano. Por mucho que se dijera a sí

mismo que aquello lo hacía por su legión, Ahriman se vio obligado a admitir que iba a disfrutar con aquella misión de revelación.

Alargó los brazos fantasmales y agarró el cuerpo de luz de Wyrdmake para separarlo de un tirón del cuerpo material. Lo hizo de un modo tan repentino y violento que las extremidades de la armadura del sacerdote rúnico se quedaron rígidas como si fuera una estatua recién tallada. Sus camaradas y acólitos se apresuraron a acudir en su ayuda, pero Wyrdmake ya estaba más allá de cualquier clase de ayuda que ellos pudieran ofrecer.

Ahriman soltó a su enemigo cuando su silueta centelleante tomó forma al solidificarse en una réplica perfecta y brillante del astartes que había en el suelo. Su aura destelló llena de sorpresa y rabia, pero pasó con rapidez a reflejar el odio maligno que sentía al ver quién flotaba ante él.

—Brujo —le espetó Wyrdmake.

—¿Eso es lo único que tienes para mí, viejo amigo? ¿Insultos? —le replicó Ahriman con los brazos cruzados.

—He esperado impaciente que llegara este día.

—Lo sé. He percibido esa persecución tuya tan torpe. Cualquier neófito de Prospero podría haberlo hecho. ¿Cómo adquiriste mi rastro psíquico?

—Tu hermano de la biblioteca te traicionó —le contestó Wyrdmake con un tono de voz triunfal.

Ahriman se echó a reír.

—¿Eso es lo que crees que pasó? Si Ankhu Anen lo hizo, fue porque él quería que me encontraras. Sabía que te mataría si dabas conmigo.

—Creo que no —le replicó Wyrdmake, y en su mano apareció un báculo dorado.

Ahriman negó con la cabeza y el báculo estalló en una lluvia de fragmentos brillantes.

—En este lugar, en este plano, ¿de verdad crees que vamos a luchar así?

Wyrdmake se lanzó de cabeza contra Ahriman con las manos engarfiadas como garras. Su rostro se transformó en la faz de un lobo aullante con las fauces preparadas para desgarrarle la garganta. Ahriman

también se lanzó a la carga y ambos chocaron en una explosión cegadora de poder.

Wyrdmake le lanzó varios zarpazos, pero Ahriman los esquivó uno por uno como un rayo al mismo tiempo que ascendía sin parar por el Gran Océano. Ambos giraron como la hélix doble de un código genético y subieron sin parar por el éter. Wyrdmake continuó atacándolo convertido en un torbellino de garras y fauces, pero Ahriman desvió todos y cada uno de los golpes con una precisión elegante.

—Eres lo mismo que yo —le dijo tras esquivar otro ataque enfurecido.

Wyrdmake se separó de la forma ardiente de Ahriman y negó con la cabeza mientras la forma lupina se retraía al interior de su imagen centelleante.

—No me parezco a ti en absoluto —le replicó con un gruñido—. Mis poderes proceden del ciclo natural de la vida y la muerte en Fenris. Soy un Hijo de la Tormenta. No me parezco a ti en absoluto.

—Sin embargo, no estás en Fenris. Los llamamos con nombres diferentes, pero el poder que utilizas para invocar la tormenta y partir la tierra es el mismo poder que yo utilizo para buscar el futuro y forjar el destino de mi legión.

—¿Eso es lo único que tienes para mí? —repitió, burlón, Wyrdmake—. ¿Mentiras? No creeré nada de lo que me digas.

—¿Mentiras? Mira lo que le estáis haciendo a mi mundo. No necesito mentiras. La verdad es mi arma.

Apenas dijo eso, se lanzó hacia adelante y su esencia envolvió a la de Wyrdmake. Luego le clavó una lanza de luz brillante al sacerdote rúnico, pero aquel acto no fue un ataque contra el cuerpo de luz de Wyrdmake. Era una lanza de la verdad.

—No puedes entender la verdad sin comprender el carácter omnipresente de la falsedad a la que estás unido. La iluminación es inútil a menos que te liberes de la mentira. El poder de la verdad se unirá a ti cuando hayas quedado libre de todas las clases de engaño. ¡Éste es mi regalo, Ohthere Wyrdmake!

Ahriman lo derramó todo en el interior del sacerdote rúnico: la corrupción de Horus y la traición de todo lo que el Emperador había querido crear; la escala monstruosa de la guerra que ya era inminente y el horror que yacía al final de la misma. Se ganara o se perdiera, lo que se aproximaba era una época de oscuridad definitiva, y cuando Ahriman le abrió los ojos a Wyrdmake a todo lo que él había visto, también vio él mismo lo que había impelido a los Lobos Espaciales y a los custodios a desatar una guerra tan feroz contra los Mil Hijos.

Vio las melifluas palabras de Horus y su siniestra insistencia con Constantin Valdor, cómo en cada ocasión lo hacía con un motivo diferente, pero siempre con el fin último de convencer a Leman Russ de que iniciara una campaña de destrucción total.

La escala de aquella traición lo conmocionó hasta lo más profundo de su ser. Ahriman ya había aceptado la existencia de la traición de Horus Lupercal, ya que tenía su origen en las trampas y en los engaños tejidos por unos seres para los que el paso de un trillón de eones era poco más que un parpadeo, pero… ¿aquello? Aquello era una traición humana. Eran mentiras que habían tenido como consecuencia inesperada la destrucción de Prospero.

La rabia se apoderó de Ahriman, y se lanzó de nuevo contra Wyrdmake, pero esta vez despedazó su cuerpo de luz con una furia enloquecida. Wyrdmake respondió a los ataques, pero su defensa fue muy débil, ya que tenía la mente abrasada por los horrores que Ahriman le había mostrado.

Cayeron por el Gran Océano, pues el peso de sus emociones los arrastraba de vuelta hacia sus cuerpos materiales. Los bancos de depredadores del vacío los siguieron. Eran unas abominaciones terribles de pesadillas todavía no sufridas, criaturas malogradas de un apetito monstruoso y demonios con una hambre insaciable. Ahriman sintió su presencia y les dio forma con las imágenes más repugnantes que se pudo imaginar, desde bestias devoradoras compuestas sólo por colmillos y garras hasta formas innombrables llenas de un ansia vampírica de sangre.

Finalmente regresaron a Tizca, la ciudad saturada de odio. Su imagen fantasmal era semejante a la que se vería al otro lado de una niebla espesa o de una ventana cubierta de mugre. Ahriman contempló los combates que se estaban produciendo a lo largo y a lo ancho del parque, el enfrentamiento feroz entre los Lobos Espaciales y los Mil Hijos y la forma en que se desgarraban mutuamente ambas fuerzas por motivos equivocados. Sobek, Hathor Maat y los guerreros del Escarabajo Oculto montaban guardia alrededor de su cuerpo mientras el combate hacía retroceder de forma inexorable la línea de defensa de los Mil Hijos.

Leman Russ era una columna de luz ardiente que mataba a los guerreros enemigos a decenas. Ahriman supo que nada impediría que aquel dios salvaje destrozara a los Mil Hijos. Sus dos lobos, las representaciones de la luz y la oscuridad, derribaban a los guerreros enemigos y los despedazaban con un salvajismo equiparable al de su señor. Ahriman apartó la mirada del Rey Lobo y sus compañeros bestiales y sostuvo la forma desplomada de Wyrdmake delante de él.

El sacerdote rúnico era una sombra rota de su antigua esencia altiva. De su cuerpo sutil salía una hemorragia de energía vital y su aura no dejaba de parpadear por el daño que la verdad de Ahriman le había provocado en la mente.

Toda su certeza había desaparecido, y su alma había quedado desnuda, al descubierto, y sin defensa alguna.

—Esto es por Ankhu Anen —le dijo Ahriman antes de arrojar a Wyrdmake a los depredadores del vacío.

Las criaturas se abalanzaron contra él con un salvajismo hambriento, mordiendo y desgarrando con sus garras y sus colmillos afilados. En cuestión de segundos, los apetitosos restos del alma del sacerdote rúnico fueron devorados y desaparecieron para siempre.

Ahriman contempló con bastante satisfacción cómo la armadura de Ohthere Wyrdmake se derrumbaba cuando el cuerpo material fue incapaz de sobrevivir a la pérdida de su alma. Una parte de su ser se estremeció ante un acto tan siniestro, pero en su fuero interno se alegró de ver a un enemigo destruido de un modo tan completo.

Ahriman abrió los ojos e inspiró profundamente. Sintió las numerosas repercusiones que le coloreaban la piel como unos moretones dolorosos. El estruendo de la batalla era ensordecedor y el aullido de los lobos resonaba por lo que quedaba de Tizca. En un solo instante vio que la batalla por Tizca se había acabado. Prospero estaba perdido.

Aferró con rigidez su báculo heqa, y se dio cuenta de que sus bandas doradas y azules se iban apagando hasta que se volvió negro por completo. El significado era inconfundible.

—Que así sea —dijo Ahriman.

Ahriman luchó espalda con espalda con Hathor Maat y mantuvieron la línea defensiva frente a la ferocidad de los Lobos Espaciales y los pretorianos del Emperador. Las espadas y las hachas sierra subían y bajaban, y sus dientes helados quedaron manchados de rojo por la sangre de los astartes. Los bólters dispararon proyectiles que impactaban y perforaban a sus objetivos sin que les diera tiempo a armarse para explotar en su interior.

La línea no había resistido frente al salvajismo desencadenado de Leman Russ, así que la batalla final la estaban librando a la sombra de la pirámide de Photep. En las aguas cubiertas de aceite que rodeaban la residencia de Magnus el Rojo flotaban los fragmentos de cristal. La población superviviente de Tizca, aquellos que habían escapado de la furia inicial de los invasores, se había refugiado en su interior. Eran los últimos miembros de una larga dinastía de eruditos que no sólo había sobrevivido a la Vieja Noche, sino que además había prosperado.

Los vehículos blindados aplastaban las estatuas y los troncos de los árboles derribados mientras apuntaban con sus armas hacia la enorme pirámide que se alzaba detrás de donde se libraba el combate. Los guerreros que se enfrentaban estaban demasiado entremezclados como para que los artilleros consiguieran un disparo claro, por lo que se conformaron con demoler el sanctum del primarca de sus enemigos. La pirámide de Photep relucía bajo la luz que se apagaba, y su superficie

brillante y las torres plateadas que la flanqueaban estaban bañadas por el resplandor infernal de su propia destrucción. Las explosiones sacudían una y otra vez la enorme cruz ansada grabada en su parte frontal, y los cristales llovían sin cesar de sus paredes destrozados.

Ahriman sabía que había llegado el fin para todos, ya que quedaban menos de mil quinientos guerreros de la legión. Con una fuerza semejante se podían conquistar planetas enteros o aplastar cualquier rebelión con facilidad, pero enfrentados al triple de astartes dirigidos por un primarca a su cabeza, era una batalla que sólo podía acabar de un modo.

Seguir luchando era condenar a las dos legiones en la guerra que se produciría en un breve período de tiempo, pero Ahriman no podía permitir que aquellos bárbaros arrasaran su mundo sin presentarles batalla lo mismo que no podía volver atrás en el pasado. El Rey Lobo había levantado piras con unos conocimientos irreemplazables, y había destruido objetos únicos en toda la galaxia con un simple golpe de su colmillo de hielo.

Semejante ignorancia y destrucción sin sentido no podía quedar sin respuesta.

—Ya te dije que eras demasiado optimista —le dijo Hathor Maat al mismo tiempo que atravesaba el cuello de un Lobo Espacial sin casco con la punta de su báculo heqa.

La sangre saltó a chorros de la yugular rasgada, y Hathor Maat lo completó con un disparo de bólter que le reventó la cabeza al guerrero.

—Acepto la corrección —respondió Ahriman.

Sus pensamientos divagaban un poco después de haber aceptado que iba a morir. Se preguntó en los que sabía que iban a ser sus últimos momentos qué le habría ocurrido a Lemuel y a sus compañeros rememoradores. No los había visto desde la muerte de Kallista Eris, aunque tenía la esperanza de que hubieran sobrevivido de algún modo a todo aquel horror. Sin embargo, lo más probable era que ya estuvieran muertos. Aquella idea lo entristeció, pero si aquella batalla le había enseñado algo, era que lamentarse no servía de nada. Sólo importaba el futuro, y sólo mediante la adquisición de conocimientos se podía

conseguir. Sí lamentó, no obstante, que jamás tendría la oportunidad de reemplazar todo lo que se había perdido en Prospero.

Un lobo aullante saltó hacia él, y Ahriman lo abatió de un disparo en el cráneo. La criatura se estrelló contra el suelo delante de él, pero el bibliotecario jefe retrocedió horrorizado al ver que no era un lobo, sino una bestia monstruosa que llevaba piezas de una armadura, como si el cuerpo del guerrero se hubiera transformado en una especie de criatura infernal.

—¡Por el Gran Océano! ¿Qué es eso? —gritó Hathor Maat cuando vio la oleada de criaturas odiosas mezcla de hombre y lobo como aquélla, que se lanzaban contra ellos.

Ahriman recordó mientras más hombres-lobo como aquéllos se lanzaban al ataque algo que Ohthere Wyrdmake le había contado.

—¡Son wulfen! —gritó al mismo tiempo que soltaba una lluvia de disparos contra la masa de bestias lanzadas a la carga.

—¡Y ellos dicen que los monstruos somos nosotros! —replicó Hathor Maat también a gritos.

Los wulfen habían sido astartes un día, pero astartes afectados por una terrible maldición. Sus rostros eran bestiales, pero mostraban un último vestigio de inteligencia en lo profundo de sus hundidos ojos amarillentos. Un pelaje apelmazado les cubría las caras y las manos, aunque sus mandíbulas no eran alargadas como las de un lobo. Sus armas eran sus colmillos y sus garras afiladas como cuchillas, ya que aquellos asesinos salvajes habían perdido todo conocimiento relativo a la tecnología.

Sólo los disparos más precisos acababan con ellos, ya que eran capaces de soportar heridas que habrían matado incluso a un astartes. Sus garras eran capaces de atravesar con facilidad las placas de una armadura, y sus colmillos eran tan peligrosos como cualquier espada de energía. Su salvajismo no se parecía a nada a lo que se hubieran enfrentado antes los Mil Hijos, y tuvieron que retroceder ante aquellos nuevos horrores lanzados contra ellos, espantados ante la idea de que los Lobos Espaciales fueran capaces de emplear en combate aquellas abominaciones degeneradas.

Los wulfen abrieron una brecha sangrienta en la línea de los Mil Hijos, y la iban ensanchando a cada segundo que pasaba. Docenas de guerreros cayeron bajo las cuchillas desgarradoras de sus zarpas. Sus aullidos de triunfo sacudieron el aire cuando la brecha que habían abierto se llenó de guerreros de los Lobos Espaciales y la Guardia Custodia. Los Mil Hijos acabaron separados en pequeños grupos y masacrados con hachas de hojas de hielo y con lanzas guardianas relucientes.

Ahriman retrocedió a lo largo de la gran calzada elevada de basalto que cruzaba el estanque en dirección a la pirámide de Photep, el último refugio que les quedaba en Tizca. Los mejores y los más valientes de la legión, los únicos que habían sobrevivido para vender caras sus vidas a la vista de su primarca, lo acompañaron hacia las puertas de bronce que llevaban a su interior.

Los aullidos de los wulfen aumentaron de volumen hasta hacerse ensordecedores.

Y muy por encima de ellos, esos aullidos recibieron por fin contestación.



TREINTA Y UNO
EL LAMENTO DE PROSPERO

Un relámpago púrpura restalló en el cielo, que se ennegreció con la repentina caída de la noche. Cayó un diluvio de lluvia negra que lo empapó todo en un instante y que saturó el aire con el sabor amargo de las cenizas húmedas. Ahriman levantó la mirada y se asombró al ver a un gigante envuelto en llamas que descendía desde los niveles superiores de la pirámide de Photep. La cruz ansada relucía con un fuego verde, y una andanada tras otra de relámpagos caleidoscópicos azotaron el suelo aniquilando a decenas de aquellos malditos wulfen con cada restallido.

El suelo se llenó de grietas y las aguas que rodeaban la pirámide se agitaron e hirvieron enfurecidas. Unas olas negras se estrellaron contra sus bordes, y los fragmentos de cristal que caían de la pirámide se arremolinaron en un torbellino con conciencia propia que apareció de repente y los arrojó como si fueran lanzas para empalar a los guerreros enemigos y dejarlos clavados en el suelo.

Ahriman notó un incremento enorme de energía y tuvo que invocar toda su fuerza de voluntad para controlar su cuerpo, ya que sabía que las mutaciones que albergaba su cuerpo intentarían librarse de las ataduras que suponía su forma humana para desencadenar otras nuevas y terribles

en su interior. Sin embargo, la dolorosa aparición de crecimientos mutantes no llegó a producirse, y por fin levantó la mirada de nuevo hacia el ser radiante de fuego y luz que se acercaba cada vez más.

Magnus el Rojo era una visión magnífica. Su armadura dorada y su cabello suelto y rojizo resplandecían cargados de energía etérea. El báculo rematado por una hoja afilada que empuñaba lanzaba relámpagos cegadores que destruían los vehículos blindados con unas explosiones atronadoras. Magnus paseó la mirada por las filas de los horrorizados Lobos Espaciales, y todos los que le sostuvieron esa mirada murieron de forma instantánea al enloquecer sin remedio por las profundidades estigias del caos infinito que vieron en su ojo.

Por encima de Tizca rugía la locura, ya que el poder del Gran Océano intentaba entrar en el universo material, y el cielo se transformó en una ventana transparente a la dimensión que esperaba al otro lado. Unos ojos gibosos del tamaño de montañas y unos monstruos amorfos como sólo un demente podría soñar miraron burlones el mundo condenado que se abría a sus pies. Cientos murieron ante de inmediato sólo al contemplar aquellos horrores blasfemos.

Ninguna persona cuerda podía contemplar aquella vileza sin retroceder de inmediato, y el ejército invasor detuvo su matanza asombrado por la presencia de semejantes criaturas, que observaban hambrientas el mundo que se extendía bajo ellas. Hasta los wulfen se acobardaron ante aquellos seres abominables al sentir la insignificancia de su propia existencia.

Tan sólo Leman Russ y sus lobos se mantuvieron impertérritos frente a aquella visión de Magnus. Ahriman incluso llegó a ver un destello impaciente en la mirada del Rey Lobo, como si ya estuviese disfrutando de la idea del combate que se avecinaba.

Magnus se posó en la calzada y el ritmo normal del tiempo se ralentizó. Cada una de las gotas siguió cayendo con extrema lentitud, y el resplandor zigzagueante de los relámpagos se movió con una parsimonia infinita. La piedra volcánica de la calzada se onduló a los pies de Magnus, sometida a las fuerzas transformadoras del primarca. Ahriman cayó de

rodillas ante su primarca, ya que los siglos de obediencia imbuida hicieron que el movimiento fuera involuntario.

El primarca de los Mil Hijos era una figura de luz divina en mitad de aquella oscuridad. El oro de su armadura jamás había brillado tanto, ni el rojo de su larga cabellera había sido tan intenso. Su carne ardía por el contacto con un poder inmenso, mayor que cualquier otro que hubiera contenido jamás. Centró la mirada de su ojo en los ojos de Ahriman, y la profundidad de la desesperación que vio en aquel orbe reluciente y atormentado le heló la sangre en las venas. En ese preciso momento, Ahriman sintió el mismo horror que Magnus había sentido cuando sus hijos se transformaban en monstruos y la angustia que, siglos más tarde, le supuso verlos caer asesinados para satisfacer la ambición enloquecida de un hermano.

Comprendió el noble ideal que había impedido al primarca actuar durante toda la batalla, y lo reconoció por lo que era, no por lo que él había pensado que era. Sintió el perdón que le concedía su padre por haber dudado de él, y oyó su voz en el interior de la cabeza.

Este castigo siempre estuvo dirigido contra mí, no contra vosotros —dijo Magnus, y Ahriman supo que todos y cada uno de los guerreros supervivientes de los Mil Hijos lo oían también—. *Sois mis hijos, y os he fallado*.

Ahriman sintió ganas de echarse a llorar ante las palabras de su primarca al captar el dolor que sentía un ser que había tenido al alcance de la mano toda la creación, pero que no había logrado aferrarla. Cuando Magnus habló de nuevo, él fue el único que oyó sus palabras.

Ahzek, llévate a mis hijos al interior de la pirámide.

—¡No! —gritó el bibliotecario jefe, y sus lágrimas de dolor se entremezclaron con las gotas de la lluvia que no había dejado de caer en un aguacero interminable.

Debes hacerlo —le insistió Magnus. Alzó su rojo brazo y señaló hacia las puertas de bronce de la pirámide, que se abrieron obedeciendo su gesto. Una luz blanca y tentadora surgió del interior—. *Amon te espera, y tiene consigo un objeto de valor incalculable que debes llevarte de aquí. Debes*

hacerlo, o todo lo que hemos hecho hasta ahora no habrá servido para nada.

—¿Y qué hay de vos, mi señor? —le preguntó Ahriman—. ¿Qué haréis vos?

Lo que debo hacer —le contestó el primarca mirando a la forma enfurecida de Leman Russ, quien en esos momentos cargaba con una marcha ralentizada por la calzada.

El primarca de los Mil Hijos bajó una mano y tocó el escarabajo de jade que había en el centro de la placa pectoral. El cristal brilló con una luz pálida, y Ahriman sintió el inmenso poder que albergaba.

Esta piedra se sacó de la Cueva Reflectante —le dijo Magnus—. *Todos los guerreros de mi legión llevan una engastada en la armadura. Cuando llegue el momento, y lo sabrás cuando ocurra, concentra todas tus energías en este cristal y en el de tus hermanos de batalla*.

—No lo entiendo —le contestó Ahriman con un tono de voz implorante—. ¿Qué es lo que debo hacer?

Lo que estabas destinado a hacer desde antes incluso de que nacieras. Y ahora, ¡márchate!

—Voy a quedarme con vos —dijo Ahriman.

No —le replicó Magnus desde un abismo insondable de remordimiento —. *No lo harás. Nuestros destinos se están desenmarañando en este preciso instante, y lo que va a ocurrir aquí es porque tiene que ocurrir. Hazme este último favor, Ahzek*.

Aunque le partió el corazón, Ahriman asintió, y el mundo giró a su alrededor cuando el flujo del tiempo recuperó su integridad tras la distorsión que había causado la llegada de Magnus. Los rugidos de las piras llameantes y del trueno inmaterial recorrieron la superficie del mundo una vez más, y el ensordecedor retumbar de los disparos resonó con más fuerza todavía.

El aullido del Rey Lobo ahogó todos los demás sonidos.

Ahriman y los Mil Hijos dieron media vuelta y echaron a correr hacia la pirámide de Photep.

La pirámide estaba repleta de gente, en su mayoría ciudadanos aterrorizados y soldados exhaustos de la Guardia de las Torres. Los Mil Hijos entraron en tromba con las armaduras negras y goteantes por el diluvio de pesadilla que seguía cayendo en el exterior. Ahriman hizo un cálculo por lo bajo y llegó a la conclusión de que del ataque de los wulfen sólo habían escapado poco más de mil guerreros.

—Una décima parte de la legión —musitó.

La terrorífica escala de las pérdidas lo dejó aturdido.

Hathor Maat y Sobek se acercaron a él mientras intentaba asimilar en lo que había quedado convertida su amada legión. Todavía aturdido tras haber descubierto que quedaban tan pocos supervivientes, Ahriman buscó a Amon. Lo encontró en el centro de la enorme estancia, y se dirigió hacia él.

Amon llevaba puesta la armadura, pero tenía todas las placas impolutas, sin mancha alguna. Sus armas permanecían enfundadas y en las manos portaba un cofre reforzado con un candado de hierro frío.

—Me aseguró que sobrevivirías —le dijo Amon a modo de saludo.

—¿El primarca?

—Sí. Hace años, cuando estabas moribundo en mitad del cambio de la carne, él supo que vivirías para ver llegar este momento.

—Ahórrame los cuentos —le replicó Ahriman—. El primarca me dijo que tenías algo para mí.

—Así es —le confirmó Amon al mismo tiempo que alzaba el cofre para que Ahriman lo abriera.

—Está cerrado.

—Quizá para todos los demás, pero no para ti.

—No tenemos tiempo para esto —bufó Ahriman al mismo tiempo que echaba un vistazo por encima del hombro.

Los dos dioses de la guerra se enfrentaban en un combate que retumbaba igual que dos planetas al colisionar. Una luz cegadora inundó la

pirámide, y el aullido de Leman Russ compitió con el tronar de los relámpagos de Magnus.

—Pues tendrás que sacar tiempo para ello, o todo esto no habrá servido para nada —le replicó a su vez Amon.

Ahriman alargó una mano y agarró el candado, que se abrió con un chasquido metálico en cuanto lo tocó. Levantó la tapa y se le escapó un jadeo cuando vio el libro que había dentro, con las tapas rojas y agrietadas por el paso del tiempo, igual que si fuera un descubrimiento arqueológico en vez de un grimorio usado hacía poco.

—El Libro de Magnus —musitó Hathor Maat.

—¿Por qué yo? —quiso saber Ahriman.

—Porque tú eres su nuevo portador —le explicó Amon—. Debes mantenerlo a salvo y asegurarte de que el conocimiento que alberga en sus páginas no caiga nunca en las manos equivocadas.

Ahriman sacó el libro del cofre de hierro y sintió el peso del poder y de la expectación contenida en sus páginas sagradas. La fuerza de sus encantamientos y de sus fórmulas lo llamaba de forma tentadora e insistente, llena de promesas de las grandes cosas que lograría con los secretos que estaban escritos en sus páginas.

Quiso negarse, colocar el libro de nuevo en el cofre y cerrar el candado de modo que nadie pudiera mirar de nuevo sus páginas y ansiar el poder que podrían llegar a conceder. Deseó que Magnus regresara y recuperara su grimorio, pero comprendió con una claridad repentina que eso no iba a ocurrir jamás.

Magnus no esperaba sobrevivir a su duelo con Leman Russ.

Ahriman tomó el libro y corrió de regreso a las puertas de bronce de la pirámide. La desesperación que sentía le dio alas a cada una de sus zancadas. Del otro lado de la puerta les llegaban el resplandor de unas tremendas explosiones de luz y el estruendo de unos impactos aterradores provocados por el enfrentamiento de dos fuerzas titánicas que estaban más allá de la comprensión de los mortales.

Ahriman llegó al inmenso portal y vio que el combate entre los dos hermanos no tenía parangón en cuanto a ferocidad, poder y locura. Magnus

y el Rey Lobo luchaban, y el destino de todo un mundo dependía del resultado final de aquella contienda. Del suelo salían disparadas unas tremendas descargas de rayos que los aislaban de la hueste formada por los Lobos Espaciales y los Custodios.

Russ descargó un golpe tras otro contra Magnus y le destrozó la placa pectoral adornada con cuernos. Magnus respondió al ataque lanzando un rayo abrasador de fuego helado que le agrietó la armadura y le incendió el cabello.

Le dio la impresión de que ambos combatientes habían aumentado de tamaño hasta tener unas proporciones monstruosas, semejantes a las de los gigantes de los mitos y las leyendas. La espada de colmillo de hielo del Rey Lobo bajó rauda contra Magnus, pero el hacha dorada de éste desvió el golpe mientras ambos giraban y esquivaban en una batalla épica bajo la locura de una tormenta centelleante llena de rayos cegadores y truenos ensordecedores. Era un enfrentamiento que se libraba en todos los planos: el mental, el físico y el espiritual, donde cada uno de los primarcas volcaba hasta la última gota de sus poderes casi ilimitados en destruir a su oponente.

Las aguas que rodeaban a la pirámide, negras como el aceite, se agitaron como si una tormenta invisible rugiera bajo su superficie, lo que hizo que rompieran contra las orillas del foso. Los guerreros de los Lobos Espaciales y de la Guardia Custodia atravesaron el foso vadeando las aguas espumeantes para llegar hasta la pirámide y ayudar a Leman Russ en su combate. Magnus abrió los brazos y los guerreros que había en el agua comenzaron a lanzar unos gritos de dolor agónico cuando el líquido se transformó en un ácido tremendamente corrosivo que derritió las placas de ceramita y convirtió la carne y el hueso en gelatina.

Empezó a caer una espesa lluvia capaz de ahogar a todo el planeta. El suelo que pisaban se transformó en un lodazal apestoso del que surgieron unas formas serpenteantes semejantes a manos. Esas extremidades aferraron a los guerreros heridos y los hundieron bajo el barro, y aunque se resistieron con todas sus fuerzas frente a aquellos atacantes invisibles, no

lograron evitar que los arrastraran hacia las profundidades y a su condenación eterna.

Prospero se estaba deshaciendo. El velo que separaba los dos planos se había agrietado, y los gritos y las carcajadas enloquecidas de los habitantes del Gran Océano hicieron que los mortales cayeran de rodillas al suelo atenazados por el terror. El ataque contra los sentidos fue absoluto, y Ahriman apenas consiguió mantenerse en pie cuando unos vientos de fuerza huracanada azotaron la pirámide. Las ráfagas arrancaron de su estructura los paneles de cristal y derribaron las columnas de oro y de plata. El retumbar ensordecedor de los truenos resonó en mitad del cielo nocturno, y unas cuantas sacudidas sísmicas ensancharon las grietas cada vez mayores que se abrían en el suelo y derribaron las pocas estructuras de Tizca que todavía se mantenían en pie.

El epicentro de toda aquella destrucción era el duelo de Magnus y Russ. Ahriman contempló cómo aquellos dos titanes se enfrentaban con una enemistad feroz reservada sólo a aquellos que antes se habían llamado amigos. Aquel combate fue lo más desesperado que Ahriman jamás había contemplado. Sintió el deseo de echar a correr hacia ellos y de recordarles el lazo de hermandad que habían compartido, pero sabía que intervenir en semejante combate, capaz de sacudir un planeta, sería simplemente un suicidio.

Ahriman había advertido a sus guerreros de que no utilizaran sus poderes por temor a que eso les produjera el cambio de la carne, pero Magnus no mostró contención alguna al respecto, y machacó a Leman Russ con un puño envuelto en fuego y el otro rodeado de relámpagos. Russ era un primarca, por lo que aquellos poderes, capaces de acabar con ejércitos enteros, apenas tuvieron efecto en él aparte de enfurecerlo todavía más.

Magnus propinó un puñetazo en el pecho al primarca de los Lobos Espaciales. La placa pectoral helada se partió con un sonido semejante al de dos planetas al colisionar y varios fragmentos de ceramita se clavaron en el propio corazón del Rey Lobo. En respuesta, Russ le dobló hacia atrás el brazo y Ahriman oyó cómo se partía en mil pedazos. En el otro brazo de

Magnus apareció una hoja afilada de puro pensamiento y la clavó con fuerza en el pecho de Russ atravesando la armadura destrozada.

La punta de la hoja asomó por la espalda de Russ, y el Rey Lobo soltó un aullido ensordecedor de sufrimiento. Un coro de los lobos que no eran lobos añadió sus aullidos a los de su señor. Los dos enormes monstruos lupinos que acompañaban a Russ se abalanzaron de un salto contra Magnus y cerraron sus fauces en las piernas del primarca. Magnus le propinó un puñetazo en la cabeza al lobo negro y el golpe lo estrelló contra el suelo, donde se estampó con un gañido ahogado y el cráneo destrozado. Después lanzó un rugido de rabia y arrancó al lobo blanco de su otra pierna con un simple pensamiento para lanzarlo lejos por encima de las cabezas del ejército de Russ.

Ahriman sintió que unas manos tiraban de él mientras los vientos aullantes y el fuerte diluvio atravesaban las puertas. Intentó librarse de ellas, pero oyó que alguien gritaba su nombre. Hathor Maat y Amon lo apartaron a tirones de la entrada al mismo tiempo que los enormes mecanismos de cierre empezaban a mover las inmensas puertas para aislarlos del exterior.

—¡No! ¡No podemos hacerlo! —gritó, y sus palabras fueron arrastradas por los vientos aullantes.

—¡Debemos hacerlo! —le replicó Hathor Maat también a gritos a la vez que le señalaba las aguas salvajemente agitadas, que era lo único que separaba a los Lobos Espaciales de la pirámide.

Los guerreros enemigos habían utilizado los trozos que se habían desprendido del techo para crear unas balsas improvisadas y estaban remando con las culatas de los bólters para cruzar las aguas en dirección a la entrada de la pirámide. El líquido volvía a ser agua, y lo único que recordaba a los guerreros que habían muerto en ella eran las manchas de carne licuada y algunos trozos de huesos que flotaban sobre la superficie. Las hordas de wulfen se lanzaron de cabeza al agua, y jaurías enteras se dirigieron a toda velocidad hacia la pirámide mientras centenares más esperaban un hueco para hacerlo.

Ahriman miró más allá de la oleada de monstruos que se acercaban y vio a Magnus y a Russ trabados en combate en lo alto de la calzada. El horror que suponía aquel enfrentamiento quedaba oculto por las descargas de rayos y de fuegos etéreos. Un relámpago de luz negra destelló como una erupción y Russ gritó por el dolor agónico que lo invadió. Lanzó un mandoble a ciegas y logró acertar con una enorme fortuna en el arma más temida de su enemigo: el ojo.

La cascada pirotécnica de luces y de fuego cesó de inmediato, y un silencio se impuso deteniendo el combate. Se detuvo todo movimiento, y los titanes que batallaban sobre la calzada desaparecieron cuando los primarcas recuperaron su tamaño habitual.

Ahriman gritó al ver a Magnus retroceder tambaleándose para alejarse de Russ. Tenía la mano sana pegada al ojo mientras el brazo roto restallaba cargado de energías regeneradoras. A pesar de lo herido y ensangrentado que estaba, el Rey Lobo tenía las fuerzas suficientes como para aprovechar aquella oportunidad. Se lanzó a por Magnus y lo agarró por la cintura como si fuera un luchador profesional, y rugió al levantar el cuerpo de su hermano por encima su propia cabeza.

Todos los ojos se volvieron hacia Russ un momento antes de que estrellara el cuerpo de Magnus contra una de sus rodillas, y el sonido de la espalda del Rey Carmesí al partirse desgarró los corazones de todos los guerreros de los Mil Hijos.

Ahriman cayó de rodillas, y al hacerlo se le escapó el Libro de Magnus en un movimiento reflejo cuando un terrible dolor, semejante a una lanza al rojo blanco, le atravesó todo el cuerpo. Ningún dolor del mundo podía ser peor, ya que un golpe como aquél podía acabar con un primarca, y sería capaz de matar a un centenar de mortales al mismo tiempo. Todavía de rodillas, se apoyó en el umbral de la entrada mientras las jaurías de wulfen llegaban a la orilla junto a los guerreros bajo el mando de un capitán con los colmillos ensangrentados, el cabello quemado y una hacha cubierta de escarcha.

El Rey Lobo aulló su triunfo al cielo ennegrecido, y una lluvia de sangre sustituyó al diluvio de gotas negras cuando Prospero lloró por la

muerte de su hijo. Las lágrimas que Ahriman derramó también fueron de sangre al ver cómo Leman Russ arrojaba a Magnus al suelo para empuñar luego con fuerza su colmillo de hielo, *Mjalnar*, para decapitar a su enemigo derrotado.

Magnus giró la cabeza con las últimas fuerzas que le quedaban y miró a Ahriman con su ojo destrozado.

Te entrego mi último presente.

Leman Russ bajó con fuerza su espada, pero antes de que el filo letal alcanzara su objetivo, Magnus musitó unas sílabas antinaturales desconocidas para la humanidad desde que alzó por primera vez sus cánticos guturales a los dioses sin nombre del cielo. El cuerpo de Magnus sufrió una disolución instantánea y todo su ser desapareció con una sola palabra. A Ahriman se le escapó un jadeo cuando un poder inmenso, sin fin, entró en su cuerpo.

Era demasiado como para que cualquier ser mortal fuese capaz de contenerlo, pero a medida que lo invadía, supo qué hacer.

Ahriman se llevó las manos al escarabajo de jade que tenía engastado en la placa pectoral e impregnó su mente con todas sus curvas y características, con sus imperfecciones, con los intrincados detalles de la montura de oro, con las dimensiones exactas de un escarabajo negro talladas en la piedra verde.

Lo sabía todo sobre aquella gema, y se imaginó el artefacto idéntico que llevaban en el pecho todos y cada uno de los guerreros de los Mil Hijos. Nada más visualizarlos, el poder que pasaba a través de él se extendió por todos los supervivientes de la legión cuando Magnus entregó sus últimas fuerzas para salvar a sus hijos.

Un crujido terrible destrozó el silencio, un estruendo semejante al que provocaría un planeta al salirse de su eje. El sonido de la locura atravesó la sustancia común de la realidad cuando el último aliento de un dios desencadenó un poder de una magnitud imposible.

La superficie de Prospero se retorció literalmente, y Ahriman sintió una sacudida terrible que le provocó una nauseabunda sensación de vértigo. Le pareció que el propio planeta caía a una velocidad

inimaginable, o que él mismo se hundía en una sima sin fondo. El mundo desapareció y fue sustituido por la oscuridad absoluta que habría al final del universo, cuando todos los seres vivos se hubieran convertido en polvo hacía miles de millones de años.

Aquella negrura no permanecía en silencio, sino que estaba repleta de una miríada de aullidos, igual que si hubiera manadas de lobos acechando por los rincones ocultos entre los planetas. ¿Es que no habría huida posible de los perros de la guerra del Emperador?

De un modo repentino hasta lo salvaje, el vacío impenetrable carente de toda luz fue sustituido por un torbellino de luces y colores, de visiones angustiosas de una desesperación infernal y de un éxtasis desbordado. Todo y nada entró y salió de aquello en momentos, y se extendió hasta el infinito mientras la pesadilla continuaba.

Ahriman sintió que estaba perdiendo la cordura poco a poco, que se le escapaban una a una las frágiles nociones de la realidad a las que los mortales se aferraban a medida que le bombardeaban la mente con miles de millones de imágenes al mismo tiempo.

En un acto de afortunada misericordia, su mente se sumergió en la inconsciencia para impedir hundirse en la psicosis por aquella descarga incesante de sensaciones. Ahriman cayó flotando en la oscuridad, perdido en el espacio y en el tiempo.

«Es el fin».

«No es el fin».

Ahriman abrió los ojos y descubrió que se encontraba boca abajo sobre una losa irregular de roca negra. Tenía todas y cada una de las partes del cuerpo envuelta en un dolor terrible, desde el torso lleno de golpes y señales hasta los propios tendones de la mente. En el reluciente suelo de obsidiana se reflejaban unas chispas parpadeantes de color ámbar, y soltó un gruñido cuando intentó recomponer un poco en su cabeza los retazos de lo último que recordaba.

Oyó el retumbar de un trueno por encima de su cabeza, y los relámpagos reflejaron unas sombras estroboscópicas por delante de él. Aunque su cuerpo protestó por el dolor abrasador que sentía, Ahriman se incorporó hasta quedar apoyado sobre una rodilla y miró a su alrededor para saber qué había sido de Prospero.

Lo primero que pensó fue que el último esfuerzo de Magnus había causado un cambio horrible en su planeta natal, pero su mente magullada no tardó en darse cuenta de que aquel cielo no era el de Prospero. En éste bullían tormentas con un millón de colores y unas columnas chasqueantes de relámpagos y rayos de fuego subían desde el cielo directamente hasta las nubes.

Estaba de rodillas en la ladera inferior de un saliente de roca negra que daba a una llanura volcánica llena de fisuras humeantes y recorrida por ríos serpenteantes de lava. En esa misma llanura se veían afloramientos de rocas que tenían las cimas rematadas por torres de plata que se alzaban como una burda imitación de las gráciles torres de Tizca. El Libro de Magnus, encuadernado en cuero, estaba a su lado, y se lo metió bajo el brazo en un gesto protector.

Los agrestes picos montañosos se elevaban inmensos hacia un cielo reluciente en el que resonaba el tañido incesante de los truenos. El cielo destellaba y centelleaba igual que el Mechanicum Borealis más magnífico posible, pero aquello no era un efecto secundario de los siglos de industria y de contaminación. Aquello era el éter en estado puro que saturaba el aire y rugía con las mareas oceánicas de poder.

Los guerreros de los Mil Hijos deambulaban a centenares y sin rumbo fijo por aquel paisaje rocoso árido y abrupto. Estaban aturdidos por la desolación en la que se encontraban. Bajo el suelo resonaba cada poco tiempo un estruendo rugiente, como si una serie interminable de temblores se dedicase a reorganizar de forma continua la corteza del planeta.

Ahriman se puso en pie y estudió con detenimiento aquel paisaje de pesadilla sometido a una transformación continua. Una figura encorvada se acercó a él, y aunque llevaba la cabeza agachada, el bibliotecario jefe reconoció aquel cuerpo castigado por los combates. Era Khaphed, uno de

los Guardianes del Conocimiento de la biblioteca del templo Corvidae. En aquel lugar tan infernal, le resultó un consuelo encontrarse con alguien conocido.

—¿Khaphed? ¿Eres tú? —le preguntó.

Ahriman sintió que sus palabras llenaban el aire con todo un potencial para asombrosas maravillas y múltiple éxtasis, como si cada bocanada de su aliento estuviera cargada de poder.

El guerrero no le contestó, y Ahriman captó una fuerza temible en el cuerpo de Khaphed. El guardián del conocimiento alzó la cabeza y Ahriman dio un paso atrás al ver las mutaciones que habían transformado a Khaphed. Decenas de ojos distendidos se esforzaban por abrirse paso en cada centímetro de superficie de su cara, hasta el punto de que ya no tenía boca, ni nariz ni ningún otro órgano sensorial que no fueran ojos.

Khaphed alargó un brazo hacia él, y todos los ojos de su rostro lo miraron con una expresión implorante.

Ahriman alargó la mano hacia Khaphed y descargó un chorro de rayos y de fuego contra el cuerpo del guardián del conocimiento. Ese tipo de poderes eran la especialidad de los cultos Pavoni y Raptora, pero saltaron de los dedos de Ahriman con la misma naturalidad que si hubiera recibido el entrenamiento de ambos templos desde que era un niño.

El cuerpo achicharrado de Khaphed se desplomó contra el suelo, donde se deshizo en trozos de ceniza.

Horrorizado, Ahriman se apresuró a bajar por la ladera para reunirse con el resto de sus guerreros.

Encontró en muy poco tiempo a Hathor Maat, a Amon y a Sobek, pero tampoco tardó mucho en darse cuenta de que el guardián del conocimiento de los corvidae no había sido el único miembro de la legión en sufrir el cambio de la carne. Hubo que acabar con unas docenas en total, hasta que todos los que quedaron parecieron estar libres de mutación alguna.

En total, a la destrucción de Prospero sobrevivieron mil doscientos cuarenta y dos guerreros.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Sobek, haciendo la pregunta más obvia.

Nadie supo responderle. Los Mil Hijos exploraron la horrible desolación de su nuevo hogar durante largos días y noches, aunque fue imposible determinar con seguridad el paso del tiempo debido a que todos los cronógrafos de las armaduras quedaron inutilizados.

Descubrieron que las torres plateadas no eran una parodia de las que habían construido en Tizca, sino que eran las mismas torres, aunque rotas y retorcidas por la extraña alquimia que los había llevado hasta allí. Aparte de aquellas reliquias de su planeta natal, no había nada que indicara en lo más mínimo en qué lugar se encontraban.

Ni el poder del Corvidae ni el de ningún otro culto podía determinar la localización del planeta o de qué modo habían sido transportados hasta aquella superficie arrasada.

Todo eso cambió el día en el que la Torre de Obsidiana surgió del suelo.

Comenzó como otro terremoto más, algo bastante común a lo que ya nadie prestaba atención. Un humor sombrío se había apoderado de los Mil Hijos, lo que era de esperar, puesto que, ¿qué persona no sentiría profundamente la pérdida de su hogar, de su padre y de sus hermanos?

Sin embargo, aquel temblor de tierra no se desvaneció tras abrir una nueva fisura en la interminable planicie volcánica al mismo tiempo que cerraba por completo otra. Del centro de aquella llanura comenzaron a surgir grietas en un entramado circular, y unos instantes después, un diamante negro salió de la tierra de un modo explosivo, igual que si fuera la punta de basalto de una lanza.

Se elevó hacia el cielo, haciéndose más alto y más alto y más y más ancho a cada segundo que pasaba, hasta que terminó de nacer una nueva montaña. Gigantesca, de laderas muy pronunciadas, era más alta que el Mons Olympus y la Montaña de Aghoru juntos. Las rocas partidas cayeron desde aquella altura imposible al desprenderse de los lados angulosos para

acabar formando un contorno compuesto por piedras de un tamaño ciclópeo y bloques titánicos de ángulos extraños y una perspectiva imposible.

Cuando cesó la lluvia de polvo y de escombros, los Mil Hijos se reunieron en la base de aquella creación formidable, a sabiendas de que ninguna fuerza natural habría sido capaz de crear una obra tan perfecta. En la lejana cima relucía un fuego brillante y una luz azul y resplandeciente cubría el resto de la montaña, como si sus túneles fuesen recorridos de un modo constante por los relámpagos igual que la sangre por las venas.

De la cima de la montaña descendió una figura titilante envuelta por la luz de las estrellas y el poder de las posibilidades infinitas. Unas alas fulgurantes de fuego etéreo se desplegaron a la espalda de la figura, y los Mil Hijos cayeron de rodillas al quedar bañados en la luz de su padre.

Magnus aterrizó con suavidad ante sus hijos, y éstos lo miraron asombrados mientras su brillo iluminaba la oscuridad desolada de aquel planeta. Aquello no era la envoltura carnal de un cuerpo sutil como la que había llevado su primarca cuando caminaba entre ellos. Aquello era un cuerpo de luz capaz de existir más allá de los confines del Gran Océano. Magnus había sacrificado la carne que albergaba su esencia, y al hacerlo había trascendido a una forma más evolucionada, libre de las ataduras de la mortalidad y de los límites de la realidad.

—Hijos míos, bienvenidos al Planeta de los Hechiceros —les dijo Magnus con una resignación cansada.

Ha pasado el tiempo.

Siglos o días, ¿quién puede saberlo?

Puede que sean ambos, o ninguno al mismo tiempo.

No sé decir cuánto tiempo ha pasado desde que llegamos a este lugar, ya que me he dado cuenta de que ese tipo de conceptos son irrelevantes aquí. Lo único que sé es que la situación ha empeorado terriblemente desde que la Torre de Obsidiana alzó su horrible inmensidad desde la tierra. Algunos dicen que no podríamos haber sabido que este mundo acabaría afectándonos con su maldad, y yo les respondo: ¿cómo era posible que no lo supiéramos?

Hathor Maat se teme lo peor, pero confieso que yo también sufro el temor angustioso de verme algún día convertido en algo que es menos que nada, una criatura mutada en la que no quede nada de la persona que fui. Algunos incluso aceptan encantados sus nuevas formas, convencidos de que se trata de una señal de favor.

Idiotas.

Ha aumentado la frecuencia con la que ocurre, y setenta y dos guerreros han sucumbido ya al cambio de la carne desde que Magnus nos sustrajo de Prospero.

Nos sustrajo… Es una palabra antigua, pero quizá la más apropiada, porque nuestra llegada a este planeta desolado no fue por casualidad. Este mundo nos estaba esperando, y estaba preparado desde hacía eones por una inteligencia superior a las demás, tanto que ni primarca ni mortal serían capaces jamás de abarcar del todo.

Magnus está recluido en su torre negra. Estudia las profundidades del Gran Océano en busca de una confirmación, de una señal que le indique que tenía razón al actuar como lo hizo.

No encontrará nada, porque no hay nada que encontrar.

Sus actos nunca fueron realmente suyos, ya que incumplió la primera regla de los misterios.

Dejó que su ambición y su orgullo le impidieran ver sus puntos débiles y le hicieran olvidar que siempre hay alguien más fuerte y más poderoso allí fiera.

Yo no pienso cometer el mismo error.

Sin embargo, seguimos siendo criaturas de carne y hueso, y nos sentimos inclinados a repetir nuestros errores pasados, así que tendré que ser cuidadoso y rodearme de críticos sinceros que contengan mi arrogancia.

La herencia genética de los Mil Hijos nació del poder que crece con fuerza a nuestro alrededor. Se nos concedió la oportunidad de reunir y de transmitir el conocimiento de un mundo oculto, pero fallamos en la más dorada de todas las oportunidades.

También existe, en las filas de aquellos guerreros de la legión que han sobrevivido, la creencia de que es imposible dominar el poder del Gran Océano, y que nuestro destino final de condenación es una prueba muy clara de ese hecho innegable.

Se equivocan.

Este mundo está lleno de posibilidades, pero es peligroso. Una vez comience el camino de lo que creo que supondrá nuestra liberación de este lento descenso hacia la degeneración, ya no habrá marcha atrás. La gran tarea que he iniciado será el primer paso en la demostración de lo acertados que estábamos, de lo leales que éramos, y de lo que todavía podemos llegar a ser.

Prometí recuperar todo lo que habíamos perdido cuando cayó Prospero, y voy a cumplir ese juramento. Esta cábala será el primer paso para devolver la gloria que tenían los Mil Hijos a los ojos del Emperador.

Siento cómo se acercan los capitanes a los que debo convencer si quiero tener éxito.

Ya sé que Hathor Maat se unirá a mí, ya que teme la ruina de la carne más que ningún otro. Sobek seguirá mi ejemplo, como siempre ha hecho. Pero ¿qué hará Amon?

Amon se resistirá, ya que ha servido a Magnus más tiempo del que ninguno de nosotros puede saber.

Él será la clave.

Si me gano su apoyo, lograré que esto funcione.

El Libro de Magnus yace abierto ante mí, con sus páginas repletas de conocimientos y saberes prohibidos de los días antiguos y olvidados. Guarda la clave de nuestra salvación. He encontrado en su laberinto de fórmulas, encantamientos y ritos lo que creo que puede ser el comienzo de un hechizo poderoso que deshará todo lo que nos ha ocurrido.

Lo llamo La Rúbrica.